

MONFORT

LA GUERRA

DE CUBA

41

15366

la Nacional

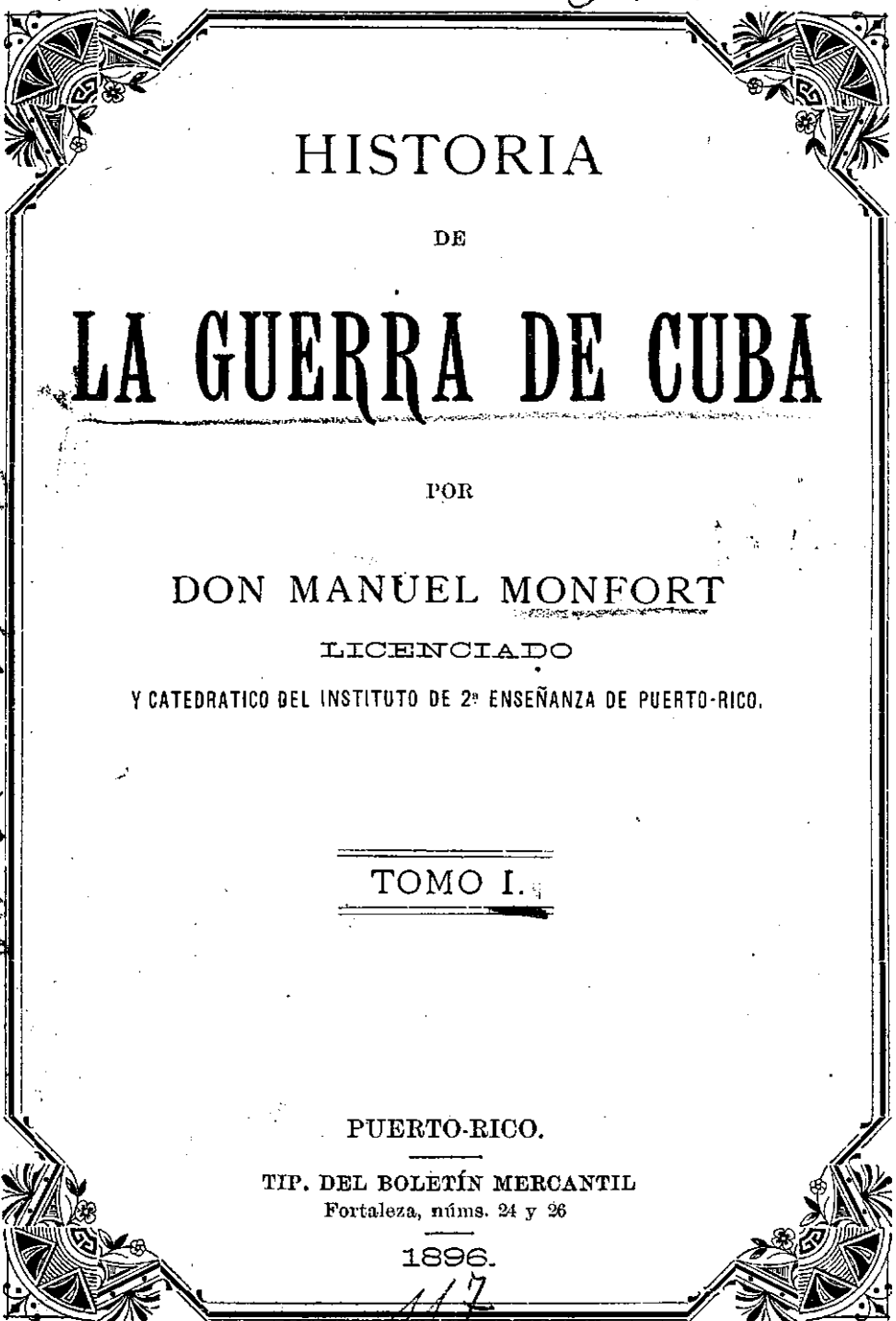
BU
~~15366~~

H-A
15366



~~May 9 892~~

3197



HISTORIA

DE

LA GUERRA DE CUBA

POR

DON MANUEL MONFORT

LICENCIADO

Y CATEDRATICO DEL INSTITUTO DE 2ª ENSEÑANZA DE PUERTO-RICO.

TOMO I.

PUERTO-RICO.

TIP. DEL BOLETÍN MERCANTIL

Fortaleza, núms. 24 y 26

1896.

117

DM-4-3

HISTORIA
DE LA
GUERRA DE CUBA

POR

EL LICENCIADO

Manuel Monfort.

(EL ABATE MENDO)



PUERTO-RICO

TIPOGRAFIA DEL "BOLETIN MERCANTIL"

FORTALEZA, 24 Y 26

1896



Sebas el Mañán

Al Sr. Don Ignacio Díaz Caneja,

Diputado á Cortes por el Distrito de Arrecibo (Puerto-Rico)

A nadie mejor que á usted debo dedicar este modesto trabajo histórico, en el cual se relatan las cruentas escenas de la cubana insurrección. Como nave sin timón llegué á esta Isla, sin recomendaciones de ninguna clase, y usted, bondadoso para conmigo, no dudó en tenderme su manto protector. Como el agradecimiento engendra al par que el cariño y los deberes, entiendo ser este el mio, no guiado por el móvil del interés sino por el de la gratitud. Pobre y de escaso mérito literario es la obra, pero dignese aceptarla como el testimonio de la consideración y respeto que le profesa

Manuel Monfort.

A mi inolvidable y amigo
del alma D. Jacinto Aguanga
en prueba de cariño le dedico es-
te recuerdo recordando el

Jacinto



HISTORIA

DE LA

QUERRA DE CUBA



PRÓLOGO

No tratamos de escribir una obra para los sabios, y mucho menos de consulta: sólo nos hemos propuesto narrar, con la mayor exactitud é imparcialidad, los sucesos luctuosos que se desarrollan en la gran Antilla, así como también enumerar las causas generadoras de la contienda, siguiendo un orden cronológico en todo su rigor, de manera que bien pudiera apellidarse "Efemerides" esta modesta publicación. Simples narradores de los hechos, nos limitaremos exclusivamente á recordar la verdad, para que sirva de norma á los hombres de recto proceder; y así podrán apartarse de los escollos á que, por imprevención, ceguera ó fanatismo, se han lanzado otros muchos por la diabólica influencia de los apasionamientos y predicaciones.

Como el objeto de la historia es dar una utilísima enseñanza de cordura, sensatez y de prudente arreglo para la vida, tanto del individuo aisladamente considerado, como para las colectividades y para los gobiernos; enseñanza deducida de la experiencia y por esto saludable, es evidente que perfecciona á los individuos y á los pueblos en el bien y en la virtud, al poner de relieve los perniciosos estragos que ocasiona el desbordamiento de las pasiones.

Mucho se han fantaseado los hechos de la guerra cubana, interpretándolos cada uno según sus tendencias ó ideales; sin embargo, procuraremos distinguir siempre lo real y lo positivo de lo imaginario y dudoso, lo verdadero de lo falso y relatar la verdad sin atenuaciones de ninguna clase. La guerra de Cuba, en su origen y generación, y más tarde en su incremento, no es excepcional y diferente de las demás que han ocurrido, porque la humanidad no ha cambiado esencialmente su modo de ser, y tan sólo las modificaciones circunstanciales sufridas por el género humano son las variantes observadas en la insurrección. "Las mismas causas" producen los "mismos efectos," y estos efectos ó convulsiones sociales los estudiaremos detenidamente cuando de los partidos cubanos nos ocupemos.

El móvil de hacer brillar la verdad y evitar la entronización de los errores ó mendacidades habilmente propalados por un laborantismo sutil é hipócrita, que circunda por todas partes á los defensores de la nación y de la legalidad, es lo único que nos impulsa á escribir esta narración. Nos hemos encontrado durante los sucesos en el centro de la Isla, en las Villas, y allí, en virtud de nuestro cargo de periodista y agente de un importante periódico de Madrid, hemos podido apreciar con certeza la verdad de los hechos, la probabilidad de las conjeturas, el veneno del laborantismo y la manera de pensar y halagiteñas esperanzas por los separatistas concebidas. Nada de todo aquello en que hayamos sido testigos presenciales y de cuánto hayamos oído de referencia, se omitirá en esta publicación.

MANUEL MONFORT.

CAPÍTULO I

SUMARIO.—Consideraciones acerca de la paz del Zanjón.—Los partidos cubanos.—Actitud del autonomismo.—Reflexiones acerca del mismo.—Preludios de la guerra actual.

La terminación de la anterior guerra cubana, después de haber estado combatiendo durante un período de diez años, ha sido juzgada de distintas maneras según el prisma por que se miran, las ideas políticas que se sustenten y las prevenciones manifestadas. Unos consideran el *pacto* del Zanjón como humillante ó indigno de la nación española, y aun no pueden explicarse la causa de tamaña debilidad, cuando los insurrectos se encontraban en situación difícil y angustiosa, y no les quedaba otro recurso que rendirse incondicionalmente, según afirmó una autoridad indiscutible y sabedora del estado de la insurrección en 1878, el Sr. Figueredo, agente importantísimo de la pasada revolución. Otros la achacan á complacencias y debilidades mal entendidas del general Martínez Campos, atribuyéndole secretas simpatías para ciertos personajes que en el campo rebelde figuraban, y además al deseo de que la nación española reposase y se relievese de los trastornos y vicisitudes ocurridos desde el tiempo de la revolución de Septiembre; pero afirman, al mismo tiempo, que el famoso *pacto* no agradó á todos los miembros del Gobierno, ni satisfizo al espíritu nacional. También hay otros que no se ocultan en calificar de calamitoso el Zanjón por la forma en que se llevó á efecto, censurando las fuertes cantidades recibidas por los principales cabecillas como los Maceos, Máximo Gómez y otros, y las prebendas que obtuvieron Spottorno, Marcos García y la colocación concedida en el Banco de España al más feroz y sanguinario cabecilla, esto es, á Calixto García, que, en prueba del sincero y leal arrepentimiento por la gratitud, hoy día se ha vuelto á poner al frente del movimiento revolucionario, faltando de una manera solemne á la fé jurada. Pero ¿cómo hemos de pedir formalidad, honor y delicadeza á un alevoso macheteador de tropas españolas? Censuran, además, lo inconcebible de pagar á las tropas que tan gloriosamente se habían ba-

tido en la Isla, defendiendo el pabellón nacional, con unos abonarés que debían satisfacerse en un plazo indefinido, matando de esta manera el entusiasmo pátrio, y finalmente, lo que más inyectivas ha merecido tanto de los españoles incondicionales como de los autonomistas y del separatismo solapado y descubierto, son aquellas célebres frases del general Martínez Campos, cuando exclamó: "olvido de lo pasado y esperanza en el porvenir". Los españoles verdaderos, los de corazón, creen haber sido cumplidas con exceso, mientras los autonomistas y separatistas las juzgan mixtificadas en conjunto é incumplidas casi todas. Esto, precisamente, viene á demostrar la inoportunidad de ellas, á pesar de la buena intención del general; nadie ha quedado satisfecho de semejantes promesas.

Nosotros creemos que la conclusión de la guerra era una necesidad en aquel tiempo, como lo es siempre por lo antipático del vocablo en todos los idiomas y en todos los países, pues solamente el enunciarlo produce la consternación en los pueblos, causa horror en las familias y en las naciones; pero también abrigamos la creencia de que desde aquella memorable fecha se lanzó la dominación española en la Isla por torcido sendero, notándose en sus diversas fases sensible extravío. Lo urgente en aquel tiempo era consolidar la autoridad española y evitar los preludios de nuevos desaciertos peligrosos, de fatídicos derroteros; y como tan plausible resultado no llegó á conseguirse en los albores de la paz, y de la autoridad de España no se vislumbró nunca más que la penumbra, de ahí que la guerra actual reúna el carácter de *inevitable*. La razón es altamente lógica, porque á las naciones y á los individuos sucédeles moralmente lo mismo que en el orden físico á los cuerpos: una vez puestos en movimiento, impulsados por determinada causa ó fuerza sobre algún plano cualquiera, la velocidad estará en razón directa de la masa, de la inclinación del plano y de la longitud de éste, es decir: el movimiento adquirirá directamente mayor velocidad según fueren el tamaño del cuerpo, su peso específico y la longitud del referido plano. De la misma manera los Gobiernos han adquirido, desde el Zanjón hasta la fecha, mayores responsabilidades ante la nación por la tenaz persistencia en sus extravíos; han aumentado errores engendrados por degradante vanidad (por ejemplo, las utopías de Maura y Montaner, siendo Ministro de Ultramar), cuyos actos de soberbia aumentaron en proporción geométrica las dificultades para el retorno al verdadero camino. Se disfruta en la isla de Cuba del goce de todos los derechos políticos, una libertad completa, que pudiera llamarse licencia; y sin embargo, aún existen allí autonomistas y reformistas. Sin haber pasado Maura por el Ministerio de la plaza de Santa Cruz, muchas lágrimas se hubiesen ahorrado en España. Cada petición hecha por los titulados liberales cubanos había de haber llamado seriamente la atención de los Gobiernos españoles, ya fueran conservadores ó fusionistas, debiendo examinar el fondo, alcance, tendencias, fin é intención, y así se habrían visto convertidas en negaciones solemnes peticiones tan injustificadas. Desengaños, gobiernos nacionales; jamás

los que llevan en sus pechos estímulos de independencia, estarán contentos ni dejarán de pedir; porque sus deseos sólo pueden quedar saciados con la emancipación, y esto no lo puede conceder dignamente, ni es capaz de hacerlo, ningún gobierno.

Implantado el régimen constitucional en la Isla de Cuba y anexo al mismo el nombramiento de senadores y diputados por elección, surgieron al momento, como era lógico, los partidos. El orden social y el político, alterados muchas veces en los Estados por turbulentas algarradas, y por revoluciones serias promovidas por las clases sociales, no entrarán en vías de reposo, especialmente en los países regidos por constituciones expansivas, más que por la mútua existencia de dos partidos, reduciendo de esta manera el organismo político á la mínima expresión por la sencillez. Uno de ellos debe ser avanzado, progresista y de empuje, denominado generalmente *liberal* ó radical; el otro moderado, grave, circunspecto y capaz de aceptar en su programa todo lo conveniente y útil, pero sin radicalismos demagogos ó convencionales, y recibe comunmente el nombre de *conservador*. El primero representa progreso, da la idea el liberal, y el conservador es el llamado á consolidarla. Del mútuo acuerdo establecido entre ambos partidos, cuyos intereses sociales están representados y pueden ser discutidos libremente, nace el medio de harmonizar las fracciones ó bandos en la marcha regular de los Estados.

En la isla de Cuba formáronse también los dos partidos llamados *conservador*, ó de *Unión Constitucional*, uno de ellos, y *liberal* el otro. El segundo se constituyó, en mucho, por los separatistas platónicos, por elementos y prohombres de la anterior revolución acogidos á la legalidad, por auxiliares pacíficos de los pueblos á la emancipación, vineulándolo, finalmente, á todos los nacidos en tierra cubana. Si algún hijo nacido en la gran Antilla se afiliaba al bando de Unión Constitucional, se le consideraba por el adversario como tránsfuga, traidor y mal patriota, tildándole al principio de español (como si fuera un crimen), y más tarde se le dominó con el epíteto de *austriacante*. En vista del extraño é injustificado proceder del partido liberal cubano y de las insólitas provocaciones lanzadas en sus periódicos, se agruparon á la bandera del *conservador* todos los españoles nacidos en la Península, figurando en éste lo más selecto del comercio, la banca y la propiedad, esto es, los que contribuían y aún contribuyen á sostener las cargas del Estado. También militaban en las filas conservadoras dignos antillanos que habían mirado despreciativamente los insultos de los liberales.

Parecía racional que ambos partidos antillanos se hubiesen afiliado á los dos que en la Península turnaban en el Poder después de la Restauración, es decir, el liberal al fusionista, y el de Unión al conservador, para el mejor concierto del régimen de la Isla, desarrollando una era política compensadora de los sacrificios y desvelos por sus ideales; mas no sucedió así, y pronto el liberalismo cubano, influido por el ambiente republicano de los Estados Unidos de Norte América y por el hipotético de las demás repúblicas latinas del Nuevo Continente, se declaró re-

publicano. Esto no obedecía solamente á su ideal, sino al exclusivo fin de atacar las instituciones de la Península y halagar á la democrática América. El partido liberal cubano, por medio de sus representantes en las Cortes Españolas y de su propaganda en la prensa de la Isla, descubrió sus tendencias y fines, siendo por cierto muy heterodoxos en lo referente al concepto pátrio. Semejante actitud motivó la colisión más vigorosa en el partido conservador insular, viéndose obligado por las mencionadas circunstancias, y no por concupiscencias ambiciosas, como le atribuyen los adversarios, á ser ministerial con todos los gobiernos nacionales, porque dicho ministerialismo significaba en Cuba amor pátrio, y la hostilidad del contrario sospechosa propaganda.

Los representantes del liberalismo cubano dirigían todos sus esfuerzos á disminuir el contingente armado de la Isla, á debilitar la marina de guerra, basándose en medidas económicas, y á introducir el cisma en el patriótico instituto de voluntarios. Sus tendencias era alojar los lazos y los resortes gubernamentales del Poder Central con las provincias ultramarinas, apoyándose en las necesidades de una exagerada especialidad; vilipendiaban la floreciente industria de Cataluña, solamente por el delito de ser española, calificándola de inferior y monopolizadora, para hacer imposible la introducción de los productos del Principado en Cuba. Se atacaba á la industria nacional con el fin de conceder la hegemonía comercial á la industria yankee, objetivo de las simpatías del liberalismo *sui generis* surgido en la Isla; de manera que, por todos los conceptos y bajo todas las formas, cubiertas siempre de antipatriótica sofistería, procuraban animosos, ya que no otros fines, por lo menos romper las relaciones con España, con la única y verdadera Madre Patria. No pudo conseguirse, por tanto, en la gran Antilla, el *desideratum* regulador, harmónico y compensador del turno pacífico del poder en los partidos, por no quererse someter los liberales á la disciplina de los de la Península; y esto tiene satisfactoria explicación, si observamos que los detritus revolucionarios y descontentadizos por sistema, son los elementos formativos del cubano liberalismo, y tales factores todo lo consienten y prefieren menos el dictado de españoles. Los verdaderos amantes de España, al descubrir, ó mejor dicho, vislumbrar las tendencias de los liberales de Cuba, prescindiendo de sus ideas en lo referente á los partidos peninsulares, formaron una robusta y compacta agrupación política, figurando en ella desde el republicano más radical y exaltado, hasta el carlista y el integrista, y ante la mencionada agrupación estrelláronse todas las maniobras, ardidés, planes y maquiavelismos de los eternos enemigos de la dominación española en Cuba. Dichos enemigos eran mucho más temibles entonces, y lo mismo en las presentes circunstancias, por hallarse escudados con el título de *partido legal*; sin embargo, debemos confesar que su labor era muy fina y delicada.

Así transcurrieron unos cuantos años, y durante este lapso de tiempo, comprendieron los liberales cubanos no ser de resultado práctico el sistema de su política para conseguir los misteriosos fines que habían

en el fondo de su conciencia, constituyendo su amoroso ideal. Resolvieron, entonces, adoptar un nombre más radical, esto es, más en consonancia con sus tendencias y prevenciones contra la nacionalidad española. La prensa conservadora diariamente les incitaba á proclamar con lealtad lo que los liberales tenían escrúpulo, temor ó exceso de delicadeza en hacer ostensible, haciendo indudablemente semejantes reparos y vacilaciones ante la poca confianza que abrigaban de que el Gobierno lo declarara como partido *legal*. Por fin se decidieron á cambiarle el nombre, ó mejor expresado: á darle otro adjetivo más adecuado, y acordándose del Canadá, le denominaron *autonomista*. Para darle el nombre de *autonomista* no acudieron á estudiar los procedimientos coloniales de la raza latina, sino á las reducidas y excepcionales formas que al colonizar usa Inglaterra, pero formas primitivas en el derecho político. Como en los pueblos latinos, en virtud de su carácter de atractiva colectividad, no encontraban en todos sus períodos y fases históricas, ni en los diversos sistemas y procedimientos coloniales, el régimen autonómico, ni aún remontándose á los tiempos de la antigua Roma, se vieron precisados á invocar, no un sistema general, sino particularísimo, adoptado por los ingleses, que como raza sajona son por naturaleza eminentemente subjetivos ó individualistas. La sentencia favorable dictada por el Supremo Tribunal de España, declarando al autonomismo partido legal, fallo que no hubiera sido favorable si los señores magistrados se hubiesen apercebido del *isosterismo* autonomista, fué el principio de su envanecimiento y la causa de las excesivas libertades que se tomaron para denostar á España. Se consideraron como los aristócratas de la gran Antilla.

En los tiempos antiguos, cuando el paganismo era la religión de aquellas infantiles sociedades, y la oficial juntamente, los sacerdotes dedicados por su magisterio á la conservación y propaganda de la fé olímpica tuvieron un carácter y manera de proceder idénticos al del moderno autonomismo antillano. El sacerdocio del gentil politeísmo vióse precisado, en atención al doble concepto y fin contenido en dicho religión, á que la enseñanza dogmática tuviese dos caracteres, á saber: uno *externo* de mera forma, visible y traducido en actos prácticos, tales como la liturgia en las solemnidades de sus templos y la incensante propaganda de la teología, y otro *interno*, el real y verdadero, enseñado únicamente á los iniciados, en cuya enseñanza se les demostraba lo ficticio y teatral de su liturgia, la falta de verdad de sus creencias y la disparidad existente entre los que aparentaban ser y lo que realmente eran.

Pero los iniciados nunca revelaron el carácter familiar de las enseñanzas religiosas del paganismo, ya porque formaron con las mencionadas doctrinas y con la verdadera enseñanza que ellos aplicaban al concepto religioso, una sociedad secreta que, revistiéndose con el velo del misterio al pueblo prohibía la divulgación por los sacerdotes, comminándolos con severos castigos ó crueles venganzas, ya también por amor al lucro, á los placeres, á la ociosidad y al bienestar; pues estaban

plenamente convencidos maestros é iniciados, como autores, actores y comparsas en la teatral farsa de la religión del gentilismo, de que una vez que el pueblo descorriese el velo, descubriendo la verdad, Marte y Júpiter, Apolo y Urano, Venus y Astrea, con todos los coros de dioses y diosas, semidioses y héroes, desaparecerían por inconvenientes. En el campo autonomista, exceptuando la parte que es de buena fé, la generalidad de ellos toma el programa del partido como un medio misterioso, y en esto hay también sus apóstoles y discípulos; sin embargo presentaron ante nuestros políticos y gobernantes de Madrid los principios autonómicos como los únicos salvadores, como lo más perfecto en materia política y administrativa, como los dioses de paz para las Antillas. La bondad del partido autonomista, la ortodoxia de su fondo, la lealtad y la adhesión á España, todo demostrado queda en la actual insurrección, cuando tantos autonomistas se han lanzado á la manígua; por eso en la actualidad ya lo miran como con recelo aquellos que en tiempo no lejano sentían simpatías por el mismo, tales como Pi y Suñer, Azeárate y Pedregal, y algunos conspicuos fusionistas.

La razón ó fundamento del cambio inevitable que se hubiera realizado en aquellas sociedades creyentes y sencillas del paganismo, como menos sencillas, pero creyentes en igual grado lo son las modernas, se concibe y demuestra facilmente, atendiendo á la falta de esa virtud cardinalísima tan necesaria en el orden social y en el político, que debe reflejarse en todos los actos y manifestaciones de la vida llamada *lealtad*. Careciendo de tan inestimable virtud desaparecen las comuniones políticas, las religiosas, y hasta el individuo aisladamente considerado arrastra lánguida existencia. La mixtificación de la *ingenuidad* en el proceder constituye un grave atentado contra el orden social, y por lo tanto, una decepción inferida al común sentir del género humano considerado en su concepto universal, y aún á las mismas colectividades en particular, naciendo de dicho engaño las terribles convulsiones en los Estados y la deserción en las filas de los partidos.

Como ya hemos indicado anteriormente, en el autonomismo se nota la misma línea de conducta en la manera de ser del partido ya en su totalidad, ya en cada uno de sus partidarios considerados individualmente. La existencia de una fracción autonomista leal y española viene precisamente á confirmar la regla hoy diáfana para todos. En los actos del autonomismo, en general, pocas veces se ha visto la *ingenuidad*, y este mismo contraste evidenciado entre la predicación y el programa de los autonomistas, se ha confirmado en los hechos; gubernamental en las Cámaras de la Nación, en los actos oficiales y en el sentir de algunos partidarios de buena fé, revolucionario en los comités y en los meetings celebrados en los poblados y campos de Cuba, y misterios siempre en las sesiones celebradas por la junta central de dicho partido.

Como organismo legal, el partido autonomista tiene sus periódicos, destilando casi todos ellos la hispanofobia más inconveniente é injusta que pueda suponerse. El órgano oficial de la autonomía, siempre prevenido contra todo lo genuinamente español, patriótico y ortodoxo, in-

sertando antes de estallar la rebelión y aún en la actualidad artículos saturados de odio, lanzados todos ellos no solamente contra los hombres públicos y los gobiernos nacionales, sino contra la misma Patria común, contra nuestra nuestras más sagradas y seculares costumbres y venerandas tradiciones, intoxicó con sus disociadoras máximas á los sencillos campesinos de la isla de Cuba. Su demoledora obra logró realizarla en un corto número de años, mediante una propaganda inusitada por lo deletérea. No dejó en paz su invectiva nada, absolutamente nada, de lo que pudiera rebajar á España del nivel moral y material, comparándola con las demás potencias.

La divisoria que hipotéticamente querían fijar los autonomistas se distinguía claramente, por más que ellos, acudiendo á los sofismas y sutilezas, la señalaban de una manera velada, mas no confusa; sin embargo, para los liberales cubanos, los Estados de la Unión norte americana lo eran todos, y en todos los órdenes y manifestaciones de la vida nacional. En aquella para ellos *gran República*, porque éste era el epíteto usado, no existe mácula ni defecto alguno por leve que se considere; en España todo son penumbras; de manera que al hacer el parangón entre la nacionalidad española y la hija de Sam, quedaba sintentizada la deducción al resultado siguiente: en España todo lo que existe es defectuoso, equívoco, en una palabra, malo: y en los Estados Unidos perfecto, definido, es decir, bueno.

El partido autonomista fué mucho más allá en el camino de sus destemplanzas, falseando en un todo el contenido de la Constitución vigente, al llamar *colonias* á las posesiones ultramarinas españolas y metrópoli al Gobierno Supremo. En el Título XIII artículo 89 de la Constitución Española de 1876, al autorizar que las posesiones de Ultramar se gobiernen por leyes especiales, y facultar al Gobierno para aplicarlas con las modificaciones que juzgue convenientes, denomina á las posesiones españolas de América, Oceanía y Africa, provincias de Ultramar, y no colonias como gratuitamente afirmaban *urbi et orbi* los autonomistas, y entiendo por tales provincias ultramarinas las Islas de Cuba y de Puerto-Rico, las Filipinas, incluyendo las Carolinas y Marianas, las de Fernando Póo y Annobón, en el golfo de Guinea. Por esta razón el departamento ministerial que tiene á su cargo los asuntos ultramarinos se llama Ministerio de Ultramar, y no de Colonias, como sucede en otros países, que son verdaderamente colonias y no provincias sus posesiones. Sin embargo, debemos hacer constar que la denominación autonomista, no carece de intención sospechosa, tanto por lo incierta como por la aplicación que de ella han hecho para combatir á la nacionalidad.

Luego no es posible, ni imaginable siquiera, sorprenderse de nada de lo hecho por el autonomismo, pues el encono de dicho partido como apoyado en la soberbia y en la conveniencia del antojo personal, toca todos los resortes que le puedan ser favorables, aun que sean pocos patrióticos. Por esta razón, no puede tampoco causar extrañeza en los ánimos serenos y reflexivos, que vienen contemplanado las siluetas y

desplantes del partido autonomista desde su nacimiento, la campaña persecutoria y ofensiva, que con verdadero tesón maniático, ha sostenido y sigue sosteniendo contra todo lo genuinamente español, cuya nación ha llegado en concesiones, donde no llegan en la actualidad otras potencias. Tantas exageraciones trajeron la perturbación en los espíritus, la anomalía en la vida social, y unido todo esto á la propaganda filibustera no interrumpida un momento, y á la astucia de haber dividido al partido español, creando otro tercero intermedio y neutro, éstos y no otros han sido los factores de la actual insurrección.

CAPÍTULO II

SUMARIO.—*La enseñanza de Cuba en consorcio con el separatismo. — La empleomanía. — Las reformas de Maura. — La conspiración dentro de la Isla. — La conspiración en el exterior. — Mando del general Calleja. — El secuestro del Sr. Fernández de Castro por Manuel García. — El grito de Baire.*

Dijo el educador y recalcitrante separatista cubano don José de la Luz Caballero: “*entregadme la juventud y yo os dejaré en cambio una patria.*” Esta sentencia ó adofismo fué comprendida en toda su extensión por los cubanos soñadores en la *patria* chiquita. Es la infancia época del hombre adecuadísima, para la adquisición de los conocimientos por el método intuitivo, y al mismo tiempo, para formar el corazón de la niñez; la manera de inculcar los conocimientos en la niñez y desarrollar los sentimientos, constituyen los dos factores más importantes para la vida del hombre. El método intuitivo puede afirmarse que es el único, por cuanto en dicha edad la reflexión ocupa un lugar secundario, y la imaginación, como potencia eminentemente sensible, es la preponderante. No deben buscarse, pues, los serenos y abstractos juicios y raciocinios para la transmisión de los conocimientos útiles, sino algo que, presentándose bajo una forma tangible y concreta, impresione especialmente al sentido de la vista en general y secundariamente á todos los demás, y de esta manera se conseguirá provechosa enseñanza. Así lo comprendieron varios filósofos y pedagogos; el alemán Froebel fué el primero en aplicar sistemáticamente á la enseñanza primaria tan prodigioso medio, y los separatistas cubanos en el fondo, pero cubiertos con el manto de la legalidad, aprovecharon esta ventaja preconizada por el señor de la Luz y Caballero, apoderándose de la enseñanza de la juventud de la Isla, tanto en las escuelas, como en los Institutos y en la misma Universidad.

El método intuitivo, en el período de la infancia, no solamente es apto en lo referente á los cuerpos representados en sus tres formas geométricas, á todo lo susceptible de la vista y del tacto, sino también al arte pictórico, al dibujo, á la numeración hecha en los encerados y pizarras, y á la escritura. Nunca juzga la niñez educanda la magnitud de los objetos más que por la impresión visual; y los convencionalismos entre la realidad y lo representado, por ejemplo, la escala geográfica en

los planisferios ó mapas, hasta la edad en que la reflexión alcanza el predominio, no son juzgados con la debida y recta apreciación. Los maestros de instrucción primaria en Cuba, hechura casi todos ellos del separatismo, tuvieron gran interés en no descuidar la decisiva influencia de la intuición, falscando la escala en los mapas que representaban á la Península y á Cuba. La primera aparecía, por razón de la diferencia de la escala, diminuta, casi microscópica, mientras la segunda se les presentaba grande, y por su perspectiva cada una de las provincias de la isla de Cuba, era mucha mayor que la extensión de las cuarenta y siete peninsulares.

Hubiera sido muy conveniente, que á su debido tiempo los inspectores de instrucción primaria y las Juntas locales de Instrucción Pública, hubiesen mandado, aunque para ello se vieran en la necesidad de emplear medios coercitivos, la confección de los mapas de España y de la isla de Cuba con arreglo á una misma escala, y como ésta no es más "que la relación lineal entre la dimensión real de un país y la de su representación" de esta manera el niño hubiera descubierto á simple vista, la mayor extensión de una sobre la otra, aproximándose sus infantiles cálculos á dar á cada una de las porciones de territorio español la magnitud debida; pues ya hemos dicho que forma sus juicios por la extensión del objeto que impresiona su retina. Debieron, por lo tanto, haber sido prohibidos en las escuelas esos mapas de la Isla, confeccionados por arte del separatismo con arreglo á una escala más amplia que los de la Península, procurando que todos los mapas, peninsular é insular, estuvieran hechos ó arreglados á una misma longitud en lo referente á los grados.

Lo mismo decimos en lo que se refiere á la escritura de los datos estadísticos con cifras numéricas y á la paridad de amplitud en los estudios geográficos. El separatismo, cubierto con el manto de la legalidad, tuvo muchísimo cuidado y tacto á la vez, en nombrar inspectores de primera enseñanza de hechura exclusivamente suya, y las Juntas locales de primera enseñanza, aún en aquellas poblaciones en donde predominaba el elemento español, por incuria y por otras conveniencias sociales, pero nocivas al sentimiento pátrio, no cumplieron con un deber legal, moral y ortodoxo. Las escuelas primarias se convirtieron en semilleros del separatismo, enseñándose impunemente el credo maambí y el catecismo separatista, excluyendo el catecismo cristiano que propone el desarrollo de los intereses espirituales de nuestra alma, que aventajan á los materiales, y vigoriza y perpetúa las creencias de la verdadera religión y la práctica de las virtudes, de las cuales tan necesitada se halla la isla de Cuba. Padres dotados de verdaderos sentimientos pátrios se escandalizaron ante las enseñanza recibida en las escuelas, tanto en lo concerniente al desarrollo del concepto religioso, como del pátrio, y se vieron precisados á quitar á sus hijos de aquella funesta dirección de tan especiales maestros. Tal ha sido la instrucción, el sublime alimento intelectual que durante unos lustros ha dominado y sigue aún dominando en Cuba por falta de celo en nuestros Gobiernos;

por las pérdidas intenciones del separatismo velado en la forma y cal-
ridente en el fondo, y por la incuria de las Juntas locales.

Los defectos gravísimos de la enseñanza primaria, cuyos frutos le-
tales para la causa de la nacionalidad estamos palpando ostensible-
mente en el terreno de la práctica, son únicamente la semilla arrojada
al corazón de la juventud escolar con la insana intención de atrofiar el
sentimiento pátrio. A centros de mayor importancia les correspondía
hacer fructificar tan mala y disociadora simiente, y por cierto lo han
cumplido con asombrosa prodigiosidad la mayor parte de los Profesores
de los seis institutos provinciales y de la Universidad de la Habana.
Somos decididos partidarios de la difusión de la ciencia; veríamos con
fruición que se hallase extendida por todas las clases de la sociedad,
pero también es nuestra opinión que la Real Universidad, tal como se
halla constituida actualmente debiera suprimirse, y así se mataría
de un solo golpe el mayor centro del separatismo. Parece aventu-
rada la frase de separatista aplicada al centro superior de enseñanza
de la Isla, pero el hecho es cierto; tenemos que rendirnos ante la
evidencia, y nuestro deber de decir la verdad de los hechos acaecidos,
nos obliga á dar ostensibilidad á semejantes actos reales porque los
reprobamos toda persona honrada. La ruindad y la abyección siempre
han sido vicios vituperables, pero más en la cuestión educadora, por
ser una de las más trascendentales ó influyentes en la vida del hom-
bre; mas una vez perdido todo sentimiento noble, cuando solamente
impera el apasionamiento, es muy difícil la curación radical, y enton-
ces se hace indispensable la amputación, aunque sea literaria.

El separatismo artero y disfrazado, el mismo autonomista de buena
fé y los neutros aparentes, lograron que los Gobiernos de España nom-
brasen Profesores á su deseo. En efecto, lo consiguieron, pues de los
ochenta profesores que tiene la Universidad de la Habana, solo veinte
son peninsulares, y así sucede en los Institutos. Los frutos de los Es-
culapios habaneros no se han hecho esperar en cuanto han tenido oportu-
na ocasión de manifestarse: mas de mil escolares se han lanzado á
la manigua. En una expedición filibustera naufragada en Long Island,
se contaban entre los expedicionarios diez y ocho bachilleres en artes,
cinco doctores, dos farmacéuticos, tres químicos, siete abogados y tres
matemáticos. Mayor caudal científico no podía aportarse.

En la Facultad de Derecho estuvo designado como texto un *librejo*,
mezcla incoherente de un krausismo ininteligible, nihilismo, materia-
lismo y separatismo velado, cuyo autor es el Sr. D. José Orellana y
Céspedes. Por orden gubernativa fué suprimido tan inconveniente li-
bro. Otro texto de Historia Crítica de España, escrito por el Sr. Sán-
chez Fuentes y declarado de texto con la vénia del rector, resulta
tan pésimo como el anteriormente citado, y esto no solamente por el
plan y distribución de la doctrina, sino también por demostrar una sau-
grrienta reticencia contra la misma nación de la cual cobra sueldo.
El señor autor de la Historia Crítica, es partidario, y así lo insertó en
su libro, *de la caída del fruto maduro, de la hija que debe separarse de*

la madre, de la mayor edad de las colonias," y de otros tópicos trasnochados y de uso común entre los sabios ocasionales de este siglo de las luces. Agréguese á todo este la incesante circulación de las "*Hojas literarias*" publicadas por don Manuel Sanguily; la "*Historia desde Yara hasta el Zanjón*" por Collazo; quince periódicos separatistas y la lectura de los diarios filibusteros de Nueva York, todo con aquiescencia del tirano Gobierno Español, y se podrá formar un juicio exacto de lo saturada que estaba la atmósfera en sentido revolucionario.

Expuesta, en los anteriores párrafos, la manera como el separatismo en todas sus fases y variedad de matices, se había apoderado casi por asalto de la enseñanza, demostraremos, ahora, una nueva evolución según el, ó diversas manifestaciones según nosotros, para hacer más asequible y seguro el triunfo de la revolución y de la independencia de Cuba. Esta cuestión batallona fué la de quererse apoderar de los cargos públicos y empleos, suprimiendo en absoluto al elemento peninsular. Vicio antiguo de todas las naciones, y por tanto de España, es la empleomanía, pero la codicia de muchos naturales de Cuba en este asunto, ha excedido los límites de lo conveniente. Con este fin se formó el partido autonomista, con teorías altamente exclusivas, y con un inflexible determinismo para ser ellos los únicos directores de la cosa pública en Cuba y de enmohecer los resortes del Gobierno. El separatismo se bañaba en agua de rosas, porque así vislumbraba lo certero del golpe al sonar la hora de la emancipación. La exagerada tendencia á los empleos públicos y lo peligroso de ella para los intereses de la nación, se revela en las Pragmáticas de varios Reyes, insertas en la Novísima Recopilación y encaminadas á fijar límites á las pretensiones inauditas para obtenerlos. Felipe II manda á la Cámara que tenga mucho cuidado en las provisiones. Felipe III declaró inhábiles ó impuso castigos á los que empleasen dádivas ó promesas por sí ó por otras personas para obtener empleos.

El rey Carlos III se lamentaba del excesivo número de pretendientes. Carlos IV prohibió terminantemente la admisión de solicitudes entregadas ó dirigidas por mujeres ó hijas de los pretendientes de empleos. Fernando VII señaló condiciones para ingresar y ascender en los empleos, prohibiendo en absoluto que fueran agraciados aquellos que careciesen de conocimientos necesarios; y finalmente, el Real Decreto de 18 de Julio de 1852, refrendado por Don Juan Bravo Murillo, fijó bases para el ingreso y ascenso en todos los empleos, organizando la carrera de la burocracia. Todo esto se hizo para evitar las molestias de las recomendaciones, proclamando el principio, de que ni Corona, ni los Ministros podían considerar la facultad de nombrar empleados como un derecho para su particular conveniencia, sino como un deber de cumplimiento difícilísimo, que obliga de una manera sagrada á buscar con escrupulosidad las personas más idóneas para el desempeño de los cargos públicos. De lo expuesto se infieren los entorpecimientos ocasionados á la cosa pública, al Estado, á los Gobiernos y á los mismos funcionarios el inmoderado afán de conseguir destinos pú-

blicos, cuando los mismos Monarcas, anteriormente citados, procuraban aminorar con sus Reales Decretos la mucha afluencia de aspirantes y los medios empleados, no siempre conformes con la ciencia y preceptos morales.

Ante todos los males expuestos, que han afligido á las naciones, y especialmente á nuestra España, podemos afirmar que en la isla de Cuba llegó al colmo del delirio, de lo inconcebible, el afán porque se desempeñaran los empleos públicos los hijos nacidos en la gran Antilla exclusivamente. La formación del partido autonomista, más que á dogmas políticos y á necesidades sociales realmente sentidas, obedece al móvil del presupuesto. Empezaron por formular sus quejas en la prensa, alegando la preterición en los destinos á los hijos de Cuba, y así fuéronse cubriendo sucesivamente las vacantes con los obstinados pretendientes. Llegó á tal extremo su insaciable sed que, aún contando como contaban como empleados de todas clases el ochenta por ciento de insulares, con preterición también injusta del elemento peninsular, ya no se contentaban sino con la totalidad, ó con llamarse *poder administrativo*; pero todo compuesto de los suyos.

Como puede apreciarse, la cuestión era más burocrática que política, y olvidaban que al hacer total exclusión del elemento peninsular, inferían grave injuria por la preterición de uno de los elementos de mayor importancia de la nacionalidad. El que sufre mayores cargas, debe tener más recompensas en los beneficios, y en esto no superan los cubanos á los peninsulares. Por tanto, no puede darse idea más pobre de la formación de una colectividad política, que el reconocer como origen de su existencia el destino ó el empleo. Todos los males señalados en las Pragmáticas para la consecución de empleos, se han utilizado por los pretendientes de la gran Antilla. ¡Triste espectáculo, pero es la realidad de lo sucedido, y por eso la exponemos claramente, á fin de que los Poderes Públicos se fijen en una cuestión de tanta gravedad por lo transcendental, y apliquen urgente y radical remedio.

Todos estos inconvenientes podían subsanarse con la promulgación de una buena *ley de empleados*, pero esta *ley* tantas veces prometida no existe todavía; el mal ha ido en aumento, sin que hayan bastado á remediarlo las tímidas limitaciones de presupuestos; sin embargo, abrigamos la creencia de que las duras y cruentas lecciones recibidas por tanta imprevisión como incuria, harán abrir los ojos á nuestros hombres públicos, y resolverán tan vital problema.

Descrita la empleomanía cubana, y el afán por obtener un empleo público, como una de las causas inmediatas de la guerra, vamos á tratar de la principal y mediata, siendo esta la *conspiración*. Desde que en la isla de Cuba brilló de nuevo el sol de la paz, después de diez años de sangrienta lucha, los eternos enenigos de España no cesaron un momento en la maquiavélica obra de conspirar, tanto dentro de la Isla, como en el extranjero. De los que conspiraban fueran del territorio español, el núcleo principal existía en los Estados Unidos, por más que las diversas ramificaciones de sus *clubs* se extendían á varias de las

Repúblicas hispano-americanas. Nueva York, Tampa, Jacksonville, Charleston, Nueva Orleans, Cayo Hueso, Baltimore pueden considerarse como los centros de mayor importancia de los revolucionarios. En Méjico, Guatemala, San Salvador, Bolivia, Perú, Chile, la Argentina, Paraguay, Uruguay, Ecuador, el Brasil y especialmente en Venezuela, que después de los Estados Unidos es donde existe mayor número de laborantes cubanos, los clubs radicados en las mencionadas repúblicas recaudaban fondos, y propagaban la *idea santa* de la emancipación y del odio contra España, conforme á las instrucciones que recibían de la junta revolucionaria central de Nueva York. No obstante, si censuráramos la conducta observada por los Gobiernos de las Repúblicas de la América latina respecto á nuestra España y á nuestro Gobierno, en la guerra criminal que nos azota, cometeríamos un acto de notoria injusticia, y de esto no somos capaces, por cuanto nuestro objeto y fin es el de que la verdad resplandezca, aplaudiendo lo que sea digno de aplauso y censurando lo que digno sea de censura.

Nada que reprocharse deba, prudencia, corrección, mesura y respeto á los deberes y preceptos jurídicos internacionales, tales han sido y continúan siendo las actitudes de los Gobiernos de las jóvenes naciones, hermanas nuestras. Los presidentes inflexivos é imprudentes como los Bauta y Prado en el Perú, tiranos de hecho, pero suaves en la apariencia, verdaderos Manolillos Gázquez que hicieron temblar al universo, cuando reconocieron no solamente la beligerancia sino también la independencia de Cuba en la pasada insurrección; como el de la República de Guatemala, verdadero Don Quijote por sus arrogancias y lo insignificante de su concurso, han desaparecido para gloria de nuestros hermanos, y por este solo hecho, háuse conquistado mayor importancia en el concepto de las relaciones internacionales, por hallarse informados los actos de los actuales Presidentes en los más justos deberes prescritos por la justicia.

Las personalidades de verdadera ilustración y el elemento sensato de las mencionadas Repúblicas, han reaccionado en sentido favorable á la madre Pátria, y comprenden cuán injustificados han sido el odio y la prevención habidos contra España. Este movimiento de atracción no debe causarnos extrañeza: el tiempo es el que aclara las dudas, desvanece las nebulosidades, y como la conducta de la Nación Española respecto á sus hijas es diáfana y de simpatía y de amor, era lógico que las mencionadas Repúblicas, convencidas de ello, tributaran justa recompensa á la Madre Descubridora. Sin embargo, algunas personas del montón anónimo, la masa ignorante, la populachería, aun suelen expresarse con aquellos lugares comunes de *la tiranía española, de los ominosos tiempos de los españoles*, mas semejantes asertos ocasionan la risa en quien los oye, como producen hilaridad cuando se insertan en ciertos periodiquillos de la Habana y de otras partes. Pero eso no constituye motivo suficiente para anatematizar á las Repúblicas hermanas nuestras; los que nos censuran son los menos y los que más poco valen, mientras el buen criterio y el elemento pudiente é ilustrado nos

es resueltamente favorable. Luego la conducta de las Repúblicas hispano-americanas es digna de encomio, y las baladronadas de esos sabios de ocasión, tanto del interior (Antilla) como del exterior, pero muy ignorantes en el fondo, sólo nos deben merecer el más profundo desdén.

En Guayaquil (Ecuador) existía también su pequeño club de conspiradores formado por una trinidad bastante original, á saber : un puertorriqueño llamado José Eugenio Natal, escribiente del Consulado Español, residente en la ciudad de Guayas; un fabricante de tabaco al por menor de nombre José Urgellés, cubano él, y un sastre de apellido Alburqueque, habanero. Cuando fueron descubiertas las aficiones manigüeras del primero, el elemento español protestó ante el Cónsul pero en vista de que este no le separaba del empleo, acudieron al Ministro de Estado, y de aquel importante centro vino la separación del mismo señor Cónsul y la del escribiente cuando la toma de posesión del que le sustituyó, haciéndose justicia á la perfidia con una razonable cesantía. Del pequeño fabricante de tabacos, que montó la fábrica con las cantidades que le prestaron los españoles establecidos en la mencionada ciudad, diremos que una vez descubiertas sus tendencias é ideas le negaron el apoyo, empezando desde entonces una vida lánguida con su nueva industria; y por último, al sastre, al cual la misma sociedad de beneficencia española le había donado tres mil pesos para que pudiera batirse unas cataratas en Madrid, también, una vez evidenciado su filibusterismo, se le expulsó de la sociedad. Dichos conspiradores no pudieron allegar recursos para la revolución, mas sí algunas simpatías y composiciones poéticas alusorias á la independencia, escritas por Alvaro Llona, hijo del ilustre vate ecuatoriano Numa Pompilio Llona.

Panamá era la ciudad de la América latina donde los conspiradores encontraron decidida protección á pesar de las buenas intenciones del gobierno de Colombia. La protección se daba clandestinamente, pero de una manera eficaz. Desempeñaba en el noventa y cuatro, y aún en la actualidad, el cargo de Gobernador del Istmo, un señor Arango, nacido en Cuba, insurrecto en la pasada guerra, que se nacionalizó en Colombia y alcanzó cierta significación política. En la casa del gobierno departamental se hacían las colectas, recibíanse las instrucciones de la junta central y además los mandatos de Martí, agente principal del movimiento. Dicho gobernador subvencionaba al periódico del Istmo titulado "La Estrella de Panamá" para que demostrase á España, ridiculizando todo lo que á español trascudiese; mas no contaba con la contraria, es decir, con la pequeña pero compacta colonia española. Esta, después de tolerar innumerables procaecidades, acordó fundar un periódico llamado "El Español", dirigido y redactado por el señor Fernández, hijo del cónsul de España, oriundo de Galicia, español de corazón y de envidiables virtudes cívicas y morales. También era redactor del mismo, el hijo de un reputado médico madrileño residente en Panamá, que se apellida Barañano, joven distinguido, buen literato é incisivo polemista. Emprendida la campaña de defensa, "La Estrella"

pronto apagó sus fuegos por carecer de argumentos, la colonia española salió victoriosa, y el Gobierno supremo de la República adoptó ciertas medidas no muy satisfactorias para el colombiano de pega señor Arango.

En el pueblo de Colón, situado al otro lado del Istmo de Panamá y bañado por el Atlántico, los cubanos que se habían impuesto voluntariamente el ostracismo, compensaban su destierro con el gusto de tener izado diariamente el trapo de la *solitaria*. También existía allí el *club* revolucionario con todo el séquito de la colecta y reclutamiento. Lo más grave del caso fué el intento frustrado de apoderarse del vapor "San Agustín," hermoso buque de la Compañía Trasatlántica Española. Por mandato de la central de Nueva York y aconsejados por el infatigable Martí, se habían reunido muchos aventureros cubanos en el poblado de Colón y tomado pasaje en el vapor español. La cantidad y calidad del pasaje infundieron sospechas á la casa consignataria, denunciando el hecho al cónsul de España. Este celoso funcionario, gracias á su actividad, se enteró de las intenciones de los pasajeros, pidió protección á las autoridades colombianas, y una compañía del ejército que embarcó en Panamá, se personó en Colón y echó á tierra sus diabólicos planes, haciendo desembarcar tan finesto pasaje.

Un barbero es el agente revolucionario en la Guayra (Venezuela), y un dueño de una casa de huéspedes con pretensiones de "Gran Hotel" el de Caracas. Excesamos decir que ambos son *cubanos libres*. La recaudación de fondos y el reclutamiento para la insurrección se hacen en grande escala, pues de todas las repúblicas de origen latino la más hostil á España ha sido el populacho venezolano.

En el Perú, ya por la grave crisis económica que atraviesa, ya también por la reacción favorable que en pró de España se ha verificado de dos lustros hasta el presente, el laborantismo no encontró los recursos imaginados. Chile, la nación más práctica del continente sudamericano, trató con desprecio á los agentes revolucionarios comisionados por la central de Nueva York, y como no ha olvidado las graves ofensas que á su dignidad infringieron los Estados Unidos del Norte, era suficiente para no tolerar el filibusterismo cubano, por ser el protegido de los yankees. La Argentina jamás toleró ni oficial ni particularmente demostraciones en pró de la insurrección, y la recaudación de fondos para la misma causa infame no ha obtenido resultado alguno en aquella República, porque los cubanos allí establecidos son generalmente pobres; y esto mismo ha sucedido en el Brasil. En Costa-Rica había un núcleo importante de *maceístas* promovedores de algunos disturbios, en uno de los cuales asesinaron, alevosamente á un español, según costumbre inveterada de esos *libertadores*; la colecta de los *clubs* ha sido de importancia: sin embargo, debemos hacer constar que el Gobierno ha prohibido terminantemente ciertos desahogos pro-insurreccionales, y la conducta seguida por el mismo es prudente y correctísima.

Carecen de importancia las cantidades recolectadas en las demás repúblicas centrales de América, y aún en Méjico, de manera que sólo en los Estados Unidos se alimenta la anárquica revolución. El tabaco

diario, la cuota semanal de los tabaqueros, la mensual de los que se dedican á otros oficios, las excentricidades de algunos opulentos americanos, los contubernios de los de la junta central con algunas sociedades anónimas y los *trusts* azucareros, los reclamos de algunos diarios como *The World*, *The Sun*, *The Herald* y otros periódicos norte-americanos han sido y continúan siendo los factores más importantes y las fuentes de las cuales salen los fondos para la guerra de Cuba. Respecto á la actitud de los hijos de *Uncle Sam* no somos extensos: 1º por lo mucho que la prensa se ha ocupado del asunto; 2º porque constituyen en la actualidad una deuda pendiente con España, cuyo reintegro futuro no debemos exponer, por no ser profetas.

El partido autonomista cubano, empujado por los hispanófilos que en sus filas militaban, veía un obstáculo para la consecución de su fin, lo compacto, robusto y numeroso del partido español; pero también notaron la existencia de los descontentadizos, enumerándose entre ellos á cierto potentado y á tres ó cuatro maquiavelos en política; así, pues, trataron de dividirlo. Faltaba únicamente una buena oportunidad para que la división se convirtiese en efectiva, porque conatos ó tendencias se dibujaban muchísimos siendo el más renombrado, por lo manifiesto, el tristemente llamado *movimiento económico*. Las famosas reformas del ministro balear han sido una de las múltiples causas favorables á la actual insurrección; bastaba un pretexto por especioso que fuera para valentearse los cismáticos ó luteranos de la comunión española, y para que dieran señales de vida; y además para que los eternos enemigos de la dominación de España en Cuba atizaran é hicieran revivir el fuego de aquella latente discordia. Este pretexto se facilitó con las reformas del ministro Don Antonio Maura, que seguramente no lo presuniría, y las cuales consideramos como una de las calamidades de la nación.

No quiere decir esto, que el Sr. Maura, político de gran talla, abogado de nombradía y orador rotundo, abrigara veladas intenciones al presentar el proyecto de reformas en las Cortes, no; le consideramos buen español, y esto basta para justificarle, mas si una completa ignorancia de la manera de estar constituido el partido genuinamente español en Cuba. No se le censura por el malhadado proyecto, si no por la defensa hecha en pro del mismo, más el deseo de crearse un partido en Cuba, y la tenacidad en sostener un estado de exaltación á todas luces insostenible y perjudicial. Con el dicho plan surgieron los cismáticos, y la división del elemento español fué un hecho consumado. Los deseos de exesión, sostenido por otro abogado de tendencias cesaristas, amigo de sindicatos y travieso en política, facilitaron á los conspiradores sus planes; por eso se celebró, una vez consumado el cisma, con grandes fiestas privadas en los *clubs* revolucionarios. Por cierto que las circunstancias no podían ser más favorables para llevar á la meta sus péfidos y anarquistas proyectos.

Por todas las Constituciones es reconocido el principio de la responsabilidad ministerial, es decir, el ser solidariamente responsables

los ministros de la política general del gobierno, é individualmente por sus actos personales. De los tres diversos sistemas llamados *legislativo*, *judicial* y *mixto*, este último es el seguido en España. En Francia, Inglaterra é Italia ya se han dado ejemplos de exigir responsabilidad á los Ministros, mientras que en España no puede citarse un solo caso. Esto no sé si debe alegrarnos ó entristecernos, porque la justicia lo mismo debe aplicarse á los más nombrados personajes por sus riquezas ó dignidades, que á los humildes. Sobre las causas de la insurrección cubana no solamente se han hecho denuncias comprometedoras, sino que también se han narrado hechos terribles que envuelven graves acusaciones para algunos funcionarios de alta jerarquía y ex-ministros. Es el Gobierno de nuestra nación quien debe estar interesado en averiguar la verdad y esclarecer los hechos, satisfaciendo las justas exigencias del país que es el que da la sangre y el dinero para defender la amenizada integridad nacional, pues en caso contrario, si defrauda tan legítimas aspiraciones, contribuirá al decaimiento del espíritu nacional. Depure, pues, si hay motivos para la responsabilidad; las circunstancias así lo exigen; el honor de los personajes objeto de las invectivas pide su justificación, si son inocentes íntimas como aseguran.

Las asambleas revolucionarias de los separatistas de la Isla siguieron marcha progresiva idéntica á los clubs del exterior, ayudadas siempre por las logias masónicas, causantes en muchísima parte de la pérdida total de nuestras posesiones del Continente americano, y de las inmensas desgracias y calamidades que han afligido y aún afligen á nuestra España. No debe extrañarnos, en manera alguna, que un periódico tan sensato como *El Correo Militar* afirme que no comprenda como puede en la actualidad defender nadie á los masones. Hagan suya esta reprobación algunos militares que tanto en la isla de Puerto-Rico como en Cuba y Filipinas, aún siendo buenos españoles y hombres dignos, tantos males causan inconscientemente á la misma patria que tanto quieren. Los directores de la Junta revolucionaria central de Nueva York tenían á sus órdenes delegados en las capitales de las seis provincias de la Isla, cuya central insular estaba funcionando en una de las calles más céntricas de la Habana, dirigida por abogados de nombadía políticos *legales* de talla, médicos y catedráticos del mayor centro docente de Cuba, pero todos ellos inscriptos en el consulado americano como ciudadanos de los Estados Unidos; y además figurando como tales españoles, es decir, con la cédula personal de España para escalar los cargos públicos, según las cláusulas del catecismo separatista. Eran anfibios que lo mismo hacían á pluma que á pelo para no infundir sospechas. El fin revolucionario fué emprendido y proseguido con tenacidad por los conspiradores bajo la dirección de los delegados, y conseguido totalmente, merced á la incuria ó buena fé de algunos Gobernadores Generales. Con el arma del misterio, muy bien manejada en manos de los conspiradores, éstos mantenían al pueblo cubano en una posición efervescente, y en este sentido pedían reformas liberales.

La verdad es que por el incremento de la propaganda incesante contra España, á medida que extendían su influencia y poder, aumentaba de una manera exorbitante el número de sicarios, llegando un tiempo, en que el bandolerismo precursor de la insurrección, dominaba los campos, en la atmósfera social se notaba cierta inquietud y se presagiaba algo muy grave. Alarmado el Gobierno, resolvió mandar un Gobernador General de empuje y de espíritu tenaz para resolver aquellos nubarrones amenazadores, y devolver al mismo tiempo la calma á los espíritus justamente alarmados, nombrando al efecto al general Polavieja. Cuando en el Senado se discutía el nombramiento, se levantó el general Martínez Campos, pidiendo con insistencia la elección del general Polavieja, añadiendo que en el carácter del caudillo cifraba todas sus esperanzas para devolver la tranquilidad á la Isla. El tiempo justificó tan risueñas esperanzas. Así como hemos censurado la gestión militar de Martínez Campos, en la actual insurrección, gestión desdichadísima é inocente, cuando el mismo confesó *haberse equivocado*, no podemos menos de aplaudir su eficaz intervención en el nombramiento del general Polavieja, pues el tiempo se encargó de demostrarlo.

Turbulento y difícil fué el período de mando del general; la insurrección estaba á punto de estallar, el bandolerismo en su mayor apogeo; Maceo, Flor Crombet y otros futuros cabecillas se paseaban casi de una manera triunfal por la Isla y animaban á los conjurados; un movimiento de excisión amenazaba al partido español. Este movimiento fué el llamado económico, patrocinado por todos los que más tarde se afiliaron al reformismo: el cacique era el señor Amblard don Arturo.

Epoca calamitosa fué, á la verdad, la que atravesó el mando de Polavieja en Cuba, pero en medio de las inquietudes que lo caracterizan, seguían, no obstante, fortaleciéndose la autoridad española y los resortes del gobierno, mientras los manejos filibusteros llegaban á la decadencia y hasta la nulidad. Una cualidad muy digna de aprecio sobresalió en el insigne caudillo, y esta fué el acierto en la elección de las personas que le rodeaban, y que indudablemente produjeron los mejores resultados. El general, sin despreciar los consejos de nadie, vió y apreció con criterio propio todo lo anormal que existía en el país; cualquier movimiento ó actitud para la generalidad insignificante, eran para él otros tantos puntos de orientación. Por eso su gestión tiene un sello personal, exclusivamente suyo. Durante su mando expulsó de la Isla á los Maceos y Flor Crombet, que estaban laborando, Antonio Maceo en Matanzas y en la misma Habana, y los otros en Oriente; el bandolerismo recibió rudo golpe con la fundación del *gabinete* negro, y muchos de ellos expiaron en el patíbulo sus crímenes. La vigilancia era tan grande y eficaz, que las mismas juntas revolucionarias se quedaban sorprendidas al ver todos los planes intentados en el más completo fracaso, adelantándose la previsión hasta los manejos de los clubs en el exterior. El desaliento empezaba á cundir cuando fué relevado tan hábil general, con grande y general aplauso por parte de los sepa-

ratistas. Hemos expuesto, aunque á la ligera, las singulares, especiales y relevantes cualidades del nunca bastante alabado general Polavieja, solamente para que brille la verdad, y además, para hacer el debido parangón entre la manera de gobernar el mencionado general, y el Sr. Calleja.

Don Emilio Calleja é Iassi, Gobernador General de Cuba y hechura del Sr. Maura, fué durante su mando un perpétuo y ciego instrumento del ex-ministro balear. Todos sus actos y gestiones acusaban sino perturbación mental, marcadísima decadencia de carácter, y absoluta dependencia de los cuñados ministros Gamazo y Maura. Fácil es colegir y sacar de las numerosas debilidades de Calleja, donde se halla la causa de su triste proceder. Pertrechado con la amplísima confianza de tener por defensores á los ministros emparentados de la situación fusionista, se otorgaba á sí mismo atribuciones políticas en la formación del *reformismo*, partido artificial ó de estufa, cuyo centro calorífico se hallaba en el Ministerio de la Plaza de Santa Cruz, y el tubo conductor y transmisor era el aludido general. La historia de nuestra nación le tratará como se merece, y por cierto no habrá de ser con benignidad.

Durante el mando de Calleja, de dolorosa recordación para la patria, se desencadenaron los más graves desaciertos, y el *don* de errar no quedó limitado exclusivamente al general; alcanzó también á las demás autoridades y colaboradores del orden de cosas existente. Era natural todo lo sucedido, porque las autoridades, en oposición á su cargo, hacían política, mas no administración: el *reformismo* sugestionado por las delicias del poder, manifestaba en su prensa estar en el mejor de los mundos posibles, la parealidad era sobrepuesta á la justicia, las pasiones se enardecieron, la autoridad de España se eclipsaba visiblemente, la violencia era la característica del día, y el general cual otro Hixem II, permanecía contento con los halagos de Sobbeya (el partido reformista) del cual estaba enamorado, (y del moderno Almanzor político) Don Antonio Maura.

Los conspiradores no desaprovecharon ocasión tan oportuna para fraguar en pleno día, sin los misterios y sombras de la conjuración, sus *libertadores* proyectos. Más de cuarenta *clubs* se habían formado en la misma capital de la Isla, y funcionaban laborando y conspirando en los mismos café y cervecerías. Cada grupo delegado por los *clubs* hacía su reclutamiento y propaganda revolucionaria en los establecimientos públicos, y el jefe de cada uno de ellos estaba encargado de dar cuenta á la junta central. Los más recalcitrantes agentes del separatismo formaban la tertulia del Palacio de la Plaza de Armas, eran los íntimos amigos del Secretario del Gobierno General, Sr. Estanislao de Antonio. A la Exema. D^a Dolores Viñalet, esposa del General, dióle por las obras benéficas, y allí sentó sus reales el disfrazado separatismo con la intervención de algunos jóvenes de los más conocidos en la Habana, los cuales aprovechaban aquella intimidad para sus fines revolucionarios.

La mayoría de los gomosos habaneros era solicitada para que prestase su apoyo y cooperase á las obras de beneficencia. Se organizaron *tómbolas*, *novilladas*, *carroussels*, y el Bazar situado en la manzana de Gómez; y merced á estas circunstancias metióse el separatismo hasta en la vida particular del Gobernador General, porque eran dichos *cáballeritos* muy elocuentes y gozaban de las simpatías del señor Calleja. En todas las reuniones dadas dos veces por semana en Palacio era indispensable la asistencia de los dos sportmen Alfredo Arango y otro *favorito* muy conocido en la Habana: estos dos jóvenes fueron también de los afiliados á la conspiración. La confianza que el Gobernador General y señora, lo mismo que los señores de Antonio y Sánchiz, depositaron en los jóvenes anteriormente citados, sirviéoles á aquellos para enterarse de importantes detalles, los que eran transmitidos á Nueva York y á los comités revolucionarios de la Isla.

Otra personalidad *sui generis* figuraba entre los contertulios de Palacio y ésta era, el mulato Juan Guaberto Gómez, redactor de "La Lucha," director del periódico "La Igualdad," redactor de "La Protesta" y colaborador de "La Verdad." Respecto á la conducta, tanto privada como pública de Gómez, solo advertiremos, que su leña fué la ingratitud. Empezó por ser ingrato con el protector que le pagó los estudios en Madrid y en París, y mas tarde, cuando en la coronada Villa, merced á las recomendaciones que desde la Habana recibiera el senador autonomista Sr. Labra, le acogió bajo su amparo, haciéndole su secretario particular, pudo codearse con nuestros hombres públicos, frecuentar los salones de conferencias del Senado y del Congreso, tener entrada en el Ateneo y hasta escribir en los periódicos; favores y prerrogativas, distinciones y preferencias que prueban que sólo España, á pesar de las calumnias de sus eternos detractores, es capaz de proceder tan fraternal. Correspondió Juan Gualberto á todas estas deferencias injuriando á España su protectora, soliviantando á la clase de color de la cual se titulaba jefe, recorriendo la Isla para formar comités separatistas, dirigiendo periódicos de la misma comunión, y finalmente aceptando el cargo de cabecilla. Por eso fué el primero que se levantó con su partida en Ibarra (Matanzas.)

Juan Gualberto Gómez, muy distinguido por el general Calleja, cuando se trataba de repartir localidades para algún espectáculo benéfico, ó para recolectar fondos, era el primero en ser llamado á Palacio, y correspondía siempre con el óbolo que sacaba por su ascendiente á la clase de color. Con este motivo menudeaban sus visitas al Gobernador General y alcanzó gran influencia con las autoridades, gozando el favor del elemento oficial en su esfera más elevada, circunstancia que él no desaprovechó para sus planes revolucionarios.

Un redactor del diario separatista titulado "La Protesta" era el intermediario entre los conjurados de Vuelta Abajo y los *clubs* de Cayo Hueso y de Tampa. Dicho redactor sostenía íntimas relaciones con el señor E. de Antonio; todos los amigos de éste le guardaban muchas preferencias por no disgustar al Secretario del Gobierno Ge-

neral, en cuya casa se pasaba tres ó cuatro horas, todos los días, y allí en la calle de Galiano, residencia del Secretario, ó en el despacho del mismo en el Palacio, daba instrucciones el redactor separatista para conducir á su destino las armas y la dinamita que se recibían de Nueva York. Esto, por supuesto, lo ignoraba el señor de Antonio, mas no el que fuese redactor del periódico insurrecto por cuanto en muchos casos corregía las pruebas delante del Secretario, y aún en ocasiones, le ayudaba solícito él mismo de manera que, sin presumirlo, el elemento oficial intervenía en la propaganda que en aquel periódico se venía haciendo, con escándalo de todos los corazones verdaderamente españoles.

Los conspiradores, introducidos en el seno de la amistad del elemento oficial, aprovecharon muy bien aquella situación para ordenar y adelantar al mismo tiempo los trabajos revolucionarios. Las personas comprometidas en la conspiración; los *clubs* tanto del interior como del exterior, y aún la misma junta revolucionaria de Nueva York, felicitaron en varias ocasiones á sus amigos por la habilidad desplegada; porque á pesar de ser los más significados en el movimiento, habían tenido la suficiente astucia para introducirse de una manera sutil entre el elemento oficial. Por tan delicados conspiradores sabían todos los de la Isla y del extranjero lo que pensaba el General, lo que se susurraba en el Gobierno, los movimientos de tropas, las sospechas que tenían respecto de algunas personas y hasta los puntos donde habían de hacerse los desembarcos de armas y de municiones. Tal estado de cosas era muy favorable para los revolucionarios, y contribuía al incremento de adictos por la confianza de un seguro triunfo. La policía se encontraba impobilitada de hacer denuncias, porque al momento eran desvirtuadas por los *favorecidos* del elemento oficial, y la cesantía era el premio otorgado al cumplimiento del deber. La prensa se hallaba en idéntica situación, pues si algo publicaba, al momento los diarios liberales afirmaban ser obra de los *reaccionarios*: allí nadie pensaba en sublevarse: el país se había españolizado completamente. ¡Sarcasmo cruel é inconcebible!

Muy agitado fué el año 1894. Ya no eran solamente síntomas de guerra lo que se vislumbraba, sino hechos, y los encargados de velar por la tranquilidad pública continuaban en la misma ceguera. Los hechos antes mencionados revestían carácter tan diáfano y escandaloso, que nadie se explicaba entonces y aún parece un misterio, que la incuria y ceguera de las autoridades llegase á tanto, viendo desarrollarse los sucesos en los clubs de la Habana, en las provincias limítrofes, en los centros oficiales y en la misma prensa. Sólo en dicho año se fundaron muchos periódicos dedicados exclusivamente á la propaganda de las ideas separatistas, haciéndolo con el mayor cinismo.

Los jefes revolucionarios designados para cada una de las seis provincias en que está dividida la Isla, iban á la Habana semanal ó mensualmente, según la distancia, á conferenciar con el Comité Central, y en éste se daban las instrucciones necesarias y convenientes para

la introducción de armas y pertrechos de guerra por los más concurridos puertos de Cuba. Lo hacían sin tomar grandes precauciones, pues sabían de antemano que podían contar con la más absoluta impunidad. En la provincia de Santiago de Cuba, cuna del separatismo, hacía mucho tiempo que los comandantes militares de Holguín, Las Tunas, Bayamo, Jiguaní y otros puntos notaban cierta agitación poco tranquilizadora; pero como en el Gobierno Civil dominaba la voluntad de Yero, jefe de la revolución, sobre el ánimo del gobernador Sr. Capriles, al momento eran desmentidas las noticias que dichas autoridades ponían en conocimiento de sus superiores; y Yero, autorizado por el gobernador, era el encargado de averiguar la verdad, recorriendo al efecto los puntos donde se notaba la efervescencia.

Bien aprovechaba el hipócrita separatista dichas comisiones, por cuanto en ella recomendaba la circunspección á los conjurados, organizaba los comités, aumentaba la recluta de hombres y les daba instrucciones para el día del levantamiento. Después regresaba á Santiago de Cuba el *leal* comisionado, y aseguraba con la más inconcebible doblez que estaba tranquila la provincia, explicando á su antojo los motivos que habían tenido los comandantes militares para alarmarse. El Sr. Capriles quedaba tranquilo, y con la mejor buena fé, transmitía al Gobernador General los mendaces informes, desvirtuando las alarmas de las autoridades militares de la provincia, y empleando los mismos argumentos del nombrado y futuro *general* Yero.

El señor Yero dirigía un periódico separatista, pero con ribetes de independiente, en la capital de la Isla. Llegó á ser el árbitro de los destinos de la provincia y la persona de confianza del Sr. Capriles; pero secretamente era el presidente del *club* separatista de la provincia, en ocasión que ya funcionaban como doscientos en la gran Antilla. Merced á su intervención fueron organizándose todos los comités de oriente, y solo así puede explicarse, que desde el primer momento de la revolución, respondiera todo el movimiento tal como estaba preparado. El Gobernador Civil de Santiago de Cuba consideraba como un oráculo indiscutible al señor Yero, llegando á tal extremo las cosas, que el mismo señor Capriles pidió permiso para instruir expediente á varias autoridades militares, por el delito de anunciar al general Calleja el peligro que veían en sus jurisdicciones, acompañado de indefectibles síntomas y factores.

Dícese que el señor Capriles arrancó dicha concesión al Gobernador General, pero la oportuna aunque intencional llegada á la Habana de un jefe de Estado Mayor del gobierno militar de Santiago de Cuba á conferenciar con el general Calleja, acerca de lo inusitado de semejante procedimiento, desbarató los proyectos del gobernador civil, quedó sin efecto la formación del expediente y frustrados los planes de Eduardo Yero. El general Calleja recogía la cosecha de sus debilidades políticas; había sembrado huracanes y cosechaba fuertes ciclones.

Miró y Argenter, ex-secretario y periodista en aquel tiempo, recorría agitando los ánimos y concitando á los campesinos á un levan-

tamiento, las jurisdicciones de Manzanillo y de Bayamo. Por el Gobierno General se dió orden para que lo vigilasen, y cosa singular: éste se enteró de ella cinco días antes de que le fuera notificada al alcalde Corregidor de Manzanillo. La orden le fué comunicada por los privilegiados separatistas que gozaban de las simpatías de Calleja y Estanislao de Antonio. Miró anticipose á ponerla en conocimiento del alcalde. ¿Puede darse nada más triste, imprevisión mayor y abandono más punible de los resortes de la primera autoridad?

En el Camaguey residían algunos personajes importante de la pasada guerra, tales como el Marqués de Santa Lucía, Luaces y Mola. Estos dos últimos se hallaban dedicados exclusivamente al trabajo, fomentando sus ingenios y ganadería y alejados por completo de la política imperante. Desaprobaban con enérgicas protestas todos los trabajos revolucionarios, no siendo un secreto para nadie, es decir, no lo era para la junta de Nueva York, la de la Habana, ni para las mismas autoridades españolas, que los prohombres de la guerra anterior se habían reunido muchas veces para contestar á las invitaciones hechas por los conspiradores. En todas ellas imperó el buen sentido, triunfaron la razón y la justicia y contestaron á Martí y á los agentes de la Habana, que ellos no solamente rechazaban la revolución, sino que se hallaban dispuestos á oponerse de una manera enérgica á toda intentona perturbadora. De que su proceder era leal tenemos una prueba evidente, cuando todas aquellas personalidades prestigiosas en las antiguas filas revolucionarias del Camaguey, continuaban tranquilas en sus casas, renegando y maldiciendo de los ilusos que nuevamente han ensangrentado el país. Habían aprendido en la guerra las ventajas que reporta la paz: en la primera habían caminado en pos de la ruina y de la miseria, mientras en la segunda, bajo la influencia de su manto protector, sus fortunas quedaban rehechas y el trabajo recompensado.

Aunque contrariados, no desmayaron los conspiradores, y entonces lo mismo los de Nueva York que los de la Habana, acudieron á la omnipotencia de los favorecidos que con su influencia lograron alcanzar para la revolución de Puerto Príncipe, lo que no habían podido Martí ni Máximo Gómez.

Pensaron en el octogenario Marqués de Santa Lucía, caballero de averiada fortuna, negación de virtudes cívicas y digno de ser biografiado por un escritor elegante, como lo fué el traidor y empedernido conspirador romano Catilina, por Crispo Salustio Rufo. El señor Nandín, gobernador de Puerto Príncipe, y el general Calleja no se ocupaban más que de hacer política, y el Marqués de Santa Lucía, en connivencia con los contertulios del Palacio de la Plaza de Armas, aprovechó dichas oportunidades para llevar adelante los planes revolucionarios. Desembarcáronse armas y toda clase de pertrechos de guerra, y cuando un digno funcionario de la magistratura española quiso denunciar el hecho, la cesantía fué la recompensa dada á su celo y actividad. Como preludio de la insurrección se levantan dos partidas de bandoleros

perfectamente armados y equipados, sembrando el terror en aquella provincia por los muchos asesinatos perpetrados y secuestros cometidos. En el poblado de las Minas sucumbe en la lucha con los bandidos una cariñosa madre, á la cual pretenden secuestrar su hijo; pero muere también de un tiro uno de los bandidos, encontrándole en su bolsillo cierto documento algo comprometedor para algunos de los *contertulios* del general Calleja.

La partida de Mirabal mucho antes del grito de Baire, ya llevaba tremolando por aquellos campos una bandera insurrecta, y exhibía un despacho de coronel mandado por la junta de Nueva York; armas despachadas desde la Habana aparecían después en poder de los bandidos, y el Marqués de Santa Lucía se hallaba en inteligencia con dicho bandido Mirabal. El general Martínez Campos, enterado con la debida certeza de la conducta de Cisneros, mandó prenderle, mas pronto señalados autonomistas acuden en defensa de su correligionario: el general cree en la buena de los conspicuos, da libertad al Marqués y á los pocos días, después de haberle concedido la gracia, corresponde á tal nobleza, marchándose á la manigua. El caso no es raro: de cuántos comprometidos en los planes sediciosos han salido fiadores determinados vocales de la junta central autonomista, todo ellos han procedido lo mismo, si no se ha tenido la precaución de ponerlos á buen recaudo. El Marqués de Santa Lucía, Miró, Alemán y Pino son otros tantos festigos de nuestras afirmaciones; y, sin embargo, á los señores vocales de la mencionada central aún no se les ha exigido la responsabilidad debida.

De que en el Gobierno Civil de Puerto Príncipe había algo misterioso en el fondo, pero entitativo, nos lo demuestra palmariamente la negativa á aceptar el cargo de gobernador, el pundonoroso militar don Federico Alonso de Gasco. Cuando ocurrió la muerte del señor Nandín, el general Calleja nombró gobernador por telégrafo y después por medio de cartas al general Gasco, negándose siempre éste á la aceptación, y sólo á fuerza de ruegos y de encarecidas súplicas, consintió en desempeñar el cargo, después de quince días de negativas. Quedan explicados satisfactoriamente los escrúpulos del general Gasco por la influencia de los referidos *contertulios* en el Palacio de la Plaza de Armas y su perfecta inteligencia con Cisneros.

En las Villas (provincia de Santa Clara), el gobernador civil señor Galarreta fijaba toda su atención en la lucha política empezada allí entre los reformistas y los de Unión Constitucional, por existir un núcleo importante de los últimos en la ciudad de Cienfuegos, pueblo eminentemente español, calificado por el señor don Rafael Gasset y Chinchilla en su viaje por la Isla con el dictado de Covadonga la grande. Y este calificativo es muy justo. Galarreta, que había sido hasta poco antes del cismático plan de reformas de Maura ferviente conservador, convirtiéndose de repente en ciego propagandista de las reformas, caso nada extraño si examinamos con detención los móviles que lo impulsaron. Los encargados de la dirección y propaganda revolucio-

naria eran todos ellos empleados de la Diputación Provincial y del Gobierno Civil de la provincia; amigos íntimos de los que mandaban y agentes de los *contertulios* influyentes en el Gobierno General, y estas circunstancias eran un factor poderoso para los conjurados; pues conspiraban sin temor de ser molestados, dadas las cordiales relaciones existentes entre los directores del insurreccional movimiento y ciertos agentes del poder.

Un año antes de estallar la revolución habían salido comisionados revolucionarios de la junta central de la Habana los cuales permanecieron como unos dos meses en las Villas, conferenciando con los secuaces del movimiento separatista y activando la organización de los comités. A la llegada de cada vapor de Nueva York repartíanse gratis muchos millares del periódico filibustero "Patria", el cual circulaba de una manera profusa y libre, no solamente entre los guajiros (campesinos), sino en toda la Isla, y cuya lectura levantaba los ánimos de la gente indocta, sin que por las autoridades se adoptase medida alguna para esterilizar tan funesta propaganda. *

En la provincia de Matanzas organizóse la revolución sin ninguna clase de precauciones, pues se hizo al aire libre. La propaganda lo mismo se hacía en las ciudades y pueblos que en los campos, pero siempre con verdadera libertad. El comité provincial residente en la ciudad de Matanzas se entendía directamente con los conspiradores de toda la provincia en la preparación del movimiento, dando cuenta de sus gestiones al de la Habana. El suizo y autonomista señor Zanetti alcalde presidente del ayuntamiento de Matanzas, era el delegado revolucionario antes de haber estallado la guerra, y después convirtióse en reclutador de jóvenes incautos y desgraciados para que engrosaran las filas rebeldes.

Muchas personas, acostumbradas por inclinación y hábitos á residir en la Habana y á disfrutar del *dolce far niente* de la capital, las cuales habían heredado una regular fortuna de sus padres, y otras que no eran poseedoras de un palmo de tierra, demostraron súbitamente desmedida afición á la agricultura. Este fenómeno, raro por lo imprevisto é inusitado, y que á otro gobernante hubiera llamado de fijo la atención, se consideró como la cosa más natural y á nadie infundió sospechas. Con tan capciosos pretextos menudeaban los viajes á las provincias de Matanzas, de la Habana y de Pinar del Río, y así se iba predisponiendo el ánimo de los campesinos, decidiéndoles á la revolución.

Había además en las referidas provincias factores de gran importancia para el éxito del movimiento, y éstos eran las partidas de Matagás, Regino Alfonso, Manuel García y Perico Delgado, bandoleros en la forma y separatistas en la forma y en el fondo. Todos estos cabecillas primarios eran visitados por los agentes y delegados del comité central, y continuamente iban acompañados de una escolta de conspiradores, enumerándose entre ellos médicos, abogados, catedráticos y *dilletanti* cuyos nombres eran conocidos por la gente del campo. Di-

cha escolta daba gran importancia á los bandidos, rodeándoles de una aureola de admiración y de respeto; de esta manera entronizaban el crimen como si realmente fuese una virtud. Desde la intronización de los agentes revolucionarios en las partidas, la persecución iniciada contra el bandolerismo no dió fruto alguno: los cabecillas se hallaban perfectamente enterados de todo cuánto se proyectaba contra ellos, y los buenos esfuerzos de la guardia civil y aún de las mismas tropas, resultaban en general completamente infructuosos. Armas y municiones las recibían con toda impunidad, porque la influencia de los *contertulios* era casi omnipotente, sus mendacidades consideradas como dogmas, y si alguien se atrevía á denunciar hechos, la defección más boschornosa hubiera sido el premio dado á sus rectas intenciones.

La prensa reformista afirmaba diariamente en sus columnas el definitivo reinado de la paz moral en Cuba, y anatematizaba como enemigo del orden á todo el que decía hallarse rodeada de peligros la situación. En esta campaña del reformismo le ayudaba eficazmente la prensa autonomista, y la difamación hecha contra España tomaba proporciones verdaderamente asoladoras. Si la prensa genuinamente española denunciaba algún hecho concreto é innegable, los reformistas y autonomistas contestaban al momento disculpando el hecho, diciendo que no merecía la atención todo aquello por ser obra de gente de *poco más ó menos* sin prestigio ni arraigo, y que dicho proceder era debido nada más que para justificar el dinero recolectado para la insurrección, y por último, que los conservadores abultaban las cosas como enemigos de aquella situación política.

Descubiertos algunos depósitos de armas en los últimos días de Diciembre de 1894 en la provincia de Matanzas, tampoco se dió al hallazgo importancia alguna, pues allí nadie pensaba en la guerra, y hasta se aseguró en el "Diario de la Marina" que todo ello era un ardid de los reaccionarios para crear alarmas y dificultad á la autoridad. La verdad continuaba desvirtuándose, la ceguera seguía impertérrita el camino del abismo, y esto lo evidenciaba hasta la saciedad el descubrimiento de los mencionados depósitos de guerra, verdaderos parques por cuanto en ellos había buen número de equipos, banderas y escarpelas insurrectas, insignias de mando que estaban dispuestas para armar distintos grupos; pero insistir en la represión y el castigo era temerario; la prensa neutra explicaba al momento y satisfactoriamente para los conspiradores la importancia y el fin del hallazgo.

Para convencer al general Calleja de lo infundadas que eran las alarmas y el pánico de la opinión, las Autoridades civiles, reformistas ellas, y el mencionado partido en colaboración con los autonomistas, decidieron la voluntad del Gobernador General á dar un paseo ó visita de inspección por todas las poblaciones importantes de la Isla. Todas las medidas y previsiones para que resultase eminentemente agradable á la primera Autoridad se habían aportado: telegramas á los comités políticos liberales, llamamientos á los campesinos para rendir homenaje al general con las correspondientes ovaciones y fiestas; lo importante

era conservarlas las cataratas que empezaban á caerse para dar paso á la visión de la realidad, y viese entonces que la *paz moral*, tan *caca-reada* en aquellos tiempos por la misma prensa que ahora preconiza la acción política para terminar la guerra, era un hecho real en Cuba. Pero todo fué labor inútil: el separatismo había invadido el corazón de muchísimos campesinos, obcecado su inteligencia en el error y exacerbado á tal extremo la pasión de la *patria chiquita*, que lo considerado por los liberales un viaje de triunfo, resultó un verdadero fracaso, una grande humillación para el principio de autoridad: hasta sangre corrió á causa del malhadado viaje. Bondadoso el general Calleja, emprendió aquel viaje político yendo á bordo del crucero *Infanta Isabel*, y esta escursión, que hubiera abierto los ojos al más crédulo é inocente de los mortales, no sirvió de ninguna enseñanza al general.

Una vez desembarcado en la ciudad de Cienfuegos, no vió nada en la actitud de los guajiros formados en batalla y con el machete en la mano, en provocadora y hasta amenazante conducta, ostentando en sus adornos y banderas los colores azules de la insurrección tampoco en el baile que le dieron los liberales en el *Lico autonomista*, en el cual las señoritas y señoras llevaban las insignias insurrectas en sus vestidos, y el triángulo encarnado en donde figuraba la *solitaria* adornando sus peinados; le pasaron desapercibidas unas tarjetas que recibió blasonadas con una *estrella* que no le debía ser desconocida, y el abandono prematuro del local de algunas señoritas de corazón verdaderamente español, al ver el sesgo que había tomado el baile. No oyó los gritos subversivos dados á *Cuba libre* en su presencia, y la ausencia completa en vitorear á España que ocasionó un sangriento conflicto. Todas aquellas demostraciones las achacaba á obra de la gente de buen humor, y á los conservadores que se divertían de esta manera en mortificar á los amigos de la situación política representada en su persona.

En Sancti-Spíritus Marcos García, alcalde autonomista inamovible, presentóse cuando la visita de Calleja con cinco mil jinetes armados, no para defender la integridad nacional, sino como una muestra del poderío del alcalde, repitiéndose las mismas escenas de antiespañolismo que en Cienfuegos, más no cruentas por encontrarse en mayoría los sicarios del separatismo. En Santiago de Cuba sucedió lo mismo; ningún viva á España, muchos á Cuba *indefinida*, hasta el extremo de que el comandante del *Infanta Isabel*, al ver lo teatral y farsante de la manifestación, dió un viva á España altamente indignado: ¡el grito se perdió en el vacío, nadie contestó á tan patriótica exclamación! Estos fueron los frutos recogidos por el general durante su viaje por la Isla: preludios de tempestad por haber sembrado vientos disolventes; *luchas incesantes* entre los ánimos en lugar de la paz; pero ya hemos dicho anteriormente, que el general no sacó provecho alguno ni enseñanza de ninguna clase.

Siempre que las masas populares se mueven empujadas al unísono en son de protesta ó de simpatía, fundadas en algún motivo, es preciso se reflexione mucho por las autoridades, antes de lanzar contra ellas el

anatema ó de ascudir á sus pretensiones. No por débiles motivos se determinan tan ruidosas manifestaciones, antes bien la etiología de semejantes actos, debe ser, y lo es, de hecho, algún fenómeno transcendental y generador de dichas actitudes, así como también de esos desahogos del pueblo, que á semejanza de convulsivo ciclón descarga en la colectividad ó la persona que representa aquello que es repulsivo ó agradable á la mayoría de la opinión, y aún en determinados casos á los partidos ó instituciones. Otro general más perspicaz que el señor Calleja, ó menos subordinado al espíritu de bandería política, hubiera notado en su tristemente célebre viaje por la Isla, que las manifestaciones tributadas no eran unísonas, antes al contrario, entrañaban un terrible dualismo, pero elocuente y anatematizador.

De una parte brotaba la ovación de los partidarios de *Cuba libre* y de los políticos de granjería que gozaban de las dulzuras del presupuesto en aquella funesta situación, y de la otra permanecían callados, mostrando profundo disgusto, los amantes del orden y los verdaderos españoles. Sin embargo, el general Calleja siguió impertérrito la conducta que desde el principio de su mando se había trazado, es decir, gobernar dejando hacer á otros lo que querían y descaban *ad libitum*, y no hacer absolutamente nada por criterio propio é iniciativa personal. Todos sabemos lo reprochable é inadmisibile que es en el orden político y en el práctico dicho procedimiento. Por eso sucedió la especialidad de existir dos gobiernos en tiempo del Excmo. Sr. D. Emilio Calleja, á saber: el *gobierno responsable* representado por el general, y el *gobierno* sin la responsabilidad dirigido por la falange reformista. Luego la anarquía gubernamental entronizada en tiempo del general Calleja era natural y lógica, como legítima consecuencia de la disparidad de procedimiento existente.

Como si los hechos narrados no fueran suficientes para despertar del letargo, otros del exterior señalaban al Gobernador General los peligros en que se hallaba la paz de la Isla. El ministro plenipotenciario de España en Washington, señor Muruaga, los cónsules españoles esparcidos por la República yankee, los de las otras repúblicas latinas, todos al unísono dirigían comunicaciones al general Calleja, anunciándole la proximidad de la guerra, á fin de que tomara oportunas medidas para asegurar el orden. Los cónsules estaban en autos de lo que ocurría, y veían la agitación del separatismo residente en el extranjero.

En la marcha de la conspiración, atentamente seguida y espida por las autoridades españolas en el extranjero, tales como los ministros plenipotenciarios y los cónsules, observóse, merced á su infatigable celo y patriotismo, que los separatistas cubanos residentes en las repúblicas de América habían tenido dos épocas: una de preparación y otra ejecutoria; y esta última era la notificada al Gobernador General de la Isla de Cuba. El Sr. Muruaga era el que más avisaba al general, por hallarse en el foco de la conspiración. La segunda época ó la de ejecución concitó su dominio por sí y por los atropellos de espa-

ñoles donde tenía oportunidad para ello, y se distinguía por el odio, dando margen á las comunicaciones dirigidas al gobierno insular. No citamos hechos abstractos ó lugares comunes y mucho menos fantasmagorías, sino casos reales y concretos que pueden comprobarse, consultando la correspondencia oficial y aún la privada que se cambió entre los agentes diplomáticos españoles de América y el Gobierno General de Cuba, meses antes de estallar la guerra. En dicha correspondencia se encontrarían, sin duda, suficientes motivos para exigir severas responsabilidades, pues no creemos que haya desaparecido la mencionada correspondencia oficial.

A todas las comunicaciones y avisos de nuestros representantes se les contestaba con el acuse de recibo, mas el general no tomaba medida alguna; todo quedaba, como antes, en el más punible abandono. El partido liberal, en sus dos aspectos reformista y autonomista, señalaba el hecho como un exceso de celo mostrado por nuestras autoridades en el extranjero, y aseguraba que la *paz moral* era un hecho y en Cuba nadie pensaba en conspirar después de haberse descubierto el interés que la Nación se tomaba por la Isla con el proyecto de las reformas de Maura, y más tarde con la ley denominada de Romero-Abarzuza: los cubanos se habían españolizado todos completamente, y por tanto era gratuito cuánto en aquel sentido se hablaba. Calleja se volvía á entregar al reposo después de las seguridades ofrecidas por los conspicuos liberales, y el movimiento extraño, por lo inusitado, que se venía observando en el campo, persistía.

Es verdad, por otra parte, que no faltaron buenos españoles de alta significación política y social por sus riquezas ó talento, ni periódicos para los cuales el nombre de la Patria está por encima de toda bandería, digámoslo así; periódicos españoles, que todos de consuno dieran la voz de alerta y le señalaran en las entrevistas habidas con el general Calleja, y aún en la misma prensa, la proximidad de la guerra, indicándole como vía de consejo los remedios que debían adoptarse; todos sus patrióticos esfuerzos y medios puestos en acción resultaron ineficaces, completamente estériles y fueron ahogados por hallarse la atmósfera oficial, sin presumirlo, inficionada por el separatismo; el poder todo lo ignoraba, y las clases directoras de aquella funesta política, pensaban solamente en teorías sugeridas por aquella *paz moral*, opinando que con ella podían contener y evitar el vendaval que se desencadenaba.

Los hechos posteriores han venido á demostrar precisamente todo lo contrario y á desmentir todas aquellas soberbias presunciones. Tan equivocado y con tanta ceguedad vivía el General Calleja, que ni el apresamiento de unos vapores cargados de armas y pertrechos de guerra en Fernandina, ni las advertencias hechas á un amigo suyo de que en uno de los vapores que debía zarpar una noche de la Habana para los puertos de la Isla llevaba unas cajas sospechosas, encontradas efectivamente por el jefe de policía encargado de registrar el buque, le sacaron de su profundo letargo. Las armas encontradas en los vapores

apresados en Fernandina, se dijo que iban destinadas á la República de Colombia; mas ignoramos qué clase de argumentos se emplearían para desvirtuar la importancia de las halladas en el vapor de la Habana, pero lo cierto es que no se tomó medida alguna. Los separatistas que gozaban del favor oficial deseaban mantener aquella situación, porque le faltaba la serenidad y discreción necesarias á todo poder responsable, y ellos, mientras tanto, con astucia y habilidad extraordinarias, contribuían de una manera eficaz y provechosa á la propaganda revolucionaria.

También obtuvo una decisiva influencia en el Gobierno General, indirecta en la apariencia, pero directa en el fondo, el señor Sanguily y Garit, uno de los ex-cabecillas más sanguinarios de la pasada insurrección, cubano de nacimiento, es decir, español, pero ciudadano americano por convencionalismo y para hacer alarde de su odio á España. El separatismo encubierto con el manto de la legalidad y afiliado á los dos partidos reformista y autonomista disputábase la amistad del ex-cabecilla, le colmaba de elogios y atenciones, hasta hacerle protagonista de la causa liberal. Por estas circunstancias, en unas elecciones fúmasas y que dejaron recuerdo en la historia electoral cubana por las coacciones y atropellos cometidos, se le vió recorrer acompañado de los muchachos de la *acera*, que le titulaban general, armado de sendo garrote en una mano y en la otra el revólver (acordándose tal vez de la batalla de las Guásimas), los colegios electorales de la Habana, arrojando de ellos á los contrarios que iban á depositar su voto en las urnas. En estas elecciones triunfaron, como es consiguiente, los liberales. Dichas elecciones se hicieron durante el mando del general Calleja, y por cierto que no constituyen un modelo dicha manera de celebrarse los comicios en Cuba.

El señor Sanguily se hallaba en connivencia y diaria comunicación con el bandolero insurrecto Manuel García. El fruto ó robo de los secuestros realizados por el cruel bandido iba, en su mayor parte, á engrosar los fondos revolucionarios. Sanguily se entendía directamente con el bandido ó utilizaba un intermediario residente en Matanzas (el señor Zanetti) afiliado al partido autonomista. Merced á la influencia del elemento oficial fué nombrado el ex-cabecilla administrador de la empresa de los ferrocarriles Unidos, y hasta llegó á tener cierta intervención oficiosa en el Gobierno General. Todos estos resortes aprovechólos ventajosamente, y sabedor de antemano de todo lo que se preparaba en el Gobierno de la Isla para la captura del bandido, se lo comunicaba á éste circunstanciadamente, haciendo infructuosos los esfuerzos de la benemérita guardia civil, y la partida del titulado *rey de los campos de Cuba* eludía cual sombra chinesca la persecución. Respecto á los secuestros, los hacía con precisión matemática, sabiendo la hora en que la víctima se hallaría en la finca ó en el ingenio.

Estas confidencias las recibía desde la Habana: la opinión general cree eran obra de Sanguily. El secuestro del señor Fernández de

Castro, cuyo secuestrado fué el hermano en vez de don Rafael, por una interrupción involuntaria de este, nos demuestra palmariamente lo expuesto. El periódico "La Lucha", una vez pagado el precio del rescate, tuvo la audacia de insertar en sus columnas, como una prueba de la generosidad del bandido, el haberle sido condonada cierta cantidad respetable al secuestrado, pero el señor Fernández de Castro negó tan falaz escrito.

En lo que no cabe duda alguna es en la participación de Sanguily en el levantamiento, y en que era uno de los jefes de la revolución. Los antecedentes y comprobantes obraban en el Gobierno General, según afirmó el general Calleja, y por este motivo se le incoó un proceso.

Desde principios de Febrero de 1895 ya se notó cierto movimiento en las oficinas del Estado Mayor, y todo indicaba que la revolución se aproximaba. Los soldados rebajados del servicio fueron llamados para incorporarse á las filas, las tropas recorrían el territorio, especialmente en donde se dió el grito de rebelión. Juan Gualberto Gómez, redactor de "La Lucha" é iniciado como futuro cabecilla en el movimiento revolucionario, escribió un artículo en el periódico habanero, diciendo que no debía alarmarse al pueblo con aquel movimiento de tropas, ya que nada excepcional ocurría. ¡Cuanta maldad cabe en ciertos corazones! Los pocos buques de guerra recorrían con más frecuencia el litoral y aún aquellos que estaban componiéndose en el astillero se apresuraban con gran actividad los trabajos. Los síntomas de lo que iba á suceder no podían ser más significativos. El general Calleja empezó á distinguir con claridad, se apercebió del peligro inminente que amenazaba el orden y se preparaba adoptando convenientes medidas. A la ceguera había seguido la visión, la prudente enmienda al funesto principio de bandería.

Otro dato no menos notable y precursor de la insurrección vino á manifestarse también en el mes de Febrero de dicho año. El virtuoso Sr. Obispo de la Habana Dr. D. Manuel Santander y Frutos, había emprendido la santa visita pastoral á dos de las provincias de su dilatada diócesis, es decir, á las de la Habana y Matanzas. La intención de tan activo prelado era la de prolongar la pastoral hasta la Semana Santa, ó sea hasta fines de Marzo, y de antemano había dado las correspondientes disposiciones para que los ordenandos fueran á recibir las sagradas órdenes á la ciudad de Matanzas; pues allí decidió conferir las. Pero de una manera improvisada y sin esperarle nadie se presenta en la Habana el día 22 de Febrero, sorprendiendo á todos lo inesperado del regreso. Díjose que venía enfermo, pero es lo cierto que la enfermedad era muy leve, y no tuvo necesidad de asistencia facultativa. El motivo del regreso se vió claramente el día veinticuatro del mismo, cuando se publicó el bando de la Ley de Orden Público.

El movimiento insurreccional estaba fijado para el veinticinco de Diciembre, más después quedó aplazado para Febrero. La central revolucionaria de Nueva York había trasmitido telegramas cifrados al delegado del Comité general de la Habana, y éste á su vez lo hacía

con los de las demás provincias de la Isla, fijando el alzamiento para el día veinte y cuatro de Febrero. En dicho día, pues, obrando conforme á las mencionadas instrucciones, se dió el grito de rebelión en Baire (Santiago de Cuba) y en Ibarra (Matanzas).

CAPITULO III

SUMARIO.—Las reformas de Maura no fueron totalmente la causa de la guerra, mas sí ciertas indiscreciones de los gobiernos de Madrid y las inconcebibles de algunos Gobernadores Generales.—Publicación del bando de la Ley de Orden Público.—Actitud de los tres partidos cubanos.—Preparativos militares para combatir la insurrección.—Primeros encuentros con las fuerzas rebeldes.—Llegada de la primera expedición de la Península.—Nombramiento del general Martínez Campos para el Gobierno General de la Isla.

Bellum súbito exarsit, dijo el inimitable Cicerón en su discurso forense, pronunciado en defensa Quinto Ligario, cuando estalló repentinamente la guerra entre los partidarios de Julio César y Pompeyo. Respecto á la actual insurrección cubana no podemos hacer la afirmación del fumoso orador romano, cuando añade, *qui erant hi ante audierunt geri, quam parari*.

Es decir, que las tropas situadas en Africa supieron que se habían levantado en armas antes de adquirir noticias de que la guerra se preparaba. El Gobierno Supremo y los Gobernadores Generales de la Isla, desde la funesta paz del Zanjón, sabian que se trabajaba tanto en el interior como en el exterior en promover otra guerra separatista, y no adoptaron medida alguna eficaz para destruir los planes revolucionarios en el extranjero y matar el foco laborante y propagandista en la Isla; antes al contrario, alimentaban con una complacencia rayana en lo inconcebible á los furiosos secuaces del separatismo, dándoles todos los empleos lucrativos con injusta preferición del elemento leal á España. Otro de los errores fué entregar los cargos de mayor responsabilidad á ciertos individuos en cuyos pechos se abrigaban sentimientos de independencia, como ha sucedido en gran parte de la administración de justicia; pues, ellos pretendieron rebajarla para hacer más odiosa la causa de España y desacreditar los tribunales españoles ante las naciones civilizadas.

Además, aquellas sentencias que no admitían *recurso* de casación el sobreseimiento ó la menor penalidad, eran su natural consecuencia, cuando se trataba de alguno cubano hostil á España ó de la prensa dudosa, y el castigo con la máxima, si el reo era un buen español. Por eso pretendieron que las cuestiones todas se resolvieran en la Habana. En la enseñanza ya hemos demostrado sus frutos, y en muchas administraciones y estaciones telegráficas también se han tocado los resultados, viéndose precisado el general Weyler á llamar telegrafistas de la Península, pues no pocos de los cubanos se habían convertido en

agentes de la insurrección. No quiere decir lo expuesto que nos opongan á que los hijos nacidos en Cuba se les emplee en los cargos públicos; pero sí creemos mas conveniente y previsor, que no sea en la Isla durante algunos años, como remedio eficaz para restarles medios de propaganda.

A la debilidad de los Gobiernos nacionales siguió la de algunos Gobernadores Generales. La declaración de partido legal al autonomismo señala otra medida de tristes resultados. La falta de confianza no proviene ó se funda en la pretensión de que todos los autonomistas sean malos españoles, sino que gran número de malos españoles, es decir, separatistas, ingresaron en el autonomismo para disimular sus aficiones manigüeras hasta el oportuno momento.

Pruebas no faltan para evidenciar lo expuesto; por tanto, no se nos podrá acusar de que hacemos afirmaciones gratuitas. Muchos que pertenecían á las filas del autonomismo se hallan en la insurrección, y de la clase directora, autonomistas eran, ó como tales figuraban. Yero, Miró, Rego, Alemán, Pino y otros. De los que forman la junta central del partido autonomista podemos aducir, para reforzar nuestro aserto, que Trujillo está en Nueva York, como miembro de la junta revolucionaria, Aguirre tenía el nombramiento de brigadier insurrecto, Viondi preso y acusado de laborante y *delegado* del comité revolucionario central residente en la Habana, los doctores Casuso y Alacán, presos también por auxiliar á la insurrección, y finalmente el señor Giberga, senador electo por dicho partido, ha demostrado recientemente, en la carta dirigida á "El Liberal", que ni siente ni piensa como español, y que su ánimo se halla en un estado de laborantismo contemplativo.

El grito de Baire no sorprendió al partido de Unión Constitucional, porque desde mucho tiempo antes lo anunciaba; y por cierto, no se le puede tildar de mal profeta: los autonomistas estaban muy bien enterados del movimiento insurreccional; un notable autónomo fué el transmisor de los telegramas cifrados que señalaban la hora del levantamiento, y todos los demás sabían claramente la fecha en que habia de estallar la revolución, porque muchísimos se hallaban afiliados á las filas revolucionarias. En cuanto á los reformistas, diremos que la sorpresa ocasionada por el grito de Baire fué parcial, según los reformistas eran *intencionales* ó de ocasión, ó pertenecían al grupo de los llamados de buena fé. En los primeros no causó el menor asombro; sabían el valor de la *paz moral*; mas los segundos quedaron estupefactos y hasta renegaron del reformismo cuando estalló la guerra.

Respecto á la tan debatida cuestión de las *reformas informes* iniciadas por el Sr. Maura, diremos que no han sido la causa eficiente y total de la guerra, como tampoco la han precipitado por no implantarlas á tiempo, ni la hubiesen contenido aun después de puestas en vigor. Lo que sí afirmamos es que han sido *causa* ocasional ó *medio* oportuno para hacer viable la propaganda y la revolución. Lo demostraremos con datos históricos. La peor señal, el síntoma mas claro que darse pueda de que se conspira en nuestras posesiones de Ultramar es la ac-

titud de esos políticos que se llaman reformistas, cuando piden con singular insistencia amplias y expansivas reformas. Semejante pretensiones son generalmente concebidas y propagadas por los centros filibusteros. ¿Y si tan inmotivadas pretensiones son formuladas por los titulados liberales de la isla de Cuba y Puerto-Rico, no constituyen un absurdo, cuando en ambas Antillas lo que nos asfixia es el exceso de libertades? Recordando la historia de la emancipación del continente hispano-americano, no encontraremos una conspiración, un movimiento separatista que no haya tenido por base capciosa la petición de reformas, y mientras empleábase el tiempo en discusiones, se adelantaba la conspiración hasta poderse desarrollar de un modo formidable. La insurrección iniciada en Yara el 1868 también se basó en las reformas que ellos mismos no querían, y antes de que estallase la actual, reformistas y autonomistas que en la sombra del misterio conspiraban contra la patria eran los más apasionados amantes de las reformas. Luego el señor Maura cuando fué ministro de Ultramar, lo mismo los Gobernadores Generales y en general todas las autoridades ultramarinas deben tomar nota de estos datos muy característicos y bastante significativos para tratar como se merecen á los modernos luteros. Por eso hemos asegurado que las reformas de Maura sólo fueron causa *ocasional* de la guerra, ó á lo sumo una de las concausas.

La razón concluyente, verdadera, que contribuyó de un modo indudable, eficaz y directo á la anticipación de la guerra, ha sido las torpezas del general Calleja en su incalificable prurito de formar un partido artificial, dividiendo al elemento español. La agitación política sin nombre é inaudita hasta aquel momento, ocasionada por las reformas, no por lo que ellas significaran en sí, sino por las violencias puestas en ejercicio para lograrlas, conmovieron y excitaron los ánimos de los partidos, trayendo como consecuencia un período de febril apasionamiento entre los defensores y los que las impugnaban. La confusión perturbadora acarreó en pos de sí un estado de verdadera anarquía en las esferas del poder, obligado á vivir en aquella situación de un modo eventual, sin método ni concierto alguno.

El mismo general Calleja, autor é iniciador de procedimientos nada correctos para amparar la bandería, vióse obligado á mantener la Isla en estado de constante agitación. Faltábale el discernimiento y la circunspección que deben poseer aquellos á quienes cabe la responsabilidad del gobierno; pero mecido como estaba al carro de Gamazo y Maura, creyóse tal vez, cual Sancho Panza, ser el dueño de la insula Barataria, por más que el doctor Recio de Tirteafuera, ó sea la revolución, le demostró que estaba altamente equivocado.

El despertar fué terrible, desconsolador y de cruentas consecuencias. Después de lanzado el grito de la rebelión, el Gobernador General convocó á una reunión ó Junta á las Autoridades con el fin de poner en conocimiento de las mismas la conveniencia de promulgar y declarar vigente la Ley de Orden Público.

Las Autoridades eran reformistas, y en la citada Junta hubo de-

sacuerdo, por considerar algunos personajes investidos de autoridad que no existían los motivos suficientes y que con mucha claridad expuso el general Calleja. Creyeron dicha medida como innecesaria é inoportuna. En la discusión promovida en la mencionada Junta, uno de los asistentes á ella interrogó al general Gobernador de la siguiente manera:

— ¿ Tiene el general Calleja noticias de que se hayan levantado partidas en alguna localidad de la Isla ?

Pues únicamente en caso de afirmación se justificaría tan extrema medida.

— No tengo noticias de ello, contestó el general.

— Pues, á mi juicio, replicóse, no debe procederse á la declaración y publicación de esa Ley, y debe reservarse semejante medida para cuando se tenga noticia de alguna partida levantada en armas.

Levantóse la sesión á las seis de la tarde del día 23 sin haberse tomado acuerdo alguno. Los que no habían apoyado la pretensión de Calleja, rogaron se extendiera un acta de todo lo que allí había ocurrido, á fin de que si en lo futuro se hubiera de exigir alguna responsabilidad por las medidas allí discentidas y tomadas en consideración, constasen las opiniones sustentadas por todos los concurrentes. Sin embargo, aquel mismo día por la mañana ya se habían levantado varias partidas insurrectas en la misma provincia de la Habana, en Matanzas, y hacia cerca de treinta y seis horas que estaban en armas, y en el campo, los sublevados de los distritos de Holguin y Manzanillo, en la provincia de Santiago de Cuba.

El Gobernador General, sabedor de lo que pasaba en la Isla, desentendióse por completo de los pareceres de las Autoridades llamadas á la Junta, y á las dos de la madrugada envió el Bando á la "Gaceta," poniendo en vigor la Ley de Orden Público, y al día siguiente lo mandó á la Junta. Dice así :

" Don Emilio Calleja é Isasi, Gobernador General de la Isla de Cuba. "

" Consignadas en la Constitución todas las garantías que la libertad de un pueblo culto exige para el desarrollo de su bienestar y reconocimiento de sus derechos, que ejereita de la manera más ámplia que cabe bajo un régimen expansivamente liberal; y en los momentos en que el Gobierno de S. M. y las Cortes de la Nación dan muestras inequívocas de sus afaes por el bienestar de esta Isla, unos enantos hijos ingratos impulsados por ambiciones desmedidas, sin bandera honrada que alzar, y secundados, tal vez, por los desafectos al trabajo y aún por criminales, incitan á la guerra civil, horror de los pueblos cultos y ruina de los más ricos países, según me participan los Gobernadores Civiles de las provincias. "

" No cumpliría con los deberes de mi cargo si no tratara de impedir la realización de tan siniestros propósitos dentro de las facultades que la Ley me concede; y por tanto, haciendo uso de la que otorga el in-

ciso 4º del artículo 2º del Real Decreto de 9 de Junio de 1878, y oída la Junta de Autoridades :

ORDENO Y MANDO.

Artículo 1º— Se declara de aplicación en el territorio de esta Isla la Ley de Orden Público de 23 de Abril de 1870.

Artículo 2º— Las autoridades tanto Civil, como Judicial y Militar, procederán con arreglo á las prescripciones de dicha Ley.

Habana, 23 de Febrero de 1895.— Emilio Calleja.”

No podemos estar conformes con las frases del bando del general Calleja, cuando dice *incitan á la guerra civil*, porque la de Cuba, como basada en la independencia por ser dicho lema las aspiraciones de los rebeldes, es, en el sentido propio, en el jurídico y en el usual *insurrección*. Pero las frases del reformismo eran aún el ambiente donde respiraba el General.

Cuatro días después, viendo que las partidas levantadas conservaban el carácter sedicioso é iban engrosando las filas, creyó conveniente el mismo general Calleja declarar en estado de sitio las provincias de Santiago de Cuba, Santa Clara y Matanzas.

Los partidos legales de Cuba presentáronse al Capitán General, ofreciéndole su concurso y desaprobando la conducta de los revoltosos. El de Unión Constitucional, vejado y perseguido por el General Calleja, se olvida de todas las calumnias, persecuciones y desvíos. Su acendrado é indisentible amor á España no se fija en el incubador del reformismo, y sólo ve al representante de la autoridad de España, seriamente amenazada y puesta en litigio armado por los iracundos filibusteros. Como para dicho partido, tratándose de la nacionalidad, nada concibe mas sagrado que la defensa de la misma, por eso se agrupa alrededor del Gobernador General y se ofrece incondicionalmente á defender el sacrosanto derecho de España en la isla de Cuba. ; Digno ejemplo, que debiera ser imitado por los ambiciosos y los hipócritas !

El partido de la *paz moral*, estupefacto al ver sus promesas pacíficas totalmente fallidas y desmentidas por los hechos que se desarrollaban y que habían hecho necesarios los procedimientos de la fuerza armada, se personó en el Palacio de Armas á ofrecer su modesto concurso (y tan modesto) al general Calleja. Sin embargo, los periódicos de dicho partido aun pugnan por engañar á la opinión, negando importancia al levantamiento insurreccional. Para completar el número de los dislates afirman que la guerra es meramente racista. Esta afirmación merece ser considerada como la de la *paz moral*; esto es, como una de las muchas obcecaciones en que á diario incurría la prensa reformista. Las solemnes negaciones de los hechos no servían para nada al reformismo; las lecciones de la experiencia pasaban como desapercibidas, y sin embargo, los hechos hablaban elocuentemente contra las aseveraciones del obstinado é impenitente reformismo. La altanería, la soberbia y las concupiscencias más vituperables continuaban su fatí-

dico derrotero. No quería perder las delicias de Cápua el moderno Anfbal.

El autonomismo, "como partido legal", hace su presentación en el Gobierno General sin entusiasmo y solamente arrastrado por el cumplimiento de un deber, pues, caso de no haberlo llenado, su predicamento como partido *nacional* hubiera sufrido notable detrimento. Algunos de los individuos que tuvieron la entrevista con el general Calleja para reiterarle su adhesión á la santa causa de la paz, se encuentran actualmente en las filas insurrectas, otros laborando en Nueva York ó en el extranjero, y algunos presos en las cárceles militares por el delito de infidencia. Luego, á pesar de las buenas intenciones de muy escaso número de autonomistas, dicho concurso ofrecido al Gobernador General iba resultando una exhibición carnavalesca, un convencionalismo teatral y hasta cierto punto una ridícula farsa.

La primera medida tomada por las autoridades, al publicarse el bando de la Ley de Orden Público, fué la de proceder á la detención de personas sospechosas. Julio Sanguily, ex-general, don José María Aguirre, coronel en la pasada insurrección, y el señor Pérez Trujillo, vocal de la junta central del partido autonomista, quedaron detenidos. Juan Gualberto Gómez y los que habían sido conftertulios del general Calleja, como Alfredo Arango y otros muchos más de la *dorada* juventud habanera se hallaban ya en la manigua.

Revelaciones posteriores hechas con horror por algunos comprometidos en la intentona, han evidenciado el plan diabólico concertado por los conspiradores, el cual debía efectuarse el día 23 de Febrero. Sanguily con cinco mil ginetes había de dar el grito de rebelión en el parque central de la Habana y después entrar á sangre y fuego, á la hora en que se celebraba la retreta. Yero lo debía efectuar en Santiago de Cuba y dar muerte al Gobernador Civil don Enrique Capriles: Juan Gualberto Gómez tenía asignado el pueblo de Ibarra para levantar la traidora enseña de la rebelión. No son presunciones infundadas las nuestras, y mucho menos escritas para engendrar recelos injustificados. Nunca ha sido nuestro ánimo lanzar falsas imputaciones.

La realidad, verbo de lo verdadero, demostró cómo se cumplieron parcialmente dichos planes. En Santiago de Cuba hubo un comato de revolución que fracasó gracias al celo de las autoridades, pero no cabe duda alguna que obedecía á lo consiguado por los conspiradores. Juan Gualberto Gómez se alzó en Ibarra, iniciando la revolución con un asesinato, y si bien es cierto que en la Habana no hubo intentona alguna, se debe á la pericia de la Autoridad. Dos horas después de haber mandado á la *Gaceta* el bando de Ley de Orden Público, ordenaba el general Calleja al jefe de Policía, la detención del aspirante á cabecilla Julio Sanguily por tener confidencia de que era el jefe señalado para dar el golpe en la Habana.

Como Sanguily y Aguirre eran ciudadanos americanos, el señor Williams, consul yankee, reclamó para los apresados el cumplimiento del tratado. Por tanto el proceso incoado por la jurisdicción militar po-

só á la jurisdicción ordinaria. Los señores Aguirre y Trujillo fueron puestos en libertad al cabo de dos ó tres días: el primero por no haberse probado el delito, careció el tribunal de pruebas legales: y el segundo por haberse convencido Calleja, así lo aseguran los laborantes, de que era inocente. Pruebas legales, bien pudieron faltar como acusación, pero las *morales* y datos concretos de que eran conspiradores y se hallaban en el número ó lista de los conjurados, sobraban para haberles detenido en seguro lugar. Recobrada la libertad, el comportamiento seguido después por los Aguirre y Trujillo ha demostrado palmariamente lo fundado de las detenciones. Trujillo se halla en Nueva York afiliado á la junta revolucionaria, y Aguirre en el campo defendiendo á Cuba libre.

Desde que se inició la guerra con todos los sucesos anárquicos, deplorables y tristes, realizados por fanáticos, ilusos y criminales, siempre hemos convenido en que los medios para exterminar á los sectarios y evitar que en otro tiempo se reproduzcan las semillas del separatismo, debían ser eficaces y duros. Las amputaciones de los miembros humanos se hacen indispensables en cirugía, siempre que pongan en peligro la vida de los individuos; y en la sociedad sucede lo mismo. Proceda el Gobierno á que desaparezcan esos centros, sociedades y reuniones en las cuales el infame filibustero sienta los reales, predicando la redención de Cuba: castigue duramente á los significados por sus ideas antiespañolas, y el mal no prosperará. Sin embargo, con debilidades como la concesión de libertad á Trujillo y Aguirre nada se consigue, y el mal se exagera y adquiere mayor incremento.

Sanguily, complicado en los sucesos y con pruebas fehacientes de ser un conspirador, fué trasladado primero á uno de los calabozos del Morro y más tarde á la fortaleza de la Cabaña. El Fiscal que entendió en la causa, Teniente Fiscal de la Audiencia de la Habana, señor don Federico Enjuto, en sus conclusiones provisionales, pidió para Sanguily la pena de cadena perpetua. Ya veremos en el curso de esta narración, como el tribunal colegiado de la Audiencia Territorial, falló de conformidad con la petición del señor Fiscal de S. M.

El general Calleja, sabedor de que en la provincia oriental los insurrectos reunían un contingente de mas de dos mil hombres armados, y que otros muchísimos campesinos se hallaban dispuestos á lanzarse á la insurrección apenas tuviesen armamento, procuró con grande actividad nutrir las filas del batallón de Isabel la Católica destacado en la Habana, y prepararlo convenientemente para lanzarlo á la persecución de los rebeldes orientales. El Excmo. Sr. General don Luís Prats y Brandagén, Comandante General de la Provincia de Matanzas, reunió las tropas del Regimiento de María Cristina y algunos puestos de la Guardia Civil; con estos pequeños contingentes y algunos soldados de policía, mandados por su jefe el señor Carhuano, formó dos pequeñas columnas y emprendió la persecución. Una de las partidas levantadas en armas en la provincia de Matanzas estaba capitaneada por Luís López Coloma, ex-telegrafista y antes del movimiento admi-

nistrador del ingenio "Ignacia". A dicha partida iba agregado el renegado Juan Gualberto Gómez. La señorita Amparo Orbe, novia del flamante cabecilla, quiso acompañar á Coloma en sus aventuras, apareciendo entonces la primera amazona en los campos del ejército titulado *libertador*.

A corta distancia del central "Ignacia", como terreno conocido del cabecilla Coloma, acampó la partida insurrecta y se dispuso á confectionar el rancho, dirigiendo la operación la Amparo Orbe. Enterado el general Prats por conducto de una buena confidencia del sitio en que se encontraban los insurgentes, mandó á la columna para atacarlos. Las tropas cayeron de improviso sobre el campamento, los rebeldes reciben á los soldados con una nutrida descarga, avanzan los leales y la pequeña partida casi fué copada en su totalidad, cayendo prisioneros el cabecilla y su novia.

El jefe de policía Sr. Carehano conocía muy bien á Juan Gualberto Gómez, y entre el fragor del combate y el ruido de la fusilería, se oía claramente su voz, que decía á los soldados: "apunten al del sombrero ancho, que es Gualberto Gómez," y añadiendo al mandato el ejemplo, el mismo Carehano le hizo varios disparos con un rifle sistema "Relámpago." Gómez vió aquel día muy cercana la muerte y fugitivo pudo escapar de la persecución, internándose en las espesuras de una manigua próxima. Al día siguiente se presentó al Alcalde de Sabaniella, acogiéndose á indulto y dijo sentirse molesto con el señor Carehano, porque le señalaba en el combate y á él se le dirigían casi todos los tiros. Estos conceptos de Gómez, que son verídicos, no sabemos si calificarlos de inocentes; pero sí es verdad que resultan chuscos.

Sucedió en dicho encuentro otro caso, sino original, á lo menos digno de ser narrado. Un joven iluso de la Habana, cuyos padres disfrutaban de buena posición y que se había criado con todas las comodidades, asustóse á las primeras descargas de las tropas, y huyendo por aquellos campos, anduvo errante por espacio de dos días. Rendido por el hambre y el cansancio encontróse á un guajiro que lo llevó á un ingenio, y desde allí fué conducido á la casa paterna. También se acogió á indulto. De esta manera quedó disuelta la partida de Coloma.

Al regresar á la Habana Juan Gualberto Gómez, se presentó al general Calleja en el Palacio del Gobierno. El general le dijo que, habiéndose acogido á la legalidad dentro del plazo en que el bando concedía el indulto, quedaba en libertad. Y nada más. Aquellas deferencias habidas por el general con el mulato Gómez trocáronse en la más glacial indiferencia. Cuando el indultado bajaba tranquilo del Palacio, el Jefe de Policía de la Habana, coronel de la guardia civil señor Paglieri, le dió la voz de *alto*, intimándole para que se diera preso. Protesta Gómez diciendo que estaba indultado, mas el jefe de Policía replicóle que el detenía por otros delitos, siendo el principal el contrabando de armas hecho por él y los señores Anitúa y Lasaga, que ya se hallaban en poder de la justicia. Desde allí fué conducido al muelle de la Machina y trasladado luego en la lancha de vapor del Real Arse-

nal á los calabozos del castillo del Morro. Incoado el proceso á los contrabandistas de armas anteriormente citados, se les condenó más tarde por los tribunales á la pena de veinte años y un día de prisión correccional. Juan Gualberto Gómez, Anitúa y Lasaga fueron destinados á cumplir el tiempo de su condena al penal de Centa.

La presentación de Juan Gualberto no obedecía al móvil del arrepentimiento. Impulsóle únicamente el fracaso de la intentona; pero él abrigaba la esperanza de incorporarse lo más pronto posible á los de su raza que estaban levantados en armas en la provincia de Santiago de Cuba. Soñaba en la fundación de una microscópica republiquilla formada por la raza de color. Mucho se ha exagerado el mérito literario y científico del mulato Gómez. Sin el favor oficial y el de nuestra España siempre generosa y benigna, el ingrato Gómez no hubiera jamás salido de la oscuridad á que estaba condenado por educación, talento y carencia absoluta de otras cualidades inherentes á toda persona agradecida. El acrecentamiento incesante de la ingrata raza de color á medida que la nación española aumentaba sus humanitarios y civilizadores procedimientos, ha sido la causa de la infame revolución, pagando los manumitidos con la más negra de las traiciones. Si Juan Gualberto Gómez hubiera estado sujeto á los lazos debidos á su humilde condición, nunca hubiese abrigado las ilusiones de ser ministro ó presidente de una república colorante.

Secundó el alzamiento de Ibarra, en Jagüey Grande, el doctor don Martín Marrero, poniéndose á la cabeza de unos cien sublevados. Formaban la mencionada partida, además del cabecilla citado y su hijo, las siguientes personas: los de apellido Sanabria, Fernando, Valentín y Antonio, los Dubroy, Mignel y José, Luís Claves, Francisco Ozequera, Saturnino Pérez, José O. Duvrenil, los Francisco y Avelino Rodríguez, Francisco y Baltasar Sánchez, Diomedes Almeida, los Antonio y Juan Faget (padre é hijo), Salvador Reyes, Evaristo Betancourt, Esteban Hernández, Rafaél Sotolongo y Aurelio Rodríguez. El comandante general de Matanzas organizó algunas pequeñas fuerzas, las cuales salieron en persecución de los rebeldes y los dispersaron al momento. Muchos de ellos, al verse en el peligro de caer en poder de las tropas, se internaron en la ciénaga de Zapata y establecieron el campamento en unos de los islotes formados por las pantanosas aguas de la misma.

Llegada la noche y una vez colocados los centinelas y escuchas necesarios, los demás se entregaron al descanso. Como allá á la media noche empiezan á dar voces de alarma los vigilantes, porque divisaban claramente ciertas lucecillas fosforescentes. Puestos en guardias los insurrectos, prontamente se vieron acometidos de feroces caimanes que en forma de círculo les rodeaban. Tuvieron que defenderse de los anfibios con los machetes, pero el susto fué mayúsculo. No pasó mucho tiempo sin que absolutamente todos se presentaran á las Autoridades constituidas, incluso su jefe, el cual fué embarcado para la Península por orden gubernativa. También embarcaron á Pedro Betancourt por

haber intentado levantar una partida en Ceiba Mocha. El movimiento revolucionario que se inició en la provincia de Matanzas, quedó inutilizado en sus albores, merced á las acertadas disposiciones tomadas por el digno Comandante General señor don Luís Prats y Brandagén.

Otra partida más resistente en la apariencia levantó el trapo revolucionario en Aguada de Pasajeros (Provincia de Santa Clara), al mando de Joaquín Pedroso, que ostentaba el título de coronel del "Ejército Libertador", conferido por la junta revolucionaria de Nueva York. Iban entre otros muchos, agregados á dicha partida, Alfredo Arango y otros jóvenes ilusos, todos ellos muy conocidos en los principales círculos habaneros. Si bien es verdad, que dichos jóvenes no significaban en la partida pericia militar y condiciones bélicas y estratégicas, también es positivo que la hicieron adquirir notoriedad en el público. Poco tiempo había transcurrido desde el levantamiento, cuando se les unió el bandido Matagás, convertido en flamante insurrecto, y entonces la fuerza de Pedroso, adquirió un nuevo refuerzo por la adición de la cuadrilla del bandido. Este abrigaba poca confianza respecto de los nuevos guerreros, se proclamó jefe de toda la fuerza reunida y mandó poner centinelas de vista para evitar que desertaran los bisonos, y se presentaran á las autoridades.

El General Don Agustín Luque y Coca, Comandante General de Santa Clara, arreció la persecución, y en los Conucos, cerca de Cienfuegos, fueron alcanzados por la columna mandada por el capitán Bonet, compuesta de un corto número de guardias civiles y voluntarios. El combate fué reñido, la fuerza leal se encontraba escasa de municiones, pero al fin los insurgentes derrotados emprendieron la fuga. Tres insurrectos quedaron muertos en el campo de la acción, retiraron varios heridos, y la columna tuvo heridos al teniente de Rodas y dos individuos mas de dicho instituto y un guardia civil. Desde esta fecha, generosa sangre española vuelve á enrojecer la inextricable manigua cubana, sangre que veremos se derrama con profusión en los sucesos que empiezan á desarrollarse en esta guerra anárquica y de exterminio. Sin embargo, los responsables de todas estas calamidades ó carecen de conciencia, ó de lo contrario, el remordimiento deberá atormentarles al contemplar tantas víctimas.

En los días primeros del mes de Marzo el Gobernador General llamó á Palacio á don José Jerez Varona, distinguido primer teniente del ejército en situación de supernumerario, cubano de nacimiento pero de corazón genuinamente español, capitán en aquella época de la benemérita compañía de *Bomberos municipales* denominada *Camisetas Rojas*. Después de la conferencial entrevista, el Excmo. Sr. General Calleja comisionó al señor Jerez para que fuera al campo insurrecto con el objeto de ver si podía disuadir á los rebeldes de la locura de sus propósitos, y lograba la presentación de los mismos antes de que terminara el plazo de *indulto*. Entre los sublevados en *Las Villas* había algunos jóvenes habaneros, hijos de distinguidas y acaudaladas familias. El señor Jerez Varona, ya por el atractivo de su caracter,

exquisita amabilidad y suma cortesía, ya también por las buenas relaciones que por abolengo tenía en la Habana, y en la misma jurisdicción de Cienfuegos en la cual posee una finca, gozaba de muchas simpatías entre los campesinos y trabajadores; por esta razón afirmamos que estuvo acertadísimo el general Calleja, dando la comisión al señor Jerez.

Salió de la Habana el señor Jerez el día tres de Marzo, y una vez que hubo llegado á la ciudad de Cienfuegos, dirigióse enseguida al sitio en donde se creía que estaban los rebeldes, acompañado solamente de un práctico. Ocho días de penosas marchas llevaba por las orillas de la insalubre Ciénaga de Zapata, sin que sus gestiones obtuvieran resultado alguno; la impaciencia de los amantes de la paz llegaba al paroxismo. Por fin el telégrafo dió la noticia de que el comisionado don José Jerez había entrado en el poblado de Aguada de Pasajeros con la partida mandada por el joven habanero Joaquín Pedroso, titulado coronel. La partida se componía de ocho hombres, todos armados y montados, presentándose á las autoridades. De conformidad con el Bando publicado por el general Calleja referente al indulto, fueron puestos inmediatamente en libertad.

Vuelve el señor Jerez á salir al campo, pues supo que aún quedaban algunos sediciosos, y en esta segunda excursión logró tener una entrevista con la partida de Pancho Gerardo, compuesta de doce individuos. Consiguio también que se presentaran con armas, caballos y municiones. Continuó en sus excursiones tan plausibles y siempre con el mismo feliz resultado, y logró la presentación de los cabezillas Charles y Jorge Aguirre, con la gente que mandaban, y la del negro Sarduy con el mulato Quintero y sus respectivas partidas.

El territorio de *Las Villas*, merced á la árdua tarea que se impuso don José Jerez, quedó pacificado. Plácemes merece el correcto proceder del señor Jerez, por cuanto realizó tan arriesgada empresa con grave exposición de su vida y sufriendo innumerables calamidades y angustias. El Gobernador General felicítóle, el Ayuntamiento de la Habana, en sesión ordinaria, acordó por unanimidad darle un voto de gracias; en suma, todos los hombres de recto proceder y amantes de la legalidad existente, la misma nación española aplaudirán con justicia los desvelos del distinguido oficial señor Jerez.

Luego en *Las Villas* pudo darse como finalizada la intentona; la paz quedó restablecida.

En la provincia de la Habana quedaba el bandido Manuel García, titulado coronel insurrecto, después del grito de Ibarra. Tenía por campo de sus correrías las jurisdicciones de Jarueo, Madruga, Unión de Reyes y Alfonso XII. Inicia la campaña revolucionaria robando y saqueando por amor al arte; pero con la diferencia de expedir pagarrones que debía abonar la titulada "República Cubana." Poco tiempo duró el nuevo coronel. Respecto á su muerte se ha fantaseado mucho. Es inexacto que fuera muerto por el sacristán de Canasí; lo que allí hubo fué dos ó tres disparos hechos en defensa propia por un guardia

civil, un voluntario y Felipe Díaz, sacristán y alguacil del referido pueblo, y la muerte de este último á machetazos por los bandidos.

La muerte del bandolero ocurrió de la siguiente manera: Desde el secuestro del señor Fernández de Castro por Manuel García, un duelo á muerte se hallaba entablado entre la familia del secuestrado y el bandido. La guardia civil tuvo exacta confianza del sitio por donde había de pasar Manuel García, y allí, guiados los guardias por un empleado del señor Fernández de Castro, prepararon una emboscada á la salida de un potrero y en sitio próximo á una talanquera. No tardó mucho tiempo en hacer acto de presencia el bandido con su partida, y al llegar á la ya dicha talanquera, una descarga de los que estaban emboscados acabó con la vida del que se titulaba "rey de los campos de Cuba". Los bandidos contestaron con otra descarga, resultando herido de un balazo en la cabeza un guardia civil. La partida, después de la muerte de su jefe, se ocultó, permaneciendo mucho tiempo sin dar señales de vida. Ante pérdida tan irreparable para los bandoleros é insurgentes simultáneamente, éstos huyeron, dejando en el sitio de la escaramuza tres buenos caballos con sus respectivas monturas y algunos rifles sistema americano.

El día 24 de Febrero fué un día de júbilo para los cubanos residentes en Cayo-Hueso, Tampa y Nueva York. En el Cayo adornaron los balcones con telas de colores alusivos á la bandera solitaria; los tabaqueros se lanzaron en ruidosa manifestación por las calles, profiriendo injurias contra España y los españoles allí residentes, y la bandera insurrecta fué paseada triunfalmente por las calles. Periódicos y laborantes afirmaban que la dominación española había terminado en la isla de Cuba. Las autoridades de los Estados de la Unión miraban aquellos desahogos como la cosa más natural, y aún daban en ocasiones muestras de simpatías á semejantes atropellos y escándalos. Los españoles, á fin de no verse atropellados hubieron de apelar al recurso de quedarse en sus casas. Por la noche hubo iluminación general con farolillos significativos, siguiendo la algazara comenzada desde la mañana. ; Digna manera de interpretar los deberes internacionales tuvo la autoridad federal de Cayo-Hueso! Sin embargo, aquello no fué más que una débil muestra de su natural proceder. En Tampa se verificaron idénticas demostraciones á las de Cayo Hueso, pero con la agravante de que los insultos á los españoles llegaron á hechos prácticos, apedreando las casas en que residían. La policía se vió en la necesidad de contener tantos desmanes. La junta revolucionaria de Nueva York se las prometía muy felices, y aseguraron sus individuos ser la independencia de Cuba un hecho dentro de pocos meses. Hubo también sus *guarachas* y se presentaron muchos proyectos de expediciones para auxillar á los *libertadores*.

El Gobernador General, en previsión de que en el Cayo se cometieran algunos abusos contra los españoles, mandó en comisión de servicio al crucero "Infanta Isabel." Unos *valientes* cubanos que se habían embarcado en el vapor americano "Mascotte", se dieron el gran gusto

de gritar con toda la fuerza de sus pulmones “Viva Cuba libre”, cuando pasaban por delante del crucero español, que se hallaba fondeado en el Cayo. En la misma Capital de la Habana aparecían letreros subversivos en las paredes de muchas casas.

Mientras tanto en el Real Arsenal se trabajaba con mucha actividad en habilitar los barcos de guerra servibles para la vigilancia de las costas, y la concentración de tropas para mandar un contingente á Santiago de Cuba se efectuaba con mucha rapidez. En la Habana se reorganizó en breve término unos de los batallones del Regimiento de Isabel la Católica y media batería de Artillería, cuyas fuerzas embarcaron para el Departamento Oriental. El día en que se marchaban, las autoridades militares de la Habana fueron á despedirles á la estación de Villanueva. Allí los arengaron con sentidas frases capaces de enardecer al más glacial patriota, y el Coronel Don Fidel Alonso de Santocildes, con gran elocuencia acabó de entusiasmar á sus *muckachus* aragoneses (ésta era la frase). Sí, porque la mayoría de los soldados eran de Aragón, tierra clásica de las hazañas legendarias, de las espartanas heroicidades y de las homéricas luchas.

Y que no defraudaron la esperanza en ellos puesta, lo demostraremos en el curso de esta narración. Cuántos presenciámos aquellos momentos y oímos y oímos las frases patrióticas del malogrado Santocildes, notamos que las lágrimas empañaron nuestros ojos al contemplar el entusiasmo de los valientes soldados de Isabel la Católica y de los artilleros. En Batabanó subieron á bordo en uno de los vapores correos de la Compañía de Menéndez que hacen la travesía por la costa del Sur de la Isla. Dicho vapor varó en aquel mar de escaso fondo y rodeado de *cayos*, hasta que la alta marea de la tarde lo puso á flote.

En Santa Cruz del Sur (Puerto Príncipe) procedióse á la reconcentración del batallón cazadores de Cádiz; y en Guantánamo y en Holguín se hizo lo mismo con los Regimientos de Simancas y de la Habana.

El Comandante General de la provincia de Santiago de Cuba, Excmo. Sr. Don José Lachambre, bien por falta de instrucciones precisas del Gobierno General, ó ya porque estuviera confiado en que la insurrección carecería de importancia, ó por otras circunstancias, no extremó un saludable rigorismo desde un principio. Un acto vandálico de los rebeldes le hizo cambiar de opinión. Entre Guantánamo y Santiago de Cuba se hallaba situado un pequeño destacamento en un fuerte compuesto de cinco soldados del regimiento de Simancas. El día 24 de Febrero se presentó ante el fuerte un insurrecto, fingiéndose cazador, y después de haber sido obsequiado por los soldados, brindó á éstos con una cacería, diciendo que al día siguiente vendría por ellos.

Aceptado el convite por los soldados, se presentó de nuevo al siguiente día, y cazador y soldados se internaron en el monte. Apenas habrían andado tres kilómetros, el guajiro dispara un tiro con el revólver y súbitamente aparecen muchos más, que machete en mano asesinaron á los indefensos soldados. ; Estas son las hazañas de esos *espar-*

tanos modernos; la traición y el cobarde ensañamiento con seres indefensos; y, sin embargo, existen menguados espíritus que entonan alabanzas á la perfidia! El General Lachambre, al tener noticia de este suceso, no quiso aguardar más, y desde entonces se decidió á emprender una campaña vigorosa con los escasos medios de que disponía. El acto realizado por aquellas fieras de la maníga le había exasperado, y le decidió á castigarlos con rigor.

Llegado á Manzanillo el vapor que conducía uno de los batallones del Regimiento de Isabel la Católica, dejó allí unos cuatrocientos individuos de tropa y el resto continuó el viaje hasta Santiago de Cuba. Desde la capital de Oriente emprendieron una marcha por tierra á Manzanillo, atravesando los montes y campos en donde predominaba la insurrección, sin que fuera molestada tan pequeña columna por las partidas.

El director de "El Triunfo," Eduardo Yero, se levantó en armas en los montes de *Tí Arriba*; pero no viéndose secundado por los comprometidos, según él confiaba, presentóse con mucho sigilo en Santiago de Cuba y desde allí embarcóse para Santo Domingo. Desde la capital de la República Dominicana dirigió una carta al director de "El Liberal" de Manzanillo, que copiada literalmente, se expresa de la siguiente manera:

"Santo Domingo, 5 de Marzo de 1895."

Sr. don Fernando Fernández de Córdoba.

Manzanillo.

Mi estimado amigo: después de haber salido á escape de Santiago de Cuba el 24 del próximo pasado de esa ciudad, me fuí al campo el 20 con rumbo á los montes de "Tí Arriba," donde estuve tres días esperando inútilmente ciertos avisos, pero el sábado 23, entre cinco y media y seis de la tarde, recibí noticias tan fatales y contrarias á las que yo me prometía, que decidí por un golpe de audacia, en que me iba á jugar la cabeza, regresar inmediatamente junto con las cuatro personas que conmigo estaban.

Así lo hicimos; á las doce de la noche emprendimos la marcha, y recorridas doce leguas, llegamos á la ciudad á las seis y cuarto de la mañana. Hice saber mi presencia á las Autoridades, decidido yo á que no me prendieran, ni pasaran á mayores; el Gobernador no quiso despacharme pasaporte, pero dijo que no opondría obstáculos á mi embarque, si antes no se alteraba el orden. A las once fuíme públicamente para el vapor que salía á las doce, sin pasaporte, sin cédula, sin nada, y aquí estoy sano y salvo y llena el alma de decepciones y angustias, pues minuto á minuto pienso en la suerte corrida por muchos que por allá quedan."

Soy de V. affmo. y S. S.

EDUARDO YERO.

Impaciente Yero por temperamento, no toleró la demora de las personas que debían reunírsele en Tí Arriba, y por eso desiste de la empresa. Sin embargo, la tardanza no era más que un paréntesis. Muy pronto se formaron pequeñas partidas capitaneadas por Enrique Brocks, Periquito Pérez, Quintín Bauderas, Goulet, Hierrezuelo y otros muchos. Guiller món marchóse al campo insurrecto por imprevisión de la policía de Santiago de Cuba. En el Gobierno Civil, lo mismo que en el Militar, sabíase que el antiguo *brigadier* insurrecto se hallaba complicado en la insurrección. El general Calleja ordenó detenerle. Guillermo Moncada se hallaba en una finca de su propiedad, situada cerca de la capital de la provincia. La autoridad no quiso detenerlo en ella por medida de prudencia, y para no suscitar algún conflicto. Guiller món de regreso fué avisado de que la policía le vigilaba, aguardando una oportunidad para apresarle. Enterado por sus amigos de que se había dado orden para su apresamiento, logró evadirse marchándose á la insurrección. Guillermo Moncada (Guiller món) para mejor disfrazar lo muy comprometido que estaba en la conspiración, fingió un miedo que no sentía y solicitó de las autoridades permiso para vivir en el castillo del Morro durante el día. Por la noche dormía en su casa. Con esta villana manera de proceder logró engañarlas. Poco tiempo estuvo al frente de las partidas: una enfermedad crónica que venía padeciendo arrebatóle la vida en el sitio denominado "*Mucarral*". Don Gervasio Casañas, Jefe del Negociado de Política en el Gobierno General, que se encontraba cuando acaeció la muerte del cabecilla, en la capital de Oriente, fué el primero que expidió el cablegrama al general Calleja. Por lo expuesto se deduce que la confianza siempre fatal continuaba.

En Holguín levantárouse en armas los hermanos Sartorius, promovedores de la sublevación en Purnio, y el periodista Miró y Argenter. Más tarde secundaron el movimiento revolucionario, Fera, Guerra, Marrero y Rojas.

En Jiguaní y Baire iniciaron el movimiento los Rabís y Lora. Pedían la implantación de las reformas de Maura (¡ cuánto honor para el ex-ministro!) y la reposición del Ayuntamiento suspendido. Comprendióse que aquella actitud solamente era un pretexto para encubrir el movimiento separatista y ganar tiempo con el fin de organizarse. Bartolomé Massó se pronunció en Calisito, y de allí se fué á la sierra á propagar la insurrección. Secundáronle Amador Guerra, los Estradas, Réitor, Esteban Tamayo y otros muchos.

El partido autonomista quiso meterse á mediador y mandó comisionados á la provincia oriental para que aconsejaran á los sublevados que depusiesen las armas. Este acto lo consideramos como una manifestación de las muchas debilidades del general Calleja, y una especie de humillación para la nación española. Si las deponían, el enemigo solapado disponía de un contingente armado para lanzarlo á la guerra cuando le conviniera, y además el separatismo constituía su fuerza; y si nó, era una petulancia dicha comisión. Como es fácil comprender,

ambas actitudes están en oposición con el verdadero patriotismo y no deben ser toleradas en adelante por contener virtualmente una amenaza.

El partido anteriormente mencionado comisionó, de acuerdo y por iniciativa del general Calleja, para rubor de España, á Herminio Leiva y Aguilera, vocal de la Junta central autonomista. El directorio del partido, por más que lo nieguen unos apuntes de los sucesos, titulados *Crónicas*, inició y favoreció la referida comisión. Leyva se dirigió á Manzanillo y la misma noche de su llegada celebró una entrevista con los ex-cabecillas de la pasada insurrección. En la reunión expuso á los concurrentes el objeto de su viaje y su intención de conferenciar con Massó. Aconsejaronle que solicitara el concurso de algunas otras personalidades que figuraron en la guerra pasada, y aquella misma noche salió de Manzanillo á bordo del vapor *Anita*, con rumbo á Santa Cruz del Sur. De regreso á Manzanillo, después de haber expedido varios telegramas á Marcos García, Spottorno, Luaces y Mola, mandó comisionados para que penetraran en el campo insurrecto y explorasen la voluntad de los cabecillas, antes de celebrar la entrevista. El resultado de las mencionadas gestiones no pudo ser más favorable: los insurrectos accedían á tener la entrevista.

El señor Leyva reunió una comisión compuesta del autonomista don Manuel Romagosa, del señor don Manuel Muñiz, afiliado al partido de Unión Constitucional, del hacendado y *neutro* don Virgilio López, y como no podía faltar el maurismo, del reformista don Marcelino Vázquez y del autonomista Sr. D. José Ramírez. Después se unió á la comisión en casa de don Juan León, alcalde de barrio de Calisito, persona muy conocedora en aquellos contornos, tanto de las personas como del terreno y hasta de cierta influencia. Cuando llegó la comisión al referido pueblo, presentóse espontáneamente desde el campo insurrecto el peninsular Damián Caballero. Este se levantó en armas abrigando la creencia de que se defendía sólo la autonomía; pero al oír los gritos subversivos de los rebeldes, todos ellos injuriosos para España, se acogió á indulto. El sentimiento pátrio le curó del fanatismo autonómico. Digno ejemplo de ser imitado por otros muchísimos obcecados.

Bartolomé Massó no tuvo inconveniente en acceder á la entrevista, y ésta celebróse en la finca titulada "La Odiosa", distante una seis leguas de Calisito y situada en la meseta de un alto y espeso monte. Al llegar la comisión á la zona insurrecta, y á la distancia de medio kilómetro del batey de "La Odiosa", vióse envuelta por los jinetes insurrectos mandados por Amador Guerra. Una vez que la comisión estuvo en presencia de Massó, Leyva, abordando la cuestión, le dijo:

— "Vengo en nombre de la junta central del partido autonomista á suplicar á V. se digne decirme los motivos que ha tenido para lanzar la provincia oriental á la revolución, á saber el objeto que persigue el movimiento armado. Vengo igualmente en nombre del Gobierno legítimo á ver si logro evitar el derramamiento de sangre de hermanos por medio de la persuasión."

Massó, turbado y reticente, limitóse á contestar que “él era un patriota que procuraba la independencia de su país.”

Replicóle Don Hermínio Leyva :

— “¿Y con qué derecho, motivo ó razón impone el señor Massó á su país una guerra que ha de ser su ruina? El movimiento no puede ser más inoportuno é injustificado, puesto que lo promueven ustedes cuando la Nación acaba de reconocer la personalidad política de Cuba. La Isla tiene un celoso defensor en sus intereses en la junta central del partido autonomista, y nadie de ustedes puede ser ni más cubano ni más patriota que cada uno de los hombres que componen dicha junta, los cuales rechazan la guerra, considerándola como una locura y como un desastre.”

... Massó contestóle de la siguiente manera :

— “Si hay, y no lo dudo, algunos cubanos que rechazan la guerra, sin embargo, existen muchísimos que la desean.”

El señor don Virgilio López Chaves, interviniendo en la cuestión, aconsejó á los insurrectos que depusieran las armas, empleando en su peroración contundentes argumentos y razones de gran valía, y terminó con estas frases :

— “Por cada cubano que don Bartolo me presente afecto á la guerra, yo le señalaré cien que no lo quieren.”

Massó quedó turbado con esta declaración, y los demás insurrectos no pudieron disimular el disgusto que les había causado.

Entonces Leyva continuó, aprovechando aquella oportunidad para decirles :

— “Señores, no esperen recursos del extranjero, pues me consta que no han de llegar y que ustedes han sido engañados.”

Estas palabras produjeron confuso rumor entre los insurrectos, y en algunos se notaba cierta actitud amenazadora. Entonces Massó, para evitar algún desmán de los suyos, llevó á Leyva á un ángulo del rancho y en voz baja le preguntó :

— “Suplico á usted que, como cubano, me oiga si es cierto que no se han levantado las otras provincias.”

— “Como cubano y como caballero, le repito á usted, que hoy no existen en Cuba más hombres en armas que ustedes.”

Quedóse pensativo nuevamente el cabecilla, y entonces convino con los de la comisión para que éstos recabarán del Gobierno un plazo de diez días á fin de conferenciar sobre el particular con los demás cabecillas. El Comandante Militar de Manzanillo no pudo acceder á lo pretendido por los comisionados por no tener autorización para conceder el plazo de diez días, y entonces el señor Leyva pasó á Santiago de Cuba á solicitarlo al general Lachambre, Comandante General de la provincia. Este negóse rotundamente á conceder prórroga alguna.

Entonces el señor Leyva escribió una carta á Massó dándole consejos. Díjole que la revolución no triunfaría, y que España tenía medios sobrados para sofocar la rebelión.

Otra conferencia habida en la misma finca “La Odiosa”, entre

don Juan Bautista Spottorno y Massó, no tuvo más éxito que la de Leyva. En todas ellas virtiéronse conceptos y se emplearon frases sino extrañas por lo usadas, bastante depresivas al concepto de la nacionalidad. Si al dictado de *patriota cubano* se hubiera añadido la palabra *español*, porque España es la única y verdadera patria, el lenguaje hubiera sido correcto, plausible y digno; pero eso del patriotismo cubano trasciende á un algo misterioso y distanciado del amor patrio. Al señor Spottorno le hizo Massó la declaración siguiente :

“Estoy en armas contra España en cumplimiento de solemnes promesas contraídas como caballero con José Martí. Este me ha prometido desembarcar en las costas de Cuba con Máximo Gómez dentro de quince días. Si ellos olvidan la palabra empeñada, depondré las armas.”

El armamento de los insurgentes constituía un museo por la variedad. Algunos Mauser, Remington, Berdan, Chassepot, Minié, y hasta escopetas. Tampoco era abundante y se dedicaron las primeras partidas á procurarse las armas que pudiesen. El cabecilla Tamayo atacó al desguarnecido é indefenso poblado de Veguitas, situado entre Bayamo y Manzanillo. El capitán de voluntarios de dicho pueblo, don Cayetano de la Maza, fué apresado, y le pidieron las armas. El señor Maza las entregó sin hacer la menor resistencia por ser inútil, pero dichas armas habían sido inutilizadas días antes por orden del Comandante Militar de Bayamo. Los rebeldes, al ver fracasados sus deseos, acordaron fusilar al capitán, y lo hubieran cumplido á no haberse interpuesto entre los cañones de las escopetas insurrectas y la víctima una hija de éste, exclamando :

— “No, no matarán á mi padre sin matar antes á una enbana.”

Los insurrectos abandonaron el pueblo de Veguitas, no sin llevarse cerca de dos mil cartuchos que encontraron en la casa del capitán de voluntarios.

Amador Guerra hace acto de presencia en las afueras de Campechuela, poblado del litoral cerca de Manzanillo y guarnecido por cuarenta hombres del regimiento de la Habana mandados por el teniente señor Tarragó. El cabecilla, al frente de una partida de trescientos ginetes envió un parlamentario al jefe del destacamento y le intimó la rendición. Negóse el teniente, y entonces los insurgentes se atrincheraron en el batey de un ingenio cercano al pueblo, empezando el fuego por descargas cerradas. La pequeña fuerza comprendió que el cuartel no ofrecía seguridad para la defensa por ser de guano, y sale al campo desplegada en guerrilla, disponiéndose al combate. Los insurrectos aprovecharon esta oportunidad y entran en Campechuela. Saquéanla por espacio de dos horas, apoderándose también de las armas que había en el cuartel y abandonaron el pueblo al regresar el destacamento. El teniente señor Tarrago fué sumariado, á pesar de haber manifestado que no había defendido el pueblo por habérselo rogado los vecinos.

Bartolomé Massó dirigióse al pueblo de Yara, y una vez allí, derribó la iglesia parroquial para que no sirviese en lo sucesivo de fuerte á

las tropas españolas. Después invitó á la rebelión mediante un discurso-arenga dirigido á los habitantes del pueblo, y termina la revolucionaria arenga con estas palabras: " Habitantes de Yara: viva Cuba independiente. "

El capitán Soro, con unos ochenta hombres del regimiento de la Habana y algunos puestos de la Guardia Civil de los pueblos colindantes con las rancherías semi-salvajes donde se había dado el grito revolucionario, se fué en dirección á Baire, poblado de exótica raza y situado en las estribaciones de Sierra Maestra. Apenas divisaron el pequeño poblado, un ruido ensordecedor, producido por centenares de estridentes gritos, atronó los oídos de la pequeña columna. El capitán tomó las precauciones convenientes antes de atravesar el río que da acceso al pueblo de Baire, cuna de la independencia, según dicen los insurgentes. Cuando empezó el movimiento de avance y en el momento *de cruzar el cauce* del río, las descargas de los rebeldes hicieron comprender al jefe de la columna, que estos se encontraban dispuestos á la resistencia. Las fuerzas insurrectas, compuestas de más de dos mil hombres, rodearon á las tropas leales, y la pequeña fuerza tuvo que batirse en retirada y por escalones para no caer en poder del enemigo. Mencionamos este episodio á fin de desmentir unas " Crónicas de la Guerra " publicadas por " El Fígaro " de la Habana, cuando asegura que la totalidad de las fuerzas insurrectas en el departamento oriental no sumaban mas que 1850 rebeldes. Desde el principio del movimiento insurreccional ascendían á más de cinco mil.

Para emprender enérgicas operaciones contra los insurrectos, luchaban las autoridades con el inconveniente de la carencia de tropas regulares, merced al presupuesto de la paz. La guerrilla del capitán Piñé, compuesta en su mayor parte de voluntarios ofrecióse al momento á luchar en favor de la legalidad y empezó las operaciones; el general Lachambre salió á campaña con el fin de batir personalmente á los insurrectos. El general Garrich, secundado por el coronel Zibikowski, marchó desde Holguín en dirección á Baire; pero al llegar al poblado los insurgentes ya lo habían abandonado, internándose en las escabrosidades de la sierra. Emprendida la persecución, alcanzólos en el punto conocido por " Los Negrós, " y roto el fuego por la columna internáronse los rebeldes en el monte. En esta escaramuza perdieron los insurgentes una bandera, teniendo además un muerto y cinco heridos. El teniente Ochoa entregó la insignia insurrecta al general Lachambre.

El teniente coronel Araoz había ido á proteger el destacamento de Campechuela con una pequeña columna formada por fuerzas del regimiento de Isabel la Católica, y la guerrilla del batallón de cazadores de Cádiz. De regreso á Manzanillo tuvo un encuentro en las sabanas de las Yuraguana con el cabecilla Amador Guerra, el más batallador de toda la comarca oriental. Después de rudo combate los insurrectos se dispersaron con pérdida de cinco muertos, varios heridos y contuso el mismo cabecilla. Las tropas leales sufrieron la pérdida del teniente

de la guerrilla de Cádiz don Miguel Monteverde y Sedano y dos soldados con nueve heridos. Mas tarde, estando acampada la columna citada en el ingenio "San Ramón," cerca de Manzanillo, é ignorando los insurrectos la presencia de las tropas, dirigiéronse allí tranquilamente.

Sorprendida la tropa y también los rebeldes, se trabó desesperada lucha cuerpo á cuerpo y en la mayor confusión. Los rebeldes huyeron teniendo catorce muertos y muchos heridos; y las tropas leales ocho soldados muertos y además el teniente don José Pérez Montoya. En Ulloa (Guanánamo), el teniente coronel del batallón de Simancas don Joaquín Bosch y Abril tuvo un encuentro con las partidas insurgentes capitaneadas por Enrique Brooks y Periquito Pérez. Hízoles un prisionero gravemente herido en un costado. Otras pequeñas escaramuzas habidas en el Cobre y en San Juan de Wilson podíamos mencionar, pero carecen de importancia.

El más importante de los combates, efectuado en los albores de la insurrección, fué el que sostuvo el coronel de Isabel la Católica don Fidel Alonso de Santocildes en el *Guanábano*, á la entrada de la misma ciudad de Bayamo.

El día diez de Marzo salió el señor Santocildes de Manzanillo en dirección á Bayamo. Al momento de la salida arengó á las tropas, y los soldados que idolatraban á su coronel contestaron con vivas á España á los conceptos patrióticos emitidos por su digno jefe; el previsor Santocildes, por conocer la estrategia de los rebeldes, formó el cuadro para la marcha de la columna, es decir, una fila por cada lado, y la vanguardia y la retaguardia desplegadas en guerrillas. Las acemilas las colocó en el centro. Así continuaron la marcha, pasando por Veguitas, Barrancas y otros caseríos sin tener la menor novedad, como tampoco noticia alguna de los insurrectos. La columna, avanzando siempre, llegó á Chapala, siguiendo desde allí el camino directo de Bayamo. Como una legua escasa faltaba para llegar á la ciudad fundada por Diego Velázquez, y ya se divisaban las torres de la población, cuando al llegar la tropa á un recodo del camino se oyeron dos detonaciones de armas de fuego. Al pronto no dieron importancia al hecho y lo atribuyeron al ruido ocasionado por dos yaguas al caer de las palmas; pero á los pocos minutos percibieron con toda claridad desaforada gritaría viendo al enemigo que trataba de envolver á la columna atacándola por dos lados á la vez.

Roto el fuego, una fila de cien jinetes rebeldes se corrió para envolver á las tropas y cortarles la retirada de Bayamo, pero los soldados arremetieron contra la caballería enemiga, en el momento que intentaba dar una carga al machete. El denredo y serenidad de la columna y lo certero de los disparos hizo retroceder al enemigo, pero rehechos de nuevo volvieron al ataque formando dos grupos, uno por la derecha y el otro por la izquierda, con el fin de envolverla é impedir que entrase en Bayamo. Santocildes mandó armar la bayoneta á los soldados, rompiendo el fuego por descargas cerradas, y los insurgentes, que ha-

bían llegado como á unos cien metros de distancia de la columna, vuelven grupas y se retiran del campo. El enemigo sufrió algunas bajas, enumerándose entre ellas un insurrecto que llevaba un fagón encarnado. En aquellos momentos llegó un refuerzo de Bayamo en auxilio de la pequeña columna, compuesto de veinte números, de la Guardia civil, doce guerrilleros del regimiento de Cuba y cincuenta del de la Habana. Una vez incorporado este pequeño refuerzo á la fuerza de Santocildes, continuaron su marcha á Bayamo, en cuya población entraron en medio de las aclamaciones, y vítores del vecindario que desde las azoteas habían presenciado tan desigual batalla. El Gobierno ascendió á general de brigada por este hecho al señor Santocildes.

En vista de la actitud de los rebeldes, el Gobierno apresuróse á mandar una expedición compuesta de ocho batallones peninsulares y uno insular, que prestaba los servicios de guarnición en la isla de Puerto-Rico; pero este contingente, numeroso al parecer, era insignificante según la organización revolucionaria. Si todos los comprometidos hasta mediados de Marzo no habían engrosado las filas rebeldes, debióse á la carencia de armas para echarse al campo; sin embargo, la guerra desde su iniciación reñía todos los caracteres de gravísima, no solamente por el número, sino también por las ramificaciones que tenía en el extranjero y las simpatías de cierta república poderosa, la cual oficiosamente había de convertirse en arsenal de municiones y demás elementos anárquicos y de destrucción, tales como la dinamita, las balas explosivas y dinamos eléctricos para realizar los crímenes más horripilantes y condenados con la reprobación unánime de todas las naciones. Aunque en pequeño número, también se mandaron buques de guerra.

Mientras el separatismo seguía la lucha, llevando por lema la bandera de la usurpación y en la práctica el robo y el asesinato, un suceso de la mayor importancia, por lo inesperado, obligó al ministerio fusionista presidido por don Práxedes Mateo Sagasta á presentar la dimisión. Los periódicos liberales que se publican en Madrid titulados "El Globo" y "El Resumen" insertaron algunos editoriales ofensivos al ejército español en general y á la oficialidad en particular. Los oficiales de guarnición en Madrid, al enterarse del ultraje, atacaron con indignación las redacciones de ambos periódicos madrileños, rompiendo las prensas, desparamando los tipos y hasta hubieron llevado á cabo el dar la muerte á los redactores de escritos tan inconvenientes, caso de haberlos encontrado en las redacciones.

El Gobierno manifestó claramente su impotencia para normalizar la situación. Entonces llamó al general Martínez Campos á fin de que se hiciera cargo de la jefatura del primer cuerpo de ejército, y después de una crisis laboriosa entregó las riendas del poder al partido conservador presidido por el Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo.

Debemos hacer algo de historia respecto al advenimiento de los liberales fusionistas al poder. El año 92 era jefe del gobierno el señor

Oñovos del Castillo. Síntomas de existir dualismo en el partido imperante en aquella época salían á la superficie, de manera que aún el hombre menos diestro en política, vaticinaba la caída del gobierno conservador en plazo no lejano. La fracción capitaneada por el Excmo. Sr. don Francisco Silvela era el alma de la discordia. La defectuosa y consuetudinariamente viciada administración del Municipio matritense, sirvió de punto de apoyo al cisma, y una información encomendada por el señor Villaverde, ministro de la Gobernación, al señor Dato é Iradier, Diputado á Cortes y subsecretario del ministerio ya citado sobre los asuntos municipales, ocasionó el rompimiento. Al abrirse la legislatura del 92 al 93 allá en los primeros días de Diciembre y en época de las fiestas colombinas, los silvelistas ó rusos, llamados así por los banquetes celebrados en el Hotel de Rusia, en los cuales se hacía la oposición al Gobierno, votaron contra el Gabinete en una proposición de confianza á la política del Gobierno, motivando la caída de los conservadores.

Después de una crisis difícil y laboriosa, el señor Sagasta, por encargo de la Reina Regente, formó el Ministerio con todos los prohombres del partido liberal fusionista. La prensa y el pueblo saludaron al nuevo gobierno con el epíteto de "Ministerio de los notables", excepto los ministros de Marina, señores Cervera y Montojo, que no se quisieron hacer acreedores á tan honroso calificativo; pero el señor Pasquín, ministro ulterior, ya no tuvo inconveniente en aceptarlo. De la manera con que correspondieron á la esperanza del país los notabilísimos ministros del gabinete fusionista, podemos enumerar: el conflicto de Melilla, que evidenció la imprevisión del general López Domínguez, ministro de la Guerra; las anomalías y falta del necesario conocimiento en asuntos de Ultramar del señor Maura, que agitó los ánimos en la isla de Cuba, y facilitó, inconscientemente, el filibusterismo en las Filipinas, con las reformas de la Ley Municipal en aquel Archipiélago; los ficticios superávits del señor Gamazo, cuando en realidad eran horribles "déficits;" las preferencias del señor Pasquín por la casa constructora de máquinas, señores Portilla, que nos ha costado perder el caza-torpederos "Filipinas," y, por último, el humillante asenso á pagar la indebida indemnización Mora por iniciativa del señor Moret de conformidad con el Gobierno. Los notables resultaron en sus gestiones pobres medianías. Sin embargo, notable en falta de aprensión fué el general López Domínguez ministro de la Guerra, que firmóse á sí mismo el ascenso á Capitán General. Debemos presumir que los méritos organizadores dado lo de Melilla le hacían acreedor al ascenso. Nuestro admirable actual ministro de la Guerra, rehusando el tercer entorchado, y con mas méritos que el *notable* liberal, le ha dado una buena lección de modestia y de delicadeza al señor López Domínguez.

El ilustre estadista conservador comprendió al momento, desde que se hizo cargo del Gobierno, que el objeto principal de su gestión estaba fundado en poner término inmediato á la guerra de Cuba, y

aprovechó la tregua que las Cortes fusionistas le brindaban para obtener los créditos necesarios por la lucha demandados. Nombró ministro de Ultramar á don Tomás Castellano y de la Guerra al inimitable organizador, general don Marcelo de Azcárraga y Palmero. Las noticias que se recibían del teatro de la guerra acusaban gravedad, sino por la extensión del territorio sublevado y por el número de los revolucionarios, á lo menos por las extensas ramificaciones que tenía la insurrección. Ayudado por la pericia del general Azcárraga, el jefe del Gobierno amplió los refuerzos, haciendo conducir á Cuba una expedición de veintinueve mil hombres en los vapores de la Compañía Trasatlántica Española. Admitida la dimisión del general Calleja, confió el mando del Gobierno General de la Isla y el de General en Jefe de operaciones al Capitán General Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos y Antón.

Al saberse en la isla de Cuba el nombramiento del general Martínez Campos, un gesto de profundo disgusto se dibujó en todos los semblantes de aquellos en cuyo interior latían sentimientos incondicionalmente españoles. No se necesitaba hallarse dotado del don de profecía para vaticinar que la guerra seguiría progresando, y los auxiliares de los rebeldes envalentonándose; porque la excesiva bondad del general puede considerarse, en la cuestión cubana, como la génesis de tales desgracias y calamidades para la Nación. Los laborantes y neutros no podían ocultar su regocijo, y todos los síntomas hacían presagiar una época de desventuras para la patria y la causa española en Cuba.

El Zanjón fué un pacto triste para España y un verdadero "foso" en donde la autoridad española quedaba sepultada como en un insondable abismo. Cien mil españoles mereced á la estrategia del general Martínez Campos, tuvieron que entrar en arreglos y proposiciones con seis mil insurrectos, y debiéramos mejor llamar á la paz del Zanjón *capitulación de España á la insurrección, conservando la primera nominal soberanía*. Sin embargo, por más que juzguemos indispensable para el prestigio de los generales reparar en lo posible el exceso de crítica, de censura y aún en ciertos casos; la invectiva siempre cruel y despiadada, no creemos que los Gobiernos nos impidan señalarnos las innumerables torpezas, los graves desaciertos del general Martínez Campos. Es verdad que ha tenido felices aciertos, pero el de los desaciertos constituyen la mayoría de los actos del general. Lo demostraremos; en la sesión del Senado del 8 de Marzo, dijo el general Martínez Campos: "*La insurrección carece de fuerzas para poner en peligro la integridad de la patria, aunque convenía acumular allí grandes elementos para acudir oportunamente á cualquiera eventualidad. Nada de relevar al general Calleja y nada de guerra de exterminio; la habilidad daba mejores resultados que la violencia*". En efecto la primera parte de las afirmaciones del general constituyen una palmaria contradicción: primero, por no ser necesaria la acumulación de grandes elementos bélicos donde la *insurrección* no tiene importancia; segundo, porque era

grave la guerra desde el momento en que estalló. Los insurgentes, desde el principio, empezaron una guerra anárquica y justo era que la Nación pensara, si, en su exterminio, porque á las fieras conviene exterminarlas. El digno general sucesor interino de Cuba Excmo Sr. D. Sabas Marín Gonzalez, de dulce caracter, rectas intenciones y habil político no pensaba como Martínez Campos, y también disenta de tan extraño parecer el actual General en Jefe Gobernador General, Excmo. Sr. Marqués de Tenerife. La campaña del general Martínez Campos, campaña dignamente llamada *del ramo del olivo y tal vez con aceitunas y todo*, ha sido el mayor de los fracasos, y además le ha enajenado las simpatías del pueblo español. A una guerra anárquica debe contestarse con duros procedimientos, con un extremado rigorismo. *Ojo por ojo, diente por diente*. Este es nuestro sentir; esto es lo práctico cuando de ingratos impenitentes, de enemigos irreconciliables se trata.

Por eso los ánimos se hallaban preocupados y abatidos, al paso que los rebeldes cobraban mayores alientos.

El general Calleja continuó desempeñando el mando superior de la Isla hasta la llegada de Martínez Campos; de manera que aun después de admitida la dimisión ejerció las atribuciones de Gobernador General hasta los primeros días de Abril de 1895.

CAPITULO IV

SUMARIO.—El general Calleja y la masonería.—Las sociedades masonicas son antiespañolas.—Pruebas históricas.—Un telegrama.—Manifiesto del partido autonomista al pueblo de Cuba.—Incidente del vapor americano "Alliance."—Primeras expediciones filibusteras y desembarco de los Maceos y Flor Crombet.—Muerte de este.—Desembarco de Máximo Gómez y de José Martí.—Llegada del general Martínez Campos.

Al tratar de la masonería española, incluyendo las logias que funcionan en las posesiones ultramarinas españolas situadas en los océanos Atlántico y Pacífico, de seguro heriremos la susceptibilidad y molestaremos á ciertas personalidades, correligionarios nuestros, compatriotas sin distinción de origen y buenos patriotas, pero ailiados al masonismo. Nosotros, sin embargo, creemos de buena fé que, prosodiendo la masonería del extranjero, exótica es en España y una de las causas principales de la decadencia española. Por esto no abrigamos el temor de incurrir en una exageración vulgar y mucho menos en un fanatismo de escuela, al sentar la siguiente conclusión: *buen hijo de España, es decir, buen español y masón es lo mismo que identificar la afirmación y la negación, que ambos extremos formativos del principio del conocer son una misma cosa: luego masón y buen español (á pari) son también conceptos irreductibles y contrarios. La masonería española en el territorio de la península ha sido nociva siempre á la causa nacional, pero la maso-*

nería, en sus posesiones ultramarinas, se ha convertido en elemento y foco principal del separatismo. Pruebas y argumentos históricos concluyentes no han de faltarnos. La emancipación del continente americano español nos los suministra en abundancia; la insurrección cubana los refuerza; las reticencias de algunos españoles insulares, es otra prueba; la conspiración filibustera en Filipinas y el conato de rebelión en esta Isla reciente, evidencian hasta la saciedad que todo se ha fraguado en la logia central existente en Madrid cuya repercusión se ha hecho efectiva el Archipiélago oceánico por mediación de las logias subalternas.

Hará como unos ocho años, la Audiencia Territorial de Puerto-Rico dictó una sentencia absolutoria en un proceso incoado contra una logia, por entender el Tribunal que, dentro de los principios establecidos en la *Constitución Española*, consigna á la masonería como una asociación lícita; y además lícita también por ser una secta contraria al Catolicismo, añadiendo que por tal hecho se halla amparada por el artículo XI de nuestra Constitución.

Nosotros hemos leído con detención dicho artículo, fijándonos hasta en los signos ortográficos, y no podemos comprender la interpretación dada en el mencionado fallo por la Exema. Audiencia, por los señores magistrados representantes de la justicia histórica. En el artículo XI solamente se consigna la tolerancia religiosa, y aun conciertas y determinadas restricciones; más no ha declarado oficialmente lícita á la masonería, sociedad que invocando el nombre de Dios lo niega; sociedad (*qui odit lux*) que se envuelve en las tinieblas y el misterio. Es verdad que en ella, desde su aparición han figurado con el título de hermanos, venerables y orientes, magistrados, militares y sacerdotes, —pero siempre ocultando sus nombres y filiación. Una cosa es consentir ó tolerar una sociedad, y otra muy diversa declararla lícita. La Exema. Audiencia de lo criminal de Castellón de la Plana, consideró de muy distinta manera á la *masonería* en el concepto de sociedad lícita. En un proceso célebre que allí se falló, no les concede tal carácter á las sociedades secretas. Quizás obedezca á la cuestión del ambiente. Sin embargo, no deja de ser extraña semejante disparidad.

El masón Picornell en Venezuela traicionó á España cuando la guerra separatista; Iturrigaray y el cura Hidalgo procedieron de idéntica manera en Méjico; Miranda en Guatemala; Don Miguel Sierra, capitán de navío, también masón, capituló en Buenos Aires, disponiendo de trece buques de combate y fuerza superior á la de los rebeldes; el capitán Coy obró igualmente en la importante plaza del Callao (Perú) y los capitanes de Marina Espino y Capaz se rindieron á los separatistas mejicanos. Larrazabal, diputado por Panamá en las Cortes de Oádiz y afiliado á las logias, fué de los primeros que empuñaron las armas contra España, después de haber pronunciado heréticos discursos en las Cámaras de la Nación, y Olmedo, poeta ecuatoriano, el cantor á la victoria de Junín y diputado en las Constituyentes gaditanas, por Guayaquil, siguió la misma conducta. Esto se explica fácilmente, si

tenemos en cuenta que la masonería española siempre ha estado sometida á poderes extranjeros. Masones eran todos los titulados "*Soles de Bolívar*," de la lógia ubicada en la calle de Mercaderes de la Habana, contumaces insurgentes y conspiradores en tiempo del general Excmo. Sr. Don Dionisio Vives.

Luego es cosa averiguada que las logias trabajaron en la separación del que fué continente americano español. Por ellas vino á España el oro que en la ciudad de Cádiz y en otras partes, compró las conciencias y voluntades del ejército que debía pasar á América; de las lógias se expidieron las proclamas revolucionarias impresas en París y en Londres, en que los agentes del separatismo llamaban al pueblo español á las armas, para evitar que fuesen tropas á nuestras posesiones; ni más ni menos que lo sucedido hoy en la guerra de Cuba, porque en todas nuestras luchas en las posesiones de América, se repiten con iguales circunstancias los mismos hechos. El señor Reparaz, en un luminoso escrito, describe magistralmente la masonería, y dice así: "Málaga y Cádiz, ciudades sobre todo la primera, en que de antiguo existieron gentes capaces de abrazar todas las causas, eran las más trabajadas por los agentes americanos que prodigaban el oro para que fracasase la expedición preparada contra ellos. . . . La rica casa gaditana de don Tomás Isturiz, diputado que había sido de las Cortes ordinarias y escapado ahora de la condena de presidio que contra él fulminó el rey Fernando VII era la que más trabajaba para que no se embarcase el ejército expedicionario, valiéndose de la sociedad masónica, cuyos afiliados habían crecido á manera que progresaba la tiranía. Llevaban la dirección en el asunto don Javier Isturiz, hermano de don Tomás, y don Antonio Alcalá Galiano. La logia que presidía Isturiz tenía el nombre de *Soberano Capítulo*, y la madre de las demás lógias de la ciudad y próximas poblaciones el de *Taller Sublime*."

Así habla en su libro titulado *Historias* don Eugenio García Ruiz, republicano y ministro que fué de la República y con mayor claridad y copia de noticias otros muchos autores españoles y extranjeros.

El propio Riego y su digno compañero Quiroga, confesaron el auxilio de los americanos. Alcalá Galiano, que al principio lo quiso negar, luego no pudo.

Escritores argentinos y chilenos han contado esta sucia historia sin tapujos ni rodeos, y hoy se sabe de diputados en las Cortes del 20 al 23, que, después de haber hecho muy bien su papel de furibundos liberales, se fueron á América á darse muy buena vida, gozando del dinero que, por hacerlo á gusto de los separatistas, le pagaron éstos.

Uno de los representantes de Cuba en aquellas Cortes, fué el presbítero don Félix Varela. Era liberalísimo, y al abolirse el régimen constitucional tuvo que emigrar á los Estados Unidos. No le celaron de menos los separatistas, porque en su lugar quedaron don José Antonio Saco y don José de la Luz Caballero. Aquel le sucedió en la cátedra del colegio de San Carlos, y entre todos fundaron las primeras sociedades secretas.

De aquí arrojaban leña al fuego, mandando decretos disparatados, y además [por si esto era poco] soldados de los alzados en Cadiz, los cuales llevaron á Cuba el mismo espíritu sedicioso de que habian dado tan vergonzosa muestra. Quisieron repetir en la Habana el pronunciamiento de las Cabezas de San Juan, y en Agosto de 1823 intentaron, ayudados de muchos insulares, proclamar la Constitución. El general Vives suprimió los periódicos bullangueros, desarmó la milicia y dominó el alzamiento.

No es posible referir ahora la historia de las sociedades secretas cubanas desde que tuvieron organización masónica; lo que sucedió, sobre poco más ó menos, en los tiempo de que acabo de hablar. Baste decir que desde entonces han trabajado sin descanso, y que nunca les han faltado en Madrid amigos poderosos que les han ayudado con eficacia.

“ Los conspiradores de Cuba, como los de Puerto-Rico, estaban de antiguo organizados masónicamente [dice el señor Pirala en su *Historia de la guerra de Cuba*, copiándolo de otro autor], y en esta forma, tan preferida en todo tiempo por los propagandistas americanos, llevaron adelante su obra separatista. Al efecto tenían dividida la Isla en diferentes logias, obedientes á los hermanos de superior graduación que trabajaban de acuerdo con el comité ó Junta establecida en la Habana, y relacionada con la primitiva Junta revolucionaria de Nueva York. ”

En Agosto del 68 estaban muy adelantados los trabajos de los rebeldes. También lo estaban los de los revolucionarios españoles en la Península.

Harto los conocían aquellos que con su ayuda contaban. Pero en las logias no había acuerdo en lo referente á la fecha y forma del alzamiento separatista. En la reunión que tuvieron el 4 de aquel mes, y á la que llamaron “ Convención Tirsan ”, hubo diversos pareceres. Los representantes de las lógias de Bayamo y Manzanillo querían que el alzamiento se hiciese de allí á dos meses. Los de Puerto Príncipe pidieron, por boca de sus representantes Salvador Cisneros y Carlos Mola, que se alargase el plazo hasta pasado un año. Discutieron mucho los *hermanitos* sobre esto, y, por último, la logia de Bayamo dijo que el grito de independencia se daría á los tres meses.

La red masónica cubría toda la Isla y tenía cogidos no sólo á los insulares, sino también á muchos peninsulares. Estos, creyendo estar en el secreto, vivían muy engañados. Teníanles convencidos de que toda la trama iba contra la tiranía de Isabel. Deslumbrábanles con pomposas frases, hablándoles de libertad, de los derechos del hombre, de fraternidad y de otras cosas semejantes; baratijas mentales que á los pobres comerciantes y labriegos y á ignorantes oficiales de aquel Ejército, se les antojaban finísima pedrería del pensamiento. Dábanles cuentas de vidrio á cambio de oro, como á indios bozales.

El gobernador de Bayamo en 1868, don Julián Udaeta, era masón. Algunos peninsulares de la misma logia lograron saber algo de lo que

se tramaba, y dijérouselo. No les quiso creer, y ellos, con nuevas pruebas, avisaron á las autoridades de la Habana. Mandaron éstas que se prendiese á los conspiradores, pero el correo portador de la orden cayó en manos de la gente de Céspedes, reunida en la Demajagua para alzarse al día siguiente (9-10 de Octubre.) Un telegrafista llamado Ismael Céspedes, masón y filibustero como casi todos los que prestan servicio en la Isla, dió á Céspedes la noticia de haber venido orden de prenderle.

El mismo día 10 de Octubre por la noche supo Udaeta lo sucedido en la Demajagua, por habérselo avisado el gobernador militar de Manzanillo, el cual le pedía que le mandase fuerzas. El 12 le dirigió un oficio el capitán general, reconviniéndole por haberse dejado sorprender por los insurrectos. Contestó que en todo el territorio de su mando no había un solo rebelde y pidiendo que no le relevaran hasta que acabase la insurrección. El 16 por la noche fué al cuartel, donde dijo que había recibido una carta de Céspedes en la que éste le aseguraba que al día siguiente hablarían.

Y era verdad, pues Céspedes, aconsejado de Luís Marcano, iba sobre Bayamo. Pero á Udaeta no le daba gran cuidado el enemigo, porque "mientras él mandara no se pondrían en armas los revolucionarios en aquel país, porque así se lo habían ofrecido." Así hablaba. Así han hablado otros al comenzar esta nueva guerra ; En buenas manos suele España poner su honra !

Los jefes de la guarnición aconsejaron á Udaeta que no diese armas á la milicia de color, que era según ellos, más que dudosa. No hizo caso y se las dió. Al día siguiente, á la caída de la tarde, llegaron los insurrectos, acamparon del otro lado del río é intimaron la rendición. Unióseles la milicia de color y dispusieron á atacar el cuartel. El gobernador seguía firme en su fe en el cariño de los hermanos. Dijo á los oficiales que tenía la seguridad de que los enemigos no le molestarían, que si salía del cuartel, toda la gente de Céspedes le saludaría quitándose el sombrero ; que la vida de los presentes estaba asegurada, porque los revolucionarios no le tenían odio alguno." A aquel imbécil no se le había ocurrido que lo principal en tal caso no era la vida sino la honra. De ésta hizo tan poco aprecio que capituló ignominiosamente con 160 hombres. Los hermanos le trataron fraternalmente, dejándole en libertad. El capitán general le formó sumaria y le mandó á la Península. No sé cómo acabó.

Lo que sí sé es que el mal masónico siguió mientras duró la guerra y después de la guerra, habiendo llegado á nuestros días notablemente aumentado.

En el alzamiento de Agosto del 79 tuvieron también las logias mucha parte ; pero, por desgracia de los separatistas y suerte nuestra, mandaba en el departamento Oriental el general Polavieja, hombre previsor, enérgico y conocedor del enemigo y de sus artimañas. Sabía cuanto se tramaba y estaba prevenido. El 16 de aquel mes, con noticia de cuándo, dónde y cómo se daba la voz de ; Cuba libre, ! puso el

siguiente despacho á uno de los generales que estaban á sus órdenes: “En Cuba no podemos fiarnos del telégrafo. En Holguín hay dos hermanos Peralta que son telegrafistas. No hace mucho tiempo se dió una noticia completamente cifrada y se supo por los conspiradores tan pronto como en la brigada.”

Al día siguiente, en otro despacho dirigido al coronel Aguilera, jefe militar de Guantánamo, decíale: “El telegrama se me dirigió cifrado, pero tengo muy fundado y cierto temor de que, á pesar de esta precaución, haya llegado traducido á manos de nuestros contrarios, pues no hay que fiarse del telégrafo.”

No les han faltado á los gobiernos españoles avisos de lo peligrosas que eran las sociedades secretas y algunas públicas en Cuba; pero estos avisos, como tantos otros, se perdieron en la vaciedad inmensa de nuestros estadistas. Las logias han tenido espacio y libertad para preparar la guerra á sus anchas, dividiendo á los peninsulares y embaucando á muchos, aprovechando la ignorancia de los guajiros y la de las autoridades. Así han podido suceder ciertas cosas que nadie se explica hoy, pero que alguien se encargará de explicar mañana.

Entonces se verá, con escándalo de todos los buenos españoles, que las enseñanzas de lo pasado de nada han servido. El ejemplo de Ismaél Céspedes ha tenido en esta campaña infinitos imitadores en el cuerpo de Telégrafos y fuera de él, sin que desengaño alguno haya quebrantado hasta hace muy poco tiempo nuestra inocentísima confianza. ¡A buena hora!

Por eso nosotros aplaudimos la orden del general Don Emilio Calleja, mandando clausurar las logias habaneras, foco del separatismo y cátedras en donde se predicaba continuamente el odio á España. Muchos hemos censurado su conducta como Gobernador General antes de estallar la guerra; pero su proceder desde que la revolución fué un hecho y en el prudente acto de amordazar á la masonería, diremos que en dichas circunstancias la perspicacia del general rayó á inmensurable altura. Ejemplo que debiera haber imitado su sucesor el general Martínez Campos, y así la guerra no hubiera adquirido el incremento que luego alcanzó. En la Habana funcionaban muchas logias y en ella figuraban entonces, y aún en la actualidad las personalidades mas salientes de los partidos autonomista, reformista y algunos, aunque pocos, del partido Unión Constitucional, varios militares y algunos conocidos magistrados y jueces.

Demostrado con datos incontestables y con citas históricas de fechas, lugares y nombres propios, lo antinacional de la masonería y la supeditación de la misma á extranjerías influencias, en beneficio de las cuales han trabajado los masones de España y de sus posesiones, no es aventurado sino muy racional el que apellidemos á la masonería española con el dictado de calumnia nacional y que ser *masón* y español sean conceptos contradictorios. Los sucesos ocurridos en Tanjay y Cavite (Filipinas) cuyo origen radica en una logia situada en Madrid con sus ramificaciones en el Archipiélago del Pacífico, y cuyo gran

Oriente es un español y catedrático de la Universidad Central Matritense, constituye otra prueba irrefutable de la verdad de nuestro criterio. La algarada promovida en Filipinas ha obedecido al móvil de restar al territorio nacional aquellas posesiones, y sus patrocinadores son hijos de España; luego no es nacional ni tiene sentimiento patrio la masonería, ya que tales exabruptos ampara.

Desde que la *masonería* hizo su aparición en España, en tiempo de la monarquía absoluta, ni la forma de gobierno, ni la severidad de las leyes, ni el rigor de los tribunales han sido suficientes y de inmediata eficacia, por el influjo de misteriosas complacencias y por debilidades impropias, á extinguir tan disolventes sociedades. La clase de personas que formaron las logias, su misma importancia en la política y en la administración, los motivos en que se apoyaban tales como los lugares comunes de *igualdad, libertad y fraternidad*, preconizadas estas palabras por Cristo sin el misterio con que las rodean los modernos regeneradores, excitaron los ánimos de tal manera, que mas tarde se manifestaron en sangrientas luchas y terribles jornadas para la nación española.

No se crea que hemos seguido narrando todos los gravísimos perjuicios ocasionados á España por la masonería; sólo nos hemos impuesto el trabajo de trazar líneas generales acerca de la perniciosa influencia que ha ejercido en nuestra queridísima patria, quitándole sus extensas regiones en el Continente americano, y la participación directa que actualmente tiene en la guerra de Cuba, y en la insurrección del Archipiélago de Filipinas. Hemos procurado apoyar nuestras opiniones en datos históricos á fin de no torcer la opinión, y llamar á los extraviados. Haga la Providencia Divina que sirvan nuestras humildes apreciaciones de enseñanza á los que están envueltos en las redes de la masonería, y eviten á los demás el caer en el abismo.

La solidaridad existente entre los masones y los separatistas antillanos, debe convencer á todo español de buen criterio y libre de preocupaciones sectarias, que son antagónicos los títulos de *masón* y español como también lo son *masón* y *católico*; porque la masonería siempre será inconciliable con el verdadero patriotismo y con la Iglesia católica. En la actualidad háse convertido la sociedad del triángulo en materia de vanidades, recurso de ambiciosos y protección de los afiliados.

En cada nación, incluyendo sus posesiones ultramarinas, no existe mas que un gran Oriente ó jefe supremo de la *secta*. En Cuba existe también un gran Oriente á pesar de ser una posesión española, obrando con absoluta independencia del Oriente de España. El congreso masónico celebrado en Charleston en el año 1886, confirió al gran Oriente de Cuba amplias facultades, separándole de la obediencia debida antes al de Madrid, y esto nos viene á demostrar de una manera palmaria, evidente, que los masones españoles ya reconocieron en dicho año la independencia masónica de Cuba, precursora de la emancipación política, si los Gobiernos nacionales no procuran reprimir con mano fuerte dichas asociaciones. Si el referido proceder y conducta es patriotismo,

no podemos comprender lo que será el odio á la patria. Luego las palabras *masón antiespañol inconsciente* y *filibustero* tienen algo que conuerda, cierta analogía. Todo lo que le sucede á nuestra noble España, nación digna de mejor suerte, no es mas que el resultado de los factores puestos en ejercicio. Disfrutamos de catedráticos masones, de funcionarios en todos los ramos de la administración afiliados al mandil, y al triángulo, maestros de primera enseñanza triangulares, y es lógico se cosechen los disturbios que estamos palpando.

Merecerá gratitud de la Patria el gobierno español, sea cual fuere su filiación política, que extreme un saludable rigor y una activa persecución contra la masonería, especialmente contra la clase directora, porque será perseguir á los conspiradores inveterados y á los separatistas que han convertido á la perla de las Antillas en un charco de sangre, en un cementerio; que la han sumergido en la mas espantosa ruina, y lo mismo ha sucedido en las islas Filipinas.

En el año 1812 funcionaban ya como ahora las logias masónicas enemigas de la dominación española en el Continente americano, y diputados de aquellas posesiones nuestras en aquel tiempo, como Mejía y Romero Alpuente con el pretexto de reformas, eterna muletilla del separatismo, engañaron á nuestros políticos, y se sirvieron de las libertades proclamadas en las cortes de Cadiz, para propagar la insurrección, jactándose de haber conseguido su objetivo, después que regresaron á su país.

De la indubitable existencia del traidor y nefando contubernio del masonismo americano, representado y fomentado por las logias, con el espíritu revolucionario de la Península, nació la conspiración en Cabezas de San Juan, que decidió la pérdida de nuestras posesiones en el Nuevo Mundo, y cuando estalló la revolución de Yara en diez de Octubre de 1868, la insurrección y el masonismo se manifestaron también unidos.

Hemos citado hechos históricos innegables, fechas, nombres propios y actos concretos, y por eso no hemos dudado en sentar las conclusiones anteriormente expuestas; y ya que nuestro deber es decir la verdad, la confesamos, escueta y sin ninguna clase de rodeos, ni atenuaciones.

Pertrechada más tarde la masonería española con la arplísima *licencia* por no decir libertad, otorgada por los principios liberales de los gobiernos de la Nación, no hubo tendencia antiespañola, concupiscencia, ambición y desorden que no haya convertido en materia de asunto importante y sério, ni sentimiento pátrio, justa aspiración y concepto de orden tanto en lo referente á lo religioso como á lo moral y social que no lo haya bastardeado y trocado en materia de chistes, sátiras y difamaciones. La apología de la masonería española queda hecha por los resultados.

Un suceso de grande resonancia y revelador del estado de esfervecencia en que se encontraba la Isla, á pesar de las afirmaciones puestas en juego por la prensa liberal cubana, llamó la atención en los últi-

mos días del mes de Marzo de 1895. El Excmo. Sr. Marqués de Pinar del Río expidió un telegrama desde la capital de Cuba al Presidente del Consejo de Ministros de España, participándole el próximo levantamiento de las provincias de Puerto-Príncipe y las Villas. El Gobierno dióle gran importancia al referido despacho, porque ya estaba en autos de todo lo que se fraguaba; pero la prensa radical, en sus dos ramas autonomista y reformista, fulminó su anatema contra el Marqués, tachando de exagerados su patriotismo y circunspección. Los liberales afirmaban diariamente, que el pueblo cubano rechazaba la guerra, que estaba dispuesto á defender la legalidad vigente, y que la insurrección carecía de importancia por ser racista y hallarse formada por lo más insignificante de la sociedad. Premisas todas ellas fallaces en unos defensores, y visionarias en otros.

El señor Marqués no confesó toda la gravedad de la insurrección. Debiera haber añadido el próximo levantamiento de todas las provincias insulares, es decir Matanzas, Habana y Pinar del Río, por cuanto en las dos primeras habíanse sofocado intentonas con la disolución de las partidas y la muerte del bandolero Manuel García, y en la última se notaba cierta agitación, malestar y desconfianza, síntomas infalibles del movimiento rebelde. Por tanto, diremos que la insurrección se encontraba en estado incipiente, cuya manifestación se haría ostensible, cuando se le presentasen circunstancias favorables. Las provincias insulares en que aún no había estallado la insurrección sufrían de diátesis guerrera, y ya sabemos que dicha enfermedad es crónica y tiende á manifestarse cuando se le ofrece la debida oportunidad.

El partido autonomista de Cuba comprendió la gravedad de aquellas circunstancias, y para dar una prueba de partido sério y gubernamental, é impulsado tal vez por el buen deseo de hacer diáfanas algunas nebulosidades que en su organización y desenvolvimiento se habían observado, publicó el manifiesto que copiado literalmente dice así:

• La Junta Central del partido liberal Autonomista al pueblo de Cuba

Aunque condenada á extinguirse la tentativa revolucionaria, aislada ya y comprimida en la provincia Oriental, ha sucedido dificultades políticas y económicas de tal gravedad para el presente y el porvenir, que á pesar de su verdadera impotencia ha conseguido á favor de fabulosos relatos causar intensa emoción en la Península y desconfianza natural en los países que con el nuestro comercian. No sería extraño que repercutiendo en Cuba esas impresiones, se produjesen aquí, como suelen en tales casos acontecer, recelos y alarmas en los ánimos desprevénidos, y alguna confusión en los espíritus vacilantes. A éstos queremos dirigirnos para calmar su inquietud, para desvanecer sus dudas, no para hacer nuevas declaraciones ó protestas innecesarias, los que ya habíamos manifestado nuestros propósitos y fijado nuestra actitud, no sólo desde el primer anuncio de la actual perturbación, sino de los que á la sombra de la paz, después de una desastrosa contienda,

formamos una agrupación política, que ha trabajado muchos años para evitar futuras discordias y quitarles justificación y pretexto. Al partido Autonomista, depositario de las esperanzas é ideales del pueblo cubano, encarnados en la fórmula más depurada y más persistente de su historia política, y único partido de razonada oposición organizado en este país, le importa decir con franqueza lo que piensa, y en cuánto de sí dependa, unificar la opinión y el sentimiento de todos los que tienen fé en su lealtad y confianza en su patriotismo, en estos momentos en que si el Gobierno Supremo hace esfuerzos extraordinarios para ahogar en su cuna la rebelión, el país entero y los que genuinamente pretenden representarlo, deben también por su parte ayudarle á mantener el orden y á defender los intereses comunes.

Además, las circunstancias son verdaderamente excepcionales. La perturbación ha surgido en el momento de establecerse un orden de cosas al cual han contribuido con pureza y rectitud de intenciones nuestros Diputados y Senadores. El gobierno que presidió á esta obra de paz no es el que va á plantearla. La situación económica, gravísima por efectos de causas ajenas á la acción de los gobiernos, se complica con los gastos y las zozobras de la guerra, en el instante en que un acuerdo feliz entre los representantes de los distintos partidos locales parecía asegurar en breve término á nuestras amenazadas fuentes de riqueza los limitados auxilios que en crisis tan honda pueden tan sólo ofrecer los poderes públicos, estimulando la iniciativa individual y el fecundo principio de asociación, que únicamente podrán al cabo salvarlas.

“Aun sin haber sonado el grito de insurrección, torpemente proferido desde el extranjero, con riesgo de ajenas vidas y daño de ajenos intereses, por un grupo de conspiradores, irresponsables de hecho, que han vivido muchos años lejos del país, cuyo estado desconocen, y al que pretenden librar de males que no han querido compartir, como no compartirán hoy tampoco los que traiga su descabellada y culpable intentona, ni quizás los peligros en que envuelvan á los obcecados instrumentos de su locura; aún sin que este trastorno del orden público hubiese amenazado los intereses fundamentales y el porvenir de esta sociedad, la Junta Central habría cumplido el deber de dirigir su voz al país en vísperas de inaugurarse un nuevo régimen á cuya creación han cooperado sus representantes parlamentarios, en medio de una atmósfera de benevolencia y de concordia que ellos “no habían encontrado jamás en la Metrópoli”, y de que querían dar leal testimonio ante sus conciudadanos; porque si ese cambio en la disposición de los ánimos demuestra que empiezan á desaparecer en grandísima parte los recelos y los obstáculos con que tantas veces tropezaron las reformas coloniales, justo es y conveniente hacer constar que el verdadero país cubano, á despecho de los emigrados conspiradores, sabrá corresponder á esta rectificación de la política tradicional, si el Gobierno la mantiene en el mismo espíritu de concordia y de confianza que le dió origen.

“Pero es incontestable que la actual perturbación á todas las demás cuestiones se sobrepone, y á todas ha de trascender necesariamente. Aun en el probable caso de que la rebelión quede pronto sofocada con el concurso decidido de la opinión, sus perniciosos efectos habrán de durar largos años. En lo político, se han despertado recelos y suspicacias que en mucha parte habíamos logrado desarmar. En lo económico, ya se ha inferido al crédito un daño irreparable, y se han acrecentado las dificultades que impedían reconstituir el capital circulante, haciendo inevitables grandes recargos en los impuestos, y aumentando así las desventajas que abrumaban á nuestra producción en su competencia con la extranjera. En nuestro régimen fiscal, no es posible prever hasta donde podrán llegar el aumento de los gastos y la agravación de las cargas públicas.

“El partido Liberal Autonomista que ha condenado siempre los procedimientos revolucionarios, con más razón y energía había de condenar y condena la revuelta que se inició el 24 de Febrero, cuando acababa de votarse con el concurso de sus representantes en Cortes una reforma orgánica cuya importancia no es necesario exagerar: la han reconocido cuántos las juzgan sin prevención ni malicia, y hasta los mismos que con tan fiero apasionamiento la combatieron. El Partido Liberal Autonomista condena todo trastorno del orden, porque es un partido legal, que tiene fé en los medios constitucionales, en la eficacia de la propaganda, en la incontrastable fuerza de las ideas, y afirma que las revoluciones, salvo en circunstancias enteramente excepcionales y extremas que se producen muy de tarde en tarde en la vida de los pueblos, son terribles azotes, grandes y señaladas calamidades para las sociedades cultas, que, por evolución pacífica, por la reforma de las instituciones y los progresos y el empuje de la opinión, llegan al logro de todos sus fines racionales y de todas sus aspiraciones legítimas. Pero además, nuestro partido es fundamentalmente español, porque es esencial y exclusivamente autonomista; y la autonomía colonial, que parte de la realidad de la colonia, de sus fines, necesidades y peculiares exigencias, presupone también la realidad de la Metrópoli en la plenitud de su soberanía y de sus derechos históricos. Por eso desde que nació nuestro partido inscribió en su bandera como lemas la libertad, la paz y unidad nacional, y no ha consentido jamás, sino estimado como injuria de sus enemigos, con indignación rechazada siempre, que se pudiese en duda la sinceridad de su adhesión á esos lemas invariables, que juntos constituyen su programa y que no pueden separarse sin hacerlo pedazos. A esos principios, á su recíproca compenetración y armonía se ha consagrado nuestra labor; para mantenerlos sin vacilaciones ni desmayos vinimos á la arena política, y desde entonces, cien veces hemos declarado que, cuando viésemos palpablemente la imposibilidad de mantenerlos con decoro y con esperanza, no renegaríamos de ellos, ni aún en tan extremo caso, sino que disolveríamos nuestra hueste.

“En la sinceridad de las afirmaciones y en la firmeza de su con-

ducta libran su honor y su crédito los partidos. Las más injuriosas imputaciones de nuestros adversarios quedarían justificadas si en los momentos mismos en que, reservando nuestro inquebrantable culto á la autonomía colonial en toda su pureza, prestábamos explícito concurso á la instauración de un nuevo régimen insular basado en los principios de especialidad y descentralización que siempre hemos sustentado, fuésemos tan débiles ó tan desleales que flaqueásemos ante una anónima é incalificable algarada en que no se sabe siquiera lo que en realidad se pretende, pues ha tenido "vivas" para todas las causas, y banderas para todas las rebeldías.

"El Partido Autonomista cumple honrada y virilmente su deber, oponiendo á la audacia de las facciones, como tantas veces opuso á los errores del poder, su constante divisa: Orden y Libertad. La revuelta los amenaza conjuntamente. Conviene que esta triste verdad se diga: sólo contra los partidos liberales y contra su acción saludable y fecunda pudiera aquélla tener eficacia y fuerza. Ese movimiento que ha traído ya la suspensión de las garantías constitucionales, imposibilitando el ejercicio de las libertades que habíamos conquistado, tan amplias que han podido usar de ellas á su sabor los mismos fautores del desorden para sus fines, no nos han hecho retroceder al "estado de sitio" con todas sus consecuencias, porque el ilustre gobernante á cuya templanza y serena energía debe Cuba profundo agradecimiento, consensó y comunicó al Gobierno Supremo la confianza merecida por la sensatez de nuestro pueblo, y quiso que las libertades públicas no cediesen, sino en lo estrictamente necesario, á los fines de la represión. No hay quien no acepte como justo este homenaje de gratitud, sean cuales fueren las opiniones que se profesen. Mas, con esto y todo, no cabe negar que por obra del movimiento insurreccional las garantías de la Constitución, cuyo valor y eficacia han puesto de manifiesto los mismos separatistas con las exageraciones de su desconsiderada propaganda, á las que nunca faltó el amparo de las leyes que estaban comprometiendo y desacreditando, han quedado en suspenso y á merced de las autoridades militares, afortunadamente guiadas hoy por las inspiraciones de una política previsora y humana.

"El nuevo orden establecido por las Cortes, que inaugurado en plena paz y en medio de la poderosa corriente que se había producido á favor de la concordia y el progreso por la libertad, habría sido desde el primer día fecundo en inmediatos beneficios, preparando nuevos adelantos, nunca podría dar tales resultados si se plantease entre las ansiedades, las iras, los resentimientos é indignaciones de una guerra civil, en medio de recelos y suspicacias, nuevamente fortalecidos. Todos los trabajos hechos para alcanzar las reformas administrativas, económicas y arancelarias, que piden como primera condición la paz, quedarán por tiempo indefinido aplazadas. En vez de las mejoras y progresos que el país espera racionalmente, como coronamiento de las importantes conquistas obtenidas en gran parte por el esfuerzo de nuestro partido, y entre las cuales basta recordar la abolición de la es-

clavitud y del patronato, la promulgación de la Ley fundamental del Estado, las libertades de imprenta, reunión, asociación, enseñanza y cultos, en el mismo grado y con las mismas garantías que en la Metrópoli; el juicio oral y público, el matrimonio y el registro civiles; toda la moderna legislación civil y penal de la madre patria, punto importantísimo para un pueblo que hasta ayer vivió bajo leyes anteriores á nuestro siglo; la supresión del derecho diferencial de bandera y los de exportación; la rebaja de más de un 35 por 100 de los presupuestos que nos legó la guerra; la aceptación, ya pública y oficial por todos los partidos, de una gran parte de nuestro programa económico, y el abandono del estéril principio de la mal llamada asimilación por los de especialidad y descentralización, cuyo desarrollo normal debe conducir lógicamente á la completa realización de nuestro programa; en vez de esas mejoras y progresos que tan fundadamente esperan, los pretensos regeneradores ¿qué pueden ofrecernos? Los horrores de la guerra civil, la lucha armada entre los mismos hijos del país, que, acaso en no lejanos días, adquiriese siniestros caracteres; en lontananza, la más completa ruina y un retroceso fatal en el camino de la civilización.

“Pero no sucederá, por fortuna. Todos los indicios demuestran que la rebelión, limitada á una parte de la provincia Oriental, sólo ha conseguido arrastrar, salvo pocas excepciones, á gentes salidas de las clases más ignorantes y desvalidas de la población, víctimas del lamentable atraso en que se ha dejado á tan hermosa comarca fácil presa de los agitadores, y que carecen de cohesión y de disciplina, por lo que es lícito esperar que pronto habrán de dispersarse ó rendirse. A ello habrán contribuido, al mismo tiempo que las fuerzas acumuladas con plausible rapidez por la Metrópoli, la política cuerda y liberal del Gobierno y de su más alto representante y la actitud general del país, indiferente á las satánicas excitaciones de todas las intransigencias, fiel á sus ideales de orden, progreso y libertad. No cabe dudar que el Pacificador, á cuyas inspiraciones debióse en 1878 el restablecimiento de la paz y del régimen representativo juntamente, aportase á la resolución de los problemas planteados hoy el mismo espíritu de noble, justiciera y generosa confianza en el país. Pero en ésta, como en todas las crisis, corresponde el mayor y más sostenido esfuerzo al mismo pueblo, siguiendo esos elevados designios y aún adelantándose á ellos, para que en el más breve término el orden se afiance, cesen las disensiones y los recelos, se restaure el régimen constitucional y se inaugure el nuevo sistema administrativo de la colonia con aquel espíritu de rectitud y concordia que los partidos gobernantes de la Metrópoli se obligaron por igual á mantener, y que por nuestra parte ofrecimos secundar, si fuese lealmente observado: único modo de que resulte fecundo y provechoso y de que se asegure al país la pronta extirpación de los abusos que unánimemente condena la conciencia pública, y las reformas de orden diverso que imperiosamente demandan nuestro vetusto régimen administrativo, la creciente cultura de nuestra sociedad y la intensa crisis económica que está ahogando nuestros gérmenes de riqueza.

“La Junta Central no habla sólo á los buenos autonomistas; con su adhesión ha contado en todo tiempo y sabe que ahora como siempre ha interpretado fielmente su voluntad y sus deseos. Nos dirigimos al pueblo cubano de todas las clases, de todos los partidos, creyendo que diez y siete años de esfuerzos consagrados á la defensa de sus intereses y al estudio de sus necesidades y sus problemas, pueden darnos algún título para merecer su confianza y su estimación.

“No como jefes de un partido, no como liberales autonomistas, sino como compatriotas y como hermanos, apelamos hoy al buen sentido y al patriotismo de todos. Nadie nos gana en amor á esta tierra infeliz; en nadie reconocemos más hondo anhelo, más dolorosa solicitud por su ventura, su dignidad y sus derechos; y si hay quienes se atrevan á invocar tan caros intereses cuando van á jugarlos al azar de una disparatada aventura, nosotros, que queremos salvarlos, y como hijos de Cuba, que la amamos con toda el alma y que también somos los más, pedimos el concurso del país para hacer que su voluntad, bien conocida ya, se imponga sin vacilación y sea respetada.

“El partido liberal de 1868 plegó su bandera y abandonó su puesto á los revolucionarios de Yara, porque terminada la Junta de información, vió burladas sus esperanzas legítimas, y aplazados los más solemnes ofrecimientos de la Metrópoli. El partido liberal de 1878, que, más afortunado, ha visto como se han cumplido y se cumplen aquellas promesas, no romperá su bandera, ni cederá el campo á los que vienen á malograr nuestra trabajosa cosecha, á hacernos cejar en la senda del progreso pacífico, á arruinar la tierra y á nublar la perspectiva de nuestros destinos con horribles espectros: la miseria, la anarquía y la barbarie.

“Habana, Abril 4 de 1895.

José María Gálvez.—Carlos Saladrigas.—Juan Bautista Armenteros.—Luís Armenteros Labrador.—Mannel Rafael Augulo.—Gonzalo Aróstegui.—José Bruzón.—José María Carbonell.—José de Cárdenas y Cassié.—Raimundo Cabrera.—Leopoldo Cancio.—José A. del Caeto.—Marqués de Esteban.—Rafael Fernández de Castro.—Carlos Fouts y Sterling.—José Fernández Pellón.—Antonio Govín y Torres.—*Elisco Giberga*.—Joaquín Güell y Reuté.—José María García Montes.—José Hernández Abreu.—José Silverio Jorrín.—Mannel Francisco Lamar.—Herminio O. Leyva.—Ricardo del Monte.—Federico Martínez Quintana.—Rafael Montoro.—José Rafael Montalvo.—Antonio Mesa y Domínguez.—*Ramón Pérez Trejillo*.—Pedro A. Pérez.—Leopoldo Solá.—Emilio Terry.—Diego Tamayo.—*Miguel Francisco Viandi*.—*Francisco Zayas*.—Carlos de Zaldo.”

Hemos subrayado algunos nombres de los señores de la junta central del partido autonomista, porque en la actualidad ya no son posibles las dudas y vacilaciones acerca de sus sentimientos hostiles á España; antes al contrario se ha hecho ostensible la confabulación de los mismos con los separatistas. La conducta seguida por los mismos

y los auxilios prestados á la insurrección, han obligado á que las Autoridades pongan á buen recaudo algunos de ellos: otros siguen laborando en el extranjero, pero de una manera efectiva y con todos los aditamentos del rencor, la malevolencia y la más feroz saña. No podemos estar conformes y lo rechazamos como despresivo é injurioso el llamar á la *asimilación* estéril principio, por cuanto solamente en éste y no en la autonomía se halla contenido el deseado y venturoso nexo de la fusión entre peninsulares é insulares, entre España y Cuba. La autonomía conduce á todo lo opuesto, contrario, en suma á la diferencia y á la repugnante exclusión.

En el *manifiesto* del autonomismo aplaudimos los consejos dados á sus partidarios, las afinadas observaciones que hace respecto á la insurrección, calificándola de injustificada y calamitosa, los conceptos de respeto á la legalidad, á la justicia y al progreso; pero notamos la total carencia de ese divino sentimiento engendrador de héroes llamado patriotismo. Sin embargo, dicha actitud no debe sorprendernos; ellos mismos han confesado que no sienten ni pueden sentir con la misma intensidad el amor pátrio que los peninsulares, apoyándose en el sofístico é infundado argumento de que la Patria está á mil quinientas leguas de la Isla. Rara y especial manera de explicar la amortiguación del amor patrio. Filósofos y poetas, el sentido común y las mismas afecciones individuales están conformes en afirmar que el amor es tanto más intenso, cuanto más distante se halla del objeto amado; pero á dichos autonomistas parece que Dios los ha dotado de una idiosincrasia diversa al resto del género humano.

No obstante, si en la prensa autonomista de Cuba se hubiese guardado siempre la correcta circunspección del manifiesto, y en la propaganda hecha en los pueblos del campo se hubieran mostrado tan gubernamentales como en las Cámaras de la Nación, las filas insurrectas no estarían tan nutridas.

La propaganda autonomista en la Isla y los discursos pronunciados en los pueblos y caseríos dejaron bastante qué desear en el concepto pátrio. Los tópicos de progreso, libertad, y otras zarandajas de barricada que, gastadas ya por el uso y por la inutilidad de citarlas, pasaron de moda en los Parlamentos de Europa, formaron la apoyatura, la tónica y la base de la propaganda autonomista, mas siempre dentro de la integridad pátria; pero en los comités rurales la predicación del autonomismo fué calumniosa para la nación española, tan digna de ser alabada, llena de dieterios contra los laboriosos y honrados hijos de la Península. Por eso los partidarios de la maldigna han hecho una guerra de exterminio contra los que hemos nacido en el seno de la misma nación española.

Dejemos, pues, ahora á un lado las consideraciones políticas acerca de las actitudes de ciertos sectarios cubanos, por mas que todas ellas hicieron viable la colisión armada y cruentísima, y del campo de la política nacional pasemos á la internacional. Los Estados de la Unión norteamericana han sido, desde el reconocimiento de la inde-

pendencia de los mismos, la nación que más se ha entrometido en los asuntos de Cuba, incitada solamente por una especie de cartaginesa codicia. Ningún tratadista de Derecho Internacional, ni la misma diplomacia, como genuina manifestación concreta del derecho de gentes, aprobó nunca la intromisión rechazada por todos los pueblos civilizados. La República yankee no respeta ni aún aparentemente los más rudimentarios deberes de aquella reciprocidad tan necesaria para hacer posible la pacífica coexistencia de los Estados. Cuando las reclamaciones tengan valor innegable y argumento sólido para formularlas, es lógico que se entablen y se defiendan con tesón para amparar á los súbditos de las naciones; pero en la de Antonio M. Mora, ciudadano accidental y por conveniencia de los Estados Unidos del Norte, la reclamación constituyó un abuso de los yankees y el acuerdo del pago, en los felices tiempos que desempeñaba la cartera de Estado el Excmo. don Segismundo Moret y Prendergast, fué una debilidad inaudita. Si el gobierno conservador pagó la indemnización, fué por no comprometer la seriedad del partido liberal fusionista, que había acordado realizar el pago. A millón y medio de duros ascendía la reclamación tan injustamente hecha y pagada. Esta es la primera prueba de la buena amistad, de las consideraciones y aprecio que nos profesan y tienen los yankees, pruebas que se repetirán en el curso de la lucha, aprovechando las circunstancias difíciles para inferir á España una serie interminable de agravios.

Siempre que nos hemos ocupado en las relaciones internacionales sostenidas actualmente entre España y los Estados de la Unión, hemos convenido en llamarlas *amistosas* por estar consignadas con este calificativo en las cláusulas del *tratado*. Por esto creemos inaceptable en el campo de la Ciencia y del Derecho, la palabra *neutralidad*, dada á la conducta observada por el Gobierno yankee en los sucesos luctuosos que ocurren en isla de Cuba desde el 24 de Febrero. El Gobierno norte-americano no puede ni debe mostrarse en la contienda sin nombre que nos azota, más que ejercitando los deberes que el derecho internacional impone: proceder de otra manera sería parcial y sospechoso.

Las naciones, como personalidades morales, se hallan, lo mismo que las *físicas*, sujetas á externas relaciones de coexistencia internacional, siendo necesario, que las condiciones de esta coexistencia se regulen de tal modo, que ninguna nacionalidad pueda traspasar los límites fijados en su propio interés. Además, cuando de potencias amigas se trata, no solamente deben cumplirse las leyes internacionales, sino también llevar á efecto la *ayuda* á la nación que la necesite ó que se encuentre en circunstancias excepcionales en lo referente á la pública tranquilidad. Es evidente por otra parte, que los *buenos oficios* y la *ayuda* en los casos anormales de otra nación, deben desempeñarse con suave tacto y gran prudencia, pues de otra manera, podía llegar el caso, de producir lastimosos resultados; siempre que la *auxiliada* vislumbrara en las auxiliantes tendencias avasalladoras de superioridad

ó que se le daba el auxilio como una humillación, ó como una prueba de su impotencia. La dignidad nacional surge casi siempre más pujante y altanera que la del individuo aisladamente considerado; y al verse lastimada, ó apreciarlo así el concepto del pueblo, las consecuencias son terribles, no solamente por ser más generales sus efectos y medios de acción, sino por la naturaleza de la ofensa.

La externa manifestación de las naciones consiste en cierto equilibrio de consecuencias fructíferas y saludables, mantenido por la equidad como base externa; pero nunca debe mostrarse con alardes de supremacía Estado alguno, porque como tal Estado una vez independiente no hay Estado alguno más Estado que otro. Las fuerzas vivas y el número de los habitantes, los medios de vida nacional, los recursos públicos ó privados le darán categoría de mayor *potencia* no de *más* Estado.

Los Estados de la Unión oficialmente no han ejecutado acto alguno de ostensible significación que pueda traducirse como un rompimiento del *tratado* existente. Comprenden los hombres públicos de la República yankee la trascendencia subsiguiente, caso de colocarse en semejante actitud. Sin embargo, en el terreno privado debemos lamentar graves incorrecciones cometidas en perjuicio de la nacionalidad española, y cierta apatía en las esferas oficiales para entorpecer los planes de los revolucionarios cubanos; y si por acaso el Gobierno de la Unión impulsado por las corrientes del pueblo en consonancia con las simpatías que por los *rebeldes* de Cuba sienten algunos gobernadores, decidiese en la próxima legislatura conceder la beligerancia á los insurrectos, nosotros aplaudimos la atención que nuestro Gobierno muestra en prepararse resueltamente para afrontar las contingencias.

Los primeros encuentros habidos con los insurgentes no tuvieron grande importancia. Es verdad, también, que las partidas, por lo común, iban malamente armadas y evitaban todo choque con las tropas leales. El ejército, por la constante movilidad del enemigo, que iba montado, por la falta de buenas confidencias, no podía realizar operaciones decisivas, y se limitó á defender los puntos estratégicos más amenazados, esperando los refuerzos que preparaba con mucha actividad el Gobierno.

La Junta revolucionaria establecida en Nueva York empieza también á mandar armas, hombres y pertrechos á los rebeldes, y además jefes para organizarlos. El Gobernador General de la isla de Cuba, avisado de los trabajos que realizaba la Junta, por el Ministro de España en los Estados Unidos, Excmo. Sr. Don Emilio Muruaga, redobla la vigilancia de las costas para evitar los desembarcos filibusteros. Los hermanos Maceo estaban en Costa Rica, y los laborantes habían hecho correr la falsa especie de que no saldrían de aquella República. Mas todo eso no era mas que una estratagema, para desoriental á las autoridades españolas. Cuando embarcaron en Puerto Limón se unieron á otros varios sujetos de sospechosa procedencia los cuales iban á bordo de un vapor americano. En el mismo buque tomaron pasaje los

Maceos. Dicho buque no era otro que el *Alliance*, contratado para llevar expediciones por la Junta revolucionaria de Nueva York. Las órdenes que tenía Mr. Crossman, capitán del *Alliance*, eran las de desembarcar la expedición entre la punta Maisí y Baracoa. Zarpó el buque de Puerto Limón, y siguiendo rumbo por la costa Sur de la Isla dobló la Punta Maisí, esperando la ocasión oportuna para efectuar el desembarco y hacer el alijo de armas y pertrechos en los botes del mismo. El crucero de guerra español *Conde de Venadito*, que tenía encomendada la vigilancia de aquella costa divisó al buque filibustero, que estaba casi al páiro y en actitud sospechosa. Le ordenó detenerse, pero el *Alliance* entonces emprende la marcha á toda máquina burlando las órdenes del crucero español. Este ante la imposibilidad de darle alcance, lo cañoneó.

Prodióse con este motivo un ruidoso incidente. Crossman, el capitán del buque, que según noticias adolece de graves defectos, después de haber desembarcado en Kingston, (Jamaica) á los hermanos Maceo y los veinte filibusteros agregados en Puerto Limón, siguió rumbo á Nueva York, y una vez allí entabló reclamaciones que dieron lugar á una serie de notas diplomáticas entre el Secretario de Estado, Mr. Gresham, y el señor Muruaga, resultando de todo esto la desautorización y relevo del comandante del crucero por haber cumplido con su deber, y una nueva ofensa inferida á España con tan injusta reclamación.

Siendo tan frecuentes los dislates en materia jurídica internacional, el Gobierno de los Estados de la Unión norte-americana en el asunto de reclamaciones á España ha llegado en esta materia á la nimiedad por no decir al absurdo. Es evidente, que por acostumbrados que estemos á respirar una atmósfera saturada de arbitrariedades cometidas por el más fuerte contra el más débil, no puede concebirse la incesante manía por las notas diplomáticas, cuando se carece de base para entablarlas ó formularlas. Las naciones deben guardarse entre sí ciertas consideraciones elementales, y no traspasar jamás los límites que el decoro nacional exige, pues de la misma manera que se reconoce un derecho de gentes, regulador de la conducta de las naciones, existe también una morfología que bien puede llamarse *educación internacional*. Además las agresiones siempre ocasionan tirantez, y en determinados casos, cuando adolecen del vicio de improcedentes ocasionan cruentas rupturas.

Maceo y los demás expedicionarios se embarcaron nuevamente en Kingston en el vapor *Adirondac*, y de nuevo se ven imposibilitados de hacer el desembarco en las costas de Cuba por la vigilancia de los buques de guerra españoles, y á fines del mes de Marzo llegaron á la isla Fortuna, bajando á tierra. Llevaban los filibusteros cartas de recomendación para varios armadores de pequeñas embarcaciones. Harrington, uno de ellos, no tuvo inconveniente alguno en fletarles una goleta llamada *Honor*, con el fin de que con ella pudieran trasladarse

á la isla de Inagua, á donde se dirigían según habían dicho, para dedicarse á la siembra del *henequén*.

No estaban los pasajeros muy distantes de la costa, cuando Maceo obligó al patrón de la goleta á variar de rumbo, dándole instrucciones acompañadas de amenazas (sistema que generalmente emplea el cabecilla mulato) para que se dirigiera á Baracoa. Al amanecer del día último de Marzo divisaron el mencionado puerto, y pretendieron desembarcar en los botes de la goleta en la próxima playa. No pudieron realizar el desembarco á causa de hallarse la mar algo picada, y entonces resolvieron embarrancar en la orilla, y de este modo saltaron todos á tierra sin dificultades de ninguna clase.

Sabedores los Comandantes Militares de Baracoa y de Guantánamo del desembarco de Maceo, mandaron al momento en su persecución fuerzas del regimiento de Simancas y de los voluntarios de Yateras al mando del bizarro capitán Garrido. Dos escaramuzas sin importancia tuvieron al principio; pero acosados los insurrectos por las fuerzas leales, se libró un combate en Palmarito en donde murió *Flor Crombet* á manos del sobrino del capitán de voluntarios señor Rojas, y los demás fueron hechos prisioneros, excepto los hermanos Maceo y el cabecilla Cebreco, que pudieron internarse en aquellos montes, pasando ocho días sin probar más alimento que naranjas agrias. Maceo logró incorporarse más tarde á la partida de Periquito Pérez que merodeaba por la jurisdicción de Guantánamo y tomó al momento el mando de los rebeldes con el título de *generalísimo*. En esto de los superlativos no hay quien aventaje á los modernos defensores del sistema ó forma de gobierno republicano.

Mucho se han fantaseado las pequeñas escaramuzas sostenidas por las tropas con Maceo. Dicen los partidarios de lo misterioso, que el cabecilla fué engañado por un guajiro y que éste le condujo á una emboscada. Esto es inexacto. El referido guajiro designó el desfiladero al cabecilla como el punto más seguro para evadirse de la activa persecución de las tropas; pero ignoraba que las fuerzas leales estuvieran emboscadas en aquella parte. Lo que sí resulta cierto es la completa derrota de Maceo, y el andar este fugitivo durante ocho días por aquellos montes sin probar alimento alguno. En Palmarito fueron hechos prisioneros Forestier, Noriega, Franklin, Agramonte y otros; Jorge Estrada y tres expedicionarios más se acogieron á indulto.

En cuanto á los tripulantes de la goleta *Honor*, después de haber desembarcado los expedicionarios, fueron apresados por el cañonero español *Atsedo*. Al patrón de la goleta lo encontraron asesinado en su propio camarote. Según versiones al separarse la tripulación de los expedicionarios filibusteros, dícese que uno de éstos se puso á examinar un revólver, y entonces se le escapó por casualidad el tiro que hirió mortalmente al patrón. Otros rumores aseguran que fué asesinado por el mismo Antonio Maceo en el acaloramiento de una fuerte disputa por cuestión del importe del viaje, y también se ha dicho que fué muerto de una puñalada en su mismo camarote, asestada por los mis-

mos marineros de la goleta, para robarle el dinero que le habían entregado los filibusteros.

Esta última versión parece ser la verdadera, pues los mismos tripulantes se declararon reos cuando fueron sometidos á un hábil interrogatorio por el tribunal militar de Marina constituido en Santiago de Cuba. Este funesto resultado, como se ve, no es más que el fruto ó las consecuencias de efectuar una travesía clandestina é inmoral, y llevar á bordo pasajeros nocivos y reñidos con toda idea de orden y sentimiento de humanidad.

El mercenario dominicano Máximo Gómez, doblemente traidor á su patria natal, Santo Domingo, y á la adoptiva que aceptó ó sea España, se encontraba en Montecristi, puerto de la República Dominicana, dispuesto como siempre á vender sus inhumanos servicios al mejor postor. Los separatistas proyectaban dar mayor caracter y extensión á la guerra, haciendo trasladar á la isla de Cuba al organizador de la revolución y jefe civil de la misma José Martí. Este salió de Nueva York en los últimos días de Marzo, á bordo de un vapor americano que hace la travesía entre los Estados de la Unión de Norte-América y la República de Santo Domingo. El día dos de Abril llegó á Montecristi acompañado de Francisco Borrero, y allí alquiló al condottiero dominicano. El día 14 de Abril desembarcó la expedición capitaneada por Martí y Máximo Gómez al sur de la jurisdicción de Baracoa.

Según noticias verdaderas, supose más tarde que los filibusteros expedicionarios pusieron pié en Cabonico y durante dos días estuvieron refugiados en una cueva, hasta que, emprendida la marcha encontraron la partida de Ruén la cual les hizo los honores como tales jefes y reconoció á Máximo Gómez como *generálísimo* de los libertadores de la isla de Cuba. Los guajiros, á pesar de no querer la guerra, según afirmaban los laborantes y los neutros, recibieron con muestras de júbilo á los revolucionarios desembarcados en Cabonico. El general Calleja, sabedor del desembarco de las expediciones de Maceo, Martí y Máximo Gómez, exclamó en un arranque de patriotismo; *esto sólo me faltaba*: pero también es verdad que el Excmo. Sr. don Emilio no tenía culpa alguna de ello, ni podía evitar tales contratiempos. Posteriormente y en el mando de otros Gobernadores Generales se han efectuado también desembarcos de importantes expediciones, las cuales han llegado con más ó menos dificultades á las playas de Cuba.

La revolución, contra lo que generalmente se creía, adquirió un incremento inesperado, y el Gobierno pudo claramente apreciar la gravedad de los hechos que se desenvolvían, viéndose precisado á medir con seriedad los grandes sacrificios impuestos por las circunstancias actuales y por las anteriores imprevisiones. Los Estados Unidos del Norte, enterados mejor que en España de los medios de que la revolución disponía, y viendo con fruición que se cumplía en principio lo que ellos deseaban particular y colectivamente, quisieron desvanecer en la apariencia las imputaciones que Europa hacía á la República yankee de ser auxiliar de los rebeldes. El Presidente, Mr. Groover Cleveland,

publicó un decreto, recomendando á sus ciudadanos la más completa neutralidad. Esto constituye otra burla sangrienta hecha á España y una transgresión infuca del Derecho internacional. Burla sangrienta, porque la proclama fué letra muerta en cuanto al cumplimiento; y *transgresión*, por cuanto la *neutralidad* solamente debe aplicarse cuando previamente se ha reconocido el derecho de beligerantes á los dos bandos combatientes: no siendo así, sólo caben los deberes de *ayuda* como nación amiga de España, según consta en el *Tratado* vigente.

El día 16 de Abril pisó nuevamente tierra cubana el General Martínez Campos, desembarcando en Guantánamo, puerto de la provincia de Santiago de Cuba.

CAPITULO V.

SUMARIO.—*La opinión española en Cuba á la llegada del general Martínez Campos.*—*Visita del mismo á la ciudad de Santiago de Cuba.*—*Orden general del Ejército dada el 16 de Abril.*—*Llegada del general á la Habana.*—*Orden del general disponiendo que los voluntarios quintos se incorporen á las filas del ejército.*—*Hoja clandestina incitándolos á la rebelión.*—*Acción de Ramón de las Yaguas.*—*Fusilamiento del teniente Gallego.*—*Combate de Chapala.*—*Idem del Jobito.*—*Idem de Dos Ríos.*—*Actitud de la prensa.*—*Incendio del poblado de Cuabitas.*—*Ataques al Cobre, Esterón y el Cristo.*

Elevado y envidiable ha sido el destino del general Martínez Campos, pues, en el término de veinte años, después de haber sido un hecho semejante á un compás de espera la pacificación de Cuba, y la de España efectiva con la restauración de la Monarquía, ningún enemigo tuvo ésta sin que no lo fuera á la vez del general. Esta misión le ha reportado muchos disgustos y afanes solamente resistibles por su buena voluntad; pero también le ha proporcionado buenas satisfacciones. Si por lo efectuado en la Península aplaudimos al general Martínez Campos por haber implantado la paz, matando con certero golpe la anarquía que devoraba á la Nación, nunca le podremos tributar aplausos por el pacto del Zanjón, pues este no fué más que un paréntesis, una especie de compás de espera como el mismo general ha confesado; pero compás nocivo, grandemente letal para la causa española en Cuba. Los grandes atentados exigen muy grandes escarmientos y el atentado de los insurgentes cubanos contra la integridad nacional, es el mas grave que puede cometerse contra la Patria. Esas ropas macheteadas que recuerdan á su infeliz dueño; esa sangre inocente vertida; esas guásimas llenas de infelices ahorcados; esos poblados y caseríos destruidos por los incendios; esos trenes volados con la terrible dinamita, todos estos hechos vandálicos gritan, claman y exigen la sangre impía de esos alevosos de la manígua. Fulmínese sobre los insurgentes y sobre sus culpables cabezas, en nombre de la Patria y de la Ley, la solemne

pena establecida para sus culpas, y paguen con sus vidas, las vidas que arrancaron con inaudita ferocidad á tantos desgraciados. Sean ejemplo memorable á los malvados, y reposen en adelante el patriotismo, el trabajo, la virtud, la inocencia y esté España dispuesta siempre á velar por las virtudes, ó á lo menos, caso de ser holladas, para vengarlas con el correspondiente castigo.

Estos procedimientos coercitivos pedía la opinión sensata y española de Cuba, ó iguales descos se mostraban en nuestros hermanos de la Península, y allí donde alentaban corazones españoles, considerándolos como los únicos para acabar con los irreductibles separatistas, ya que no son posibles otros para atraerlos á la legalidad y al orden. Por conocer el temperamento excesivamente bondadoso del general Martínez Campos, á pesar de proceder de buena intención y obrar con un fin recto y humanitario, no existía aquel entusiasmo precursor y decidido para acabar con la insurrección; el recibimiento no revistió los caracteres de las solemnidades nacionales, pero tampoco se notó sistemática oposición, ni desdén al nuevo Gobernador General: pasó su llegada á la Habana como un suceso indiferente. El general Martínez Campos tampoco podrá exclamar como el revolucionario Mirabeau, en su célebre discurso *sobre el derecho de paz y guerra*, cuando dijo: *“ No hace muchos días se me quería llevar en triunfo, y ahora, sin embargo, se grita por las calles: la gran traición de Mirabeau. No tenía necesidad de esta lección para saber cuán poco estima el Capitolio de la roca Tarpeya; pero el hombre que combate por la razón y por la patria, no se da tan fácilmente vencido. El que tiene la conciencia de haber merecido bien de su país, y sobre todo de haberle sido útil; el que no se deja seducir por una vana celebridad; el que desdén los triunfos de un día para buscar la verdadera gloria; el que quiere decir la verdad y hacer el público bien independientemente de los volubles movimientos de la opinión popular, ese hombre lleva consigo la recompensa de sus servicios, el alivio de sus penas, el premio de sus peligros, y no debe esperar gracia sino del tiempo, juez incorruptible que á todos hace justicia.*

Hemos citado los períodos de Mirabeau sólo porque la prensa autonomista, la neutra y aquella otra de filiación dudosa, que después del fracaso de la célebre campaña del general, se expresaba en términos sino idénticos á lo menos parecidos al discurso del famoso *convencional* francés, solamente para demostrar que defendían lo imposible y su aspiración era buscar el modo ó manera para que continuase en el mando de la Isla muy beneficioso á los mismos insurgentes y laborantes. Los verdaderos españoles no encomiaron al general, cuando el nombramiento, tan sólo le ofrecieron lealmente su concurso; pero tampoco lo desprestigiaron después de haber fracasado en el plan de campaña. Los españoles querían el *delenda est* de los separatistas, la destrucción del enemigo armado, como medio eficaz para cortar la cabeza á la víbora separatista que siembra la muerte en la Isla, la mala simiente en los corazones, y procede como si en el orden humano y en las leyes divinas no estuviera consiguado el amor de los unos á los otros.

Nunca, jamás, otro general había sido agraciado por el Gobierno Nacional con mayor amplitud de facultades. Dióse una orden por la cual mandaba se le considerara como Gobernador General y General en Jefe de operaciones, desde el momento en que pisase tierra cubana, dispensándosele el juramento del cargo y las ceremonias de costumbre á la toma de posesión. El general Calleja, apenas Martínez Campos llegó á Guantánamo, resignó inmediatamente el mando, encargándose del despacho de los asuntos ordinarios del gobierno el general segundo Cabo Excmo. Sr. Don José Arderús y García. La interinidad del segundo Cabo ofrecía pocas seguridades al elemento español, por seguir éste en las luchas políticas anteriores á la guerra una línea de conducta llena de misterios y de nebulosidades; en suma, llena de incorrecciones para una autoridad militar. El desembarco del general Martínez Campos en Guantánamo, en vez de haberlo hecho en la Habana, según costumbre inveterada y regular, dió pábulo á ciertas murmuraciones; pero sus defensores argüían, y no sin fundamento, que tomó dicha resolución extraña por lo insólita, para ganar tiempo y estudiar mejor la importancia y recursos de que disponía la revolución.

Como otra guerra en Cuba (después de la que terminó con el pacto del Zanjón, y la chiquita), no era probable, según afirmaban los *liberalísimos cubanos*, el general Martínez Campos se vió en el caso de organizar sobre el terreno todos cuantos elementos fueran precisos é indispensables para afrontar los sucesos, cuya gravedad se aumentaba cada día. Todo se encontraba en el más pueril abandono: los fuertes destruidos, la trocha de Júcaro á Morón, que tantas vidas y millones de pesos había costado á la *Nación*, tenía la vía-férrea inutilizada, las fortificaciones en ruinas. Lo más plausible del período del mando del general Martínez Campos ha sido la organización de los hospitales y de la administración militar.

De Guantánamo pasó el General á Santiago de Cuba, y después recorrió aquellos lugares en que se hacía necesaria su presencia. Llegó á la capital de la Isla el día 23 de Abril. Cuando el general desembarcó en la Habana, ya habían arribado á las cubanas playas dos expediciones de la Península, compuesta la primera de dos generales, 289 jefes y oficiales y 8.302 individuos de tropa; y la segunda de cuatro generales, 221 jefes y oficiales y 7.232 individuos. Además dos batallones de cazadores de Puerto-Rico destinados á Cuba, de manera que ya podía emprender una vigorosa campaña contra los insurgentes, siendo así que el movimiento insurreccional quedaba vinculado á la sola provincia de Santiago de Cuba.

Un caso sino original á lo menos oportunísimo ocurrió á la llegada del general Martínez Campos á la Habana. Después de haber recibido á las Autoridades, al poco tiempo se presentó en el Palacio del Gobernador General, la comisión de la Unión de fabricantes de tabacos, presidida por don Mammel Valle, reformista, buen español, honrado asturiano; pero dominado por los dudosos, y acompañado por el Sr. Aguirre separatista encubierto y manso.

La comisión pidió el desestanco del tabaco, y como el general Martínez Campos contestara que era difícil acceder á tal pretensión, por la imposibilidad en que se encontraba el Gobierno de sustituir en el presupuesto el ingreso de noventa millones que produce la renta del tabaco, el *neutro* Aguirre le interrumpió diciendo:

— Pues eso quiere decir, mi general, que España habrá de optar entre la pérdida de la isla de Cuba, ó la de noventa millones de pesetas. —

El general no pudo contener la indignación que la insolencia de Aguirre le había producido, y como impulsado por un resorte levantóse de su asiento, y con ademán y forma amenazadora, contestó al imprudente director del periódico "*El Tabaco*":

— Ni yo le conozco á usted, ni sé por qué ha venido aquí, ni estoy dispuesto á tolerar ninguna clase de insolencias. Salga usted inmediatamente. —

Esa era la opinión del separatismo disfrazado con el nombre de partido reformista. No significa nuestra afirmación querer decir que todos los reformistas fueran separatistas, porque muchísimos españoles y muy dignos estaban afiliados al reformismo; pero si aseguramos que los separatistas se apoyaron en dicha fracción política por serle favorable á sus planes revolucionarios. "*Distanciar á los españoles ya fueran peninsulares ó insulares, aumentar quejas infundadas y exagerar algunos leves defectos, era el programa filibustero*;" el reformismo, siendo buen español como partido, no obstante les sirvió de admirable instrumento. El reformismo defendía *especialidades* económicas, administrativas y legislativas innecesarias, calumnió á Cataluña llamándola monopolizadora é incubadora de separatistas, atribuía ideas autonómicas á la noble Galicia, á la tradicional Navarra, á la laboriosa Cataluña, todo como apoyo para defender las reformas de Maura y publicó en "*El Diario de la Marina*," una serie de dislates que solamente podían existir en una inteligencia obcecada ó en cerebros filibusteros. Luego no debe extrañarnos la imprudencia del reformista Aguirre, ni la justísima indignación del general Martínez Campos. La frase del primero era reformista, pero muy reformista.

Luego mandó á llamar á don Manuel Valle, cuyo estado de ánimo se encontraba apocado y triste ante la justísima indignación del general, y éste entonces con tono amistoso para inspirarle confianza, devolverle la tranquilidad y darle á comprender que sus palabras fueron dirigidas al audaz Aguirre, díjole:

— Es usted, no solo coronel de voluntarios, sino también presidente de la Diputación Provincial de la Habana, y á pesar de esto, está siendo el maniquí de los enemigos de la patria. Hora es ya de que cese usted de prohiar estas cosas —

Un bravo merece el general por su entereza en esta ocasión, porque precisamente energía era lo que faltaba en aquellos momentos y el dar ostensibilidad de ella produjo buenos resultados. Se hacía imprescindible demostrar á los filibusteros solapados que estaban en un error,

gravísimo al creer que España, si no cedía á las imposiciones caprichosas é indignas de los eternos enemigos de la nacionalidad, le costaría el perder la Isla.

Seguidamente y con actividad pasmosa, puso mano en todo los servicios que tenían conexión con las operaciones de campaña, aunque con anterioridad ya había dictado la orden general el día dieciseis de Abril, cuyo texto dice así:

EJÉRCITO DE OPERACIONES EN CUBA.

El territorio del Departamento de Santiago de Cuba se dividirá para las operaciones de la guerra, en tres Distritos, estando cada uno de ellos á cargo de un General de División que tendrá á sus órdenes un general de Brigada.

Del mando de estos Distritos quedarán encargados: del primero, el Excmo. Sr. General de Distrito D. Juan Salcedo y Mantilla de los Ríos; del segundo, el de igual clase Excmo. Sr. D. José Lachambre, y del tercero, el de igual clase Excmo. Sr. D. Alvaro Suarez Valdés, que tendrán respectivamente á sus órdenes á los Excmos. señores Generales de Brigada D. Federico Alonso Gasco, D. Braulio Ordoñez y D. Ramón Echagüe.

Primer Distrito: comprende la jurisdicción de Santiago de Cuba, desde la unión del Cauto y Contramaestre, siguiendo por la orilla izquierda del Cauto hasta Cayo del Rey, Mulato, Caoba, orilla derecha del Mayarí hasta su desembocadura, orilla del mar hasta cabo Maisí, Costa Sur hasta Tabacal, Sierra del Cobre, origen del Contramaestre.

Segundo Distrito: orilla izquierda del Cauto hasta su origen, Sierra del Cobre, Sevilla, Costa Sur hasta Cabo Cruz, costa Oeste hasta la desembocadura del Cauto. Estos dos Distritos tienen común la parte comprendida entre Contramaestre y el Cauto, por haber demostrado la experiencia que las partidas fugitivas de Bayamo, se vienen á refugiar á la orilla izquierda del Cauto, y las de Cuba, se acercan al Contramaestre.

Tercer Distrito: límite con Puerto Príncipe, costa Norte hasta Mayarí, curso de este río, Caoba, Mulato, Cabo del Rey y orilla derecha del Cauto.

Los límites que se marcan á estos Distritos, son únicamente para la persecución ordinaria y responsabilidad de los generales; pero cualquier columna que tuviere conocimiento de que á cuatro leguas del término hubiese fuerzas insurrectas, marchará hácia ellas, procurando avisar á su jefe respectivo del movimiento que hace, que no prolongará más de tres días á no ser en circunstancias imprevistas, y como pudiera suceder que se encontrara con fuerzas del Ejército que anduviesen por la parte en que ella opera, no se empeñará ningún combate sin que haya precedido el grito de *Viva España*, para evitar las colisiones que ha habido en algunos casos.

Por el momento se operará en columna de una fuerza aproximada á la mayor partida que recorra el terreno en que ellas maniobran.

Si el enemigo se encontrase en una posición infranqueable é inexpugnable por el frente, se procurará dirigir el ataque marchando hácia uno de los flancos y evitando las dificultades del terreno.

Si por la reunión de las partidas rebeldes, el número del enemigo no llegara á tres veces más, se le atacará siempre, pues yo no propondré para recompensa tan considerable á los que hayan acometido hechos de armas favorables, como á los que se tengan que retirar ante un número superior de enemigos siempre que en la retirada se hayan guardado orden y disciplina, pues, en estas ocasiones es cuando se prueba, no sólo el valor colectivo de la fuerza, sino el mérito del jefe: dos veces en la guerra pasada, en ocasiones análogas, ganó á mis órdenes la "*Corbata de San Fernando*" el batallón de San Quintín, y su jefe, la Cruz laureada.

En esta guerra, en que las columnas están fuera de la vista del jefe, suele haber notables exageraciones sobre el número del enemigo, sobre las bajas á él causadas y tenidas por nosotros, sobre la duración del combate, sobre simuladas cargas á la bayoneta, exageraciones todas ellas que dan lugar á que se desconozca el verdadero estado de la guerra, á que se formen infundados temores ó esperanzas y á que la dirección sea deficiente. Encargo á los señores Generales que no transmitan parte que crean que se halle en estas condiciones sin rectificarlo y abrir una información verbal inmediata, procediendo en caso de necesidad á procesar al autor por delito ó falsedad. También les encargo vigilen severamente y comprueben las marchas que hagan las columnas, la longitud de ellas y su objetivo.

Como dije anteriormente, hoy no es conveniente señalar zona de operaciones á las columnas, pero será necesario establecer, antes que lleguen las aguas, depósitos de víveres y municiones en los siguientes puntos y en los demás que crean convenientes los comandantes generales.

Primer Distrito: Santiago de Cuba, Cobre, Palma Soriano, Ramón de las Yaguas, Mayarí Arriba, Sagua de Tánamo y Baracoa.

Segundo Distrito: Manzanillo, Bayamo, Canto Embarcadero, Baire, Vuelta Grande, Veguita y Gna ó Vicana.

Tercer Distrito: Guamo ó Paso Salado, Tunas, Minas, ó Dolores, Puerto Padre, Maribón, Gibara, Holguín, Mayarí y Barajagua.

Si hubiera dificultad en situar el racionamiento en alguno de estos puntos y estuviera establecido en otros próximos, los señores Comandantes Generales lo establecerán en otros cercanos que crean convenientes.

Las fuerzas que vayan á establecer estos puestos llevarán útiles para hacer una trinchera con foso, en forma cuadrada, de treinta metros de lado, dos de relieve con una banquetta y dos de profundidad. Se construirán cuatro barracones, empleándose, gente del campo que se pagará en el acto, procurando que las edificaciones sean seguras y los techos no dejen pasar el agua de las lluvias.

Uno de ellos será para los oficiales, otro para la tropa, otro para los enfermos que tengan las columnas, hasta que sean llevados á los hospitales definitivos, y el cuarto para víveres y municiones. Los tres primeros tendrán camastro de bejuco ó tabla para que el soldado no esté en el suelo, y á cada puesto se llevarán dos pipas vacías para que haya siempre agua potable, procurando sanearla según las prescripciones de los médicos de los cuerpos.

Estos fuertes no se establecerán en los puntos donde haya caserío utilizable al objeto indicado, y los útiles se retirarán á las capitales de los Distritos luego de terminadas las obras, quedando sólo las indispensables para entretenimiento de las construcciones.

La capitalidad de los Distritos se establecerá: la del primero en Santiago de Cuba; la del segundo en Bayamo; la del tercero en Holguín.

Se ha de proceder á toda costa, que el soldado tome café por la mañana con quina ó quinina, presenciando el oficial de semana el cumplimiento de esta orden, y me permito encargar á todos los señores oficiales hagan lo propio: debiendo la tropa estar abrigada á la puesta del sol para evitar el relente de la noche.

Las columnas, además de los cartuchos de repuesto que puedan llevar en las acémilas, en las cuales no se cargará para las operaciones ni camas ni equipajes, dotarán á cada soldado con ciento diez cartuchos, no permitiéndose que deshagan los paquetes para mejor colocación en los morrales y bolsas, pasándose revista cada dos días para que el soldado tenga cuidado con las pérdidas.

En los días de descanso de la columna se ejercitarán en el tiro al blanco, siempre que el número de cartuchos que gasten no reduzcan los que le quedan á menos de noventa y cinco, lo cual no es probable, porque en general los descansos deben tenerlos en los puntos de racionamientos.

Las fuerzas armadas con fusil Mauser llevarán ciento cincuenta cartuchos.

Los señores oficiales no permitirán que en los combates se dispare sino á su voz, y castigarán severamente á los soldados que tiraren sus cartuchos ó hicieren fuego indebidamente, no perdiendo de vista que el apresurarse al gastar municiones sin necesidad, puede traer la gran dificultad al día siguiente de que falten en un combate empeñado; yo exigiría la responsabilidad por la poca previsión.

En las marchas y en los descansos se observarán las prescripciones sanitarias que diere el médico del Batallón, sin perder de vista que en esta guerra el mayor número de bajas consiste en la falta de precaución en la comida, en el aseo ó en la poca higiene, cuidados que si siempre son necesarios, lo son mucho más en estos climas.

Los jefes de las columnas combatirán con energía al enemigo, y aunque sería conveniente el procurar hacer prisioneros, tiene su límite esta conveniencia, y este límite es no arriesgar la vida del soldado.

En los partes de hechos de armas se precisarán bien el sí-

tio de la acción con referencia á puntos conocidos en los mapas.

Terminada la acción, por ningún concepto permitirán los jefes de las columnas se remate á un herido; ni se ofenda á un prisionero: de la suerte de estos resolveré yo según los casos.

Si se cogiesen mujeres, mientras no se las deje en libertad en los poblados, dormirán por la noche cerca del jefe de la columna y se pondrá centinela que cuide de ellas y que tenga por consigna que nadie se acerque, ni á ellas permita separarse.

El delito de violencia y el de homicidio se castigará con toda la severidad de la Ordenanza.

Los presentados serán puestos en libertad, excepto los que tengan graduación de jefe y los cabecillas, á los cuales se les tendrá presos, esperando mis órdenes: para poder resolver yo, según los casos, se me dará cuenta detallada sobre ellos, expresando los nombres, profesión, vecindario, graduación, si tomaron parte en la otra insurrección y si en esta guerra han cometido alguna tropelía.

Como la suerte de los prisioneros y los presentados ha de ser muy distinta, encargo á los señores jefes de columna me manifiesten para cada uno las condiciones en que han sido apresados ó se han presentado.

El trato con los habitantes del campo y de los pueblos ha de ser el que corresponde á la nobleza del ejército español y á las conveniencias de la Patria: en ocasiones, en esta clase de guerra, el maltrato ó indisciplina dan lugar á la exacerbación de ella.

Nada será más grato para mí que concluir pronto esta guerra sin tener que dirigir ni una reprensión á mis subordinados, y antes por el contrario, poder elevar al Gobierno propuestas de recompensas para aquellos que hayan tenido ocasión de distinguirse, y como los Reglamentos actuales marcan términos perentorios, los jefes de columna deberán llevar los Decretos y las Leyes que hay sobre la materia para poderlos cumplimentar y que no dejen de obtener, los que la merezcan, la debida recompensa por descuido ó falta de fórmula.

ARSENIO MARTINEZ CAMPOS Y ANTON.

Las disposiciones del Gobernador General y General en Jefe del Ejército de operaciones no pueden ser ni más humanas, caritativas, justas y propias de un general español como genuino representante de una nación guerrera por temperamento, noble é hidalga por naturaleza, altiva cuando se la ultraja en su honor, pero benévola y caritativa con el vencido y el que se arrepiente. Los rebeldes contestaron asesinando indefensos, rematando los heridos y saqueando los poblados y luego destruirlos por medio de la tea y de la dinamita. Sin embargo, no deben causarnos admiración alguna el uso de procedimientos tan execrables por lo inhumanos, si atendemos á que los autores primarios son extranjeros sin conciencia (Roloff) (Máximo Gómez) secundados por otros en los cuales la comisión de dichos crímenes tienen razón de origen.

Los auxiliares de la insurrección que perfectamente organizados

se encontraban en los pueblos y en las ciudades, aprovecharon de estas disposiciones para llevar adelante sus planes. Cada vapor que fondeaba en los puertos de la Isla traía determinada cantidad de armas y pertrechos de guerra los cuales se encargaban de recoger determinadas personas de cierta posición, y después por las mismas vías ferreas ó por los vapores de la Isla mandaban dichos auxilios á la insurrección. El General no estuvo acertado en lo referente á la cuestión de orden público en los pueblos y ciudades. Con una buena policía gubernativa y severas instrucciones hubiese quebrantado mucho mas á la insurrección que en los combates y escaramuzas. Su buena fé no podía creer en la existencia de tan fementidos traidores. Hasta en la prensa se dejaba notar el laborantismo, manifestándose con el mayor descaro porque contaba de antemano con la clemencia del General Gobernador.

Para aumentar el contingente de tropas, creyó oportuno el general Martínez Campos el ingreso de los voluntarios quintos á las filas del Ejército, consultando previamente con los señores Coroneles de tan benemérito instituto. Hicieronle estas algunas observaciones acerca del mal efecto que podría causar tal disposición que venía á romper en parte el Reglamento, y adujeron otras razones; pero ante la salud de la Patria no dudaron en acceder. Los laborantes se aprovecharon de esta oportunidad é hicieron circular una clandestina y revolucionaria hoja, incitando á los voluntarios á la rebelión. A tan criminal escrito se contestó con el siguiente

A L E R T A

“ Los cobardes laborantes que, sin coraje ni vergüenza para luchar con las armas, conspiran sin cesar entre nosotros, han lanzado una proclama á los voluntarios con el visible intento de producir disgustos, prevenciones y choques entre los españoles y llegar por el desconcierto y desunión de los buenos adonde nunca llegarán dando la cara y presentando el pecho.

La orden del general en jefe mandando incorporarse á las filas del Ejército, á los quintos que sirven en voluntarios, de los sorteo del 92 al 94 es necesaria y es justa. Necesaria, porque la Patria precisa del esfuerzo de sus hijos para combatir al enemigo; justa, porque los mozos que sufrieron sorteo en estos mismos años, son los que hoy derraman su sangre en la manigua, muriendo por la patria, por la paz, por la civilización y por los intereses de todos.

¡ Españoles! ¡ Voluntarios! El enemigo es y será impotente para triunfar en lucha noble, cuerpo á cuerpo; pero su victoria será fácil si logra dividirnos aún mas de lo que estamos, y nuestra derrota y nuestra ruina y la del país serán ciertas, si escuchamos sus venenosos consejos disfrazados con el traje del amigo.

Unión estrechísima, con verdadera fraternidad de todos los amantes de España y de la civilización.

Amistad sincera, amor de hermanos entre el ejército, marina y

voluntarios; obediencia y fe ciega en nuestras autoridades, y pronto, muy pronto alcanzaremos el triunfo y con él la paz, la tranquilidad y la vida del trabajo honrado que es nuestro porvenir y nuestro orgullo.

¡ Viva España ! ¡ Viva Cuba Española ! ¡ Viva el Ejército ! ¡ Viva la Marina ! ¡ Vivan los Voluntarios ! ¡ Viva el General en Jefe ! ”

El general Martínez Campos, una vez hubo ultimado sus planes en la capital de la Isla, se embarcó en el *Villarverde* que la Compañía Trasatlántica Española había puesto á su disposición, dando otra vuelta á los puntos de la Isla en donde se hacía mas necesaria su presencia. Así continuó mucho tiempo presentándose en la Habana un día antes de salir el vapor correo de la Península para despachar la correspondencia.

Como la época de las lluvias se acercaba y en dicha estación es cuando mas sufre el soldado europeo, mandó levantar hospitales y enfermerías, y procuró que en las poblaciones en cuyas cercanías hubiesen aparecido partidas rebeldes, estuviesen bien provistas de víveres para evitar los conflictos ocasionados por la carestía. El primer convoy mandado á Bayamo fué constantemente tiroteado. Siempre ha sido teatro de las emboscadas de los insurgentes el trayecto de Manzanillo á Bayamo. Los insurgentes lo han elegido como campo de sus atentados cobardes y alevosos, de manera que tanto por tierra como por la vía fluvial, está regado de sangre.

El poblado de Ramón de las Yaguas estaba defendido por un fuerte guarnecido por un corto número de soldados al mando del teniente Gallego. El cabecilla Antonio Maceo aprovechó un descuido de la guarnición y rindió el destacamento, apoderándose de las armas y municiones que allí había y dejando en libertad á los prisioneros. La columna mandada por el comandante don Manuel Tejerizo que operaba por aquella demarcación, llegó al Ramón, ignorando lo que había sucedido, cuando repentinamente se vió atacada. Dirigióse la pequeña columna hácia el fuerte, pero entonces vió el comandante que este se hallaba en poder de los insurrectos y del cual se les hacía nutrido fuego. Mandó el señor Tejerizo posesionarse del cementerio y de allí hizo una enérgica defensa. El capitán don Julián Segura de Miranda, cubano de nacimiento, pero muy buen español que iba en la vanguardia cayó muerto al empeñarse la acción. Los insurrectos creyeron que el muerto era el jefe de la columna y arrojaron la embestida. Entre los soldados produjeron efecto las voces dadas por los insurgentes y todos creyeron efectivamente era cierta la muerte del comandante, más este con un valor rayano en la temeridad deshizo el error pasando por delante de sus soldados. El combate continuó hasta entrada la noche, y el comandante Tejerizo viendo lo crítico de la situación por la gran superioridad numérica del enemigo y la escasez de municiones, convocó á los oficiales á consejo para resolver. La opinión unánime fué la de hacer una ordenada retirada. Emprendióse al siguiente día sin que fuera molestada la columna, por un incidente casual. Dos soldados se habían quedado dormidos, y al verse solos y con los insurgentes en las

posiciones que ocupaban el día anterior, hicieronles fuego: estos en la creencia de que las tropas estaban en el poblado no picaron la retaguardia de la columna. Los soldados pudieron escaparse defendiéndose siempre y se presentaron en Santiago de Cuba. El poblado del Ramón fué incendiado y totalmente arrasado por los insurrectos. Las casas del poblado todas ellas de tabla y guano fueron acribilladas por los proyectiles de las tropas: los insurgentes que desde ellas hacían fuego las abandonaron al ver que no ofrecían seguridad. Varios insurrectos quedaron muertos en el poblado y los de la tropa fueron diez heridos y dos soldados muertos.

El teniente Gallego presentóse á la Autoridad Militar de Santiago de Cuba y desde allí fué conducido á la capital á bordo del vapor "*Habana*:" poco antes de desembarcar intentó suicidarse, infiriéndose varias heridas al cuello con un cortaplumas. Sometido á un consejo de guerra sumarísimo, el fiscal de la causa pidió la pena de muerte para el procesado por el delito de cobardía. Muchos hechos de campaña y gloriosos algunos realizados en la última guerra civil carlista y en la de Filipinas por el teniente Gallego, según consta en su hoja de servicios, demostraban que el desgraciado oficial se había portado siempre como un valiente. El comandante y defensor hizo esfuerzos muy loables para obtener la absolución del Tribunal Militar; pero el Consejo, no obstante, lo condenó á ser pasado por las armas. Personas de influencia y hasta el mismo señor Obispo de la Habana Excmo. Dr. D. Manuel Santander movido por la piedad cristiana, impetraron el indulto del infeliz teniente. Todas las gestiones resultaron infructuosas y la sentencia se ejecutó á las diez de la mañana del día primero de Mayo de 1895.

La opinión española de la Isla, quizás movida por un sentimentalismo compasivo exagerado, se divorció por completo del pensar del Consejo y se empezó á hablar de la dureza del general con las fuerzas del ejército y de la benignidad del mismo para con los rebeldes, recordábase el fusilamiento del penado Riera en Melilla, de sustracciones de cartuchos de la Pirotecnia de la Habana destinadas al armamento del parque de los insurrectos, de chauchillos, fraudes y otras cosas por el estilo. Lo de las municiones era exacto, pues ya veremos como en la batalla de Peralejo encontráronse en los cadáveres insurrectos cartuchos fabricados en la Pirotecnia de la Habana, y mas tarde las detenciones de empleados de la misma por este delito. Lo que sí podemos asegurar es que el fusilamiento del teniente Gallego, fué el primer jalón colocado para el divorcio entre la manera de apreciar las cosas el general Martínez Campos y el concepto de la opinión.

Un encuentro que merece especial mención fué el sostenido por la columna que mandaba el teniente coronel don Patricio Giral, compuesto de doscientos sesenta infantes del tercer batallón peninsular y setenta caballos del regimiento de la Habana, con mil doscientos rebeldes en un punto conocido por "*La Chapala*".

Una partida insurgente como de unos ciento cincuenta hombres

montados, presentóse el 18 de Abril delante del fuerte de Jiguani, enarbolando bandera blanca y vitoreando á Cuba española. El teniente que estaba al mando de las fuerzas de la guarnición don José Alcalá no dió crédito á estas manifestaciones de los rebeldes y avisó por teléfono al teniente coronel Giralt que se hallaba en Bayamo. Este mandó delante la caballería, ordenando al comandante que la mandaba que, en caso de empeñar combate, rompiese la línea telegráfica. Esta quedó interrumpida y al momento Giralt formó su columna, saliendo hácia el punto amenazado. Cuando llegó al poblado de Santa Rita se le incorporó la caballería que habia mandado de exploración, y tuvo confianzas de que unos mil doscientos rebeldes al mando del cabecilla Rabi se disponían á sorprender á la fuerza leal. El teniente coronel Giralt, con la previsión de todo buen jefe, manifestó á los moradores del poblado de Santa Rita que iba á Jiguani, pues ya tenia previsto que los insurrectos no tardarían en saberlo; pero la columna aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche, contramarchó hácia Bayamo, á fin de no ser alcanzada y tal vez derrotada por la superioridad numérica del enemigo. Seguía avanzando la columna en su contramarcha y al amanecer del día veinte y el en sitio denominado "*La Chapala*," recibió una descarga cerrada del enemigo avanzando al mismo tiempo por la retaguardia mas de cuatrocientos ginetes insurrectos. La carga de la caballería fué rechazada por la infantería, que formó en filas de á cuatro, contestando el fuego á la voz de mando de sus oficiales con descargas cerradas. Tres veces repitió el ataque la caballería enemiga y otras tantas fué rechazada, retirándose los insurgentes al ser atacados por la caballería de Hernan Cortés. Observóse entonces que cada jinete enemigo llevaba á la grupa un combatiente de infantería. En este combate fué herido gravemente de dos balazos en el hombro izquierdo el capitán don Antonio Caso y Villazón y cuatro individuos de tropa: los rebeldes tuvieron ocho muertos con veinte heridos.

Pero la acción hasta entonces mas reñida ó importante por el número de los que en ella tomaron parte y la tenacidad que revelaron los combatientes, fué la que se verificó en la jurisdicción de Guantánamo y conocida con el nombre de batalla del Jobito. El día doce de Mayo, á las cinco y medio de la tarde, salió de Guantánamo la columna mandada por el teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril, uno de los jefes del ejército español que mayor renombre alcanzaron y más se habia distinguido por su actividad y pericia desde los comienzos de la insurrección. La pequeña columna se componía de cuatrocientos hombres del primer batallón de Simancas número 64. Después de tres horas de marcha pernoctó en Camarones, y al siguiente día á las cuatro y media de la madrugada se puso en marcha la fuerza por el camino llamado de Chapala y con rumbo á Tiguabos. Al llegar al Jobito, penetró en un lugar bastante peligroso por su especial topografía, toda vez que el camino se halla encajonado entre la orilla del río y unas importantes elevaciones, cuyo frente parece cortado casi verticalmente á pico, y por lo tanto inaccesible y por el otro lado el río cauda-

loso y ancho llamado Jaibo. Del lado opuesto se hallan unos espesos platanales. Las cinco de la mañana serían, cuando la vanguardia de la columna mandada por el teniente Fernando Reina, recibió la primera descarga apenas había cruzado el primer farallón y casi rebasaba el segundo. Hallábase toda la columna dentro de un callejón, digámoslo así, por lo estrecho que es el camino. El teniente coronel Bosch mandó á la guerrilla de Simancas que cehase pió á tierra, y poniéndose al frente de ella trató de flanquear uno de los farallones en el cual no se notaba la presencia del enemigo.

La guerrilla fué rechazada, porque entonces el enemigo rompió al momento un fuego muy nutrido. Casi simultáneamente á este segundo fuego rompió otro tercero el enemigo desde los platanales del lado opuesto del río, de manera que las tropas se encontraron cercadas por tres líneas de fuego convergentes y casi sin espacio para moverse. El teniente coronel Bosch comprendió al instante lo grave de la situación y para evitar que lo envolvieran, quiso extender su línea de combate, tomando las dos alturas, operación que encomendó al segundo jefe de la columna comandante don José Robles y Alabera y al teniente don Cirilo Nápoles con ciento veinte hombres cada uno. En los momentos en que estas dos operaciones se realizaban, el teniente coronel que se hallaba en el camino recibió un balazo en el pecho, muriendo al pronunciar estas palabras: *“Defended mi cuerpo como buenos. Defenderse y Viva España.”*

Muerto Bosch, el comandante Robles que bajó de las posiciones tomadas al enemigo, asumió el mando de la fuerza en situación bien comprometida, porque á pesar de haber tomado dos alturas seguía bloqueada por el enemigo. Penetrado inmediatamente el señor Robles de la gravedad de la situación, hizo cubrir la retaguardia con el objeto de que el enemigo no cortase la retirada. El combate continuaba empeñadísimo; las descargas de los insurrectos se sucedían con mucha rapidez, y la columna mantuvo los ataques del enemigo, con otras descargas hechas á la voz de mando y toque de corneta, y cuando el enemigo se encontraba á quince metros de distancia.

Así continuaba la batalla, cuando los insurrectos á eso de las diez de la mañana acallaron sus fuegos por la vanguardia. El comandante Robles aprovechó esta ocasión para trasladar los heridos, muertos, fusiles, caballos, municiones y hasta los casquillos vacíos al punto por el cual debían retirarse. Sin embargo, la acción seguía muy encarnizada, cuando se oyó una corneta haciendo la contraseña de las escuadras de Santa Catalina del Guaso, y ellas eran en efecto las que, acudían al mando de su capitán Garrido, atraídas por el incesante tiroteo. La columna contestó, y entonces los cien hombres de la escuadra entraron por el flanco derecho del enemigo uniéndose á las fuerzas leales. El valiente, casi temerario capitán Garrido entró por medio de las fuerzas insurgentes, abriéndose paso después de una certera descarga, peleando al arma blanca, á machetazos. En el campo rebelde

produjo grande consternación, miedo pánico la bravura de los defensores de España

Abandonado el campo por los rebeldes á eso de las dos de la tarde, después de haberse defraudado las esperanzas de copar la columna, esta emprendió la retirada hácia Guantánamo, llevándose los muertos, heridos y hasta los casquillos vacíos.

En el Jobito pelearon 2,500 insurgentes mandados por el mismo Maceo, Miró, Periquito Pérez y Cartagena contra cuatrocientos leales. Las bajas de la columna fueron las del teniente coronel y la del médico primero don Everardo Ruiz Martínez y diez soldados. Heridos un capitán, tres tenientes, y treinta y seis soldados. Las fuerzas rebeldes sufrieron la pérdida de cuarenta y nueve muertos y muchos heridos. Sobre el campo dejaron muchos caláveres que fueron enterrados por los vecinos, aunque algunos quedaron insepultos, sirviendo de alimento á las auras. Descansen en paz los valientes soldados que sucumbieron heroicamente en defensa de la integridad nacional y de la civilización.

El comandante Robles vióse en situación comprometidísima. La jornada fué dura, pero gloriosa. Los soldados pelearon como buenos hijos de España y los jefes, y oficiales, demostraron con su pericia y serenidad que es no tan fácil rendir ó copar á las fuerzas españolas.

A los pocos días de la batalla del Jobito, hubo otro encuentro que sino tan reñido como el anterior, fué más trascendental por el rudo golpe que sufrió el separatismo. El diecinueve de Mayo la columna del coronel Jimenez de Sandoval, iba custodiando un convoy desde Palma Soriano á Ventas de Casanova. Era dedicado á la fuerza que guarnece el fuerte construido en aquel poblado. Pero tiempo llevaba de marcha la columna, cuando los flanqueadores de las avanzadas descubrieron un hombre que les infundió sospechas, y al ser intimado para que se detuviera, dióse á la fuga. Perseguido por las avanzadas que le acosaban á tiros, se detuvo, y en el registro que se le hizo le encontraron una buena cantidad de dinero y algunos comprometedores documentos. El estado de perturbación era tal, que él mismo se denunciaba, con el miedo de que se hallaba poseído y con las frases de perdón, incesantemente pronunciadas, siendo así que nadie le molestaba ni en palabras ni en hechos.

Los soldados lo condujeron á presencia del coronel Sandoval, y al ser interrogado por éste le contestó que se llamaba Carlos Chacón, que su oficio era el de vaquero y que iba á Ventas de Casanova á comprar víveres para Máximo Gomez; pero que él no pertenecía á la partida. Dijo también que iban con la partida además de Gómez los cabecillas Bartolomé Massó y José Martí, y que este obligóle á darle un cántaro de leche.

El coronel Sandoval contestó: “quieren víveres, pues nosotros vamos á llevarselos y tú nos guiarás al punto donde están.” La columna se formaba de dos compañías de cada uno de los batallones peninsulares número 5 y 9, y fuerzas de caballería del regimiento de Hernan Cortés. Los insurgentes, según Chacón, no estaban muy le-

jos, pues, se encontraban á la otra parte del río. El número de ellos ascendía á ochocientos, todos de caballería. La columna se puso en marcha dirigiéndose donde estaban acampados los rebeldes, pero viendo el coronel Sandoval que la marcha se hacía larga y la tropa necesitaba descanso, mandó parar la fuerza para confeccionar el rancho.

Quince soldados y un sargento se encaminaron á buscar agua al río para hacer la comida, y apenas habían comenzado esta operación, cuando las avanzadas rebeldes hicieron unos cuantos disparos. Contestados estos por los soldados, una nutrida descarga cerrada acompañada de los gritos é insultos con los cuales los rebeldes inician los choques, anunciaba que el combate se había empeñado de una manera formal y seria.

Con rapidez maravillosa é imperturbable serenidad se organizaron los soldados, y á los pocos segundos acometieron con gran empuje al enemigo, trabándose una formidable lucha cuerpo á cuerpo en muchos casos. En la hora y media que duró el combate, los separatistas cargaron once veces al machete y otras tantas fueron rechazados por las tropas que, siendo la mitad en número suplían la deficiencia con esa bravura característica del soldado español. El práctico de la columna que conocía á Martí apuntóle cuidadosamente al pecho del cabecilla, y al sonar el tiro el agitador cayó muerto. Los insurrectos al ver á su jefe muerto se arremolinaron en forma de círculo alrededor del cadáver, pero como las tropas deseaban quitárselo empieza otro combate al arma blanca, es decir bayonetas contra machetes. Otro disparo tan certero como el que mató á Martí hirió en el cuello á Máximo Gómez, y entonces se produjo gran confusión entre los rebeldes. Todos se reconcentraron, y el coronel Sandoval deseoso de acabar el combate, ordenó un ataque á la bayoneta, siendo éste terrible y sangriento. Los insurrectos ya no se ocuparon en defender el cadáver de Martí, su atención estaba fija solamente en Máximo Gómez, y al huir este herido, ceden ante el empuje de las tropas, emprendiendo precipitada fuga. Terminado el combate se replegaron las tropas, poniendo en sitio seguro el cadáver de Martí. Quince muertos más dejaron los insurrectos en el campo. Del reconocimiento del ex-jefe insurgente Martí, después de haber sido identificado su cadáver por el vaquero Chacón, vióse que presentaba aquél cinco heridas de bala, una en el pecho, otra en la región anterior al cuello y las restantes en las extremidades inferiores. Por parte de las tropas hubo siete muertos y dieciseis heridos. Después de dar sepultura á los cadáveres y de poner en sitio seguro á Martí, distribuyose un ligero rancho á las tropas, pues, eran ya doce horas las que llevaban de ayuno. Esta acción ó combate se le denomina de "*Los Ríos*" por haberse dado en la confluencia del Contra-maestre con el Cauto.

En los bolsillos de Martí encontráronse varias cartas y documentos que han dado lugar á conjeturas poco favorables para el General en Jefe. El cadáver de Martí fué inhumado en Remanganaguas. El Excmo. Sr. Don Juan Salcedo y Mantilla de los Ríos Comandante Ge-

neral de Santiago de Cuba, mandó por orden del Gobierno á Remanganaguas, al médico don Aureliano Valencia, con el objeto de embalsamar el cadaver del jefe de la revolución. En Palma Soriano encontróse con la columna del coronel Sandoval y manifestándole la orden que llevaba, retrocedió la columna hácia Remanganaguas procediéndose á la exhumación del cadaver, que después del embalsamamento fué trasladado á Santiago de Cuba. En el camino las tropas sufrieron un constante tiroteo; los insurrectos querían apoderarse nuevamente del cadaver, viéndose que en una acémila llevaban un ataúd. En estas escaramuzas fué herido gravemente en el cuello el distinguido primer teniente de infantería don Jorge de la Torre, hijo de Cuba. En el cementerio de Santiago de Cuba, fué nuevamente inhumado el cadaver del contumaz filibustero, no sin haber estado expuesto el tiempo suficiente para que el público lo viera; sin embargo, el que acudió era bastante numeroso. Levantose acta del enterramiento; el coronel Sandoval antes de proceder á la inhumación, dirigió al público las siguientes palabras: “¿Hay aquí algún pariente ó amigo del que fué fué en vida don José Martí?” Al ver que nadie contestaba, continuó dirigiéndose á los soldados en esta forma: “Señores, ante la muerte, cuando pelean hombres de hidalga condición como nosotros, desaparecen los odios y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo, sino un cadaver. Los militares españoles luchan hasta morir, pero tienen consideraciones para el vencido y honores para el muerto.” Los españoles costearon una lápida para el nicho que guarda los restos del que fué jefe de la revolución. Hermosas palabras, sublime proceder si lo ponemos en parangón con la conducta de los insurgentes, con los macheteos de hombres pacíficos, de inocentes niños, con los atropellos de débiles mujeres y con los incendios más horrorosos. Esa es la conducta, siempre generosa de la noble España, afirmen gratuitamente cuanto quieran, en contrario, sus irreconciliables enemigos, sus eternos detractores, ese es el proceder de sus hidalgos ligos.

La pérdida del jefe revolucionario fué la preocupación de los separatistas durante algunas semanas; porque no sabían á quien elegir para sustituirle: y lo mismo sucedió con la opinión ortodoxa de la Isla, pues ya se había separado casi por completo de la manera de pensar y proceder del general Martínez Campos. Algo misterioso é importante y quizás comprometedor, debió encontrarse en la cartera de Martí, algo no regular, cuando el coronel Sandoval desde aquella memorable acción se obscureció, mejor dicho fué postergado y si alguna vez se oía su nombre, no era como jefe de columna. Desde entonces nótese gran tirantez de relaciones entre los generales Martínez Campos y Salcedo, que obligaron á éste último á regresar muy pronto á la Península. Esas nebulosidades y misterios á raíz de la muerte de Martí, no han quedado desvanecidas y las conjeturas de la opinión son mayores y en ocasiones hasta exageradas. El tiempo todo lo aclarará y no dudamos que algunos prestigios sufrirán detrimento cuando la verdad se abra paso.

Hay una Providencia defensora de toda causa legítima y justa, y se muestra en sus designios resueltamente española, porque no puede, siendo la misma *justicia universal*, proteger y mucho menos amparar las traiciones y las mansas perfidias. La misma Providencia, cuando en el horario de los acontecimientos había sonado el momento de evangelizar y redimir al cristianismo á los hijos del continente americano y de los archipiélagos oceánicos, á España confió tan noble, humana y civilizadora misión. Esa misma Providencia divina háse constituido en ángel custodio para librar á España de las terribles maquinaciones, cruentas hecatombes y venganzas horribles fraguadas por los enemigos de la nación española. Ya que nuestra Patria ha sido su fiel mensajera y cumplido lealmente la misión encomendada, tengamos confianza en la Providencia divina, que ella nos conducirá al puerto de salvación, pagará con creces los sacrificios de nuestra España su lija predilecta. Los complots de atentados de asesinatos contra las tropas y los españoles, que han sido inúmeros en América, fracasaron todos, porque la Providencia vela por nosotros y por nuestra España. La muerte de Martí también ha sido providencial.

En cuanto á la actitud de la prensa cubana, solamente diremos que ha sido audaz hasta lo inconcebible. “*El Diario de la Marina*,” órgano oficial del reformismo, muñidor de las elecciones famosas de Sangüily y comandita, y además el mangoneador de la *res-pública* durante el mando de Calleja, empezó una violenta, ruda, descarada, injusta y hasta cínica oposición, motivada tan solo por el delito que había cometido el Gobierno conservador de no dejarle la exclusiva en la Isla. ¡ Cosa singular ! Afirmaba el Decano habanero, que él no hacía mas que política insular y nacional ; pero nada de lo afirmado era exacto. No era insular, en cuanto se reducía á la satisfacción de inmoderadas ambiciones, ni nacional ni mucho menos patriótica por cuanto el mismo partido liberal fusionista tenía mayoría en las Cortes de la Nación, y sin embargo, prestaba su concurso al partido adversario que se hallaba en el poder. Esta conducta es la patriótica, gubernamental y seria y la de “*El Diario de la Marina*” autinacional y demagógica. Los violentos artículos insertos en la prensa reformista cubana contra el partido de Unión Constitucional, obligaron á la de este partido á salir al palenque. El resultado era lógico ; surgió el apasionamiento y hasta las inconveniencias, y si dicho proceder es siempre funesto aún en tiempo de paz, más lo era entonces que ardía y se propagaba vertiginosamente una guerra separatista en la Isla. La prensa autonomista, desempeñaba el oficio de siempre, es decir el de avivar el fuego de la discordia entre constitucionales y reformistas, aunque lo hacía de una manera solapada y cautelosa. El general Martínez Campos hubiera podido cortar radicalmente dichos inconvenientes, pero es lo cierto que no se ocupó en evitar el mal. Hasta un militar de elevada graduación colaboraba en “*El Diario de la Marina*” con el pseudónimo de Juan Claro (léase Sr. Escribano, teniente coronel de Estado Mayor en la actualidad) y todos sus artículos tenían por lema y objeto la política

de la guerra. Los separatistas mansos y los rebeldes estaban de enhorabuena con las teorías de Juan Claro, pues, de la lectura de ellos se deducía que los crímenes horrendos debían castigarse con mucha benevolencia, muchos indultos y consideraciones. ¡ Cuanta hidalguía, generosidad y abnegación !

Si poco edificante resultaba, en verdad, la actitud de la prensa insular cubana, difamadora era la de algunas naciones extranjeras amigas de España, á lo menos en el nombre. Es verdad que la oficial y la que se hallaba informada por los centros ministeriales extranjeros, siempre ha observado una actitud digna, prudente, respetuosa y correcta. En Panamá el periódico titulado "La Estrella" publicación medio en inglés y la otra mitad en castellano, cuyo director es un cubano libre en la manera de pensar y de proceder, pero nacionalizado como colombiano, estampa en sus columnas los más soeces dieterios y calumnias contra España. La de los Estados Unidos de Norte América tales como *The Sun*, *World* y *Herald* no han hecho otra cosa que destilar hispanofobia, y dar acogida en sus columnas á todas las mendacidades inventadas por el laborantismo. Es verdad que ya tamaños desplantes y exageraciones no causan el efecto propuesto por ser muy conocidos los móviles, tendencias y el fin á que obedecen. "La Democracia" periódico que ve la luz en Tegucigalpa, nos llamaba á los españoles *godos abortos del infierno, usurpadores, explotadores* y otras lindezas por el estilo, todas ellas gastadas y vulgares; otro periódico titulado también "La Democracia" que se publica en Guayaquil (Ecuador) llama plenipotenciarios á los enviados por la Junta revolucionaria de Nueva York á recolectar fondos para la insurrección, é invita á los guayaquileños para hacerles una recepción digna al supuesto cargo de *plenipotenciarios*; pero los habitantes de la ciudad del Guayas, que piensan y discurren con la cabeza y de cuya sensatez no debemos abrigar duda alguna, por conocerlos bien, porque hemos residido en la ciudad ecuatoriana algún tiempo, no tuvieron el buen acuerdo de darle gusto á "La Democracia". Los desplantes y estulticias acompañados de cierta mala fé, parecen ser los móviles de todos los periódicos titulados "Democracias" escritos en castellano, puesto que hemos observado, que aún aquellos, que con igual título se publican en provincias insulares españolas, sienten igual afán y los inspiran idénticos sentimientos respecto á la causa nacional.

Toda la provincia de Santiago, desde que estalló la guerra, ha sido teatro fecundo de sangrientos dramas y no hay rincón, montaña, poblado ó caserío en que no haya ocurrido algún suceso propio de esta guerra que más que de separación, por la manera inusitada de hacerla, debiera llamarse de exterminio. Mencionamos, separadamente, los sucesos que vamos á relatar porque no constituyen combate, sino sorpresas y traidoras escaramuzas. El poblado de Cuabitas, situado cerca de Santiago de Cuba, es el segundo de los paraderos de la línea ferrea entre la capital de Oriente y el pueblo llamado el Cristo. Formaban el poblado unas cuantas docenas de casitas de guano en su mayoría, y

algunas quintas de las personas pudientes de Santiago de Cuba, por ser lugar muy favorecido en la temporada de verano. Cuabitas no tenía destacamento, pero su proximidad á la capital que es de unos tres kilómetros, le daba cierta garantía, así es que no había temor ni alarma de ningún género. El día nueve, á eso de las diez de la noche, pasaron por el poblado unos veintiseis guerrilleros de la guerrilla local de Cuba. Los insurrectos los vieron pasar desde el monte en donde se hallaban escondidos, para caer sobre el poblado poco tiempo después, y aunque eran más de doscientos, creyeron prudente no atacarla para no hacer acto de presencia ante la fuerza y para reservar todo su valor al atacar el poblado.

En medio de la calle estaban conversando un grupo de hombres formado por los paisanos Antonio Castañeda, Tirso Marcos, el italiano Antonio Rueche y Victoriano Baldoquín, cuando entraron los insurgentes por la puerta alta del poblado, dando gritos desaforados, profiriendo horribles blasfemias y al momento viéronse rodeados. Sin mediar explicación alguna, los ataron fuertemente y conduciéndolos fuera del poblado fueron bárbaramente macheteados, excepto Baldoquín, que pudo escapar después de haber sido herido.

Después de saquear las casas, procedieron al incendio de las mismas, quemando en conjunto como unos cuarenta edificios y hubieran completado la obra destructora sin la oportuna llegada de la guerrilla local de Cuba, que al divisar el incendio acudió en su auxilio. Los guerrilleros cayeron sobre los insurrectos, haciéndoles dos muertos y seis heridos y los incendiarios abandonaron al momento el poblado. El ataque á la Villa del Cobre no tuvo importancia; por eso desistimos de hacer una detallada relación.

El día veinte de Mayo el cabecilla José Maceo, al frente de cuatrocientos insurrectos, intimó para que se rindiesen á los soldados del destacamento que guarnecían el fuerte Esterón. Componían el destacamento quince soldados y un sargento. Rechazada la proposición de Maceo, empezó una lucha horrible: los insurrectos tenían completamente cercado el fuerte y las municiones empezaban á escasearles á los soldados. Entonces el sargento Anacleto Girbau arrojó á los soldados, y saliendo del fuerte cayó con tal impetuosidad sobre los rebeldes que éstos se dispersaron al momento, dejando abandonados un muerto y diecisiete heridos. De los defensores fueron heridos el sargento y cuatro soldados.

Los grandes y supremos esfuerzos realizados por las partidas insurgentes al principio de la guerra, el total fracaso de sus tentativas bélicas, eran síntomas precursoros de su completa desorganización y de su falta de valor, pero demostraban un gran acumulamiento de irrisorias ilusiones. En el ataque al fuerte *Esterón* lograron envolver en un muro de carne humana á los leales: sin embargo, había olvidado el cabecilla José Maceo que los soldados de España se crecen ó mejor dicho, se agigantan ante el peligro, y son capaces por su especial temperamento bélico de sostener luchas titánicas y que su vida la anteponen al esplendor de la bandera que han jurado defender. Por eso, al tener cercada á

tan exígua guarnición fué cuando aquel puñado de héroes realiza un ataque de frente, desafiando el número, y logra finalmente dispersar á los ilusos que se creían vencedores. El general Martínez Campos propuso al sargento Girbau para el empleo de segundo teniente, distinción merecidísima para quien sabe mantener con tanta bizarría la honra de España, para quien con tanto empeño y energía tanta defiende la integridad nacional, para quien tan celoso se mostró en el cumplimiento de su deber. También fué propuesto para la cruz laureada de San Fernando.

Otra nueva tentativa fué la de querer apoderarse del Cristo, poblado de la provincia de Santiago de Cuba y último paradero de aquel ramal ferroviario.

El propósito de Antonio Maceo era apoderarse de la casa-cuartel del pueblo donde había un buen depósito de armas y municiones, y en este lugar se presentó una fuerte partida mandada por el mismo cabecilla. Como á las diez de la noche sintióse un nutrido fuego en el paradero, donde se encontraba una guardia compuesta de veinte hombres de la primera compañía del primer batallón del regimiento de Cuba. A las once fué atacado el cuartel de la guardia civil por diversas partes á la vez. Encontrábanse allí el señor Lendines, ayudante del general Gasco, don Manuel Molina, teniente de la guardia civil, dos sargentos y un cabo del mismo instituto y quince soldados, y además un teniente de voluntarios con tres individuos. Tan escasas fuerzas sostuvieron el ataque por espacio de dos horas y media, haciendo frascasar los planes de Maceo y sus mil doscientos insurgentes. Enteradas las autoridades militares de Santiago de Cuba de lo que ocurría, dispusieron con toda celeridad el envío de refuerzos, los cuales se embarcaron en un tren dispuesto á propósito; pero los insurrectos habían cortado la vía y por consiguiente descarriló la máquina exploradora. Aprovechan los insurgentes la confusión producida por semejante contratiempo para tirotear al capitán Rojo y á los cuatro soldados que le acompañaban. Lo mismo hicieron con el tren que conducía el grueso de la columna auxiliadora; pero apercibida ésta rechazó á los rebeldes causándoles pérdida de un muerto y tres heridos. La tropa continuó á pié el camino, haciendo retirar del Cristo á los insurgentes alevos que habían incendiado algunas casas. Entre los escombros de una de ellas se vieron los restos de un negro insurrecto y la calle que da acceso á la casa-cuartel, quedó materialmente enrojecida por la sangre, todo lo cual demuestra que los rebeldes sufrieron numerosas bajas. Con estos sangrientos episodios termina el mes de Mayo de 1895.

Tan repetidas muestras del salvajismo insurgente obligaron á las Autoridades Militares á tomar ciertas enérgicas medidas de represión. El Comandante General del primer distrito de operaciones publicó un bando que, transcrito literalmente, dice así:

B A N D O.

“Don Juan Salcedo y Mantilla de los Ríos, Comandante General del primer distrito de operaciones.”

“Hago saber:”

“La seguridad de vidas y haciendas me obliga á tomar medidas de extraordinaria fortaleza por los brutales asesinatos de la noche de ayer en Cuabitas. Y para que mis servicios de campaña tengan toda la extensión que necesitan, para hacerse sentir con todos sus efectos, desde el anochecer hasta los claros de la mañana y á partir del doce del corriente, expondrá su vida todo vecino de la capital, poblado ó caserío que salga de sus viviendas para el campo abierto, pues todas mis columnas, patrullas y emboscadas que operan en él, llevan la consigna de hacer fuego, y por lo tanto el riesgo es inminente.”

“Advertidos quedan los leales, honrados y tranquilos habitantes de esta medida indispensable para acabar con *la confusión en que vivimos* que aumentada con las sombras de la noche es protectora de crímenes y venganzas.”

“Santiago de Cuba, nueve de Junio de 1895.”

“JUAN SALCEDO.”

Medida, en verdad, fué ésta muy oportuna, porque en confusión lamentable vivían los anantes del orden y los espías de la insurrección con la vestidura de pacíficos. A estos debíanse las audacias de los insurgentes. Como auxiliares de la revolución salían al campo ya durante el día, ya por la noche y enteraban á los cabecillas detalladamente del movimiento de las columnas, número de fuerzas y de todo lo concerniente á los destacamentos, para que los rebeldes pudieran realizar, sin grave riesgo, los actos vandálicos anteriormente narrados. El bando del general Salcedo produjo bastante alarma, especialmente en los separatistas mansos, porque venía á corregir un abuso intolerable y á cortar radicalmente las confidencias entre los insurgentes del campo y sus auxiliares de los pueblos. Al general Martínez Campos pareció demasiado fuerte, no fué de su agrado, y como las relaciones existentes entre el general Salcedo y el General en Jefe desde la muerte de Martí no eran muy cordiales, no surtió los deseados y positivos efectos que eran de esperar. Acentuada de día en día la disparidad de criterio entre los dos generales, no era posible la continuación de ambos en la campaña, hasta que por fin Salcedo se vió en la necesidad de pedir su regreso á la Península con el corazón lacerado por tantas defeciones y contrariedades.

CAPÍTULO VI.

SUMARIO.—Expediciones peninsulares llegadas á Cuba hasta últimos de Junio.—Aparente tranquilidad en el Camagüey.—Chispazos revolucionarios.—Ataque al cuartel de San Miguel de Nuevitas.—Invasión de Máximo Gómez.—Levantamiento del Marqués de Santa Lucía.—Incendio del poblado de Altagracia.—Acción en Ceja Pablo.—El suceso del Mulato.—Rendición de San Jerónimo.—Defensa del Ramblazo.—Otros hechos importantes.—La trocha de Júcaro á Morón.

Estamos ya en Junio del año 1895, poco más de tres meses después de haber estallado el movimiento revolucionario. Los hechos de armas se han sucedido con gran rapidez, y sangre española ha vuelto á enrojecer la tierra cubana. La obcecación de los cubanos fanatizados por mercaderes de sangre humana para ganarse un puñado de oro, ha seguido su fatídico derrotero. Sí, porque asalariados son los Maceos y Máximo Gómez: pensar que en ellos existe ideal determinado sería una insensatez, y aún los mismos de la junta revolucionaria de Nueva York, tolerada oficialmente por un Gobierno de la federación titulado amigo de España, no son otra cosa que miserables explotadores de patriotas ignorantes y sin conciencia.

Durante los meses que llevamos de guerra se han enviado á la isla de Cuba cuatro expediciones de tropas peninsulares, y además dos batallones de cazadores de la isla de Puerto-Rico, ascendiendo el número de hombres en su totalidad, á nueve generales, nuevecientos setenta y ocho oficiales y veintidos mil soldados. Las bajas sufridas por las tropas en las acciones de guerra consisten en un jefe, seis oficiales y cuarenta y un soldados muertos, y heridos otro jefe, diez oficiales y ciento veintiseis individuos de tropa. A estas bajas debemos agregar las producidas por enfermedad. En el mes de Junio viene á reforzar el ejército de operaciones otra nueva expedición compuesta de doce mil hombres.

La calma disfrutada en la provincia de Puerto Príncipe no era más que aparente. Habían ciertas personalidades que figuraron en la pasada guerra que rechazaban la revolución, es cierto; pero existían gran número de imaginaciones calenturientas, que solamente aguardaban ocasión propicia para empuñar las armas. La comisión mandada á Máximo Gómez no tuvo resultado por causas fáciles de explicar. La educación de la juventud cubana después de haber terminado la guerra de los diez años había sido francamente separatista en Puerto Príncipe. El autonomismo, enseñoreado de aquella provincia la había estacionado por completo en materia de progreso. Predicando el progreso y la libertad, la capital camagüeyana más que una ciudad moderna, parece medioeval. La Diputación Provincial, sin edificio propio y adecuado á la elevada representación de la provincia, nunca ostentó el retrato

del Jefe del Estado en el salón, y lo mismo sucedía en la Casa Consistorial. Los procedimientos y administración autonomista quedaron comprobados: bellos en la teoría y fatales en el terreno de la práctica. El Camagüey es una prueba fehaciente de lo expuesto, por cuanto desde la otra guerra han ejercido mando absoluto en lo político y administrativo los liberalísimos autonomistas. La calma que se notaba en el Camagüey era precursora de una próxima y fuerte tempestad. Por estas circunstancias deseaba el mercenario dominicano invadir dicha provincia; pues sabía con toda certeza que existían numerosos elementos dispuestos á secundarle. El telegrama particular expedido por el señor Marqués de Pinar del Río Excmo. don Leopoldo Carvajal pronto iba á tener el caracter de un hecho consumado.

El autonomismo camagüeyano, ha demostrado palpablemente ser tan sólo nominal. Su *desideratum* era la independencia. Nuestros Gobiernos nacionales y nuestros Gobernadores Generales de Cuba y Puerto-Rico, no han querido estudiar con alguna detención las diferentes posturas de los *reformistas* liberales de nuestras posesiones continentales en América. Todos ellos eran *españoles in verbis*, pero separatistas en el fondo. Conocen la ingenuidad del nacido en España, y de ella sacan provecho. La dignidad no importa, la buena fé y la ingenuidad son conceptos gastados y de resultados negativos: lo importante es conseguir su objeto. El inmortal Tacón que había peleado defendiendo á España en el Perú insurgente, y que era conocedor de las hipocresías de los liberalísimos americanos, lacerado tenía el corazón por tantas infamias, y por eso extremó un saludable rigor contra los liberales cubanos. El período de su mando fué acertadísimo y provechoso. La riqueza de Cuba adquirió maravilloso incremento; sin embargo, los *liberalísimos* en nefando contubernio con los separatistas han logrado aniquilarla. La historia de la emancipación del continente hispano-americano es la misma, en sus hechos y procedimientos que la existente ahora en Cuba, y los separatistas de esta lo mismo que los de Puerto-Rico utilizan idéntico sistema de falacias. Como prueba podemos citar las dos guerras cubanas y la insurrección de Lares en Puerto-Rico.

Llegaron á verificarse las llamadas alboradas de San Juan en Puerto Príncipe el año 1894. Grupos numerosos de jinetes con el sombrero de yarey vuelto á la usanza filibustera, recorrieron la capital. Simularon cargas al machete, ordenados en secciones, combates de caballería contra infantería, profirieron sus meneguadas lenguas gritos inconvenientes y de responsabilidad criminal por ser gritos subversivos. Numeroso público con banderas de diversos colores, en los cuales predominaba el azul y blanco, acompañaban á los jinetes, haciéndoles coro y aplaudiendo aquellos simulacros de maniobras militares. Los colores nacionales brillaron por su ausencia. Todo aquello fué una descarada provocación, un reto grosero, que produjo honda indignación á los buenos españoles, á las mismas tropas; pero se hallaban los soldados imposibilitados de hacer nada ostensible, de dar expansión á sus patrióti-

cos sentimientos, por orden de sus superiores. Alguna eficacia, algun valor debía tener la *paz moral autónomo-reformista*, é indudablemente la tenía para hacer alarde del injustificado odio á España. El general Calleja imprevisor más no prudente, sugestionado por un mal entendido concepto de amor propio, dispuesto siempre á obrar con el criterio ajeno y no con el suyo propio, inepto para el mando de Gobernador General, no reprimió aquellos desahogos francamente separatistas de los camagüeyanos, y dejó sin castigo ni reprensión alguna las falsas alegorías realizadas en las *bacanales* de Puerto Príncipe. Triste mando, nada envidiable por cierto, el de esos Gobernadores Generales que con el funesto pretexto de *atraer* á lo irreductible, llegan hasta la torpeza de mirar con desprecio al elemento sano. El verdadero patriotismo de los Gobernadores Generales no debe buscar en los salones del palacio las pruebas del amor á España, porque allí generalmente se respira atmósfera elevada y enervante á la vez, sino en el país verdad, en el estado de la opinión, y observar si esta rechaza la bandera nacional y se halla dispuesta á seguir el trapo de la revolución. Si en prisua tan racional hubiera visto el general Calleja la malévola intención de los *Carnavales* de Puerto Príncipe, no dudamos hubiera prohibido celebrarlos. De esta manera altamente hostil á España empezaron y terminaron las camagüeyanas bacanales.

Además, el Camaguey estaba muy bien preparado y decidido á la revolución. Es evidente que algunos veteranos de la anterior guerra no estaban conformes con los partidarios de otro movimiento revolucionario; pero dichos personajes habían perdido todo el ascendiente que tenían con los separatistas, una vez declarados amigos del orden. No podía suceder de otra manera por ser ideas completamente antagónicas *el querer la guerra y el rechazarla y condenarla*: son criterios diametralmente contrarios sin lazo de unión posible. Pero el visionario Salvador Cisneros Bentancourt (Marqués de Santa Lucía), agente de Martí y entusiasta admirador de Máximo Gómez, laboraba activamente en pro de la revolución con el pseudónimo de autonomista. El comité revolucionario de Puerto Príncipe estaba constituido por Cisneros que era el presidente, y por el Presidente de la Diputación Provincial, otro Diputado de la Comisión Permanente y dos Concejales. ; En buenas manos estaban confiados los intereses de España! Por la vía de Nuevitas y aún por la de la Habana se recibíancargamentos de armas, que, la junta central de Nueva York mandaba por distintos puertos de aquella República, y eran depositadas hasta llegar el momento oportuno ó se entregaban al bandolerismo insurgente de la provincia camagueyana. Se laboraba con mucha finura y tacto. Con el pretexto de perseguir al bandolerismo, formose una *junta de defensa* con toda la apariencia de de la seriedad. La mencionada *junta* tuvo la audacia de pedir armas al Gobernador General para hacer más eficaz la persecución del bandido Mirabal, que ya desde tiempo antes llevaba en su maleta el nombramiento de coronel del *ejército libertador*, título concedido por la junta revolucionaria de Nueva York. La idea de pedir armas inicióla el

comité laborante de Puerto Príncipe, y el autor de esta petición fué el Marqués de Santa Lucía. El destino como supondrán acertadamente nuestros lectores, no era para el bandolerismo insurgente que se hallaba en connivencia con el ya mencionado *comité* laborante del Camagüey, sino para aumentar los medios de defensa de los rebeldes en la guerra próxima á estallar. Pero con fruición mencionamos la conducta del general Calleja en esta ocasión, conducta completamente metamorfoseada porque con enérgica entereza negose á entregar las solicitadas armas. Mostrose en este acto como el prototipo de los Gobernadores Generales autoritarios y enemigos de intromisiones. Mil veces hemos dicho que en todas las guerras separatistas sostenidas por España en sus posesiones de América, repítense hechos idénticos en el fondo, pero con ligeras variantes en la forma. Cuando empezaron los conatos separatistas en la Real Presidencia de Quito (hoy República del Ecuador) los Marqueses de Selva Alegre y Montúfar igual petición de armas hicieron al Presidente *Aimerich*, diciendo que era para defender al Rey, y crearon unos cuerpos de fuerza armada, verdaderos batallones, con el título de *falanges de Fernando VII*. Las armas fueron entregadas, los batallones instruidos militarmente, y cuando estalló la insurrección en vez de defender á España, como habían jurado, se unieron á los insurgentes. Si el general Calleja hubiera tenido la debilidad de entregar armamento á la *junta* de Puerto Príncipe estaría actualmente en poder de los insurrectos. El Marqués de Santa Lucía preparó con mucha astucia la petición, fiado en la bondad del general Calleja, pero la energía momentánea de éste desbaratole todos los planes de aquel.

El octogenario Marqués de Santa Lucía separatista recalcitrante y estrafalario, en su amor al separatismo es franco. Por esa pasión renunció el título de Marqués y hasta la nacionalidad española, cambiándola por la ciudadanía americana. El movimiento revolucionario en el Camagüey se ha estado preparando sin ninguna clase de misterio ni recato, á la luz del día, por mas que digan lo contrario los autonomistas fiadores de la sinceridad del Marqués. Pruebas no faltan para demostrar la verdad de nuestras afirmaciones. Unos cuantos niños de catorce años marcháronse al campo, y tan pronto como tuvieron el primer choque con las tropas, que por no causarles daño hicieron una descarga al aire, se dispersaron y volvieron á sus casas. Si como elementos de guerra, esos niños carecen de importancia, no sucede como prueba de las ideas que han oído predicar en sus casas á sus familias, y en las escuelas de instrucción primaria á sus maestros. Se venía inculcando en el Camagüey como en toda la Isla el odio á la patria, formando con tan reprobada enseñanza el corazón de la niñez.

Luego no es exacto ni racional lo afirmado por una publicación habanera titulada *Crónicas*, cuando dice que el combustible de la guerra en el Camagüey desarrollóse por inoculación. Nosotros creemos que fué por combustión, aún más, por generación espontánea por haber causas y motivos suficientes para no ser necesario el contacto; ideas y estímulos excesivos para atentar contra la patria brotaban confusa-

mente en aquella provincia; tendencias é ideal separatista germinaban sin necesidad de auxilio exterior para manifestarse. Los elementos levantiscos é intemperantes que deseaban echarse al campo y las partidas de jóvenes fogosos separatistas, no era un misterio para nadie que existían en Puerto Príncipe.

El General Martínez Campos, deseoso de quitarles todo pretexto para el levantamiento, removió aquellos obstáculos que impedían la construcción del ferrocarril de Santa Cruz del Sur á Puerto Príncipe. El fin del general era dar ocupación á todos los braceros que careciesen de trabajo; pero tan buenos deseos quedaron frustrados, y perdido el dinero gastado en las obras comenzadas. El Marqués de Santa Lucía conspiraba á ojos vistos, sin precauciones, catequizando gente entre las familias acomodadas, y por mas que los señores Luaces y Mola se oponían al movimiento, la influencia de ellos era ineficaz, según se notaba en los movimientos, en el ambiente que se respiraba. La altura á que habían llegado las cosas, profetizaba el fin que han tenido, á pesar de las protestas hechas en favor de la paz por los camagueyanos. No se necesitaba otra cosa para levantarse en armas que una ocasión propicia, una oportunidad, y esta, como ya se sospechaba, no se hizo esperar. La invasión de Máximo Gómez fué la oportunidad. Las partidas de bandoleros mandadas por Lino y Nicasio Mirabal eran devastaciones; las armas las recibían de la misma Habana enviadas por el comité revolucionario central: y por último cuando una nación, provincia ciudad ó pueblo aspiran al unísono ó albergan en su corazón una idea por disparatada que sea, la explosión también es unánime al presentarse la ocasión, porque esos fenómenos sociales como sucede en las revoluciones, no brotan por meros accidentes.

El primer conato revolucionario iniciado en Puerto Príncipe surgió en las Tunas al poco tiempo de haber estallado la guerra. Panchín Varona Tornet se levantó en armas el ocho de Abril, y el doce del mismo mes se dirigió con su partida hácia San Miguel de Nuevitas en donde había destacado un puesto de la guardia civil mandada por el sargento Hermenegildo Martínez. La gente del pueblo era pacífica y el cuartel, por lo tanto, no tenía condiciones de resistencia. El día doce de Abril cuando el sargento Hermenegildo, su mujer y su hijo, y lo mismo los restantes guardias del puesto se sentaban á comer, divisaron una inmensa polvareda en el camino real que da acceso al pueblo, y al poco rato oyeron un ruido infernal acompañado de imprecaciones. El galopar de los caballos y los gritos de *¡Viva Cuba libre!* anunciaban la entrada de Varona y sus cuarenta y ocho jinetes en el poblado. Los guardias se prepararon para rechazar el ataque y los insurrectos acto continuo se dirigieron al cuartel, queriéndole tomar por asalto. Una descarga hecha por los insurgentes inició el ataque, y el sargento Hermenegildo ordenó enseguida á su gente que se dispusiera á la defensa. Cada uno de los defensores ocupó como sitio para la defensa sus respectivos dormitorios, y el sargento se parapetó detrás de

una ventana para contestar á los insurrectos. No habían transcurrido cinco minutos y el fuego se hizo horroroso; los rebeldes gritaban como energúmenos; *Viva Cuba libre!* contestados por el mágico y patriótico; *Viva España!* dentro del cuartel. El hijo del sargento, niño de once años, empuña un rifle, haciendo fuego como si fuera un veterano y la mujer doña Rosario Ibañez un machete, resueltos todos á vender caras sus vidas.

En lo más reñido del combate intentaron los insurrectos asaltar la casa particular del sargento cuya puerta de entrada estaba abierta. La mujer con pasmosa serenidad y machete en mano, se abalanzó á la puerta en medio de un diluvio de balas, y la cerró en el acto. Entonces á los rebeldes no les quedaba mas recurso que entrar por las ventanas para apoderarse del cuartel como era su deseo. Un enorme negrozo se atrevió á dar el asalto, pero el sargento le disparó con tanto acierto y su esposa Rosario le asestó tan fuerte machetazo á la cabeza del insurgente, que cayó éste al suelo instantáneamente muerto.

Seguían defendiéndose los guardias con gran tenacidad y heroísmo, cuando un grito de *Viva España!* resonó fuera del edificio, lanzado por un pelotón de veinte soldados de Tarragona mandados por el teniente Padilla, que al oír la descarga acudían en auxilio de los leales. Los insurrectos huyeron entonces en el más completo desorden, abandonando los muertos, heridos, armas y caballos. En la refriega murieron el cabecilla Varona, su segundo Alvarez, Aday y otros menos importantes. Este glorioso hecho de armas, realizado por unos pocos individuos de la benemérita Guardia Civil, constituyen el principio de la epopeya de otros muchos de tan distinguido instituto, realizando otros igualmente heróicos el ejército y los voluntarios. La nación española tributa unánime aplauso á ese puñado de valientes, que así saben enaltecer á la patria y á sus venerandas tradiciones.

Ejemplo admirable ofrece á nuestra consideración la conducta observada por los defensores de San Miguel de Bagá. Desde que estalló la inicua guerra, el sargento Martínez comprendía muy bien la difícil situación en que se encontraba el pequeño puesto de la Guardia Civil compuesto solamente de cinco guardias, que si bien es cierto, eran hombres muy decididos y conocedores del terreno, no es menos evidente, que ante fuerza superior, y la seguridad de un ataque, no quedaba otro recurso que morir sin remisión. El sargento, cuando alguno de sus compañeros le hablaba del peligro, por más que él se hallaba completamente convencido de todo, concluía la conversación con algunos chistes para infundir confianza á los suyos. La esposa del sargento doña Rosario Ibañez, mujer animosa, siempre encontraba una frase ingeniosa para reanimar á los compañeros de su marido, y les decía: "*¿Quién habla del miedo?*" y aquellos defensores acullaban sus sentimientos y se disponían á desafiar el inminente peligro. El mismo acto de cerrar la puerta del cuartel en ocasión que los insurrectos estaban casi junto al portal, realizado por la mujer del sargento, con exposición de su vida, constituye una verdadera epopeya, compendiada toda ella

en el sagrado deber de la defensa de la Patria y de la familia. Un momento de vacilación en cerrarla hubiera sido suficiente para que los insurgentes se apoderaran de la casa—cuartel.

Desde el momento en que el perjuro Máximo Gómez pisó de nuevo tierra cubana para cometer sus habituales fechorías; para enrojecer los campos con sangre inocente, aunque esclava del deber y del patriotismo, sabíase de antemano que no estaría mucho tiempo en la provincia de Santiago de Cuba, por existir antagónico dualismo entre él y el cabecilla Maceo. El dualismo radica en los caracteres, ambiciones y fin que persiguen ambos revolucionarios. Maceo no tolera mas que en la apariencia la superioridad gerárquica concedida al dominicano por la junta revolucionaria, y en Gómez la presencia de Maceo le es insoponible, porque la arrogancia del mulato la considera como deprimente á su autoridad que él cree omnimoda. Maceo tiene por campo de acción la montaña, el desfiladero, el tortuoso barranco; Gómez es partidario de la espesa manigua, del llano y de las colinas; el primero representa al tigre en constante acecho; el segundo la astuta serpiente que va en busca de la traidora sorpresa: la montuosa provincia oriental es el teatro adecuado para hacer la guerra Maceo; así como el Camagüey lo es para Máximo Gómez.

En sus tendencias dibújase el antagonismo siguiente: Maceo desea el predominio de la gente de color de la cual es su pontífice máximo; Gómez, al contrario, concede la preferencia al elemento blanco; el primero, su desideratum es la formación de una república de azabache similar á la de Haití, siempre que la conquista total de la Isla no le sea posible; el segundo antepone antes que la preponderancia de la gente de color, la anexión de Cuba á los Estados Unidos de Norte América. En cuanto al fin la disconformidad aparece de mayor bulto; no pueden tolerarse ambos jefes insurrectos, y mucho menos la hegemonía del uno sobre el otro. Estos antagonismos revisten el caracter de un verdadero odio, y esto lo demostraremos con datos y hechos verídicos.

Después de la gloriosa acción de *Dos Ríos* en la cual murió Martí y quedó herido Máximo Gómez, los deseos de éste eran pasar cuanto antes al Camaguey. El general Martínez Campos también suponía las intenciones del cabecilla, y reforzó las columnas que operaban desde la jurisdicción de Holguín hasta "*Victoria de las Tunas*" y Guaimaro, con el intento de frustrarle los planes al dominicano, mandando escalar habilmente las columnas. Máximo Gómez, una vez repuesto de su herida, inició el movimiento de avance hácia occidente, acompañado de Borrero y Rodríguez Capote, y además de un contingente de doscientos orientales blancos, todos de caballería. Respecto á la manera ó forma en que pasó han corrido diversas versiones.

Unos dicen que para eludir el peligro de caer en manos de las columnas, ordenó á Maceo que hiciera un movimiento hácia Holguín, simulando un ataque, si preciso fuera, á la misma ciudad. Así distraería á las tropas y él mientras tanto atravesaría la escalonada línea formada por las columnas. Citan como hechos probatorios los sostenedores de

esta versión, el acto de presencia que Maceo y Miró con sus partidas hicieron en el ingenio *Santa Lucía*, en cuyo central acamparon, y la contramarcha del general Suárez Valdés el cual dejó la persecución de Gómez para atacar á Maceo. Es cierto que este presentó combate, pero después se retiró sin aceptarlo, apesar de haberlo provocado.

Otra de las versiones asegura que el dominicano mandó hacer acto de presencia á su partida por la parte de las Tunas, pero más al sur de dicha villa, y que mientras las tropas se combinaron para atacarla, pudo franquear la línea escalonada por haber quedado algunos puntos vulnerables desde el momento en que las tropas dejaron el primitivo plan en virtud de la movilidad de los insurrectos. Dicen que el itinerario que siguió el cabecilla fué por los alrededores de Cascorro y Sibaniou, en cuyas maniguas permaneció oculto durante algún tiempo, hasta que hizo su aparición en el poblado de Altagracia.

Otros aseguran que Máximo Gómez, después del combate de "Dos Ríos," continuó su marcha, cruzando enseguida el río Cauto, pernotando el día veintiuno de Mayo en Loma Sabanilla. Continuó su ruta sin novedad alguna, entrando en la provincia camagüeyana entre Sabana-lamar y González; pasó luego á Hato Viejo, contramarchó hácia Sevilla la Vieja, subió á Guaimarillo, después á Najasa y desde el último punto se dirigió al poblado de Altagracia. Esta manera de explicar la marcha de Gómez es la menos aceptable, por mas que el itinerario nos presente una série de rodeos, marchas contramarchas y elucubraciones hechas por Gómez para despistar á las columnas.

La forma de pasar al Camagüey más lógica y posible, la que está más en conformidad con el temperamento del cabecilla invasor, y la que ha usado siempre en sus correrías, es la siguiente; corroborada además por los guajiros que los vieron reconcentrarse. Máximo Gómez al verse perseguido tenazmente por las columnas y deseoso de evitar á todo trance un combate, que en la situación en que se encontraban sus fuerzas hubiera sido desastroso, y además le hubiera impedido el anhelo que tenía de pasar á Puerto Príncipe; después de haber cruzado el río Cauto, siguió la marcha por la margen derecha del río en dirección al sur. Desde allí ordenó á los doscientos ginetes que tenía á sus órdenes, se fraccionaran en grupos de dos ó tres hombres y que ocultaran las armas de fuego para no infundir sospechas, previniéndoles que la reconstitución de la partida debía verificarse en el montes de Najasa. De esta manera se realizó la invasión sin peligros y sin medio humano de persecución, así como también estos son los procedimientos del mercenario dominicano de Bani. El Gobierno había reconcentrado suficientes fuerzas en la frontera de la provincia para tratar de impedir la invasión; pero no era posible impedirla, tratándose de un hombre práctico en el terreno, artero y astuto, como sucedió realmente á la voluntaria y temporal dispersión, y después la orden de reunirse en determinado sitio.

El día cinco de Junio, casi simultáneamente con la entrada de Máximo Gómez en la provincia, salía de la capital del Camagüey, enarbo-

lando el pendón revolucionario, los rebeldes Marqués de Santa Lucía, Lope Recio, Oscar Primelles, Rafael Labrada, Enrique Recio, Máximo Montejo, Luís Suárez y el pintor Armando Menocal, incorporándose á Máximo Gómez, y formaron un núcleo de unos seiscientos hombres entre caballería e infantería, todos ellos muy bien armados con rifles relámpagos y Winchester y perfectamente equipados. La invasión á Puerto Príncipe significaba que la insurrección limitada hasta entonces á la provincia de Santiago de Cuba repercutía en la provincia del Camaguey.

Al cabo de algunos días apareció Máximo Gómez en Altagracia, poblado cuya situación se halla á unos veinticinco kilómetros de Puerto Príncipe y sobre la vía férrea, que une á la capital de la provincia con el puerto de Nuevitás y da nombre á una de las estaciones ó apeadero de la línea. La pequeña guarnición del poblado, mandada por un sargento, no tenía noticia de la existencia de partidas por aquellos alrededores, cuando vieron aparecer repentinamente una considerable masa de insurrectos que avanzaba dividida en pequeños grupos. El ruido que al trotar produce la caballería, el golpear las puertas para que las abriesen, los vivas á Máximo Gómez, á *Cuba libre* y los desafortunados gritos dados por los rebeldes, hicieron comprender al centinela la proximidad del enemigo, y disparando su fusil despertó á la fuerza, aprestándose en el acto á la defensa. Los rebeldes sumaban un contingente de seiscientos hombres entre infantería y caballería. El sargento Vidal, jefe del pequeño destacamento, reunió á los soldados en una casa de malas condiciones defensivas, pero resuelto á contestar al ataque. Máximo Gómez intimó la rendición; la contestación de los valientes soldados fué una descarga. Entonces los rebeldes comenzaron un nutridísimo fuego contra el fuerte, acribillándolo á balazos. De algunas casas habitadas por españoles hicieron disparos contra las hordas del traficante dominicano. La pequeña guarnición se defendía con heroísmo, la mitad de los individuos que la formaban, ya no podían auxiliar á sus compañeros por estar muertos ó heridos. El cabecilla, irritado por la tenaz resistencia de los soldados, dió órdenes para que fuese incendiado el poblado y por contacto el *débil fuerte*. Las mujeres, los niños, los ancianos, en fin todos los pacíficos habitantes de Altagracia al aviso de tan anárquica orden, echáronse á correr hacia la manigua sufriendo las descargas de los insurgentes, mas no la de los nobles soldados de España, que solamente saben hacer blancos en los cuerpos de los insurrectos.

El incendio fué tomando incremento, y el fuerte donde se defendían, los leales, se encontraba amenazado de quedar convertido en pavesas muy pronto; pero el sargento y los soldados no desmayan y con sus certeros disparos impiden el avance de los insurgentes, sin ocurrírseles ni remotamente siquiera jamás abandonar la lucha y rendirse á los enemigos de España. Al verse envueltos entre las llamas, abandonaron el fuerte y emprendieron un audaz ataque de frente contra los insurrectos, cuyo número era veinte veces mayor que ellos; de esta manera se re-

tiraron hasta el ingenio " Dos Marías," sin dejar un cartucho ni armamento y recogiendo los muertos y heridos. Las tropas tuvieron un cabo y cuatro soldados muertos y seis heridos y los rebeldes diecisiete bajas. En este ataque murió de un balazo en la cabeza el insurrecto Francisco Borrero.

El saqueo, el incendio son los dos argumentos empleados por los rebeldes para regenerar á Cuba, mucho más feliz y opulenta con su madre, que no regida por advenidizos infames. Al jefe del paradero le robaron como acostumbra hacer los bandidos; el infeliz pedía le dejaran aunque no más fueran veinte pesetas para comer: aquellas fieras desoyeron las súplicas que si el infeliz las hubiera prolongado, el lazo y la guásima hubiera sido su castigo. Al sargento heroico don Antonio Vidal y Fernández se le concedió por tan meritísima defensa, la cruz laureada de San Fernando.

Al ataque é incendio de Altagracia siguió la escaramuza que tuvieron los insurgentes con una guerrilla en Ceja Larga. La fuerza leal salió de Puerto Príncipe á proteger la línea telegráfica, cortada por Máximo Gómez antes de atacar el poblado de Altagracia, viéndose de pronto sorprendida por la avanzada rebelde dirigida por Mirabal. La guerrilla se defendió tenazmente, y no obstante sus numerosas bajas pudo refugiarse la mayor parte de ella en el Jerónimo.

Gómez, después de esta escaramuza, se dirigió hácia la finca " *El Mulato*" en la cual había un destacamento compuesto de treinta y cinco soldados al mando del segundo teniente don Antonio Becerra. El teniente, bien porque considerase la superioridad numérica del enemigo, pues había más de mil hombres y toda resistencia hubiera sido inútil, ó por otra causa, de que no queremos hacer mención, no hizo resistencia y entregó las armas y municiones. La guarnición quedó en libertad. Después de la operación del desarme, los insurgentes quemaron todas las casas, reduciéndolas á pavesas. La fuerza desarmada fué á Puerto Príncipe é inmediatamente que llegaron, al teniente Becerra se le notificó auto de prisión y se nombró un juez instructor para la sumaria incoada.

El Mulato sólo constaba de una tienda mixta en la cual se albergaban los soldados encargados de guardar los caballos que de Puerto Príncipe mandan á aquellos montes. Como medio de defensa, en el caso probable de un ataque, como efectivamente sucedió no tenía. La casa ocupada por la fuerza era de guano; los soldados la rodearon de un foso y elevaron una estacada.

El plan de Máximo Gómez se dibujaba claramente, y era el de caer con su numerosa partida sobre pequeños destacamentos para obligarlos por la fuerza á rendirse; y de esta manera se proveía de armamento y municiones. Del *Mulato* fué Gómez á San Gerónimo: el día diecinueve de Junio entre cinco y seis de la tarde se presentaron á la vista del poblado. El teniente comandante del destacamento, señor Laborda, se hallaba con la mayor parte de la fuerza, concluyendo un barracón especie de fortín, cuando se le presentó un paisano mandado

por Máximo Gómez y le entregó una carta en la cual le intimaba la rendición. La pretensión del cabecilla fué rechazada por el teniente Laborda. Gómez le mandó nueva misiva por conducto del Alcalde del poblado señor Samper, reiterándole la rendición, pues deseaba evitar el derramamiento de sangre y la defensa era una temeridad; mas el teniente contestole negándose, añadiendo que como oficial del ejército defendería su puesto hasta que pudiera.

En vista de esto, los revolucionarios atacaron el edificio que servía de fuerte á nuestros decididos defensores, y al ver Gómez que las acometidas no daban resultado, por ser rechazadas con tenacidad, ordenó á los paisanos que había detenido, prendieran fuego al poblado. El teniente, notando que algunos venían ocultándose por las casas y pegaban fuego á éstas por la parte de atrás, mandó hacer tres descargas las cuales fueron contestadas por los insurrectos con fuego graueado. Como las casas eran de guano, el fuego se hizo muy pronto general, comunicándose también al lugar en donde estaba el destacamento. Entonces ordenó Máximo Gómez el avance de los suyos, disparando al fuerte. El teniente notando que la del fuerte estaba ardiendo y pocas de guano encendidas caían sobre las cabezas de los soldados, viéndose envueltos entre las llamas y por un círculo de insurgentes, capituló. Gómez no quiso despojar de su espada al valiente oficial señor Laborda que tan bien había sabido cumplir con los deberes militares y las armas de los soldados y el parque fueron recogidos.

Los insurrectos, antes de atacar el poblado del Jerónimo, habían cortado la línea telegráfica con el intento de atacar á la fuerza leal que protegiese la reparación y así sucedió, pues unos setenta y cuatro guerrilleros mandados por el capitán Agüero atacada ruidamente por el enemigo fueron destrozados. Los supervivientes entraron en el poblado del Jerónimo poco antes de llegar Máximo Gómez con su fuerza.

Los insurrectos desde allí se fueron á Vertientes, poblado distante de San Jerónimo unas seis leguas, en cuyo punto habia un destacamento de cuarenta soldados del segundo batallón del regimiento de infantería de Zaragoza. Atacado el fuerte no pudo rendirlo. Después de este fracaso dirigióse el cabecilla Gómez á Cascorro, siendo también rechazado al atacar el fuerte, y en venganza quemó algunas casas del pueblo.

El plan de Máximo Gómez era el de sorprender los pequeños destacamentos situados en la provincia de Puerto Príncipe, é impedir la circulación de los trenes entre el puerto de Nuevitas y la capital. Como el ocupar militarmente por medio de columnas la vía ferrea que tiene una extensión de setenta y tres kilómetros, hubiera distraído muchas fuerzas necesarias para la persecución, el teniente coronel Vasallo para reducir á la menor cantidad posible la fuerza que hubiera de distraerse en guardar la vía-ferrea, empezó, auxiliado por la empresa del ferro-carril, á construir unos fortines. Uno de estos fué el del Ramblazo cerca de Nuevitas, cuya custodia se encargaron al sargento Donínguez y dieciseis soldados del segundo batallón del regimiento de Tarragona. El día nueve de Agosto al amanecer, los rebeldes en número conside-

rable rodearon el fuerte, empezando al momento al ataque; la guarnición se defendió con denuedo por espacio de dos horas, rechazando las intenciones de los revolucionarios para tomarlo. A la primera descarga hecha por los insurrectos, cayeron muertos tres soldados y varios heridos, pero los supervivientes continuaron disparando contra el enemigo. La situación de los defensores era crítica, el número de heridos aumentaba, las municiones se agotaban y un enemigo veinte veces mayor se obstinaba en llevar á cabo su plan. El sargento y el cabo Mena, sin municiones ya, se preparaban á morir, defendiéndose con el machete, cuando aparece la locomotora con un carro blindado y *Viva España* y *Viva la guerrilla de Tarragona* resonó en el espacio. Dichas voces las lanzaron fuerzas mandadas por el capitán Patiño compuestas de unos cuarenta hombres que iban á auxiliarles. La situación de los defensores en aquellos instantes era insostenible, pues el sargento llegó á verse sólo con dos hombres para defenderse. La fuerza del capitán Patiño rompió el fuego contra el enemigo, y éste se retiró precipitadamente después de contestar á las descargas. Dejó en el campo dos cadáveres.

En este glorioso hecho de armas distinguióse notablemente, junto con el sargento, el cabo Venancio Mena que, á pesar de haber resultado herido en la cabeza desde las primeras descargas hechas por los insurrectos, continuó en el puesto de honor y secundando las órdenes del sargento sin desmayo de ninguna especie. Uno y otro merecieron la felicitación del Comandante general del Distrito señor Mella y Montenegro. Cuando el acto resultó verdaderamente conmovedor, fué en momento de comparecer el sargento ante su coronel señor Ruberté: este le dijo abrazándole: *Sargento, eres un valiente: tu coronel se enorgullece en decirlo muy alto y en estrecharte entre sus brazos*. Bien merecida tenía esta prueba de cariño el héroe del Ramblazo.

Desde este hecho las operaciones en el Camagüey carecen de importancia para ser narradas. Los insurrectos límitanse á sostener ligeras escaramuzas y pequeños tiroteos con las columnas que les persiguen. Deben mencionarse, sin embargo, el envío de convoyes á Guáimaro, Contramaestre y Casorro, así como también la salida de una fuerte columna al mando del general Mella que, en quince días de operaciones, recorrió casi toda la provincia sin tener ningún combate de importancia.

Máximo Gómez, después de estos hechos nada heroicos para la insurrección, en los cuales solamente se evidenció la cobardía y la forma en que acepta el combate, esto es, cuando se cuenta con una superioridad numérica de veinte contra uno, se retiró á los montes de Najasa. Sin embargo, desde allí organizó la administración revolucionaria, nombrando *prefectos y subprefectos, jefes superiores de Hacienda etc.*, porque los demócratas mambises no serán dueño de terreno alguno, y el que ocupan accidentalmente solo lo poseen hasta que las tropas adquieren confidencias del sitio en que tienen sus campamentos; pero si un lenguaje rimbombante por los títulos, cargos y empleos que se adjudican.

Los nuevos *funcionarios* sin jurisdicción, nombrados por el dominicano, sin contar con otra autoridad para hacerse respetar en sus cargos y obedecer en sus atribuciones que el machete, el lazo y la guásima, cumplieron las órdenes de Gómez. Estas eran la prohibición absoluta de entrar en Puerto Príncipe artículos tan esenciales como el carbón, leche, reses para el consumo público y otros que son de primera necesidad. El desgraciado que por ganar quizás el sustento para su familia, quebrantaba las inhumanas disposiciones del Atala de Baní, era macheteado sin piedad alguna. La época del terror no tardó en aparecer: muchos infelices que se ganaban honradamente la vida, introduciendo mercancías á la capital, fueron bárbaramente macheteados, colgados de las guásimas y atados á las colas de los caballos, sufriendo horrorosa muerte. Puerto Príncipe llegó á verse en situación apuradísima, pero cuando apremiaba la necesidad se formaban pequeñas columnas y estas hacían acopio de comestibles para la ciudad llevando, carretas de carbón viandas y requisando reses.

Ni el reinado del *Terror* en Francia es comparable á los procedimientos que en la guerra emplea Gómez. En medio de aquellas desgracias que azotaron al pueblo francés existía una idea, extrañada tal vez por venenosa propaganda fanatizadora, exacerbada y criminal siempre; pero idea al fin que tarde ó temprano sería reducida y conquistada por la razón. En el cruel y sanguinario Gómez no se encuentra ni abriga ideal alguno, ni aún el de la Patria; porque la natal la traicionó, como después lo hizo con la adoptiva; lo único que en él existe es un degradante mercantilismo y venal carácter, que se adjudica al que oro le promete, y de ahí resulta que un ente tan repugnante que tiene por Dios al oro, por patria la particular conveniencia, por honradez la venganza y por norma el asesinato, cometa los más espeluznantes macheteos de infelices, y pisotea todo lo que exige respeto por la moral, por las legislaciones de todos los países y hasta por el decoro personal. De un villano mercader de sangre humana no es posible esperar actos humanitarios; un hombre sin patria tampoco realizará actos heroicos y á mercenario sin temor de Dios y sin respeto á la sociedad, solamente el crimen informará sus actos. Este es Máximo Gómez.

Después de haber transcurrido un mes de penalidades y carestía por las disposiciones de Gómez, observóse que los pequeños comerciantes que abastecían de víveres á Puerto Príncipe, tales como los lecheros, carboneros y aún los ganaderos, entraban sin obstáculos las mercancías. No era sorprendente dicho cambio. El mercader de Santo Domingo había modificado su criterio, substituyendo la amenaza y el asesinato por una subida contribución.

Por los hechos de armas narrados y la manera de combatir y atacar á los poblados, hemos visto que los revolucionarios adoptan en esta guerra una táctica diferente á la empleada en las anteriores. Vana ilusión: la táctica no es, sin embargo, la causa de los fracasos. La organización de los rebeldes en partidas de trescientos ó cuatrocientos

hombres y la fácil concentración ó reunión de todas ellas ó la mayor parte en un punto determinado, para dar un golpe casi siempre ventajoso, ó por lo menos no expuesto á derrotas, constituye una prueba, pero muy elocuente, de que los insurrectos nada confían ni en su valor personal ni aún con los recursos propios, sino tan sólo en la acumulación ó reconcentración de fuerza y en la excesiva superioridad numérica. El Camagüey, después de la invasión de Gómez ha quedado convertido en un sepulcro; Puerto Príncipe diríase que está de luto, porque ninguna población de la Isla siente más pronto y con mayor intensidad las consecuencias de la guerra como la capital de la provincia. Su misma situación en el interior de la provincia, la hace más accesible á las asechanzas y prohibiciones de los insurgentes. Pero el dominicano busca oro como un vil mercader, y cuando los guajiros se lo faciliten y las componendas tengan feliz éxito, los campesinos volverán á sus habituales ocupaciones. El septuagenario Gómez no puede abrigar idealismo noble de ninguna especie, no ha nacido en Cuba y por lo tanto no la ama. De esto mismo dimana el insano principio de destrucción por él ordenado.

El *titulado* gobierno de la ilusoria *república cubana*, haciendo uso de sus *nominales facultades*, y para dar señales de que tenía existencia trashumante, cuya capitalidad estaba ubicada en un abrupto monte, publicó el siguiente *bando* :

Cuartel general del ejército libertador de Cuba: en Najasa á primero de Julio de 1895.

A los hacendados y dueños de fincas ganaderas: En armonía con los grandes intereses de la revolución para la independencia del país, y por los que nos encontramos en armas: Considerando que toda explotación de productos, cualquiera que ellos sean, sirven de ayuda y recurso al Gobierno que combatimos, este Cuartel general dispone, como disposición general para toda la Isla, que queda terminantemente prohibido en absoluto la introducción del fruto del comercio en las poblaciones ocupadas por el enemigo, así como carne y ganado en pie. Las fincas azucareras quedarán paralizadas en su labor, y en la que se intentare hacer la zafra á pesar de esta disposición, serán incendiadas sus cañas y demolidas sus viviendas. Los individuos que atropellando esta disposición trataren de sacar lucro de la situación actual, demostrarán desde luego poco respeto á los fueros de la revolución redentora, y en su consecuencia serán desde luego considerados como desafectos y tratados como traidores y juzgados como tales en caso de ser aprehendidos.

El general en jefe, Máximo Gómez.—Conforme, Salvador Cisneros.

A primeros de Julio el general Martínez Campos dirigió una circular á las autoridades de la Isla, en la cual les recomendaba como debían proceder con los prisioneros y los presentados. Dice así :

“Para fijar de una manera clara y precisa la manera de proceder

con los rebeldes que se aprehendan en hechos de armas ó en operaciones y con los que se presentaren voluntariamente á nuestras autoridades y á las columnas, he tenido á bien resolver lo siguiente :

Artículo 1º—Los prisioneros que se hagan en cualquier hecho de armas ó por las tropas, serán sometidos á procedimiento sumarísimo por el jefe de la columna, tomando al efecto declaraciones á tres ó cuatro soldados de los que directamente hayan cooperado al hecho.

Terminado el primer período de juicio, se remitirá á la autoridad judicial con los acusados y testigos, á los efectos que previene el artículo 655 del Código de Justicia Militar.

Artículo 2º—Serán objeto de procedimiento sumarísimo todos los delitos comprendidos en los títulos V y VI del tratado 2º del citado Código de Justicia Militar.

Artículo 3º—Los que resulten sólo meros ejecutores de la rebelión, no sean cabecillas, titulados jefes ó capitanes, no pertenezcan á partidas incendiarias, ni aparezcan responsables de otro delito, serán conducidos á la Habana en unión de sus procesos para cumplir la sentencia del Consejo de guerra en el presidio de Ceuta, á donde serán enviados con oportunidad, ó para resolver respecto á ellos según las circunstancias aconsejen.

Artículo 4º—Los que se encuentren en el caso del artículo anterior, ingresarán en el Morro para esperar su ulterior destino, y cuando las circunstancias lo exijan, se organizará en dicho castillo un depósito de prisioneros, á semejanza de lo que se hizo en la guerra pasada.

Artículo 5º—Los que voluntariamente se presenten á nuestras columnas ó á las autoridades, podrán desde luego restituirse á sus hogares, dando conocimiento de ello, con relación nominal, á los gobernadores militares de la provincia.

Lo digo á V. para su conocimiento y demás exacto cumplimiento.

Dios guarde á V. muchos años.

Habana, 4 de Julio de 1895 —*Arsenio Martínez Campos y Antón.*

Empieza nuevamente la agitación de los españoles residentes en Cuba contra el general Martínez Campos, por el plan de campaña seguido y por el funesto sistema de los pequeños destacamentos tan fecundos en contratiempos para nuestros soldados, y felices para los insurgentes, puesto que en ellos cuando capitulaban se proveían de armamento y municiones los rebeldes. Somos amantes y decididos partidarios del respeto incondicional al principio de autoridad, celosos adoradores de nuestros prestigios militares que nunca quisiéramos ver empañados por la más leve sombra, y lamentábamos la creciente ola de disparidad de criterio existente entre el General en Jefe de operaciones y Gobernador General de la Isla, y la opinión española. Sin embargo, veíamos con dolor que la opinión no discurría por antipatía al general, sino se manifestaba hostil contra los resultados obtenidos.

Otra causa productora de general descontento era el abandono en que se encontraba la trocha de Júcaro á Morón, único baluarte para

contener el avance insurreccional hácia Occidente. Desde la paz del Zanjón, puede asegurarse que dicha defensa militar que tantas, vidas y dinero costó en la anterior guerra, se hallaba en el más completo descuido. Los separatistas mansos procuraron inutilizarla, derruyendo durante la paz disimuladamente los fuertes mas débiles, y minando los mejores. Todo esto se hacía por encargo de la junta revolucionaria de Nueva York, para cuya ejecución contaba con agentes aparentemente honrados y nada sospechosos, los cuales con refinada astucia la llevaron adelante y consiguieron sus fines. Desde el momento en que Máximo Gómez invadió al Camagüey, debióse proceder inmediatamente á ponerla impracticable, y de esta manera se hubiera salvado la riqueza de las otras cuatro provincias de la Isla. Se aumentó, es verdad, el número de las tropas para guardarla, pero ni estas eran suficientes para impedir el paso á las partidas, ni se hicieron nuevos trabajos y fortificaciones para mejorarla. Por eso la invasión, como veremos más adelante, se realizó y la consumación destructora de la riqueza se ha cumplido á gusto de los revolucionarios.

CAPITULO VII.

SUMARIO.—Consideraciones generales acerca de la situación de las Villas antes de estallar la guerra.—Elementos infecciosos y partidos beligerantes en la política.—Síntomas insurreccionales.—Aparecen las partidas.—Incendios y descarrilamientos.—La zafra en peligro.—Levantamiento de Zayas y Castillo.—Defensa del Provincial.—Encuentro en Bellamota ó los Hondones.—Acción de Vista Hermosa.—Levantamiento de Casallas y su muerte en el ingenio San José.—Levantamiento de Suárez.

El grito de Baire repercutió en Matanzas y en Las Villas, como ya hemos referido antes. El levantamiento de la partida de Pedroso, de la cual formaban parte jóvenes habaneros, evidenciaba que existía predisposición ó *virus* revolucionario, y que este se manifestaría en cuantas ocasiones se le presentaran favorables. La disolución de la partida de Pedroso á consecuencia del encuentro en los *Conucos*, no significaba extirpación ó anilamiento del separatismo, quedó reducido á una medida de los laborantes y un compás de espera para luego lanzarse con más fuerza y mayores elementos. Todos los síntomas denunciaban que la paz había de durar muy poco tiempo en tan importante provincia por el comercio y la riqueza; porque en donde existen gérmenes infecciosos, tóxicos ó causantes de otras anomalías en el organismo social, la salud de los pueblos está siempre abocada á los peligros de la enfermedad, si bien ésta no se manifiesta hasta que tenga ocasión propicia. El separatismo cubano rechaza la fuerza de la razón siempre que los argumentos aducidos para demostrarla, sale de la iniciativa de la nación española; no se identifica con ella, ni le conviene, porque son otros sus sentimientos, contraria su utópica idea y

opuesto el perseguido fu. El símbolo filibustero domina por completo al soñador de Cuba independiente, es la única forma tangible ó cuerpo visible para el iluso, el que se ofrece simpático á su imaginación exuberante, pero errónea; y constituye la encarnación de la idea que ama, desea y ambiciona. Por estos móviles es incorregible el separatista; son inútiles cuantas pruebas de hidalguía y generosidad se pongan en práctica para llevarles al campo de la razón: los separatistas ya hemos dicho, son, por naturaleza, educación y por sentimiento, irreducibles.

En todas las naciones que con justo título llevan el calificativo de civilizadas, sus hombres han llegado á conocer lo irrazonable, la imperfección, la ambigüedad y lo destructor de ciertas propagandas de algunos misioneros y apóstoles de la revolución. Cuba con toda la cultura preconizada por los Labras, Gibergas, y otros conspicuos autonomistas y reformistas ou el Ateneo Matritense, cultura de aparato mas que verdadera, todo lo perturbador encuentra sicarios, lo ordenador persecuciones, el patriotismo defecciones, el hourado y verdadero civismo crueles desengaños.

Para probar la conveniencia de una cosa, no es suficiente el aceptarla como dogma; y sin embargo, en dogma han convertido la mayoría de los cubanos el separatismo, ya que no pueden demostrar la utilidad de tan usurpador ideal. La manera de proceder de España en cuanto á la gobernación de la Isla, ha sido racional y por tanto digna de más respeto del que hasta la fecha se la ha guardado; no obstante, los insurrectos han condenado á muerte á todo lo que á espaañol tracienda, á gentes que no han hecho ningún daño. Los buenos españoles y sin distingo diremos, ¡cúmplase la voluntad de Dios!; pero nos aprestaremos á ayudar á la madre común con todas nuestras energías, con todas nuestras fuerzas, y hasta con nuestras propias vidas.

Cuando una sociedad como la de Cuba, se encuentra totalmente desequilibrada, muerto el espitu moral y el religioso únicos frenos de contención en lo humano; cuando el crimen y la revolución anárquica son los factores imperantes, las medidas que deben adoptarse para conducirla al camino del bien y apartarla del torcido sendero, en que se agita y revuelve, han de ser radicales, terribles, pues, la misma Historia nos enseña con los hechos, el ser más viable el imperio de un despotismo ordenado en las sociedades perturbadas por nefandas propagandas, que no un libertinaje inseguro y siempre perjudicial. Para la coexistencia social son necesarios frenos coercitivos en consonancia con el desequilibrio

Guardan absoluta conformidad todos los filósofos, grandes pensadores, estadistas y legisladores del universo, en aquel aforismo evidente en la práctica, de que, *los medios materiales de los Estados no deben consistir en bienes, sino en cuanto éstos sirvan directamente á sus propios fines, y los fines nacionales son únicamente y por su naturaleza propia, eticos y religiosos.* Por no hacer de los bienes materiales la debida aplicación nacional, desapareció la república cartaginesa, nótanse síntomas

de secesión en los Estados Unidos de Norte América y lamentamos en Cuba la actual guerra con todos sus horrosos procedimientos. En España el sostenimiento viril que está demostrando en la actualidad, á la escasa aplicación de los bienes materiales á los debidos fines lo debemos. Trabajemos, pues, con fe en adelantar y hacer prosperar nuestras industrias, nuestro comercio, nuestras relaciones, como sacrosanta manifestación del trabajo, impuesto por Dios al hombre desde el comienzo de la gran cruzada de la humanidad, pero reservemos los bienes para el fin moral y religioso, para hacernos mejores, mas perfectos. No desaprovechemos las enseñanzas que nos suministra la Historia; y gobernantes y gobernados cumplamos estrictamente con nuestros respectivos deberes; sea el lema de nuestra actividad consagración completa á Dios y á nuestros hermanos, pero caiga inexorable el rigor de la ley sobre el transgresor impenitente.

En las Villas estaba incubándose el germen revolucionario: tuvo dos épocas de manifestación aunque débil, pero como el ambiente le era favorabilísimo se desarrolló pujante y lleno de vida. Los revolucionarios siempre han considerado á la provincia de Santiago de Cuba como la cuna del separatismo y el adecuado campo para iniciar los movimientos insurgentes; al Camagüey como el nervio para el sostén en lo referente al incremento; pero á las Villas, núcleo poderoso de riqueza, acariciaban la idea de sublevarlas para contar con los recursos cuantiosos y restarlos al gobierno legítimo de hecho y de derecho. Los medios empleados para soliviantar el caracter pacifico de sus laboriosos moradores fueron los señalados anteriormente, á saber: la introducción en la administración pública y el desempeño de los empleos públicos todos ellos por los separatistas encubiertos con el nombre de liberales; la propaganda antireligiosa del espiritismo y del protestantismo por los metodistas y pastores yankees, y por último infiltrar la política, estableciendo comités. Triunfaron completamente en toda la linea. Autonomo-separatistas y los designamos así para distinguirlos de los verdaderos autonomistas españoles, eran los alcaldes y concejales de Santa Clara, Lajas, Cartagena y Sancti Spiritus; diputado provincial y hasta de la comisión permanente el cabecilla Pancho Aleman; autonomo-separatista con la totalidad del claustro, el Instituto provincial y el Alcalde de Cartagena Mariano Pino hoy cabecilla insurrecto. El municipio de Cartagena por iniciativa de su Alcalde señor Pino votó una subvención en favor de un estudiante de la localidad para que continuase los estudios en Madrid. Todo era pura farsa; el agraciado ni tan siquiera se matriculó y su misión quedó reducida á *laborar* y servir de espía á los revolucionarios, obrando conforme á las instrucciones dadas por el Alcalde. Alfredo Rego en la actualidad también cabecilla insurgente, publicaba un periodico autonomista al parecer, pero filibustero en la realidad, subvencionado por los separatistas de Nueva York y los mansos de Cuba. José Pérez, titulado el *Conde Nado*, era el director del periodico llamado "*La Juventud Liberal*," que se publicaba en Cienfuegos, y todos sus conatos

de artículos, constituían mendaces injurias lanzadas contra la nación española. Después marchó á la insurrección, y en Mayo de este año murió en un combate sostenido con la guerrilla de Rodas. Por acuerdo del Ayuntamiento de Santa Clara dióse el nombre de *Calle de Maura* á una de la más importantes de la capital. El ex-ministro deberá estar orgulloso con esta muestra de simpatía de los laborantes, pero seguramente no agradecerá semejante distinción, porque buen patriota y correcto caballero es el señor Maura.

Juan Gualberto Gómez hizo por *Las Villas* su viaje de propaganda, hablando muy alto y empleando el vocabulario ya gastado de la revolución, de la igualdad del género humano, de las excelencias de la raza de color y otras muchísimas sandeces trasnochadas. El partido *de las esperanzas sin ocaso*, en su excursión por *Las Villas*, no guardó la mesura conveniente y propia de una agrupación política seria, las frases vertidas en los *meetings* eran revolucionarias y hasta penables. Otra nación menos tolerante que España, hubiese adoptado medidas coercitivas, amordazando á los fogosos oradores campestres del autonomismo, porque tendían todas sus frases de una manera directa, al desprestigio de España. Sin embargo, nuestras autoridades toleraron tan disociadores desahogos é impasibles contemplaban aquella funesta propaganda.

En Sancti Spíritus gozaba de una autoridad indiscutible entre los separatistas y los autonomistas, el perpétuo alcalde del último bando, Marcos García. Allí se conspiraba mucho y sin recato alguno y por más que el mencionado alcalde, ha cumplido caballerosamente su palabra empeñada de no tomar parte en la insurrección, no dudamos tampoco en calificarle de elemento valioso para los insurgentes, por mas que estas no hayan sido sus intenciones. Ningún peninsular podía mandar sus hijos á las escuelas públicas, porque allí no se daba mas enseñanza que la separatista, y hasta dos sacerdotes hijos del país, que por decoro á la clase no mencionamos los nombres propios, predicaban en los conciliábulos como santa la rebelión. La guardia civil vigilaba no obstante á los dichos presbíteros. Las coplas populares (guarachas) todas ellas eran separatistas y llenas de frases groseras contra el elemento peninsular.

Estaba de comandante de la Guardia civil en la ciudad espiritana, antes de estallar la guerra, el que es hoy Teniente Coronel señor López de Sola, y el alcalde, muy atento, invitóte á una fiesta campestre, en la cual los espirituanos obsequiaban á su primera autoridad local. Ya estaban los de la fiesta reunidos antes de la llegada del comandante, y desde una habitación inmediata éste oyó cantar á los concurrentes las siguientes coplas separatistas :

Méjico es un pueblo libre
Santo Domingo y Haití,
Los ciudadanos de allí
Vencieron los imposibles.

Ellos comen, ellos viven
No pagan contribución :
¿ Y por qué aquí los cubanos
No plantan su pabellón ?

Y esta otra, que empieza así :

Dime, *patón* mal nacido,
Qué cubano fué á buscarte :

cuya conclusión no trascribimos, por constituir una série de groseros insultos y dicerios lanzados á cuantos hemos nacido en la Península. Esta es la verdadera poesía popular cubana, cantada por el pueblo en estrofas rítmicas, y conservada por la educación; lirismos espontáneos, naturales, todo lo que se quiera, pero separatistas sin atenuaciones. Esta es la poesía cubana, repetimos, fruto directo del corazón del pueblo, acomodade enteramente á su manera de ser, pensar y sentir, conforme á los sentimientos inspirados en el regazo materno, en las escuelas, en los Institutos y en la Universidad. Lástima grande que el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendersgart, encomiador entusiasta de la poesía cubana en el Ateneo de Madrid, cuando las célebres conferencias en las que hicieron gala de sus *dotes oratorias* el conspicuo Dolz, el neutro Giberga y otros padres conscriptos de los partidos antillanos reformista y autonomista, no hubiera oído siquiera á los espirituanos y con ellos á la generalidad de los habitantes de Cuba. Entonces si que podemos asegurar, basados en el españolismo del señor Moret, que no hubiera hecho tan calurosa apología.

En la jurisdicción de Remedios el elemento separatista se agitaba de un modo febril, acaalorado y descompuesto, sin prudencia ni recato alguno. Un tal señor Artíz, natural de Matanzas, amigo del suizo ex-alcalde, mataucero él, autónomo-separatistas ambos y partidarios de Cuba libre, era el dueño de un ingenio en la jurisdicción remediana. El médico de Vega Alta Juan Bruno Zayas, ambicioso como Julio César, sin talento de ninguna clase, pero envidioso hasta lo inconcebible, que por sus aficiones manijerías le dieron las mejores notas los separatistas esculapios de la Universidad de la Habana, ayudaba al señor Artíz en la *plausible obra* de trastornar la paz de la Isla. El Zayas era el médico titular de Vega Alta, poblado de la jurisdicción de Remedios. En el ingenio del señor Artíz se cumplía con toda escrupulosidad la no admisión de peninsulares en los trabajos, ni en ninguna ocupación relacionada con el central, según las órdenes recibidas, por el mayordomo, de su amo y propietario. Sin embargo, los operarios todos debían presentarse á las labores, ostentando la estrella solitaria y los colores del trapo insurrecto y hacer alarde de separatistas. Ocioso es decir que en dicho ingenio se conspiraba en conjunto y en detalle, con fé y valiéndose de una expresión vulgar por todo lo alto. Allí iba con frecuencia

Zayas, y en una de aquellas reuniones apareció incidentalmente un piquete de la guardia civil mandado por un teniente, que recorría aquella demarcación. Al divisar los futuros insurrectos á la pequeña fuerza desde lejos, exclamaron: “*¿cuándo acabará esta dominación!*” La columna llegó al ingenio y entonces los reunidos entre los cuales se hallaba el *dueño* y el *dotol* Zayas, así era como sus partidarios le llamaban, con aspavientos y muestras cariñosas de sorpresa; salieron á recibirla con las frases de rúbrica separatista, diciendo: *¡hola, mi teniente, de cuándo tanto honor en verle por aquí!* y nosotros añadimos: *¿cuánta maldad, perversión ó hipocresía cabe en ciertos fementidos corazones,* y qué manera de interpretar la autonomía, porque así se llamaban los allí reunidos! Pero es la *táctica* que tienen ciertos aliados á dicha agrupación política.

En el estado de muda agitación en que se encontraban las Villas, según hemos expuestos antes, citando hechos concretos, datos positivos y nombres propios para que no se nos pueda tachar de visionarios ó agitadores de la opinión con la denuncia de falsas suposiciones y de injustas utopías, bien podemos afirmar que la paz en dicha comarca, tan importante por su riqueza, había de durar muy poco. El aluvión separatista se hallaba formado y los efluvios y emanaciones filibusteras saturaban el ambiente. A los pocos meses de fracasada la primera intentona, comenzaron á levantarse pequeñas partidas de insurrectos que fueron aumentando en número y en importancia en poco tiempo. Los bandos que el cabecilla dominicano había dado en el Camagüey referentes á la prohibición de introducir en los poblados leche, viandas y otros productos alimenticios, en fin á todos los artículos de primera necesidad, conminando á los infractores con penas gravísimas, los hizo extensivos á las Villas mediante unos comisionados que mandó á los cabecillas para comunicárselos y para que los aplicaran sin ninguna clase de contemplaciones. Los procedimientos anarquistas de Gómez tales como las cortaduras é interrupción de las vías ferreas, las descargas á los trenes, las voladuras de los puentes y alcantarillas por medio de la dinamita, los incendios de los poblados, ingenios, colonias de caña y potreros también se cumplieron según las disposiciones que decimos disposiciones, instintos sanguinarios y criminales del feroz cabecilla.

En la ciudad de Cienfuegos las provocaciones de los separatistas encubiertos que frecuentaban el *Liceo autonomista*, y las intemperancias patriotas de algunos conservadores de ocasión que sólo buscan el luero al afiliarse al partido más simpático por su innegable españolismo, produjeron cierto malestar insuportable. Las notas callejeras, los chismes, las infundadas suspicacias, tomaron cuerpo real, convirtiéndose en materia de disgustos. El médico Luís Perna de Salanó, Reguera Prinelles y el farmacéutico Figueroa eran los tres agentes principales del separatismo, miembros del comité revolucionario local y los dedicados á reclutar incautos para la insurrección, y á procurar armamento y municiones á los que estaban en el campo. Prendiéronse á mucho afiliados al separatismo, gran números de jóvenes se fueron al campo

rebelde, pero los verdaderos autores, como eran los anteriormente citados gozaban de la mayor impunidad. En la actualidad se hallan unos deportados y otros detenidos. Medida ha sido esta previsora, aunque tardía, porque el daño causado por dichos autonomistas ha sido de consideración.

El catorce de Abril del año 1895, el primero que se levantó en armas, fué el cabecilla Joaquín Castillo, acompañado de unos veinte hombres. Cerca de un mes estuvieron sin presentarse en los poblados para cometer sus habituales fechorías y esquivando la activa persecución que se les hacía. En la jurisdicción de Trinidad inició el movimiento revolucionario el cabecilla Quintín Bravo, marchándose á las lomas y espesuras de Caracusey. No viéndose secundado, se acogió á indulto, pero con el arrepentimiento separatista, es decir, con la intención de lanzarse á la manigua á la primera oportunidad.

Juan Bruno Zayas, natural de la Habana, licenciado en Medicina y Cirujía y médico de Vega Alta, se sublevó en este pueblo el día veinticinco de Abril (1895). Es prudente que relatemos algunos antecedentes del galeno que estudió en la facultad de Medicina de la Real Universidad de la Habana, pues ya hemos repetido que la enseñanza que allí daban los profesores antes de estallar la guerra, más tenía de separatista que de científica, y es natural que de tan aventajados profesores habían de salir aprovechados discípulos. Zayas, antes de sublevarse, ya llevaba ceñido por debajo el chaleco, un fagín de brigadier mandado por la junta filibustera de Nueva York. En Febrero del mismo año ya se mezcló en el movimiento separatista, abandonando á sus enfermos, y antes de estos hechos, se había señalado de tal modo como autónomo-separatista, que el Gobernador civil de Santa Clara, resolvió deportarlo. Ya en el campo atravesó la jurisdicción de Remedios y Sancti-Spíritus y se unió rápidamente con el cabecilla Castillo, en Ciego de Avila, en los primeros días de Mayo. El día tres del mencionado mes fué dispersada la partida por nuestras tropas. Al poco tiempo uniósse á la ya citada partida el cabecilla Justo Sánchez. El doce de Junio dió el grito de rebeldía, en la jurisdicción remediana, el cabecilla Perico Díaz, colono de Pancho Carrillo, de manera que la comunión autonomista de las Villas empieza á manifestarse cómo era y cómo pensaba su inmensa mayoría.

Seguir narrando cronológicamente los muchos sucesos que se han desarrollado en la poblada y féracísima provincia de Santa Clara, no es posible; porque tiroteos en pequeña escala, escaramuzas y alguna que otra emboscada, pero sin causar daño material ni personal á nuestras tropas, sucedíanse casi á diario. Sin embargo, no dejaremos de relatar los más salientes, sino por su importancia numérica, á lo menos por los actos heroicos que los defensores de la patria han llevado á cabo, empezando por la defensa del *Provincial*, por constituir un hecho verdaderamente extraordinario, porque apenas si es concebible, que ocho individuos de la benemérita guardia civil, en desigual lucha por espacio de dos horas, contra una partida insurrecta de cuatrocientos hombres, no so-

lamente no se rindieron, sino que evitaron el ser copados sin sufrir daño alguno.

El barrio del Provincial, compuesto de unas veinte casas, la mayor parte de ellas techadas de guano, dista unas cinco leguas de Santa Clara. Hallábase en la barriada un destacamento de la guardia civil compuesto del primer teniente, jefe de línea, señor Romero, el cabo Florencio Lucas Martín y diez guardias. Cuando los insurrectos atacaron la casa-cuartel, el teniente Romero y dos de los guardias hallábanse en la capital á recoger las pagas para conducir el dinero á su destino.

Las ocho de la mañana serían cuando, desde la casa-cuartel, que se halla situada en una colina, se divisó á lo lejos del camino de Manicaragua una gruesa partida de insurrectos que se dirigía hácia el pueblo con el objeto de apoderarse de las armas y municiones del destacamento. El cabo Lucas, sin pérdida de tiempo, fué al aparato telefónico, tratando de ponerse en comunicación con Manicaragua, para dar conocimiento del caso al destacamento de aquel pueblo, pero el cable había sido cortado por los insurrectos; lo intenta por el cable de Escambray y le sucede lo mismo. Entonces el cabo entregado á su propio esfuerzo y al de su reducido destacamento, se aprestó para la defensa. Un parlamentario enviado por los rebeldes con un pliego en la mano fué entregado al cabo: en dicho pliego se le intimaba la rendición. Lucas no quiso contestar y entonces los insurrectos penetran en el pueblo con la acostumbrada gritería y los denuestos de siempre, rompiendo el fuego el cual fué contestado vigorosamente por los guardias. En vista de la resistencia inesperada, los insurrectos determinaron incendiar la casa-cuartel para obligar de esta manera á que se rindiesen sus bravos defensores, pero estos dejáronlos aproximar y cuando ya estaban cerca del colgadizo, una descarga cerrada deja sin vida al insurgente que portaba la tea. Cuantos intentaron acercarse, sufrieron la misma suerte y entonces el enemigo empezó á incendiar las casas inmediatas al fuerte, para lograr la propagación del incendio al mismo, como así sucedió al cabo de una hora.

El cabo Lucas no se arredró por este contratiempo, ordenó salir del fuerte á los guardias y otro del municipio que les ayudaba, mandó á todos armar las bayonetas, y aprovechando la oportunidad de hallarse la mayor parte de los enemigos ocupados en la conducción y curación de los heridos, situa la escasa fuerza en la colina llamada Loma Alta, y tomó posiciones de defensa á las orillas de un espeso manigual. Treinta insurrectos montados se lanzaron en persecución de los guardias, pero no se atrevieron á subir á la colina y se retiraron hácia el poblado dando gritos á *Cuba libre*.

En previsión de que los insurgentes tuviesen avanzadas en los caminos, dirigiéronse los guardias por el monte con rumbo á los Azules, llegando sanos y salvos todos ellos, después de tantos apuros, al fuerte del Escambray. Los rebeldes tuvieron diez muertos y nueve heridos. Este hecho es heróico y digno de ser cantado por la lírica nacional.

Otro encuentro glorioso, como siempre, para las armas españolas ha tenido lugar en *las Villas* jurisdicción de Sancti-Spíritus. El Comandante Militar de la ciudad espirituaña tuvo confidencias de que numerosas fuerzas rebeldes se habían reconcentrado á orillas del arroyo denominado "*La Guanábana*," punto cercano á la ciudad. En Sancti-Spíritus no había fuerzas disponibles para hacer una salida y batir á los insurgentes. El comandante Militar, señor Armiñán, formó una columna heterogénea compuesta de cien hombres pertenecientes al escuadrón de caballería de Camajuani, á la guardia civil, al escuadrón de Numancia, á la guerrilla del regimiento de Alfonso XIII y soldados de infantería del mismo, dirigiéndose en busca del enemigo al cual encontró en la falda de la loma de Vista Hermosa. Roto el fuego por la vanguardia, los insurrectos, confiados en la superioridad numérica, ejecutaron un movimiento envolvente, interponiéndose en crecido número con el plan de aislarla, entre aquella y el resto de la columna, y al mismo tiempo otro grupo que marchaba paralelo al camino, con el intento de cortar la retirada á la vanguardia, hacía un fuego muy nutrido.

Generalizado el combate, y en vista de esta situación, dispúsose que el teniente don Fernando Castiñeyra, con parte de la fuerza montada del escuadrón de Camajuani y grupo de la Alfonso XIII, cargara sobre el flanco derecho enemigo y lo desalojara de una casa inmediata, mientras el comandante Armiñán acometía de frente con los guardias civiles y á paso de carga, con intención de romper la fila insurrecta. Comenzó entonces un reñido y tremendo choque, mezclados los combatientes y peleando cuerpo á cuerpo cada uno contra veinte. La línea enemiga fué rota, y el teniente Castiñeyra se había apoderado de la mitad de la casa anteriormente mencionada, cuando los rebeldes creyendo que la columna se reducía á la fuerza de caballería que había entrado en acción y suponiéndola vencida, aparecieron nuevamente en número más considerable, con dos grandes banderas desplegadas, dando gritos de triunfo y con la intención de cargar al machete; pero fueron de nuevo rechazados y la casa quedó por nuestras tropas. En estos momentos llegó el contingente de infantería que había quedado á retaguardia, anunciando su presencia con repetidas descargas de fusilería, y entonces reanimados los nuestros y con el firme propósito de morir ó vencer, ordenó el comandante Armiñán cargar á rienda suelta, carga que arrolló al enemigo, poniéndole en la más vergonzosa dispersión.

Cerca de dos horas duró el combate, causando al enemigo veinte muertos y un gran número de heridos entre ellos el cabecilla Legon. La fuerza leal sufrió cuatro bajas; dos muertos y dos heridos. Éste fué el resultado del combate provocado por los mismos rebeldes, que sabedores por los numerosos espías que en el campo y en los pueblos tienen, las fuerzas leales que para salir á batirlos había en Sancti-Spíritus, de esos mismos espías y laborantes se valieron para hacer llegar á oídos del Comandante Militar la presencia de ellos en la "*Guanábana*" y la intención de resistir, caso de salir con tropas á su encuentro. En el fondo, la causa de este combate es un reto indirecto, pero reto al fin

lanzado por los insurrectos á los leales. ¿ Como se portaron los *redentores*? Ya lo sabemos: derrotados completamente por cien héroes españoles, siendo ellos más de ochocientos. Sin embargo, los periódicos de las repúblicas hispano-americanas y de Nueva York, aún empuñarán su lira, pulsando las notas para cantar un *epinicio*.

Merece citarse el encuentro que tuvo en la llanura denominada " *Los Hondones* " cerca de *Bellamota*, jurisdicción de Sancti-Spíritus, la pequeña columna compuesta de sesenta hombres, mandada por el teniente don Joaquín Ravenet, contra un grupo insurrecto ocho veces mayor. Ocurrió de la siguiente manera.

El día dos de Julio había salido mayor fuerza de Iguará al mando del teniente ya dicho, dejando un destacamento con otro oficial en el poblado de Manacas y la columna continuó la marcha en dirección á su destino. En los montes del " *Jobosi* " hizo alto la columna para confeccionar el *ranchito*, y una vez terminada esta indispensable operación, emprendió nuevamente la marcha, siguiendo el rumbo hácia *Bellamota* sin prácticos, porque los guajiros conocedores del terreno se excusaron con fútiles pretextos. El teniente Ravenet mandó que siguieran la marcha en la misma dirección que llevaba el cable telefónico, y en esto encontró á un campesino que le sirvió de guía, marchando así hasta la una de la tarde. Poco rato llevaban de marcha, cuando encontraron á otro guajiro el cual inspiró más confianza al teniente y ordenó que le guiase hasta salir al camino real, puesto que el guía primero que llevaba, tenía que seguir dirección contraria á la de la columna. Accedió el labriego, pero advirtió al teniente el peligro que corría si intentaba seguir aquella dirección, puesto que los insurrectos estaban muy próximos y en número considerable. El teniente, como buen militar español, decidió no retroceder y tomó el rumbo por una manigua, dirigiéndose á los *Hondones*. El grito de *¡ quien va* lanzado por los rebeldes, no se hizo esperar mucho tiempo, y la contestación de *España* dada por el oficial casi fué simultánea. El enemigo hizo tres descargas cerradas consecutivamente, y el teniente recibió una herida en el brazo izquierdo. A los primeros disparos los prácticos se fugaron. Dispuesto á defenderse el oficial, anima con patrióticas frases á sus soldados, les manda armar la bayoneta y formado el cuadro continuó la marcha por un llano hasta posesionarse de un bolío próximo para mejor defenderse, pero viendo que no reunía buenas condiciones de defensa, dirigióse á la *Loma de los guerrilleros* frente al potrero *Bellamota*, donde tenían su campamento los revolucionarios. Estos en número de setecientos envolvieron á la columna, pero los soldados en un instante improvisaron allí un fuerte, comenzando una heroica defensa.

Las acémilas de la columna se habían escapado al ruido de los disparos de fusilería, y un insurrecto montado pretendía llevárselas; pero el asistente de Ravenet, Andrés Mancilla le disparó un tiro, dejándole muerto en el acto. Una de las acémilas fué recuperada y precisamente la más importante, porque era la que conducía el dinero y las municiones. Otro soldado se ofreció á salir disfrazado para dar aviso al

primer punto donde hubiera tropas: el teniente le entregó un papel, pero nada más se ha salido del pobre soldado.

En esto se aproximó un paisano, haciendo señales á la columnita de parlamento, y de orden del cabecilla Castillo les invitaba á que se rindiesen. Un *¡Viva España!* dado por el teniente y secundado con entusiasmo por los soldados, fué la contestación. Los insurrectos atacan de nuevo, con más ímpetu, llegando hasta la cocina del bohío, aplicándole la tea. Cuatro soldados se ofrecieron voluntariamente para ir á apagar el incendio que amenazaba comunicarse al barracón, donde estaba la tropa. Así estuvieron luchando aquellos héroes hasta las seis de la tarde, que llegó en su auxilio la columna mandada por los capitanes Rodeyro y Costa, compuesta de unos trescientos hombres de infantería del regimiento de Alfonso XIII y una sección de caballería del escuadrón de Talavera. La vanguardia de la columna salvadora mandada por el sargento Huerta, rompió la línea rebelde, en tanto que el resto de la fuerza secundaba el ataque. Los rebeldes, tan héroes como siempre, apelaron á la fuga. Oficiales y soldados de la columna auxiliar y los que habían hecho tan heroica defensa se abrazaron como hermanos, lamentando tan solo la pérdida de los que habían muerto en defensa de la integridad de la patria. El general en jefe premió el comportamiento del pundonoroso militar y elegante escritor teniente Ravenet, concediéndole el ascenso á capitán.

Pero el hecho de armas que tuvo mayor importancia, durante este período en *Las Villas*, fué el encuentro en el ingenio *San José* en el cual murió el cabecilla Casallas. En la historia de las traiciones puede ya mencionarse un hecho más, porque Casallas era uno de los jefes del regimiento de voluntarios de Canajuaní, que tan valiosos servicios ha prestado á la causa española en los disturbios y rebeliones. Arrastró á la deserción dieciséis voluntarios agregados no solamente al regimiento formado en la jurisdicción que consta actualmente de mil trescientas plazas, sino además á un escuadrón de ciento trece hombres que entonces ya estaba movilizado. Respecto á la cuestión de los desertores entraña bastante gravedad, no por el número, sino por la significación.

La etiología de lo sucedido no es difícil averiguarla en un país como la isla de Cuba, donde los laborantes trabajan muy fino y se mezclan con los voluntarios de ese glorioso regimiento creado por Fortuny, mereciendo por ello el título de Marqués de Placetas. El teniente coronel de dicho regimiento, señor Liñero, al contemplar tantas deserciones, se suicidó sin reparar en que dejaba numerosa familia. Herido el sentimiento de su dignidad, pudo más en aquel dignísimo jefe el honor que todas las afecciones que pudieran inspirarle su mujer y sus hijos. La Reina Regente mandó un expresivo telegrama, asociando su real sentimiento al de la infortunada familia de Liñero. Casallas y los traidores causantes de la desgracia del que fué su benemérito teniente coronel, se unieron á los insurrectos el día veinte de Junio. El infortunado Liñero era un buen español hijo de Cuba, y de un corazón honra-

do y nobilísimo y un dechado de virtud en su vida particular

El general Martíuez Campos había estado en Santa Clara y Cienfuegos, atravesando despues toda la provincia, y sorprendiole el incremento que había tomado la insurrección, pero como en *Las Villas* había escaso número de tropas, mandó trasladarse el 5º batallón peninsular mandado por el teniente coronel don Hilario Santander que estaba en operaciones por Santiago de Cuba, á la ciudad de Sancti-Spíritus; así como también otro batallón del regimiento de Isabel la Católica que se hallaba operando en la jurisdicción de Manzanillo. Como la presencia de fuerzas en *Las Villas* era muy urgente, ambos batallones se subieron á bordo del crucero "*Reina Mercedes*" y desembarcaron en el puerto de Cienfuegos. Guarneecida la ciudad espirituaña con dos compañías del 5º peninsular, el resto se dividió en columnas para batir al enemigo. El batallón de Isabel la Católica también se fraccionó en varias columnas.

Una pequeña columna del regimiento que lleva el nombre de la magnánima reina de Castilla, compuesta de dos compañías mandadas por el comandante García Delgado estaba en Placetas. Por una pareja de la guardia civil, tuvo conocimiento el jefe de la columna de que las partidas rebeldes se encontraban en el central llamado *San José*. Inmediatamente dispuso el batirlas, en combinación con la guerrilla que se encontraba en Placetas compuesta de unos ochenta hombres montados. La guerrilla salió con la anticipación necesaria al mismo tiempo que la infantería tomaba el tren de vía estrecha. Como las tres de la tarde sería, cuando llegaron al chuchó de la mencionada linea y al momento se empeñó el combate, pues al llegar al apeadero del central y al parar el tren para bajar la fuerza por haber divisado á los rebeldes, éstos rompieron el fuego contra las tropas leales, contestando la columna con varias descargas tan certeras que contuvieron el avance del enemigo. La posición de las tropas fué muy crítica al detenerse el tren en el centro de la fuerza enemiga que recibió á los soldados con mortíferas descargas, por estar la tropa hacinada en planchas ó en carros descubiertos; pero el soldado español que nunca se intimida ni aún en los momentos de mayor peligro, con pasmosa serenidad é increíble arrojo, apeáronse de los vagones, recibiendo un diluvio de balas lanzadas por la caballería enemiga cinco veces superior en número. En un instante se formaron en pelotones y acometieron al enemigo con tal denuedo, que á los quince minutos las hordas insurrectas abandonaron el campo dejando dos muertos y un herido más un prisionero y catorce caballos. En este combate murió el jefe de la partida insurrecta Rafael Casallas, que se había levantado en Vueltas.

La comprobación de la muerte del traidor Casallas fué de la siguiente manera. El día veintidós de Junio por la noche, tuvo confidencias dignas de crédito el Comandante Militar de Placetas, de que el cabecillas Casallas había muerto en el combate sostenido por los rebeldes con la columna de Isabel la Católica mandada por el comandante señor García Delgado, y que al cadáver se le había dado sepultura en

un lugar no distante de aquella población. El día veintitrés salió de Placetas el comandante de armas acompañado de varios jefes y oficiales de voluntarios de Camajuani, escolta de la guardia civil, y voluntarios, de las autoridades civiles y de los médicos municipales, y se dirrigieron al sitio en que tuvo lugar el combate. Siguiendo el rastro del enemigo encontraron en las lomas "*Bella Unión*", antes de entrar en una estrechísima cañada, varias sepulturas recientes y entre ellas una arreglada en el exterior con mayor esmero. Procediéndose á la exhumación del cadaver todos reconocieron é identificaron ser aquel exhumado el del ex-comandante Casallas. El comandante de armas dispuso la traslación del cadaver á Placetas, con el fin de que revistiera mayor solemnidad la identificación, especialmente, tratándose de una personalidad muy conocida en aquella comarca, y además por su importancia en relación con los sucesos de la guerra.

Una vez en Placetas, la muerte del traidor Casallas fué confirmada por el público que le conocía, y entonces el comandante de armas mandó que se instruyese el expediente necesario, para que con las debidas formalidades, se hiciera constar por escrito la verdad de los hechos, procediéndose, enseguida, á levantar el acta consiguiente.

Tres fueron las partidas que en el central *San José* atacaron á los bravos soldados del regimiento de Isabel la Católica, á saber; la de Perico Diaz, la de Castillo y la de Casallas, sumando entre todas unos ochocientos hombres. Los insurgentes tuvieron muchos muertos más que los tres vistos; las tropas leales dos muertos y trece heridos. El general Luque fué autorizado por el general en jefe para proponer recompensas por la acción de *San José*, al jefe de la columna señor García Delgado y demás oficiales y también á treinta individuos de la clase de tropa.

Debemos consignar que, con el incremento repentino que había alcanzado la insurrección en "*Las Villas*" y con el acto de desertión de Casallas, sin embargo, á pesar de todas las mencionadas favorables circunstancias, no tenían los rebeldes ningún jefe caracterizado y de influencia que los mandase. Las partidas insurrectas merodeaban, quemaban y destruían los campos, obedeciendo las instrucciones que les había mandado Máximo Gómez, pero obrando cada uno de ellos independientemente. Al llegar á mediados del mes de Julio, se marchó á la insurrección el cabecilla Suárez, abandonando el destino que desempeñaba en la Administración Económica de Santa Clara. La presencia de Suárez en el campo rebelde dió lugar á una reconcentración de los demás cabecillas para reconocerlo como jefe, é influyó muchísimo en el desarrollo de la revolución. Mas tarde secundó el alzamiento de Suarez, José Alemán, diputado provincial y arrendatario de los baños de la Bija. Dícese que el motivo de lanzarse al campo enemigo Alemán, fué por no haberle concedido un alto cargo que él pretendía por ser incompatible, ya por la representación provincial que tenía, como por otras cualidades negativas que en sumo grado reúne José Alemán.

Nueva tentativa, aunque fracasada, fué el ataque de los rebeldes al

pueblo llamado *San Diego del Valle*, perteneciente á la provincia de Santa Clara. Los espías de los insurgentes, que como hombres pacíficos y amantes del orden vivían en las poblaciones, eran muchísimos y prestaban servicios importantes á la revolución con sus valiosas y seguras confidencias. *San Diego del Valle* no contaba para su defensa más que unos cuarenta voluntarios y varios paisanos, á quienes se les habían entregado armas por si acaso fueran atacados. Las armas de los voluntarios que viven en el campo, se hallaban depositadas y custodiadas en la casa-cuartel. Los separatistas mansos enteraron á sus compañeros levantados en armas de la existencia del depósito de armas en el pueblo, y de la facilidad que había en tomarlas.

El pueblo tenía como defensa dos fortines situados en las avenidas de la plaza, la casa-cuartel de mampostería y una barricada hecha con bocoyes y tierra en una de las calles. Una mañana de los primeros días de Julio, los insurrectos en numerosos grupos y por direcciones distintas se aproximaron al pueblo para atacarlo. Dada la voz de alarma, reuniéronse los voluntarios y paisanos dispuestos á rechazar el ataque. Pusiéronse al frente de la exígua fuerza los capitanes de voluntarios Don Federico Díaz y el señor Rafe secretario del Ayuntamiento, ocupando los dos fortines, la casa-cuartel, y en las boca-calles que dan acceso á la plaza, se colocaron grupos de paisanos y de voluntarios.

Iniciado el ataque por los insurgentes como á las ocho de la mañana, fueron éstos rechazados. Entonces el cabecilla rebelde que lo era el doctor Alberdi, médico titular de Cifuentes, mandó que se replegaran en las afueras del pueblo y en sitio donde no pudieran molestarles los proyectiles españoles, y envió con un vecino del pueblo una carta al jefe de voluntarios, intimándoles la redención, y les amenazaba, caso de una inútil resistencia, según decía la misiva, en destruir el pueblo y pasar á cuchillo á sus defensores. El jefe capitán de voluntarios rechazó dicha proposición, y el cabecilla Alberdi no tendría muchas seguridades en el triunfo, cuando repitió las misivas por siete veces.

Roto de nuevo el fuego, después de la negativa, fué sostenido con tenacidad por ambas partes, sin cesar un momento los disparos de fusilería. A eso de las dos de la tarde, comprendiendo el enemigo la ineficacia del ataque y de las amenazas, empezó por incendiar las casas más separadas de la población, esperando que el incendio se propagara hasta los edificios que ocupaban los defensores de España.

El señor Don Manuel Valle, teniente coronel del segundo batallón de infantería de Marina que se hallaba en Placetas, tuvo noticias de lo que ocurría en *San Diego del Valle*, y recibió orden de que se trasladara á Santa Clara para reconcentrar todo el batallón que se hallaba fraccionado y se le mandó que en Jicotea dejase una compañía con el objeto de desalojar á las fuerzas rebeldes. Dicha compañía, al mando de su capitán señor Dueñas, y Tomaseti, más ocho voluntarios del escuadrón de Yabú, tres prácticos y el sargento de la Guardia civil del puesto de Jicotea que se le agregaron en la marcha, salió en dirección al pueblo atacado, y en el cementerio del mismo encontró al enemigo en número

de trescientos, al cual batió y dispersó en distintas direcciones. Los rebeldes tuvieron doce muertos y muchos heridos. Nueve fueron las casas quemadas por los insurrectos.

El general Luque, comprendiendo que las audacias de los rebeldes eran motivadas por las confidencias de los espías residentes en los pueblos, dictó un bando encaminado á cortar dichos abusos. Dice así :

B A N D O.

“ Don Agustín Luque y Coca, General de brigada, Gobernador civil y militar de la provincia de Santa Clara:

“ A los habitantes de la misma.

“ El salvajismo de esos que incendian, roban y asesinan al grito de ¡ Viva Cuba libre!, y los propagandistas que deshonoran al pueblo cubano, reclutando adeptos para las hordas mandadas por incendiarios y bandoleros, me obligan, con harto sentimiento, á tomar enérgicas medidas que con lealtad confieso iré extremando, si á la guerra noble que hace nuestro valiente ejército, se responde con el pillaje y el asesinato.

“ Por ahora vengo en decretar el siguiente *Bando* :

“ Artículo 1º—Todo campesino para penetrar en las poblaciones ó salir de ellas, irá provisto de su cédula personal y de la propiedad de la cabalgadura, exhibiéndolas á cualquier agente de la Autoridad que se las pida.

“ Artículo 2º—Queda prohibido transitar por los campos y por las afueras de la población desde el anochecido hasta el amanecer, en la inteligencia de que las patrullas y fuerzas en operaciones detendrán y conducirán á mi disposición á los contraventores, si no se hallasen vistos del correspondiente pase que á dicho objeto les otorgará el Jefe militar de la demarcación de que sean vecinos.

“ Artículo 3º—Quedan sin valor ni efecto las licencias para portar armas, que no estén visadas por el Gobierno militar, debiendo los que en los campos poseen cualquier clase de armas, depositarlas, en el plazo de diez días, en los puestos de la Guardia civil ó destacamentos más próximos á su residencia, cuyos jefes les otorgarán el correspondiente recibo.

“ Artículo 4º—Sólo para las faenas agrícolas podrán dejar en sus casas los machetes de trabajo, pero con la prohibición absoluta de portarlos fuera de sus respectivas fincas.

“ Artículo 5º—Los contraventores de estas disposiciones, así como los agitadores de la opinión, propagandistas, encubridores, etc., serán considerados reos del delito de rebelión, juzgados con arreglo al Código de Justicia y penados con toda la severidad de las leyes militares.

“ Artículo 6º—Los alcaldes municipales y de barrio darán gran publicidad á este *Bando*, á cuyas Autoridades, así como á todas las civiles y militares de esta Provincia, hago responsables de su íntegro y puntual cumplimiento.

“ Santa Clara, Julio 16 de 1895.—*Agustín Luque.*”

Al comentar el *bando* del general Salcedo, análogo en el fondo al publicado por el general Luque y fundado en las mismas tropelías y crímenes de los insurrectos, expusimos la ineficacia de aquél, merced á la insólita conducta y raro proceder del general Martínez Campos. El del general Luque, inspirado en los mismos sentimientos é impulsado por los mismos deberes, sufrirá igual suerte y todas las disposiciones de los subalternos serán letra muerta, mientras el general del Zanjón se halle al frente del Gobierno de la isla de Cuba.

CAPITULO VIII.

SUMARIO.—Ataque al ingenio Tranquilidad.—Concentración de los rebeldes.—Operación combinada contra el cabecilla Rabi.—Acción del Cacao.—Disposiciones del general Martínez Campos.—Ilegada de la nueva expedición.—La guerrilla de Manzanillo es sorprendida en Cayo Redondo.—Muerte del cabecilla Amador Guerra.—Situación de Bayamo y concentración general de todas las partidas rebeldes de Oriente en dicha jurisdicción.—Acción de Peralejo y muerte del general Excmo. Sr. D. Fidel Alonso de Santocildes.—Muerte del cabecilla Goulet.—Resultados de la acción de Peralejo.

Dignos de mejor suerte de la que han alcanzado, debían de haber sido los esfuerzos del general Martínez Campos en las operaciones, desde que se hizo cargo de la dirección de la guerra, hasta Junio; pero dicen que *la fortuna es caprichosa*, ó como dijo el rey Carlos I de España: “la fortuna no quiere á los viejos”. El curso de la guerra no resultó tan satisfactorio como era de esperar. El general se movía de un modo admirable; con una actividad pasmosa, y á bordo del vapor *Villaverde* recorría cada quince días la Isla. Tan pronto estaba en la Habana como en Cienfuegos, Santa Clara, Sancti-Spíritus, Manzanillo, Santiago de Cuba, Guantánamo, Gibara, Holguín, Nuevitas y Puerto Príncipe, dictando órdenes, adoptando medidas estratégicas, dirigiendo columnas, señalando planes, pero todas sus buenas intenciones eran de escasos resultados prácticos. La opinión no se daba por satisfecha con aquella actividad que parodiaba á la fábula de Iriarte titulada *La Ardilla*, cuando dice: *tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas*, porque no se veía la utilidad de tan activos viajes. A los que imaginar puedan, que hablamos con pasión ó movidos por algún oculto resorte, sólo deberemos contestarles que hemos sentido, durante muchos años, simpatías por el general Martínez Campos, y éramos ciegos admiradores de su prestigio militar, descontando siempre los medios puestos en acción para alcanzarlo; por tanto, no hay exageración en nuestras observaciones, al decir que la opinión española empezaba á mostrarse recelosa y hasta desconfiada, y que veía como un peligro las excesivas contemplaciones del general y hasta su permanencia en el mando superior de la Isla. Contando con un gobierno nacional fuerte é incapaz de desorientarse ni de vacilar en nada que á la integridad de la patria afectase, era inexplicable la

actitud nebulosa del general en jefe. Todo seguía el fatídico derrotero de las divisiones, mal crónico de nuestra raza; en la prensa cubana y por incidencia en la peninsular, notábase un estado de intelectual anarquía muy desconsolador, y de esta situación se aprovechaba la prensa pro-insurrecta para aplaudir las gestiones del Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos.

Los insurgentes, mientras tanto, movíanse mnelhísimo y hacían acto de presencia en puntos donde por lo comprometidos no había temor de que llegaran. Sabedores los rebeldes de la marcha de algunos batallones que operaban en Santiago de Cuba, á la provincia de Santa Clara, agrupáronse las pequeñas partidas y formaron algunos núcleos de importancia y capaces de hacer tenaz resistencia. Esta combinación obedecía á la orden que habían recibido de atacar consecutivamente los pequeños destacamentos situados en las jurisdicciones de Bayamo y Manzanillo. El primero que sufrió una seria embestida de los insurrectos, fué el destacamento del ingenio llamado *Tranquilidad*, distante unos cuatro kilómetros de Manzanillo. La guarnición del central se componía de veinticinco soldados y un sargento del primer batallón del regimiento de Isabel la Católica, cuyo jefe era el primer teniente Don Dionisio Riancho y Obregón.

Como á unos cuarenta metros del central hay una casa de tabla y teja, y en ella estaban ocupados algunos soldados en construir una trinchera formada de troncos y maderas; desde la misma parte un camino que va al Congo. Por dicho camino apareció una carreta tapada por su exterior con hojas de plátano y de yagua, en la que iban unos veinte insurrectos escondidos, pues confiaban, mediante este ardid, que no deja de ser ingenioso, sorprender á los soldados. Pero como todo lo humano tiene su contrario, á la astucia insurrecta se opuso la previsión del teniente Riancho y el valor de los soldados. Hasta el día parecía favorecer los planes de los insurgentes, pues, el horizonte se hallaba interceptado por una densa neblina. Como el suelo estaba húmedo por la continuidad de las lluvias, la carreta se atascó y entonces los rebeldes que iban dentro, tuvieron necesidad de hacerse visibles, frustrando por completo el primitivo plan. El centinela les dió el *quién vive* y les disparó el fusil y ellos contestaron con una descarga cerrada. Los de la trinchera se replegaron hacia la casa y los insurrectos acometieron con vigor la entrada de la misma. El sargento y los dos primeros soldados que acudieron á la defensa, hallaron al momento la muerte, pues el enemigo estaba pegado á la empalizada y por las aberturas de los troncos metían los cañones de sus fusiles.

El teniente, sin perder un momento la serenidad, tan necesaria en dichos casos, sin contar el número de insurrectos, rechaza las intimaciones de rendición que se le hacían, desprecia las amenazas y empieza una heroica defensa, que duró cerca de una hora. Los rebeldes, viendo que no conseguían rendir el destacamento, se retiraron, no sin haber tenido seis muertos y dieciocho heridos. La partida de Amador, compuesta de unos doscientos rebeldes, fué la que intentó la sorpresa. Las pérdidas

del destacamento han consistido en el sargento y tres soldados muertos y cinco heridos. El ataque fué breve, pero muy empeñado.

La concentración insurrecta continuaba activándose rápidamente en la última quincena de Junio, y no cabía duda ninguna de que algún plan de importancia tenían concebido los rebeldes, de manera que en Oriente iban á desarrollarse acontecimientos de importancia y de sensación. El general Martínez Campos tampoco perdía el tiempo y ordenó, después de la acción del central *San José*, en la cual murió el traidor Casallas, que se reconcentrara el primer batallón del regimiento de Isabel la Católica en la ciudad de Cienfuegos, y una vez allí subieron á bordo del vapor correo del Sur *Purísima Concepción*, y siguieron rumbo á Manzanillo, donde desembarcaron. El 5º Peninsular quedó en Sancti-Spíritus, pues allí la insurrección había alcanzado gran incremento, y los cabecillas Legón y Toledo tenían numerosas fuerzas, merodeaban por aquella jurisdicción y llevaban la intranquilidad á los ánimos por las innumerables fechorías que cometían.

El general Martínez Campos había recibido importantes refuerzos: una nueva expedición de doce mil hombres desembarcaba felizmente en la isla de Cuba los últimos días de Junio, que sumada al contingente que había en operaciones, disponía el general en jefe de suficientes tropas para batir la insurrección y aniquilarla, caso de haber procedido con más energía. Nótese en esta guerra un proceder extraño en cuanto á los comprometidos para el levantamiento en sus respectivas provincias. Cuando los insurgentes se organizaban en una provincia, surgían los chispazos revolucionarios en la limítrofe, chispazos que se manifestaban por la aparición de pequeños grupos que siempre rehúsan el combate. Empezaban esos pequeños núcleos por adquirir secuaces y al contar un número importante, entonces las hordas insurrectas ya organizadas, invadían la provincia en que la revolución se encontraba en estado incipiente. Esto hemos visto que ha sucedido en la marcha revolucionaria desde Santiago de Cuba al Camagüey, y el mismo fenómeno se repitió en la repercusión é invasión de los rebeldes del Camagüey á *Las Villas*.

El cabecilla Rabí, después de haber procedido á la reconcentración de los insurgentes que merodeaban por las jurisdicciones de Manzanillo y de Bayamo, tenía establecido su campamento en el *Cacao*. Contaba con fuerzas numerosas. Con el propósito de castigar al audaz cabecilla, se dispuso un ataque al *Cacao*, lugar de ventajosas condiciones defensivas; pero las tropas españolas no se arredran jamás por las dificultades, por no hallarse escrito en sus hechos gloriosos la palabra *imposible*. A este fin se corrieron las órdenes oportunas para que diversas fuerzas convergiesen á marchas ligeras hacia el indicado sitio.

El tercer batallón peninsular, mandado por el comandante Don Antonio Sanchez, en combinación con el sexto á las órdenes de su coronel señor Imaz y de su teniente coronel Don Patricio Giralt, salió el día 27 de Junio de Baire, y emprendió la marcha con rumbo á Chupaduras, y desde allí se dirigió á las posesiones del *Cacao*.

Los insurrectos hicieron prisionero á un práctico, confidente de las

tropas leales, que llevaba una orden para esta combinación, colgándolo de un árbol, y sin duda alguna, por esta circunstancia, el sexto peninsular, no pudo concurrir al sitio del combate. A eso de las once de la mañana del mismo día 27, en el punto denominado *El Casave*, la fuerza del tercero peninsular derrotó una avanzada rebelde, quitándole caballos, monturas y armas, y siguió su marcha hasta el sitio designado que era *El Cacao*. Como á las tres de la tarde encontró una trinchera levantada por los rebeldes para interceptar el paso del camino que conduce á una cañada, y después á un barranco, al cual convergen otros caminos defendidos por las lomas que se alzan rodeándole, formando un polígono irregular. La columna tomó la trinchera, y apenas entraron en el barranco, sufrió un horroroso fuego por ambos flancos y por el frente. Los flanqueadores de la columna que estaban separados de ella unos ochocientos metros, tienen que reconcentrarse, porque el enemigo era numeroso: más de mil doscientos hombres, y los leales solamente ascendían á trescientos.

Los rebeldes, confiados en la superioridad, siguen avanzando y se lanzan sobre nuestras fuerzas. Entonces el combate es cuerpo á cuerpo, al arma blanca y de fuego contra el enemigo, y éste que no contaba con tan inesperada resistencia, se retira para cargar luego con más ímpetu, con nueva y traidora astucia. Las cornetas rebeldes tocan alto el fuego con las mismas contraseñas de nuestros batallones, los insurrectos dan *rivas á España*, recomendando que no se hiciera fuego por tratarse de fuerzas hermanas. Lo que ellos pretendían era sorprender á los nuestros y hacerles creer que eran dos columnas que se reunían. La tropa siguió su marcha vitoreando al sexto peninsular, más de pronto se dejó oír una descarga que ocasionó sensibles bajas á la columna, y unido á esto la proximidad de los rebeldes, que por lo subido del color no daba lugar á dudas que era el enemigo, empezó de nuevo un tremendo combate, y á la estratagema de los rebeldes, se contestó con seis ataques á la bayoneta á sus formidables posiciones.

La noche se aproximaba, el enemigo crecía y á la columna no le quedaba más recurso que emprender la retirada, y de esta manera se procedió, haciéndola ordenadamente y por escalones, hasta que, tomadas nuevas posiciones al enemigo, las tropas repiten el ataque con más empuje, ardor y entusiasmo que antes, logrando dispersar al enemigo.

Todos fueron héroes y como españoles se portaron en esta terrible jornada; pero entre los muchos casos ya aislados ó colectivos que merecen especial mención por su valor, abnegación y heroísmo, deberemos citar el realizado por el médico del batallón Don Urbano Santos Orad y Cagias. Hallábase este señor doctor curando á los heridos en medio del horroroso tiroteo; las balas insurgentes hacían estéril su trabajo llevado á cabo con tanto valor, energía tenaz é incomparable empeño, cuando hubo de abandonarlo por verse rodeado de enemigos que, dando desaforados gritos, le conminaban á que se rindiese. El médico Orad deja entonces el bisturí para cambiarlo por la espada; la ciencia quirúrgica por la estrategia, y con los pocos hombres útiles de que podía disponer,

organiza la resistencia, forma un pequeño cuadro. Con heroísmo admirable salva también á cuarenta soldados que hubieran muerto á manos del enemigo. Teniendo el pié destrozado de un balazo, reconcentrólos ayudado del sargento Lozano, y se fué retirando escalonadamente en dirección á un barranco en donde encontró refugio y condiciones defensivas, no sin recobrar antes la caja de municiones, operación que efectuó con grave peligro de su vida. Una vez en el barranco se parapetó, formando una trinchera y siguió defendiéndose hasta la retirada de los rebeldes. Entonces otro héroe, el sargento Víctor Vallejo, que también estaba herido, hizo un reconocimiento para buscar la salida del barranco trayendo á su regreso suficientes caballos para conducir los heridos. La columna que en el fragor del combate habíase separado de la pequeña fuerza de Orad y éstos que no habían podido incorporarse por haberles sido cortada la retirada por aquella parte, marchó á *Guisa*, poblado que dista unas tres leguas del *Cacao*, y el médico, aprovechando la oscuridad de la noche, llegó al amanecer á Santa Rita y allí curó á los heridos.

En la acción del *Cacao*, los insurgentes, casi todos ellos de color, cometieron actos de barbarie, sólo comparables con los de las tribus de Africa. La comparación es verdadera y no necesita demostración, porque descendientes de las hordas del continente negro eran la inmensa mayoría de los insurgentes que pelearon en el *Cacao* y mutilaron los heridos en el mismo campo de la acción. El capitán ayudante de Baza Don Anselmo Fernández cayó herido, y una avalancha de unos cuarenta negros se lanzaron como hienas sobre el infeliz y de un machetazo le cercenaron la cabeza. Cante sus proezas esa prensa esclarecida y miserable de los Estados Unidos de Norte América y atenúelos esa otra llamada neutra que conspira al amparo de nuestra bandera y de nuestras leyes.

Las bajas sufridas por las tropas fueron las siguientes: el capitán González, el teniente Marín y cuarenta y siete soldados muertos, el capitán Ibáñez, los tenientes Sanchez y Arizoni y catorce soldados heridos.

Los rebeldes tuvieron doscientas bajas entre muertos y heridos, pertenecientes casi por partes iguales á las partidas de los cabecillas Maceo (José) y Rabí. También murió el cabecilla Suárez un mes más tarde á consecuencia del balazo recibido en el combate.

Tres días después de la acción del *Cacao*, ó sea el 30 de Junio, hubo otro encuentro en Cayo Redondo, cerca de Manzanillo. El cabecilla Amador Guerra, al frente de cuatrocientos rebeldes, todos de caballería, preparó hábilmente una sorpresa á la guerrilla local de Manzanillo, cuando ésta, al mando de su capitán Don Pedro Boeras, salió de dicha ciudad con el objeto de proteger la reparación de la línea telegráfica que se hallaba recientemente cortada.

La reparación de la línea debía hacerse entre Manzanillo y Yara. Para proteger á los reparadores salieron ochenta guerrilleros armados de tercerola, (esto fué una calamidad) para defender tal operación. Terminada la reparación regresaban el 1º de Julio los guerrilleros á Manzanillo, cuando á las once y media de la mañana, al atravesar la extensa sabana llamada de *don Pedro*, la partida de Amador Guerra emboscada

en el lugar conocido con el nombre de *Cayo Redondo*, hizo una descarga cerrada, y al momento, sin dar tiempo á que los guerrilleros se rehiceran de la sorpresa, cargaron los insurgentes á la voz de *al machete*, envolviéndolos por completo. Al ser sorprendida la guerrilla por la caballería rebelde, el capitán y demás oficiales, con gran serenidad, mandaron hacer alto á la fuerza y rodilla en tierra ordenaron que el fuego fuese por descargas cerradas; pero no lograron que esta manera de defenderse surtiera sus efectos porque la tercerola no es arma adecuada para la defensa y formación del cuadro. El combate fué muy reñido y sangriento, pues desde el primer momento se entabló cuerpo á cuerpo; los guerrilleros se defendían como héroes no obstante la inferioridad numérica y lo deficiente del armamento para sostener las cargas de la caballería. Al perderse el orden, oyóse la voz de *al monte, muchachos*, dada por el capitán Boeras; pero aquél se hallaba á alguna distancia para ganarlo á pié, y ya muchos de los guerrilleros habían sucumbido ó se hallaban heridos; otros se batían desesperadamente sin atender á nada, y todos huían buscando lugar donde parapetarse para vender caras sus vidas.

Unos seis guerrilleros lograron refugiarse en el cayo del monte más próximo, continuando desde allí la defensa. Apercebido el cabecilla Amador Guerra del fuego que desde allí le hacían los guerrilleros, dirigióse con unos catorce jinetes al cayo, y les intimó la rendición; pero los guerrilleros estaban resueltos á morir antes que rendirse. De los seis refugiados una había muerto, dos estaban heridos, más la defensa continuaba. El cabecilla, vista la tenacidad de aquellos valientes, mandó tomar á viva fuerza la colina, pero en aquel mismo instante bajó el brazo derecho y dejó caer el machete. Una bala de los guerrilleros le había herido de gravedad, atravesándole el vientre; el enemigo se retiró. Entonces el corneta, que era uno de los guerrilleros que ganaron el cayo, tocó llamada y sólo acudieron nueve guerrilleros, todos heridos de gravedad; se repitió dos veces más el toque, y no acudiendo nadie, emprendieron la marcha á Manzanillo por dentro del monte. De la suerte cabida á los soldados de la guerrilla, solo diremos, que veinte murieron en el campo donde tuvo lugar el encuentro, quince quedaron heridos, otros se refugiaron en Manzanillo y unos veinte fueron hechos prisioneros. Del enemigo murieron el cabecilla y catorce rebeldes, teniendo además muchos heridos.

Entretanto la concentración de los insurgentes se efectuaba con pasmosa actividad, y los delegados rebeldes recorrían toda la provincia de Santiago de Cuba, llevando órdenes de Maceo, en las cuales encargaba la urgencia de reunirse. Dicha concentración no tenía el carácter de la anterior, en la cual se mandaba reunir las pequeñas partidas á las mayores, pero siempre dentro de sus respectivas jurisdicciones, persiguiendo el fin de constituir núcleos de fuerzas mayores para la resistencia y aún en determinados casos para los ataques; sino que, era concentración general de todos los territorios, jurisdicciones y zonas insurreccionadas: el punto donde habían de concentrarse era en la jurisdicción de Bayamo.

De lo expuesto anteriormente se deduce que los rebeldes proyecta-

ban algo importante y de resonancia, pues creer otra cosa sería poner en duda lo evidente, y además que lo proyectado debía recaer sobre la ciudad de Bayamo, en el mero hecho de que en su jurisdicción se concentraban todas las fuerzas rebeldes de la provincia oriental. Sadedor el general Martínez Campos de la extraordinaria actividad desplegada por los insurgentes y de la numerosa concentración en los alrededores de la ciudad fundada por Diego Velázquez, salió de la Habana, el día 5 de Junio, en dirección á Remedios, Sancti-Spíritus y Ciego de Avila para enterarse de las necesidades de la campaña y ver si podía reducir algo el contingente de tropas que operaban en Las Villas sin detrimento ó perjuicio de dejar indefensa dicha provincia, pues todo su afán era reforzar convenientemente las jurisdicciones de Bayamo y Manzanillo, sobre todo la primera que se hallaba seriamente amenazada. Habiendo consultado el general Luque y el general en jefe, acordó éste que enseguida volviere á Manzanillo el primer batallón del regimiento de Isabel la Católica, que con otros dos de la primera división había reforzado el contingente en Las Villas. Ya hemos dicho en el anterior capítulo, que dicho batallón se reunió en Cienfuegos, después de haber dado muerte al cabecilla Casallas en el combate del central *San José*, y que desde Cienfuegos siguió rumbo á Manzanillo á bordo de uno de los vapores correos de la costa del Sur.

El día 8 de Julio recorrió la antigua trocha de Júcaro á Morón, dictando algunas disposiciones respectivas á las obras defensivas que debían hacerse, y el 10 llegó á Santa Cruz del Sur (Puerto Príncipe). Lo que más preocupaba al general Martínez Campos era el movimiento de los insurgentes y la presencia de Maceo en las inmediaciones de Bayamo, de manera que, una vez ordenadas ciertas medidas referentes á colocar en buena situación al batallón de Andalucía, recién llegado de la Península, en Santa Cruz del Sur, se dirigió á Manzanillo. El 10 por la noche llegó á dicha ciudad, preparándose para salir inmediatamente en dirección á Bayamo; pero consultado el caso con el general Luchambre, éste le aconsejó que no fuera sin un buen contingente de tropas por ser peligroso el trayecto.

Respecto al pensamiento y plan del cabecilla Maceo, al hacer la concentración, se han dado diversas versiones, unas de caracter novelesco, otras motivadas por la pasión que todo lo tergiversa y confunde; por esto las eliminamos en esta narración, considerándolas como indignas de figurar en una exposición histórica en la cual procuramos decir la verdad, aún sacrificando nuestro idealismo en materia de política.

Maceo, bien por iniciativa propia, ó por instrucciones recibidas de la junta revolucionaria de Nueva-York esta última hipótesis la creemos como la más probable, por cuanto su presidente y demás miembros pretendían recabar del Gobierno de los Estados Unidos del Norte el reconocimiento de la beligerancia á los insurgentes; y como para formular dicha petición se necesitan ciertos requisitos previos é indispensables según reconocen y recomiendan las reglas y consuetudinarias prácticas del Derecho Internacional quiso efectuar un golpe de audacia, de resonancia

y de alcance político, apoderándose de Bayamo, para luego proclamar en la misma ciudad oficialmente la república cubana, y proceder después á la formación y constitución del Gobierno. Con el objeto de dar forma á este pensamiento exclusivamente suyo, según aseguran algunos, ó al mandato de la *junta* según otros, llamó á todos los cabecillas con sus partidas que merodeaban por el departamento oriental y las reconcentró en el término municipal de Bayamo, formando un contingente de siete mil hombres entre infantería y caballería. Aún hizo más, porque disponía de abundante parque, tanto de armas como de municiones, pues en aquellos días había desembarcado una expedición filibustera en la *Herradura*, jurisdicción de Holguín, y de ella recibió muchos rifles sistema Relámpago, fusiles y cartuchos; y de la misma pirotecnia de la Habana le facilitaban abundancia de municiones, por haber operarios traidores ó jefes venales que hacían tan infame comercio; llamó á las armas á los *mansos*.

Ya hemos dicho en otro lugar que el departamento oriental ha sido y es en la actualidad la cuna del separatismo insular, el terreno abonado para la rebeldía y que el número de insurgentes dependía del número de fusiles ó armas que contara la revolución. Maceo hizo un llamamiento general á los paisanos y éstos acudieron solícitos, con fruición, á empuñar las armas contra España. Razón tenía el general Martínez Campos al afirmar que á su regreso á Manzanillo, después del combate, vió á muchos trabajando que no tenía duda alguna habían estado en la acción; pero nosotros agregamos que esos irreductibles pacíficos no se acaban ó se les obliga á obedecer á España con los suaves procedimientos empleados por el general en jefe.

La ciudad de Bayamo estaba casi sin guarnición desde el 9 de Julio, por haber salido cuatrocientos hombres á Cauto Embarcadero á conducir un convoy, y solamente quedaban para la defensa ciento cincuenta hombres de tropa de línea y guardia civil, una sección de artillería de montaña con una pieza, una sección de ingenieros y una guerrilla local de catorce caballos; total unos trescientos hombres más unos cuarenta voluntarios, fuerza exígua ó insuficiente para hacer frente á las numerosas huestes rebeldes concentradas en la jurisdicción bayamesa.

La toma de Bayamo, contando con una guarnición tan exígua, no constituía una empresa ruda ó temeraria y de resultados problemáticos, pues, Maceo estaba muy bien enterado de que la ciudad no tenía fuertes exteriores y carecía de foso ó circuito de cualquiera otra clase defensiva que las defensas interiores, no tan sólo eran débiles, sino también que la mayor parte de ellas no se protegían entre sí, pudiendo batirse aisladamente y sin grandes esfuerzos ni pérdidas. Tampoco ignoraba el escaso número de combatientes que había en la ciudad para defenderla, el número de recursos que contaban, los sitios de menos peligro para el ataque y hasta las casas y familias que debían ayudarle en la empresa, y comprendiendo la gran trascendencia, la importancia suma y el gran efecto que había de producir en los Estados Unidos el hecho, y deseando levantar el espíritu revolucionario de la Isla por una causa tan innoble como

criminal, decidió atacarla inmediatamente; pero apostando sus fuerzas para interceptar el camino de Manzanillo, vía la más expédita por donde podían recibir auxilio los sitiados en Bayamo. Esta versión nos parece la más lógica, la más racional y la más adecuada para explicar los demás hechos que después se realizaron.

Bayamo en los días 10, 11 y 12 de Julio, estaba verdaderamente bloqueado, y si los insurgentes no intentaron dar un ataque, tampoco los moradores podían separarse doce metros de las casas de la ciudad, sino querían caer prisioneros. La situación era muy crítica. Los insurgentes recorrían las afueras de la población, desfilando en grandes columnas, ora se presentaban formando un círculo que envolvía todo el perímetro de la ciudad, ora simulaban marchas, ataques y maniobras.

El día 12 por la mañana, pero muy temprano, el Comandante Militar de Bayamo, coronel señor Vara de Rey, tuvo una confidencia reservada, pero de un crédito innegable, en la cual se le participaba que aquella misma noche había sido decidido Maceo tomar la ciudad, atacándola simultáneamente por todos aquellos puntos más vulnerables. El señor Vara de Rey que no ignoraba lo graves y críticas que eran las circunstancias, se propuso hacer una resistencia decidida y tenaz y á no ceder un palmo de terreno, disponiéndose la pequeña guarnición á vender caras sus vidas. Tomó algunas disposiciones las cuales al momento fueron unánimemente aceptadas. Las fuerzas de la guarnición, aunque escasas, los voluntarios y aún muchos paisanos, todos estaban animados del mejor espíritu, nadie pensaba más que en pelear; pero la noche fué triste, de intranquilidad, de inquietud y de zozobra, para todos. La vigilancia fué exquisita, las luces del alumbrado público se apagaron como medida precautoria para que los rebeldes no hicieran blanco, caso de disparar sus armas, y esperaban la hora del ataque. Hubiera sido probable, caso de haberlo intentado, la posibilidad de que la ciudad de Bayamo fuera incendiada y reducida á cenizas la mayor parte de ella, como sucedió en la guerra del 68, pero también se abrigaba la creencia de que la tentativa pudiera costarle cara al enemigo. Sin embargo, pasó la noche con esa incertidumbre y malestar precursores de las calamidades y desgracias, sin disparar un tiro. El anunciado ataque quedaba suspendido, más no abandonado, porque las circunstancias variaron tan pronto como Maceo recibió confidencias por un espía que llegó de Manzanillo al campamento aquella misma noche. Supo el cabecilla por el confidente, que el general Martínez Campos había salido de Manzanillo acompañado de una pequeña columna compuesta de trescientos hombres en dirección á Bayamo. Maceo entonces acordó primeramente atacar al general con la confianza de coparlo, y después dar el ataque suspendido á la ciudad de Bayamo.

Los periódicos yankees y los filibusteros que se editan en dicha República, como bien enterados de las frases pronunciadas por los cabecillas, aseguran que dijo Maceo cuando le avisaron se dirigía á Bayamo solamente con trescientos hombres: “Copemos al general Martínez Campos, que luego será mucho más fácil tomar á Bayamo, y si nó, siempre valdrá ese golpe por cien Bayamos, lo menos.”

Siempre hemos considerado como fanfarronadas cursis ó simple expresión de la intransigente soberbia y endiosamiento del mulato cabecilla, la relación que hace de sus hazañas, de sus victorias, por estar en pugna y contradicción con la realidad; sin embargo, en el caso presente, en que la obcecación de un general ó militar afortunado, le facilitaba una ocasión propicia para dar un golpe de efecto y de gran resonancia, no tan solo en América, sino también en la culta Europa, creemos que lo dicho por el pontífice máximo de la etiópica raza, no era una jactancia de las acostumbradas en su vulgar y altanero lenguaje, una ilusión forjada en la mente del cabecilla, una utopía irrealizable, un medio de excitar la admiración y las simpatías de los *jíngoes* de los Estados Unidos de Norte América; sino al contrario, constituía una presunción que debía traducirse en realidad, si consideramos la exígua fuerza del general Martínez Campos y la numerosa que tenía Maceo; las posiciones que éste previamente había tomado y la confianza vituperable que aquél tiene en su estrella. La topografía especial del terreno desde los potreros *Valenzuela* y *Solis* hasta los montes de *Peralejo*, debía infundir alientos aún al más pesimista.

Sin embargo, si al cabecilla Maceo le avisaron anticipadamente de la salida de la columna, tampoco faltó en esta ocasión á los defensores de España la Divina Providencia que interpretada por almas cristianas y caritativas, avisaron al bizarro general Santocildes que se hallaba en Veguitas, la obstinada resolución del general en jefe; visto lo cual suspendió aquel las operaciones que iba á emprender y esperó al general en Veguitas.

Para describir, para narrar verazmente el combate que se llama de Peralejo, aunque lo mismo pudiera decirse de Valenzuela, Solís ó la Caoba, hemos tomado los datos de un testigo presencial. Dice así:

“Era el día 12 de Julio, cuando salió de Manzanillo para Bayamo el general en jefe Don Arsenio Martínez Campos acompañado de su Estado Mayor y de una escolta de cuatrocientos hombres al mando del teniente coronel Vaquero. Al llegar S. E. á la confluencia de los dos caminos reales que se dirigen á Bayamo, tomó la dirección del que pasa per Veguitas y Barrancas, en vez de seguir la marcha por la vía de Yara y el Dátil. En el punto donde se cruzan los dos caminos se le unió el general Santocildes, que desde el día anterior estaba operando por aquellas inmediaciones, con una pequeña columna compuesta de unos cuatrocientos hombres.

“Como las cinco de la tarde serían, cuando ambas fuerzas reunidas arribaron á Veguitas, y á poco de estar allí llegaron también unos trescientos hombres del 6º Peninsular, y como á las ocho de la noche se presentó el segundo batallón de Isabel la Católica, compuesto de unos cuatrocientos cincuenta hombres, que por orden del general Lachambre, y forzando las marchas, se unieron á la columna del general en jefe; pero éste insistía en querer ir sólo con sus cuatrocientos hombres á Bayamo, creyendo era una exageración el número de enemigos que se hallaban reunidos en el camino, y hasta dudaba que Maceo los mandara. La

obstinación del general era tal, que la familia Kirch, tanto el marido como la señora y la señorita hija de Kirch, especialmente esta última, aconsejaron al general, pero llorando, que desistiera de la idea de ir con tan poca fuerza á Bayamo, pues les constaba que el enemigo trataba de impedirle el paso, era numeroso, ocupaba buenas posiciones y estaba resuelto, decidido á la pelea y pretendía copar á la columna. Parece que el general en jefe se conformó por el momento. Pernoctaron aquella noche en Veguitas, y al siguiente día, ó sea el 13 á eso de las cuatro de la mañana, emprendió la marcha el general Martínez Campos con su columna compuesta de 1.550 individuos de infantería y ochenta jinetes, siguiendo, como ya hemos dicho antes, la dirección de Barrancas.

“ Otra vez vuelve el general á insistir en la loca ó temeraria idea de ir á Bayamo solamente con sus cuatrocientos hombres; por eso, antes de salir de Veguitas, dispuso que el general Santocildes saliera con la fuerza restante á practicar una operación militar por la demarcación de Bueyecito. Santocildes que no participaba del optimismo del general Martínez Campos, y sabía muy bien la situación y número del enemigo por unas buenas confidencias que había recibido, no quiso dejar la suerte de correr una aventura peligrosa á su gerárquico superior, y salió á la hora que se le había ordenado, y por el camino designado, pero forzando la marcha llegó á picar la retaguardia de la columna del teniente coronel Vaquero, y de esa manera continuó aún después del camino que lo debía separar del general en jefe.

“ Advertido el general Martínez Campos de que Santocildes le seguía con su columna, ordenó á un ayudante suyo que fuera á recordarle al expresado jefe el cumplimiento de lo ordenado; pero Santocildes, dispuesto á no dejarle solo, contestó al ayudante del general que lo haría así que llegase al otro camino que se dirigía á Bueyecito, mas siempre decidido é impenitente en sus propósitos de no abandonar al general en jefe, continuó acompañándole pero siempre á retaguardia.

“ Manda por segunda vez Martínez Campos á Santocildes un recado igual al anterior, y entonces éste se adelantó con sus ayudantes para explicar á S. E. de viva voz cómo no había encontrado todavía el segundo camino que debía separarlos. Desde entonces siguieron la marcha juntos en animada conversación los dos generales.

“ El general Martínez Campos comprendió que Santocildes estaba resuelto á no dejarlo sólo en aquella jornada de supremo peligro para el Gobernador General, y apeló al recurso de sortear las dificultades con el pretexto de que no encontraba el camino. De esta manera, con la línea de conducta tan hábil que se había trazado el general Santocildes, no desobedecía ostensiblemente las órdenes del superior jerárquico, ni le dejaba expuesto á un encuentro de fatales consecuencias ó por lo menos de dudosos resultados para nuestras armas, dada la diferencia numérica de las fuerzas que seguramente iban á entrar en fuego.

“ Intensos debieron ser los sufrimientos de un general de tan noble corazón como lo era Santocildes, en aquellos críticos y supremos momentos para él, en que estaban luchando en su ánimo el deber y la conciencia:

el deber que le señalaba la observancia estricta de la ordenanza militar y los sentimientos de su noble y honrada conciencia, que le dictaba infringirla, para ayudar con su columna al general en jefe en el próximo é inminente choque

“Siguiendo en su conversación iban los dos generales con sus respectivas columnas, cuando al llegar á un punto próximo entre Valenzuela y Solís, después de pasar el río Babatuaba, empezó el fuego con las avanzadas que Maceo había situado en aquellos lugares. El combate estaba en perspectiva. La fuerza mandada por el general Santocildes avanzó al momento por orden del mismo, y colocó á la vanguardia los ochenta jinetes que llevaba y toda la fuerza restante envolvió al general en jefe, á su Estado Mayor y á la impedimenta: entonces el general Santocildes tomó el mando de toda la columna para la dirección del combate.

“Las avanzadas insurrectas eran numerosas, y por tanto el fuego se generalizó el momento. Las fuerzas rebeldes, como numerosísimas que eran, habían envuelto á la columna en un círculo de fuego; las balas llovían por todas partes; la muerte se cernía de una manera aterradora. Santocildes, á la cabeza de la columna y á caballo, atendiendo siempre á todos los detalles con aquella serenidad, tacto y bravura propios de aquel carácter indomable, seguía avanzando y rompiendo cercos de enemigos; pero éstos volvían á rehacerse y luego á ser rotos de nuevo. De esta manera salió la columna de la situación mala en que se encontraba por estar entre dos cercas de potreros, hechas de alambres con puntas; las tropas leales peleaban completamente al descubierto, pues chapcado el monte en cierta extensión por orden de Maceo y teniendo por los flancos y el frente monte, bajo dentro del cual se ocultaba y hacía con ventaja fuego el enemigo. En medio del fragor del combate recibió el general Santocildes dos heridas de bala en el pecho, sin embargo, seguía dando valor á los suyos, mandándolos y entusiasmándolos con la mayor serenidad. Los soldados, al verlo lleno de sangre, le decían: —*Mi general, que está usted herido, que se desangra, retírese.*—y él, impertérrito, continuaba en el puesto de mayor peligro, y siempre avanzando, contestaba: —*Nada, hijos míos, esto no es nada, dos arañazos, cosa leve; ¡arriba! hijos míos ¡fuego!*—pero un tercer proyectil le penetró por encima de una ceja, le atravesó el cráneo y cayó al suelo exánime. Al poco rato cayeron mortalmente heridos su ayudante el joven teniente Don José Sotomayor y el capitán Don Eugenio Tomás.

“Al saber el general Martínez Campos que había muerto el general Santocildes, hizo un movimiento de avance con su Estado Mayor, y dirigiéndose á la tropa, sable en mano, dijo con voz vibrante: —*Señores jefes y oficiales, desde este momento tomo el mando de la columna.*—Los ayudantes del general en jefe se pusieron también al frente de algunas compañías cuyos jefes se hallaban heridos, y el señor Méndez Vega con un pelotón de soldados se hizo cargo de los cadáveres de Santocildes y de su ayudante Sotomayor. De esta manera siguió en marcha la columna, ora sosteniendo con denuedo el ataque singular, ora avanzando

penosamente, cuando en estos momentos fué herido gravemente el teniente coronel Vaquero; entonces el General dispuso que tomara el mando de la vanguardia el de igual categoría señor San Martín y el de la retaguardia Don Federico Escario.

“Continúa el movimiento de avance la columna y empieza una serie de peripecias que pusieron á prueba el acrisolado valor de nuestras tropas. Más de quinientos jinetes insurrectos intentan cargar al machete: los soldados de la segunda y tercera compañías del segundo batallón del regimiento de Isabel la Católica forman el cuadro: los insurrectos se acercan hasta diez metros del mismo y la voz de fuego dada por los jefes fué el preludio de una série de descargas cerradas hechas casi á quema ropa sobre los rebeldes, las cuales les ocasionaron muchísimas bajas, lo mismo en hombres que en caballos. Huyen despavoridos los insurrectos al ver tanta mortandad; pero, Maceo, machete en mano, repartiendo planazos á los suyos y llamándoles cobardes, les obliga á intentar otra carga, quedando en esta tan castigados como en la primera.

“En esto los soldados empezaron á gritar: *mi general, que se nos han acabado las municiones para defendernos*. Martínez Campos contestó con laconismo espartano: *aún quedan las bayonetas*. En tan aflictiva situación y con gran presteza, un práctico y algunos soldados registraron los muchos rebeldes que estaban más próximos al cuadro, y vieron que tenían abundancia de cápsulas, pues había entre los muertos algunos que llevaban hasta quince paquetes, cartuchos Remington y la bala con envoltura metálica unos de fabricación yankee y otros de la pirotecnia de la Habana. Los cartuchos fueron repartidos entre los soldados. Los insurrectos sabedores de la falta de municiones, intentaron otra carga para romper el cuadro, confiados en que la lucha sería al arma blanca; pero la sorpresa y el aturdimiento que les produjo el ruido de las descargas hechas á unos cinco metros de distancia y el considerable número de bajas causadas por los proyectiles, obligáronles á retirarse y á que desistieran de su empeño. La situación se hacía crítica porque empezaban á escasear las municiones y el General acordó que el valiente guerrillero Lolo Benítez fuese á buscarlas á Bayamo. Este, con aquel valor temerario tan peculiar que le caracterizaba, avanza con los suyos, y perdiendo mucha gente en la desigual lucha, logró romper las líneas enemigas llegando á la ciudad á cumplir la comisión encomendada por el General en Jefe.

“En el avance iniciado y nunca interrumpido de la columna y al frente de la sección exploradora de Isabel la Católica y de las compañías primera y tercera del primer batallón de dicho regimiento, cargaron el coronel, teniente coronel de Estado Mayor Don Máximo Ramos, el capitán Primo de Rivera y el teniente señor Marqués del Baztán, hijo del general Martínez Campos, y lo hicieron con tanto denuedo, que el enemigo se puso en fuga por aquella parte, no sin haber dejado algunos muertos del arma blanca.

“Continúa la columna sin interrumpir el movimiento de avance hasta que llegó con su impedimenta, que no fué sacrificada su su totali-

dad como algunos aseguran, á cruzar el arroyo Mabay. Entonces cesó el fuego que el enemigo hacía á la vanguardia y los flancos; sin embargo, continuaba muy nutrido por la retaguardia. La columna descansó allí un poco, para que tomara agua la tropa en el riachuelo, pues iba sedienta después de tantas horas de rudo combate y de penosísima marcha por las muchas dificultades que había tenido que vencer. Emprendida de nuevo la marcha, continuó la columna, siendo atacada rudamente por la retaguardia. La columna llegó á la unión de los dos caminos, uno de ellos el más trillado y seguido con frecuencia por los caminantes, el camino nuevo, digámosle así, el que se dirige desde Bayamo hasta la confluencia, y el otro el que se dirige al Dátil, casi abandonado por completo, menos transitable. El General en Jefe preguntó entonces á un práctico á dónde se dirigía el camino de la izquierda (el antiguo de Bayamo), y enterado que era el antiguo, tuvo una de esas maravillosas intuiciones salvadoras y felices, que verdaderamente aquel día ahorró mucha sangre. Dispuso al momento, que la retaguardia de la columna, atravesando espesa manigua, se transformara en vanguardia y dando la tropa media vuelta á la derecha, siguió el camino de la izquierda, frustrando por completo los planes del cabecilla mulato. Apercebido éste de lo que ocurría, mandó que la caballería rebelde se dirigiera á escape, atravesando el camino que media entre uno y otro camino para estorbar el paso de la columna; más ya era tarde, pues se hallaba á media hora de Bayamo, donde hizo alto para descansar un poco y ordenar la entrada en la ciudad. Cruzáronse algunas descargas, pero sin importancia: Lolo Benítez se incorporó de nuevo á la columna, cumpliendo el encargo de traer las municiones. De esta manera entró en Bayamo la columna á eso de las diez de la noche, después de haber roto y destrozado las líneas enemigas formidables por el número, las posiciones que ocupaban y las medidas que de antemano habían tomado; pero todo fué arrollado y vencido por el valor indomable de nuestro valeroso ejército.

“Sensibles han sido las pérdidas sufridas por nuestras fuerzas en la acción de Peralejo, pues consisten en el general Santocildes y tres oficiales muertos; el teniente coronel Vaquero y tres oficiales más, también heridos; veintitún soldados muertos y ochenta y nueve heridos, que con los contusos, ascienden á ciento veintitrés bajas entre muertos y heridos.

“El cadáver del malogrado general Santocildes, víctima del deber y de sus generosos y nobles sentimientos, fué expuesto en capilla ardiente en el salón principal del casino español de Bayamo, cedido por los socios del patriótico establecimiento. El día 14 de Julio, por la tarde, fueron conducidos al cementerio sus restos y los del teniente Sotomayor que fué su ayudante, más los seis individuos de tropa que recogieron. La ciudad hizo una espontánea y generosa manifestación de duelo por los héroes que habían sucumbido en defensa de la patria. El duelo fué presidido por el General en Jefe, con acompañamiento de todas las fuerzas que tomaron parte en el combate.

“Las cintas del féretro de Santocildes las llevaban el señor alcalde de Bayamo, el señor Lacalle, juez de primera instancia, el teniente coro

nel de Isabel la Católica señor Escario y el ayudante del finado señor Mendez Vega; las del teniente Sotomayor las llevaban cuatro subalternos. El cadáver del general fué enterrado en un nicho, cedido espontáneamente por la señora doña Guadalupe Milanés, y los sacerdotes que oficiaron en el entierro no quisieron cobrar sus derechos.

“Los insurgentes tuvieron muchísimas bajas: su número pasó de cuatrocientas. Durante el fuego, fueron retirando del campo de la acción sobre unos ciento veinte cadáveres. Lo que es evidente y puso de manifiesto su desaliento, fué el terror que tenían á nuestros soldados. Los mismos heridos rebeldes decían: —*Cuidado con los soldaditos, parece que tienen máquinas en las manos para tirar balas: nos han fastidiado. Parece imposible que esas gentes se hayan escapado; pero afincaban la rodilla en tierra, no se levantaban y disparaban balas á millares.*”

“Maceo, descontento del resultado de la acción, intentó sitiar la plaza de Bayamo y á ese objeto se efectuó una gran concentración de fuerzas rebeldes, las cuales se aproximaron á los alrededores de la ciudad, limitándose á hacer unos cuantos disparos, los cuales fueron contestados con algunos tiros de cañón. Esto fué lo suficiente para entibiar el ardor bélico de los insurrectos, y desde entonces desistieron de entablar un ataque serio.

“La concentración de los rebeldes motivó otra de las fuerzas leales en la misma jurisdicción en que se hallaba apostado el cabecilla Maceo, y para esto salieron de Santiago de Cuba, Manzanillo y Holguín los generales García Navarro, Lachambre y Suárez Valdés, al frente de nutridas columnas, las cuales volvieron á sus respectivos puntos, porque el etiópico cabecilla no creyó prudente esperar la acometida. El combate de Peralejo le había enseñado lo suficiente.”

Esta narración es debida á un testigo que presencié y tomó parte activa en el encuentro: ahora expondremos la versión oficial, y se verá que guarda completa analogía con la anteriormente expuesta. Dice así:

“PARTES OFICIALES.

“Excmo. Sr.: El Capitán general de la isla de Cuba, en 16 de Julio próximo pasado, dijo á este Ministerio lo siguiente:

“Ejército de operaciones de Cuba.—E. M. G.—Excmo. Sr.: El día 5 salí de la Habana para ver de cerca las jurisdicciones de Remedios y Sancti-Spíritus, donde existen las partidas de Las Villas y Ciego de Avila; enterado de todo por el general D Agustín Luque, de cuyo celo, actividad é inteligencia estoy sumamente satisfecho, dispuse que enseguida volviese á Manzanillo el segundo batallón de Isabel la Católica que, con dos de la primera división, había reforzado Las Villas, dejando estos dos allí por ahora; aunque estando pronto á volver á Cuba el de la Unión, segundo provisioanal, y de la colocación que consideraba debida á los cuatro batallones que acababan de llegar procedentes de la Península (Andalucía, Extremadura, Borbón y Zamora), formando dos líneas, la avanzada en los dos Jatibónicos para operar hacia la antigua Trocha, y

la segunda en Placetas, Guaracabulla, Báez y Fomento; estas fuerzas con el tercero de Alfonso XIII y el de Baza, sexto peninsular, más la caballería y guerrillas, tenían por primera misión perseguir las partidas y formar las dos líneas indicadas por si Máximo Gómez conseguía pasar la línea del Júcaro á Morón, perseguirle y evitar que levantase Las Villas.

“ El día 8 embarqué en Tunas de Zaza y recorrí Morón, Ciego de Avila y Júcaro, previniendo las obras que para defensa de Ciego de Avila debían hacerse, y la construcción de un barracón para depósito y desembarco en el Júcaro, como asimismo la construcción del ramal del Júcaro á Punta Barra y el muelle de este punto (estas dos últimas aprobadas de Real orden).

“ El 10 fui á Santa Cruz, adonde destinaba al batallón de América, pero como las condiciones de este punto son malísimas, tanto respecto á salubridad, azotado duramente por el vómito y las calenturas, y además el barracón enfermería y cuartel estaba en ruinas é infestado, dispuse que se alquilase una casa nueva para hospital y destacamento, por ser la única regularmente situada en aquel puerto de infección, y previne que el batallón fuera á acampar á Santa Cecilia, construyéndose barracones de guano para su alojamiento y de tabla para enfermería, arreglando el camino que une á Santa Cruz con Santa Cecilia.

“ Seguí á Manzanillo, donde llegué el indicado día 10, á las diez de la noche; llevaba el propósito de ir á Bayamo, en cuyo punto, según las noticias de los periódicos y la voz general, había grandes deficiencias; comuniqué mi pensamiento al general D. José Lachambre, quien me dijo que acababa de recibir noticias de que Antonio Maceo con unos 3,000 hombres, más todas las partidas de la jurisdicción, estaba en el Corojo, tres leguas distante de Bayamo.

“ Como generalmente á Maceo le suponen en todas partes, yo no creí la noticia, é insistí en ir, por más que el general Lachambre me suplicó que no fuese, negándome á que me acompañara. Tengo que consignar que este general pasó orden al malogrado general Santocildes que estaba en el camino de Veguitas, para que me esperase, y además hizo que una columna que había enviado á buscar por mar á Campechuela, se me incorporase en Veguitas.

“ En este punto se me confirmó la noticia de la presencia de Maceo; yo reunía 1,523 hombres, y no se suponía que Maceo tuviera más del doble, y no le creía bien municionado; confieso paladinamente que dude un tanto, porque no habiendo vuelto el general Ordoñez de Holguín, no había más fuerzas disponibles en este distrito, pero no me pareció oportuno retroceder, hubiera perdido la fuerza moral con este valiente ejército á quien tanto exijo y habría sido un golpe fatal.

“ Maceo, desde que supo mi arribo á Manzanillo, noticia que recibió de seguro antes de salir yo de aquella ciudad, tomó sus precauciones y empezó á reunir, no sólo todas sus fuerzas, que las tenía próximas para la imposición de jefe á esta zona, sino los paisanos también; y como han recibido un fuerte convoy, desembarcado en la Herradura (Holguín), desistió de su proyecto de retrasar combates y organizó sus fuerzas y se

dispuso á impedirme el paso y rodearme merced al terreno y á su superioridad numérica.

“ A las cinco de la mañana salí de Veguitas, y se hizo la marcha con lentitud por no estar muy bien el camino; acabado de pasar el Buey por Barrancas, se presentaron por el flanco izquierdo algunos grupos, que se reconocieron y no hostilizaron; ya allí tuvimos alguna vaga noticia de que el enemigo estaba cerca; como el camino de Jucuibama, más corto estaba en muy mal estado, decidió el general Santocildes, que es el que llevaba el mando, marchar por el camino de los Magüeyes, dejando á nuestra izquierda el de Jucuibama; dos kilómetros antes de la bifurcación del indicado camino y el de Peralejo, la vanguardia, mandada por el teniente coronel Don José Vaquero, encontró al enemigo, rompiéndose el fuego con vivacidad, y á la media hora (esto es, á las doce y media), se generalizó por todos lados, siendo envuelta la columna y atacada vivamente la retaguardia mandada por el teniente coronel Don Federico Escario y la extrema retaguardia por el comandante Don Félix Díaz Andino; la situación era muy mala; estábamos entre dos cercas de potreros, cercas de alambre con puntas, completamente al descubierto y teniendo por los flancos y el frente monte bajo, en que podían ocultarse y desde donde hacían fuego con ventaja; avanzábamos lentamente en correcta formación, análoga á la del cuadro, ocupando un kilómetro próximamente de extensión y con los fuegos cruzados, sin haber punto inmune. El teniente coronel Don Federico Escario, acompañado del de igual clase San Martín, hizo un avance en aquella dirección, llegando á la altura de la vanguardia; á las tres horas de combate cayó muerto de tres balazos, mortales por necesidad, el inteligente y bravísimo general Santocildes; entonces tomé el mando directo, y habiendo sido gravemente herido el teniente coronel Vaquero, dispuse que tomara el mando de la vanguardia el de igual clase San Martín, y de la retaguardia Don Federico Escario, continuando el fuego por espacio de una hora con igual fuerza; entonces previne un avance y al frente de la sección exploradora de Isabel la Católica y primera y tercera compañías del expresado cuerpo, cargaron el coronel teniente coronel de Estado Mayor Don Máximo Ramos y mis dos ayudantes capitán Primo de Rivera y teniente marqués del Baztán; se puso en fuga al enemigo por aquella parte, matando algunos de arma blanca, y el fuego vivo de los flancos dió un breve descanso, y como la retaguardia estaba á la altura del camino de los Magüeyes, invertí el orden de formación, tomando ésta la vanguardia; la que era vanguardia quedó de flanco derecho y de retaguardia; como se tenía que pasar el arroyo Batatuaba de á uno y las acémilas y heridos eran muchos, volvió á generalizarse el combate, intentando ellos con numerosa caballería estorbar el paso por el flanco izquierdo, pues no habían apostado fuerza en el arroyo y quedaron sorprendidos con mi movimiento; pasado el arroyo, á las cinco ya sólo grupos de caballería molestaban la retaguardia, y llegué á Bayamo á las nueve de la noche, donde era grande la alar ma, pues se había tenido noticia del combate y muerte de S antocildes.

“ Al día siguiente de mi llegada se enterró al general Santocildes y siete cadáveres más que se trajo la columna, no habiéndose podido traer los restantes por falta de medios de transporte, pues se perdieron 40 caballos y acémilas; para los 89 heridos se habían instalado la noche antes hospitales provisionales.

“ Pensaba detenerme un día solo en Bayamo, pero las dos jornadas, tan penosas por lo largas y el agua y el fango del camino, y sobre todo la del último día con el combate de cinco horas, no me aconsejaban moverme; también tuve conocimiento de que José Maceo había llegado de Cuba con 1,500 hombres y se debía incorporar á su hermano, y que todo el paisanaje útil de Bayamo, Jiguani y Baire se reconcentraba por orden de Maceo con objeto de ayudarle; es decir, que me encontraba al frente unos 6,000 hombres armados.

“ Decidí quedarme y enviar propios para que de Holguín y Cuba salgan dos brigadas de más de 1,500 hombres, para operar combinadamente y procurar deshacer este gran núcleo.

“ Las bajas que tuve en el expresado combate han sido el general Santocildes y tres oficiales muertos; el teniente coronel Vaquero y tres oficiales más heridos, 21 de tropa muertos y 89 heridos.

“ Réstame tan sólo expresar á V. E. que he quedado altamente complacido del comportamiento de las fuerzas todas, y muy especialmente de los que pude observar, como los teniente coroneles Vaquero, San Martín y Escario; comandante Andino; del médico de Isabel la Católica Don Marcial Martínez Capdevila, que con el del cuartel general Don Eduardo Semprún, que tuvo el caballo muerto de dos heridas montándolo á mi lado, curaron los heridos con serenidad; de mi cuartel general, que estuvo constantemente á caballo yendo á llevar órdenes desde el principio del combate, y de los primeros tenientes de Isabel la Católica Don Adolfo Sánchez Osorio y Don Hilarión Martínez Santos; capitán Don Francisco Barbón Fernández, y primeros tenientes Don Pedro Carratalá Mantilla y Don Francisco Sánchez Ortega; y del batallón de Baza el capitán Don Luis Robles Guardabrazo; primer teniente Don Carlos Tuero y O'Donnell, y segundo teniente Don Ricardo Boria Linares, y el capitán de la guerrilla montada teniente coronel capitán retirado Don Enrique Travesi, y capitán de la guerrilla de Guisa, exteniente coronel Don Salvador Benítez.

“ Lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para su debido conocimiento, no expresando las bajas del enemigo porque los datos son muy contradictorios. Dios guarde á V. E. muchos años. Bayamo 16 de Julio de 1895.—Excmo. señor.—Arsenio Martínez de Campos.—Excelentísimo Sr. Ministro de la Guerra.”

“ Excmo. Sr.: El capitán general de la isla de Cuba, en 24 de Julio próximo pasado, dijo á este ministerio lo siguiente:

“ Ejército de operaciones de Cuba.—E. M. G.—Excmo. Sr.: Como continuación á mi parte del 16 del actual debo manifestar á V. E. que el general Valdés acudió presuroso á Bayamo con una columna inferior á la indicada por mí, por no demorar su marcha en la concentración de las

fuerzas que debían seguirle, y á las cuales dí orden de que no siguieran ya su marcha, sino que, por el contrario, volvieran á Holguín y Tunas con objeto de proteger dichos puntos.

Expliqué á V. E. la situación en que creía encontrarme; estaba equivocado: el enemigo, aunque hacía circular multitud de baladronadas y proyectos, que sólo tenían por objeto despistarme, tanto más cuanto que eran verosímiles, había quedado tan quebrantado en Peralejo, donde tuvo cerca de 400 bajas, y había perdido la ilusión no sólo de quedarse con la columna en aquel mal paso, sino que también se habían aterrado del valor del soldado y de mi movimiento primero de avance y luego de flanco, reduciendo el combate á un solo frente, que los pacíficos se volvieron á sus bohíos, y convencidos después de que mis bajas no llegaban á 120, las partidas de este distrito volvieron descorazonadas á sus guaridas habituales, y las de Guantánamo y parte de las de Cuba y Holguín, medio sublevadas, no quisieron continuar aquí; lo que sí hicieron fué establecer en todos los caminos que conducen á Bayamo partidas que hacían llegar á aquella población las noticias exageradas que le convenía, manteniéndome en la incertidumbre que es natural y propalando al exterior todas las especies alarmantes que su imaginación y conveniencia les sugería. Maceo los llamaba cobardes, y ellos acusaban á su vez á éste de que los había llevado al matadero. La división y el desconcierto no pueden ser mayores, y si los pertinaces chubascos de la estación no dificultaran las marchas, hubiese operado con las fuerzas reunidas en este distrito.

“Todas estas noticias las he ignorado y estaba muy lejos de presumirlas; antes por el contrario, creía que el combate no me había sido favorable más que en el hecho de haber logrado avanzar sin haber perdido un palmo de terreno, y sin haber retrocedido ante un enemigo tan superior en número y en terreno en que se me había preparado una celada.

“La recepción que me ha hecho el pueblo de Manzanillo, tan frío é indiferente de ordinario, el entusiasmo, no sólo de mi columna, sino el de todas las venidas de fuera, me han indemnizado de las preocupaciones de estos días, y finalmente, el convencimiento que tengo de que he evitado una catástrofe, pues el plan de Maceo lo he conocido ya por completo, y aseguro á V. E. que todo parecía contribuir á que con éxito lo realizara. Consistía en caer sobre el convoy escoltado por 280 hombres que estaba en marcha de Cauto á Bayamo conduciendo 20,000 raciones é igual número de cartuchos, empresa facilísima para tan numerosas partidas; marchar al siguiente día contra Bayamo rodeando los dos llamados fuertes con su escaso número de guarnición, y bajar á Manzanillo donde suponía que no había más de 400 hombres, porque ignoraba la llegada del batallón de Isabel la Católica, y mientras tanto bloquear Jiguani, Baire, Guisa y las Ventas. La noticia de mi llegada á Manzanillo y de mi propósito de ir á Bayamo, les hizo pensar en que yo era mejor presa, y que después de muerto yo, podrían realizar su proyecto.

“El general García Navarro vino á Manzanillo desde Cuba con los

batallones de Cuba y el de Valladolid; el coronel Aldave desde Ciego de Avila, con el segundo batallón de Alfonso XIII, dos compañías de Tarragona, dos escuadrones y cuatro compañías de Andalucía que recogió en Santa Cruz.

“ De estas fuerzas tomó el mando el general Lachambre, y salió para Bayamo, tomando el camino que yo había seguido; pero como yo volvía por el de Jucaibama no nos encontramos, retrocediendo tan pronto como supo mi salida para Manzanillo. El general Valdés, que vino de Holguín con dos batallones de la Habana, me acompañó hasta Veguitas, donde se halla detenido hoy para proveerse de calzado y mañana vuelve á Holguín.

“ La columna de Manzanillo vuelve á Bayamo y Cauto para racionar Bayamo y todos los destacamentos de la jurisdicción con el convoy fluvial que sale el 26 de Manzanillo.

“ Si pudiera operar, desde luego la ventaja sería mayor, pero necesito por lo menos veinte días para racionar, y aunque ahora llueve mucho, son chubascos diarios que duran poco, y á pesar de que inutilizan los caminos, pueden considerarse como lloviznas, comparados con los grandes temporales de mediados de Agosto hasta fines de Septiembre en que casi no se pueden pasar los arroyos, y mucho menos los ríos.

“ Réstame tan solo manifestar á V. E. que, aunque acostumbrado á verlo, la resignación del soldado, su disciplina y su moral, exceden á toda ponderación.

“ Es conmovedor verlos caminar cuatro jornadas con barro hasta el tobillo, sin calzado, que se queda clavado ó deshecho en el camino, la tercera parte del tiempo con agua hasta la rodilla, y en los pasos de arroyos y ríos por encima de la cintura, y flaqueando penosamente por los bosques; no creo que en ejército alguno existan tales virtudes; podrá ser mayor su instrucción, superior su espíritu militar, pero soldado como el nuestro, que á veces pasa cuatro días comiendo carne sin sal y bebiendo barro por agua, no lo hay en ninguna nación, y al poner de manifiesto á V. E. esas virtudes, creo llenar un deber de reconocimiento y admiración á ese soldado, y á V. E. como jefe superior del ejército proporcionarle una gran satisfacción.

“ Dios guarde á V. E. muchos años.—Manzanillo 24 de Julio de 1895.—Excmo. Sr. Arsenio Martínez Campos.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.”

El plan del cabecilla Maceo había fracasado completamente á los pocos días de haberle sido impuesto por la Junta revolucionaria ó meditado por él mismo. La ciudad de Bayamo fué libertada de un conflicto sangriento, quizás de su destrucción como sucedió en la pasada guerra, porque los insurrectos ya no podrán tomarla, así como tampoco aceptaron el combate con las columnas que se concentraron. La insurrección sufrió un rudo golpe moral de importancia, pues hasta el mismo cabecilla lo comprendió así al llamarles cobardes á sus negros. Hasta aquí por los resultados obtenidos en el combate sólo aplausos merece el general Mar

tínez Campos. Más no podemos aplaudir la temeridad insistente de querer ir solamente con cuatrocientos hombres; porque la fantasía que todo lo exagera, lo atribuye á nebulosidades poco favorables para el prestigio del general, y el motivo generador de las hipótesis que puedan formarse gratuitamente, adquiere cuerpo con algún fundamento. Las autoridades deben hacer cuanto esté al alcance de ellas para que sean disipadas las maledicencias.

Nadie ha negado al general Martínez Campos su actividad, su valor y sus grandes cualidades militares: en esta narración las hemos enco-miado muchas veces, más como figura y prestigio militar de los primeros de España, no debió exponerse á tanto peligro. Pero es ley general en el orden humano el que los hombres no puedan evitar el manifestarse como son, y ahora en Peralejo lo mismo que hizo en Cataluña y en Navarra, cuando luchó contra los carlistas, manifestóse peleando como guerrillero y no como General en Jefe. Si la fortuna le ha sido propicia debemos dar gracias á la Providencia, que siempre se muestra española, pues así como ha sido glorioso y saludable el resultado del combate, también hubiera podido representar para España un terrible desastre, un día de vergüenza, de luto, de lágrimas, de acerbos dolores para el pueblo español y para su incomparable ejército.

Sin embargo, no estamos de acuerdo con los procedimientos políticos que emplea, ni con el pensamiento que ha concebido de vencer á los rebeldes cubanos por la persuasión y las suavidades, cuando en esta guerra fian más el éxito de ella los insurrectos, en las dificultades que ha de ocasionar á España su prolongación, que á los triunfos de las armas. Esta ha sido la predicación constante de los apóstoles del separatismo cubano. Triste es reconocer que la dirección de la campaña quedaba reducida á exclamar: ¡ Cinco meses perdidos ! Triste es reconocerlo, porque tantos sacrificios de la nación española, tantas lágrimas, tantos infortunios y tanta sangre, no han reportado producto alguno, no han abierto despejados horizontes que dejaran entrever lo aurora de la pacificación. Desaciertos visibles en las operaciones, vislumbrados desde la publicación de los *Bandos* del general Martínez Campos; errores de apreciación en la manera, forma y energía de hacer la guerra para evitar las asechanzas y traiciones, que apenas se conciben por ser inexplicables; ceguedades, por no decir demasiada confianza, en el yo personal que han dado por resultado, por término final y deplorable, lo inútil de la sangre derramada en los campos cubanos, del heroísmo repetido y prodigado, de los gastos ruinosos hechos por la *nación*. España ha mandado á la isla de Cuba no solamente todos aquellos elementos que eran necesarios y que la guerra exigía, sino que los ha prodigado. El general Martínez Campos no puede ni podrá decir jamás lo contrario; y sin embargo, sobre el Gobernador general se cernía una obcecación perjudicialísima, un hado funesto que convertía en estériles los inmensos sacrificios de la Nación.

Los soldados desparramados por los campos como sembrados á voleo en los pequeños destacamentos, eran la carne de cañón de los insurgentes; las pequeñas columnas caían en los campos enemigos, en las zonas

insurrectas donde eran inútiles los repetidos sacrificios de sus preciosas vidas. Toda la sávia militar del más poblado y poderoso Estado del mundo hubiera sido insuficiente, poca, para llenar el vacío cada vez mayor, más hondo, ocasionado por la obcecación del general Martínez Campos ó por alguna inhabilidad incorregible. Los resultados prácticos eran completamente negativos: la insurrección aumentaba en número y en audacia; la correría de Máximo Gómez al Camagüey intentada y conseguida; las intenciones del referido cabecilla de pasar á Occidente eran bien conocidas; los temores de que realice su intento, fundados; la trocha de Júcaro á Morón fácil de atravesarse porque ha quedado reducida á la categoría de nominal

Pretender en tiempo de guerra, que es la situación que ya hace cinco meses atraviesa la isla de Cuba, gobernar con los mismos procedimientos que los empleados en tiempo de paz, es inadmisibile; quien dice guerra, dice azar, sorpresa, peligro constante, procedimientos de fuerza cualquiera que sea el enemigo, y por muy seguro que se esté en el éxito final. Cuando la guerra surge por causas generales que afectan de un modo directo á las naciones, suele procederse con más humanidad, por más que la violencia y la dureza son los elementos que se entronizan por ser los más adecuados en una situación cuya ley suprema es la fuerza. Para el mejor éxito, los generales en jefe de ambos bandos combatientes ponen ó ejercitan ciertos actos, adoptan algunas medidas no muy conformes con los principios de humanidad. Y la razón es clara: á la violencia debe contestarse con la violencia; la fuerza sólo debe ser repelida por la misma fuerza, y todas aquellas medidas que se adopten para restar elementos al euemigo, serán plausibles y fructíferas. La necesidad de tales procedimientos surge más poderosa en una guerra como la de Cuba, en donde el odio injustificado ha sido su génesis, su origen. En Cuba son muchos los que entienden que ha llegado la hora de conquistar su independencia política, con este ideal usurpador sueñan la mayoría de los habitantes de la Isla. Luego para sacarlos del error no debe emplearse el sistema de una magnanimidad rayana en quijotismo y que ellos la interpretan como debilidad é impotencia. El aumento de la insurrección, á la mal entendida complacencia del general se debe.

El mismo general Martínez Campos, con la ingenuidad que le caracteriza, aseguró que á su regreso de Bayamo á Manzanillo, después de haberse librado la reñida acción de *Peralejo*, muchos campesinos que encontró en el camino no dudaba habían combatido en las filas insurgentes. No es aventurado, pues, afirmar, apoyándonos en las mismas palabras del General en Jefe, que se imponía adoptar severas medidas contra las insurrectos mansos, porque éstos constituían un ejército de reserva para la insurrección. Habían transecurrido tres meses desde que el general Martínez Campos tomó el mando superior de la isla de Cuba: el gobierno le mandó recursos y medios suficientes y aún sobrados para matar la insurrección. La nación española había cumplido todos sus deberes á conciencia, con escrupulosidad y entusiasmo, demostrando, una vez más, con la firmeza de siempre, que es su característica, las

inapreciables dotes de su abnegación, capaz de llegar en las cuestiones que afectan á su dignidad, hasta el sacrificio; sin que temores ni recelos de ningún género la detengan; y sin embargo, la guerra cubana en vez de aminorarse, decrecer y vislumbrarse cercano el día de la anhelada paz, empeoraba cada día, iba adquiriendo proporciones serias, tomaba más incremento, constituía una grave amenaza.

Glorioso resultó el combate de Peralejo; en él demostráronse una vez más el valor del soldado español, el arrojo y pericia de los jefes y oficiales: todos pelearon como buenos: el enemigo aunque muy superior en número, fué duramente castigado y escarmentado: desvanecidas quedaron las ilusiones de los insurgentes de copar á las columnas leales; pero en medio de tanto derroche de valor y de heroísmo, lo que hubiera podido ser un encuentro fatal para la insurrección, quedó convertido en un combate nuevo más que añadir á las sangrientas páginas de la infame guerra, y nada más. Luego no debe sorprendernos el estado de muda elocuencia que dominaba tanto en la Isla como en la misma Península, cuando pudieron ser apreciados con la debida serenidad y recto criterio, los resultados de la acción de *Peralejo*, y que la opinión española de una manera unánime dijera para sí, aunque no lo publicase la prensa: *El general Martínez Campos ha fracasado y debe volver á la Península*. El general varias veces manifestó en sus conversaciones tanto públicas como privadas, que ese era su sistema predilecto de hacer la guerra; que no estaba dispuesto á modificarlo, porque le dió muy buenos resultados en la guerra carlista y en la primera de Cuba. Después del combate de Peralejo, en el cual ya pudieron apreciarse las desventajas del referido sistema, el Gobierno debía de haber oído la voz del pueblo español de la Península y de Cuba, y así hubiera evitado que un prestigio militar se desacreditase por su obcecación sistemática, aunque de buena fe, siempre que lo hubiese relevado á tiempo, antes de que los insurgentes invadieran las provincias centrales y occidentales. Si hubiera mandado á Cuba un general de confianza, talento y caracter que hubiera contestado con bríos á la guerra con la guerra, la empresa de la pacificación no se hubiera hecho esperar mucho tiempo y habríase evitado la destrucción de la riqueza.

CAPITULO IX.

SUMARIO.—*La insurrección en Las Villas.*—*Desembarco de los cabecillas Roloff y Serafín Sánchez.*—*Combate en el potrero Santa Clara.*—*Ataque al fuerte Taguasco.*—*Sorpresa en la cual murió el teniente Cobos.*—*La dinamita y los descarrilamientos de los trenes.*—*Los voluntarios y bomberos de la Habana salen á campaña.*—*Los escuadrones del comercio.*—*Llegada de la expedición que embarcó en Agosto.*—*Entusiasta recepción hecha á la misma.*—*Propagación de la rebeldía á la provincia de Matanzas.*—*Fusilamiento del cabecilla Mugica.*

Después de la acción de Peralejo, el cabecilla mulato no estimó

prudente esperar á las columnas que desde Santiago de Cuba, Holguín y Manzanillo iban á concentrarse en Bayamo, obedeciendo las instrucciones que habían recibido del General en Jefe. La excesiva confianza que los rebeldes tenían en alcanzar una victoria de importancia, contrarió muchísimo al cabecilla Maceo que por temperamento, por ambición é instinto, sueña en aparecer ante la posteridad como un Alcibiades etiópico, presidiendo una república de subido color. Es verdad, que la marcha desde Manzanillo á Bayamo fué muy penosa y costó esfuerzos inauditos, bastantes pérdidas; que hubo momentos tan apurados en los cuales pudo temerse algún desastre, evitado, sin duda alguna, por la bravura histórica del ejército español. La gravedad de la guerra ya no pudo ocultarse á nadie; el Gobierno también lo ha comprendido así y no desvirtúa lo que está en el ánimo de todos; muéstrase contrariado por lo tanto de la guerra. La acción de Peralejo ha demostrado el alcance y fuerza de la insurrección, lo bien preparada que estaba desde el exterior, lo dispuestos que se hallaban los cubanos á secundarla y los esfuerzos que la Nación tendrá que prestar para terminarla.

El general García Navarro desembarcó en Manzanillo, procedente de Santiago de Cuba, con una fuerte columna de dos mil hombres, y el general Suárez Valdés ha emprendido también la marcha desde Holguín para concentrarse con las demás columnas en Bayamo. La tarde del día 15 de Julio se oyó desde el potrero *Solís* un nutrido fuego de fusilería y á intervalos de cañón. Era la fuerza del general Suárez Valdés, la cual alcanzó á la caballería insurrecta y la dispersó después de haberla causado bastantes bajas. Maceo, en vista de las fuerzas que se agrupaban allí donde él había fijado su cuartel general, procedió al desarme de los paisanos que había reclutado de una manera análoga á los somatenes de Cataluña, y con su fuerza de combate ó de servicio activo, retiróse de nuevo á las sierras de Guantánamo. Las tropas también volvieron á sus respectivas zonas de operaciones una vez se fraccionaron los insurgentes. El general Martínez Campos después de haber estado tres días en Bayamo, y dictado algunas disposiciones, salió en dirección á Manzanillo, en donde le prepararon una entusiasta recepción. Iguales demostraciones de afecto recibió en Santiago de Cuba y desde esta ciudad se fué á bordo del vapor *Villaverde*, navegando por la costa sur de la Isla, hasta llegar á la bahía de Cienfuegos. No quiso bajar á tierra á pesar de las reiteradas súplicas dirigidas por las autoridades; más sí llamó que fueran al mencionado vapor, al Comandante General de Santa Clara Excmo. Sr. D. Agustín Luque y Coca, á las autoridades civiles de la provincia, á las personalidades más influyentes en política, tales como los Excmos. Sres. marqueses de Apezteguia y de Cienfuegos, consultando con cada una de ellas sobre la insurrección; y, por último, dió instrucciones reservadas al general Luque. Del puerto de Cienfuegos zarpó el *Villaverde* con rumbo á la Habana, llevando á bordo al general: en la capital de la Isla la recepción no revistió el carácter entusiasta que había tenido en las demás poblaciones. Fué afectuosa por el valor desplegado en el combate, al cual se debe el haber salvado la ciudad de

Bayamo y al mismo tiempo demostrado á los rebeldes, que á pesar de tener excesiva superioridad numérica, una columna española de dos mil hombres, y bien equipada, es capaz de arrollar á cualquiera núcleo de revolucionarios por importante que éste sea.

La preocupación del General en Jefe era el incremento que día por día iba tomando la insurrección en Las Villas, la sorda agitación precursora de levantamientos que se notaba en la de Matanzas, Habana y Pinar del Río y las tentativas de expediciones filibusteras para dar unidad y organización á las pequeñas pero múltiples partidas que ya hacía dos meses que estaban en el campo. Los rumores de una expedición mandada por el cabecilla polaco Carlos Roloff al territorio de Las Villas, se acentuaban cada vez más, dando origen á muchos comentarios: algunos aseguraban que había desembarcado, cuando el futuro anarquista y dinamitero, gran maestro en el crimen, ante el cual los Ravachol, Vaillant y Pallás son *criminales* vulgares, se hallaba en Cayo Hueso, ultimando los detalles para realizar sus inhumanos proyectos. También se dijo que el buque portador de la expedición había sido cebado á pique por un cañonero que lo sorprendió en el instante de hacer el alijo para echar á tierra el cargamento que traía. Todas las conjeturas antes mencionadas, no carecían de fundamento racional, especialmente la última, porque los expedicionarios filibusteros estuvieron detenidos muchos días en un *cayo* de la costa de la Florida. Algunos regresaron nuevamente á Cayo Hueso, y por esto los creyeron naufragos y se dijo que los llegados al islote eran los supervivientes de la catástrofe.

Los preparativos de la expedición filibustera se hicieron de la manera siguiente:

Cierta noche del mes de Julio llegó á Cayo Hueso, procedente del golfo mejicano, una embarcación de vela y de escaso tonelaje. Con mucho sigilo se acercó á la parte oriental del Cayo, fondeando á una regular distancia de la playa: después echó un bote al agua y dos tripulantes saltaron á tierra, llevando mensajes é instrucciones para los cabecillas Roloff y Serafín Sánchez, que se encontraban en Cayo Hueso en espera de una oportunidad para embarcarse. Al momento de recibir las instrucciones los cabecillas citados, enviaron mensajeros de confianza en todas direcciones del islote para que avisaran á los comprometidos que debían embarcar en aquella expedición, y á las pocas horas ya estaban reunidos, además de Roloff y Serafín Sánchez, José María Rodríguez, Rogelio Castillo, Fermín Valdés Domínguez, Rosendo García, Cortina, Beatión, Reyes y otros muchos cubanos. Todos iban perfectamente armados y equipados. Una vez reunidos se dirigieron á la playa y al momento se embarcaron en la goleta. Esta zarpó y traspasó en alta mar los expedicionarios á un vapor mercante, pero artillado con un cañón sistema Gatling. La expedición después de hacer una feliz travesía y con precisión matemática, desembarcó cerca de Tunas de Zaza, habiendo visto al buque filibustero un cañonero español, que como estaba inservible para la guerra, rehusó el combate para no sufrir un seguro fracaso. Poco tiempo había transcurrido desde la publicación de la proclama pre-

sidencial por Mr. Cleveland, y los encargados de hacerla cumplir, como las autoridades y *attorneys*, la interpretaron á la inversa de lo que en ella se preceptuaba. Cleveland necesita y quiere representar dignamente la primera magistratura de la cual se halla investido, desea que el mundo civilizado así lo reconozca. Por eso la proclama se halla inspirada en los dictados de la razón, de la conciencia y de la justicia, encarnados todos ellos en el Derecho Internacional. No pensaba ni sentía, á lo menos en la forma, como los vocingleros y *¡fugoes* norte-americanos; la imprescindible necesidad impuesta por el respeto que deben guardarse entre sí las naciones y las responsabilidades que acarrean las imprudencias del Poder se lo exigía. Hecho el alijo desembarcaron cerca de Tunas de Zaza, jurisdicción de Sancti-Spíritus, sin ser molestados y después se internaron, llevándose en carretas las armas, la dinamita y las municiones. Después de vagar dos días por los campos, encontraron una partida mandada por el mulato Quirino Amézaga. El desembarco del excabecilla cruelísimo en la guerra pasada, fijó aún más la atención del Gobierno y del General en Jefe en lo referente al levantamiento de Las Villas determinando mayor actividad en las operaciones militares. Las jurisdicciones de Sancti-Spíritus, Remedios, Sagua la Grande, Santa Clara, Trinidad y Cienfuegos, ofrecían vasto campo para las operaciones. Por la provincia de Santa Clara andaban partidas mandadas por los cabecillas Roloff; Serafín Sánchez por la jurisdicción espiritana; Lacret había elegido para sus correrías la de Sagua; Toledo la de Trinidad; Rego la de Cienfuegos; Zayas y Bermúdez la de Remedios y otros cabecillas secundarios como Robau, Suárez, Carrillo, Solano, Socorro, Núñez, Cruz, Acebo, Sarduy y algunos otros merodeaban aisladamente por los puntos intermedios de las mencionadas zonas. Bien porque obedeciera á un plan previamente adoptado como medio en la forma de hacer la guerra, ó por falta de costumbre, es lo cierto que en Las Villas los rebeldes rehusan todo combate decisivo; por esto no han ocurrido, antes de la invasión de los orientales, encuentros tan sangrientos como los sostenidos en la provincia de Santiago de Cuba.

El Excmo. señor General en Jefe, por considerarlo conveniente, en vista de hallarse Las Villas en período de cruda guerra, dictó determinadas disposiciones para las tropas en campaña, resolviendo que el suministro en especie, aplicable solamente hasta entonces á la provincia de Santiago de Cuba, se hiciera extensivo á las de Puerto Príncipe y Santa Clara; pero en esta última, sólo á las fuerzas en operaciones y durante los días que invirtieran en ellas. Para llenar cumplidamente este fin, creó, por lo pronto, factorías militares en Ciego de Avila, Manacas y Sancti-Spíritus. Todas estas disposiciones tenían el carácter de transitorias y preventivas, sin perjuicio de establecer más adelante, si las necesidades de la guerra lo reclamasen, todas aquellas que fuesen necesarias para regularizar la marcha de la campaña.

En Aguadillas (Santa Clara), las tropas leales alcanzaron y batieron á la partida de Basilio Guerra, dejando los rebeldes en la huida, armas, municiones y caballos. Más tarde se dió la noticia de haber aparecido

en la jurisdicción de Remedios una pequeña fuerza rebelde capitaneada por el mulato Perico Díaz. Un pequeño grupo de soldados que fué en persecución de los revolucionarios, alcanzólos en un lugar cercano á los límites de los términos municipales de Remedios y Yaguajay, y los batió, dispersándose en dirección al *Seborucal*.

El Comandante General de Las Villas, Excmo. Sr. D. Agustín Luque y Coca, sabedor de que los emisarios de los rebeldes camagüeyanos eran los agitadores más activos de la provincia de Santa Clara, estableció una nueva línea militar en la frontera de la provincia, pero resultó de negativa eficacia.

En la jurisdicción de Sancti-Spíritus se ha librado un importante combate. La columna del teniente coronel Palanca, que con tanta actividad ha perseguido á los revolucionarios, después de haber batido á la partida de Máximo Gómez en Calabazar, continuó su marcha, pernociando en el potrero *Las Damas*, propiedad del Alcalde espirituano Marcos García. La columna se componía de cien hombres del regimiento de Zamora y cien caballos. En *Las Damas* se incorporaron las fuerzas de la columna del teniente coronel Santander (Don Hilario). Como el río Zaza iba muy crecido, accidente muy natural en la época lluviosa, lo vadearon por San Antonio, saliendo ambos jefes el día 21 de Agosto á practicar una operación combinada.

La columna de Palanca encontró en el potrero Santa Elena un campamento rebelde, abandonado sin duda al acercarse las fuerzas leales. Al llegar al sitio denominado *Paso Azul*, empezaron á cruzarse los primeros disparos entre las avanzadas insurrectas y la vanguardia de la columna, compuesta del escuadrón de movilizados de Camajuaní. Los insurrectos, en número de mil cuatrocientos, iban mandados por Roloff, Serafín Sánchez, Castillo y Legón. Atacaron con valentía á la columna por el frente, flanco izquierdo y la retaguardia, formando la consabida herradura, según la táctica *mambí*, enseñada por el traficante dominicano, y su intento era envolverla. Cuatro horas duró el combate, durante el cual los revolucionarios fueron desalojados paulatinamente de las ventajosas posiciones que ocupaban, y terminó con una brillante carga dada por el escuadrón de Camajuaní, el cual observó un comportamiento heroico y digno de toda clase de aplausos. Las bajas de los rebeldes fueron sesenta, y además cuarenta caballos muertos. Entre los muertos figura el *titulado* capitán ayudante de Serafín Sánchez, Indalecio Moles Echemendía, joven espirituano y alzado en armas á raíz del desembarco de la expedición del filibustero Roloff. Las fuerzas leales tuvieron cuatro heridos graves, un contuso y ocho caballos muertos. Los insurrectos completamente desconcertados por la derrota sufrida, emprendieron la fuga en dirección á la provincia de Puerto Príncipe, y las tropas después de haber practicado un reconocimiento minucioso en el sitio y alrededores donde se había librado el combate, pasaron el río Zaza y se dividió nuevamente en dos para continuar las operaciones en combinación.

El día 22 de Agosto, fuerzas insurrectas, que ascendían á unos ochocientos hombres, atacaron al fuerte Taguasco, jurisdicción de Sancti-

Síritus. El citado fuerte estaba defendido por un teniente y veinte individuos de la guardia civil. Tres días estuvieron defendiéndose del ataque no interrumpido, hasta que agotadas las municiones, viéronse en la suprema necesidad de rendirse. El cabecilla que dirigió el ataque era Serafin Sánchez.

El cabecilla Masterrer, levantado en armas en la jurisdicción de Sagua (Santa Clara), empezó como todos los demás, es decir, por intentar la sorpresa de pequeños destacamentos. El ingenio *Macagua* tenía un destacamento mandado por el teniente Cobos, oficial distinguidísimo y valiente hasta rayar en lo temerario. Varias empresas había realizado con toda felicidad; algunas de ellas constituían verdaderas locuras por lo atrevidas. Una tarde recibe el teniente Cobos una carta del cabecilla Masterrer, en la cual le intimaba la rendición, prometiendo no hacer daño alguno á los soldados ni á la finca, caso de acceder á la entrega del armamento, único deseo del cabecilla.

El teniente Cobos, al recibir la carta del cabecilla, no se dignó siquiera contestar, porque lo consideraba humillante, depresivo, poco ajustado á la nobleza y al honor militar, y descoso de hacer comprender al cabecilla de lo que son capaces los soldados españoles, siempre que de la patria se trata, ó á su defensor el ejército se ofende, salió con veintidós soldados en busca de los insurrectos, desoyendo los ruegos de varios españoles peninsulares; entre ellos también le aconsejaba el dueño del ingenio señor Besthart, pues todos unánimes le decían que los insurrectos eran lo menos cuatrocientos.

Cara pagó su temeridad el valiente oficial señor Cobos. No bien había salido del ingenio, ansioso de pelear, cuando esos entes degradados llamados *neutros*, *pacíficos* y *laborantes* sin valor para la lucha á pesar de sus instintos rastrosos, avisaron á los rebeldes. Apenas divisó al enemigo fué envuelto completamente; el número de insurgentes comparado con aquellos valientes era abrumador, pero el bizarro teniente y sus veintidós soldados atacaron á los insurrectos; éstos reciben con descargas cerradas á aquel exíguo puñado de héroes que en proporción de uno contra treinta les atacaban de frente, con la bravura legendaria pero ingénita de los soldados españoles. A los pocos momentos, aquellos veintidós valientes quedaron reducidos á seis, los cuales lograron internarse en unos cañaverales, y aunque heridos casi todos, especialmente dos de ellos de gravedad, lograron regresar al batey del ingenio de *Macagua*. Los demás compañeros habían perecido en sangriento, desigual y desesperado combate, en lucha horrible al machete, en la cual sucumbió primero el teniente señor Cobos.

Cobardemente, con la traición por norma de sus vandálicos atentados, veintidós soldados han sido villanamente macheteados por quinientos insurrectos. ¡ Cuánta *heroicidad* la de esos libertadores, apóstoles de un supuesto falso! Sin embargo, aún habrá zampoñas trasnochadas de algún aspirante á vate, que pulse las cuerdas insonoras de su lira, para entonar cantos á la cobardía y la perfidia.

Los insurrectos tuvieron en la artera sorpresa que asesinaron al

teniente Cobos y á los soldados del destacamento, dieciocho muertos y treinta heridos. Tan valientes como siempre, los sectarios de *Cuba negra* y *extranjera*, remataron cobardemente á machetazos á los soldados leales que estaban heridos. Alvaro Llona, vate incipiente de Guayaquil, pulsó su lira en pró de los modernos *boschimanos*; la *Democracia del Guayas* incite al pueblo á que reciba al *titulado* representante del salvajismo africano.

Desde que desembarcó el cabecilla polaco Roloff, se afirmó con mucha insistencia que había traído una buena cantidad de dinamita para utilizarla como instrumento de guerra y para ciertos fines reprobados por la conciencia universal. De que eran una verdad tales afirmaciones, nos lo demostró al momento el polaco anarquista, pues, no tardó en dar señales de su existencia el terrible explosivo, destrozando varios puentes y alcantarillas del ferrocarril de Tunas de Zaza á Sancti-Spíritus, y de Caibarién á Remedios y haciendo estallar bombas al paso de nuestras tropas. En la provincia de Puerto Príncipe ya había empleado la dinamita el dominicano Gómez para destruir los puentes del ferrocarril que une á la capital con el puerto de Nuevitas, y el mulato Maceo había realizado otro acto vandálico, utilizando también la dinamita contra un tren que conducía tropas desde la Caimanera á Guantánamo. Más tarde volaron el puente de Manacas (Santa Clara) é intentaron hacer lo mismo con el tren que conducía al general Suárez Valdés.

El general Martínez Campos, muy preocupado por el incremento de la insurrección en Las Villas, creyó oportuno reforzar el ejército de operaciones en dicha provincia, y resolvió hacer un llamamiento á los voluntarios y bomberos de la Habana. Sabía muy bien el General en Jefe, que existe en los hijos de España una cantidad tan grande de patriotismo, que no era de temer que la campaña de terror emprendida por los insurgentes y los horribles atentados contra la humanidad por medio de la dinamita, entibiaran en lo más mínimo el fuego del amor patrio. Además en vista de la extensión que iba tomando la rebeldía y de la escasez de tropas para contenerla, perseguirla y defender al mismo tiempo la propiedad, resolvió hacer un llamamiento á los voluntarios para que fuesen á Las Villas al servicio de los destacamentos. Cinco mil estimaba el general Martínez Campos como suficientes hasta la llegada de los refuerzos de la Península, y esos cinco mil estuvieron, enseguida, dispuestos; los voluntarios y los bomberos municipales de la Habana, se prestaron á salir á campaña, organizando, al efecto, varias compañías. La *Lonja de Viveres* de la Habana cumplió también su compromiso de formar dos escuadrones, y la Capitanía General dispuso que el primero de éstos, el del *Comercio habanero*, se armase con ciento veintitres tercerolas Maüsser. Todas las fuerzas anteriormente mencionadas, es decir, voluntarios, bomberos y los dos escuadrones forrados y pagados por el *Comercio*, fueron destinados á Las Villas; los primeros á cubrir el servicio de los destacamentos para defender la propiedad privada, y los escuadrones á la persecución de los rebeldes.

El entusiasmo y brevedad con que se aprestaron tan valiosos re-

fuerzas para afrontar los peligros de la guerra y contener las depredaciones que venían cometiendo los insurgentes, debía haber hecho comprender á éstos últimos, que nada práctico habían de alcanzar en sus injustificados deseos, porque, repetimos, el patriotismo de España se cotiza muy alto, es muy grande, se halla muy arraigado, es como el altar desde el cual nos animan los *Manes* de nuestros antepasados, y que tarde ó temprano, pero al fin, se impone á todos los españoles. Mientras el Gobierno de la Nación preparaba el envío de fuerzas á Cuba y se prevenía con actividad para toda clase de contingencias, los españoles residentes en Cuba ponían á disposición de la Patria su sangre y su dinero.

El capitán de la guardia civil Don Facundo Cañada operaba en la provincia de Santa Clara, y en las escabrosidades de los montes de la Siguanea, batió á la partida de Lino Pérez. La vanguardia de la pequeña columna, ochenta hombres en su totalidad, iba mandada por el teniente de la benemérita Don Vicente Diácono y los voluntarios de San Juan de las Yeras, que también formaban parte de la columna al mando del capitán de los mismos Don Bernardo Calleja. El empeño del capitán Cañada era batir al cabecilla Lino Pérez, ó en su defecto á Rego, á cuyas partidas persiguió con tenacidad durante varios días. Tan prolongado período de activas operaciones, dió margen á que les faltara el alimento á los soldados, proveyéndolos como las circunstancias y los medios le deparaban, comprando lo que encontraban y conformándose todos con aquello que hallarse podía. Como el objetivo de la columna era batir al enemigo, gustosos y resignados sufrían toda clase de privaciones.

Por fin lograron su deseo. Cerca de los montes de la Siguanea, sierra muy abrupta, en la entrada llamada el *Guayabo*, encontraron aquellos valientes una pequeña avanzada insurgente, y ésta, al divisar la columna que á rienda suelta cargaba, huyó despavorida, en la más completa dispersión, dejando en poder de las tropas seis caballos con monturas y gran cantidad de carne. No transcurrió mucho tiempo sin que se oyeran disparos aislados hechos desde las alturas de las lomas. Dichos disparos eran las señales ó avisos que hacían los rebeldes para anunciar la proximidad de la columna. Esa es la táctica insurgente usada ya en la pasada guerra.

Por confidencias que recibió el capitán Cañada, creía encontrar á los rebeldes en los montes de la Siguanea, á la entrada de la sierra llamada el Sumidero, sitio de acceso difícilísimo, conocido por el capitán, mas no suficiente para hacerle desistir de penetrar en la sierra, ni aun el consejo de varios vecinos que le avisaban, lo expuesto que estaba á ser copado, pues los rebeldes, además de contar con numerosas fuerzas, estaban fortificados y ocupaban ventajosísimas posiciones. Emprendido el movimiento de avance, nuevas dificultades y obstáculos se opusieron á la columna, pero fueron vencidos por la tenacidad de un jefe del carácter del señor Cañada. Para llegar al Sumidero era indispensable atravesar el río Negro, llamado así por el color de las aguas, y desbordado éste á consecuencia de las persistentes lluvias, despeñábase por las

alturas de las montañas, interceptando el paso á aquellos valientes. La columna, ante la imposibilidad de poder salvar aquellos obstáculos, acampó allí, más al siguiente día, volvió á emprender la marcha, guiada por un práctico, para que por otros sitios más accesibles, la llevase al Sumidero, objeto de la operación.

Poco tiempo llevaba de marcha la columna por aquellos intrincados laberintos, cuando se encontró con un joven caminante montado en un buen caballo. La actitud era pacífica á juzgar por las apariencias. El capitán Cañada, muy práctico en el oficio de la guardia civil, detuvo al solitario y sospechoso viajero y lo sometió á un hábil y discreto interrogatorio. Apurado el joven por la inflexible lógica del capitán, desconcertóse incurriendo en graves contradicciones, hasta que al fin confesó la verdad, diciendo que era rebelde y pertenecía á la partida de Lino Pérez. Dijo también que era de Cienfuegos, que se llamaba Jesús Castellanos y que las armas las había ocultado en un lugar próximo. Señalado éste por el prisionero, encontráronse efectivamente las armas, las cuales fueron recogidas por los guardias. También confesó el sitio en que se hallaba acampada la partida, y por cierto que estaba más próximo de lo que suponía el capitán.

La columna, sin pérdida de tiempo, dirigióse al punto indicado por el prisionero, siendo aquél una profunda hondonada con dos elevadas lomas alrededor. A la orilla de un espeso monte, bañado por un arroyuelo, divisaron varios caballos con las monturas puestas y amarrados á los troncos de los árboles. Entonces el capitán mandó echar pié á tierra á sus jinetes, ordenó que se fraccionaran en distintos grupos y emprendió el descenso por aquellas escabrosas y accidentadas pendientes que, cada paso dado, constituye un verdadero peligro. Cuando los grupos llegaron á la hondonada, fueron vistos por los rebeldes, los cuales rompieron un nutrido fuego que fué al momento contestado por nuestros soldados, sin dejar de avanzar en dirección al campamento insurgente, situado en la mitad de la pendiente opuesta. Los proyectiles de los rebeldes, disparados desde la altura en que estaban acampados, pasaban sobre la cabeza de nuestros soldados, no sucediendo lo mismo con los de éstos devueltos desde abajo, que resultaban de efecto por las condiciones de la posición del disparo. Los rebeldes que se ponían al descubierto eran muertos ó heridos. El campamento enemigo fué tomado, dispersándose éste, y las fuerzas se apoderaron de treinta y seis caballos con sus respectivas monturas y de todos los efectos allí acumulados. De lo expuesto se infiere que el comportamiento de la columna fué heroico, no solamente bajo el punto de vista militar por haber tomado el campamento de los rebeldes y llevar á cabo felizmente tan peligrosa operación, sino también por la constancia en sufrir tantas privaciones y vencer tantos obstáculos y salvar muchísimos peligros.

El teniente coronel de la guardia civil señor García Celada salió á operar con su columna por los alrededores de la Ciénaga de Zapata, en la parte que limita con la jurisdicción de Cienfuegos. Aplausos quisiéramos tributar al señor Celada, no solamente por lo que á la personalidad

de dicho teniente coronel se refiere, sino también por lo que al honor nacional incumbe, pues, siempre nos es tarea muy grata consignar hechos que realcen el valor de los jefes y soldados españoles. Por este motivo no hemos escaseado los elogios, aunque siempre dentro de los límites señalados por la justicia y exentos de la adulación y del servilismo, con moderación, oportunidad y decoro: y basados en estas condiciones, compañeras inseparables de toda narración seria, hemos aplaudido ensalzando como se merecen y calificado con el título de heroicas las operaciones realizadas por el capitán de la benemérita guardia civil Don Facundo Cañada, de la misma manera que lo hicimos antes con la interminable serie de héroes que se han distinguido desde el principio de la guerra, y continuaremos encomiando á otros muchos en el curso de esta modesta publicación. Todos aquellos hechos que por su grandiosidad admiran, llevados á cabo por esos defensores de la nación, cuyas hazañas prueban lo sublime del sentimiento pátrio, los hemos expuesto llenos de asombro, pero henchidos de orgullo, porque honran á nuestra España.

Con el teniente coronel señor García Celada, la misma justicia, aplicada á esta histórica narración, nos obliga á limitarnos, porque en el tiempo que anduvo operando por la zona de Cienfuegos no se registra un hecho tanto colectivo como individual digno de elogio. Quizás sea debido á la falta de oportunidad ó á otras circunstancias imprevistas; pero es lo cierto que sólo tuvo ligeros tiroteos en una zona donde pululaban varias partidas rebeldes.

Por el Ministro de la Guerra se dictaron, en Agosto, las debidas instrucciones para la organización de los refuerzos que habían de marchar á Cuba. Cada batallón constará de mil plazas y seis compañías, y cada compañía se compondrá de un capitán, dos primeros y dos segundos tenientes, cinco sargentos, diez cabos, cuatro cornetas y ciento cuarenta y ocho soldados. Solamente los cazadores de infantería llevarán música. Las tropas de infantería formarán veinte batallones sacados de los regimientos y batallones del Rey, Canarias, León, Asturias, Granada, Alava, Soria, Tetuán, Vizcaya, Mallorca, Asia, Chiclana, Barcelona (cazadores), Galicia, San Marcial, Constitución, Navas (cazadores), Burgos, Isabel 2^a, y Reus (cazadores).

Con los de caballería se formarán ocho escuadrones por sorteo, de entre los dieciocho regimientos que hay en la Península. También se formará el segundo batallón de artillería compuesto de seis compañías y dos baterías de montaña. La marina tendrá un aumento de diecinueve cañoneros, que estarán listos para el servicio de costa á primeros de Octubre. Por Real Orden se ha mandado organizar un batallón de ingenieros zapadores-minadores compuesto de mil plazas. Todas las fuerzas estarán armadas de fusil Maüsser, la caballería de tercerola del mismo sistema y la artillería de una batería de cañones de tiro rápido.

Por el ministerio de la Guerra se han dictado las disposiciones consiguientes encaminadas á la manera de efectuar los transportes tanto por las vías férreas como por las marítimas, consiguación para los gastos,

forma de verificarse los reintegros de efectos y material facilitado de unos cuerpos á otros. Todo quedó admirablemente dispuesto merced al talento organizador del Excmo. Sr. Don Marcelo de Azcárraga y Palmero, Ministro de la Guerra.

El día 22 de Agosto embarcaron en Barcelona los batallones de los regimientos de Asia y de Luchana. Antes oyeron misa en el patio del cuartel. La Ciudad condal se engalanó como en los días de fiesta; bandas de música acompañaron hasta el muelle á los expedicionarios. El general Weyler, el gobernador civil señor Sánchez de Toledo, el alcalde señor Bius, el comandante de Marina y algunos generales, jefes y oficiales fueron á bordo del vapor *San Fernando*. El general Weyler arengó con patrióticas frases á los expedicionarios, diciéndoles que en Cuba el soldado español sabrá demostrar como siempre lo que es, es decir, heroico en su comportamiento y admiración de los extranjeros. Después de haberles dado ciertos consejos respecto á la alimentación y también á la manera de resguardarse en lo posible de las inclemencias del clima, terminó su arenga, diciendo que sentía separarse de los que hasta entonces habían sido sus subordinados, deseándoles feliz travesía y buena suerte. Las palabras del Capitán General de Cataluña fueron acogidas con entusiasmo. El pueblo también obsequió profusamente á los soldados y éstos se hallaban enardecidos hasta el paroxismo por el amor de la patria.

El día 25 de Agosto estaba preparada la segunda expedición. El señor Don Carlos Godó, de su bolsillo particular, hizo un donativo á los expedicionarios consistente en dos pesetas para los sargentos, seis reales para los cabos y una peseta á cada soldado. El batallón de cazadores de Barcelona y el batallón del regimiento de Galicia eran los que iban á embarcar. El Ayuntamiento les regaló dinero y tabacos. El general Weyler y las demás autoridades, el segundo cabo duque de Ahumada y otros generales, fueron á despedirlos. Cuando embarcaron los últimos soldados del batallón de Galicia, el general Weyler y las demás autoridades se dirigieron al trasatlántico *Monterideo*. Los vivas á España y á los reyes se repetían sin cesar. La salida del vapor fué presenciada por millares de personas que agitaban los pañuelos en señal de despedida.

El día 21 embarcó en la Coruña el batallón cazadores de Reus, siendo la despedida entusiasta y conmovedora. El general Moltó pasó revista á los expedicionarios en el paseo de Méndez-Núñez. Terminado aquel acto militar, dirigióles una patriótica arenga que terminó con estas palabras:

“La bendición de Su Santidad León XIII os acompaña. Lleváis las bendiciones del cielo y de la tierra. Vais á emprender una faena ruda, es verdad, pero esto nada importa cuando los enemigos nuestros de la manigua tienen que luchar con corazones españoles. Os recomiendo en primer término la unión y la disciplina, extremos indispensables para conseguir el triunfo. ¡ Viva el Rey ! ¡ Viva la Reina ! ¡ Viva el Ejército ! ¡ Viva la Patria !”

El día 27 del mismo mes de Agosto embarcaron en la ciudad del Turia el batallón expedicionario del regimiento de Mallorca y los volun-

tarios concentrados en aquel depósito para Ultramar. Fueron á despedirlos el comandante general en jefe de aquel cuerpo de ejército señor Lasso, la Diputación y el Ayuntamiento. Repartiéronse regalos. El Emmo. Sr. Cardenal Sancha pasó á bordo del *San Agustín* á despedir al batallón de Mallorca. La fé y la patria, la cruz y las armas siempre confundidas para todas las grandes empresas españolas.

Su Eminencia dirigió sentida y patriótica plática á los soldados. Dice así:

“ Siempre he sido admirador entusiasta y cariñoso amigo del ejército, porque perteneciendo yo á un organismo como el clero, donde la disciplina más rigurosa estrecha á todos sus miembros, hasta el punto de constituir su ley fundamental, no podía menos de admirar á esa fuerza constituida para ser la salvaguardia de los intereses y del honor de la patria, el ejército español, que rinde culto y subordina sus actos á lo que la disciplina ordena y exige.

“ De aquí que no pueda ser indiferente ni pueda mirar impasible la marcha del batallón de Mallorca á la perla de nuestras Antillas para defender el pedazo de tierra que intentan arrebatar á la madre patria los cobardes, traidores é ingratos insurrectos cubanos. Como español, como amigo y como prelado, debía yo venir á despedir á estos valientes soldados, á alentaries en su nobilísima empresa, á decirles que deseo, y no sólo deseo, sino que tengo la esperanza firmísima de que estos hijos de España, que hoy dejan sus hogares, sus familias, sus amantísimos hijos tal vez, han de volver á esta España, tan probada por los infortunios y las desgracias, cargados de laureles obtenidos en los campos de batalla.

“ Sí, esta esta esperanza tengo: sois españoles, tenéis fé, confiais en el Dios de los ejércitos, y por eso es indudable que vuestro paso por la isla de Cuba ha de ser, se ha de señalar por una série no interrumpida de memorables victorias.

“ No está vinculado el triunfo al número de soldados. Recordad los heroismos de algunos jefes militares de la antigua Grecia, que, con un puñado de soldados vencieron el poder incontrastable de los persas; la batalla de las Navas en nuestra patria y aquella série de triunfos que inmortalizaron al ejército de España, al ser ésta invadida por el poder extranjero representado por el llamado capitán del siglo XIX.

“ ¿Cómo temeréis vosotros á los que han sido dos veces ingratos, cobardes y traidores?

“ ¿Cómo podrán resistir á vuestro ímpetu, ni amortiguar ese entusiasmo que lleváis impreso en vuestra alma, porque es el amor á la patria el os anima para ir á la hermosa isla de Cuba?

“ Vuestro enemigo será el clima ardiente de aquella tierra; pero si seguís los consejos de vuestros jefes, ese enemigo podrá muy poco contra vosotros.

“ Id, pues, á defender la integridad de la patria. Os bendice para ello León XIII; os admira nuestra Reina; la patria entera os saluda con entusiasmo. Los que no tenemos el honor de acompañaros quedaremos aquí para rogar por el éxito de vuestras gloriosas empresas, para

cuidar de que no falte el pan á las familias privadas. Id allá, y que Dios os bendiga.

“¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva el ejército español! ¡Viva la Religión!”

El día 28 embarcó en el vapor *Santo Domingo* el batallón expedicionario de Vizcaya que estaba de guarnición en Valencia. También su Eminencia el Cardenal Sancha, comisiones de la Diputación y del Ayuntamiento fueron á despedir á los soldados y los obsequiaron con cigarros y dinero.

El día 27 salió de Madrid el batallón expedicionario del regimiento de Canarias. En la estación del Mediodía estaban el Ministro de la Guerra, el Capitán General de Madrid, todos los generales, jefes y oficiales francos de servicio y casi todo el pueblo de Madrid. La despedida fué entusiasta, rayana en el delirio.

Los ocho escuadrones de caballería que formaban parte de la expedición fueron organizados con los elementos propios de cada uno de los regimientos, llevando cada escuadrón el nombre de su respectivo regimiento. Los que marcharon á Cuba se llamaron: Cazadores de Arlabán, Lanceros de Sagunto, Lanceros del Rey, Dragones de Santiago, Cazadores de Treviño, Cazadores de María Cristina, Dragones de Montesa y Húsares de la Princesa.

Si personas queridas, buenos hermanos y cariñosas afecciones habían dejado los expedicionarios en la Península, amigos y hermanos encontraron igualmente al pisar la isla de Cuba. La llegada á la Habana de cada uno de los vapores de la Trasatlántica que conducía á los soldados defensores de la integridad de la Patria, excitó el entusiasmo de todas las clases sociales. El comercio, la industria, el rico y el pobre, todos los buenos hijos de España unieron sus esfuerzos para levantar arcos y obsequiar á las trepas con dinero; las damas habaneras ofrecieron á los soldados preciosos ramos de flores.

Nada hubieran alcanzado los revolucionarios en sus injustificadas pretensiones, ni la necesidad de prodigar sangre generosa en la inextricable manigua y consumir el erario con los cuantiosos gastos ocasionados hubiese llegado á tanto, si desde los albores de la revolución la propaganda laborante y los auxilios que daban á los revolucionarios los simpatizadores de los pueblos y ciudades se hubiera castigado con energía. Mientras la nación, es decir, el gobierno identificado con el pueblo afrontaba con entereza el problema de la guerra, enviando fuerzas á Cuba para terminar el anarquismo insular, desbordado por el campo y por las ciudades, el general Martínez Campos debió de haber emprendido una rigurosa campaña contra los laborantes y auxiliares de la insurrección, y entonces la guerra, si no decaída ó terminada, se encontraría actualmente agonizando. La campaña del Gobernador General contra esas víboras encubiertas, debió haber seguido la misma marcha que la del campo, aunque la primera, siempre más sigilosa, activa y prudente, como lo exige la naturaleza de ella. Desde el café hasta la logia, desde ciertas sociedades formalmente legales hasta los antros de la conspiración; desde

el simple agente, reclutador ó recaudador hasta sus directores; desde las conversaciones privadas hasta la prensa, todo debió purificarse, porque se respiraba ambiente insano de separatismo. Detener á los sospechosos; impedir la circulación de periódicos y noticias filibusteras; obrar en fin, conforme á la gravedad de las circunstancias, aplicando los grandes remedios ya que grandes eran los males. *Fortiter in re et fortiter in modo* era lo que se imponía; mas el general Martínez Campos procedió *suañter in modo et suañter in re*. Por eso no debe extrañarnos el grandísimo fracaso que sufrió en las operaciones uno de los primeros prestigios militares de nuestra España.

En la provincia de Matanzas pudo sofocarse la rebelión, en la primera intentona, merced á la energía desplegada por el Comandante General de la provincia, Excmo. Sr. Don Luís Prats y Brandagen. El resultado de la partida levantada en Ibarra acandillada por Juan Gualberto Gómez y Lopez Coloma, lo mismo que la iniciadora de la revolución en Jagüey Grande capitaneada por Marreró, ambas tuvieron negativo resultado. Sin embargo, la paz no era más que un espejismo y todas las señales presagiaban trastornos futuros. En esta provincia, lo mismo que en las restantes de la Isla, los trabajos revolucionarios se habían llevado á cabo con la mayor actividad, y el número de comprometidos era grande, siendo suficiente para responder al movimiento una causa propia. Síntomas para apreciar lo anormal de la situación no faltaban, y la extensión que había alcanzado la guerra en Las Villas, que á manera de un reguero de pólvora creció de un modo rápido é inusitado, constituía un grave peligro para el orden que reinaba en la región matancera. El teniente coronel de la guardia civil señor Rojas, practicando un reconocimiento en la margen izquierda del río Canimar, encontró en un potrero un depósito de armas, en el cual había carabinas Winchester, tercerolas, cartuchos y varios efectos de guerra. Fuerzas del regimiento de María Cristina fueron hostilizadas al pasar entre Punta Larga y Sabanilla por una cuadrilla de plateados insurgentes, matando á un soldado é hiriendo á otro.

El bandido Regino Alfonso se declaró insurrecto, siguiendo la evolución hecha por sus antecesores latro-insurgentes Manuel García, Matagás y Lino Mirabal. La guerrilla de voluntarios movilizados de Cárdenas, tuvo en el ingenio Ponce una pequeña escaramuza con la partida de Regino Alfonso en la cual mataron á dos bandoleros. El general Prats procedió á la detención de los sospechosos y extremó la vigilancia, pero todo resultó ineficaz. Cuando Máximo Gómez invadió el Camagüey y hubo reunido el número de gente que deseaba, mandó emisarios á Las Villas para acordar el levantamiento y la forma en que debía verificarse. Ya hemos visto que los *villareños* cumplieron los compromisos que habían contraído con los revolucionarios orientales. Ya en plena revolución la provincia de Santa Clara, los agentes de Gómez pasaron á la de Matanzas. Allí conferenciaron con los comprometidos, acordando el levantamiento. Los rebeldes de Las Villas debían prestarles su apoyo, así como éstos lo recibieron de los de Puerto Príncipe.

Enterado el general Prats de que en la jurisdicción de Colón y en

los límites con la de Cienfuegos había una pequeña fuerza insurrecta al mando del cabecilla Mariano Pino, exalcalde autonomista de Cartagena, mandó al teniente coronel Don Luís Molina para que la batiese. Este formó una columna con fuerzas de la guerrilla del segundo batallón de María Cristina y en los montes de la Güira, Camarones y Boquerones encontró á los rebeldes á los cuales batió, cogiéndoles el campamento en el cual ocupó nueve caballos, monturas, armas, municiones, acémilas y víveres. Uno de los fugitivos de la partida, que se presentó después en una vivienda, próxima al lugar del combate, manifestó que la partida se había disuelto de tal modo, que no iban dos juntos: también aseguró que habían tenido cinco heridos graves.

El teniente coronel Molina, comandante militar de Colón, tuvo confianzas de que á un kilómetro del pueblo había una partida al mando del cabecilla Matagás, que siendo bandolero de profesión lo habían regenerado los insurrectos, dándole el pomposo título de *coronel libertador*. Como las diez de la noche serían, cuando el bravo teniente coronel señor Molina salió con veinte hombres de la guerrilla de María Cristina y algunos guardias civiles, con la intención de cubrir los puntos estratégicos tales como Palmillas, Cumaná, Amarillas, Voladoras y la Aguada. De doce á una de la noche se encontró con un grupo como de unos veinte hombres montados y armados de rifles *Relámpago*, que al grito de *¡Viva Maura, Viva la autonomía, Viva Cuba libre!* hicieron nutrido fuego contra las tropas leales, contra los defensores del orden. Entablóse la lucha, pero horrible, haciéndola más imponente la oscuridad de la noche, pero al cabo de muy poco tiempo, el enemigo fué desalojado de la casa que ocupaba, dejando un muerto que resultó ser el moreno Leopoldo Ramos, hombre de pésimos antecedentes, criminal de fama, porque la Junta revolucionaria y los cabecillas contaban siempre con tan honrados elementos sociales para sus destructores y anárquicos procedimientos. Los valientes *libertadores* se dispersaron en distintas direcciones. Las fuerzas leales tuvieron al guerrillero Francisco Vela, herido de machete, así como también el caballo que montaba, y al enemigo se le tomó un rifle, un revólver, un machete, noventa cápsulas y otros efectos, haciéndose prisioneros á Juan Sánchez, Andrés Ferreiro, José Moreno y al pardo Bonifacio Reyes

Se nos resiste creer que al señor Maura, distinguido y correcto hombre público, puedan halagarle las estentóreas palabras, los chillidos rebeldes, vitoreando al exministro de Ultramar al reformista, con las armas en la mano y asesinando españoles, saqueando y destruyendo propiedades. El señor Maura apreció indudablemente de una manera errónea la constitución de los partidos cubanos, miró y vió con lente falso la situación de Cuba, halagaron el amor propio del balear ambiciosos politicastros de oficio y presentó su calamitoso plan, verdadero tóxico patrio, pero lo hizo con un fin nacional y ortodoxo. Después su mismo amor propio, por un mal entendido sentimiento de dignidad motivado por los virulentos y calumniosos ataques de sus adversarios antillanos impidieronle desandar lo recorrido. Pero el señor Maura, buen español, hombre de

claro talento, no puede hacerse solidario de los desmanes y traiciones y ve con marcado disgusto las aclamaciones tributadas á su personalidad por los enemigos de España. Más nosotros, aunque españoles de corazón, somos narradores de la verdad; y como cronistas aspiramos á condensar la realidad de los hechos y las impresiones producidas por los sucesos que se han desarrollado en la insurrección. El tiempo, gran juez, encadena los acontecimientos, enlaza el pasado con el presente por medios misteriosos y sorprendentes. Así hemos visto dando vivas los feroces revolucionarios de la manigua á un exministro de la corona que, por liberal en su idea, no deja de ser un buen hijo de España, de esa gran nación que con creces ha recompensado su indiscutible talento. Por eso hemos afirmado antes que el señor Maura rechaza en absoluto esas expansiones de los rebeldes favorables á su personalidad, y que no tan sólo las rechaza sino también las desprecia y producen en su ánimo honda pena, amargo disgusto.

La guerra se extendía con mucha celeridad en la provincia de Matanzas, después del levantamiento general de Las Villas, á mediados de Agosto, según hemos visto por las tentativas de los pequeños grupos que merodeaban por la referida provincia. Fuerza al mando del teniente coronel de la guardia civil señor Rojo dispersó una partida insurgente que se había alzado en armas en el poblado de Realengo, jurisdicción de Jovellanos. En el combate fueron capturados tres de los que la componían, entre ellos el jefe Domingo Mugica, el cual, según el bando del Gobernador General, como cabecilla, fué trasladado á la capital de la provincia, y encerrado en el castillo de San Severino. Sometido á un juicio sumarísimo, el tribunal de guerra dictó sentencia de muerte contra el cabecilla.

La sentencia fué cumplida el día 20 de Agosto á las seis de la mañana, en la referida ciudad de Matanzas, siendo Mugica el primer cabecilla fusilado en esta guerra, con arreglo á las disposiciones del bando dictado por el general Martínez Campos á su llegada á la isla de Cuba. Plácese merece la conducta enérgica del general en esta ocasión y no dejaremos de prodigarlos en cuantos actos los merezca, lo mismo que hemos censurado con acritud sus debilidades. Muchas recomendaciones llovieron sobre el general, implorando el indulto del cabecilla; algunas de ellas valiosas y de personas de significación y hasta amigas del General en Jefe. Todas ellas fueron desestimadas y solamente se atendió al cumplimiento de la ley. Hasta la misma madre del cabecilla, con ese dolor tan natural del cariño materno, se arrodilló ante el general, pidiéndole perdónara la vida de aquel hijo extraviado. El Gobernador General conmovióse ante aquella escena, pero los deberes militares se superpusieron á los sentimientos de su noble corazón, y le contestó: —*Señora, mucho me duelen las lágrimas de una madre cariñosa, pero ¡cuántas otras madres no estarán llorando ahora en España por culpa de estos insensatos!* Y esta contestación es un axioma: el general se acordaba de las madres de los soldados, que si bien como: españolas sienten orgullo en que sus hijos derramen su sangre y mueran en defensa de la patria,

es evidente también, que el cariño maternal, al contemplar á sus hijos arrancados de su seno para cumplir con un sagrado deber; para llevarlos al mortífero clima de la isla de Cuba, lágrimas estarían derramando seguramente en la Península.

El General en Jefe vió que se cumplían sus temores y profecías. La insurrección iba tomando cada vez más incremento, y no ignoraba que el cabecilla Lacret había sido comisionado por Máximo Gómez para levantar y organizar la insurrección en la provincia de Matanzas. En previsión de los hechos que debían suceder más tarde, dictó una nueva orden en la cual señalaba las obras complementarias de defensa que debían tener los fortines, la manera de establecerlos, la distancia que debía separarlos de los poblados para que si los pueblos fuesen destruidos por el incendio, el fuego no llegara á ellos.

Si grande era el refuerzo mandado por el Gobierno en la expedición de Agosto á Septiembre en el noventa y cinco, extenso era también el territorio de las operaciones por hallarse insurreccionadas dos terceras partes de la Isla.

Creemos que un gobernador general menos confiado que el general Martínez Campos, que no se hubiera preocupado poco ni mucho en complacer á los partidos antillanos en aquellos gravísimos momentos de la iniciación del movimiento insurreccional en aquellas provincias en que hasta entonces había imperado la paz. Cuando la guerra invasora de toda la Isla se veía en lontananza, sólo debía pensar en impedirla, en contrarrestarla briosamente, y los consejos diametralmente opuestos de los partidos las advertencias sectarias casi siempre, debió relegarlas á segundo término. A las situaciones de fuerza y de violencia, con la misma violencia debía haberse contestado; á los preludios de un levantamiento general con prácticos procedimientos de energía habían de ser rechazados.

CAPITULO X.

SUMARIO.—Estado de la guerra en la provincia de Puerto Príncipe.—Prohibiciones de los insurrectos.—Persecución de las columnas á los insurgentes.—Constitución del titulado gobierno revolucionario.—Combate del Zanjón.—Idem de las Delicias.—Las Villas.—Ataque al ferrocarril de Caibarién á Remedios.—Acción de Jiquibú.—Acción de Las Varas.—Situación de los cuerpos del ejército de la isla de Cuba después de haber llegado la expedición de Septiembre.—Nuevos levantamientos en Matanzas y Pinar del Río.

Después de haber hecho su presentación el venal dominicano Máximo Gómez en la provincia de Puerto-Príncipe, acompañada como siempre del incendio del poblado de Altagracia y de ataques á pequeños destacamentos, cuando las tropas ya convenientemente dispuestas empezaron la persecución, el titulado generalísimo, como ser misterioso, no aparece en parte alguna. Sin embargo, las tropas leales le buscaban sin descanso; fuerzas de caballería iban en su persecución. El general

Mella y Montenegro salió con una columna de mil hombres del pueblo de San Miguel de Nuevitas, acampó en un potrero sin más novedad que sufrir una horrorosa tormenta durante la noche, y por la mañana las fuerzas leales salieron en dirección á Guáimaro. En la marcha recibió el general Mella una exacta confidencia, en la cual le dijeron que Máximo Gómez se hallaba en el ingenio Oriente con mil quinientos hombres, y en dirección al ingenio se marchó la columna. Apenas habría andado poco más de una hora de camino, cuando de la manigua que lo bordea le hicieron una nutrida y formidable descarga. Contestó la columna sin interrumpir la marcha; una hora más tarde volvieron los insurgentes á tirotear la columna, sin consecuencias desagradables que lamentar y el general Mella ordenaba contestar, sin detener por eso la marcha; pero poco después la vanguardia rompió un fuego muy nutrido. Motivó este fuego, el haber encontrado y sorprendido las guerrillas en un bohío un grupo de catorce insurrectos y de esta sorpresa resultaron tres rebeldes muertos, un herido y siete prisioneros. También se les cogieron diez caballos, y las tropas españolas solo tuvieron que lamentar como bajas la de un soldado herido y un caballo muerto.

Las fuerzas leales encontrábanse ya cerca del ingenio Oriente, cuando divisaron la retaguardia de Máximo Gómez, que se había hecho fuerte en una casa de mampostería. Apenas vieron á los exploradores de la columna, cuando rompieron un nutrido fuego desde las ventanas. La fuerza leal siguió avanzando siempre y contestando con fuego graneado: la infantería entretanto tomó posiciones en un potrero que había frente al ingenio, disparando con tan buena puntería los Maüsser, que los rebeldes abandonaron al momento la casa y se posesionaron de la manigua. En eso llegó la noche y la columna acampó en el ingenio. A la mañana siguiente, apenas se emprendió de nuevo la marcha, encontráronse las avanzadas rebeldes: los exploradores de la columna rompieron el fuego y lo sostuvieron con mucho orden, hasta la llegada del grueso de aquélla, que fué recibida por los insurgentes con dos nutridas descargas por uno de los flancos, obligando á que las tropas hicieran un cambio de frente para empezar el ataque, mientras la caballería mandada por el coronel Ruiz, lanza en ristre, se preparaba para dar una carga.

Ver esto los insurrectos é internarse en las espesuras de la manigua cercana, fué casi momentáneo. Ni la superioridad numérica, ni el espeso manigual, lugar socorrido del insurrecto, ni la eficacia exageradamente cantada de sus macheteros, les infundieron suficiente valor para resistir el empuje de la columna. Las tropas leales se posesionaron del campamento, en el cual encontraron la mesa puesta, armas y municiones.

Mientras tanto el Camagüey era un sepulcro, porque á tal situación lo habían reducido los bárbaros modernos titulados libertadores. No se veía en parte alguna animación, y en las mismas personas, que algo tenían que perder, se notaba el desaliento. La misma capital parecía hallarse de luto, como si acabase de sufrir una de esas terribles hecatombes, que dajan honda impresión por lo destructoras é inusitadas ó por

esas tremendas epidemias que arrebatan un ser querido de cada hogar. La causa de esta general aflicción es legítima, porque si bien de la capital no han sido muchos los que se han lanzado á la insurrección, está en la conciencia de todos lo grave que se presentaba el porvenir. En ninguna población, villa ó ciudad de la Isla, siéntense con más prontitud é intensidad las consecuencias de la guerra, que en la capital camagüeyana, por constituir la riqueza pecuaria el principal elemento de su prosperidad. La venta del ganado y la fabricación del queso, son las principales riquezas, mientras los del campo, además del salario ó jornal, cuentan para su manutención con la recolección de viandas que la asombrosa fertilidad del clima les proporciona en abundancia, con las frutas que les dan gratuitamente y en profusión los árboles, con el carbón de sus bosques impenetrables en muchos puntos. La revolución ya sea por instinto de los rebeldes ó por el sistema de hacer la misma, según mandato de la Junta revolucionaria, bien como detalle del plan de su campaña ó como una previsión de las necesidades de los sublevados, prohibió, conminando con severas penas, la extracción de reses de los potreros, la cosecha de las viandas y la venta del carbón á la capital. Con la práctica de los mencionados procedimientos, es inevitable la escasez, la miseria, la inopia. Cuando en la estación canicular, los pocos centrales que hay en la provincia de Puerto Príncipe, hacían los preparativos y gastos indispensables como preparación para la corta y molienda de la caña, una orden manuscrita del cabecilla Máximo Gómez y visada por el viejo Marqués de Santa Lucía, prohibió terminantemente dichos preliminares trabajos, y amenazó con incendiar los campos de caña y demoler las viviendas y destruir los bateyes á los contraventores. Los propietarios, ante amenaza semejante, se intimidaron, decidiéndose á suspender los preparativos y muchísimos braceros quedaron sin trabajo. Estos son los combates y hechos de guerra del infame dominicano de Bauí, á la hidalguía española opuso la anarquía, á la nobleza la traición; porque en su menguada conciencia no tiene asiento virtud alguna, pero sí todos los vicios más degradantes, los crímenes más infectos. La posteridad si alguna vez lo cita en la Historia, será para considerarle como el prototipo del *crimen*, como la nebulosa de la guerra, como el azote villano del pueblo de Cuba.

Pequeños grupos de insurrectos mandados por Máximo Gómez, recorrían los alrededores de la capital camagüeyana, vigilando para impedir que los guajiros pudieran entrar del campo artículos de primera necesidad, como las reses, leche, carbón y viandas. Si algún infeliz se atrevía á contravenir las órdenes de los Gómez y Cisneros, el desjarretamiento de los bueyes, la quema de las carretas y la guásima era el inmediato castigo, mejor dicho, la miserable venganza. El dominicano en Agosto del noventa y cinco había logrado reunir más de dos mil hombres, y como en las intentonas atrevidas por él efectuadas, le causaron muchos muertos y heridos, haciéndole además diecinueve prisioneros, se retiró á los montes de Najasa para reorganizar mejor su gente y preparar uno de sus diabólicos planes. Desde el titulado cuartel general de la sierra de Najasa expedía los autoritarios *akases*.

El *desideratum* de los miembros de la junta revolucionaria de Nueva-York era la constitución del gobierno revolucionario. De esta manera el dómine Estrada Palma, Benjamín Guerra, Gonzalo Quesada y otras muchas eminencias políticas, que no habían podido brillar y lucir sus magníficas y portentosas cualidades, sus colosales talentos de estadistas por falta de ambiente y ocasión, surgirían ante las naciones civilizadas, eclipsando á los Metternich, Bismark, Salisbury, Gambetta, Depretis y Cánovas del Castillo, porque los propagadores de la guerra de la manigua son tan ámplios de talento como exuberantes de follaje lo es la flora cubana. El intento de Maceo en atacar y tomar á Bayamo, á dicho móvil obedecía, por más que sus planes quedaron frustrados por el épico valor de las tropas españolas. El Marqués de Santa Lucía deseaba verse elegido nuevamente en primer magistrado de una irrisoria y ridícula república sin jurisdicción, selvática, africana y errante; pues, aunque octogenario y decrepito, posee las ilusiones de un colegial atolondrado. En la manigua cubana existía un crecido número de aspirantes deseosos de ostentar el título de ministros, y los de la junta de Nueva-York querían lucirse con el pomposo nombre de *plenipotenciarios* de un gobierno sin jurisdicción, errante é invisible. Se les prometían todos muy felices. En los Estados de la Unión norte-americana, tenían por seguro el venal apoyo de unos cuantos senadores *jíngoes*, amigos de la celebridad aun á costa del escándalo, sin conciencia de sus actos y actitud, que habían de levantar general protesta en las naciones civilizadas. No se abrigue por esto la creencia, que la opinión general de la República del Norte participaba del común sentir de los senadores *jíngoes* y de los miembros de la junta revolucionaria, porque allí no se ha extraviado por completo, pero sí atrofiado en parte, el sentido común, ni la ausencia del respeto debido á los preceptos más rudimentarios del derecho de gentes ha desaparecido totalmente en aquella sociedad; pero era lo suficiente para hacer ruido y promover algaradas, alimentando insólitas ilusiones para decidir á que los espectadores se lanzaran al campo. Algunos periódicos de Nueva-York que han alcanzado incremento con la publicación sensacional, aunque mendaz, hallábanse dispuestos á secundar los deseos de los laborantes, unos por interés propio y ciega pasión tales como *The Sund*; los otros como *The Herald* y *The World* por las cantidades que como subvención recibían de los fondos revolucionarios. Con la ayuda de ambos elementos, unos proponiendo el reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos en las Cámaras de los Estados Unidos, y la prensa secundando el mismo objeto en la propaganda, la creían ya un hecho consumado: el Presidente se vería obligado á decretarla.

Resultado de la *beligerancia* había de ser la adquisición de buques de guerra para librar batalla contra los cruceros españoles; la de artillería, fusiles, municiones. Los arsenales y pirotecnias de todas las naciones, nada les escatimarían, y además, sus prohombres como *ministros plenipotenciarios* en las naciones de ambos continentes, podrían lucir oficialmente el pérfido trapo insurrecto, codearse con los hombres de Gobierno, embajadores y otros funcionarios. En tales circunstancias,

la independencia de la Isla, según su calenturienta imaginación, era un hecho que habría de sobrevenir en breve tiempo.

Comprendiendo que sin Gobierno constituido, aunque no fuese más que una parodia, no les era posible formular sus pretensiones, hicieron caso omiso de otros requisitos que se exigen para reconocer como beligerantes á los bandos combatientes, tales como un territorio conquistado y no perdido; una plaza fuerte en donde tuviera asiento estable el gobierno; un puerto con que comunicarse con el exterior; la organización de los tribunales de justicia y de la administración. Esto no les importaba; lo indispensable era tener un gobierno, siquiera fuese nominal. Los principales cabecillas revolucionarios efectuaron una reconcentración hacia el Camagüey, para celebrar una asamblea de la cual había de salir elegido el mentido gobierno. Cada partida envió un comisionado y todos ellos se reunieron en Jimaguayú, lugar de la provincia de Puerto Príncipe. Después de haber estado deliberando durante tres días y ser las discusiones largas y acaloradas, suscitóse la cuestión sobre las atribuciones que debía tener el Presidente, facultades del mismo como ejecutivo en tiempo de guerra, es decir, que si el presidente del nómada *gobierno* que iba á constituirse, debía asumir al mismo tiempo el cargo de general en jefe de las fuerzas alzadas ó solamente la potestad civil. A esta pluralidad de atribuciones presidenciales achaca Sanguily (Manuel) el fracaso de la anterior guerra, siendo de opinión que debían separarse, pero Enrique Collazo, en su Historia desde Yara hasta el Zanjón, opina lo contrario y dice que la causa principal del desastre la motivó la separación de ambos cargos. Sanguily deseaba el predominio del elemento civil; Collazo estimaba prudente en tiempo de guerra la supremacía del elemento militar: el primero soñaba en un Gambetta, el segundo quería un Bolívar.

La asamblea resolvió definitivamente que los cargos debían separarse. Este acuerdo no fué del agrado de Máximo Gómez que deseaba erigirse en dictador perpétuo. Elegidos todos los cargos entre los concurrentes, menos los de Vice-Presidente y segundo jefe de los libertadores que recayeron el primero en Bartolomé Massó y el segundo en Maceo (Antonio), quedó constituido el *falso gobierno* de la siguiente manera: presidente de la titulada *República Cubana*, Salvador Cisneros; vicepresidente, Bartolo Massó; secretario de Guerra, el anarquista Carlos Roloff; secretario de Hacienda, Severo Piña; ministro del interior, (entiéndase de Gobernación), Santiago García Cañizares; ministro del exterior (Estado), Rafael Portuondo; subsecretario de Guerra, Mario García Menocal; subsecretario de Hacienda, Joaquín Castillo; subsecretario del *interior*, Carlos Dubois y del *exterior*, Fermín Valdés.

En cuanto á los nombres de los cargos y la forma externa, no puede concebirse ni darse mayor precisión y regularidad, títulos más pomposos y mayor seriedad. Pero todo era una ilusión, un espejismo para engañar á los del exterior, á la prensa extranjera. Porque una parodia de gobierno en el fondo, una mendacidad irritante, sin más capitalidad y asiento que las abruptas sierras de Najasa, y esto mientras no iban las

columnas á sacarles de aquellas madrigueras que como alimañas se guarecían, gobierno sin jurisdicción y trashumante, director de bandas de desalmados y anarquistas, cuyos medios de combate eran el incendio y el atropello á débiles mujeres é inocentes niños, y cuyos procedimientos son el asesinato, el pillaje y la destrucción por medio de la dinamita, no es ni puede ser considerado como tal gobierno. Los gobiernos son elemento de orden, constituyen la seguridad y la garantía, base de la convivencia de los hombres pacíficos, aun en tiempo de guerra; porque ésta únicamente existe y debe hacerse entre los elementos armados de ambos bandos. Cinismo, insulto debe llamarse á una farsante colectividad titulada *gobierno de la república cubana*.

Máximo Gómez, traidor por temperamento moral, disgustado, según dicen los partidarios del *mercenario* dominicano, escudado con el manto de la revolución, retiróse á los montes de Najasa á organizar la fuerza de vándalos que le secundaba en sus reprobados fines, disponiéndose á efectuar una *razia* ó algarada á las provincias occidentales de la Isla, con el inhumano fin de destruir la propiedad y cometer toda clase de atropellos, asesinatos é injusticias, que sólo el enumerarlas arrancan frases de indignación en todas las conciencias que abriguen algún honrado sentimiento

Los periódicos defensores de la anárquica revolución que azota á nuestra infortunada isla de Cuba, los simpatizadores y los laborantes saludan con el honroso título de *invasión* lo que no ha sido otra cosa que una algarada. Considerada en el sentido usual y aún en el tecnicismo militar la palabra *invasión*, significa el avance del enemigo á otras provincias ó demarcaciones no dominadas por el mismo, arrollando á los combatientes adversarios en batallas campales, conquistándoles sus plazas fuertes y dejando, finalmente, el país invadido, dominado, en el cual quede asegurada en absoluto el dominio de la revolución. Como ninguna de las condiciones anteriormente enumeradas reúne el avance de Gómez á las provincias occidentales, antes al contrario, son los medios que puso en práctica totalmente opuestos, por eso la calificamos con el verdadero dictado, es decir, con el de *algarada*. Y esta afirmación la demostraremos con hechos positivos, argumentos irrefutables, cuando narremos los hechos y expongamos los detalles de la correría que emprendió desde el mes de Noviembre del noventa y cinco hasta su definitivo regreso á las espesuras de la manigua camagüeyana, socorrido campo de las depredaciones de Gómez.

Las fuerzas leales no permanecían inactivas durante el período en que los rebeldes se organizaban, y prueba de ello es el combate sostenido con las fuerzas insurrectas en Vista-Hermosa. Una columna que custodiaba un convoy, compuesta de mil cien soldados, mandados por el coronel de caballería Don Joaquín Ibáñez Aldecoa, llegó sin novedad hasta Vista-Hermosa. Ya en este punto comenzó á ser hostilizada con ligero y no interrumpido tiroteo hasta llegar al destruído puente de Imiés, cortado por los insurrectos para entorpecer la marcha del convoy. La columna vióse precisada á vadear el río, y entonces los rebeldes arre-

ciaron el fuego. Salvada esta dificultad, internóse el convoy por la loma del Zanjón, sitio cercano al lugar donde se celebró el funesto y desastroso pacto, y al pasar por una cañada cenagosa, toda ella rodeada de espeso monte, se vió atacada por numerosas fuerzas insurrectas. En la misma cúspide de la colina hay una trinchera natural, que los rebeldes tanto en la pasada guerra como en la presente, la han utilizado. En esta colina, que es una verdadera fortaleza, aguardaban los insurgentes á la columna y rompieron un nutrido fuego, apenas divisaron á la guerrilla del Camagüey que iba explorando el campo.

El coronel Aldecoa, muy práctico en esta clase de guerra y altamente previsor, había mandado á la segunda compañía del batallón cazadores de Cádiz para que flanqueara la montaña, mientras el enemigo, confiado en las ventajas que le daba su posición, atacaba el grueso de la columna. La segunda compañía antes mencionada, había logrado trasponer con sigilo la parte anterior de la loma, y una vez ya en dicha posesión, el teniente coronel Don Cruz González, al grito de *¡Viva España!* grito sublime, contestado con efusión por los soldados y seguido de una descarga cerrada, se lanzó con impetuosidad sobre el enemigo. Los rebeldes al verse sorprendidos, abandonaron sus posiciones y se dispersaron en el más completo desorden. Viendo Don Cruz González que el enemigo se retiraba, ordenó un ataque á la bayoneta y éste acabó de completar la dispersión. El grueso de la columna no tuvo ocasión ni tiempo de entrar en combate por la precipitada y vergonzosa que fué la desbandada de los insurgentes. El valor que demostraron fué tan escaso, que bastaron cien soldados españoles peleando á pecho descubierto para arrollar á quinientos rebeldes bien atrincherados y dirigidos por el generalísimo. Los insurgentes tuvieron doce muertos vistos y veintitres heridos.

La acción de las *Delicias* es una de aquellas que merecen con justicia el dictado de brillante. Fué sostenida por el general García Aldave. La columna se componía de unas cuatro compañías del regimiento de Alfonso XIII, de la segunda y tercera del regimiento de Tarragona, de los escuadrones de Lusitania, Talavera y Pizarro y de una sección de los voluntarios de Camajuaní. El 27 de Agosto, á las cinco y media de la mañana, emprendió la marcha la columna desde Jobosí, lugar donde había acampado la noche anterior y había aprovisionado el fuerte. Durante la marcha tuvieron que vadear el río Jatibonico, siendo éste muy difícil y expuesto por lo muy crecido que estaba á consecuencia de las lluvias. Apenas acababa la vanguardia de la columna de pasar el río, cuando fué tiroteada por el frente y los flancos del camino. Exuberante vegetación y espesa monigua cubre aquellos campos; las posiciones ocupadas por los insurrectos solamente se precisaban por el humo de las descargas. La columna se detuvo un momento para contestar al fuego, hacerse cargo de los puntos que ocupaba el enemigo y orientarse puesto que el fin de la marcha era batir á los rebeldes y éstos se presentaban en son de ataque. Luego la acción ó encuentro era inevitable.

Inició la fuerza leal su avance, pasando por un verdadero túnel

formado por las cercas y las copas de los árboles. Entonces el general dispuso dos flaqueos para tener mayor frente, los voluntarios del escuadrón de Camajuaní cayeron sobre la herradura que formaban las fuerzas rebeldes, dos compañías del regimiento de Alfonso XIII rebasaron el flanco izquierdo, una compañía de Tarragona apoyó la salida de la caballería y otras dos compañías de Alfonso XIII tomaron posiciones para cubrir la retaguardia. Dispuesto así el ataque, rompió el fuego la columna con la mayor precisión y serenidad, como si estuvieran las tropas en un campo de maniobras; hacíase por descargas cerradas y avanzando hácia el enemigo que cubría las alturas de *Las Delicias*. Los insurgentes trataron de correrse sobre la derecha para caer como una cuña en la dirección del río y cortar con este movimiento la retirada á la columna; pero García Aldave mandó concentrar la infantería y llegaron esos momentos solemnes, en que la carga de caballería dá admirables resultados. Tocó el clarín á degüello y como impulsados por eléctrica corriente, parten los escuadrones con sus oficiales á la cabeza, y dieron una brillantísima carga al enemigo. Este, aterrado por la bravura y empuje de los jinetes leales, se desordena, huye despavorido y en la más completa confusión, disolviéndose entre los árboles que se elevan en las dos márgenes del río Gato. Sin embargo, el patriotismo de las fuerzas españolas salvó el inconveniente que ofrecía el terreno, y no fué lo bastante para impedir á la caballería la consecución de uno de los más brillantes triunfos.

El regreso de los heroicos escuadrones leales fué saludado con entusiastas vítores por la infantería. La carga dada al enemigo llevaba toda la energía de nuestros legendarios caballeros; fué brillantísima y hasta casi temeraria por las condiciones del terreno en que se llevó á cabo. Los insurgentes pelearon con inusitada tenacidad, y dejaron en el campo de la acción veinticinco muertos y sesenta heridos.

Esta era la situación de la provincia de Puerto Príncipe en los meses de Julio, Agosto y Septiembre, situación aflictiva, no por el número de los revolucionarios y por la representación social que pudieran ostentar, ni tampoco por las dotes guerreras de los mismos, sino por los anárquicos é inhumanitarios procedimientos puestos en acción. Táctica es del aleve *dominicano* no batirse á no ser en caso de necesidad, porque sabe de antemano que la derrota es el desenlace, cuando el enemigo es el ejército español, mas sí el entorpecer y sitiar por el hambre á los pueblos, así como también el huir para cansar á las columnas perseguidoras.

En Las Villas continuaban activamente las operaciones, siendo la jurisdicción de Remedios en donde se efectuaban con más energía. Un suceso importante fué el ataque y descarrilamiento de un tren de la vía férrea de Caibarién á Remedios, en el puente de Río Seco, cerca de Tagnabayón. El tren iba custodiado por tres guerrilleros del segundo batallón del regimiento de Alfonso XII, mandados por el capitán señor Ceballos y una pareja de la guardia civil. Tan exíguo número de defensores rechazaron vigorosamente la agresión de los insurrectos, y los pasajeros, contándose entre ellos dos señoras, viéronse en la impre-

dible y previsora necesidad de acostarse en los pisos de los coches para librarse en lo posible de las balas. Cinco horas estuvo detenido el tren en la vía férrea, rodeado de espesos montes y expuesto á ser nuevamente atacado por los rebeldes. El fogonero Celestino Escobar que, por efecto del miedo, se había escondido dentro del carro del alijo, al oír los gritos de los insurrectos que decían *al machete*, tuvo tanto pánico que se metió dentro del aljibe del carro, y hubiera perecido ahogado si los de la benemérita no hubieran acudido en su auxilio.

En la misma jurisdicción de Remedios ocurrió otro encuentro. Una columna que iba operando por aquellos alrededores, compuesta de fuerzas de infantería del batallón expedicionario del regimiento de Borbón y de Marina mandada por el comandante señor Añino, iba por el camino real llamado de Puerto Príncipe. Dicha vía de comunicación, á poco más de una legua de Remedios, se hace de difícil tránsito, sobre todo allí donde empiezan las primeras estribaciones de la intrincada sierra denominada el *Seborucal*, porque el camino vuélvese angostísimo, lleno de revueltas, está formado entre roca viva y no hay espacio suficiente para el paso de un solo hombre.

Ocultos entre los *seborucos* se hallaban los insurgentes, aguardando el paso de la columna por el camino que bordea la escabrosa sierra, y casi al anochecer, cuando la vanguardia de los leales que era de infantería de marina bajaba por la pendiente en dirección al riachuelo Jiquibú, que corta transversalmente el camino, nutrida descarga de fusilería hecha á quema ropa y acompañada de estruendosos gritos, dejó oírse entre aquellos broñales. El capitán de infantería de marina y el sargento Ldefonso Morales resultaron muertos á consecuencia de ella.

Con bravura se lanzó la columna sobre los insurgentes, y á la bayoneta les tomó las posiciones por más que ellos trataron con gran empeño el defenderlas; pero al fin las abandonaron, huyendo como siempre, con toda la precipitación que les permitía las condiciones del terreno. Una sección del regimiento de Borbón y otra de infantería de Marina avanzaron, internándose en las espesuras del monte, sin lograr dar alcance á los gamos de la manigna. Reunida la columna, los soldados cargaron con los cadáveres de sus compañeros y con los cuatro heridos, y en un tren de vía estrecha fueron conducidos á Caibarién á cuya ciudad llegaron de noche. En cuanto á los heridos, ninguno de ellos ofrecía gravedad pues solamente se trataba de leves contusiones. El caláver del capitán Don Juan González López fué sacado desde el andén de la estación en hombros de los señores oficiales, pues todos ellos se disputaban el honor de llevar tan ilustre como querida carga, y en la casa Ayuntamiento preparóse con elegancia y sencillez la capilla ardiente, en la cual quedaron expuestos los restos de aquellos dos valientes mártires de la Patria. El mismo municipio sufragó los gastos del entierro.

Uno de los combates más sangrientos y que mayor número de bajas sufrió la insurrección en Las Villas desde que estalló la guerra hasta el mes de Septiembre del noventa y cinco, fué el conocido con el nombre de *Las Varas* en la jurisdicción de Sancti-Spíritus. El batallón expedicio-

nario del regimiento de Granada número 34 llegó al puerto de la ciudad de Cienfuegos, en un trasatlántico español, los primeros días de Septiembre. La mayoría eran reservistas, buenos muchachos y poseídos todos ellos del más acendrado patriotismo. La ciudad de Cienfuegos obsequió espléndidamente al batallón de Granada y sin haber saltado á tierra trasbordaron al vapor *José García*, de la compañía de Menéndez, que zarpó inmediatamente á Tumas de Zaza. Una vez que desembarcaron, se formó la columna y en el tren siguieron rumbo hacia Sancti Spíritus. Poco tiempo pudieron descansar los veteranos soldados del regimiento de Granada, pues á los pocos días ya estaban de operaciones y recibían el bautismo de sangre. El día 24 de Septiembre el teniente coronel de Granada, señor Don Antero Rubín de Celis, al frente de una columna compuesta de algunas compañías de los batallones de Granada, Chiclana y Zamora y secciones de caballería de los escuadrones de Numancia y de la Princesa, encontró á los rebeldes en el potrero llamado *Las Varas*, jurisdicción espirituaña.

La columna salió de Sancti-Spíritus con rumbo á Taguasco y Cabaiguán. Al llegar cerca del mencionado potrero divisaron, los exploradores la vanguardia de los insurrectos que aguardaban á las fuerzas españolas decididas á impedirles el paso y al momento se empezaron á cruzar los primeros disparos. Los insurgentes, cuyo número no bajaría de dos mil, iban mandados por los cabecillas Carlos Roloff, Serafín Sánchez y Basilio Guerra. El teniente coronel Rubín ordenó que una compañía se desplegara en guerrilla por el flanco izquierdo y allí pudo admirarse el valor y serenidad del bizarro aragonés comandante señor Alonso. En medio del horroroso fuego que le hacían los rebeldes, por tres veces dió la voz de apuñeten á los veteranos de Granada, y enseguida mandaba contraorden, fijándose únicamente en la distancia á que debía hacerse la pañería, como si estuviera en un campo de instrucción. Cuando ya creyó estaba bien apreciada la distancia, mandó hacer fuego, y á la primera descarga cerrada de los Maüssers españoles, diéronse á la fuga los insurrectos. Tan certera había sido, que se dejaron allí bastantes bajas. Otra estratagemá del teniente coronel Rubín ocasionó muchos muertos á los rebeldes. El camino que desde Sancti-Spíritus sigue la dirección á Cabaiguán en el sitio que se dió la acción, se halla encajonado de un lado por espeso monte y del otro por las cercas del potrero llamado *Las Varas*. El jefe de la columna había emboscado de antemano una compañía en la parte cubierta de monte, y dispuso que otra llamara la atención de los insurgentes en dicha angostura; pero con la orden de retirarse paulatinamente, cuando fueran acometidos por los rebeldes hasta dejarles en el sitio de la emboscada. Envalentonados los libertadores al ver lo exiguo del número de los leales, atacan con furia, los soldados se retiran, obediendo el mandato recibido, y cuando ya estaban en el sitio de la emboscada, nutridas descargas cerradas de los emboscados: hachas á quemarropa y casi simultáneas, introdujeron el pánico en las filas rebeldes que para hacer más fácil la huída abandonaron los caballos, las municiones, muertos y heridos. Finalmente fueron desalojados después

de una carga á la bayoneta, de la última loma en que pensaban hacer resistencia. El titulado *ministro de la guerra* Carlos Roloff, lo mismo que los demás cabecillas Serafín Sánchez y Basilio Guerra, no tuvieron más remedio que apelar á una vergonzosa dispersión, siendo ésta la única manera viable que pudieran adoptar para escaparse del peligro de caer prisioneros. Los rebeldes tuvieron cuarenta muertos y más de cien heridos, entre éstos últimos á Serafín Sánchez, y la fuerza leal solo tuvo catorce heridos, figurando entre ellos, aunque no de gravedad, el teniente coronel Rubín. Dignos aplausos, sinceros y entusiastas á los bravos soldados de los regimientos de Granada, Zamora y Chiclana, lo mismo que á las secciones de caballería de los escuadrones de Numancia y de la Princesa.

Después de haber arribado felizmente á las cubanas playas la expedición de Septiembre, la situación de los cuerpos del ejército de la isla de Cuba, quedó ultimada de la manera siguiente :

INFANTERÍA.—Regimiento de Alfonso XIII, batallones primero y segundo, en Ciego de Avila; tercero, de guarnición en Santa Clara; Regimiento infantería de María Cristina, primer batallón en Puerto Príncipe, el segundo en Matanzas y el tercero en Colón; Regimiento de Simancas, en Guantánamo; Regimiento de Cuba, en Alto Songo; Regimiento de la Habana, en Holguín; Regimiento de Tarragona, en el Camagüey; Regimiento de Isabel la Católica, en Manzanillo.

CAZADORES.—Batallón de cazadores de Barcelona, destacado en Yaguaramas, jurisdicción de Cienfuegos; de las Navas, en Sauto Domingo (Santa Clara); de Reus, en Ciego de Avila; de Valladolid, en Alto Songo; de Cádiz, en Guáimaro; de Colón en Manzanillo.

Los primeros batallones de los regimientos peninsulares fueron situados: el del Rey número 1, en Colón; Soria 9, en San Diego; Mallorca 13, en Puerto Príncipe; Galicia 19, en Quemado de Güines; Luchana 28, en Guantánamo; Constitución 29, en Cuba; Asturias 31, en Puerto Príncipe; Isabel II 32, en Remedios; Burgos 36, en Placetas; León 38, en Cuba; Canarias 42, en Cartagena (Santa Clara); San Marcial 44, en Santa Clara y Placetas; Tetuán 45, en Banao; Vizcaya 51, en Trinidad; Asia 55, en Cuba; Alava 56, en Fomento, jurisdicción de Trinidad.

Los provisionales fueron distribuidos por el orden siguiente: batallón número 1, en Ciego de Avila; número 2, en Puerto Príncipe; brigada disciplinaria de guarnición, á la isla de Pinos y además una fracción destinada á la provincia de Santiago de Cuba; escuadras de Santa Catalina del Guaso en Guantánamo y los corregidos de Mahón, divididos por compañías en varios cuerpos.

Respecto al arma de caballería, fué destinada: el regimiento de Hernán Cortés á Puerto Príncipe, Cuba y Holguín; regimiento de Pizarro á Santa Clara, Puerto Príncipe y la Habana y los movilizadas de Camajuaní á Placetas. En cuanto á los escuadrones expedicionarios se les distribuyó de la siguiente manera: Lanceros del Rey á Santiago de Cuba así como también los del escuadrón del Príncipe, Villarrobledo,

España, Tetuán, Alfonso XII y Villaviciosa á Puerto Príncipe; Sagunto á Sagua; Dragones de Santiago á Colón; Montesa á Cienfuegos; Numancia y Húsares de la Princesa á Sancti-Spíritus; Lusitania á Ciego de Avila; Húsares de Pavía á Placetas; Arlabán á Manzanillo; Treviño al pueblo de Cruces y María Cristina á Guantánamo.

La artillería quedó distribuída de la siguiente manera: el décimo batallón de plaza á la Habana y cinco distritos; el undécimo á la provincia de Santa Clara. La primera batería de montaña á Manzanillo y Bayamo; la segunda á Puerto Príncipe; la tercera á Santa Clara y Sancti-Spíritus; la cuarta á Placetas y Holguín; la quinta á Guantánamo y la sexta á Cuba. Los batallones de Marina, ingenieros y zapadores-minadores lo mismo que las brigadas sanitarias y transportes, fueron distribuídos prudencialmente según lo exigían las circunstancias.

Los soldados arribaron á las playas de la infortunada Cuba ébrios de entusiasmo, demostrando el carácter de la iberica raza al atravesar el océano alegres, para ir á defender el sacrosanto derecho de España puesto en litigio en la gran Antilla. Nación que con tales hijos cuenta, providencialmente está llamada á vivir, exuberante en fuerza y con inuatas condiciones de poderío. Los detractores de España deben convenirse de que han confundido lastimosamente la clemencia é hidalguía, con la debilidad y la impotencia. La ingratitude inveterada, la traición solapada, la hipocresía artera, los proyectos de errónea emancipación para caer en la barbarie, los planes de venganza, todo quedará deshecho ante el valor del soldado español. La propaganda antinacional, el labrantismo execrable, la superioridad mentida de los macheteros, todo ese conjunto de ilusiones infundadas, serán desmentidas. Dura, costosa y sangrienta será la lección, pero indispensable para que los mercaderes de humana sangre, aprendan á respetar la legalidad y el orden. Los destinos de la isla de Cuba deben ser y serán de España, la nación descubridora, la única y verdadera madre, del pueblo primer ocupante, porque los posee en legítimo derecho de propiedad.

En la provincia de Matanzas había sido sofocada la primera intencionada. La segunda casi tuvo igual suerte que la anterior, pero jamás fué aniquilada por completo; se hacían necesarios radicales escarmientos, duros, y sin embargo, continuaba la benevolencia. Unido al germen revolucionario en dicha provincia, en la cual prevalece el elemento de color, gente dispuesta á lanzarse al campo y siendo la nota revolucionaria la característica de la mayoría, los emisarios de Gómez mandados á Las Villas, unidos á los de esta provincia, empezaron los trabajos preliminares para el nuevo levantamiento de la provincia matancera. La tranquilidad de Las Villas garantizaba la de la provincia de Matanzas; por eso mientras transcurrieron los seis ó siete primeros meses después de haber estallado la guerra, permanecieron en actitud expectante los comprometidos de esta región. Sin embargo, si la paz de Las Villas dependía del orden que reinase en el Camagüey y de temer era también, la alteración del orden en Matanzas por contagio de los revolucionarios villareños. La existencia de la partida de Matagás acampado generalmente

en la Ciénega de Zapata, y las correrías del bandolero Regino Alfonso por las jurisdicciones de Cárdenas y de Colón, constituían un constante peligro. Y efectivamente, el peligro se trocó en realidad, pues muy pronto se vió que algunas partidas de Las Villas se corrían hacia los límites de la provincia de Matanzas, realizando sus correrías por el norte, invadiendo los distritos de Sagua y amagando la jurisdicción de Cárdenas, mientras que por el sur llegaban hasta el río Hanábana. El cabecilla Laeret había recibido órdenes de Máximo Gómez para efectuar el avance y exploración.

El insurrecto Roberto Bermúdez, Bacallao, Rafael Socorro y otras partidas, invadieron la jurisdicción de Cárdenas y de Colón, en donde muchas veces fueron batidos por las tropas. El coronel Molina desbarató completamente á la partida levantada en *Reclengo*, término de Jovellanos. Los robos y asaltos, recogida de caballos y dinero llevados á cabo por Regino Alfonso y el Inglesito, eran más frecuentes. Clotilde García secundó el movimiento é inició la campaña, quemando algunas casas del pueblo de Guamutas y reduciendo á cenizas la población de Hato Nuevo. Ni tan siquiera respetó la iglesia parroquial. La insurrección iba adquiriendo mucho incremento, de manera que á fines de Octubre ya pudieron concentrarse en el ingenio *Luz*, término de Bolondrón, más de quinientos rebeldes de la provincia de Matanzas.

El comandante de la Guardia civil señor Louro tuvo noticias de que en las lomas de Motembo estaba merodeando una partida de trescientos insurgentes mandada por el cabecilla Bermúdez. Dispuesto á batirlos organizó con las fuerzas que disponía, por cierto bastante escasas, una pequeña columna de cuarenta jinetes del escuadrón de movilizadlos de Cárdenas y sesenta voluntarios de Alvarez, al mando del capitán de infantería Don José González. También llevó consigo al médico Don Bernardo Moas. Emprendida la marcha por la mañana siguió sin novedad la columna; pero las tres de la tarde serían cuando encontró á los rebeldes cerca de las minas de Motembo. El capitán González ordenó el ataque y dispuso que el doctor Moas estableciera el hospital de sangre en un bohío próximo. Salió el médico con ocho hombres á posesionarse del bohío, pero el enemigo lo ocupaba; entonces Moas gritó á los voluntarios que le acompañaban: "Muchachos, á ellos, al machete y ¡Viva España!" Los rebeldes que no esperaban semejante visita, tras débil resistencia, huyeron no sin dejar algunas bajas.

Parapetados de nuevo en otra casa inmediata, allí se dirigió Moas con sus ocho valientes. Batiólos nuevamente y allí quedó constituido el hospital. Mientras el doctor luchaba tan heroicamente, el capitán González lo hacía por otro flanco, hasta que los rebeldes apelaron al socorrido sistema de la fuga, abandonando armas, municiones y prendas de vestir. La citada partida se componía toda ella de gente de color.

A las partidas levantadas en armas en la provincia de Matanzas, secundó un pequeño pero significativo movimiento insurreccional en la provincia de la Habana, y esto precisamente viene á confirmar, es un nuevo argumento, un dato más de lo que hemos dejado dicho al hablar

de la conspiración. Todo estaba minado, desde la capital al pueblo ó villa, desde la barriada hasta el bolfo. Los conspiradores habíanse movido con mucha actividad; las pretensiones autócratas y los desplantes antipatrióticos del autonomismo, por más que digan lo contrario, los autonomistas habían facilitado la revolución y aun inconscientemente, el mismo partido español por sus divisiones personales, en las cuales ejercía más pasión el renombre que el sentimiento de la patria. Un gomoso habanero llamado Aurelio Hóvia, incitó á la rebelión en Nueva Paz, provincia de la Habana, á unos cuantos revoltosos de profesión é ignorantes fanatizados. Al frente de los sediciosos púsose Eduardo García, administrador del ingenio titulado Nueva Paz, propiedad de una familia revolucionaria. Apenas se habían alzado tuvieron un ligero choque con fuerzas de la benemérita Guardia civil. Tal miedo y confusión se originó entre ellos, que se dispararon los bisoños rebeldes contra ellos mismos: el atolondramiento fué mayúsculo. Después de esta ligera escaramuza, la mayoría de los sublevados se presentaron á las autoridades; el exadministrador y flamante cabecilla, con su reducido número de revoltosos, se incorporó á las partidas de Matanzas.

Inició el movimiento revolucionario en Camarioca al líbrido Dolores Amieva y los hermanos de apellido Acevedo. En Alfonso XII, Unión de Reyes, Jagüey y Sabanilla los cabecillas Teodoro Maza, Borroto, Rafael Juncos, Rossell y algunos otros. Como digno de hacerse mencionar, es el estigma insurrecto que llevan en sí algunos apellidos. El mayor peligro lo mismo en la provincia de Matanzas que en la de la Habana y la de Pinar del Río, era la repercusión revolucionaria y nunca inoculación, como aseguran *Las Crónicas* del Fíguro, cuando los ánimos estaban muy predispuestos á secundarla. Esto se preveía por el movimiento de los rebeldes y se sabía por cuanto las intenciones que abrigaba Máximo Gómez las había manifestado á los cabecillas. El negociante cabecilla rebelde Lacret titulado jefe de la invasión, ya tenía reclutado un contingente de mil hombres para efectuar el avance á la provincia de Matanzas. Las evoluciones de los rebeldes y sus conatos de avance, obligaron á las tropas leales impedirles el paso ó á lo menos el dificultárselo. Los generales Suárez Valdés, Prats y Luque dirigieron personalmente las combinaciones.

La provincia de Pinar del Río, llamada vulgarmente Vuelta Abajo, había sido hasta la triste fecha en que se desarrolló cierta misteriosa política, terreno absolutamente refractario á la revolución y zona amantísima del trabajo. Las condiciones sociales y económicas, su topografía y el caracter laborioso y pacífico de sus habitantes, eran obstáculos que dificultaban la propaganda revolucionaria. Los conspiradores no ignoraban dichos inconvenientes y de ahí el que extremarían todos sus esfuerzos á catequizar á los vueltaabajeros. Y no tan solo eran refractarios á la idea separatista cuyo ideal rechazaban con indignación, sino hasta las predicaciones radicales de los partidos avanzados, les merecían el más completo desprecio, porque moradores pacíficos por hábito y por temperamento, estaban enamorados de todo lo tradicional. La prensa auto-

mista empezó con su imprudente propaganda á soliviantar los ánimos de la pacífica provincia, y los conspiradores residentes en el extranjero mandaban sus delegados para viciar aquella purísima atmósfera en la cual se respiraba el más acendrado patriotismo, para convertirla ó saturarla con el veneno de la separación. Luego la prensa autonomista, bien fuera ó no intencionalmente, ocasionó la división del elemento peninsular, y el período en que dominaron los cismáticos de la comunión española y los activos manejos de los conspiradores, han sido los agentes principales de la perturbación y del envenenamiento moral de la provincia de Pinar del Río. Todos sabemos que los cismáticos ó pseudo-reformistas colocaron de catedrático en el Instituto provincial al laborante Leandro González Alcorta, y los autonomistas falsos, por no acusar á los de buena fé, supuesto que los hay, influyeron muchísimo para que la enseñanza primaria y aún la secundaria, estuvieran ambas regidas por corazones é inteligencias adictas al separatismo. Ya hemos mencionado al tratar de la conspiración, que el llamado *favorito*, persona muy considerada por el entonces secretario del Gobierno General, señor Estanislao de Antonio, inepto para el cargo, ya que nos resistimos á creerle traidor, era el intermediario agente de la revolución en la provincia de Pinar del Río; y que tenía además, como auxiliar en los trabajos revolucionarios, á un redactor del periódico separatista titulado *La Protesta* y á tres catedráticos de la Universidad, dos de la facultad de Medicina y el otro de la de Farmacia.

Además, el exinsurrecto y excadete de la academia de Artillería Enrique Collazo, que en asuntos militares se cree muy superior á Julio César, Napoleón ó Moltke, tenía puesta su mirada en dicha provincia, y no era un secreto para las autoridades, que desde Tampa aguardaba ocasión oportuna para efectuar el desembarco de una expedición filibustera. Las causas enumeradas han influido muchísimo en la agitación de Vuelta Abajo. La junta revolucionaria de Nueva-York estimaba muy conveniente el levantamiento de la provincia de Pinar del Río por dos motivos, á saber: uno estratégico, para restar fuerzas á los contingentes del ejército que operaban en las demás provincias insulares y de esta manera crear más dificultades al Gobierno, evitando la eficacia de las operaciones en el resto de la Isla con los pronunciamientos, á los cuales era indudable había de dar importancia la nación, siempre confiada, y con razón, en la sensatez consuetudinaria de aquellos habitantes; y el segundo, se fundaba en las pretensiones que tenían en reclamar el apoyo de los Estados de la Unión norteamericana, para el reconocimiento de la beligerancia, pretensión que debía ser apoyada en la extensión de la guerra, cuando toda la Isla se hallara insurreccionada, empezando desde la Punta Maisí y terminando en el cabo de San Antonio.

La prensa española de la Isla no dejaba de reflejar en cuanto se lo permitían las circunstancias, los temores de un levantamiento en Pinar del Río, y datos, motivos y argumentos para fundarlos no faltaban. El día 29 de Abril fueron detenidos en la bahía de la Habana por el inspector de policía señor Trujillo y Monagas, José Azcuy y Ramón Oliva,

que llegaban á bordo del vapor *Olivette*, procedente de Tampa. En el nudo de la corbata que llevaba puesta Azeny, se le encontró un nombramiento de coronel de la revolución que le había conferido la junta revolucionaria de Nueva-York, y este nuevo *jefe* debía ponerse al frente de los comprometidos que había en la provincia de Pinar del Río. Como ambos estaban comprometidos en la insurrección y se les encontraron documentos innegables que acreditaban de una manera fehaciente su complicidad en la revolución, se les puso á buen recaudo. Tan pronto como se tuvo conocimiento de que se trataba de alterar el orden público en la provincia, el gobernador militar de Pinar del Río, señor Merás, dispuso, con arreglo á la poca fuerza de que disponía, formar una columna volante mandada por el capitán Rodríguez, la cual debía recorrer los términos de Cabañas, Bahía Honda, Mariel, Cayajabos y Artemisa. No vió nada anormal, así como tampoco notó alteración de ninguna clase, pues así se lo participó al gobernador militar; sin embargo, la partida del bandido Perico Delgado merodeaba por aquellas demarcaciones, ostentando la bandera insurrecta y el mismo bandolero se titulaba coronel *libertador*.

Las intenciones, sin embargo, eran débiles chispazos, mas precursores del incendio que pronto había de estallar de una manera formidable y aterradora; pero debemos confesar también que las autoridades y el mismo Gobernador General no se encontraron á la altura exigida por las circunstancias para evitar el incendio, reprimiendo con mano fuerte á los muchos conspiradores que se agitaban en aquella rica provincia y que todo el pueblo los conocía y señalaba. ¡Terrible imprevisión la de nuestras autoridades en la isla de Cuba! ¡Imprevisión inexcusable y hasta responsable, pues no se concibe que en un país donde se hallan en estado de guerra algunas provincias, y que en las demás se conspiraba, conociéndose hasta los propagandistas de la revolución, no se adoptaran severísimas medidas, duros y extremos castigos, como lo exigían las circunstancias! Pero el Gobernador General seguía una conducta opuesta que ha sido noble, hidalga, todo lo que se quiera aplaudir, pero altamente contraria á los nacionales intereses.

A mediados del mes de Octubre corrió la noticia de haberse levantado una partida en el Gabriel (Habana), y esta noticia era verídica. Al momento mandaron fuerzas en persecución de la misma, y el general Loño fué el encargado de la dirección de las operaciones. Pero los sublevados, cual sombras chinescas, no aparecían en parte alguna; nadie sabía dónde estaban, ni tan siquiera el nombre del cabecilla. Por esto se denominó la partida con el epíteto de "invisible", porque no realizaba acto alguno de presencia, ni en los poblados ni en los bohíos. Los sublevados tomaron el camino de la costa abrigando la esperanza de que se efectuara algún desembarco filibustero; pero resultó una fantasmagoría el esperado refuerzo. Desalentados los nuevos rebeldes, se fueron presentando unos tras otros á las autoridades, y muy pocos quedaron en la manigua, incorporándose después á la partida de Perico Delgado que merodeaba por aquella zona.

En la misma ciudad de Pinar del Río hubo un conato de sublevación, pero los conjurados fueron sorprendidos por la policía, en ocasión de hallarse reunidos para ultimar los detalles del pérfido y maquiavélico intento. Todos los pretendidos libertadores quedaron presos. Coincidió, ó mejor dicho, se levantó, obrando de acuerdo con los conjurados de la capital de Vuelta Abajo, el abogado de Guane Lorenzo Guerra, con una partida de veinte hombres. Fracasada la intentona en Pinar del Río, la partida de Lorenzo Guerra y algunas otras que en la referida provincia se habían levantado, presentáronse á las autoridades, mas no contritos por haber hecho armas contra España, sino conforme á la práctica y costumbres de los separatistas: en espera de tiempo más propicio para llevar adelante sus estímulos de independencia. Dicho tiempo no tardó mucho en aparecer á los libertadores que estaban en crisálida: la narración de los acontecimientos y hechos que posteriormente se hará en esta modesta publicación, demostrará con evidentes pruebas que obedecían las referidas intentonas á un plan previamente combinado.

CAPITULO XI.

SUMARIO.—Sucesos en el Departamento oriental.—Acción de Sao del Indio.—Combate en los montes del ingenio Unión.—Ataque de un convoy en el río Cauto.—Idem al pueblo de Campechucla.—Acción del Descanso del Muerto.—Otras escaramuzas.—Los conspiradores mansos.—Deportaciones.—Apresamiento de un pailebot.

Visto en el capítulo anterior la manera de propagarse la rebelión en las regiones occidentales de la Isla, y la facilidad con que se formaban las partidas por hallarse predispuesta la opinión al levantamiento, en virtud de lo trabajados que estaban los ánimos en el sentido revolucionario, incumbe á nuestro deber la exposición de ciertas consideraciones para que el lector comprenda y aprecie fácilmente el proceso revolucionario en su origen y desenvolvimiento. La atmósfera social de la isla de Cuba se hallaba saturada por el separatismo, pudiendo afirmar rotundamente, y sin necesidad de establecer distingos de ningún género, que moralmente existía la guerra mucho antes de haberse hecho ostensible por la fuerza de las armas. Después del levantamiento de Oriente, en las demás provincias el espíritu insurreccional se encontraba en estado latente; pero constituía una amenaza que debía cumplirse así que las circunstancias resultaran favorables ó en cuanto se recibieran las órdenes y señales convenidas. El veneno de la insurrección se había introducido en todas partes. En el departamento oriental, cuna del separatismo y de la rebeldías, el entusiasmo revolucionario había llegado al paroxismo, porque los conspiradores siempre miraron con predilección dicha provincia, por considerarla como campo abonado para la germinación de la semilla revolucionaria.

La anterior guerra separatista tuvo su origen en Yara, pueblo de la provincia de Santiago de Cuba, y en esta misma región tomó vuelo por

segunda vez la causa del separatismo. A su nombre se han levantado los poblados del Departamento oriental, capitaneados generalmente por los cabecillas mulatos y se encuentra actualmente más levantisca que nunca; se mantiene toda ella encendida en guerra contra España, precisamente por existir mayores facilidades para sumar adeptos á la criminal y usurpadora enseña solitaria.

Después de la acción de Peralejo, sensiblemente victoriosa por haber muerto en ella el bizarro general Santocildes, la jurisdicción de Bayamo y casi todas las demás de la provincia oriental estaban en poder de los insurgentes. Tan sólo los pequeños pueblos y las ciudades en que había destacamentos ó guarnición, constituían el país dominado por la nación española. Esta es la verdad, aunque debemos confesar que la narramos con dolor. Algunos pequeños encuentros, que más bien merecen el nombre de escaramuzas, es lo único que ocurrió desde la acción de Peralejo hasta el combate de Sao del Indio. Entre el número de ellas debemos mencionar el encuentro del Caimito, que ocurrió de la siguiente manera: Como unos doscientos hombres del segundo batallón del regimiento de Isabel la Católica, mandados por el comandante Don Pedro Núñez Blanco, operaban por el distrito de Manzanillo. La mañana del 28 de Julio, cuando la columna se encontraba entre Veguitas y Bayamo, en el punto denominado *Caimito*, situado en las márgenes del río Bucy, los insurgentes, emboscados en un espeso monte próximo al camino, hicieron una nutrida descarga á las tropas, hiriendo al oficial y á cuatro de los soldados que hacían el flanco.

Dispuesta la columna para el combate, muy pronto el fuego se hizo general en toda la línea. La columna siguió haciendo fuego y avanzando simultáneamente hacia el enemigo, pero éste se internó seguidamente al monte. La partida que se emboscó era la de Pancho Estrada, compuesta de unos doscientos hombres. En la retirada se los vió recoger muchos heridos.

Otro hecho notable y hasta heroico fué la defensa que del poblado de Tí-Arriba hizo el pequeño destacamento en los días últimos de Julio. El ataque era esperado por estar aquella zona dominada por los revolucionarios, y las columnas que operaban rara era la vez que llegaban allí á no ser conduciendo algún convoy. Por tanto, lo mismo el destacamento que los vecinos juzgaban el conveniente de ser atacados, cuando los rebeldes lo juzgaran conveniente. Las pequeñas partidas que merodeaban por las cercanías de Tí-Arriba llamadas *anónimas*, por no ser conocidos los nombres de los cabecillas que las mandaban, ya desde mucho antes empezaron á hostilizar al pueblo, haciendo disparos sueltos durante la noche; pero á fines de Julio efectuaron una concentración.

Renuidos como unos setecientos insurgentes en las afueras del pueblo, dispusieron al ataque. Antes mandaron emisarios para que intimaran la rendición al jefe del destacamento, y como era de presumir, semejante proposición fué rechazada por el teniente Don Nicasio Valdivia, que con sólo cuarenta hombres estaba decidido y aprestado para

la defensa. La negativa de los leales exasperó á los rebeldes, y empezaron á proferir amenazas y á intentar amagos de ataque. La fuerza no se dió por entendida, y sólo contestó con la indiferencia á tales demostraciones bélicas. Confiados, pues, en la aparente impasibilidad del destacamento, se acercaron á las afueras del pueblo incendiando las viviendas más distantes, en la creencia de que las tropas saldrían del fuerte; mas al ver que no sucedía tal como ellos se habían formado la ilusión, fraccionáronse en pelotones, y después de situarse bien detrás de unos parapetos y en una loma, rompieron el fuego contra el fuerte. El alcalde, un paisano y el factor militar, se refugiaron en el fuerte. El teniente Valdivia con la mayor serenidad y muy buen criterio mandó que no se contestara al fuego; pero tomó oportunas disposiciones para hacer una heroica defensa, si las circunstancias á ello le obligaban; y efectivamente, así sucedió. No quería desaprovechar las municiones. Envalentonados los insurrectos por la actitud de los soldados, actitud que achacaban á cobardía, avanzaron simultáneamente por tres distintos puntos; pero cuando llegaron á la distancia que el teniente consideró ventajosa, ordenó que se rompiera el fuego lentamente, con calma pero apuntando bien. El fuego, aunque graneado y lento, fué muy certero y mortífero para los rebeldes: hombres y caballos se veían caer á cada disparo de los soldados, y después de dos horas de lucha, iniciaron la retirada, dando desahorados gritos. No se conformaron los insurgentes con el fracaso de su primera intentona y emprendieron, después de un breve descanso, otro segundo ataque; pero fué tan inútil y desastroso como el primero, hasta que, por fin, convencidos de la imposibilidad de rendir á aquel puñado de valientes, y viendo que el número de muertos y heridos aumentaba por momentos, decidieron retirarse. Esta brillante y heroica defensa merece especial mención, y constituye una página de gloria más entre las muchas que se han llevado á cabo en esta injusta y cruenta guerra.

Una nueva victoria alcanzada por nuestro ejército y demostrativa de que siempre que el enemigo acepta combate, debido es á la superioridad en número, ha puesto en evidencia los esfuerzos hechos por los rebeldes para mantenerse en sus campamentos. La noticia de la acción habida en *Sao del Indio* es de suma importancia y trascendencia, y tanto más grata por sus resultados, cuanto era menos esperada. El valor del coronel Don Francisco de B. Canella y Secades, hijo del Principado de Asturias y dotado de un espíritu batallador incansable, demostró en el combate de *Sao del Indio* esa entereza de ánimo propia de un militar digno, esa acometividad que eleva al hombre á la categoría de héroe. Conocíamos algunos hechos del coronel Canella, realizados en la guerra de Joló; teníamos algunos antecedentes del valeroso militar asturiano; sin embargo, en la guerra de Cuba sus dotes militares hánse puesto de relieve, y el coronel desapercibido al pueblo hasta la acción de *Sao del Indio*, ha llegado á ser el general de brigada admirado por todo buen español.

El coronel Canella, desde su llegada á la isla de Cuba, dió muestras de excepcional actividad. Cuando mandaba el cuarto batallón peninsular, realizó una de las exploraciones más atrevidas y meritorias que hasta

entonces se habían efectuado en el departamento oriental. Con su pequeña columna, compuesta de unos cuatrocientos hombres del mencionado batallón, recorrió los espesos bosques, montes abruptos é inextricables maniguales que desde Sagna de Tánamo empezau y continúan hasta la ciudad de Guantánamo. Sagna de Tánamo, Mayarí, Jarahueca, los valles de Filipinas y otras muchas demarcaciones á las que nunca habían llegado las tropas leales, y en otras que desde la pasada guerra también estaban olvidadas, y eran por lo tanto albergue seguro de los rebeldes, todo fué recorrido por el coronel Cañella, á cuya pericia y actividad en las operaciones, desde el comienzo de la campaña, se debe el obligar á los insurrectos á que peleen con frecuencia y abandonen la táctica ó sistema de la huida vergonzosa para eludir los combates.

Estando en Guantánamo tuvo confidencias en las que le aseguraban haber establecido los Maceos su campamento en los montes del *Sao del Indio*, y que contaban para defenderlos con un contingente de unos tres mil quinientos hombres. El coronel Cañella dispuso atacarlos, y al efecto reunió una columna de cerca de mil hombres, con fuerzas del regimiento de Simancas, una sección de artillería y las guerrillas de Yateras y de Guantánamo. El día 31 de Agosto, á eso de las cinco de la mañana, después de penosas marchas y largas jornadas, llegó la columna á las orillas del río Baconao, en dirección al campamento que tenían los insurgentes en el punto llamado *La Pimienta*, y desde dicho punto ya empezaron á tirotear á la columna las huestes de Maceo; pero el fuego no se hizo general y empeñado hasta llegar al punto denominado *Sao del Indio*. Continuada la marcha de la columna leal por el Sao, cuando la vanguardia atravesaba el río mencionado para tomar los altos de *La Pimienta*, presentóse el grueso de los rebeldes, coronando las alturas que dominaban el paso del río y haciendo nutridas descargas. La vanguardia contestó al fuego, pero avanzando siempre hasta ganar la loma que defendían tenazmente los insurgentes. Trabóse entonces un reñido combate, hasta que, no pudiendo los rebeldes resistir el empuje de la columna, abandonaron sus posiciones, corriéndose para ocupar otras lomas más elevadas que las anteriores, y desde las cuales dominaban por completo. Reforzados por nuevas partidas continuaron el fuego; la vanguardia continuaba disparando y el fuego se hacía más nutrido á medida que la columna avanzaba para apoderarse del campamento situado á la falda de la loma.

Después que la columna atravesó el río y hubo tomado la primera loma, los rebeldes generalizaron el fuego por la retaguardia y el flanco derecho de la misma, viéndose la retaguardia en la precisión de defenderse contra fuerzas superiores en número, que se aproximaban hasta veinte metros de distancia. Los insurrectos, con arreglo á su táctica, habían formado la usual y consabida herradura. El coronel Cañella, al ver esto, dispuso que el teniente coronel Segura se encargara de la retaguardia, ordenando también que los guerrilleros echasen pié á tierra para contener el avance del enemigo, que con mucho brío atacaban por el flanco derecho. Cubierto el paso del río que los insurgentes obstruían

desde unos farallones próximos, rompió el fuego la artillería contra la vanguardia de los rebeldes, haciendo veinticuatro disparos á distancia de unos mil metros.

Continuado el avance de la columna, se reanudó el combate, y entonces estallaron algunas bombas de dinamita (enterradas por los insurrectos) en el sitio por donde pasaban los soldados españoles. Causaron algunas bajas á la columna, pero la fuerza no se detuvo hasta que se apoderó del campamento, cogiéndoles la correspondencia, abundancia de víveres y municiones. Los insurgentes se dispersaron. Posesionada la columna del campamento de *La Pimienta*, considerado como inexpugnable por los revolucionarios, ordenó el coronel Canella se concentrasen las fuerzas en el *Sao del Indio*, procediéndose á dar sepultura á las muertas y á la cura de los heridos.

Las bajas de la columna fueron once soldados muertos, cuatro capitanes, cuatro tenientes y treinta y nueve soldados heridos y varios contusos, enumerándose entre ellos el mismo coronel Canella. Los insurgentes dejaron abandonados en el campo de la acción treinta y seis muertos.

La acción de *Sao del Indio* ha sido gloriosa. El general Martínez Campos, cuando llegó á Santiago de Cuba y fué sabedor del glorioso combate, mandó llamar al coronel Canella que se encontraba en la capital de Oriente, y al saludarle le llamó *general*. Canella dijo que no era más que coronel, pero Martínez Campos contestóle que ya desde entonces lo consideraba como general, y en efecto, el Gobierno lo reconoció así, ascendiendo á general al coronel Don Francisco de B. Canella y Secades. También concedió merecidas recompensas á los valientes que en tan importante acción tomaron parte.

Los insurrectos de la jurisdicción de Holguín, reunidos en número considerable, iniciaron el ataque al pueblo de San Andrés, haciendo nutridas y continuas descargas dirigidas contra los fuertes, las factorías y la casa del coronel de voluntarios. La guarnición que ya tenía sospechas de que iba á ser atacado el pueblo, estaba apercebida para la defensa y contestó al fuego con certeras descargas hasta que logró rechazar á los rebeldes. Sin embargo, no pudieron evitar que unos cien insurrectos avanzaran sigilosamente por la parte atrás de la casa del rico comerciante Don Francisco Alea y cometieran todo género de depredaciones, entregándose al más punible saqueo, rompiendo la caja, mostrador y estantería y rasgando las letras comerciales. El comerciante y sus dependientes se libraron de caer en las garras de aquellas hienas, escapándose por la puerta principal y albergándose después en los fuertes.

Terminada la rapiña llevada á cabo por no hallarse al alcance del fuego de las tropas, pues la misma casa, como edificio de mampostería les resguardaba, intentaron nuevamente apoderarse del pueblo: lo atacaron con más tenacidad que la vez primera; pero tuvieron que retroceder ante el fuego de los defensores del orden. Empeñado fué el combate: basta decir que duró hasta las siete de la mañana, hora en que los rebeldes se convencieron de lo inútiles que eran sus esfuerzos, á pesar de su

gran superioridad numérica. No son suficientes el número y el ardor bélico cuando se pelea contra el soldado español, modelo de bravura é hidalguía, cualidades reconocidas por todas las naciones, y en lo referente al amor patrio podrán otros igualarse con él, más jamás ser superado. Las huestes libertadoras retírase precipitadamente, y como es costumbre entre ellos, dando espantosos gritos, parecidos á los aullidos de las fieras.

Dura lección recibieron los insurgentes al intentar el ataque al ingenio Unión en la jurisdicción de San Luis, cerca de Santiago de Cuba. El destacamento que guardaba el batey se componía de unos cincuenta soldados pertenecientes á los batallones de Antequera y de Baleares y tan escaso número de hombres bastaron para derrotar al *valeroso Maceo*. Cuatro veces intentó el mulato cabecilla asaltar la casa vivienda y el batey y otras tantas fueron rechazadas las abigarradas huestes de Maceo compuestas de más de mil hombres. Pero los soldados españoles defendien- den con el mismo valor una línea, resguardados por los muros, que combaten á pecho descubierto, por tanto no debe sorprendernos que despues de haber rechazado al general de *zarzuela bufa*, ídolo de la raza de color, en el ingenio, llevados de su valor, saliesen de nuevo á batírle en el campo, en los mismos cañaverales. De los rebeldes resultaron muertos un titulado ayudante de Maceo, llamado Eduardo Duboy, perteneciente á una familia acomodada de Santiago de Cuba, muy amigo de Eduardo Yero y hasta colaborador del periódico autonomo-separatista *El Triunfo*, así como también el titulado teniente Juan Vega; además tuvieron ocho heridos. En cuanto á las tropas leales, no tuvieron que lamentar pérdida alguna.

Tanto en la pasada insurrección como en la actual, siempre ha sido peligrosa la conducción de convoyes á las plazas del interior y de los destacamentos. Por más que otra cosa se diga, nunca fué ni es en la actualidad la abundancia de municiones tanto de boca como de guerra un hecho, una hermosa realidad para los insurrectos. La escasez es su característica; y por esto mismo es muy natural y lógico que los ardores bélicos los guarden para atacar á las fuerzas que van aprovisionar las guarniciones; pues siempre ofrece más facilidades atacar á una columna con mucha impedimenta; pero respetan á las que su único objeto es la persecución. El aprovisionamiento de la ciudad de Bayamo generalmente suele efectuarse por la vía terrestre, siguiendo el camino real que va desde Manzanillo á la mencionada ciudad ó por la vía fluvial por el río Cauto arriba hasta llegar á Cauto Embarcadero. Un convoy salió de Manzanillo para Bayamo por la vía fluvial, compuesto de nueve goletas cargadas de víveres, efectos y municiones, remolcadas por los vapores *Pedro Pablo*, *Fernando* y *Panchita*. El río Cauto por lo estrecho de su cauce, las abruptas crestas de los montes que lo circundan en determinados lugares, por los espesos bosques y matorrales que bordean sus márgenes, es apítisimo para las emboscadas arteras, y los insurgentes aprovechan siempre estas ventajas para atacar los convoyes. Al llegar el referido convoy á la ensenada llamada el *Corralito*, situada entre

Gnamo y Guamito, fué atacado simultáneamente y con mucho brío por gruesas partidas posesionadas en ambas márgenes del río. Los proyectiles disparados por los rebeldes eran de fusil Maüsser y perforaron el casco del vapor *Fernando*, hiriendo gravemente á Don Gabino Fernández, comerciante de Guisa, y sufrieron también heridas menos graves Don Pedro Prieto, dueño de una tenería de Bayamo, el señor García de la Vega, vecino de Manzanillo, y algunos marineros y soldados. El vapor *Pedro Pablo*, que iba armado de una ametralladora, contestó con algunos disparos de cañón muy certeros, y los insurrectos, al ver el número de bajas que tenían, se internaron en las espesuras de los bosques, dejando de hostilizar al convoy. También iba á bordo, en elase de viajera, la señorita Rosa Suero, verdadera heroína, la cual, al oír los disparos de los insurrectos, en vez de asustarse, corrió valerosamente al lado de los heridos á socorrerlos y curarlos. Otra intentona de las innumerables proyectadas por los enemigos de la patria, y otro fracaso más á los muchos que habían sufrido.

El ataque al pueblo de Campehuela revistió caracteres dignos de ser narrados. El día 30 de Septiembre presentáronse á las inmediaciones del pueblo unos siete insurgentes, y empezaron á tirotear el fuerte guarnecido por el capitán comandante Don Desiderio Sánchez y un reducido número de soldados. El capitán salió inmediatamente en su persecución con veinte soldados, sin prever que todo aquello era una estratagemá cobarde del enemigo para llevarlos á una emboscada. El comandante de armas de Campehuela y capitán de guerrillas, Don Rafael Cerviño, se unieron al capitán Sánchez, llevando cinco de sus guerrilleros montados. El enemigo al ver á los soldados iniciaron una falsa retirada, siguiendo en dirección á una angostísima cañada conocida con el nombre de *Santa Ana*, por ser ese el plan que de antemano tenían preparado para copar á los leales. En efecto: así que la pequeña fuerza entró en la referida cañada, en la cual los insurrectos tenían emboscada su caballería entre los campos de caña, oyéronse disparos por el flanco izquierdo. El capitán Sánchez como medida de previsión, mandó á un sargento con ocho soldados á que practicaran un reconocimiento; pero al instante empezaron á salir rebeldes por todas partes y en todas direcciones como si los vomitase la tierra, y envolvieron á la fuerza en un círculo de carne humana, porque eran numerosísimos. El capitán Sánchez comprendió al momento la celada de que había sido víctima; pero se dispuso á vender cara su vida y lo mismo pensaban los soldados é individuos de la guerrilla antes que consentir humillante rendición. Mandó echar rodilla en tierra y romper el fuego. El mismo empuñó el fusil de un soldado herido y con él hizo muchos y certeros disparos: los soldados y guerrilleros le secundaban con el mayor entusiasmo y dispuestos á derramar, por la patria, por su adorada España, hasta la última gota de sangre.

El teniente de la guerrilla local Don Gregorio Blanco, al ver el peligro en que se encontraban aquel puñado de valientes, salió con veintinueve hombres. Al aproximarse al enemigo, ordenó hacer fuego por descargas. Cuántas veces intentaron dar una carga al machete, otras

tantas fueron rechazados con sin igual bravura. Tan pequeño refuerzo fué bastante para que los modernos libertadores se dispersaran, salvando de una muerte segura á los soldados españoles. Dispersados los rebeldes, la fuerza leal condujo los muertos y heridos al poblado. Los capitanes Sánchez y Cerviño hicieron verdaderos prodigios de valor. El enemigo acometió, haciendo uso del machete, arma predilecta de los rebeldes, mas no tan temida por los soldados como ellos suponen; ambos jefes defendíanse con los fusiles, hasta que dos balas traidoras dejaron fuera de combate á los dos héroes. El capitán Sánchez, á pesar de tener un muslo atravesado por un balazo, dos heridas de machete en la cabeza y los pulmones atravesados por otro proyectil, no cesó un momento de mandar á los soldados y darles alientos para que se defendieran. Idéntica conducta siguió el capitán Cerviño, estando herido de gravedad; un balazo le había atravesado el vientre.

El combate fué terrible: las bajas de los defensores de España consistieron en un cabo, cinco soldados, un sargento y dos guerrilleros muertos, y heridos un capitán, un sargento y cinco soldados, más un capitán y tres guerrilleros. Las sufridas por los insurgentes fueron muy numerosas; pero las pudieron retirar, y su empeño ya sabemos que consiste en la ocultación.

Una circunstancia digna de mencionarse, por las consecuencias altamente lógicas que pueden deducirse y las consideraciones á que se presta, ocurrió en este combate. Consiste, pues, en que un hijo del valiente capitán de guerrilleros señor Cerviño se hallaba entre los rebeldes, y se agitaba como loco furioso, animando á los insurrectos. Fué el más sanguinario y cruel de todas aquellas alevosas y revolucionarias huestes.

El capitán Cerviño falleció dos días después de la acción á consecuencia de las heridas. Como *buen español* había dado su vida, defendiendo gloriosamente á la patria; y como *buen español*, como *patriota ferviente* había educado en la niñez á su desnaturalizado hijo en el amor á España. Pues, ese mismo hijo, por la infame enseñanza que se dá en la mayor parte de las escuelas de Cuba, en los centros secundarios y en el superior de la Isla, convirtiéndose en fanático sectario del separatismo y hasta en asesino quizás del autor de sus días. Este detalle no debe pasar desapercibido á nuestro gobierno, á nuestros hombres públicos, para que con mano fuerte y sin contemplaciones de ningún género pongan eficaz y pronto remedio, arrancando de raíz la enseñanza separatista. A nada práctico, útil y provechoso nos conducirá el acabar la guerra por la acción de las armas, si después no se matan tan impuros centros mediante una severa expurgación de ese criminal profesorado, que ha convertido la enseñanza en una secta para inculcar á la juventud, á los hombres del porvenir, el injusto y punible odio á la Madre Patria.

Lo que se ha llamado combate del *Descanso del Muerto* ó de *Piedra Picada*, fué motivado también por el intento proyectado por los insurgentes, de copar un convoy custodiado por la columna mandada por el general de brigada Excmo. Sr. Don Arsenio Linares y Pombo, fuerte de mil doscientos hombres y formada por las guerrillas del coronel Tejeda,

compañías de los batallones de San Fernando, Unión, Baleares y Antequera y las guerrillas montadas de los mismos. El veintinueve de Agosto, al amanecer, después de haberse tocado diana y al poco tiempo llamada, salió del pueblo de San Luis la columna del mencionado general, llevando como segundo jefe al héroe de la acción de *Dos Ríos* coronel Sandoval. Su objeto era proteger un convoy compuesto de unas cuarenta carretas y como unas doscientas acémilas, destinado á surtir la factoría militar de Remanganaguas. El primer día de marcha tuvieron una pequeña escaramuza sin importancia alguna y pernoctó en Hatillo. Continuó la marcha, llegando al mediodía sin novedad á Palma Soriano. El 31 salió nuevamente el convoy, y en Arroyo Blanco se tomó el primer rancho, continuando después la marcha en dirección á Remanganaguas; pero al llegar al punto denominado *Piedra Picada* ó *Descanso del Muerto*, hasta el nombre es lúgubre, punto cercano al destino del convoy, fué atacada la columna por una partida insurrecta, compuesta de numerosas fuerzas de infantería y de caballería, pues á todo trance querían apoderarse de las provisiones. El choque fué bastante rudo y empeñado; el fuego nutridísimo; la línea del mismo muy extensa y los insurrectos lanzáronse machete en mano sobre nuestros soldados; mas éstos, héroes como siempre, por ser la bravura virtud innata en españoles corazones, rechazaron con el brío y valentía habituales las cargas, obligando á los rebeldes á que se internaran en el monte.

Entonces el combate mudó de aspecto: desde la espesura continuaron el fuego que duró como una hora, hasta que al fin se les desalojó de sus posiciones con una impetuosa carga á la bayoneta. Dispersados los rebeldes procedióse á la cura de los heridos y colocados en camillas fueron conducidos al poblado de Remanganaguas. La columna tuvo cuatro muertos: los dos tenientes Don Fermín del Toro y Don Enrique Castro y dos soldados, y veinticuatro heridos leves en su mayor parte. Los rebeldes abandonaron cinco muertos en el campo de la acción, y según noticias dignas de crédito, el número de heridos fué de bastante consideración. Entre los muertos rebeldes estabau el titulado comandante José Ríos y otro teniente.

Aprovisionada la factoría militar de Remanganaguas, marchó la columna hacia Ventas de Casanova para abastecer de víveres y medicinas al destacamento. Emprendida la marcha de regreso, antes de llegar á Palma Soriano, la retaguardia tuvo que sostener un vivo tiroteo con el enemigo en unos intrincados laberintos próximos al *Descanso del Muerto*, y desde Palma Soriano hasta Arroyo Blanco se vió precisada la fuerza leal á sostener otras dos veces fuego: el enemigo la atacó una de ellas por el flanco izquierdo, la otra por la vanguardia. El plan de los insurgentes era el de escarmentar con dureza á la columna que tantas pérdidas les había causado dos días antes; pero las acertadas disposiciones del general Linares desbarataron los planes de los rebeldes. Desde Palma Soriano la columna regresó á San Luis, sin que ocurriera nada digno de mención durante el trayecto.

En la misma capital del departamento oriental, lo mismo que en

todas las capitales de provincia, ciudades de importancia, poblados y caseríos, se conspiraba de una manera franca y hasta descarada. La excesiva y vituperable benignidad del general Martínez Campos contribuyó á que los auxiliares de la insurrección continuaran en su criminal conducta. Si eran acusados como sospechosos, bastaba con presentarse al general, hacer protesta de condenar la insurrección y alarde de españolismo, y la impunidad era el premio otorgado á los infames y arteros procedimientos del laborante. ¡Feliz, grande y sublime previsión fué la de Don Arsenio! Merced á la suavidad del Gobernador General llamado el Pacificador, el Gran Mariscal, el *Bayardo español*, por la prensa autonomista sospechosa, la insurrección creció de una manera formidable por las facilidades que la especial conducta del General en Jefe proporcionaba á los rebeldes. Estaban muy pertrechados de armas, municiones, ropa, artículos de primera necesidad y medicinas, porque los simpatizadores de las ciudades y los de los pueblos facilitaban profusamente tan indispensables elementos para la vida de los manigueros, desde las mismas poblaciones sin arrostrar ninguna clase de responsabilidades. La insurrección en su apogeo, paseándose casi triunfalmente por todas las provincias; las tropas si bien es verdad que batían ventajosamente á los enemigos de España, debíase á su nunca desmentido valor; pues, siempre tenían que hacerlo en desventajosas condiciones por los numerosos espías que enteraban á los insurrectos hasta de los más pequeños detalles. La insurrección suicida contaba con un ejército activo en la manigua, y otro de reserva y descansando en los poblados y ciudades, merced también á la extraña conducta del general Martínez Campos en lo referente á las presentaciones. La misma libertad disfrutaba el que se acogía á indulto por vez primera; las mismas consideraciones gozaba, que aquellos que se habían presentado cuatro, cinco y más veces. Las excelencias del *elemente sistema*, tratándose de una guerra basada en la más negra de las ingratitudes, el tiempo, los sucesos, los actos cometidos por los mismos *considerados* y los hechos mismos lo demostraron, con triste evidencia. La opinión genuinamente española señalaba al general Martínez Campos la conveniencia de emprender una doble y simultánea campaña: la primera atacando radamente á los que estaban en el campo levantados en armas, y la segunda, persiguiendo tenaz y constantemente y aplicando severo castigo á los auxiliares que los de la manigua tenían en las poblaciones. Los defensores de la *acción política*, frase de hechura, confección y criterio altamente insurreccional, como sirenas fascinadoras lograron que el General en Jefe secundara sus proyectos, sin importarles un ardite sacrificar á uno de los prestigios militares de primera talla en el ejército español, aunque sea prestigio muy discutido.

En la capital de Oriente (Santiago de Cuba) se agitaban con pasmosa actividad muchos hipócritas auxiliares de la anárquica rebelión, y algunos de ellos como funcionarios públicos cobraban sueldo de la misma nación que tanto odian. El Comandante General de la provincia pudo convencerse de la artera conducta de cuatro miserables que conspiraban contra España, y los mandó prender, poniéndolos á disposición del Go-

bernador General con el acompañamiento de felices pruebas. Esos leales caballeros detenidos fueron: Eudaldo Tamayo, presidente de la Diputación provincial de Santiago de Cuba; Antonio Bravo y Correo, director del Instituto; el abogado Don Alfredo Betancourt y Manduley y Desiderio Fajardo Ortiz, poeta lírico de numen manigüero, conocido con el pseudónimo de *El Cautivo*. Será una casualidad, pero dá lugar á muchas hipótesis el pseudónimo del laborante y deportado señor Fajardo.

En uno de los múltiples y continuados viajes del general Martínez Campos á Santiago de Cuba, se le informó por las autoridades de la participación que dichos señores tenían en el movimiento insurreccional; pues estaba más que suficientemente probado que favorecían á los rebeldes. El General en Jefe, sin formación de causa, ordenó fueran deportados á Ceuta. Como eran todos ellos autonomistas, y el señor Tamayo desempeñaba entonces el cargo de presidente del comité provincial de dicho partido, al momento la Junta Central Autonomista acordó gestionar activamente el perdón, y si éste no pudiera conseguirse, impetrar del Gobernador General que los deportados residieran en Madrid y no en Ceuta. Se necesita tener epidermis dura, bondad infinita, ser encubridor de la rebelión ó defensor de malas causas el partido autonomista, en el momento de poner en ejercicio su actividad en pro de la traición. Al mismo general Martínez Campos salióle fiador del Marqués de Santa Lucía, y éste, una vez puesto en libertad, correspondió á su palabra de honor empeñada y solemnemente jurada, marchándose á la manigua. En las gestiones hechas en favor de los cuatro deportados, pudieron alcanzar que fuera Madrid el punto de su residencia, y que el Gobierno, fiado en la palabra de honor de dichos señores y en atención á la granizada de recomendaciones caídas á los Ministros, les dejara en una casi completa libertad. A la palabra de honor también empeñada por los señores autonomistas, correspondió Eudaldo Tamayo escapándose de Madrid á Nueva York para desde este último punto dedicarse en absoluto á la causa del separatismo. De manera que nosotros somos de parecer que la Junta Central del partido autonomista debe renunciar al papel de fiadora de sus partidarios, porque los fracasos han sido tantos cuantas fueron las garantías. Si no supiéramos, por haberlo leído, que *El Diario de la Marina* en su equilibrio inconstante ha tenido que acudir á las sutilezas y sofismas como recurso obligado para sostenerse, podríamos impugnar sus editoriales en los que afirmaba: 1º que la revolución era racista; 2º que el pueblo cubano españolizado por *cierto partido* no quería la guerra; 3º que la guerra estaba alimentada por la clase baja. Quizás el *Diario de la Marina* consideró como personas de baja estofa al presidente de la Diputación provincial y á un Director de Instituto. No obstante, de este asunto nos ocuparemos extensamente cuando exponamos las consideraciones generales acerca de los factores conscientes é inconscientes, pero siempre auxiliares, de la rebelión.

Digno de ser narrado es el hecho de la toma del campamento que los rebeldes tenían establecido en el monte llamado *La Gran Piedra*, en la jurisdicción de Guantánamo. El cabecilla Maceo lo creía inexpugna-

ble, y en verdad que entre los muchos lugares estratégicos de aquella provincia, es seguramente uno de los que mejores condiciones reúnen para hacer inaccesible la entrada. Lo escabroso del terreno y las trincheras formadas por la misma naturaleza, constituyen obstáculos casi insuperables; pero el ejército español no encuentra jamás dificultades que no venza, y el campamento, como veremos, fué tomado. El titulado general de división Periquito Pérez y el cabecilla Gil con sus respectivas partidas, que ascendían á unos mil rebeldes cada una, guardaban el citado campamento. El general Canella se propuso tomarlo; y al efecto, dispuso que el coronel Segura, con su columna, en la cual iba el comandante Garrido, operase combinadamente con las pequeñas fuerzas que Canella llevaba. Estas consistían en ciento ochenta hombres del regimiento de Simancas y cincuenta individuos de la Guardia civil cada una.

Los insurgentes, sabedores de la aproximación de las columnas, resistieron una media hora y desalojaron el campamento no sin haber dejado cinco muertos. Las tropas tuvieron cuatro heridos. El teniente Aguirre fué el primero que con treinta soldados llegó al campamento; tras él el general Canella acompañado del señor Lecaille, capitán de la guerrilla de Simancas. Recogidos el archivo y la correspondencia de los rebeldes, procedióse á la destrucción del famoso campamento.

El incansable coronel Segura sostuvo varias escaramuzas y frecuentes tiroteos en Arroyo Blanco. Así terminaron las operaciones realizadas en la provincia de Santiago de Cuba durante los meses de Agosto, Septiembre y Octubre: muchas intentonas de los insurrectos para sorprender pequeños poblados y destacamentos, pero todas infructuosas por estrellarse sus esfuerzos ante el valor de los soldados españoles. El campamento situado en la *Gran Piedra*, considerado por los laborantes como el paso de las Ternópilas, inexpugnable por la misma naturaleza, cantado por los poetas amigos de la anarquía, objeto de las visionarias ilusiones de los rebeldes, casi sin entablar combate, sin llevar artillería la columna leal y con lamentables pero reducidas pérdidas, es tomado por las bizarras tropas españolas. Triste concepto merece ante las personas dotadas de sano criterio el valor de los sediciosos; ese valor tan decantado, encomiado y enriquecido con imaginarios hechos de guerra por los periódicos filibusteros como *El Yara*, *El Guaimaro* y *Patria*, y por sus simpatizadores como *The Herald*, el excéntrico *The Worl* y el rabioso antiespañol *The Sund*.

Sin embargo, la crítica histórica verdadera, aplicada á la guerra cubana, adjudicará su imparcial fallo, que por cierto no será muy halagüeño para esos ingratos sediciosos que se han alzado en armas contra su patria. Lánguidas serían cuántas imprecaciones debiéramos lanzar contra esos espúreos hijos de España y hermanos nuestros que reniegan de su nobilísimo origen; pero nuestro deber y carácter de narradores nos impide ciertos desahogos que pudieran atribuirnos á parcialidad manifiesta.

Otro suceso insignificante en sí, pero que produjo general expectación en la Isla en virtud de las exageradas proporciones dadas al mismo por el laborantismo, fué el haber apresado los insurrectos un pailebot armado

en guerra. Despojado el hecho de todo lo novelesco, quedó reducido á un vulgar episodio de los muchos que ocurren en tiempo de campaña. Con todo, las falsas descripciones que se hacían del suceso, pusieron en duda la limpia conducta de un oficial de nuestra marina y hasta en peligro de ser castigado. Lo ocurrido sucedió de la manera siguiente:

Un pailebot que llevaba el nombre de *Dos de Mayo*, había sido armado en guerra por orden del Gobierno, para dedicarlo al servicio de conducir municiones de boca y guerra á los muchos destacamentos existentes en algunos puntos del litoral de la costa sur de la provincia de Santiago de Cuba y al mismo tiempo para servir de pontón. Habíasele dotado, para llenar su misión, de doce marinos mandados por el teniente de navío de segunda clase Don Francisco Gallego y Olmosa. Tanto el oficial como los marineros procedían de la dotación del crucero de guerra *Reina Mercedes*. A últimos de la segunda decena del mes de Octubre salió la frágil embarcación á cumplir los deberes impuestos por el servicio, y á los dos días de navegación fondeó en la playa del *Aserradero*. Dicha playa forma un reducido círculo en el cual desagua un arroyo que recorre la falda meridional de la Sierra Maestra, hasta morir ó confundirse en las saladas aguas del mar Caribe. Existe allí un pequeño caserío ó ranchería que depende del Ayuntamiento de la villa del Cobre y dista de Santiago de Cuba unos sesenta y siete kilómetros. En algún tiempo tuvo celaduría de policía de tercera clase, suprimida más tarde por las infructuosas economías preconizadas por los misteriosos *autonomistas* y por su posición en la guerra anterior, se establecieron allí almacenes y un campamento.

Con el fin de aprovisionarse de agua, saltaron á tierra cuatro marinos de la dotación del citado pailebot á buscarla. Apenas habían desembarcado fueron hechos prisioneros por una numerosa partida mandada por el cabecilla Lugo que se hallaba emboscado en dicho punto. El cabecilla mandó un comisionado al oficial señor Gallego, comunicándole que si no entregaba las armas y las municiones que tenía á bordo, fusilaría irremisiblemente á los marineros. El pundonoroso oficial, antes de contestar al cabecilla, lo previno todo: la posibilidad de la defensa; las consecuencias, el fruto de empeñarse en un lance temerario en el que no había probabilidades de ninguna especie para salir airoso; la vida de aquellos infelices; el valor material de lo que iba á entregar, y uniéndolo, apreciándolo todo, optó por entregar las doce carabinas y las municiones de la citada dotación para salvar la vida de los marineros apresados. Después se presentó á las autoridades de Santiago de Cuba, á las cuales notificó el suceso. Todo lo expuesto fué lo sucedido, y no se apoderaron los insurgentes de ametralladora alguna, como gratuitamente afirmaban los laborantes. La autoridad militar sometió al teniente Gallego á un proceso, fué conducido á la Habana y juzgado en consejo de guerra sumarísimo. La petición del fiscal de la causa fué la de pena de arresto, más por mayoría de votos se falló por la absolución. Algunos jueces del tribunal votaron por la de cadena perpétua. La defensa de Gallego estuvo á cargo del teniente de navío Don Manuel Andújar, siendo, por

cierto, brillantísima en la forma y convencitiva y persuasiva en el fondo. La causa se pidió desde Madrid por el Consejo Supremo de Guerra y Marina para estudiarla, y el señor Gallego se embarcó al momento para la Península.

Demostrado queda, por la exposición de los hechos anteriores, el estado de la insurrección en la provincia de Santiago de Cuba, siendo, según nuestro humilde criterio, una especie de compás de espera, más bien defensivo que ofensivo. La defensa de los intereses particulares, vista la destructora campaña iniciada por los rebeldes, absorbía numeroso contingente de las fuerzas leales y las imposibilitaba de organizarse en columnas para efectuar una activa persecución. Tristes consideraciones asaltan al contemplar el cuadro de la guerra durante la estación lluviosa, por mas que no podemos dejar de emitirlas. La nación española mostró su energía y dignidad, mandando todas las fuerzas necesarias para extinguir la rebelión en breve plazo, los recursos suficientes y el indispensable material de guerra. Con dichos medios se hubiera podido aplastar una sublevación más grave que la de Cuba. Otra de las consideraciones la fundamos, juzgando imparcialmente la campaña emprendida, en la excesiva tenacidad de proteger los intereses particulares, en la desatención á las verdaderas denuncias, en las acusaciones recíprocas que se hacían los tres partidos sobre la participación que cada uno de ellos había tenido, por su conducta, en el levantamiento; el no haber regulado á un número fijo el número de veces que era necesario acogerse á indulto para no ser molestado el insurgente, pues nadie lo sabía y aún abrigamos la creencia de que era indefinido.

En tal estado se hallaban las cosas en la isla de Cuba, cuando la revolución surgía más potente y sus cabecillas se preparaban á seguir una campaña ofensiva y destructora durante el período de la estación seca. Y por cierto que lo proyectado lo cumplieron con admirable y hasta pudiéramos decir con perfecta y matemática precisión. Ensoberbecido el *mercader* de sangre Máximo Gómez, con el infructuoso plan de campaña del general Martínez Campos, empezó á disponer la concentración de las atargarradas huestes sublevadas para llevar á cabo las promesas convenidas previamente y mediante granjerías con ciertos centros monopolizadores de los Estados Unidos de Norte América, los cuales consistían en la aniquilación de la zafra. No daba resultado el situar pequeños destacamentos para la protección de la propiedad, por cuanto lo único que salvar podían eran los bateyes. No faltaban elementos que con fines siniestros aplaudían la política del general Martínez Campos, cuando todos los verdaderos hijos y amantes de España la reprobaban y la juzgaban perjudicial é inconveniente bajo todos conceptos. El epíteto de Don *Clemente* sustituyó al nombre de Don Arsenio, por cuanto la clemencia llegó á formar en el cerebro y en el corazón del general una verdadera obsesión, un *desideratum* humanitario parecido al del héroe manchego. Se explica fácilmente la línea de conducta que á sí mismo y sin obedecer á ningún otro móvil se había trazado el Gobernador General. Cuando una autoridad superior presta oído á los elementos enemigos

de España en sus posesiones de Ultramar, por más que se hallen escudadas con la filiación á cierto partido, en mala hora declarado legal, que encubre sus tendencias antiespañolas bajo el común y gastado manto de la libertad; y obcecado el poder superior por el prurito de la vanidad ó por el espíritu de contradicción respecto á la conducta por sus antecesores observada, propónese dirigir sus gestiones por distinto derrotero ú opuesto sendero; cuando, halagado un Gobernador General por las hipócritas adulaciones de los separatistas encubiertos, cree tener mayor discernimiento, mejor criterio y más perspicacia y procedimientos mejores que aquellos que antes ocuparon sucesivamente su puesto; y obstinado en su obcecación, llega á convencerse de que todos menos él se han equivocado, por la presión de los *reaccionarios* (frase de los separatistas), sobreviene *á fortiori* el desacierto, acompañándole como séquito funesto todas las desventuras y desastres más lamentables á la patria.

El general Martínez Campos, buen español y de intachable conducta como caballero particular, buen ciudadano y distinguido príncipe del ejército español, propúsose demostrar la nunca desmentida hidalguía del ejército de España y la caballerosidad innegable de los generales, y el resultado fué contradictorio al fin de la guerra. Calleja (Don Emilio), su antecesor, se declaró partidario decidido de las reformas liberales: la prensa reformista y autonomista afirmaba haberse españolizado la isla de Cuba, que no había separatistas: el fin de las gestiones y procedimientos del último nos trajo como natural consecuencia la *guerra*; la conducta del primero el incremento de la insurrección. El general Calleja sugestionado por los liberales cubanos, destituyó al señor Nattes, buen español y de excepcionales condiciones y nombró á Eduardo Yero impenitente separatista; desaprobó la conducta de un defensor de la integridad de España y mereció distinciones la del astuto que acechaba tanta imprevisión para lograr sus fines separatistas.

Cuando ya no hubo más remedio que rendirse á la fuerza de la evidencia, dejó el mando de la Isla con el corazón lacerado por las decepciones que los liberales cubanos le habían ocasionado; pero las decepciones eran irremediables y de tristes consecuencias. El general Martínez Campos, con el sistema de innagotable bondad y con un plan de campaña sólo para él comprensible, dejó á los revolucionarios en las mismas puertas de la Habana, cuando embarcó para la Península, después de haber cesado en el mando de Gobernador General de la Isla con harto y marcado disgusto de los rebeldes.

Conveniente será que nuestras Autoridades superiores de Ultramar se convenzan por los hechos referidos de los frutos que puedan proporcionarles esos pseudo-liberales antillanos. El móvil de dichos progresistas no es la libertad, no es el progreso, como escriben y publican con estilo enfático y cursi en los periódicos de su comunión, sino otro velado y misterioso que á la postre siempre es amargo para los Gobernadores Generales, luctuoso para la Nación y cruento para sus defensores. Como la repetición de los mencionados hechos ha venido sucediéndose desde la emancipación del continente americano español, y en la guerra

de Cuba ocurre lo mismo, aunque los medios puestos en acción sean más velados y sutiles; como las mismas causas concurren en la isla de Puerto-Rico en la actual efervescencia que se nota en el país, la Providencia se digne dotar de perspicacia y habilidad á nuestros gobernantes para que puedan con mano fuerte aplastar tan impenitentes hipocresías. El don de acierto en la elección de personas, es la piedra de toque para evitar funestos contratiempos.

CAPITULO XII.

SUMARIO.—Las Villas.—Ataque al pueblo del Condado.—Combate de la Pailita.—Sorpresa del destacamento del ingenio Cantabria.—Última salida del general Martínez Campos.—Combate de los Guajos.—Acción de Altamisa.—Camagüey: escaramuza en el puerto de la Vigía.—Operaciones en la jurisdicción de Baracoa (Santiago de Cuda).—Consideraciones acerca de la marcha de la guerra.

Seguía creciendo de un modo formidable la insurrección. En todas las jurisdicciones de la provincia de Santa Clara, aquellas pequeñas partidas de cien ó doscientos rebeldes habían aumentado sus contingentes y reunían ya un número de mil hombres la que menos. Los desembarcos de expediciones no fueron tan grandes, ni tuvieron el alcance material que la prensa aseguraba, haciéndole el duo al laborante, aún sin quererlo. Los principales auxilios recibiólos la insurrección de las grandes poblaciones de la Isla con perfecta regularidad. No tenían, pues, necesidad de aventurar buques, hombres y pertrechos á la sorpresa ó caza de los cruceros españoles, ya que podían conseguir todas estas ventajas con facilidad suma, entrando los pertrechos por los puertos para conducirlos después, sin traba alguna, al campo insurrecto. Del mismo puerto de la Habana salían los fardos misteriosos, que en los vapores costeros y goletas dedicadas al cabotaje, mandaban los auxiliares de la insurrección á las partidas rebeldes. Las estaciones y los ferrocarriles de Villanueva y de Regla eran otras dos vías utilizadas y muy seguras al mismo objeto, porque ciertos empleados eran partidarios de Cuba libre. La vigilancia de las autoridades era completamente nula, y por lo tanto, responsables son esas mismas de la muerte de algunos miles de nuestros entusiastas soldados, de esos héroes que si bien han sucumbido gloriosamente en defensa de la patria venerada y querida por todos sus buenos hijos, jamás han tenido la ocasión de entablar combate con un ejército digno, sino con gavillas de asesinos, hordas de salvajes y canallas desprovistos de todo buen sentimiento, por estar poseídos de un odio exacerbado nacido de la más injustificada ingratitud. Las armas españolas, muy señaladas por sus triunfos y trofeos, véñse en la necesidad de combatir á hijos renegados y á descendientes de africanos, que envilecidos por larga servidumbre y elevados á la categoría de hombres libres por la generosidad proverbial y nunca desmentida de la noble España, se rebelan y traicionan á la misma benefactora. Del puerto de la ciudad de Cienfuegos se

expedían diariamente armas, municiones y demás efectos para la insurrección en unas débiles y pequeñas goletas y efectuaban el desembarco en la estrecha rada de Guajinicó. Lo mismo sucedía en el puerto de Caibarién; efectos, armas y municiones portaban los vapores plataneros que iban al puerto de Baracoa, é igual servicio prestaban aquellos vapores dedicados á la exportación de los minerales de las minas de Juragná en Santiago de Cuba. Los auxiliares de los poblados, insolentes y envalentonados por no exigirles responsabilidad alguna, el espionaje reglamentado con admirable precisión, la comunicación de los rebeldes del campo y de los reclutadores de las ciudades y de los pueblos, haciéndose con la debida regularidad, y por último las presentaciones de individuos ya reincidentes, efectuándose sin ninguna traba, sin el menor contratiempo, sin la más leve contrariedad, sin recibir el condigno castigo por la reincidencia, eran valiosos factores de la insurrección.

La patria había puesto en manos del general Martínez Campos todos aquellos elementos necesarios para cumplir su misión como General en Jefe; solamente exigía el pueblo español que los esfuerzos en hombres y en dinero fueran dignamente aprovechados. La consecución del objetivo no la hemos creído jamás difícil, una dirección táctica, exclusivamente militar, hubiera sido lo suficiente para haber inferido el golpe de gracia á la insurrección. Había elementos suficientes en la Isla, firme apoyo en el elemento español; pero el general Martínez Campos, tristemente célebre en sus quijoterías de clemencia, como lo fué igualmente en 1890 con sus corazonadas políticas, esterelizó los sacrificios que había hecho la patria. El pesimismo comenzó á dominar en los espíritus, la leyenda de que el general sentía ciertas simpatías por los rebeldes adquiría cuerpo, el espasmo patriótico, aumentando cual bola de nieve, empezaba á manifestarse, constituyendo un grave peligro exacerbado á causa de la longanimidad de los indultos y de la clemencia *inagotable* del general Martínez Campos; el disgusto seguía creciendo, la revolución aumentando, los laborantes aplaudiendo al General en Jefe, los verdaderos españoles censurándolo, y por último el malestar, la inseguridad cundía por doquiera. Aterrador espectáculo, anárquico vaivén, situación difícil; meses de tristeza fueron los de Octubre, Noviembre y Diciembre para los habitantes de Cuba. La historia, testigo verdadero de los hechos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad, como la ha definido el orador de Arpino, dictará su inapelable fallo.

Cuando la guerra en medio de los horrores que le son anexos, por ser la situación de la fuerza su característica, se hace lo más noblemente posible; cuando el respeto á la propiedad se ejercita y la vida del individuo extraño á la contienda se halla garantida; cuando en medio del consiguiente trastorno se vislumbra algo de ordenado, entonces, creemos justo el proceder que empleó el general Martínez Campos; pero nunca cuando la infidencia reincidente constituye la regla de los rebeldes; la ingratitude injustificada la línea de conducta seguida por los mismos y el asesiato, el robo, el saqueo y el incendio sus procedimientos. Hablar

de perdón, de libertades y de otras granjerías *liberalescas* como prodigalidades y gracias que deben concederse á quienes han mancillado y mancillarán siempre que puedan, siempre que se les presente oportuna ocasión, la enseña de nuestra querida España, es hasta un crimen, constituye un delirio insano, en una palabra, es más fácil predicarlo que ponerlo en práctica. Cuando un pueblo es indigno de disfrutar libertades por no saber hacer uso de ellas, es una medida gubernamental patriótica y humana, el no concedérselas. En la guerra de Cuba la cuestión militar se sobreponía á toda otra, era el medio únicamente acertado y patriótico.

Por esto somos partidarios de que se haga un escarmiento de perdurable recuerdo, enérgico, sin contemplaciones y que en esta infame insurrección se proceda de la misma manera que aconsejaba el Excmo. señor Don Antonio Alcalá y Galiano, en su discurso pronunciado en la sesión ordinaria del día 24 de Octubre de 1822, al tratarse sobre el arresto de los delinquentes. El señor Alcalá Galiano expresó de la siguiente manera: “Yo diré siempre lo que decía aquel elocuente romano (Veleyo Patérculo) al concluir sus discursos: *Delenda est Chartago*. Sí, señores, destruyamos á nuestros enemigos, y no perdonemos medio para cortar la cabeza á la víbora que quiere sembrar la muerte entre nosotros.” Y añadiremos nosotros, parodiando á tan célebre orador: destruya España la cubana insurrección, pero radicalmente, sin clemencia, y mate de una vez los focos laborantes. Así lo exige el decoro nacional, así lo pide la tranquilidad de la patria que evitará en lo sucesivo que la seguridad no se halle expuesta á las maquinaciones de aventureros extraños mercenarios y á las ambiciones de hombres ilusos.

El ataque al Condado por numerosa partida insurrecta, es una prueba de la osadía del enemigo. El día 25 de Octubre, mientras los habitantes del referido pueblo, perteneciente á la jurisdicción de Trinidad, estaban más confiados de que no serían objeto de un ataque por los rebeldes, siendo que á la ciudad trinitaria había llegado ya el batallón de Vizcaya para guarnecerla y defender la jurisdicción, á eso de la una y media de la tarde, y en momentos en que caía una copiosa lluvia, el destacamento de la Guardia civil y el pueblo juntamente fueron atacados por cuatrocientos insurrectos. Mandaban las fuerzas rebeldes los cabecillas Nuñez, Castillo, Solano y Lino Pérez: las avenidas del pueblo estaban cubiertas por numerosos grupos de *libertadores* en servicio de avanzadas, y como previsión para el caso de ser atacados por las fuerzas leales que acudieran en auxilio del puesto de la Guardia civil, habían dejado á cierta distancia del poblado otro núcleo importante de fuerzas. Adoptadas todas las precauciones referidas, entraron los insurgentes en el pueblo, empezando á incendiar y saquear, profiriendo insultos, blasfemias y horribles gritos, según es costumbre entre ellos. La situación del cuartel impedía que los valientes individuos de la benemérita Guardia civil pudieran defender á los habitantes del poblado; pero el valor de aquellos héroes venció todas las dificultades. Con una serenidad verdaderamente temeraria, el sargento comandante del puesto y los siete guardias salieron del fuerte; se situaron en un cercado próximo que dominaba toda la

calle principal del pueblo y empezaron el fuego por descargas, pero muy certeras, contra el enemigo. Tuvieron que abandonar al poco rato dicha posición y retirarse de nuevo al fuerte, porque el excesivo número de rebeldes, asediándolos por todas partes y en forma de círculo, trataba de apoderarse del fuerte y de sus defensores. El alcalde del Condado Don Ramón Conceyro, sorprendido por el inesperado ataque de los insurgentes, salió precipitadamente de su casa con el objeto de ampararse en el fuerte, pues, condenado á muerte estaba por los modernos vándalos tropicales, sólo por el delito de ser buen hijo de España. Visto por los rebeldes, destacóse un grupo de ellos que machete en mano, trataba de alcanzarlo y sumar un asesinato más á los muchos que ya habían perpetrado. Uno de los del grupo perseguidor, más ligero que sus compañeros, ó tal vez más sediento de venganza y de sangre hispana, se adelantó á los demás compañeros, y en el supremo momento en que iba á ensañarse con la víctima, blandiendo el criminal machete, una certera descarga de los leales guarnecidos en el fuerte, hízole caer sin vida, matando al mismo tiempo á otros dos del grupo é hiriendo además á tres. Los rebeldes perseguidores detuviéronse aterrizados algunos momentos, tiempo que aprovechó muy bien el señor Alcalde para llegar al fuerte, lugar en donde encontró su salvación.

Seguían tenaces los insurgentes en la tarea de apoderarse del destacamento, y aumentaba el coraje en ellos el inexplicable valor de un puñado de hombres ante fuerzas numerosas, y seguían estrechando el cerco. Tres horas llevaban combatiendo los valientes defensores del Condado en tan desventajosas condiciones por la desigualdad de las fuerzas combatientes; tres horas angustiosas pero de lucha heroica, sin desfallecimiento de ningún género, pues, ya habían hecho el firme propósito de morir por la patria, por el honor de aquellas armas que tan dignamente empuñaban, cuando un *¡Viva España!* en medio del confuso trotar de los caballos, resonó en las calles del pueblo, grito mágico, que fué contestado con delirante entusiasmo por aquel puñado de héroes que se defendían en el fuerte. La fuerza salvadora era el "Escuadrón del Comercio", mandado por el comandante Villares. Los guardias salen del fuerte con las bayonetas caladas y en unión de la caballería leal cargaron contra los rebeldes, los cuales, despavoridos y aterrados por las muchas bajas que habían sufrido, huyeron dispersándose en todas direcciones.

Treinta rebeldes muertos y tres prisioneros quedaron en poder de los leales, entre los últimos el mulato Quirino Amézaga, titulado comandante, hombre de perversos instintos y azote de la comarca por sus criminales fechorías. Los heridos fueron numerosos. Se les quitaron treinta y cuatro caballos con monturas y tuvieron además diecinueve muertos. Ni por parte de los guerrilleros ni de la guardia civil hubo que lamentar novedad alguna; sólo en dos caballos muertos y tres heridos consistieron las pérdidas. También se cogieron á los insurgentes cinco tercerolas, muchas armas blancas, monturas, ropas y otros objetos que llevaban como fruto del saqueo.

No fué casual la llegada del comandante Villares y sus bravos guerrilleros al pueblo del Condado, pues allí se encaminaba la fuerza por haber tenido noticias y hasta buenas confidencias el coronel jefe de la zona de Trinidad, del plan que tenían los insurrectos de atacar al mencionado pueblo. Pero si no fué casual, como antes hemos asegurado, sí podemos afirmar que fué oportunísima, porque luchar un leal contra noventa rebeldes, por mucho, grande y heróico que sea el valor de nuestra indómita raza, por más que el patriotismo eleve los hechos de nuestros soldados á la cumbre de la más admirable sublimidad, la superioridad numérica hubiese dado el triunfo á las fieras salidas de la manigua. El mismo día 25 salió de Trinidad el señor Villares, cumpliendo órdenes del coronel jefe de la zona, para que con su escuadrón recorriese los campos de Manacas y la Ceiba, suponiendo que por allí merodeaban los insurgentes. Al llegar á un ingenio próximo, tuvo confidencias el señor Villares de que los rebeldes se dirigían al Condado con la intención de atacarlo y copar al destacamento; y entonces ordenó acelerar la marcha de su fuerza en la misma dirección seguida por los rebeldes. Antes de llegar á las márgenes del caudaloso río "Ay" que vadeó después el escuadrón, los exploradores enemigos dispararon algunos tiros sueltos á los guerrilleros defensores de España; pero éstos continuaron su marcha de frente y en orden de combate, hasta que se generalizó el fuego al encontrarse con una fuerte emboscada del enemigo, la cual, parapetada entre la espesa manigua de un potrero próximo al camino, hacía un vivo fuego contra los leales. Como siempre la cobardía insurgente cedió al empuje vigoroso de los españoles, y al darse la voz de carguen por el señor Villares, se dispersaron de una manera altamente vergonzosa.

El plan y objeto del valiente é intrépido comandante era llegar lo antes posible en auxilio del amenazado puesto de la Guardia Civil que guarnecía al pueblo del Condado, y á paso ligero continuó la interrumpida marcha; pero á poca distancia vióse atacado súbitamente por los flancos y la retaguardia, ataque que fué contenido con bravura por los acertados disparos de las tercerolas Maüsser de los guerrilleros. Nuevas fuerzas rebeldes presentáronse en el frente, y entonces el señor Villares mandó cargar á discreción, orden que fué admirablemente cumplida, arrollando y causando numerosas bajas al enemigo que, impotente para resistirla, huye á la desbandada cual asustados gamos. De esta manera entró en el pueblo la fuerza salvadora y los rebeldes sufrieron nueva decepción.

Con la llegada de los refuerzos de la Península en el mes de Septiembre, el general Luque decidióse á emprender una ofensiva y enérgica campaña contra los rebeldes, organizando para ello una fuerte columna. Esta por órdenes recibidas del mismo general, salió á practicar reconocimientos en los montes llamados *La Pailita* y *Benguela* con el objeto de apoderarse del hospital de sangre que allí tenían establecido los insurgentes. La fuerza exploradora iba mandada por el teniente coronel de la guardia civil señor Teruel. El cabecilla que mandaba á los revolucionarios era Sánchez el *Peludo*. Cuando la fuerza leal estuvo cerca de *La*

Pailita, el comandante Zubia avanzó con doscientos hombres de infantería para tomar el referido hospital. También iban con el comandante Zubia, veinticinco guardias de la benemérita, mandados por el primer teniente del mismo instituto señor Diácono. Roto el fuego, avanzaron las fuerzas españolas bajo un diluvio de balas, con admirable precisión, sin vacilaciones, y como si estuvieran haciendo el ejercicio en un campo de maniobras; y los tiradores de Alfonso XIII que iban armados de fusil *Maüsser*, mandados por sus respectivos tenientes señores García Díaz y Masden, fueron los primeros que asaltaron con un ataque á la bayoneta aquel campamento defendido con mucha tenacidad por los rebeldes. En el reconocimiento que después de terminada la acción se practicó, encontraron los soldados un herido rebelde, y además en los bolsillos de un saco ensangrentado que dejaron en el campamento, había entre otros varios documentos: los dos siguientes: un orden dictada por el feroz dinamitero polaco Roloff, ordenando que, en lo sucesivo, se tratase con la mayor severidad á los prisioneros de guerra hechos por las partidas. Decía así la inhumana orden, pero muy adecuada á los instintos del expresado cabecilla: *Los que sean apresados con las armas en la mano, serán al momento fusilados, y á los espías se les ahorcará.* Solamente la lectura de tan bárbara disposición retrata con fidelidad los insanos instintos del inhumano filibustero que, desde los estériles arenales del centro de Europa, llegó á Cuba, buscando alivio á su pobreza, burlando tal vez la persecución que le hacían los tribunales de su país. Otro de los documentos (papeles escritos) consistía en un nombramiento de *comandante militar de la costa de Sagua á favor del Sánchez (Pelado)* extendido por el mismo Roloff.

El éxito de las operaciones se debe al acertado plan que se desarrolló, cumpliéndolo después en todos los detalles. El haber apostado columnas en determinados sitios desconcertó á los rebeldes y frustró por completo sus intentos. Entre las columnitas destacadas, que antes hemos mencionado, la del teniente coronel de la Guardia Civil señor Ternel, que estaba en el ingenio titulado *Armonía*, fué un reclamo que hizo caer en la celada á los mismos insurrectos; porque dicho jefe, muy sagaz, como lo son generalmente todos los jefes de tan benemérita institución, con sus disposiciones, con sus movimientos de fuerza y demás estratagemas, lizo creer al enemigo, que el plan de las columnas, era el de atacar al hospital y campamentos por el lado del monte próximo al ingenio *Armonía*. Creencia de resultados fatales para los enemigos de España: porque apostaron el grueso de sus fuerzas por aquella parte, pero el verdadero peligro para ellos estaba en el extremo opuesto, por el lado del ingenio *Natalia* que fué el sitio por donde atacó la columna del general Luque. Entonces los rebeldes aparecieron á orillas de un monte cercano al ingenio y en el sitio llamado *El Muerto*, por ser menos peligrosa la retirada; pero al divisar la columna del señor Ternel formada en batalla, retrocede en dirección á Benguela, y allí se libró el último combate, logrando la dispersión de las partidas.

La columna mandada por el teniente coronel de San Marcial señor

Romero, compuesta de tres compañías de dicho regimiento, setenta y cuatro jinetes del escuadrón de Montesa, parte del escuadrón del Comercio número 1, guerrilleros de Alfonso XIII y una pieza de artillería, salió de Santa Clara el día 26 de Octubre á las cinco de la mañana. Dirigióse á Loma Cruz y desde allí, atravesando las sabanas de Ciego Romero siguió rumbo hacia el Corojal. Después de haber practicado varios reconocimientos sin la menor novedad, dispuso el jefe que se confectionara el primer rancho y cuando apenas habían empezado esta operación, una avanzada de caballería insurgente apareció en lo alto de una loma próxima. La columna empezó al momento á ser hostilizada con fuego muy nutrido hecho por los rebeldes. La sexta compañía de San Marcial á la voz de mando del teniente coronel, emprendió el avance, marchando como si estuviera en un campo de maniobras á tomar la mencionada loma, cuya operación realizó instantáneamente á pesar de la resistencia hecha por el enemigo. El escuadrón de Montesa y la pieza de artillería subieron muy pronto; una vez en la altura, desde allí, siguiendo con la vista la dirección que llevaba la avanzada insurgente, divisaron el campamento enemigo custodiado por numerosas fuerzas.

La misma sexta compañía de San Marcial, desplegada en guerrilla, bajó de la altura en dirección al insurgente campamento. En la loma se emplazó la pieza y allí colocóse también la impedimenta, protegidas ambas por otra compañía de San Marcial. El resto de la columna, tanto de la infantería como de la caballería, formado en batalla, avanzaba hacia el campamento enemigo. Un detalle digno de ser narrado y probatorio del valor del soldado español ocurrió en este encuentro. El primer teniente del escuadrón del Comercio de la Habana, Don Julio César Martín, destacábase solo á la extrema vanguardia, adelantándose más de lo conveniente de la fuerza. De las filas rebeldes adelantóse también otro rival ó émulo, no lo sabemos, pero haciendo alarde de valentía. Muy pronto se encontraron frente á frente aquellos dos tenerarios, que á manera de duelo parcial, y como si hubieran estado convenidos, por más que nos consta no existía tal acuerdo, iban á batirse en lucha singular. Ambos se apuntaron y dispararon, cayendo muerto el insurrecto. El teniente Martín notó entonces que se había adelantado mucho á los suyos, pero satisfecho y hasta orgulloso de su hazaña, aguardó en el mismo sitio á los soldados que continuaban en marcha de avance. Generalizado, entonces el fuego de fusilería, la caballería insurgente, en número de seiscientos jinetes, desplegóse por el flanco izquierdo de la columna, con la intención de envolver á la vanguardia. En este momento sonó el primer disparo de cañón, pero el proyectil no fué certero, resultó pasado de tiro. Cargada de nuevo la pieza, encargóse de la puntería el teniente Castilla, y lo hizo con tanta precisión, que la segunda granada estalló en medio del campamento. La caballería rebelde replegóse inmediatamente hacia las faldas de una loma cercana al campamento, cuando una nueva granada cayó en medio de sus filas. Desde este momento empezó el desorden y la confusión entre los insurgentes, los cuales desbandados, huyeron dispersos en todas direcciones. El campamento fué tomado sin

haber sufrido los leales baja alguna. En él hallaron abundantes provisiones de carne y el rancho confeccionado, el cual comieron los soldados. La partida insurrecta tuvo dos muertos y diecisiete heridos. La columna después de haber comido el rancho y descansado lo suficiente la infantería, regresó á la capital de la provincia, practicando extensos reconocimientos en Loma Cruz y otros varios puntos en donde acostumbran guarecerse los insurgentes.

Las hazañas de los rebeldes consisten todas en combatir veinte contra uno. En dichas ocasiones de posibilidad en el triunfo y de seguridad en el vencimiento, siempre que de emboscadas se trate, ó de desigual número, es cuando hacen resistencia. Por eso tales hechos los veremos reproducidos en todo el curso de la guerra cubana. Constituyen para los insurgentes la manera de probar su valor y estrategia. La escaramuza habida en la loma denominada *Los Tardíos* constituye otra nueva prueba, aunque no la última, de las múltiples que han realizado los insurgentes.

El día 31 de Octubre, el capitán Valenzuela, que se encontraba destacado con una compañía del batallón expedicionario de Canarias en el pueblo de Ojo de Agua, tuvo noticias fidedignas de que una partida de rebeldes muy numerosa, pues constaba de más de mil trescientos hombres, y bien armada, se dirigía al ingenio "Cantabria" con la intención de destruirlo y saquearlo. Poco después supo por el alcalde del poblado, que el enemigo se acercaba en grandes masas con intención de apoderarse del pueblo. El capitán se propuso ir á buscar al enemigo para impedir que llegara al ingenio y consumase la destrucción del mismo, y ordenó al teniente Jiménez que se preparase á la defensa y se atrincherase con dieciseis soldados, apoyado en doce más situados en lugar estratégico y dirigidos por el sargento Juan García, mientras él salta á batir al enemigo con sesenta y seis soldados, un cabo y un guardia civil, formando parte de esta fuerza el teniente Gomez. A las dos y media de la tarde, cuando la pequeña columna acababa de emprender el camino del ingenio "Cantabria" y á poco de rebasar la loma llamada "Los Tardíos", cerca del ingenio mencionado, fué sorprendida por un inesperado y vivísimo fuego que le hacían numerosas fuerzas enemigas de infantería y de caballería. El capitán Valenzuela rompió el fuego contra ellas, y al tratar de buscar condiciones defensivas salió á cortar el paso otra partida también muy numerosa. Los insurgentes apenas se inició el combate rodearon á los leales y les intimaban la rendición. La columna se encontraba entre dos fuegos y en situación apuradísima, dada la superioridad numérica del enemigo. El capitán Valenzuela destacó una vanguardia de quince hombres que rompió el fuego, generalizándose al momento con el grueso de las fuerzas rebeldes, las cuales acometían por todas partes, envolviendo en un círculo de fuego á los leales. A fin de prevenir el peligro de un desastre, el capitán mandó formar el cuadro y de esta manera resistió varias cargas de caballería, en las que el enemigo acometió con verdadero coraje.

A las primeras descargas de los rebeldes cayeron muertos tres soldados y cuatro heridos. Los insurgentes intentaron apoderarse de los

últimos para rematarlos, pero el capitán logró recogerlos bajo un diluvio de balas, y entonces fué cuando recibió una herida de proyectil en el hombro izquierdo el capitán Valenzuela. Sin embargo, la herida no sirvió de obstáculo; continuó peleando y animando á los suyos, hasta que otro proyectil insurgente le atravesó la pierna izquierda. Herido de dos balazos aún continuó mandando á los suyos y alentando á los soldados diciéndoles: *Hay que morir con gloria*; hasta que debilitado por la pérdida de la sangre, hubo de sustituirle el teniente Don Miguel Gomez. Este tuvo que ordenar que se hiciese fuego lento, porque empezaban á escasear las municiones. El fuego duró dos horas más, y viendo que era imposible prolongar la resistencia por más tiempo, los leales emprendieron la retirada, la cual se realizó en condiciones arriesgadas y gravísimas, teniendo que contestar al fuego enemigo, contener las frecuentes cargas de la caballería y llevar á los heridos en improvisadas camillas. En la retirada desaparecieron quince soldados, los cuales cayeron en poder de los insurrectos.

El poblado de Ojo de Agua fué atacado simultáneamente por otro grupo de rebeldes. Cinco veces trataron de entrar y otras tantas fueron rechazados por el cabo de la Guardia civil Don Feliciano Robles García y diez soldados. Las tropas leales tuvieron siete muertos, el capitán y once soldados heridos y dieciséis prisioneros. Los rebeldes sufrieron la pérdida de trece muertos y muchos heridos.

Los heridos, entre ellos el mismo capitán señor Valenzuela y Serrano, fueron trasladados á la enfermería de Marina de Cienfuegos, y caso singular, pero verídico. La mujer, por temperamento sentimental é inclinada á la compasión y á la lástima, sin contar jamás la clase é índole del que sufre, porque la ternura constituye la característica de su ser, merced al vertedero laborante, que no podemos vislumbrar de qué medios se valdría, es lo cierto que ha logrado intoxicar tan preciosa virtud en algunas señoritas, aunque pocas por cierto, de la ciudad de Cienfuegos. Cuando los heridos leales hechos en el ingenio Cantabria fueron conducidos á Cienfuegos, en ciertas niñas notáronse especial alegría, satisfacción y complacencia al ver pasar á los camilleros con la triste carga. Semejante actitud provocadora excitó la indignación de todas las almas generosas y honradas, de todos los corazones nobles que en el paciente no ven más que á un ser desgraciado por el sufrimiento y nunca á un enemigo: la colisión no hubiera tardado en llegar; pero la oportuna retirada de las *tiernas laborantes* que viven en la calle de Velasco, evitó el conflicto. Hacemos mención de este dato que no por lo insignificante carece de importancia, si reflexionamos que en la población cienfueguera, hospitalaria y compasiva en sumo grado, española por excelencia, pudo el laborantismo artero borrar tan magnánimos sentimientos en los corazones de cuatro señoritas.

Los prisioneros hechos en la escaramuza habida en la loma *Los Tardíos*, fueron conducidos á la Sigüanea, abrupta sierra situada al noreste de Cienfuegos y allí permanecieron dos días ignorando la suerte que la desgracia ó el temperamento del cabecilla podía reservarles. El cabecilla

Alfredo Rego, entretanto, escribió al comandante de armas del poblado de Cumanayagua, participándole su manifiesta intención de entregar los prisioneros y le fijaba el día, sitio y hora, para que saliera con ó sin fuerza á recogerlos, dándole las debidas seguridades de que nada desagradable le sucedería. Rego cumplió fielmente su palabra. Los prisioneros fueron entregados á las autoridades españolas, y el cabecilla muy emocionado se despidió de cada uno de ellos, dándoles un cariñoso abrazo. La entrega terminó con un *Viva España*, viva que fué contestado por el cabecilla insurgente. Al entregar Rego á los soldados prisioneros dijo: *Devuelvo al ejército ese puñado de héroes, que son honra de España por su valor, por su patriotismo y por su entusiasmo por la causa que defienden. Lo digo con orgullo: me siento satisfecho al devolver estos héroes españoles (á quienes admiro) á las filas de donde los arranqué, porque tengo en las venas sangre española. Soy hijo de una gallega, y el entusiasmo por la causa que defenderé mientras me dure la vida, no ha de cerrarme los ojos para ver y aplaudir hechos heroicos de los que son hoy mis enemigos, compatriotas al fin, de quienes heredaré el valor para luchar en el campo.* Al marcharse les dijo sonriendo: *Adiós, valientes.* Nosotros hemos hablado con los ex-prisioneros, les hemos interrogado acerca del trato que les dió el cabecilla los días que estuvieron en su poder, y nos han contestado que ninguna queja podían aducir, antes al contrario, guardan un vivo é imperecedero agradecimiento. Hemos consignado este hecho, como una prueba del espíritu de imparcialidad que nos domina, por cuanto nuestro deber es la exposición de la verdad sin atenuaciones de ningún género. Así no se podrá tacharnos de exagerados en nuestros calificativos aplicados á la generalidad de los insurgentes, porque el caso citado constituye una excepción del proceder, que siguen en la guerra los enemigos de nuestra patria. En todos los demás hechos solo podremos hablar del exterminio y venganzas salvajes, por ser esta la característica de los insurrectos. El asesinato, la violación, el incendio, el saqueo, la devastación y la venganza personal, escudada en una causa, son actos aborrecibles, execrables y repugnantes siempre; así como simpáticos, gratos y aplaudidos universalmente, los humanitarios procedimientos aunque no excesivos, para que no degeneren en débiles, aun en situaciones en que los asuntos se ventilan por la fuerza de las armas. El ser cruel, sanguinario y extremado solamente es grato á ciertos entes que constituyen una excepción, un aborto de la naturaleza; pero nunca á los hombres que poseen un carácter templado, recto espíritu de moderación por haberse criado y ser hijos de una nación hidalga como lo es por excelencia nuestra España, á los que tienen conocimiento del corazón humano. Por eso es una calumnia, una falsa imputación hija de nefando contubernio, el llamar crueles á nuestros generales, por cuanto, en todos ellos resplandecen en grado eminente las cualidades antes mencionadas.

Una cosa es la crueldad y otra muy distinta la justicia; pero los eternos detractores de España, confunden intencionadamente ambas cosas. Con la crueldad puesta en ejercicio, toda causa por justa que sea,

conviértese en despotismo; se hace odiosa aunque el número de víctimas sea escaso, muy poco considerable. La antipatía surge porque se infiere á la humanidad una grave afrenta. Sin embargo, ejercitándose la noble visión de la justicia, sostén de los pueblos, de las naciones y de la sociedad entera, dáse completa satisfacción á ésta, cuando se vé agraviada por los trastornos que los enemigos del orden ocasionan; se aplica la más excelsa de las virtudes. Si no hay piedad para libertar al que denuncia delitos, ni para un soldado que desacata á un superior, ni para tantos infelices que son víctimas de sus extravíos y pasiones, ¿por qué se ha de implorar el perdón para los insurgentes, especialmente para los de la actual insurrección cubana, cuando en su mayoría son criminales vulgares, mercaderes de sangre humana, comerciantes de víctimas, aventureros extranjeros y seres degradados? Además, si los delitos de traición á la patria en toda la variedad de formas que se manifiestan, son castigados por todos los códigos con la pena de muerte, ¿qué otra cosa pretenden los revolucionarios de Cuba, mas que traicionar á España y usurparle un dominio que posee con legítimo derecho de propiedad, con todas las formas señaladas por el derecho para su adquisición? España noble en sus actos, demasiado generosa en sus procedimientos, ha se portado conforme con sus antecedentes históricos, su hidalguía jamás desmentida, y dicho proceder han seguido todos los generales que se han hallado al frente del mando superior en la isla de Cuba, idéntica conducta sigue en la actualidad el digno Marqués de Tenerife, porque todos los generales españoles estiman y aprecian en alto grado el prestigio del uniforme que visten; pero cuando los tribunales militares, los consejos de guerra, estiman conveniente la aplicación de la pena de muerte á los rebeldes prisioneros por haber motivos, datos y hechos positivos para aplicar la última pena, entonces la ejecución de los reos no constituye una arbitrariedad, sino el cumplimiento de la ley, el triunfo de la justicia. Esto precisamente es lo que se viene haciendo en la guerra de Cuba, á pesar del carácter anárquico que le han dado los rebeldes.

El general Martínez Campos realizó durante esta época su último viaje de exploración por la Isla, obediendo, sin duda alguna, esta determinación, al fin de investigar la situación de los rebeldes para establecer luego con firmeza la residencia del cuartel general y en prender las operaciones defensivas en grande escala, cuando llegase la expedición que se estaba preparando en la Península; expedición que debía llegar á las cubanas playas entre los últimos días de Noviembre y primeros del mes de Diciembre. Ya veremos que el punto en donde el General en Jefe estableció su residencia y la del cuartel general fué la ciudad de Cienfuegos, punto muy adecuado y oportuno, pues no ignoraba las intenciones del cabecilla dominicano. Dichas intenciones eran las de invadir las provincias occidentales con el objeto de impedir la zafra y destruir la riqueza, obrando de conformidad con las instrucciones recibidas de la junta revolucionaria de Nueva-York. El *generalísimo* dominicano había asegurado que su caballo había de beber agua del río Almendares allá por la Noche-buena, y efectivamente, cumplió tan atrevida promesa.

El general Martínez Campos marchó á Ciego de Avila y desde allí continuó su explorador viaje hacia Sancti-Spíritus, atravesando los espesísimos bosques y tupidas maniguas de aquellas jurisdicciones. Pasó por Taguasco, Marroquí y Zaza, demarcaciones plagadas de rebeldes, y esta excursión constituye por sí sola, una interesante página de la guerra, que habla muy alto en pro de la bravura del general y de su increíble resistencia, si tenemos en cuenta su avanzada edad. Nunca hemos abrigado sentimiento alguno de hostilidad al general, por más que en algunos casos le hayamos dirigido acres censuras. Comprendemos lo delicada que es la misión de un Gobernador General y General en Jefe en las posesiones ultramarinas españolas, en los momentos que por los cuatro ámbitos del horizonte ve amontonarse las negras nubes de la iusurrección. El general Martínez Campos, en su atrevida y temeraria excursión, salió de Ciego de Avila con una pequeña columna compuesta de infantería y de caballería. Al llegar á Marroquí acampó, sufriendo muchas molestias por los fuertes chubascos que cayeron. De Marroquí marchó á Taguasco donde pernoctó, y en este punto cambió la columna que le acompañaba formada por dos compañías del batallón del Chielana y otras dos del de Tetuán. Durante el trayecto fué hostilizado sin interrupción por las partidas rebeldes. Si bien es cierto que nunca opusieron una resistencia formal y seria, no obstante, obligaron á los soldados diferentes veces á contestar al ataque y á marchar con la debida cautela. Cuando llegó á las orillas del río Zaza, vióse obligado á suspender la marcha, porque el río á consecuencia de las copiosas lluvias caídas en aquellos días se había desbordado, inundando una considerable extensión de terreno. Intentar vadearlo hubiera sido una temeridad. Eutonces el general mandó acampar, esperando el descenso de las aguas para vadearlo, y así permaneció en expectativa durante dos días, pero las lluvias continuaban, y tanto el general como los soldados sufrieron grandes y continuas molestias. No podían descansar ni reparar el cansancio mediante el sueño, por hallarse el campo convertido en extenso barrizal. Viéronse en la necesidad de subir á una loma y después de infinitas penalidades, general, jefes, oficiales y soldados pudieron conciliar el sueño, pero continuamente interrumpido por el fuego del enemigo, que sabedor del sitio en donde estaban acampados los leales, acudieron en mayor número para atacarlos. No fueron tan mal dirigidos los disparos, cuando una bala atravesó el maletín del general que le servía de almohada, y por la dirección se colegía, que disparaban hacia el sitio donde presumían estaba acampado el cuartel general. Por fin la columna pudo continuar su marcha y llegó á Sancti-Spíritus, terminando de esta manera la *odisea* del general. Una vez en la ciudad espirituana tomó el ferrocarril de Tunas de Zaza, y en este puerto embarcó en el *Villaverde* en dirección á Cienfuegos, y desde la ciudad del sur se fué á la Habana por la línea férrea.

En el poblado de Guayos, situado en la jurisdicción de Sancti-Spíritus, tuvo lugar otro hecho de armas muy honroso para las escasas fuerzas que había destacadas en dicho punto. Esta jurisdicción, á pesar

de ser amiga del alcalde espiritual Marcos García, y de no haber tomado éste activa parte en la insurrección y aún á pesar de condenarla, si atendemos á los reclamos de la prensa liberal, por más que la reprobación aparezca problemática ante el que juzga imparcialmente y con recto y desapasionado criterio los hechos; la revolución alcanzó notable incremento; los rebeldes estaban muy envalentonados; los auxilios que recibían eran frecuentes y de importancia; Roloff, jefe insurrecto de la demarcación, continuaba realizando espantosos crímenes y execrables atentados con la dinamita. La fuerza defensora de la legalidad se componía de tres guardias civiles mandados por el comandante del puesto Antonio Rojo, cabo del mismo benemérito instituto, y del comandante de voluntarios Don Manuel Megariño, más once individuos del mismo cuerpo. Sin embargo, las fuerzas rebeldes formaban un contingente de más de mil hombres.

Como á las ocho de la noche del veinticinco de Octubre, oyóse en el poblado el trotar de numerosa caballería. Todas las señales hacían presumir la proximidad de los insurgentes; y en efecto, prontamente divisaron los tranquilos habitantes del poblado á los rebeldes que iban á atacarlo. El centinela del puesto de la guardia civil dió el *quién vive* á un grupo que se aproximaba, siendo contestado con los gritos de *Cuba libre* y una descarga. Oída ésta, al momento dispuso el cabo Rojo que toda la fuerza ocupase las aspilleras para rechazar el ataque. El enemigo después de haber tomado los puntos y hasta algunas casas, rompió el fuego contra el cuartel, fuego que fué contestado por los defensores con descargas cerradas. Cuantas intentonas hicieron los rebeldes, que por cierto fueron muchas, para asaltar el fuerte, otras tantas fueron rechazados por los proyectiles de los defensores leales, hasta que viendo la imposibilidad de rendir á aquel puñado de valientes, apelaron al incendio del pueblo. Ni aún con el empleo de tan reprobado medio lograron conseguir lo que deseaban, por el nutrido fuego que hacían los del fuerte. Por fin, convencidos del fracaso de su intentona los rebeldes, desistieron del ataque después de cuatro horas de lucha, retirándose, no sin haber quemado antes la casa del comandante de voluntarios señor Megariño, para vengarse de lo mal librados que habían salido. Los insurrectos estaban mandados por los cabecillas Cayito Alvarez, hombre de pésimos antecedentes, Higinio Piñero y Antonio Muñoz.

Al amanecer, los leales practicaron un reconocimiento en el interior del poblado, y encontraron el cadáver de un insurgente atravesado de dos balazos, cuatro sombreros y algunos charcos de sangre. Este fué el resultado del ataque al poblado de Guayos: una ilusión concebida por los enemigos de España al querer rendir un puñado de héroes y una decepción sufrida ante el valor de los españoles; decepciones de los insurgentes y heroicidades de los hijos de España que las veremos repetidas en infinidad de casos, en cuantas ocasiones oportunas se ofrezcan para manifestarse y continuarán repitiéndose en el curso de esta guerra.

En la provincia de Puerto Príncipe ocurrieron durante esta época dos escaramuzas, que si bien fueron gloriosas, demuestran palmariamente

el poco acierto en las operaciones, la falta de previsión del General en Jefe ó la excesiva confianza que en el valor de los soldados ó en el suyo propio tienen los jefes de nuestras columnas, sabiendo que los rebeldes jamás aceptan combate á no ser en condiciones ventajosísimas, ya por la superioridad numérica, ya por la índole del terreno, ó bien por las dos circunstancias reunidas. Esto es la ley general, el sistema socorrido, la táctica de los insurgentes.

Los cabecillas Carrillo y Cantero con fuertes partidas de seiscientos hombres acamparon en el sitio llamado Salamanca, y desde allí enviaron una carta al teniente que mandaba el destacamento de Altamira, intimándole la rendición. Fué contestado en el lenguaje lacónico y patriota que en tales circunstancias emplean siempre los buenos españoles: *antes la muerte que la rendición*. En el ingenio Luisa, próximo á Altamira, se encontraban acampadas las partidas de Nápoles y Castillo, compuestas de unos doscientos hombres entre las dos, que adicionadas á las anteriores sumaban unos ochocientos hombres. Una pequeña columna de veinticinco soldados del batallón expedicionario del regimiento de Burgos, mandada por un teniente, aproximóse al ingenio Luisa por detrás del cementerio del mencionado ingenio. Los rebeldes formaron la consabida herradura para envolver á la tropa; pero los soldados sin intimidarse á pesar de la muchedumbre insurgente que los envolvía, contestaron con un vivo y meritorio fuego y batieron en retirada. Los cabecillas al ver que se les escapaba lo que ellos juzgaban fácil presa, ordenaron una carga al machete, y quince soldados quedaron muertos en el campo. El comandante del destacamento de Altamira salió apresuradamente con catorce soldados en auxilio de aquellos valientes y víctimas de tan abrumadora superioridad numérica, mientras las fuerzas de Burgos se resistían valerosamente desde la tapia del cementerio. El auxilio no pudo ser más eficaz y los rebeldes se retiraron, dejando en el campo catorce muertos, entre ellos, el cabecilla Cantero. Los dos oficiales que con tanto acierto contuvieron al enemigo son los señores Giménez Rubia y Coca.

El Comandante General de la provincia de Puerto Príncipe, señor Mella y Montenegro, salió á operaciones con una fuerte columna, dejando casi desguarnecida la capital. Sabedores de la salida los insurrectos, aproximáronse en número de doscientos cincuenta jinetes al punto denominado La Vigía, que da entrada á la ciudad, como retando á las exiguas fuerzas que en ella habían quedado. Los guerrilleros del Camagüey en número de unos setenta, todos ellos á pié, salieron en persecución del audaz enemigo; pero éste se retiró, ocultándose en la manigua. Como unas dos horas llevarían andando los guerrilleros sin ver la huella ni rastro alguno de los rebeldes, y al retirarse en dirección á la capital aparecen de nuevo los enemigos, cortándoles la retirada. No había remedio, se imponía aceptar un combate, como siempre, altamente desigual. Los tiradores del Camagüey formaron el cuadro y en esta actitud continuó la marcha hasta una colina. La caballería rebelde intentó dar una carga al machete y llegaron hasta unos doscientos metros; pero fueron recha-

zados por el fuego certero de los tiradores españoles, hasta que por fin huyeron dispersos al divisar dos escuadrones leales que iban en auxilio de los tiradores. La intentona resultó otro nuevo fracaso y les costó la pérdida de siete muertos y nueve heridos, que dejaron abandonados en el campo. El capitán retirado señor Mon que era el jefe de los valientes tiradores del Camagüey, les dijo al formar el cuadro: *Aquí firmes, muchachos, aunque vengan mil jinetes; pues solo seis pueden atacar por cada frente del cuadro. Los demás que ataquen, ellos mismos se matarán.*

En la provincia de Santiago de Cuba continuaban lentamente las operaciones. En la jurisdicción de Baracoa, la más oriental de toda la Isla, verificáronse algunos importantes y victoriosos hechos de guerra, llevados á cabo por el teniente coronel señor Zamora. Este salió con su columna compuesta de unos cuatrocientos hombres del regimiento de Talavera y sesenta jinetes, siendo su objeto relevar el destacamento de la guardia civil que defendía el puesto de Monzo. Cuando la pequeña columna llegó al sitio denominado Paso del Roble, se presentaron los rebeldes en actitud de combatir, pero fueron desalojados de sus posiciones, emprendiendo precipitada fuga. Nuevamente rehechos, antes de llegar á Paso del Roble, hubo necesidad de batirlos tres veces, sufriendo los rebeldes en dichas escaramuzas la pérdida de tres muertos y once heridos. Los leales solamente tuvieron un herido leve. Al huir los insurgentes, dirigiéronse hacia la costa perseguidos por nuestros soldados y el caza-torpederos *Alonso Pinzón* y cañonero *Alsedo* que navegaban por aquellas aguas, rompieron un vivo fuego de cañón acabando de completar la desbandada del enemigo. Continuando las operaciones encontró á la partida del cabecilla Gil fuerte de ochocientos hombres y ocupando magníficas posiciones. Roto el fuego el cual se prolongó más de cuatro horas, los insurgentes fueron derrotados y sus posiciones tomadas á la bayoneta. Dejaron en el campo veinticuatro muertos, fusiles, municiones de boca y guerra y machetes. Los heridos fueron numerosos. La columna tuvo doce heridos.

De esta manera terminó el séptimo mes de la guerra sin ofrecer nada original, nada característico. Los que esperaban algún empuje más fuerte, el libramiento de un combate si bien no decisivo, porque esto no es posible con el sistema de pelear usado por los rebeldes, á lo menos bastante enérgico para abatir y desmoralizar las partidas, no pudieron lograr sus deseos. No obstante, el general Martínez Campos todavía conservaba cierta popularidad y simpatía; los amantes del orden, los buenos españoles, aún confiaban en el plan del general y en la campaña de invierno, que según se decía iba á emprenderse prontamente de una manera eficaz, y que sacaría al ejército de la defensiva para tomar la ofensiva.

En la Península preparábase otra expedición, la cual debía llegar á las cubanas playas á últimos de Noviembre y primeros días del mes de Diciembre. La nación española deseosa de poner término á la guerra, cumplió su promesa de enviar á la Isla insurreccionada cuantos hombres y elementos fueran necesarios. Millares de soldados estaban ya prepa-

rados en expectativa de embarque; sin embargo, llevamos más de siete meses perdidos, de heroismos esterilizados, de sangre generosa derramada sin provecho alguno. Triste es reconocerlo, pero las consecuencias las hemos estado palpando; los sacrificios de la nación, tantas lágrimas, tantos infortunios, tanta sangre y tantos entusiasmos, todo ha sido inútil por la incalificable conducta, por no decir misteriosa, del general Martínez Campos. Mientras España enviaba al teatro de la guerra todos aquellos elementos indispensables, y aún excesivos, que empleados con el debido método y táctica por un General en Jefe menos poseído de su competencia, hubieran sido suficientes para terminar la guerra; desaciertos visibles de la primera autoridad insular, errores inconcebibles, ceguedad sistemática han dado por resultado final, el no servir de nada las lágrimas vertidas, los gastos enormes y el heroísmo prodigado. Un hado funesto imperaba en la dirección de la guerra. El ejército desparramado por la Isla sin orden ni concierto alguno, los batallones y aún las compañías completamente fraccionadas, las pequeñas columnas, como ya hemos visto, atacando en reducido número á gruesas partidas rebeldes, sacrificando inútilmente sus preciosas vidas, la inhabilidad incorregible del general Martínez Campos afirmándose más en tan fatal sistema, y los resultados prácticos continuaban siendo negativos.

Llegará la nueva expedición á Cuba, pero como la dirección sigue siendo la misma, no bastará á llenar y cumplir el ansiado fin, y continuando de esta manera, no serán bastantes cuantas se manden ni aún que fuera (como ya hemos dicho) toda la savia militar del país ó nación más poblado y poderoso. Lo único que se ha conseguido con el sistema de hacer la guerra empleado por el general Martínez Campos, ha sido demostrar nuevamente ante las naciones el temple, valor y patriotismo del soldado español, la resistencia y energía del mismo, su nunca abatido espíritu. Estos han sido los resultados, más los positivos referentes á la paz con tanta ansiedad esperados, no se han visto, ni tan siquiera vislumbrado. La lógica de los sucesos, el sentido común, el criterio más obtuso comprendía al momento, la carencia de ciertas medidas que debieron adoptarse por ser de eficacia inmediata en las guerras de Cuba. Desde el principio de la insurrección era evidente para todos, las medidas que eran necesarias adoptarse.

El primer error del general Martínez Campos fué el no decretar la requisita de caballos, pero llevada á cabo con todo el rigor necesario, y sin escasear los medios coercitivos á los infractores. La ventaja inmensamente extraordinaria que tenía el enemigo, la relativa superioridad sobre nuestras pequeñas columnas y la dificultad manifiesta en todos los combates de poder dar alcance á los rebeldes, consistía en la caballería. Los insurgentes, aún los de infantería, iban montados, y de esta manera eludían y burlaban la persecución de las tropas. La misma movilidad les daba facilidades para efectuar reconcentraciones, verificar sorpresas y desaparecer en caso de apuro, como si fueran seres invisibles ó fantasmas. Si al principio de la rebelión se hubiera tomado tan conveniente medida, otro sería el sesgo ó caracter actual de la guerra, caso de haber continuado.

Otro error, no menos importante que el expuesto anteriormente, fué la diseminación en pequeños destacamentos del numeroso ejército que la nación había puesto á sus órdenes, así como también no haber fijado preferentemente la atención á la vigilancia de las costas por todos los medios disponibles al efecto. La mayor parte de las tropas estaban destacadas en los ingenios, y sin embargo, muchos dueños de los centrales custodiados contribuían á la revolución, dando á la junta revolucionaria de Nueva-York sumas cuantiosas. Las mismas tropas que la nación española había mandado para combatir la insurrección quedaron en auxiliares de los mismos revolucionarios pacíficos, merced á los procedimientos y táctica especialísima de Don Arsenio. Hubiera sido más acertado que el sistema de los pequeños destacamentos, verdadero idealismo del general, la formación de un plan que hubiese permitido reunir en columnas de combate, los muchos miles de hombres deseminados en los centrales é ingenios de menor importancia, y que ayudadas éstas con una eficaz vigilancia de las costas, pudieran combatir con energía á las partidas. La prensa militar española censuraba con acritud la dirección de la guerra, la extranjera no la aplaudía y algunos profesionales de la milicia la reprobaban, y en pocas palabras, la totalidad de los muchísimos militares que había en Cuba á quienes interrogamos sobre este particular, apreciaban todos ellos los sucesos con marcado disgusto y la marcha que para impedirlos debía seguirse la creían muy distinta, apreciaban las cosas con un criterio diametralmente opuesto al seguido por el General en Jefe.

Otro error no menos entitativo para alcanzar resultados positivos, fué el no decretar la reconcentración de los campesinos (guajiros) á los poblados donde hubiera guarnición de las tropas leales. El campo lleno de enemigos ó de campesinos tímidos, en los cuales la fuerza moral aparente de algunos cabecillas ejerce sugestión invencible, era dominado por los rebeldes, y se hacía de imperiosa necesidad la desaparición de todos cuantos elementos fueran hostiles ó de dudosa sinceridad. La reconcentración era reclamada con insistencia por cuantos militares operaban en la Isla, porque los guajiros eran todos ellos confidentes de los rebeldes. Por más que sea una verdad que no todos los guajiros eran amigos de los insurgentes, ni simpatizaban con la revolución, también es un axioma que los revolucionarios dejaban terribles señales de espanto por donde vagaban, y ahorcaban á inocentes por la más leve sospecha de españolismo. Por esto, los habitantes del campo se convirtieron en auxiliares poderosísimos de la insurrección, pues ésta, para lograr dicho fin, utilizó procedimientos propios del bandidaje, es decir, del terror.

Sin embargo, aunque no todos los campesinos eran enemigos de España, podemos afirmar que se encontraban en dicho estado la inmensa mayoría, y que el autonomismo ha sido el intoxicador y propagandista más eficaz. Basta haber vivido algún tiempo en la isla de Cuba, para apreciar lo inconveniente que es dicho partido. Con su diafanidad invisible ha causado más perjuicios á España que las hordas de Maceo. La insistencia de más de un lustro, insertando en sus periódicos diarias quejas contra la nación magnánima que lo consideraba como partido

legal sin merecer tan honrosa distinción, de censurar todo lo que era español, porque para dichos señores todo es defectuoso, la adulación incorrecta hecha en pró de los Estados Unidos del Norte, en suma, las innumerables intemperancias, desplantes y en ocasiones mendacidades saturaron de hispanofobia á casi la totalidad de los habitantes de la Isla. Con un falaz y exagerado cubanismo, ellos mismos, con sus teorías radicales y exclusivas, han arruinado á Cuba. Y de que todos ellos son muy patriotas, es decir, españoles, nos lo prueba el soñador residente en Cambo (Francia) señor Giberga y Galí, su hermano Benjamín, Coronado, etc.

El general Martínez Campos calificaba la reconcentración de dispendiosa, y aferrado á esta económica idea quiso aborrrar sacrificios á España. Por esta razón más ó menos fundada, no ordenó la reconcentración. Pero la opinión general apreciaba las cosas con distinto criterio que el singularísimo del general, y creía ésta que nada hay tan costoso y tan triste como la prolongación de la guerra, y además que todo sacrificio por grande que sea con tal de resultar eficaz, de llegar á una completa victoria y al aniquilamiento del enemigo, parece pequeño. La historia decidirá con su inapelable é imparcial fallo, si el criterio del general era más acertado que el sustentado por la opinión.

CAPITULO XIII.

SUMARIO.—*Actitud de la prensa cubana.*—*Inconveniencias de los periódicos La Lucha, La Discusión, El País, El Diario de la Marina y La Unión Constitucional.*—*Combate de la Hanabanilla.*—*Avance de los rebeldes.*—*Acción de Cayo Espino.*—*Captura y fusilamiento de los cabecillas Acebo y González.*—*Entrega alceosa del fuerte La Vigía.*—*Bando ordenando la concentración.*—*Despedida entusiasta hecha en la Península á los soldados expedicionarios.*—*Embarque de los generales Marín, Pando y Pín.*—*Entusiasta recibimiento á los mismos en la Isla.*—*Nueva organización del ejército de operaciones.*

La prensa llamada por antonomasia el *cuarto poder del Estado*, debe por su noble misión en todo país civilizado, dirigir sus esfuerzos á infundir en los pueblos las ideas de orden y progreso, de religión y moralidad; pero nunca incitar á la rebelión y á la demagogia. Su objeto, no es tan solo el referir y comentar noticias y hechos de actualidad, sino el de propagar y difundir incesantemente ideas, pensamientos y doctrinas que, excitando el desarrollo de grandes intereses materiales y de cuestiones religiosas, sociales, morales y filosóficas, tiendan á la consecución de un fin moral. Por desgracia en Cuba, merced al libertinaje de que ha disfrutado y del encono interno existente en la mayor parte de los redactores en contra la nación española, se ha estado haciendo una propaganda peligrosa, inculcando á los lectores las ideas de rebelión y de falta de respeto al principio de autoridad. Como allí la política no es de partido sino de adhesión ó de separación, aunque otra cosa afirmen ciertos con-

vencionales antillanos, debemos asegurar, que el periodista es un ente alimentado por los conspiradores y creado para la revolución. Esa es la prensa que se titula cubana con exclusión de la llamada española.

Durante el mes de Noviembre y en circunstancias muy tristes por cierto, en virtud del incremento incesante que adquiría la revolución, parecía lógica la unidad de la prensa defensora del orden y de la legalidad, de esa prensa, órgano de los partidos nacionales. Todo contribuía, como era muy natural, á abrigar la esperanza de creer que ante el peligro común encarnado en la guerra, apagasen los periódicos los fuegos, defensa y ataque basados en el principio de bandería. Nótese que aludimos á los tres partidos legales reconocidos en la Isla de Cuba, ya se llamen de Unión Constitucional, Reformista y Autonomista. Los que aman á la Patria, jamás pueden renunciar á los deberes que tan sublime concepto impone, y por eso en determinados momentos se aunan los bandos contrarios. Este fenómeno de identidad de pareceres, cuando hay ilusos que pretenden destrozár á la Patria, nada tiene de extraordinario, antes bien, lo consideramos natural y lógico, mientras que lo anormal, irregular, inusitado y hasta peligroso, sería el obrar en sentido opuesto. Lo mismo que el individuo, aunque en más eminente grado, se ofrece el concepto de Patria como una entidad, que en sus componentes reúne de una manera completa la unidad, el equilibrio y la armonía. La *unidad*, porque sobre la idea de Patria nada se concibe más elevado, todas las actividades ejercitadas en los complejos organismos á ella convergen, y véñese realizados los ideales respectivos conforme las aspiraciones sean viables en el terreno de la práctica, constituyendo las diversas fracciones (*partidos*) el balance recto y fiel para contrarrestar los extremos siempre peligrosos, los radicalismos exagerados también nocivos, y los retrocesos irritantes, es, en suma, el vínculo general y común de todos sus hijos. La *armonía*, por cuanto en la apreciación á manera de la *justicia distributiva*, proporcionalmente se reparten las consideraciones merecidas á los partidos militantes según su importancia, sensatez y prudencia.

Pero en el curso de la vida nacional llegan solemnes ocasiones, críticos momentos, en los cuales pretenden ciertos soñadores enemigos del orden, ambiciosos por sistema, explotadores de trastornos, seres utópicos y envilecidos, atentar contra la unidad nacional, contra la solidaridad de la Patria, restándole elementos integrantes, porciones de su suelo, mediante desmembraciones del territorio; en suma, desean y combaten por quebrantar y reducir la integridad nacional: más entonces los partidos todos, las fracciones legales que tengan probado suficientemente su gubernamentalismo, hacen ostentación del amor patrio, estrechan las distancias honestamente y sin abdicaciones humillantes, de los principios que informan á los partidos, se confunden, porque el sentimiento general ó sea el patriótico, se sobrepone al de bandería, naciendo de esta convergencia el idealismo *de la patria una é irreductible en su unidad é integridad*. Esos momentos solemnes y de prueba para la unidad é integridad de la patria española, han sonado en el horario de los acontecimientos, y sin embargo, esa convergencia de ideas en lo referente á la Patria ame-

nazada, de apreciaciones para el bien nacional, para el fin general, de unión de voluntades, lo mismo que de los individuos y de los partidos, aún no la vemos realizada en el mes de Noviembre, precisamente cuando la insurrección se hallaba en su apogeo y amenazaba invadir toda la Isla. La convergencia y aunación de voluntades, verdadero proceso lógico de la razón y de la voluntad, de la buena fé política, no ha sido un hecho, por no existir quizás en el sentimiento y en las esferas serenas de la razón el superior ideal de la Patria, ó por exceso perjudicial de bandería. Si este proceder negativo para la salvación general de la unidad é integridad de la Patria no ha sido efectivo á pesar de las buenas intenciones que animaban á la mayoría, diremos, que los obstruccionistas, los que lo han impedido, evidenciaron su mala fé, su hipocresía.

Nada de extraordinario hubieran hecho los partidos antillanos, ya que se titulaban legales, en deponer la discusión y la polémica de bandería en la época que narramos, agrupándose en compacta unidad para defender los intereses de la Patria; mas no llegaron á culminar tan importante deber. Es evidente, que de haberse realizado la unión y cooperación de las voluntades y energías de todos los buenos hijos de España, el feroz separatismo hubiera sufrido rudo golpe y precursor de su aniquilamiento. Hoy es la rebelión injustificada lo único que debe llamar la atención de todos, y por lo tanto, el objeto preferente es el reunir y acumular los medios de defensa posibles, así como el interés de cuantos amen al orden y á España juntamente, y el fin esencial es el acabar con el conato separatista. Cuando el sol de la paz se enseñoree de nuevo en la conturbada *Antilla*, sea enhorabuena el ideal político sin exageraciones más siempre noble y honrado, el campo de honrosa lid como incumben á los partidos serios y á la prensa digna. Somos de opinión, sin embargo, de que la actividad continua determinada y manifestada por los bandos políticos, no tan solo es justa, digna y plausible, sino también de que debe vigorizarse y alcanzar el mayor perfeccionamiento posible mediante la propaganda y una racional polémica; pero también somos partidarios de que toda actividad determinada en actos extremos y de trascendental importancia en la vida de los pueblos ó en las mutaciones de su naturaleza, debe reunir las indispensables condiciones de oportunidad y decoro. En este último defecto ha incurrido toda la prensa de Cuba, sin exceptuar la de ningún partido, y las recriminaciones provocadoras fueron la nota imperante.

Empecemos por *La Lucha*, periódico industrial y de información, sin ideal definido y cuyo móvil es el lucro del práctico catalán, su propietario. La historia del incremento adquirido por *La Lucha*, dice la opinión que es problemática en lo referente al concepto patrio; sólo diremos que si la conspiración dejara huella en las paredes del lugar donde se conspira, las de la redacción del mencionado diario estarían completamente averiadas y enmohecidas por las heces y hálitos del filibusterismo. Un ejemplo de la inconsecuencia de *La Lucha* nos bastará para probar sus contradicciones erróneas é intempestivas. Cuando el viaje de Su Alteza Real la Infanta doña Eulalia á Nueva York, con motivo de las fiestas

colombinas celebradas en la República norteamericana, la comitiva de la Real familia detúvose unos días en la capital de la Isla. Pues bien: *La Lucha*, que en algún tiempo se llamó diario *autonomista*, y entonces ostentaba el título de *republicano*, insertó un artículo de fondo, abogando y defendiendo con tenacidad la implantación de un *virreinato* en Cuba, á semejanza de los antiguos de Méjico, Nueva Granada, el Perú y Buenos Aires. Dicho artículo fué redactado por el mulato Juan Gualberto Gómez, traidor á España, uno de los primeros levantados en armas en la actual guerra, y condenado al penal de Ceuta por el delito de ser contrabandista de las armas destinadas á la insurrección. Casi la totalidad de los redactores del mencionado diario eran separatistas, y sin afirmar que el señor Antonio San Miguel lo sea, sí aseguramos que á dicho señor nada le importaba la Patria: la cuestión batallona para el mismo era el negocio, aceptando como redactores á los que pudieran conseguirle por su influencia mayor número de suscripciones; por su popularidad mayor cantidad de números en la venta callejera ó más celebridad en la sección de cuentos pornográficos, literatura adaptable únicamente á ciertos temperamentos. Basta leer con detenimiento la colección de *La Lucha*, y adquiriremos el convencimiento que en muchos años de todo ha hecho menos política española. Por eso el calificativo de *Gaceta de Máximo Gomez* con que la denominaron algunos periódicos españoles, es muy acertado, propio y digno, y no implica que en la actualidad haya cambiado de criterio, desde que asumió el mando de Gobernador General de la Isla y de General en Jefe el Excmo Sr. Marqués de Tenerife, injustamente calumniado y vilipendiado por el respectivo periódico.

La Lucha no se contentaba con defender á su gusto opiniones opuestas con el fin de ejercitar su sagacidad para obtener el lucro que era su objetivo, sino que además hacía prevalecer en sus columnas, por medio de argumentos especiosos, errores evidentes y cosas denigrantes contra nuestra nacionalidad, cuya injusticia era manifiesta á todos los españoles, y así lograba alentar á los separatistas. Escribía ensañándose y se introducía en materias ajenas á la jurisdicción de la *prensa*. No quería ó no sabía deslindar lo que es privativo á la nación y á los gobiernos, y escribía ó insertaba, se embrollaba y confundía á los demás en un caos de materias incoherentes. Llenó de preocupaciones á los lectores, extravió su juicio y envolvió en tinieblas su razón. Esta ha sido la ingrata labor del periódico habanero, hasta la llegada del general Weyler, que desde esa fecha ya ha cambiado de proceder.

Siempre las buenas formas han sido el mejor predicamento de las cívicas costumbres. Necesarias en la práctica por su uso incesante, sin embargo, hay ocasiones en las cuales se debe poner en vigor el tacto más exquisito, á fin de no entorpecer en lo más mínimo el empleo de la *morfología* social. También la política tiene su *morfología* tan delicada, fina, suave y e incunspecta como la social, y en determinadas ocasiones aún más, pues la índole de los asuntos políticos, el general y complejo interés de su incumbencia, la importancia de las cuestiones suscitadas en los Estados en sus relaciones con las demás naciones ó con los individuos de

las mismas (Derecho público), han creado un lenguaje simpático por la corrección en las palabras y lo delicado en la forma. *La prensa* también debe rendir tributo de buenas formas á su respectiva nacionalidad, á las potencias extranjeras y á la misma sociedad; pero en circunstancias anormales como las ocasionadas á Cuba por la guerra, son mayores los deberes, ya que solamente al caracter expansivo del Gobierno debía la libertad de emisión del pensamiento, estando suspendidas las garantías constitucionales.

Pero *La Lucha* y *La Discusión* abusaron de la indulgencia, y no perdieron ocasión de manifestar ciertas incorrectas tendencias, su inconcebible falta de respeto y carencia total de sentido político. Figuraba en el cuerpo de redacción de *La Lucha* otro redactor como el mulato Juan Gualberto Gomez, llamado Aniceto Valdivia (Conde Kostia). Dicho Valdivia y sus hermanos deben la educación al malogrado rey Don Alfonso XII. Valdivia pagó la generosidad del monarca con la más negra de las ingratitudes, manifestando benevolencias para el separatismo; sin embargo, los demás hermanos, más agradecidos y mejores patriotas, son dignísimos oficiales del ejército y su conducta acreedora al aplauso. Hacemos esta observación para no confundir la verdad, y además para que la vituperable conducta del Aniceto no empañe la correcta y excelente virtud patriótica de sus hermanos. El *Conde Kostia*, especial traductor, que se alimenta plagiando á los autores franceses de cuentos, clásico realista, erudito especialísimo y crítico exótico, romántico y cursi, que no digería lo leído y estilista del peor gusto, pero vanidoso hasta lo ridículo, publicó en el referido diario en el mes de Noviembre del pasado año, un cuento de corte filibustero, cuyo título decía así: *En donde mece la brisa*. Describía el señor Valdivia, en el referido cuento, á dos soldados españoles de manos callosas y tipo vulgar, los cuales habían asesinado cobardemente á una mujer. Empezaba de la siguiente manera: *La manigua se abrió*, y en el diálogo de los dos soldados, cuando referían la muerte de la víctima, exprésase el *Conde Kostia* con las siguientes rastreras frases: *No dijo ni hostia*, para decir que murió instantáneamente. El cuento, como se vé, no puede ser ni más inoportuno ni calumniador. Por el referido cuento, el vanidoso é infatuado *Conde Kostia* se vió precisado á imponerse un ostracismo voluntario: su residencia en Cuba moralmente era imposible. Esos son los resultados de las actitudes incorrectas y provocativas, las consecuencias de actos inconvenientes, en ocasión que los defensores de la nacionalidad derramaban su sangre en el campo.

El Diario de la Marina, altamente indignado y con un patriotismo que le honra, fué el primero en impugnar tan inconveniente cuento, y después siguió rebatiéndolo toda la prensa genuinamente española. La indignación ocasionada por el torpe escrito de Aniceto Valdivia, fué general en todos los amantes de España sin distinción de origen; la situación del autor en la Isla á todas luces insostenible. La defensa hecha por el *Conde Kostia* fué débil y llena de contradicciones por no ser posible la vindicación: el cuento era insurgente y repleto de vilipendios para el ejército: el sofisma, la humillación, el descrédito del falso conde, injus-

tamente acreditado, los tópicos empleados en la defensa, no pudieron salvarle del naufragio, porque no había defensa posible para justificar tan descabellado escrito. Sólo la prensa autonomista intencionalmente ó por negligencia no lo impugnó.

Aniceto Valdivia, al ver la falsa posición en que se había colocado, emigró á la República de Méjico y allí sigue en su idea, sino á sus anchas, porque el gobierno del presidente Don Porfirio Díaz prohíbe ciertos públicos desahogos pro-insurreccionales, á lo menos conténtase en hacerlo reservadamente, leyendo á los laborantes cubanos, su única y mal escrita oda titulada *A Polonia* (léase á Cuba). Los partidarios de *Cuba libre* aplauden frenéticamente la tan ripiosa oda. Es él partidario de los *meetings* filibusteros; el alma y el verbo de los improperios escritos en ciertos periódicos de aquella República contra España; el agitador continuo de las masas; en suma, el ingrato é impenitente que, debiendo su educación, bienestar y carrera á la magnanimidad de nuestro malogrado monarca (Don Alfonso XII), pagó con semejante proceder dichas mercedes. Un ejemplo de los muchos que podríamos citar respecto al orgullo huero y concepto del valor literario que Aniceto Valdivia se ha formado de su talento y de su propio *yo*, nos bastará para estereotiparlo de una manera clarísima. La ripiosa versificadora filibustera puertorriqueña *Lola Rodríguez de Trió* había garabateado (escrito) unos versos *sui generis*, que de todo tenían menos de versos, mezcla incoherente de pensamientos, malas construcciones y *ripics*. El pretense Daudet habanero en la prensa (Conde Kostia), era el designado para escribir el prólogo. Esta palabra *vulgar por lo usada*, no la podía emplear un literato de tan altos vuelos y de universal renombre como lo es Aniceto Valdivia, y en vez de prólogo púsole el nombre de *Pórtico*. Hablando de una cita y de un autor, con la mayor sencillez y modestia dice el *Conde Kostia*: *Esto nadie lo sabe más que yo, y si acaso Menendez Pelayo*. La llamada *Lolísima* por *El País*, diario de la Habana, también se encuentra actualmente laborando en Nueva-York.

El órgano oficial del autonomismo cubano (*El País*), el admirador de la *Lolísima* laborante, sin más fundamento y apoyo que sus afirmaciones, incurrió en un grave error al pretender asumir inmodestamente ser el representante del pueblo cubano, como si no existiesen otras opiniones que las de los señores autonomistas, y no tuviesen aquellas otros órganos para manifestarlas. Era de un cónico fino, ó de un visionario demente la naturalidad con que *El País* sedicente, culto y liberalísimo monopolizaba la representación cubana, fundándose, según él decía, en que su credo político era el deseo, la obsesión de los habitantes del pueblo de Cuba. Otro tanto hubieran podido afirmar todos los demás periódicos órganos oficiales de los otros partidos legales, por tener en su favor el apoyo de sus partidarios; sin embargo, presunción tan infundada, solamente la defendió breve tiempo *El Diario de la Mariua*, pues, también quiso atribuírsela á su partido (reformista); pero luego la abandonó por creerla imprudente y capciosa. Si *El País* entiende por representación de un pueblo la final aspiración de la mayoría ó tal vez de la totali-

dad, pues esto constituye la representación, debió separarse del partido legal, porque legal es el autonomismo en el concierto de los partidos nacionales, y defender la revolución, ya que separatista era entonces la mayor parte del pueblo cubano. No creemos que *El País*, á pesar de haber hecho campañas muy hostiles á la nación, de haber contribuído con sus escritos de subido tono, revolucionarios y hasta convencionales, al desquiciamiento del pueblo, deseara apartarse de la legalidad, porque entonces la representación aludida ya no era la del pueblo cubano sino la parcial ó de bandería, la del separatismo. Las circunstancias verdaderamente tristes y excepcionales que trajeron en pos de sí la guerra, exigían la cohesión de los partidos llamados gubernamentales cuando el objetivo de la nación española y el de los amantes del orden, no era otro que el de la paz, la venturosa paz. Luego adolecía la presunción del *País* de ser errónea, aplicándola á su partido, ó de ser inconveniente si era cierta: en el primer caso, nunca podía ser representación del pueblo cuando lo es de partido y de partido muy reducido: en el segundo, su existencia legal cesaba al momento.

El Diario de la Marina, que en el pasado mes de Noviembre aún no había podido olvidar las dulzuras del perdido poder y los restos de su exdominio esparcidos por las oficinas y centros oficiales, todavía abrigaba ilusiones infundadas, presentábase en la polémica bajo dos aspectos no solo diversos sino hasta contrarios. Unos días aparecía muy español, correcto é intachable, pero otros reprehensible y hasta capaz de infundir sospechas. Dicho dualismo del *Diario de la Marina* procedía del turno de los redactores, por cuanto el cuerpo de la redacción no era todo él de ideas ortodoxas, y en algunos redactores el patriotismo solo era convencional. La característica del órgano del reformismo consistía en aplaudirse á sí mismo y abrigar la creencia de que los adversarios nunca podían destruir y refutar los argumentos, opiniones, tesis y teorías de su política, y al mismo tiempo que sus réplicas eran tan contundentes y lógicas, tan correctas, viables y prácticas, que la prensa contraria, ó bien rehuía la controversia ó se declaraba en retirada y por la tangente para dejarlas incontestadas. Ilusiones vanas las del decaño habanero, y mucho más entonces, por caminar en el resbaladizo terreno de las hipótesis y carecer su marcha política de camino definido y claro. El director del *Diario* señor Rivero, que de intransigente tradicionalista háse convertido en liberal furioso y hasta simpatizador de la autonomía, dialéctico de zancadilla, pero sofista de altos vuelos, amigo de lo pequeño y de lo exclusivamente personal, especialista en tergiversar á su gusto y manera la opinión de la prensa tanto nacional como extranjera con los socorridos recortes, que en todas las declaraciones de nuestros hombres públicos veía entrañado el reformismo y por último, invulnerador sistemático de los más claros conceptos, mantenía con sus procacidades la anormalidad, la distancia y la tirantez.

Era director del periódico titulado *Unión Constitucional*, órgano de los conservadores antillanos, el señor Don Antonio González Lopez, actualmente diputado á Cortes por el mismo partido, hombre de fogoso

carácter, impresionable y dotado de cierto neurosismo, causa verdadera de sus habituales y comunes vehemencias. El sentimiento pátrio brilla fulgurante en el diputado mencionado, diremos sin exagerar la nota, raya á incommensurable altura, y por esto, vehemente y todo, sabiendo la causa de semejantes actos, es altamente simpática su conducta á todos los verdaderos amantes de España, porque sabemos la informa un celo digno y elevado, una causa buena y patriótica, una manifestación, aunque en ocasiones desequilibrada, siempre muy digna. Los editoriales redactados por la pluma del señor González Lopez, si bien no son tan dialécticos como los del señor Rivero, tienen la gran ventaja de la espontaneidad. El director de *El Comercio*, señor Ernesto de Lecuona, otro español sin distingos, que siente, vive y alienta para la Patria española, ayudado del simpático redactor señor Zaragoza, secundaban admirablemente la campaña emprendida por el órgano conservador. Esta era la situación, cuando audaces aventureros extranjeros, seguidos por ilusos cubanos, pretendían restar el territorio de la Isla á España, precisamente en una época en que la unión de todos los partidos legales debía ser efectiva, es decir real y manifestarse clara y terminantemente sin discrepancias en lo referente al criterio de defender el procedimiento de las armas, como el único para acabar con la guerra. La excesiva bondad del general Martínez Campos, su ilimitada concesión de indultos á los mismos reincidentes, había envalentonado muchísimo á los laborantes; la conspiración, recluta, colecta y demás auxilios para los rebeldes se fraguaba y hacía sin recato alguno, causando verdadero sonrojo é indignación á los amantes de España.

El señor González Lopez publicó un artículo de subido tono y memorable por la resonancia alcanzada, titulado *Échese la llave*, que se ha hecho célebre en las mentes de la prensa cubana. No afirmaremos nosotros la oportunidad de la publicación del referido artículo, porque en la misma prensa conservadora hubo diversidad de criterio, variedad de pareceres, pero sí haremos constar que era una necesidad de cambiar el procedimiento hasta entonces seguido por el General en Jefe. Una cosa es lo conveniente y oportuno, mas otra diversa, en ciertas ocasiones, lo imprescindible. La situación iba complicándose, la actitud de los rebeldes proseguía con encono la correría insurgente á las provincias occidentales de la Isla; ya no era una amenaza, puesto que la habían llevado á al terreno de la práctica, iniciando el movimiento de avance. Parecía lógico el que las fuerzas leales tomaran la ofensiva y nada había más distante de la realidad por mantenerse solamente á la defensiva. Las confidencias falsas dadas á los jefes de las columnas, bien para desorientar la persecución ó para llevarlas á una emboscada artera; el número ilimitado de presentaciones diarias hechas con el fin de espiar nuestras plazas y el estado de nuestras fuerzas; el laborantismo hecho públicamente en las ciudades y gozando de una impunidad absoluta, todos estos hechos que acusaban suma debilidad, fué lo que se propuso impugnar el señor González Lopez, para cortar los abusos, evitar las verguenzas y bochornos; pero nunca quiso ni mucho menos fué su intento, alu-

dir á los partidos políticos. Iba dirigido exclusivamente contra los rebeldes y separatistas mansos. Luego si la *inserción* del artículo titulado *Échese la llave* en el periódico *La Unión Constitucional* adolece de tener una problemática oportuna, injusto sería negar que dicho escrito no procedía de un sincero amor á la Patria. En la misma vehemencia de algunas censuras, en lo lacrimoso de ciertas lamentaciones, en lo elegiaco de lo mucho que se escribe en la preusa, reconócese siempre ese amor á la patria, á esa España tan grande como desgraciada, y más actualmente, por hallarse sometida á tantas amarguras y pruebas de deslealtad. Sin embargo, cuando la censura no se hace dentro de un criterio eminentemente nacional, y á lo lacrimoso y elegiaco se sobrepone lo reticente y hasta lo ridículo, el ataque injustificado y la alevosa invectiva, entonces la propaganda del periódico no procede del amor á la patria, sino del odio á la misma. Esta posición criminal, pero de crimen de lesa patria, fué la que adoptó en Noviembre el diario autonomista *La Discusión*, mientras que *El País* seguía otra nada patriótica y evidentemente sospechosa. Al artículo citado *Échese la llave*, contestó el órgano oficial del autonomismo cubano con otro editorial insolente y de reto, titulado *En guardia*, como si el diario autonomista se hubiera convertido en defensor de los insurgentes y patrocinador del laborantismo. La razón es obvia, porque si el artículo de *La Unión Constitucional* iba encaminado á demostrar lo necesarios que eran los procedimientos de mayor energía contra los rebeldes y los auxiliares, ¿qué concepto debió formar la opinión española de *El País* al quererse poner *en guardia*? ¿Qué motivos tenía ó aducir podía al adoptar tan incorrecta posición? Con razón ó sin ella, todos vieron en *El País* un patrocinador del laborantismo ó un más allá no menos diáfano aunque misterioso. A los referidos editoriales siguieron otros de tonos subidos y acres, tales como el titulado *En mangas de camisa* publicado en *La Unión Constitucional* y el de contestación insertado en *El País*, cuyo título era *Estamos de frac*, ambos audaces, duros, provocativos é inconvenientes.

No era entonces ocasión propicia para discutir; mas sí oportuna para la concentración de fuerzas y de energías, de severidad en el mantenimiento de toda disciplina, de cohesión en todos los partidos, el bien general, de rigor en el castigo contra los traidores, de vigorizar las fuerzas directivas del país á un fin común, al término de la guerra que constituía el objetivo principal, en una palabra, el único objeto, procurando no mermar los prestigios de las autoridades. Luego eran perjudiciales, entonces, las declaraciones literarias en materia de política y las ligerezas pedantescas del doctrinarismo, y sin embargo, se abusó muchísimo sobre este particular. La pasión de bandería fué sobrepuesta á la de la salvación de la patria, y las luchas cada vez más enardecidas, hicieron imposible la unión.

Mientras los partidos legales se destrozaban en bizantinas luchas, distanciándose de una vituperable manera del verdadero fin, los rebeldes obraban de muy distinto modo. El *desideratum* del pérfido dominicano, el plan de campaña proyectado para el invierno, era la invasión á las

provincias occidentales. El plan de Máximo Gómez consistió en formarse un respetable núcleo de rebeldes orientales y camagüeyanos, y penetrar con ellos en occidente para dar más vigor á la insurrección, y además organizarla en las provincias de Santa Clara y de Matanzas. Tanto en la pasada insurrección como en la actual, el dominicano siempre ha padecido de la fiebre, no diremos invasora, sino mejor de correría; ahora precisamente se le ofrecía ocasión favorable para llevar á cabo sus deseos. La junta revolucionaria de Nueva-York había escrito al errante gobierno revolucionario, encargándole que á todo trance y por cuantos medios pudiera disponer, impidiese las tareas de la zafra á fin de privar, según decían, al Gobierno de España y al país de sus naturales recursos, así como también con el objeto de acrecentar las filas insurgentes con los trabajadores que forzosamente habían de quedar sin ocupación, y como consecuencia, sin recursos. *La Discusión* habanera, periódico de ideas separatistas, publicó unos grabados de *Buznego*, simulando un águila llevándose en el pico la zafra, y por cierto que estaba bien enterado dicho periódico, por estar en constante correspondencia con la junta revolucionaria de Nueva York, recibiendo de ésta sus impresiones mediante cierta subvención que percibía mensualmente el diario editado en la calle de San Ignacio.

Con este fin, sin duda, estuvo Máximo Gómez escondido y alejado de la guerra en las espesuras de los montes de Najasa, reuniendo y preparando grandes masas de caballería, y mandó instrucciones al cabecilla Maceo para que reuniera todas las partidas. Lo que no pudo verificarse con los elementos leales, es decir, no pudo efectuarse la unión colectiva, lo realizaron los insurgentes, sin que fuera un obstáculo ni la diferencia de razas y el natural antagonismo siempre existente entre ellas, las ambiciones suscitadas por la cuestión de hipotéticos é ilusos cargos ó dignidades de la futura é imposible república, ni tampoco el apego demostrado por los libertadores de combatir parcialmente en sus respectivas jurisdicciones. La marcha de avance de Maceo fué muy lenta y repleta de vicisitudes y contrariedades, tanto por las dificultades de sacar de las jurisdicciones á hombres que siempre residieron en ellas y les infundía miedo operar en otros terrenos desconocidos, ya también porque les repugnaba abandonar el terruño. Además las columnas españolas, débilmente escalonadas desde la provincia de Santiago de Cuba á la trocha de Júcaro á Morón, opusieron una serie continuada de obstáculos al avance de los rebeldes; y Maceo vióse obligado á dar una interminable multitud de rodeos y contramarchas. A primeros de Octubre, el cabecilla mulato Antonio Maceo ordenó una concentración general de todas las fuerzas insurrectas de Oriente. Esta concentración se verificó en la jurisdicción de Holguín. Allí esperó las fuerzas, mejor dicho, eligió los hombres que debían acompañarle en la invasión á occidente, pues tales instrucciones recibió de Máximo Gómez y de la Junta central revolucionaria. Después de la elección entregó el mando de jefe superior de las fuerzas rebeldes de Santiago de Cuba, á su hermano José. El general Echagüe salió á cortar el paso á los insurgentes é impedir que entraran

en camagüeyanas tierras, y Maceo vióse en el caso de sostener algunos combates, siendo el más reñido el de Bijarú en el cual los insurrectos sufrieron bastantes pérdidas y tuvieron que iniciar un retroceso para avanzar por la parte del sur. De lo expuesto se infiere que los insurrectos al comenzar la *razzia* vanidosa proyectada por el aventurero dominicano y ordenada por la Junta central de Nueva-York, corrieron un verdadero peligro al encontrarse con las columnas mandadas por el general Echagüe; las cuales si bien es verdad que no pudieron evitar el avance de los rebeldes, debióse al socorrido sistema de la diseminación, tan cobardemente usado por los cabecillas insurrectos. Las fuerzas leales, suponiendo el camino que llevaría el cabecilla mulato, forzaron las marchas y lograron colocarse á la vanguardia de los rebeldes, formando un ángulo cuyo vértice estaba en la provincia de Puerto Príncipe y los lados en la provincia oriental. Los espías rebeldes enteraron minuciosamente á Maceo de la situación de las tropas. El cabecilla no quería sostener combate, y por último, decidióse á levantar el campamento situado á poco más de una legua de donde estaban apostadas las fuerzas españolas. Como allá á la media noche, emprendió sigilosamente la marcha, y á las cinco de la mañana había logrado cruzar sin novedad la provincia oriental é internarse en las espesuras del Camagüey. Dejó á retaguardia un cabecilla con una pequeña fuerza emboscada para distraer la atención de las columnas. Estas alcanzaron á los de la emboscada, haciéndoles numerosas bajas.

Maceo, al salir de la provincia de Santiago de Cuba, llevó consigo al negro Quintín Banderas como su segundo, al renegado catalán Miró y Argenter como secretario, y además á los cabecillas Cebreco y Gil con sus respectivas partidas. El total de las fuerzas rebeldes salidas de Oriente ascendían á unos cinco mil hombres, mil de ellos de caballería. También iba con el cabecilla el titulado *gobierno insurrecto*. Si la concesión de la jefatura á Quintín Banderas le había costado varios disgustos á Maceo, por la repugnancia manifiesta de los blancos á reconocer como jefe á uno de la raza de color, repugnancia que se tradujo en amagos de una excisión y que solamente con el empleo de bárbaros castigos pudo sofocar el inhumano Maceo; en el avance á Occidente, dibujáronse conatos de resistencia á seguirle. Antes de entrar en la provincia de Puerto Príncipe los orientales, un titulado oficial con catorce rebeldes más desertaron, volviéndose á Oriente. Maceo envió al momento un hombre de su confianza á su hermano y cabecilla José, para que apresara y fusilase á los desertores, castigo que resultó cumplido.

El general Martínez-Campos comprendió que el centro de las operaciones, en virtud del intento de los rebeldes, iba á ser en Las Villas, y con el fin de atender de más cerca á la dirección de la campaña, trasladó su cuartel general primero á Santa Clara y después á Cienfuegos. El sanguinario cabecilla polaco Carlos Roloff expidió en Noviembre una proclama, que al fin, como obra suya, era un documento de crueldad y de bandidaje: proclama en la cual prevenía á los habitantes cercanos á los caminos para que efectuasen la reconcentración al campo del ejército

libertador. ; Qué escarnio! Desde la capital de Las Villas dictó el General en Jefe una *circular* á los Gobernadores civiles para que la publicaran y pusieran en conocimiento de los habitantes de la provincia, con el objeto de contrarrestar la proclama del feroz dinamitero. Dice así:

Excmo. Sr. : El bando del cabecilla Roloff, sobre la concentración al campo insurrecto de las familias y hombres que viven cerca de los caminos, y la amenaza de fusilar á los que se queden á menos de una legua de los poblados y fuertes, dá á la guerra un carácter especial y sobre todo determina la concentración en los poblados de una porción de habitantes pacíficos: es clara, que nos impone la penosa obligación de alimentarlos cuando carezcan de recursos, porque no podemos abandonar al hambre y á la miseria á pacíficos ciudadanos á quienes su misma laboriosidad y sus hábitos de moderación exponen á tan cruel contingencia; pero es necesario, conciliar el interés del Estado, la evitación de convoyes y el deber ineludible de humanidad y de Gobierno, que ya que no pueda por el carácter feroz que el enemigo da á esta guerra, y por la costumbre de diseminación de la población rural, evitar los padecimientos de ésta, está en el caso de aminorarlos. Para conciliar atenciones tan contradictorias, es preciso, que las concentraciones á que obliga el enemigo se verifiquen en los poblados que tengan guarnición y estén en la línea férrea, y que por V. E. se dicten reglas á fin de que todos los terrenos incultos que están en las inmediaciones de dichos poblados, ya sean del Municipio, ya de particulares, se dividan en porciones para que sean aprovechados por los emigrantes y les faciliten recursos al menos en parte, haciéndolos trabajar en ellos á fin de que no se recarguen tanto las ya gravadísimas atenciones del Gobierno. Yo espero que ni los Municipios ni el Estado pondrán oposición ni harán reclamación alguna, pero si así no fuere, se cumplirá de todos modos esta orden y se elevarán las reclamaciones de los propietarios al Gobierno General, con el informe de los antecedentes morales y políticos de los reclamantes.

El cabecilla Máximo Gómez había mandado emisarios á los cabecillas Roloff, Zayas y Laceret con el encargo de que reconcentrasen las partidas y formasen con todas las pequeñas y diseminadas, fuertes núcleos de resistencia. De esta manera le facilitarían en mucho el proyectado avance. Ordenó asimismo el dominicano cabecilla que el *titulado ministro de la guerra Roloff* operase por Sancti-Spíritus y Zayas por la de Remedios. Al cabecilla Laceret le confirió el mando de las fuerzas rebeldes que merodeaban por la provincia de Matanzas, y al mismo tiempo ordenóle que con los insurgentes villareños de su mando, cuyo número era de mil quinientos, invadiese la provincia matancera. El general Martínez Campos había nombrado Comandante General de la provincia de Santa Clara al general de división Don Alvaro Suarez Valdés. Este, merced á las acertadas disposiciones adoptadas, frustró por completo los planes del cabecilla Laceret.

Cuando á las cubanas playas habían llegado los refuerzos enviados de la Península hasta últimos de Octubre, los cuales elevaron á la considerabilísima suma de ciento diez mil hombres el efectivo de soldados que

prestaban el servicio de campaña en Cuba, la junta anarquista cubana de Nueva York mandaba á los titulados jefes de la revolución, impidiesen la zafra en aquellos centrales que no se hubiesen comprometido á pagar un exorbitante cánon al gobierno revolucionario. Los movimientos de los defensores de la Patria que iban en persecución de los rebeldes, dieron lugar á una serie de combates, importantes la mayor parte de ellos. En los primeros días del mes de Noviembre tuvo lugar la acción librada en el río Hanabanilla entre la columna mandada por el coronel de caballería señor Arizón y la partida de Alfredo Rego. El coronel Arizón, al frente de los batallones de Alfonso XII y de América y del esquadron del Comercio, realizó una operación combinal sobre el campamento del mencionado cabecilla. La columna desde Santa Clara dirigióse á San Juan de las Yeras: allí se le agregó el valiente capitán de voluntarios don Bernardo Calleja. Desde este último pueblo tomó el camino de Barajagua á donde llegó á la caída de la tarde, y al amanecer del día 15 de Noviembre dividióse la columna en dos fracciones, tomando el batallón de Alfonso XII la dirección de la sierra llamada La Signanea y el de América el que va desde el pueblo citado al poblado de Cumanayagua. El cabecilla Rego con más de mil quinientos rebeldes sostuvo el combate por espacio de dos horas hasta que se dispersó por aquellas estribaciones y vericuetos de la sierra, dejando en poder de las tropas dos muertos y un prisionero. El cabecilla resultó herido en un brazo de cuya herida quedó inútil, y además también quedaron heridos el cabecilla Piñeyro y el titulado comandante Campillo, este último hijo de Cienfuegos, atravesado el pecho de parte á parte por una bala de Maüsser. Las tropas tuvieron cinco heridos del batallón de América, todos ellos leves, excepción de un soldado que falleció en el poblado de Cumanayagua. La loma ocupada por los insurgentes no tenía más que una salida viable y caso de haber apostado allí la suficiente fuerza, la rendición de los insurgentes hubiera sido inevitable. El capitán de voluntarios señor Calleja, muy práctico en aquellos contornos, hizo presente al coronel Arizón este detalle, mas éste no quiso dar oídos á tan prudente advertencia, limitándose á contestar: *Aquí quién es el jefe de la columna, ¿usted ó yo?* Lo de siempre: un excesivo pundonor militar fué la causa de no haberse realizado un gran copo de rebeldes. En un bohío situado en el campo de la acción parapetáronse los insurgentes, pero muy pronto los veloces proyectiles de los Maüsser obligáronles á abandonarlo, dejando los muertos ya referidos. La columna después marchó á Cienfuegos punto á donde había sido destinado el señor Arizón para tomar el mando de Coronel de zona de aquella jurisdicción, sustituyendo al relevado coronel señor Jul.

El general Suárez Valdés tenía proyectada una combinación de columnas para batir á Laret. Este, como ya hemos dicho anteriormente, había recibido órdenes del cabecilla Máximo Gomez, en las cuales le mandaban invadir la provincia de Matanzas con las fuerzas necesarias de Las Villas para la realización de dichas operaciones; y al efecto, nombróle jefe superior de los rebeldes de la provincia que debía ser in-

vädida. El deseo de *invadir* constituía una obsesión en los planes del venal dominicano, el hecho capital de la campaña de invierno. El avance del cabecilla Lacret dió lugar á la acción de Cayo Espino, siendo una de las más notables no solamente por su importancia, sino también porque reveló las intentonas expansivas de los insurgentes.

El incansable coronel Molina se hallaba como á una legua del poblado de Aguada de Pasajeros, con su pequeña columna compuesta de doscientos cincuenta hombres pertenecientes á uno de los batallones del regimiento Inmemorial del Rey, de María Cristina y voluntarios de la Macagua. La columna llevaba la dirección de la finca llamada La Sierra, cuya denominación es debida á una sierra que en ella hay para cortar y pulir maderas. Antes de llegar al batey de la finca, las avanzadas insurgentes rompieron el fuego y al momento simularon retroceder con el fin de que las tropas leales, al perseguirlos, fuesen á parar al mismo punto en donde se hallaban bien parapetados y ocupando excelentes posiciones. Al acercarse la columna á las casas de la finca y en el sitio enclavado entre Rincón Hondo y Cayo Espino, encontraron el grueso de las fuerzas insurrectas, mandadas por Lacret y Pancho Pérez, cuyo número era lo menos de mil quinientos hombres entre infantería y caballería, perfectamente atrincherados unos y formados en orden de combate los demás. La lucha que entonces se entabló fué horrorosa, tremenda, cuerpo á cuerpo. El teniente movilizado señor Bisbal murió en los primeros momentos de haberse empeñado el combate; un tremendo revés de machete le cercenó la cabeza, pero el insurrecto quedó también muerto de un certero proyectil de Maüsser disparado por un soldado. Cuántas veces intentaron los rebeldes envolver á la pequeña columna, otras tantas se vieron precisados á retroceder; la fuerza leal no se hallaba dispuesta á dejarse envolver, y mucho menos un coronel de la energía y carácter, como es el señor Molina. Cuatro horas llevaban peleando y el coronel, en vista de la inusitada resistencia de los insurgentes, y deseando por otra parte terminar pronto, ordenó un decisivo ataque á la bayoneta, ataque que no pudieron resistir los rebeldes. Estos abandonaron sus posiciones y campamento. La columna regresó con sus heridos al poblado de Aguada de Pasajeros, después de haber practicado un minucioso reconocimiento en el campo de la acción. Un cuadro bastante conmovedor se presentó ante la vista de las fuerzas españolas. Unas pobres familias de los trabajadores tenían sus bohíos en el terreno donde se libró el combate, y allí estuvieron siendo el blanco de los proyectiles de los insurgentes y de los de las tropas. Muchos infelices de aquéllos, enumerándose entre ellos niños y mujeres, así como también algunos hombres, habían muerto á balazos, otros se hallaban heridos. Cuarenta y ocho rebeldes muertos quedaron en el campo de la acción y el número de heridos fué numeroso. Por parte de la columna tuvimos que lamentar la pérdida de once muertos y ocho heridos.

La primera intentona de invadir la provincia de Matanzas fracasó por completo en Cayo Espino. El cabecilla Lacret vióse obligado á retroceder é internarse de nuevo en las tembladoras de la Ciénaga de Za-

pata, pues, una vez declarada la huida, los separatistas marcharon en dirección al Galeón y el Bagá, siguiendo el curso del río Hanabana y se internaron en la Ciénaga.

Otro suceso importante verificóse en la segunda decena del mes de Noviembre, y consistió en la captura de dos cabecillas rebeldes, ambos incendiarios, asesinos, en suma, malhechores escudados en la causa separatista. Dichos cabecillas capturados eran el asturiano José Acebo, y Gil González. El cabecilla Acebo, cruel y sanguinario hasta lo inhumano, fué su conducta mientras estuvo en el campo al frente de los rebeldes, pésima, no de un sér racional, sino de un tigre revestido bajo una forma humana. Los incendios causados por Acebo cuéntanse por el número de ocasiones que tenía; las venganzas eran su lema, su divisa; el robo y los atropellos más inauditos, reveladores de un instinto ferozmente criminal, constituían su delicia. Dotado de un carácter violento y cínico, el odio del execrable asturiano dejó en buen predicamento al de los árabes del desierto. ¡Parece increíble que en la noble, digna é hidalga Asturia haya podido nacer dicho aborto del crimen y de la perfidia, llamado *José Acebo!* Sometido á un consejo de guerra, cuyo tribunal se constituyó en la ciudad de Cienfuegos, y de conformidad con lo dispuesto en el bando dictado por el general Martínez Campos, fué condenado á la pena de muerte y en la misma ciudad del Sur quedó cumplida la ley el día 26 de Diciembre, en el cual Acebo fué fusilado. Cuando estába en capilla recibimos una carta mandada al periódico *Las Villas*, del cual éramos redactores, cuyo contenido es el siguiente:

“Me encuentro en capilla.

Circunstancias de la vida y varios atropellos me han conducido á darle un golpe de mal hijo á mi querida patria, á la que siempre he adorado, conduciéndome á este lugar. Me encuentro sereno; solo sí, siento morir con el baldón de haber ofendido á la tierra en que nací, por haber tomado tan cruel determinación en contra de lo que siempre ha ardido y arde en mi alma.

Creo que todos los españoles creerán y tendrán fé de esta última declaración y particularmente mis queridos paisanos de Asturias; lo que ruego al señor director de *Las Villas* haga público en su digno periódico, esperando de todos queden en la satisfacción de lo que antes dejo expresado, para honra de cuatro hijos que dejo en el mundo á la ventura de Dios.—*José Acebo.*— Cienfuegos, 25 de Diciembre de 1895.”

El cabecilla Gil González fué también pasado por las armas en la ciudad de Matanzas. Los antecedentes de éste y sus hechos durante el tiempo en que defendió á *Cuba libre*, guardan cierta analogía con los de Acebo.

La captura de Acebo ocurrió de la siguiente manera: La columna del comandante Moreno, compuesta de doscientos cincuenta soldados del batallón de infantería de cazadores de Barcelona, de voluntarios movilizadas del escuadrón de tiradores de Cienfuegos en número de veintiocho, al mando del teniente del mismo Gabino Revuelta, y además de cuarenta y ocho movilizadas de la sección de Rodas al mando de su capitán Enri-

que Melcón, marchaba por la sabana llamada *La Redonda*. También iba incorporado á la columna el capitán de Estado Mayor señor Gil. El objeto de la operación era batir á las partidas reunidas de Nuñez, Muñoz, Panchito Pérez, Bermúdez, fracción de la de Matagás y la de Rivas, sumando entre todas unos mil quinientos hombres esparcidos por los flancos, vanguardia y retaguardia del grueso de la partida del cabecilla Lacret que intentaba, por segunda vez, obedeciendo á instrucciones dadas por Máximo Gómez, pasar á la provincia de Matanzas, cruzando el río Hanábana por Voladoras. El 4 de Diciembre llegó la columna al potrero *Las Animas*, encontrando abandonado el campamento de los rebeldes. Enterado el comandante Moreno por los sitios y vecinos de los bohíos de la dirección que llevaban los insurgentes, y sabiendo que volvía á Voladoras por Jabacoa y Medidas, forzó la marcha los días 6 y 7 para ganarles la delantera y atajarles, cubriendo los pasos de Voladoras, Boquerones, Palmillas y Palma Sola, pues los pasos de Venero y Jagüey estaban guarnecidos por fuerzas de Colón.

Cerca de Santiago encontróse la fuerza leal con la partida de Muñoz, dispersándose ésta al momento en dirección al Novillo. Practicado un reconocimiento en la colonia y el paso de dicho nombre por el capitán de Estado Mayor señor Gil y el señor Revuelta, teniente de los guerrilleros cenfogueuses, divisaron á un moreno armado de un cuchillo-bayoneta que huía y se internaba en una manigua próxima al borde del río Hanábana. Emprendida de nuevo la marcha al atrevesar la sabana y cerca del punto en donde se unen los caminos de Medidas y de Palma Sola, apareció á la vista de la vanguardia de la columna, un grupo de exploradores rebeldes. La vanguardia entonces hizo alto, desplegando en guerrilla sus tiradores y avisando la novedad al grueso de la columna. Pocos momentos después empezó el fuego graneado por el flanco izquierdo, y los sostuvo por el centro el grueso de la fuerza leal, mientras la sección de voluntarios movilizados de Rodas se corría hacia el flanco derecho. La partida se dispersó tras débil resistencia y los tiradores de Cienfuegos Manuel Linares y José Indarte se lanzaron en seguimiento de un individuo que, entre ambos frentes corría hácia el extremo derecho de su gente, siendo alcanzado al saltar su caballo un arroyo, que lo derribó. En este preciso instante llegó al borde del arroyo el teniente Revuelta y tras de él el capitán Gil. El prisionero suplicó que no lo matasen. Al incorporarse de nuevo el señor Gil á la columna, el prisionero, que resultó ser el cabecilla Acebo, fué entregado al comandante del destacamento del ingenio San Lino, propiedad del señor Montalvo, de Cienfuegos, y desde allí trasladado á esta última ciudad.

Una villana é inaudita perfidia, una infame traición cometióse en la última decena del mismo mes de Noviembre, la cual impresionó muchísimo á la opinión pública, y fué la entrega y destrucción del fuerte de mampostería titulado *La Vigía*, situado á poco más de una legua del pueblo de Camajuani, en el camino real de Santa Clara. El pérfido cabo de voluntarios movilizados Francisco Yanes Martín prestaba el servicio de guarnición en el fuerte, teniendo á sus órdenes nueve individuos

más del propio instituto. El cabo Yanes sostenía correspondencia con el cabecilla Leoncio Vidal, y se dice que éste en varias cartas le invitaba á que entregara el fuerte y así le condonaría una deuda de quinientos pesos que tenía pendiente con él, desde antes de estallar la guerra; pues, el cabecilla antes de lanzarse á la insurrección era dueño de un establecimiento en Camajuani. Nosotros creemos que todo el relato anteriormente mencionado no es más que una fábula sarcástica inventada por el laborantismo para atenuar la villana traición de Yanes, y aún más, somos de parecer, en vista de los antecedentes, conducta y manera de proceder, sentir y pensar del cabo, que éste no necesitaba excitación alguna para realizar tan inícuo acto. También aseguramos que la mayor parte de aquellos voluntarios sugestionados por el cabo Yanes y dispuestos á la traición, eran sabedores de los propósitos de aquél. Yanes realizó la traición, aprovechando el momento en que él mismo había mandado á sus compañeros á cortar leña á cierta distancia del fuerte. Leoncio Vidal avisado de antemano, se apoderó sin resistencia ni obstáculo alguno del fuerte: el mismo Yanes le franqueó la puerta. Los insurgentes lo quemaron primero, y después con palanquetas y azudones destruyeron las paredes que habían quedado en pie. Las armas y municiones se las llevaron los rebeldes. Los voluntarios ausentes, de regreso al fuerte, se marcharon con los insurrectos, y sólo uno de ellos no quiso atender á las promesas del cabecilla. Quedó en libertad, presentándose después al jefe del batallón y le dió cuenta de lo ocurrido.

Si las suspicacias sin fundamento son en todos los tiempos perniciosas y causantes de revueltas y trastornos, también una confianza excesiva es altamente imprevisora, raya en la imprudencia y constituye el origen de calamidades, desgracias y alevosías como las anteriormente narradas. El separatismo artero por sistema y educación, cuya enseñanza es el fingimiento, incluye en los preceptos de su catecismo el ingreso en las honradas filas del benemérito instituto de voluntarios, obedeciendo á un doble fin: primero, para no infundir sospechas á aquellos partidarios fervientes de cuya lealtad no pueden abrigar duda: así logran espiar mejor y sin responsabilidad alguna, antes al contrario, cuentan con grande suma de facilidades para su *labor*, y dan cuenta de sus gestiones á los centros filibusteros resellados: segundo, para cuando llegue la hora de obrar, entonces saben detalladamente en los centros conspiradores, que pueden contar con un determinado número de hombres perfectamente armados y equipados.

Por eso afirmamos que todas cuantas precauciones se adopten para el ingreso en el cuerpo de voluntarios, jamás adolecerán de exageradas, antes bien, las consideramos muy previsoras. En los países ó provincias donde la unidad nacional no es discutida ni se halla amenazada, donde el concepto de la patria es el lábaro hacia el cual convergen todas las aspiraciones, todos los deseos, sentimientos y afecciones, la escrupulosidad en las medidas son por regla general, innecesarias y solamente una habil prudencia debe informar las filiaciones; pero en provincias como las de Cuba y algunas posesiones ultramarinas españolas, en que el sepa-

ratismo constituye crónica enfermedad, la expurgación en las filas es de necesidad perentoria, llena un deber nacional.

Mientras tanto en la Península hacíaese con entusiasmo los preparativos para enviar una nueva expedición á la isla de Cuba. El infatigable y maravilloso organizador general, Don Marcelo de Azcárraga y Palmero, Ministro de la Guerra, con esa discreción y regularidad, cualidades tan especiales y características en él, culminaba admirablemente, hasta en los detalles más ínfimos, la organización de las tropas expedicionarias. El espectáculo que la nación española ha dado con motivo de las expediciones y los embarques, ya no podemos calificarlo de grandioso, porque raya en lo sublime. Esa España tan vilipendiada por el laborantismo que ha logrado sentar sus reales en Europa para contribuir á desprestigiarla; esa España caduca, exhausta y agonizante, ha realizado un acto de viril energía que ha causado el asombro universal, y ha evidenciado ante el mundo entero su vitalidad, desvaneciendo errores, descubriendo la falsedad de las apreciaciones y desmentido, finalmente, tan groseras imputaciones. Es evidente, que nuestro tradicional caracter en extremo desidioso; nuestra habitual apatía que nos hace dejar para después lo que debiera realizarse al momento; el espíritu de oposición en los partidos engendradora de insanos pesimismo; el disgusto interno ocasionado por los males que aquejan á la Patria; todos estos principales factores y otros de caracter secundario, unidos á la incesante propaganda de los laborantes, habían contribuido al decaimiento aparente de nuestros sentimientos y al adormecimiento de nuestras energías; á la falta de consideraciones en el exterior y casi al descrédito; pero la sacudida patriótica del pueblo español ha sido monstruosa, verdadera sacudida de león digna de la nacionalidad que ante su honor empeñado y su dignidad ofendida, en nada repara, todo sacrificio lo considera pequeño para el objeto de la vindicación.

Para que nuestros lectores aprecien debidamente el colosal esfuerzo, la energía de nuestra España, vamos á exponer el número de tropas de todas las armas enviadas á Cuba desde que estalló la insurrección, según los datos rectificadas por el Ministerio de la Guerra:

1º Desde el 8 al 12 de Marzo fueron embarcados siete batallones peninsulares y reclutas para cubrir bajas, sumando un contingente de 8,300 hombres.

2º Desde el 1º de Abril hasta el 19, un batallón de marina compuesto de novecientas plazas, y además para cubrir bajas 6,532 reemplazos, cuyo número total asciende á 7,252 hombres.

3º Del 24 del mes anterior al 8 de Mayo dos batallones de más de mil plazas cada uno, otro de infantería de marina que constaba de novecientos hombres y ochocientos cincuenta y seis reemplazos para cubrir bajas: total 3,831 soldados

4º Desde últimos de Mayo al 10 de Junio, diez escuadrones de caballería, otro batallón de marina también de novecientos hombres y doscientos reemplazos para cubrir bajas, sumando un contingente de 2,708 soldados.

5º Del 18 de Junio al 21 de Julio se mandó otra expedición de 9,089 hombres, distribuída de la siguiente manera: diez batallones de infantería y 437 reemplazos para cubrir bajas.

6º Del 1º de Agosto al 30 de Septiembre salió otra nueva expedición para Cuba compuesta de veinte batallones de infantería, ocho escuadrones de caballería, un batallón de artillería de plaza, dos baterías de artillería de montaña, un batallón ingenieros y 2.083 soldados para cubrir, haciendo un total de 24,793 hombres.

7º Del 5 de Octubre á últimos de Noviembre otra nueva expedición tan importante como la anterior salió de la Península con rumbo á Cuba formada formada por veintiuu batallones de infantería, uno de infantería de marina y reclutas para cubrir bajas, sumando el contingente total 23, 579 hombres.

Estas fuerzas expedicionarias salieron directamente de la Península á Cuba; pero además aumentaron el ejército que se hallaba en campaña con dos terceros batallones procedentes de Puerto-Rico, dos batallones peninsulares organizados en la misma Isla, las guerrillas, la brigada disciplinaria, compañías de voluntarios en activo, las escuadras de Santa Catalina del Guaso y los escuadrones de caballería también organizados en Cuba. Con los 8,000 hombres que se hallaban en expectativa de embarque en la Península destinado á cubrir bajas, la suma del ejército que había operando en la Isla, ascendía á más de 119,000 soldados de todas armas.

Las fuerzas del instituto de voluntarios que hay en Cuba constan de unos 63,000, y de éstos se habían movilizad desde Agosto hasta fines de Diciembre unos 5,000.

No es posible fijar un dato preciso del número de fuerzas que tenía la insurrección, aunque podemos asegurar era numeroso el contingente. Tanta laboriosidad se impusieron los *apóstoles* de la independencia y con tanta fé, entusiasmo, paciencia y constancia procedieron en su traidora y usurpadora misión, que la casi totalidad de la población insular estaba intoxicada del odio á España: la independencia constituía su obsesión. En los grandes centros quedaba algo sano y partidario de España, más en el campo el separatismo consiguió dominar á las masas. Luego no es aventurado el fijar como cálculo aproximado, la existencia de más de sesenta mil rebeldes en la manigua, y dicho contingente, veremos como engrosará más á medida que las gruesas partidas avancen en dirección á la región occidental. El campo estaba preparado de antemano para ello, y los campesinos de las provincias pacíficas dispuestos á secundar la revolución. Negar esta predisposición en los cubanos ó supone ignorancia del ambiente que se respiraba en la isla de Cuba antes de estallar la insurrección, ó revela cierto afán de oscurecer la verdad en el que así proceda.

Si la mayoría de los cubanos sentía grandes entusiasmos por la emancipación, en España era mayor el patriotismo para el triunfo, el espíritu de conservar la integridad nacional se hacía cada vez más ostensible, y el deseo de no dejar que la Isla fuese arrebadada por hombres mer-

cenarios, ni por nadie, llegó al paroxismo. Las patrióticas demostraciones y el entusiasmo con que era despedida cada una de las expediciones son una prueba de lo expuesto. Hagamos, pues, un paréntesis en lo concerniente á los sucesos que se desarrollaban en la isla de Cuba, y fijemos nuestra atención en lo que ocurría en la Península, cuando los batallones dejaron los puntos en donde prestaban el servicio de guarnición, para trasladarse á la Isla insurreccionada, y también en las explosiones de patriotismo realizadas en los puertos de embarque. Todas las provincias españolas han dado su contingente de defensores de la integridad patria; y todas, sin excepción han rivalizado en demostrar cuan intenso es su amor á la patria, y cual su cariño para los batallones que se marchaban de su seno.

La ciudad de Mérida fué una de las que hizo ostentación del más acendrado patriotismo, por más que todas, absolutamente todas, han demostrado de lo que es y será capaz España, si aventureros ó traidores intentan mancillar su honor ó atentar contra la integridad española. El batallón de Cazadores de Mérida debía embarcar en Barcelona, y del seno del Ayuntamiento emeritense, nombróse una comisión para que fuera á la Ciudad Condal á entregar una magnífica corbata, como regalo á la bandera del mencionado batallón. El teniente coronel del mismo Don Leonardo González recibió una comunicación del Ayuntamiento de Mérida, que decía así: *La corporación municipal de la ciudad de Mérida y el pueblo entero envían al batallón que, honrándose con el nombre de Mérida, honra á dicha ciudad, el saludo más cariñoso, á la par que le desea un viaje feliz y éxito completo en la campaña.* Además mandó dos mil pesetas, producto de la suscripción popular abierta entre el vecindario emeritense, y un ejemplar lujosamente encuadernado de la historia de Mérida. Los jefes y oficiales recibieron con profundas muestras de agradecimiento los obsequios de aquella entusiasta ciudad.

El 21 de Noviembre, á las doce de la mañana, el teniente coronel formó el batallón en el patio del cuartel. Entonces se presentaron los señores Don Santos Palomo y Don Agustín Coll, comisionados por los emeritenses, é hicieron entrega de los regalos.

La despedida que la ciudad tarraconense hizo al batallón del regimiento de Navarra, fué entusiasta y espléndida. El día 21 de Noviembre, los socios del Ateneo y el pueblo en general, acompañaron á la estación al batallón expedicionario, dando *rivas á España* y á los valientes soldados. Cuando llegó á Barcelona, encaminóse al momento al cuartel de Jaime I, en donde se obsequió con un banquete á los jefes y oficiales y con un desayuno á los soldados. Procedente de Figueras llegó también á dicha ciudad el batallón del regimiento de San Quintín, siendo igualmente obsequiado. Los soldados iban alegres; en el cuartel permitióse la entrada á muchas personas de las familias de los expedicionarios.

El mismo día 19 á las diez de la mañana, los estudiantes de la Universidad y demás centros docentes, agrupados al rededor de la bandera nacional, los individuos de las asociaciones de voluntarios catalanes de las guerras de Africa y de Cuba, las autoridades civiles y las militares,

el mismo general Weyler con su Estado Mayor y ayudantes, el general Ahumada y todos los jefes y oficiales libres de servicio, el gobernador señor Sánchez de Toledo y otras personas eminentes en la política, la ciencia, las artes, la industria y el trabajo, esperaban á las tropas expedicionarias en el muelle. El entusiasmo rayaba en el delirio; en el trayecto, las manifestaciones de simpatía eran ilimitadas, los vivas á España estruendosos; los vítores al ejército y á los dos batallones se sucedían con mucha frecuencia; las músicas alegraban aquel imponente cuadro; las calles cuajadas de gente de tal manera, que la aglomeración impedía el paso, en suma, todo era patriotismo que se desbordaba como impetuoso torrente.

A las diez y media de la mañana llegó al muelle el batallón de San Quintín, y á las doce el de Navarra, y al momento comenzó el embarque. El Excmo. Sr. Marqués de Tenerife, Comandante General del 2º cuerpo de ejército, una vez embarcados los soldados, subió á bordo acompañado de los generales Castellví, Ezpeleta, Soler y Portas y además del comandante de Marina, del Presidente de la Diputación Provincial y del Alcalde. El general dirigió la palabra á los jefes y oficiales, diciendo: *La misión que les confía la Patria, es altamente honrosa, porque honroso es ir á defender la honra de la Patria, allí donde hijos desnaturalizados tratan de ofenderla.* Después recordó ciertos hechos históricos del ejército español y añadió que, *ahora como siempre, quedará bien puesto el honor de la bandera española.* Las bandas militares y la del Asilo Naval batieron marcha á la entrada y salida del general, y tras los repetidos vítores á España y al ejército, el vapor *Santiago* levó anclas y zarpó con rumbo á su destino.

En Madrid fué también muy entusiasta la despedida hecha al batallón de cazadores de Puerto-Rico, que marchaba á Cadiz con destino á Cuba. Los estudiantes de la Universidad Central dirigiéronse á la estación á despedir al mencionado batallón. Los vivas á España y al ejército fueron imponentes.

El 22 del mismo mes á las diez de la mañana embarcó en la Coruña para Cuba el batallón del regimiento de Toledo, y á la una de la tarde procedióse al embarco del batallón del regimiento del Príncipe en el mismo puerto. La despedida fué muy cariñosa. Al batallón del regimiento de Toledo, el general Moltó acompañado de los señores generales Cappa, Caballero y Valderrama, Morales Abbo y Llul, lo despidió, diciéndole: *Soldados: vengo á este sitio á cumplir el honroso deber de despediros en nombre de los Reyes, del Gobierno y de todo el séptimo cuerpo de ejército. Perteneceís, nadie lo ignora, á un brillante cuerpo, que tiene una historia gloriosa y que ha conquistado glorias inmarcesibles en muchas ocasiones; pues bien, yo espero que en Cuba sabréis añadir nuevos trofeos á su bandera.*

Allí, en aquella tierra que conquistaron nuestros antepasados y que nos debe su civilización, vais á luchar á las órdenes del general Martínez Campos para que nunca deje de ser española. No, esto no sucederá mientras alienten nuestros corazones. Ya lo véis todos os felicitan por la mi-

sión que vais á cumplir. Yo también os felicito con entusiasmo, confiando que no olvidaréis vuestro deber. ¡ Viva el Rey ! ¡ Viva la Reina ! ¡ Viva el ejército ! ¡ Viva Cuba siempre española ! Los soldados contestaron con entusiasmo estos vivas.

Después revistó al batallón del Príncipe y le dirigió la palabra en los siguientes términos: *No os digo adiós soldados del Príncipe, sino hasta luego. ¡ A ver si cuando regreséis á estas playas traéis en vuestra victoriosa bandera una corbata de San Fernando !*

Sed serenos siempre ante el peligro, no volváis la cara nunca á los enemigos de España ; agrupaos cuando seáis pocos, y hacédles frente, y el triunfo será nuestro. Os lo dice un soldado viejo, que desea, que anhela compartir con vosotros las glorias y las penalidades de la campaña.

El general Moltó, Comandante General de aquel cuerpo de ejército, acompañado de sus ayudantes y algunas comisiones militares, embarcó en la falúa de carabineros y fué á bordo del trasatlántico *León XIII*. Verificóse también el embarco, en dicho buque, de los contingentes del batallón de cazadores de Reus, de los batallones pertenecientes á los regimientos de Isabel II y de Burgos y demás pasajeros civiles. Momentos antes de zarpar el buque, estuvieron sobre cubierta á despedir á las tropas, el gobernador civil señor Moreda, y el alcalde señor Argudín. A las tres de la tarde zarpó el vapor, acompañándole pequeñas embarcaciones hasta fuera de los castillos, y allí se cruzaron las últimas despedidas, los vivas á España y al ejército, y agitando los pañuelos continuaron unos y otros hasta que se perdió de vista al buque.

En Cádiz embarcaron un batallón de Pavía y el de cazadores de Cataluña que estaba de guarnición en Córdoba. Durante el camino de Córdoba á Cádiz, los cazadores de Cataluña fueron festejados con los acordes de las bandas de música en las estaciones de Utrera y Fuentes. En la de Jerez aguardaban á los expedicionarios los cazadores de Tarifa con la charanga del batallón, y los obsequiaron regalándoles vino á los soldados y cajas de amontillado á los jefes y oficiales. Las simpatías y aclamaciones á los defensores de la integridad patria, fueron estruendosas. Tanto el batallón de cazadores de Cataluña como el de Pavía embarcaron en el vapor *Buenos Aires*, zarpando de Cádiz el día 22 á las cuatro de la tarde. Iban también á bordo los generales Bazán, Obregón y Giménez Castellanos: además veintidós hermanas de la caridad, ángeles en la tierra que sacrifican todas sus afecciones al amor de Dios y del prójimo. Objeto de las mismas simpatías fué el batallón expedicionario del regimiento de Saboya. En Santander embarcó fuerza de ingenieros y el escuadrón de caballería de Albuera. La cantábrica ciudad ostentó su patriotismo como las otras en donde se habían efectuado los embarques de las tropas expedicionarias, siendo obsequiados los soldados con dinero y tabaco.

El día 23 de Noviembre llegó á la ciudad de los Condes, como á las siete de la mañana, el batallón de cazadores de Barbastro, procedente de Zaragoza. Las autoridades militares lo esperaban en la estación. Allí repartióse la cantidad en metálico obsequio del Ayuntamiento, dirigién-

dose después al cuartel de San Fernando de la Barceloneta. El aspecto de la ciudad era el mismo que el del día anterior; grande animación en las calles, las casas engalanadas lujosamente. Piquetes de la guarnición, comisiones de los casinos y sociedades, el elemento militar estrechamente unido con el civil, todos se disputaban el honor de ser los primeros en vitorear á los expedicionarios. A las nueve llegó el general Weyler al muelle acompañado de su Estado Mayor y de algunos generales, y á las nueve y media una comisión de la Diputación Provincial, presidida por el señor Comas y Masferrer, otra del Municipio presidida por el señor Rius y Badía, los voluntarios catalanes de las guerras de Africa y primera de Cuba, los estudiantes de la Universidad y de los demás centros docentes.

El general Weyler reunió en la popa del vapor *Colón* á los jefes y oficiales de Barbastro, diciéndoles: *Yo os recomiendo cuidar mucho á los soldados, y evitéis que el cansancio inútil les haga enfermar; yo os recomiendo también mucha precaución en la guerra, pues sabido es que el enemigo se oculta siempre y cuando hace frente es porque las conveniencias se lo exigen.* Terminó el general deseando al batallón de Barbastro una feliz travesía, y muchos laureos que ceñir á la bandera de la patria.

El batallón de cazadores de Bailén que estaba de guarnición en Logroño fué destinado á Cuba. En las estaciones del tránsito, entre Logroño y Miranda, fué recibido y despedido el mencionado batallón con entusiastas muestras de cariño, especialmente en las villas de Haro y Cenicero. En ésta el Ayuntamiento, el juzgado municipal, el clero y todo el pueblo acudieron á la estación acompañados por la banda municipal. Al entrar el tren en los andenes de la estación, el pueblo vitoreó á España y al ejército, la música tocaba patriótico himno, los cobetes hendían los aires y los entusiastas soldados del batallón del regimiento de Bailén daban vivas á Cenicero. El municipio obsequió á las tropas. El alcalde de la villa de Haro Don Idefonso Pisón, dirigió al pueblo una patriótica alocución, invitando al vecindario á organizar una imponente manifestación, interpretando con toda fidelidad los magnánimos y sublimes sentimientos patrióticos de todos los buenos hijos de España; y como era de esperar, de la hermosa alocución del alcalde, todo el vecindario de aquella ciudad riojana, impulsado por sus nunca desmentidos generosos y elevados sentimientos, respondió unánime á los deseos del mismo. Desde las primeras horas de la noche se notó inusitado movimiento por las calles de la ciudad, y á las diez y media organizóse la entusiasta manifestación en la Casa Consistorial, presidida por la misma Corporación, llevando la bandera nacional y la del Municipio. Cuando llegó la comitiva á la estación, los andenes de la misma estaban ocupados por millares de almas, viéndose allí unidas por el sentimiento á la patria é impulsadas por el mismo deseo, á todas las clases sociales. Cuando la campana de la estación anunció con sus tañidos la proximidad del tren especial, que conducía al primer batallón expedicionario del regimiento de Bailén, encendiéronse centenares de hachas de viento, y los portadores de ellas se situaron á lo largo de la vía, ofreciendo aquel conjunto un aspecto

grandioso. Los soldados, asomados á las ventanillas de los coches, contestaban á los vítores á España, al ejército, á Cuba española y al regimiento de Bailén, dando también vivas á la Rioja, á la ciudad de Haro y á los paisanos. En los semblantes de aquéllos valientes soldados, hijos queridos de la inmaculada España, retratábase la agradable satisfacción que les producían aquellas hermosas manifestaciones de la ciudad de Haro, aquellas mil veces benditas expansiones de patriotismo. El alcalde de la ciudad de Haro y demás concejales, dirigiéronse al coche en el cual iba el coronel señor Carbajo y la oficialidad del expedicionario batallón, é hicieron entrega en nombre de la ciudad de ciertos donativos consistentes en dinero y tabacos. El coronel, muy emocionado, abrazó con efusión al alcalde y demás concejales. De esta manera se despidieron los hijos de España y sus leales defensores, las autoridades civiles y las militares.

De todos los regimientos de línea de la española infantería, sólo carecen de representación en la guerra de Cuba diéciseis, y del séptimo cuerpo de ejército los únicos regimientos que no tienen batallones en la campaña son los de Murcia y de Luzón.

El día 25 de Octubre, como á las siete de la mañana, hallábase á la vista de la Coruña el hermoso buque de la Compañía Trasatlántica Española y vapor correo á la vez *Reina María Cristina*, procedente de Santander, en cuyo puerto había embarcado, además de la correspondencia, pasaje, carga y pertrechos de guerra, el batallón expedicionario del regimiento de Sicilia. Cuando fondeó el buque en el puerto, todos los soldados, asomados á las bandas, lanzaron entusiastas vivas á la Coruña y al ejército, contestando á los delirantes y frenéticos con que el pueblo coruñés saludaba á los expedicionarios. Hasta lo espléndido del día contribuyó á que resaltara la hermosura del conjunto de aquel conmovedor espectáculo. Todos los buques del puerto tenían enarbolados los pabellones de sus respectivas nacionalidades. El vapor-correo hizo escala en la Coruña para recoger á los generales Excmos. Sres. Don Sabas Marín y González, Don Luis M. Pando y Don Pedro Pín y Rodríguez.

Entre las nueve y diez de la mañana apareció el general Pando en la falúa *Paz*, de la Comandancia de Carabineros. A los vivas dirigidos á su personalidad, contestó el general puesto en pié, saludando con el sombrero, pues iba vestido de paisano, y á su vez dió vivas á España. El numeroso público los contestó con frenesí patriótico. Poco después fueron á bordo del trasatlántico los ayudantes del general Pando, Don Félix Pareja, coronel de infantería; Don Enrique Cebollino, teniente coronel de la misma arma; los comandantes también de infantería Don Tomás Palacio, hijo del general del mismo apellido y actual director de la Guardia Civil, y el señor Idoate, y los capitanes Don Ricardo Donoso Cortés y Don Antonio Linares. Después del general Pando, fué á bordo del vapor el general Pín. Le acompañaron los generales Moltó, Cappa, Sánchez Bregua, Llul, Valderrama, Caballero, Morales Abbo, el intendente señor Alsá, muchos jefes y oficiales y numerosísimos amigos. El general Pín fué vitoreado por el pueblo. En el remolcador *Guipuzcoano*

trasladóse al *María Cristina* seguido de todo el acompañamiento. A los vítores del pueblo coruñés contestó el general: *Hasta la vuelta, coruñeses: á ver si pronto recibiréis noticias mías.* Al subir al vapor con sus ayudantes Don Juan Ceballos, comandante de Estado Mayor, Don Francisco Mendoza, capitán de infantería, Don Lino Naveira, capitán de la misma arma, y de su hijo el capitán Don Eladio Pín, atracó al costado del buque la lancha de vapor de la Dirección de Sanidad Marítima, en la cual iban el Gobernador civil y el Alcalde. Ambas autoridades saludaron al general. En el vapor, saludóle también el capitán del mismo, señor Gorordo.

A las doce de la mañana llegó al buque correo la falúa de Carabineros, conduciendo á nuestro actual Gobernador General, Excmo. señor Don Sabas Marín y González, tan modesto y digno por la nobleza de sus sentimientos, acompañado de su noble esposa doña Matilde de León y de Marín y de su hija. Con la tan ilustre y digna familia del general Marín llegaron también los generales Moltó, Cappa y Caballero. El general Moltó subió al trasatlántico, dando el brazo á la esposa del general Marín y el señor Cappa á su hija. En la escalerilla recibieron á los generales el capitán del buque y todos los jefes y oficiales, en donde fueron obsequiadísimos. Llevaba el general Marín como ayudantes al Marqués de Casablanca, comandante de artillería; á Don Jesús Coloma, capitán de Estado Mayor, á Don Rafael Esteban, comandante de húsares, y al teniente coronel señor Aranzabe. Los vítores al general Marín fueron muy entusiastas, delirantes y patrióticos, elogios, por cierto, muy justos, cuando se tributan á un militar tan modesto y de tanta valía como lo es nuestro Gobernador General. Los merecidos elogios que el pueblo español en general, la misma Nación agradecida, y la historia, como expresión fiel de la verdad, tributarán al general Marín, aparte de los muchísimos servicios notables prestados anteriormente, lo serán por sus hábiles gestiones en la actual guerra, ya como Comandante General del segundo cuerpo de ejército en campaña, ya como Gobernador General interior de Cuba. Nosotros nos hemos propuesto narrarlos con toda fidelidad, para que la justicia histórica brille con toda su esplendor.

El batallón expedicionario del regimiento de Sevilla embarcó el día 22 en Cartagena en el vapor *Sau Agustín*. Los soldados, cabos y sargentos del referido batallón, fueron obsequiados con tabacos y dinero y la oficialidad con un espléndido banquete. La despedida hecha por el pueblo fué muy entusiasta y afectuosa. El general Loño despidiólo en el puerto. El día 23 salió también el batallón del regimiento de España que iba á Cuba, y se repitieron idénticas demostraciones de cariño.

El mismo día zarpó de Cadiz el trasatlántico *Satrústegui* con rumbo á Cuba, llevando abordo á los generales Rey y Toral, y á los batallones de los regimientos de Sahoyá y Zaragoza. Asistieron al embarque los generales Fernández Rodás y Castillejos. El pueblo gaditano se desbordó entusiasmado, y los expedicionarios fueron objeto de vítores y aclamaciones.

De San Sebastián partió el día 22 para embarcar en Santander el

batallón expedicionario del regimiento de Valencia, siendo la despedida que les hizo la ciudad donostiarra sumamente afectuosa. Por las calles del tránsito los soldados y paisanos iban abrazados. El entusiasmo rayó en el delirio. La ciudad estaba iluminada, las luces de bengala alumbraban el paso de las tropas, y en la estación despidieron al batallón todas las autoridades tanto civiles como militares. El día 25 embarcó en Cádiz el batallón expedicionario del regimiento de Castilla, en el vapor *Ciudad de Cádiz*. El 30 de Noviembre, hicieron lo propio el batallón cazadores de Puerto-Rico y los batallones expedicionarios de los regimientos de Cuenca y Córdoba en los trasatlánticos *Alfonso XIII* y *Santo Domingo*. Todos los cuerpos fueron aclamados y obsequiados con profusión por el vecindario gaditano, despidiéndolos abordo los generales Fernández Rodas y Castillejos, las autoridades civiles y eclesiásticas y varias comisiones. En Santa Cruz de Tenerife (Canarias), en el vapor *San Ignacio de Loyola*, embarcaron las dos compañías del batallón provisional expedicionario, siendo también objeto de una entusiasta despedida. En Palma, la ceremonia de bendecir la bandera de guerra regalada por la población al batallón provisional de Cuba, fué imponente y conmovedora. Ocupó la cátedra sagrada el Teniente Vicario Don Joaquín Cervera Simón, predicador de S. M.

El pueblo español evidenció de una manera terminante que, en ocasiones como las actuales para la Patria, puede ésta contar con el concurso de todos sus hijos. La pasión política, la lucha de bandería todo queda olvidado ante el común deber. La España de hoy es la misma que la de los gloriosos siglos, capaz de reverdecer los laureles y agregar otros de eterna memoria. El espíritu conquistador del pueblo español, su temperamento bélico, no han muerto. Basta que le pongan en litigio su integridad, y continuará sus inmarcesibles victorias sin más estímulo que el amor á la Patria. El moderno soldado ibero no conoce el miedo, no piensa nunca en ocultar su cuerpo; prefiere la muerte al dictado de cobarde; por eso va alegre á Cuba: y el pueblo español por defender la dignidad nacional, dá su sangre y su hacienda; por eso vemos salir á millares los soldados y se gastan en la guerra tantos millones. La opinión altamente sensata ha aquilatado la gravedad de la guerra y se dispone á rechazarla con mayores bríos.

Si espléndidas, entusiastas y patrióticas habían sido las demostraciones hechas en la Península á los batallones expedicionarios, solemnes, grandes y ruidosos fueron también los agasajos y festejos con que fueron recibidos aquellos valientes defensores de España al arribar á los puertos de la isla de Cuba. Santiago de Cuba, Manzanillo, Guantánamo, Gibara, Nuevitás, Puerto Príncipe, Cienfuegos y especialmente la Habana, dieron patentes muestras de que el amor á la madre Patria aún latía muy intenso en muchísimos corazones españoles de allende y aquende del Océano, de peninsulares é insulares. En la capital de la Isla correspondió como factor principalísimo en la organización de los festejos y obsequios á las tropas expedicionarias, el alcalde municipal en aquella fecha, señor Don Antonio Quesada y de los Sotos. Este procuró excitar

el patriotismo de los amantes de España, y en verdad que las excitaciones del alcalde habanero despertaron un entusiasmo extraordinario en todas las clases sociales. En las calles principales de la ciudad, y que estaban señaladas para el tránsito de los batallones, levantáronse arcos y columnas con patrióticas alegorías é inscripciones entusiastas: frente al Ayuntamiento se obsequió á los expedicionarios, con palomas y flores, por una comisión de damas de la mejor sociedad de la Habana: la *Unión de fabricantes de tabacos* contribuyó con una considerable suma de cigarros puros y de cigarrillos para obsequiar á los oficiales y soldados, y los suculentos ranchos dados á los mismos fueron el complemento de aquellos festivales. Las calles engalanadas, y los principales y dependientes celebrando las fiestas de la Patria. ¡Bien merecidos tenían los obsequios los defensores del orden!

Después de la llegada de la expedición, y en vista del avance de los rebeldes y de los síntomas revolucionarios que se iniciaban en el resto de las otras provincias insulares, que hasta entonces habían permanecido fieles á la legítima bandera, el general Martínez Campos ocupóse en reorganizar el ejército, á cuyo fin dictó su orden general en 1.º de Diciembre. Dice así:

“Artículo 1.º El ejército de la isla de Cuba se dividirá en primer Cuerpo de Ejército (Departamento oriental); segundo Cuerpo de Ejército (Villas y Ciego de Avila); primera Comandancia General (Camagüey); segunda Comandancia General (provincia de Matanzas y Pinar del Río).

Artículo 2.º Con arreglo al artículo 31 del Código de justicia militar, y para la más rápida y mejor administración de ésta, queda delegada en los Comandantes de Cuerpo de Ejército y en el del Camagüey la jurisdicción de guerra, con arreglo á las instrucciones que se dicten.

Artículo 3.º Todos los jefes de columna, si tienen comunicación telegráfica con el General en Jefe, al dar parte al superior jerárquico inmediato de asuntos de verdadera importancia, lo harán directamente también á dicha superior autoridad, siempre que estén separados de la suya inmediata.

Artículo 4.º La organización será la siguiente:

Primer Cuerpo de Ejército.—Comandante en Jefe, Excmo. Sr. Teniente General Don Luís M. Pando.

Primera División.—Comandante General interino, Excmo. Sr. General Don José Giménez Moreno.

Primera Brigada.—*Occidente de Cuba*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Arsenio Linares Pombo; Jefe de media brigada, coronel Don José Ximenez de Sandoval; coronel, Don Andrés Maroto.

Cuerpos: Batallón de Antequera, idem de Baleares, idem de San Fernando, idem de Asia, una sección de artillería de montaña.

Segunda Brigada.—*Oriente de Cuba*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don José García Navarro; jefe de media brigada, coronel Don Juan Zibikowski.

Cuerpos: Regimiento de Cuba, Batallón de Valladolid, idem de San Fernando, idem de Asia, una sección de artillería de montaña.

Tercera Brigada.—*Guantánamo*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Francisco Caulla; Jefe de media brigada, coronel Don José Baquero.

Cuerpos: Regimiento de Simancas, Batallón de Luchana, idem del Príncipe, Escuadras de Guantánamo, Escuadrón de María Crirtina, una sección de artillería de montaña.

Cuarta Brigada. - *Baracoa, Sagua de Tánamo y Mayarí*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Javier Obregón; Jefe de media brigada, coronel Don Eduardo Lopez Ochoa.

Cuerpos: Batallón de Talavera, idem de Guadalajara, idem de Córdoba.

Cuerpos afectos á la División.—Jefe de media brigada, coronel Don Juan Tejeda. Batallón de guerrilla, idem de Toledo y León, para guarnecer Juraguá y Daiquirí, Escuadrón del Rey, una compañía de Ingenieros.—Nota: Cada brigada tiene afectas á ella las guerrillas locales de las zonas que cubren y la Guardia Civil.

Segunda División.—Comandante General, Excmo. Sr. Don Andrés González Muñoz.

Primera Brigada.—*Bayamo*.—Jefe, Excmo. Sr. Don Federico Alonso Gasco; Jefes de media brigada, coroneles Don Joaquín Vara del Rey y Don Eduardo Aizpuru.

Cuerpos: Batallón de Colón, idem de Alcántara, idem de Baza, idem de Andalucía, Artillería de montaña.

Segunda Brigada.—*Manzanillo*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Brantío Ordoñez; Jefes de media brigada, coroneles Don Ulpiano Sánchez Heclavarría y Don Diego Figueroa y Hernández.

Cuerpos: Regimiento de Isabel la Católica, Batallón de la Unión, idem de Vergara, una sección de artillería de montaña.

Cuerpos afectos á la División.—Dos compañías de Ingenieros, Escuadrón de Arlabán, guerrillas de Guisa y de Bayamo.—Nota: La Guardia Civil y las guerrillas locales dependen según sus zonas, de las Brigadas.

Tercera División.—Comandante General, Excmo. Sr. Don Pedro Pín y Rodríguez.

Primera Brigada.—*Holguín*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Ramón Echagüe.

Segundo Cuerpo de Ejército.—Comandante en Jefe, Excmo. señor Teniente General Don Sabas María y González.

Primera División.—Comandante General Excmo. Sr. Don Alvaro Suárez Valdés; Jefe de media brigada, coronel Don Santiago Ceballos.

Cuerpos: Regimiento de la Habana, 2º batallón de infantería de Marina, Batallón de Sicilia.

Segunda Brigada.—*Tunas*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don José Toral; Jefe de media brigada, Don Manuel Nario.

Cuerpos: Batallón de Aragón, idem de Bailén, 3º de infantería de Marina.

Cuerpos afectos á la División.—Una sección de Artillería de montaña, una compañía de Ingenieros, dos Escuadrones de Hernán Cortés.—Nota: La Guardia Civil y las guerrillas afectas á las brigadas según sus zonas.

Primera Brigada.—*Santa Clara y Trinidad*.—Jefe, Excmo. señor General Don Agustín Luque y Coca; Jefes de media brigada: coroneles Don Adolfo Holguín, Don Joaquín Osés y Don Juan Manrique de Lara.

Cuerpos en zonas. — Batallón de Soria, idem de San Quintín, tercer batallón del regimiento de Alfonso XIII, Batallón de América, idem de Alava, idem de Vizcaya.

Cuerpos en columna: Batallón de Castilla, idem de Barbastro, Escuadrón 1º del Comercio, Escuadrón de Pizarro, idem 2º del Comercio.

Segunda Brigada.—*Cienfuegos*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Pedro Cornell y Cornell; Jefes de media brigada, coroneles Don Salvador Arizón y Don Ruperto Salamero.

Cuerpos en zonas: Batallón de Barcelona, idem de Bailén, idem de Canarias y primer batallón de infantería de Marina.

Cuerpos en columna: Batallón de Cantabria, idem de Alfonso XIII, Escuadrón de Montesa, idem de Treviño.

Tercera Brigada.—*Sagua*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don Juan B. Godoy; Jefes de media brigada, coroneles Don Ricardo Vicuña y Don Cándido Hernández.

Cuerpos en zona: Batallón de Saboya, idem de Galicia, idem de Extremadura, idem de Zaragoza.

Cuerpos en columna: Batallón de las Navas, Escuadrón de Sagunto, idem movilizados de Santo Domingo.

Tendrán afectos á la división de la sección de Artillería: á esta división se le agregará otra sección de Artillería tan pronto se forme.—Nota: Las guerrillas locales, la Guardia Civil y voluntarios movilizados de la Habana, quedarán afectos á las brigadas respectivas.

Segunda División.—Comandante General, Excmo. Sr. General Don José Giménez Castellanos.

Primera Brigada.—*Remedios*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don José Oliver; Jefes de media brigada, coroneles Don José López Amor y Don Julio Romaguera.

Cuerpos: Batallón de Isabel II, idem de Cataluña, idem de Burgos, idem de San Marcial, idem de Pavía, dos Escuadrones de Camajuaní, una sección de Artillería de montaña.

Segunda Brigada.—*Sancti-Spíritus*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don José Aizpúrua; Jefes de media brigada, coroneles Don Antonio Martín Don Antero Rubín y Don Enrique Segura.

Cuerpos en zona: Batallón de Mérida, idem de España, idem de Granada, idem de Zamora, idem de Chiclana.

Cuerpos en columna: Batallón de Puerto-Rico, idem de Tetuán, Escuadrón de la Princesa, guerrillas de Sancti-Spíritus, una sección de Artillería de montaña.

Tercera Brigada.—*Ciego de Avila*.—Jefe, Excmo. Sr. General Don José García Aldave; Jefes de media brigada, coroneles Don Enrique Rizo y Don Francisco Galdís.

Cuerpos: Primer Batallón de Alfonso XIII, segundo idem de idem, idem de Reus, idem Provisional número 1, idem de Valencia, idem de Sevilla, dos compañías de Ingenieros, Escuadrón de Talavera, idem de Lusitania, idem de Pizarro, idem de Numancia, una sección de artillería de montaña.—Nota: Las guerrillas locales y la Guardia Civil, quedan afectas á las zonas de las Brigadas, así como los voluntarios de la Habana.

Comandancia General del Camagüey.—Comandante General de esta División, Excmo. Sr. General Don Pedro Mella y Montenegro. Esta División sustituye al 4º distrito, sin más diferencia que la segregación, por ahora, de la Brigada de Ciego de Avila, por la falta de comunicación.

Segunda Comandancia General.—Bajo el mando directo del Excelentísimo Sr. General 2º Cabo Don José Arderíus, comprendiendo las fuerzas que hay en la provincia de Matanzas, Habana y Pinar del Río, que estarán respectivamente mandadas por sus Gobernadores militares, componiéndose la Brigada de Matanzas de los batallones 1º y 2º de María Cristina, Rey, Cuenca y Escuadrón de Santiago.

Artículo 5º Las fuerzas de Voluntarios y Bomberos de toda la Isla dependen del punto donde presten servicio, y respectivamente del Jefe de la zona, Brigada ó División en que se hallen.

No se asigna puesto á las brigadas de acémilas, porque éstas irán á los puntos que en cada caso convenga.

Lo que de orden de S. E. se hace saber en la general de este día para conocimiento de todos. El coronel Jefe de E. M. interior, *Ignacio Castañera*."

Por la relación hecha del estado, distribución y organización de las fuerzas, cuerpos y columnas en campaña, parece admirable el plan, y en verdad lo era, pero resultó, ya por las circunstancias del avance de la insurrección hacia occidente, que obligaron al general Martínez Campos á modificarlo; ya por otras causas que de ser ciertas en nada favorecían al mencionado general, en el concepto de General en Jefe de un numeroso ejército en operaciones, ineficaz incumplido. No quedó batallón alguno en el sitio mandado ó columna designada en su propia demarcación; ninguna fuerza operó en su respectiva zona; el desorden cundía por todas partes; la confusión más espantosa reinaba en las filas; los cuerpos eran trasladados de unas á otras provincias como trashumantes colectividades; en cuanto á los batallones no quedó absolutamente uno completo. Columna de mil quinientos hombres estaba compuesta de fracciones de ocho y hasta de diez batallones distintos; compañías improvisadas al azar con fracciones de otras; los jefes sin conocer á los soldados y viceversa. Todo se hallaba en un lamentable caos, en espantosa confusión. Este es el cuadro real y exacto de lo ocurrido en la campaña, mientras la dirigió el general Martínez Campos. Campaña de

las imprevisiones, de los desaciertos, de las vacilaciones, de la carencia de firmeza en los movimientos de las columnas, de la falta de solidez en las operaciones, de la ausencia total de ese sentido práctico que debe poseer necesariamente un príncipe de la milicia. Luego no debe extrañarnos y mucho menos sorprendernos el avance de los rebeldes sin sufrir más que ligerísimos reveses, pero ninguna derrota importante á pesar de la fatigosa movilidad y penosísimas marchas de las columnas, y contar con un numeroso ejército en operaciones, por falta de una buena dirección y una voluntad firme, resuelta, decidida y capaz de no ceder á perniciosas influencias. Tal era el desconcierto, la confusión, el desorden que reinaba en la dirección de la guerra. De veinticinco mil hombres, nadie, ni en los centros militares, sabía con certeza donde estaban. El general Marín, durante los días de su interinidad, días de grata recordación para España por lo mucho y muy bueno que hizo, tropezó con los inconvenientes referidos; mas su prodigiosa actividad remediólos en gran parte y facilitó muchísimo la reorganización á su sucesor el señor Marqués de Tenerife. Siguiendo el orden cronológico que rigurosamente nos hemos impuesto, ya expondremos las gestiones del general Marín en su correspondiente lugar.

No puede asegurarse de una manera precisa el número de rebeldes que estaban en el campo. La total carencia de datos imposibilita el dar un número exacto. Sin embargo, ya hemos expuesto anteriormente la constante labor de los enemigos de España para conseguir el desafecto del pueblo cubano á la nacionalidad española única poseedora legítima, las diversas formas, los distintos matices que adoptaron y filiações aceptadas para hacer efectivo el odio. Y en verdad que lo consiguieron, pues la generalidad de la opinión era partidaria de los rebeldes, por tanto, no será aventurada la hipótesis, si aseguramos que las fuerzas rebeldes sumaban un contingente de sesenta mil hombres y la reserva había constituida por casi todos los campesinos y por núcleos importantísimos en las ciudades, pueblos y caseríos, que les auxiliaban como espías, conductores de municiones, armamento, medicinas, ropas, víveres y otros indispensables artículos. Ya veremos cómo en el avance, á manera de torbellino, van engrosándose las insurrectas filas por los comprometidos á secundar la revolución en el oportuno momento.

CAPITULO XIV.

SUMARIO.—*Los Tenientes Generales Excmos. Sres. D. Sabas Marín y González y D. Luis M. Pando toman el mando de sus respectivos cuerpos de Ejército.—Actividad del general Marín.—Creación de guerrillas por el mismo.—El mutismo y los hechos del general Marín.—Verdadera organización en las Villas.—El general Pando en Santiago de Cuba.—Alocución del mismo.—Juicio oral del excabecilla Sanguily.—Sentencia recaída. Curso imprevisto de los sucesos.—Paso de la trocha de Júcaro á Morón por Máximo Gomez, y su retroceso.—Rendición del fuerte Pelayo.—Unión de Máximo Gómez y*

Maceo.—Toma del campamento.—Una bomba de dinamita.—Pequeños incidentes.

Llegó felizmente la última expedición mandada el noventa y cinco á la isla de Cuba, y con ella los Exmos. Sres. Generales Marín y Pando, conocedores ambos de las cosas cubanas y de la clase de guerra que hacen los rebeldes. Después de haber permanecido S. S. E. E. muy poco tiempo en la capital de la Isla, solamente el preciso para descansar y cambiar impresiones con el Gobernador General y General en Jefe Exmo. Sr. Don Arsenio Martínez Campos acerca de la marcha de los acontecimientos, salieron juntos para Batabanó, y en el puerto del Sur subieron á bordo en uno de los vapores correos de la compañía de Menéndez. El nueve de Diciembre llegaron á la ciudad de la Habana y el doce del mismo mes á la de Cienfuegos. El general Marín hizo cargo al momento del mando del Segundo Cuerpo de Ejército, y el general Pando continuó el viaje á bordo del mismo vapor hasta Santiago de Cuba, en donde tan pronto llegó se hizo cargo del Primer Cuerpo de Ejército. El general Marín conoce muy bien la isla de Cuba; en ella ha estado de jefe subalterno y de Gobernador General interino el año 1887, quedando después efectivo en dicho cargo hasta el año 1889 inclusive. Durante el mando del digno general Marín en Cuba obtuviéronse positivas ventajas para la causa española. Con su habitual prudencia desbarató un club filibustero establecido en Cayo Hueso, en el cual se conspiraba y preparaba activamente la revolución. El general Marín, obrando de acuerdo con el consul español de Nueva-York señor Suárez Gualnes y con el de Cayo Hueso señor Torroja, logró que el cabecilla Ruz publicara un manifiesto descubriendo á los complicados, y de esta manera quedaron desbaratados los planes de los filibusteros. El cabecilla Ruz, después de este hecho, retiróse á Barcelona, pues su vida, estaba seriamente amenazada en un país como los Estados Unidos de Norte América, albergue y refugio protector del separatismo cubano. En el mando del general Marín sufrió rudo golpe el bandolerismo cubano, extinguiendo casi por completo las partidas existentes cuando él llegó á la Isla; ocupó la Aduana y destituyó á todos los empleados. Si bien es cierto que, merced á misteriosas influencias, no resultó nada, ó para expresarnos mejor, aparecieron inocentes ciertos cándidos empleados, también es una verdad incontrovertible que la moralidad en dicha administración merece acris censuras, porque muchos *malos españoles* han perjudicado muchísimo á la Nación con sus fraudes, cohechos y prevaricaciones. Inveterada costumbre es la comisión de fraudes en la aduana de la Habana; puede asegurarse con toda certeza que constituye una costumbre, un mal crónico y de extirpación difícilísima. Los empleados prevaricadores son *malos españoles*, porque dan con su inmundicia, armas y argumentos á los eternos enemigos de España, y de perversos merecen calificarse aquellos que desean lucrar á costa de su decoro propio y dignidad; aquellos que envilecen con su conducta, la administración en la variedad de sus funciones; aquellos que, siendo su principal deber

el enaltecer á España por su comportamiento, obran en opuesto sentido. La Patria tiene, como la madre en el hogar doméstico, ciertos derechos á exigir de sus hijos los deberes anexos en lo referente á la honradez, la virtud y el civismo, y otros muchísimos que pueden condensarse en las siguientes palabras: *á exigir á sus hijos el más exacto cumplimiento en los deberes relativos á su vida tanto pública como privada.* Si la sociedad lanza el anatema contra el hijo desgraciado que desacredita á su madre, el mismo anatema merece el que por sus actos tiende á rebajarla ó deprimirla. La verdadera causa eficiente del mal está en el derrotero que se han trazado, por ambición concupiscente ó enormes compromisos, algunas personas de talla y talento en la política de nuestra patria, cuya influencia ha pesado, y tal vez pese en adelante, cual losa de plomo, sobre los Consejeros de la Corona, y en el Ministerio de Ultramar se ha sentido con mayor intensidad la referida influencia. Luego: si acto de virilidad realizado por el general Marín con el objeto de cortar radicalmente inveterados abusos, de matar la prevaricación continuada y de acabar con la fuente de actos inconformes con la moralidad administrativa, es digno y patriótico.

Nosotros podemos asegurar que la mayoría de la opinión en la Península era partidaria del general Marín para que se le designara ó nombrara como Gobernador General y General en Jefe de la isla de Cuba, porque aún no se había borrado de la memoria que, en la época de dicho general, llegó, sino á la extinción completa del bandolerismo, á lo menos sufrió rudo golpe que le obligó á permanecer en la inactividad, y que además con su tacto y prudencia contribuyó durante su gobierno á hacer simpático el nombre de España en toda la Isla. Hábil, discreto y conoecedor como gobernante de las verdaderas necesidades, salvó todos los obstáculos para subsanar deficiencias y satisfacerlas.

La actividad desplegada por el general Marín en lo referente á la campaña fué extraordinaria, y, durante el corto tiempo de su interinidad, maravillosa. Podemos afirmar, sin incurrir en la nota de exagerados, por ser un hecho manifiesto y que está en la conciencia de todos, que el general Marín ha sido *el dique de contención de los ímpetus revolucionarios y el primero que hizo sufrir trenen los desengaños á las partidas de Maceo y Máximo Gómez.* Esto lo narraremos en el lugar oportuno, ya que el orden cronológico nos impide hacerlo en este párrafo. Breve fué el mando del general mencionado, pero lo suficientemente benéfico, consolador y fructífero para impedir que los soldados cayesen despedazados por los pequeños y contraproducentes destacamentos. A las grandes masas de las partidas rebeldes opuso él fuertes columnas, sino iguales en número á las partidas insurrectas, á lo menos dotadas de suficiente personal de tropas para no sufrir un desastre y aún batirlas rudamente; organizó bastante lo diseminados, revueltos y confundidos que se hallaban los cuerpos. ¡Bien haya la publicidad y la crítica, pero siempre que ambas sean verdaderas, motivadas y serias! En la actualidad, con el prurito de sabios de que todos presumimos, y del espíritu crítico de que nos hallamos por contagio dotados, en muchas ocasiones sometemos al crisol de

la misma cosas que no entendemos ni tan siquiera conocemos. La información, la crítica y la publicidad tienen un valor muy relativo, que muchas veces resulta ser solamente la opinión del *escritor ó la del crítico*. Parece, al contemplar escritos y opiniones tan contradictorias sobre un mismo asunto, que hemos retrocedido á los tiempos de la antigua Grecia; pero de la Grecia de los *sofistas*, en que todo se involucraba, tergiversaba y se le daba la interpretación de las cosas conforme á las inclinaciones, gustos ó granjerías de cada pseudo-filósofo de aquella época. Como los hechos no son susceptibles de otra interpretación que la de la realidad de los mismos, procuraremos exponerlos claramente, porque nada más lejos de nuestro ánimo que el marcado encono de echar por los suelos prestigios digna y justamente adquiridos, ensalzar nulidades y medianías y hacer una oposición sistemáticamente personal, ó tributar innecesarias alabanzas. No ya la ciencia estratégica ó estudio de la guerra, sino la práctica de la misma, tiene impugnadores profanos, que no se limitan solamente á referir los hechos, á narrar y condensar la marcha de la guerra, sino á dar patentes de capacidad é inteligencia y á proponer nuevos planes.

Sin embargo, la guerra se hace obedeciendo á un plan seriamente meditado, en el que se presuponen las fuerzas necesarias para el definitivo triunfo, el dinero que haya necesidad de gastarse en las movilizaciones y sostenimiento del ejército, y el tiempo apróximado en que haya mayor suma de probabilidades de dar un buen resultado los elementos de combate que se hayan acumulado, merced á una inteligente dirección. Pero los censores modernos en el periodismo, cuando de asuntos militares se trata, hánse convertido en estratégicos teorizantes, que en medio de su procacidad, ignorancia ó alguna otra causa menos correcta, contribuyen á gastar prestigios dignamente adquiridos y á tergiversar según sus deseos ciertos detalles ó accidentes de la guerra, inevitables en la mayoría de los casos. Por eso hemos dicho al principio que somos partidarios de la publicidad, porque hoy todos los actos de los hombres públicos y altas gerarquías en lo referente á la Nación ó al Estado, públicos deben ser también y tan diáfanos como la luz del sol; pero nos declaramos enemigos de esa publicidad interesada, concupiscente, audaz y pedante, que, sin razón, causa ó fundamento, quizás por satisfacer pueriles conatos ó deseos de vanidad, deprime lo bueno y ensalza lo mediano, y á veces hasta lo malo.

Poco tiempo descansó en la ciudad de Cienfuegos el general Marín. Sólo permaneció el necesario para atender y cumplimentar las visitas de los numerosos amigos y simpatías que tiene en la perla del Damují, enterándose de todo lo concerniente al intento de avance de los insurrectos, en parte ya realizado. Máximo Gomez anenaba invadir la jurisdicción de Sancti-Spiritus, otras fuerzas de Oriente la de Remedios. Entre los muchos visitantes del General, debemos hacer mención la del Excelentísimo Señor Don José Pertierra y Albuerne, Marqués de Cienfuegos, y la del amigo íntimo de Don Sabas, la del padre Cuervo, Racionero de la Santa Iglesia Catedral de la Ha-

bana en aquella fecha, y actualmente canónigo penitenciario de la misma Iglesia. Este le enteró minuciosamente de todo cuánto ocurría, tanto en lo referente á la insurrección, cuanto á la manera de pensar del pueblo en su variedad de opiniones. Sí; porque el general Marín en virtud de su finura, delicadeza, instrucción, afabilidad, cultura, formas y manera altamente distinguidas, daba origen á muchos obcecados á ciertas apreciaciones erróneas. Creen algunos que las autoridades solamente son enérgicas, cuando en ellas imperan la brusquedad, el despotismo y otras cualidades negativas y generadoras de resultados contrarios á la noble misión de los generales, é ignoran que la milicia española siempre se ha distinguido por su indomable valor en la guerra, por la nobleza de sentimientos y por las buenas formas en materia de educación. No necesitaba el general Marín justificar su indiscutible reputación militar, los buenos servicios prestados á la patria; su gloriosa historia en la milicia, su sangre vertida en los campos de batalla, sus gestiones en las épocas de mando son muy elocuentes por sí solas para que se le mire con profundo respeto al veterano Teniente General del ejército español. La manera de proceder del general Marín, sintetizada queda en el siguiente aforismo: *suaviter in modo, fortiter in re*, condición *sine qua non*, indispensable, que deben reunir y practicar todas aquellas autoridades que dignamente desempeñen cargos públicos, y en tanto mayor grado cuanto más elevada sea la *autoridad* ó el *cargo*.

Comprendió el general Marín que en Las Villas, comarca de las más ricas de la Isla, sería el teatro en donde la guerra haría sentir con mayor intensidad sus horrores. De la ciudad de Cienfuegos trasladóse á Santa Clara en donde estableció su Cuartel General, y una vez allí, sin alocuciones al pueblo, porque el tiempo exigía obrar ya que los insurgentes continuaban su proyectado movimiento de avance, ocupóse en reorganizar y cumplimentar ciertos detalles. Notó también la falta de guerrillas, elemento indispensable en Cuba ante el sistema de guerra seguido por los rebeldes, y lo urgente que era el formarlas; y procedió á la creación de las mismas con pasmosa actividad. Como por ensalmo, como si las hubiera brotado la tierra, surgieron repentinamente dichas unidades bélicas, y todas ellas cumplieron como buenas.

Dedicóse preferentemente á custodiar y tener asegurada la libre circulación de los trenes. En dichos deseos, felizmente realizados, le ayudaron las empresas, y no podemos omitir por sus valiosos esfuerzos los nombres de los señores Leonardo Obiá y Paralela. De acuerdo con las empresas, el general Marín hizo reconocer la línea á los ingenieros militares; ordenó la construcción de fuertes en los lugares más convenientes, especialmente en las alcantarillas y en los puentes; mandó tener dispuestas máquinas de socorro en los paraderos designados para ello, y finalmente dispuso que en todos los trenes fuesen vagonetas blindadas para la defensa de la escolta y de los pasajeros, caso de verse atacados.

Como á la llegada del general Marín á Las Villas tenía el general Martínez Campos su cuartel general en la ciudad de Cienfuegos, el General en Jefe era el que disponía las operaciones generales encaminadas

á contener el avance de los insurrectos. Debemos hacer esta declaración para que las responsabilidades de los fracasos, lo mismo que las ventajas, se adjudiquen á los verdaderos directores de los hechos. Sin embargo, el general Marín como Comandante General del segundo cuerpo de Ejército, dispuso la formación de columnas que se dedicaron á la constante persecución de las partidas que merodeaban en todas las jurisdicciones de la provincia.

En la ciudad de Santa Clara mandó construir una línea defensiva más avanzada y con sus respectivos fuertes á la ya entonces existente, con el doble objeto de darle mayor seguridad á la capital caso de ser atacada, y para dedicar á zona de cultivo las tierras inmediatas entre las dos líneas. Dicha medida fué de fructíferos resultados y se comprendió cuán grande era su ventaja, después de haber sido abandonada. Estas fueron las disposiciones preliminares del general Marín, todas ellas acertadísimas, discretas y reveladoras de la inteligencia y táctica militar del autor. Sin embargo, todos estos trabajos eran para el general cuestión de complemento ó detalle, pues su mirada estaba fija en el nubarrón que venía de Oriente, que ya había pasado la trocha de Júcaro á Morón, esperando resuelto el desenvolvimiento de aquella algarada.

El General Pando, á bordo del mismo vapor en que había llegado á Cienfuegos, continuó su viaje en dirección á la capital del Departamento Oriental, estableciendo en la mencionada ciudad su Cuartel General. El mismo día de su llegada á Santiago de Cuba dirigió al pueblo la siguiente *alocución*:

Habitantes de Santiago de Cuba: Tiempo há nos conocemos y excuso deciros que vengo de nuevo á defender y apoyar toda clase de intereses legítimos, y á oponerme y combatir enérgicamente á los que no lo sean.

Para cumplir con tan grato deber cuento con la inmensa mayoría de vosotros, con las acertadas disposiciones del General en Jefe, con el decidido propósito del Gobierno de S. M. y con el acendrado patriotismo de todos los hijos de España, tengo la completa seguridad de que si en un plazo que no debe llegar nunca á seis meses, no se vieran coronados por el éxito tales esfuerzos, culpa mía será, nunca de aquéllos ni de vosotros; y si ese caso llegare, sabré cumplir con mi deber como he tratado y trataré de cumplirlo siempre.

Con la condición de cubano me honro y ésta se subleva en mí, como se sublevará en todos vosotros, ante el proceder de quienes, olvidándose de lo que la dignidad cubana exige, prefieren, sirviendo á las órdenes de extranjeros, la ruina y la desolación de esta hermosa Isla, á la prosperidad en todos los órdenes, con la adhesión á la madre patria.

Bien sé que los olvidados de tan sagrado deber, como lo sabeis vosotros, son los menos, y prueba de ello es que las más prestigiosas personalidades de la primera revolución se hallan tranquilamente en sus hogares, adictos á la madre patria habiéndose lanzado al campo sólo algunos aventureros para ponerse á las órdenes de quienes no tienen la honra de ser cubanos.

Mi política, por deber como subordinado. y por convicción como superior, no será otra que el perdón para los arrepentidos y los rigores de la Ley para los delincuentes; así, pues, si alguno de los últimos estuviese aún entre nosotros, le aconsejo abandone cuanto antes su actual situación, pues con ellos, aunque sensible para mí, tendré que ser inexorable.
Santiago de Cuba, 17 de Diciembre de 1895.—Luis M. de Pando.

Desde que estalló la guerra fué reducido á prisión el excabecilla insurrecto Julio Sanguily y Garit, por estar comprometido en el levantamiento. En el castillo de la Cabaña estaba preso y procesado por el delito de complicidad en los sucesos políticos. Señalaron el juicio oral de la causa para el día 27 de Noviembre. Las sesiones duraron dos días consecutivos. La acusación fiscal estuvo á cargo de Don Federico Enjuto, y el abogado defensor lo fué el filibustero licenciado y delegado revolucionario por la Junta Central de Nueva-York, Miguel J. Viondi y Vera. El Tribunal colegiado falló de acuerdo con la petición fiscal, condenando al contumaz separatista á la pena de cadena perpétua con las accesorias de interdicción civil y sujeción á la vigilancia de la autoridad durante su vida; y para el caso de ser indultado de la pena principal á las de inhabilitación perpétua, absoluta y sujeción á la vigilancia de la autoridad. El magistrado señor Maydagán formuló voto particular, opinando que Sanguily debía ser absuelto. Viondi, defensor del excabecilla, interpuso recurso de casación y la causa se elevó al Supremo Tribunal para su definitiva resolución.

En los *resultandos* de la sentencia consígnase en el *primero* la traslación de la causa de la jurisdicción de guerra á la jurisdicción ordinaria en atención á lo dispuesto por el protocolo de 12 de Enero de 1877, concertado entre España y los Estados Unidos; en el *segundo* se prueba la participación del procesado en el alzamiento rebelde; en el *tercero* probado queda que el cabecilla Antonio López Coloma dió el grito de rebelión en Ibarra, obedeciendo á órdenes é instrucciones de Sanguily; en el *cuarto* se aprecian ciertos detalles y hechos como pruebas; en el *quinto* se trata acerca de la detención del infidente; en el *sexto* también queda comprobada la complicidad del procesado mediante un documento revolucionario que le arrebató un inspector de policía al filibustero Inocencio Azcuy.

Desde que el cabecilla Maceo se corrió en dirección á Occidente con el objeto de unirse á Máximo Gómez, la provincia de Santiago de Cuba, cuna del separatismo, entró en una era de relativa calma. Los numerosos contingentes de orientales que siguieron al cabecilla mulato, habían dejado harto quebrantadas las fuerzas rebeldes del departamento oriental. El plan de Máximo Gómez empezaba á realizarse. Camagüeyanos y orientales, sangre latina y africana, irreductibles por temperamento, combatirán juntas por la más insana é injustificada de las causas.

Los separatistas querían impedir á todo trance la zafra. En este procedimiento abrigaban sus ilusiones de triunfo. Arruinar económicamente á España, para que evacuase la Isla. Tales proyectos se formaban

y tales esperanzas prevalecían, pero no contaban los *libertadores* con que la necesidad de atender á su propia conservación había de ser más imperiosa y potente, que el proyecto de mermar los recursos al gobierno legítimo. El filibusterismo, por la repetición incesante, aunque no creída por muchos de ellos, de que España se hallaba impotente para resistir grandes crisis ó para llevar á cabo altas y dificultosas empresas, acarició la vana idea de dar el golpe de gracia á la misma, impidiendo la cosecha del azúcar. ¡Ilusión vana, errónea! Si la obcecación filibustera le hubiera permitido leer un poco la historia, podría apreciar hasta donde llega España en sus esfuerzos para salvar su honor juntamente con la integridad de su territorio, y que el brazo de la anciana y decrépita (como la llaman los filibusteros) ha realizado las más admirables expediciones de ejército europeo á su posesión americana, que está descargando sobre los ilusos insurgentes rudos golpes que bastarán para saldar la cuenta del pasado y del presente. ¡Qué amargo desencanto sufrió el separatismo! La nación decrépita, la que ha sido calumniada con el epíteto de muy atrasada, tiene un pueblo nobilísimo que acude valeroso al reto y rehusa las humillaciones.

El paso de la trocha, facilísimo de realizar, verificólo Máximo Gómez el día 30 de Octubre. Llevaba además de la infantería, que eran unos 3,000, cerca de 3,000 jinetes camagueyanos. Para realizar el avance con las mejores condiciones y evitar en lo posible los encuentros con las fuerzas leales, comenzó por cortar las líneas telegráficas y telefónicas, interrumpió las vías de comunicación tales como las líneas ferroviarias y carreteras, y mandó chapear el monte, abriendo un camino de más de 150 metros de longitud, por donde cruzó su numerosa caballería. Pero no contaba con que las tropas españolas vigilaban sus astutos é insidiosos movimientos; que le acechaban á pesar de las traiciones de muchos confidentes que se fingían amigos de España para servir, de esta manera, mejor á los rebeldes; de la doblez de los campesinos, secuaces algunos, conscientes los más y fanatizados en su mayoría por la *causa* (mala causa) del separatismo. El movimiento, pues, debía provocar, como efectivamente provocó, una serie de combates, en los cuales el *mercenario dominicano* vió que sus huestes quedaban diezmadas por los proyectiles españoles. Su avance cauteloso, abundante en estrategias, ora avanzando, ora retrocediendo, ora diseminándose, para luego volverse á reunir en un sitio de antemano convenido, verdaderos *zig-zagz*, y sobre todo lleno de marchas y contramarchas, no le dió el resultado positivo que se prometía el cabecilla dominicano; porque prevenido el general Martínez Campos de las intenciones del enemigo, y práctico conocedor de dicho sistema y de las consecuencias que debía producir la incorporación de los dos cabecillas de más ascendiente entre los revolucionarios, procuró acumular cuántos elementos tuvo á mano y cubrió su línea de norte á sur, formando un cordón militar.

Estaban preparadas para impedir el avance y asignada á cada una su respectiva esfera de acción, las columnas de los generales Suárez Valdés, Oliver, Luque, Garrich, Aldave y García Navarro, que desde

Oriente donde operaba, por mandato del General en Jefe, embarcó para Cienfuegos, siguiendo rumbo inmediatamente hácia Santa Clara. Llegar á Las Villas y entrar en operaciones, todo fué un hecho realizado.

Una vez pasada la trocha de Júcaro á Morón por los insurgentes, paso nada dificultoso tanto por las condiciones pésimas en que se encontraba aquélla, cuanto por la escasísima fuerza leal que la defendía, todo lo cual revela un posible abandono ó una imprevisión lamentable, las columnas, avisadas de la marcha del cabecilla dominicano, pusieron en movimiento, combinado en la apariencia, mas desordenado y sin plan fijo en el fondo. Sin embargo, Máximo Gómez, conocedor práctico del carácter militar español, avanzaba lentamente, adoptando toda clase de precauciones. El resultado de las operaciones, cuyo objeto era impedir que los insurgentes avanzaran en dirección á Occidente, fué en absoluto negativo. La série de marchas y contramarchas, fraccionamiento de las fuerzas rebeldes y hasta la intencionada dispersión de ellas, solamente se empleó en estos momentos: después la invasión verificóse de una manera regular y tal como se había propuesto Máximo Gómez, *director y generalísimo*, enamorado de las mencionadas correrías.

El general de brigada señor Oliver sostuvo el primer encuentro. El 9 de Noviembre salió de Placetas, y el mismo día pernoctó la columna en Tibicial. El 10 llegó á Pedro Barba y el 11 al poblado de Manacas, en donde encontró las avanzadas de Máximo Gómez. En este último punto tuvo confianza de que el grueso de las fuerzas rebeldes y el cabecilla dominicano se hallaban acampados en la Campana, y allí tuvo el primer choque: la columna tuvo dos muertos y cuatro heridos. Continuó el general Oliver la persecución, pero el enemigo, en vez de aceptar combate, atravesó el abundoso río Zaza, internándose en las espesuras de los montes de la jurisdicción de Sancti-Spíritus. El teniente coronel Zubia, con una pequeña columna compuesta de seiscientos hombres del regimiento de Borbón y unos cien jinetes, pernoctó en Manacas después de haber estado allí el general Oliver.

Los días 13 y 14 de Noviembre siguió practicando reconocimientos por aquellas inmediaciones. Cuando llegó al sitio denominado "Monte Oscuro" sostuvo empeñadísimo encuentro con numerosas fuerzas enemigas; éstas se retiraron hácia Pedro Barba y Piñeiro y la columna marchó á Meneses. En el sitio llamado "Los Clavos" vuelve á encontrar de nuevo á los rebeldes anteriormente batidos, y sostuvo ligerísimo tiroteo, con ellos hasta que despejaron el camino seguido por la columna, la cual prosiguió hacia Buenavista. El cabecilla dominicano, una vez internado en la espirituana jurisdicción, inició un movimiento de retroceso hácia la provincia de Puerto Príncipe. La intención de Gómez no era la de retroceder con el propósito de realizar su unión con el cabecilla Maceo (Antonio), como aseguran *Las Crónicas de la guerra de Cuba*, escritas por el *Figaro* de la Habana, ni tampoco con el fin de reclutar más hombres para continuar el proyectado movimiento de avance y así resistir mejor los obstáculos que le ofrecieran las columnas; antes al contrario, motivólo un ardid, astucia ó estratagema de Máximo Gómez,

con el objeto de desorientar á las columnas que con mucho acierto le había interpuesto el general Martínez Campos para impedir el avance, y hacer que fracasaran los conatos de invasión que entonces ya empezaban á realizarse.

Cuando Máximo Gómez penetró en la provincia de Santa Clara, primero en la jurisdicción de Remedios y después en la de Sancti-Spiritus, engrosó su partida de camagüeyanos, ya de por sí bastante fuerte, con los numerosos contingentes de las partidas mandadas por los cabecillas Carlos Roloff, Serafín Sánchez, Juan Bruuo Zayas y otros muchos. Al iniciar su aparente movimiento de retroceso, ya las había incorporado á su fuerza, y todo un titulado *ministro de la guerra* como lo era Carlos Roloff, quedó supeditado al *generalísimo* Gómez. Las fuerzas rebeldes unidas atacaron al fuerte "Pelayo", en el cual había un pequeño destacamento compuesto de unos cincuenta hombres pertenecientes al batallón de la Unión. El ataque verificóse de la siguiente manera. El caserío en donde estaba el fuerte, hallábase situado á las márgenes del río Jatibonico, y esa misma dirección seguía el núcleo de las fuerzas rebeldes acunilladas por el cabecilla Gómez. El domingo día 17 de Noviembre de 1897, los habitantes del caserío señores Federico Carbonell, Juan Rotger y Faustino Losa, salieron en dirección á la finca llamada "El Majá" propiedad del señor Rotger con el objeto de inspeccionar el ganado. Cuando llegaron á la finca fueron detenidos por una avanzada insurgente compuesta de ocho rebeldes, pertenecientes á la partida del cabecilla Legón, recientemente incorporado á Máximo Gómez, como ya anteriormente hemos referido. A los detenidos internáronlos por aquellos espesos maniguales, en donde vieron mayor número de insurrectos, y los condujeron á presencia de Máximo Gómez. Este cabecilla enterado de que el paisano señor Rotger era el dueño de la tienda de comestibles del poblado, preguntóle en cuanto apreciaba el valor de su tienda, y todos los demás bienes que poseía en el caserío. Rotger le contestó que no podría precisar de una manera exacta el valor de las existencias de su tienda, pero añadía, que esta constituía su principal fortuna. Fue interrogado de nuevo el señor Rotger por Gómez, si era él el que surtía de provisiones al destacamento, por el número total de soldados y por el de los que había enfermos. Le contestó Rotger al cabecilla, que á la tropa la racionaba la administración militar, y que él solamente les facilitaba la carne: respecto al número de soldados creía que pasarían de unos cincuenta, y en cuanto al de enfermos dijo que no tenía noticias de que hubiera ninguno de gravedad. Entonces el cabecilla manifestó á Rotger que quedaba detenido por haber infringido sus órdenes prohibitivas y terminantes en lo referente al suministro de carne y víveres á las tropas españolas, y dió la orden de marchar en dirección á Pelayo, atravesando el río Jatibonico un poco más al norte del poblado. Cuando todas las fuerzas insurgentes estuvieron reconcentradas, Máximo Gómez le dió al señor Rotger un papelito para que lo entregara al jefe del destacamento, ordenándole que inmediatamente le trajese la contestación. El capitán jefe de las tropas, don Quinciano Feijoo de Mendo-

za díjole verbalmente al emisario que no se entregaba, porque en el escrito, Gómez le intimaba la rendición. El cabecilla dominicano, vista la negativa del capitán, emprendió al momento el ataque al poblado. Uno de los fortines situado á la entrada del caserío rompió, seguidamente el fuego contra los rebeldes, causándoles muchas bajas; pero éstos tenaces en sus cargas, continuaron avanzando. Cerca del fuerte vieron al capitán Feijoo y otro individuo, agitando un pañuelo blanco. Los insurrectos envolviéronle al instante, y el capitán, al acercarse, les dijo que su intención era la de capitular, pero que deseaba hablar antes con el jefe, general ó lo que fuera de la fuerza. Al mismo tiempo ordenó al corneta que tocase *alto el fuego*, pues los insurrectos lo recibían muy nutrido y seguro del fortín defendido por el cabo Vileh. Posesionados los rebeldes de los fortines, se apoderaron de las armas, municiones, correajes y cartucheras, y Roloff, más anarquista que guerrero, dió la orden de quemar el caserío, orden que inmediatamente fué cumplida por el cabecilla Legón. En el ataque al fuerte de Pelayo emplearon los rebeldes por primera vez la artillería. Los cuatro disparos lanzados contra el fuerte, todos hicieron blanco, pero sólo causaron desperfectos de poca importancia en la cornisa del mismo, lo que viene á demostrarnos que era de poca potencia la pieza. Al amanecer del 18, día de San Máximo, los rebeldes lo festejaron con disparos de cañón al toque de diama, y con otras expansiones alcobólicas. Como á las diez de la mañana se retiraron, después de haber dejado en libertad á los soldados del destacamento, y también al capitán. Incoada sumaria militar, por el delito de cobardía, contra el capitán y el sargento del destacamento del caserío Pelayo, el fiscal pidió en sus conclusiones la pena de muerte para ambos procesados. La causa pasó al Consejo de guerra, cuyo tribunal lo constituyeron, presidente el general Godoy y vocales el general Ruiz y los coroneles Lopez de Haro, Reyes y Arizón, y tenientes coroneles Ros y Terael. Dicho consejo falló, condenando al capitán á la pena de cadena perpétua y absolviendo al sargento Cáuovas. Este que entonces se hallaba atacado de fiebre amarilla, falleció en la misma hora en que le fué notificada la absolución.

Máximo Gómez continuaba en su aparente movimiento de retroceso, y se internó en el Camagüey por la jurisdicción de Ciego de Avila. Todo hacía suponer que iba al encuentro del cabecilla Maceo, que con sus orientales, no se hallaba ya muy lejos de la trocha de Júcaro á Morón, porque al dominicano cabecilla no le había gustado ni el orden, ni el sitio, ni el número de columnas escalonadas para impedir su avance. Si con solo sus fuerzas hubiera intentado avanzar, el castigo que recibiría habría sido muy duro. Los generales Oliver y Luque siguieron el rastro de Gómez, dispuestos á atacarle y á evitar su retorno á la provincia de Santa Clara. El general Luque alcanzó á los rebeldes en los "Ramonés y Sabanas", donde los escarmentó duramente. Los insurrectos tuvieron muchos muertos, contándose entre los mismos al cabecilla Pío Cervantes. Las pérdidas de los leales fueron las del primer teniente del ballón de Alava, don Lorenzo Ibañez y algunos heridos, la mayor parte de ellos leves. El general Oliver alcanzó á la partida de Serafin San-

chez en *Murvillero*. Los insurrectos hicieron una defensa muy débil y se internaron después en los montes, de manera que ni el nombre de choque merece este encuentro, por cuanto no se cruzaron mas que unos pocos disparos. Después de realizadas estas operaciones, cuyo objeto era lanzar al enemigo al otro lado de la trocha, las columnas regresaron á Placetas. En el trayecto el general Luque sostuvo algunos tiroteos, siendo el más importante el de "Alameda", en el cual murió el teniente de caballería don Sebastian Erice. El día último de Noviembre el general de división Suárez Valdés salió en persecución de los rebeldes. El objeto del general era el de impedir el avance.

Suárez Valdés, al frente de la brigada del general García Navarro, compuesta de los batallones de Cuba y Valladolid, una compañía de Chiclana, una sección de artillería y setenta ginetes del regimiento de caballería de Pizarro y además las guerrillas de Yero, salió de Ciego de Avila en persecución de los titulados *generalísimos* Maceo y Gómez, que según confidencias recibidas, se encontraban en el poblado de los Guayos. Lord Spencer Churchill, hijo del famoso orador inglés Randolph y Reginald Barnes, ambos oficiales del ejército inglés, fueron incorporados al Estado Mayor del general Suárez Valdés. Después de una penosísima marcha por los bosques, lagunatos, tembladeras y maniguas, llegó la columna al sitio en donde tenían los rebeldes su campamento. La resistencia de los *generalísimos* fué muy débil; el campamento de Máximo Gómez y Maceo cayó en poder de las fuerzas leales. Los rebeldes tuvieron doce muertos y más de el cuenta heridos. Abandonado el campamento desfilaron hácia *Trilladeras* y las fuerzas del general Suárez Valdés regresaron con siete heridos de los Guayos á Jicotea, atravesando en la referida marcha el potrero "La Reforma", sitio en donde se había verificado la reunión de los dos *generalísimos*, y también el predilecto de Gómez para establecer su cuartel general en la otra guerra, cuando invadió Las Villas, y en esta, como hemos demostrado.

Los rebeldes empiezan á usar la dinamita con más frecuencia que lo habían hecho antes. El tren de pasajeros que salió de Puerto Príncipe á Nuevitas el dos de Noviembre fué volado por medio del terrible explosivo. La detonación se oyó desde la misma capital camagüeyana. Los daños materiales ocasionados por la explosión fueron considerables. El 19 del mismo mes salió de Puerto Príncipe el tren de pasajeros para el vecino puerto de Nuevitas. El trayecto se hacía con todas las precauciones necesarias. Los veinte coches de que se componía el tren iban ocupados por varios pasajeros y por todo el batallón del regimiento de Gerona. Al tren de pasajeros seguía otro llamado de carga, en el que iban dos brigadas de operarios, destinados á transportar maderas á la capital. Al llegar la máquina al kilómetro número trece, tuvo que parar, obedeciendo las órdenes del sargento comandante del fortín número cinco. Los soldados refirieron la causa de la detención, de la siguiente manera: "Reconociendo la vía llegaron á la alcantarilla número once. Un soldado avanzada dos ó tres pasos más que sus compañeros, cuando recibió una descarga de fusilería, hecha desde una cercana manigua. Tras la descar-

ga siguió una fuerte detonación producida por haber estallado un cartucho de dinamita colocado en la vía, que hirió gravemente á dos soldados. Grande fué el pánico que se apoderó de todo el pasaje al tener conocimiento de lo ocurrido. El uso de la terrible dinamita colocada por manos miserables en la vía férrea para destrozár los trenes y asesinar villanamente á los indefensos pasajeros, llenó de angustia á los mismos vecinos que por necesidad tienen que efectuar viajes.

El general Suárez Valdés, días antes de emprender las mencionadas operaciones contra los titulados *generalísimos*, corrió un sério peligro su vida en el trayecto comprendido entre Jicotea y la Esperanza. Al pasar el tren por una de las alcantarillas, estalló una bomba de dinamita, colocada por la partida del sanguinario cabecilla Bermúdez. El general no sufrió daño alguno, pero resultaron heridos quince soldados de su escolta; la máquina descarriló sufriendo grandes desperfectos.

El general Martínez Campos, al ver que los *pretensas* libertadores hacían uso con tanta frecuencia de unos procedimientos reprobados por todos los pueblos cultos, como es el empleo de la dinamita, se indignó, y á evitar en lo posible que se repitiesen los atentados salvajes, dictó el siguiente bando. Dice así:

“Los atentados cometidos desde algún tiempo en las vías férreas, y más especialmente los de estos últimos días, que tantas víctimas han causado, me ponen en la imperiosa necesidad de dictar disposiciones para evitar tan escandaloso y salvaje procedimiento, dirigido contra los trenes de pacíficos pasajeros.

ORDENO Y MANDO

1º Se chapeará toda la manigua y cereas que haya en una extensión de cuatrocientos metros, á derecha é izquierda de la línea férrea de esta provincia.

2º No se permitirá la continuación de bohíos sueltos á doscientos metros de la línea, á no haber un puesto militar á tiro de fusil.

3º En las cercanías de los puentes, aunque haya puesto militar, no se consentirá estén habitados los bohíos, si sus dueños no inspiran completa confianza y no dan parte oportuno de las novedades que ocurran.

4º No se permitirá, en la expresada distancia de doscientos metros la circulación de hombres, sobre todo en las horas de los pasos de los trenes; los que vieren el tren y no se retirasen, serán sujetos á procedimiento ó averiguación brevísima para probar su culpabilidad ó inculpabilidad.

Santa Clara 10 de Noviembre de 1896.—*Arsenio Martínez Campos y Antón.*”

El Camagüey durante el período que mencionamos, estuvo tranquilo. Las operaciones militares casi paralizadas y solamente se registraban ligeras escaramuzas. Sin embargo, debemos narrar la operación llevada

á cabo por el general Serrano Altamira, al conducir un convoy desde Puerto Príncipe á Guáimaro. Dos días de marcha llevaba la columna sin haber ocurrido incidente alguno, pero al tercer día los insurgentes mandados por el cabecilla Maxia Rodríguez, intentaron cerrar el paso en el sitio denominado *Minas de Juan Rodríguez*. El teniente coronel Cruz González que tanto se ha distinguido en la actual contienda en la provincia de Puerto Príncipe, atacó á los rebeldes y se apoderó del campamento, causándoles bastantes bajas, entre ellas las de los cabecillas Carmenate y Mendieta. La tropa tuvo varios heridos.

Respecto al cruce de Maceo por la provincia de Puerto Príncipe, diremos que sólo era peligroso en dos puntos. El primero se hallaba en la línea militar de Guáimaro y Casorro que, á pesar de encontrarse indefensa, sin embargo, operaba por aquellas jurisdicciones el general Serrano Altamira con una columna de mil quinientos hombres de infantería y un escuadrón de caballería. Dicha dificultad fué salvada sin tener contratiempo alguno los insurgentes. El otro peligro estaba en la trocha de Júcaro á Morón, en cuya zona operaba la brigada del general García Aldave. El 8 de Diciembre las avanzadas rebeldes de la partida de Maceo, estaban ya en la trocha. Fuerzas del batallón cazadores de Reus, destinadas á escoltar el tren hasta Júcaro hicieron la marcha á pié por haber llegado con retraso el tren. El total de la escolta se componía de sesenta hombres mandados por dos oficiales. Cuando llegaron cerca de una alcantarilla, sonó una terrible detonación producida por la explosión de una bomba de dinamita, de esas que se disparan sin peligro por medio de una corriente eléctrica. Inmediatamente los rebeldes hacen dos descargas á quemarropa á los soldados, que causaron á la fuerza tres muertos y catorce heridos. La tropa contestó enseguida, los insurrectos salen de la manígia para envolver á los soldados, pero tuvieron que internarse ante el empuje de los leales. Estas eran las avanzadas de los orientales. Un caso digno de ser narrado ocurrió en esta escaramuza. El gastador Francisco García Fernández vióse envuelto por tres insurgentes negros dispuestos á machetearlo. El gastador dióle tan fuerte golpe en el pecho con el fusil á uno de ellos, que cayó muerto á sus piés. Un insurgente le tira un tajo de machete al soldado que le cortó la hamaca que llevaba puesta como bandolera y la correa hombrera del correaje; los otros dos *valientes libertadores* huyeron.

Los cabecillas insurgentes tenían muy bien meditada, preparada y combinada la invasión á las provincias occidentales. En otros capítulos anteriores ya dijimos que el aparente retraimiento de Máximo Gómez y su retiro á los montes de Najasa, obedecía al objeto de estudiar y á la preparación del proyecto. No debemos negarle al dominicano Gómez condiciones especialísimas de aptitud para la clase de guerra que se hace en Cuba. Es astuto, y como resultado de su mercenaria y aventurera conducta, reñida con todo principio de orden, ha adquirido el hábito de burlar á las columnas perseguidoras.

La organización no era exclusivamente militar, pues se hizo extensiva al aprovisionamiento de las fuerzas rebeldes invasoras. Mientras

los orientales maceistas seguían avanzando hacia el Camagüey, una goleta traía desde el litoral de la zona marítima de Manzanillo, un cargamento de mantos y de zapatos para los invasores. El alijo se efectuó en la costa sur de la provincia de Puerto Príncipe, y fué conducido al campamento insurgente en veintiocho mulos, todos ellos bien cargados. Después verificóse el reparto. Lo expuesto viene á confirmar de una manera indudable, todo cuanto hemos referido anteriormente respecto al estado de la mayoría de la opinión cubana en lo referente á su adhesión á la nacionalidad española: lo que afirmaban ciertos periódicos insulares, diciendo que el país rechazaba la guerra, era una vana ilusión, una fantasmagoría, un espejismo de fatales consecuencias, una mentira cruel que tendía á sumergirnos en brazos de una confianza punible para luego, despertar en la mas cruel realidad, por ser realidad acompañada del sacrificio de millares de preciosas existencias.

Es bastante grave lo de la goleta, pero la misma gravedad se hace mayor, si nos fijamos en que el cargamento había sido adquirido en la misma Isla. Por tanto, las provisiones embarcadas en la mencionada goleta, por la manera en que se llevó á cabo y por la procedencia, origen y demás circunstancias, constituyen una expedición de cabotaje, y demuestra la mucha vigilancia que se debe tener con los barcos costeros aunque sean conocidos.

A Antonio Maceo, al pasar la trocha, le acompañaban los cabecillas Miró y Argenter, Quintín Banderas, Cebreco y Dionisio Gil. El punto por donde se verificó el paso fué entre la *Redonda* y *Sanchez*. Mientras las fuerzas revolucionarias pasaban la trocha los fuertes de la línea dotados de insuficiente número de soldados, hicieron disparos de fusilería; pero los insurgentes limitáronse á contestarlos con una descarga, que mas bien pudiera llamarse un saludo. El cabecilla camagüeyano Mayía Rodríguez acompañó á Maceo con su partida hasta la trocha, y desde los los fuertes se divisó perfectamente cuando ambos cabecillas se abrazaron al momento de despedirse. Mayía Rodríguez retrocedió para internarse en la provincia de Puerto Príncipe, y Maceo continuó su avance en dirección á Occidente.

Lo casual, lo fortuito, lo personal, lo inesperado ha venido á ser lo fundamental después de nueve meses de guerra y de haber mandado más de cien mil hombres y de gastar millones. A muchas reflexiones se presta la esterilidad de tan grandes sacrificios. La trocha ha sido atravesada por las insurgentes, la suerte del reto ha sido echada, ni las atenuaciones ni el ocultamiento ya no caben, lo que la opinión sensata, con muy buen criterio preveía, ya es un hecho consumado.

CAPITULO XV.

SUMARIO.— *Los rebeldes invaden definitivamente la provincia de Santa Clara.—Aumento de las partidas.—Acción de Iguará.—Avance de Máximo Gómez y Maceo.—Combate de Mabujina.—Continúa el avance.—Itinerario de Quintín Banderas.—Acción de la Ceiba.—*

Ataque á Santa Clara.—Encuentro en Loma Cruz. — Salvajadas rebeldes.—Acción de Maltiempo y avance de las partidas hácia Camarones.—Disposiciones del general Martínez Campos.—En Oriente: Conducción de convoyes por el general González Muñoz.—Acción de Arroyo Blanco.—Encuentro en Hoyo de Pipa.—Operaciones de la columna Tejerizo.—Combate en el ingenio Tranquilidad.—Encuentros en Ramón de las Yaguas, Palmarito y la Tintina.—Interrupción de la zafra é ingenios incendiados.—Ataque al fuerte de Ventas de Casanova.—Los rebeldes emplean por primera vez la artillería. En Puerto Príncipe.—Combate sorpresa en el ingenio Congreso.

Ya una vez reunidos los cabecillas Máximo Gómez y Antonio Maceo, iniciase el terrible drama de los salvajismos más horripilantes. La destrucción de la propiedad y de la riqueza continúa en aumento. La combinación de las fuerzas leales para impedir el avance, no ha respondido al pensamiento del general. Las partidas eran numerosas. Con Maceo habían invadido la provincia de Santa Clara unos seis mil orientales mandados por los cabecillas más audaces y sanguinarios, y Máximo Gómez además del contingente de camagueyanos que traía consigo, adicionó á su partida las de Roloff, Serafin Sanchez, Castillo, Zayas y otras de menor importancia, pero que formaban un conjunto de siete á ocho mil combatientes. El titulado *gobierno* rebelde sin jurisdicción, nominal, que desaparecía y aparecía á manera de sombra chinesca, siguió á las partidas, y se internó en los bosques liutítrofes á las jurisdicciones de Remedios y de Sancti-Spíritus.

Los cabecillas Máximo Gómez y Maceo pasaron juntamente con sus fuerzas unidas el río Jatibonico del sur, encontrándose con la pequeña columna del coronel Segura, que había salido á conducir un convoy para racionar á los destacamentos de *Iguará, Arroyo, Blanco, Jobosí y Bellamota*. La columna se componía de cuatrocientos cincuenta hombres del batallón expedicionario del regimiento de Granada número 34, sesenta jinetes y además una impedimenta de treinta y nueve enfermos y doscientas acémilas. El coronel Segura después de haber dejado el convoy en Iguará, salió en dirección á Sancti-Spíritus, y al llegar al sitio llamado *Guasimal* situado entre Iguará y Taguasco, y distante como una legua del primero, se encontró con las fuerzas de Gómez y Maceo. Los rebeldes rompieron el fuego contra la columna, mientras la caballería, en número de quinientos jinetes, se corrió sobre el flanco izquierdo de la misma con la idea de envolverla y cortar la retirada. Segura al ver aquel movimiento de los insurgentes marchó á escape á la retaguardia, mandada por el comandante del batallón de Granada señor Massuti, y tanto éste como el coronel, penetrados de la situación dieron órdenes inmediatas para proteger la retaguardia objeto de continuadas é incessantes acometidas de los insurgentes, viendo, finalmente, con satisfacción que el enemigo era rechazado con fuego por descargas cerradas, y que todo el empuje y salvaje furor de los mismos se estrellaba ante la sereni

dad de los soldados. Estos se defendían con entusiasmo, vitoreando á su comandante y coronel, vítores que eran devueltos por aquellos jefes con el mágico de *Viva España*, y también con vivas al batallón de Granada, alternados con las voces de mando, formando un sublime espectáculo. El mismo coronel Segura, en ocasiones, no pudo menos de emocionarse. Lograron rechazar á los rebeldes que atacaban la retaguardia, no sin que se hubiera llegado á luchar individualmente y muchas veces al arma blanca. El mismo coronel, personalmente y con sólo doce soldados de la compañía con que el capitán Sandino defendía el ala derecha, lanzóse á la salida de un callejón por el paso del río, desalojando de aquel punto á los rebeldes, y logró dejar expedita la retirada, ya que el plan del enemigo era el cortarla. Sin embargo, la acción continuaba y la numerosa impedimenta de la columna se hacía urgente protegerla, porque los insurgentes querían apoderarse de ella.

El coronel Segura en aquellos momentos, ordena la formación del cuadro de una sola fila, por la escasez de fuerza y lo extenso del perímetro que había que defender, y el ímpetu y decisión con que cargaban los rebeldes fué tal, que algunos penetraron dentro del cuadro y allí encontraron la muerte.

Tomadas ya las posiciones por el teniente coronel señor Amayas, rechazadas las cargas de la caballería negra por el comandante Massuti y cubiertas las posiciones de retaguardia por el coronel Segura, quedó contenido el ataque, y mientras el enemigo hacía su reconcentración, el jefe de la columna mandó recoger sus muertos y heridos, hizo un reconocimiento en las inmediaciones del campo y emprendió la retirada con rumbo á Iguará, haciéndose con el mayor orden; primero la impedimenta y después las fuerzas. Las bajas que tuvo la columna consistieron en nueve muertos y veinte y seis heridos, y las de los rebeldes setenta y ocho, entre muertos, heridos y contusos, siendo una exageración cuanto dijo la prensa respecto á las mismas; pues, ya sabemos que las hacía ascender á ciento cincuenta.

Las circunstancias, pues, se iban haciendo muy críticas. Después del encuentro de Iguará las fuerzas insurgentes se fraccionaron, tomando una parte de ellos, mandada por Quintín Banderas la dirección del suroeste invadiendo la jurisdicción de Trinidad. El grueso de la insurrección á las órdenes de Máximo Gómez y de Maceo marcharon hácia el norte en dirección al territorio jurisdiccional de Remedios, pero al llegar á los alrededores de Placetas, pudo observarse por la marcha que seguían que su intento era seguir hácia Occidente. De la manera en que se efectuó el fraccionamiento de los rebeldes se desprende que fué intencionado y muy estratégico. El desprendimiento del etiópico cabecilla Quintín Banderas con una fuerza de mil quinientos hombres entre caballería é infantería en dirección á Trinidad, tuvo un doble objeto: primero el despistar á las columnas que estaban apostadas para impedir el avance de los revolucionarios: segundo, ocupar anticipadamente la parte oriental de la Siguanca con el fin de proteger el avance de los invasores y tener refugio seguro caso de haber sobrevenido alguna tremenda derrota,

porque los libertadores cubanos son previsores y aseguran con gran precisión los medios de salvar sus vidas aunque el honor sufra menoscabo ó detrimento. Luego el fraccionamiento del general negro Banderas no fué debido, como algunos gratuitamente suponen, á que fracasó el plan que los rebeldes tenían combinado para ir compactos y con todos sus elementos á la jurisdicción de Remedios, sino á una de las hábiles estratagemas de Gómez que ya hemos narrado anteriormente hizo, cuando invadió el Camagüey y que se repetirán en profusión durante la guerra. Los rebeldes al verificar este doble movimiento en el avance, en la invasión indicaban claramente que trataban de dividir la persecución, distra- yendo las fuerzas leales, y ellos divididos en dos grandes grupos pudieran coincidir en la Sigüanea para unirse de nuevo, y continuar reunidos la invasión á la provincia de Matanzas, bordeando la Ciénaga de Zapata para tener un lugar de refugio caso de verse derrotados. El avance pre- parado por Máximo Gómez, con el sistema de fraccionarse en las zonas donde pudieran ser fácilmente derrotados por ser el campo abierto, y después reunirse en sitios de antemano fijados, siempre notables por lo estratégicos, revela que el plan de invasión fué muy estudiado por Máxi- mo Gómez.

Previsto el caso ó intención de pasar á Remedios los cabecillas Gómez y Maceo, las columnas apostadas para impedirlo desde el Zaza á la ciudad mencionada, no variaron de posición, y ordenóse por el General en Jefe al coronel Zubia, para que fuese á cortar el camino á los invasores y si tal resultado no podía obtenerse, á lo menos entretenerlos mientras se reforzaba la línea de Matanzas con los nuevos batallones expediciona- rios. Los momentos, pues, eran excepcionales, críticos y graves. Má- ximo Gómez quería invadir las provincias occidentales antes de que pu- diera llegar la totalidad de la expedición; el general Martínez Campos deseaba impedir el avance hasta que desembarcase el último batallón expedicionario, para luego acumular numerosas fuerzas leales y rechazar- les, obligándoles á retroceder á las dos provincias orientales. El bata- llón expedicionario de Bailén á las pocas horas de haber desembarcado en la Habana salió por mar para Cienfuegos, para reforzar la línea de Cruces en la zona de San Juan de las Yeras; al batallón de Cantabria le sucedió lo mismo, y sin tiempo para descansar fué inmediatamente por tierra á Mordazo para cubrir la línea desde Colón hasta Santo Do- mingo con los batallones del Rey, cazadores de las Navas y el de artille- ría. Al mismo tiempo dos batallones más de la última expedición re- forzaban la línea de Ságua la Grande, así como también el batallón del regimiento de Pavía y el de cazadores de Cataluña aumentaban el con- tingente de Remedios, Caibarién y Yaguajay. Las brigadas de los ge- nerales Aldecoa y García Navarro que se habían quedado á retaguardia del enemigo, recibieron orden de que pasaran á vanguardia del mismo, pero la dificultad de las comunicaciones por hallarse rotas las líneas te- legráficas, interceptadas las vías férreas y hasta nublado el horizonte que imposibilitaba la comunicación heliográfica, todas las mencionadas con- trariedades fueron la causa de que las referidas columnas no recibieran

á tiempo la orden y faltasen á la oportunidad de la combinaci3n. Si en esta segunda línea de contenci3n al avance de los rebeldes se hubiera obtenido favorable resultado y se hubiese conseguido el retroceso de las partidas, y adem1s escarmentarlas duramente, a1n quedaban las esperanzas de salvar gran parte de la riqueza; y si por el contrario logcaban avanzar, bien por el norte en direcci3n á S1gua, 3 por el sur siguiendo la v1a de Cienfuegos, 3 por ambos lados á la vez, las cosas variar1n de aspecto y la opini3n espa1ola ya un1nime en condenar, aunque sorcidamente, al general Mart1nez Campos, mejor dicho á la manera en que dirige la guerra, se pronunciar1 abiertamente y sin ambigüedades.

El día 10 de Diciembre el núcleo insurrecto más numeroso de los invasores acampó en las inmediaciones de Placetas donde permaneci3 algunas horas nada más, y luego por el camino de Guaracabulla se dirigi3 hácia María Rodríguez y Manicaragua para internarse en las escabrosidades de la sierra de la Siguanca. En lo más intrincado de la misma y en el lugar que divide las jurisdicciones de Cienfuegos y Trinidad, tenían los rebeldes villareños sus hospitales de sangre, parque y extensas zonas de cultivo y potreros donde habían reunido mucho ganado de todas clases. El fin de los rebeldes era ganar la sierra con el intento de municionarse para continuar después el movimiento de avance iniciado un mes antes con ligeras interrupciones, pero sin graves contratiempos ni dificultades. Las columnas del general Oliver, Palauca y Lara, hábilmente distribuidas, les salieron al encuentro. La de Oliver logró darles alcance, sosteniendo un rudo combate el día 11 en los montes de Alberich en las inmediaciones de Mabuj1na. El encuentro duró hasta después de cerrada la noche: los rebeldes fueron desalojados de sus posiciones. Debieron tener bajas, porque el fuego fué muy vivo, pero las tropas no vieron muertos y heridos del enemigo. Las tropas leales tuvieron cinco muertos y veinte heridos. La persecuci3n continuó combinadamente con las columnas del coronel Maurique de Lara y del teniente coronel se1or Zubeldia.

La primera línea de contenci3n para impedir el avance de los rebeldes hácia Occidente, como hemos demostrado, fué burlada: el enemigo ya está en el corazón de la provincia de Santa Clara. El general Mart1nez Campos con su cuartel general hab1ase constituido de hecho en vanguardia de los invasores. Antes de rebasar estos la primera línea de columnas situadas en ambos Jatibonicos, el cuartel general hall1base en Santa Clara. Después del encuentro en la "Reforma" se trasladó á la ciudad de Cienfuegos, y como se vé mientras los rebeldes avanzaban hácia Occidente, el general Mart1nez Campos retir1base también con su cuarte general, hasta que se vió obligado á situarse en la misma ciudad de la Habana. A1n narraremos otros muchos puntos, en los que estuvo situado, siquiera por breve tiempo, pero siempre, aunque triste sea el decirlo iba en retirada, perdiendo terreno, mientras los rebeldes avanzaban.

El cabecilla eti3pico Quintín Banderas, después de haberse separado del núcleo rebelde acaudillado por Gómez y Maceo, tom3 la direcci3n

de Guanabaco y atravesó el río Jatibonico por el sur, luego la vía férrea y el río Zaza y desde este último punto se dirigió á Manaca Rijo y luego á la Sierra. El coronel del batallón de Granada don Antonio Rubín de Celis salió en persecución del cabecilla oriental, y logró alcanzarlo en una finca llamada *La Ceiba* situada en las márgenes del río Ignanabo que forma los límites de las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y Trinidad. La partida de Quintín Banderas se componía de unos dos mil hombres, de ellos quinientos de caballería. La columna española constaba de unos seiscientos hombres del batallón expedicionario del regimiento de Granada, quinientos del batallón expedicionario del regimiento de Tetuan, ochenta ginetes del escuadrón de búsaes de la Princesa y una pieza de artillería. Una vez llegó la columna al sitio en donde habían acampado la noche anterior los insurgentes, encontraron los restos del rancho que estos habían confeccionado, divisando muy pronto á la partida que había tomado ventajosas posiciones, formando la consabida herradura, aunque no tan cerrada como es su costumbre. Tal vez influiría en el ánimo del cabecilla, la consideración de que los suyos no eran más que doble en número al de los leales, y en estos casos siempre se muestran mas circunspectos los libertadores. Roto el fuego, los rebeldes se retiraban de las posiciones ocupadas, verificando dichas evoluciones y movimientos, al toque de sus cornetas. Si bien abandonaban las posiciones que habían tomado al frente y se deslizaban por los flancos que estaban cubiertos de espesa manigua, lo hacían solamente para ocupar las que quedaban á retaguardia de la columna para envolverla en un círculo de fuego. Para desalojarlos de la casa vivienda de la finca fué preciso el empleo de la artillería: diez disparos de cañon bastaron para conseguir dicho objeto, y entonces los rebeldes emprendieron la retirada. La columna tuvo que lamentar la pérdida de siete muertos y treinta y dos heridos.

El coronel Rubín condujo los heridos y muertos al poblado de Zaza, desde donde fueron transportados los primeros á Sancti-Spíritus y enterrados los segundos en el pueblo de Zaza, quedando la pequeña columna en espera de refuerzos y pertrechos de guerra para continuar las operaciones. No se pierde, como aseguran las *Crónicas de la guerra de Cuba* publicadas por el *Figaro*, el itinerario seguido por los insurgentes mandados por Quintín Banderas, como tampoco se desconocen los sitios por donde pasaron Máximo Gómez y Maceo. Quedaron bastante señalados por los incendios, y dejaron imperecederos recuerdos de horror por los asesinatos y atropellos. El rayo, el convulsivo ciclón, las inundaciones, todos estos fenómenos de la naturaleza son conocidos por los desastrosos efectos que producen en el sitio donde chocea el primero, se agita y rugé el segundo y se extiende la última. Los cartagineses en su dominación de treinta y seis años que tuvieron en España, no han dejado un monumento, un recuerdo: sin embargo, los insurrectos en un período brevísimo de apogeo, han estampado en los recuerdos presentes y futuros las páginas más negras de la historia. El negro Banderas, después de la acción de la *Ceiba* procedió á reconcentrar las partidas que exis-

tían en la jurisdicción de Trinidad, hizo un llamamiento á los comprometidos que residían en las poblaciones y recorrió la demarcación trinitaria. De esta manera aumentó considerablemente el contingente de su partida, y después se dirigió á la Siguanea, cubriendo la retaguardia de Gómez y Maceo. No se unió con estos, como algunos suponen, pero estuvo á la expectativa por si creían necesaria su fuerza los primeros ó caso de sufrir una derrota encontrarán libre de dificultades la sierra si se viesen precisados á internarse en las escabrosidades de la misma. Máximo Gómez y Maceo dejaron en la Siguanea los heridos que les había hecho la columna del general Oliver en *Mabujina*, y después de haberse provisto de abundantes municiones se dirigieron con sus partidas respectivas y otras varias que se les habían agregado, hácia el término de San Juan de las Yeras. Las numerosas avanzadas de la caballería insurrecta hábilmente distribuidas y diseminadas, hicieron acto de presencia en la jurisdicción de *Las Cruces*. Durante el día ponían especial cuidado en esconderse entre los cañaverales y los bosques, pero no cabía duda alguna que aquellos grupos de insurrectos montados eran los exploradores del grueso de las partidas, y su fin estaba reducido á investigar el paso de aquellas á occidente, salvando sin contratiempo alguno la línea de Cruces.

Mientras los rebeldes efectuaban su movimiento de avance hácia Matanzas por la zona sur de la provincia de Santa Clara, las partidas sueltas que intencionadamente había dejado Máximo Gómez para que distrajesen la atención de las columnas, atacaron la estación agronómica establecida en la misma capital de la provincia villaclareña, convertida desde el principio de la guerra en *fuerte*. En éste había un destacamento de cuatro voluntarios y un cabo, los cuales resistieron con denuedo el fuego de los rebeldes que con una audacia inusitada llegaron á meter los fusiles por las aspilleras. Iban mandados por los cabecillas Juan Bruno Zayas, Leoncio Vidal y Nuñez. Al oír las detonaciones la guarnición de la capital, organizóse una columna de ciento cincuenta hombres cuyo mando fué confiado al señor Incenga, capitán de Estado Mayor, é inmediatamente acudió en auxilio de los atacados. También concurrió el sargento de la guardia civil Pedro Hidalgo Cartaya con dos números de la benemérita. La pequeña fuerza leal, después de haber ahuyentado á los rebeldes, los persiguió hasta la loma de Cruz; pero ya en este último punto, aumentado el número de los revolucionarios, éstos empezaron á resistir, aceptaron el combate y la pequeña columna se vió en el peligro de ser envuelta por la retaguardia y la vanguardia y tuvo que formar por dos veces el cuadro para rechazar las cargas de la caballería enemiga. Las tropas no tuvieron más pérdidas que un soldado levemente herido, y confuso el teniente del escuadrón de Montesa señor Rodríguez. Los insurgentes dejaron abandonados en el campo dos muertos, y según datos que después se adquirieron, los heridos fueron ocho, dos de ellos muy graves. Los habitantes de la ciudad de Santa Clara pudieron presenciar desde las azoteas la primera parte del combate.

Como si los descarrilamientos de los trenes y voladuras de los mios, de los puentes y de las alcantarillas por medio de la terrible dina-

mita, cuya explosión ha causado centenares de inocentes víctimas, no bastara á saciar el rencor de los rebeldes, rencor tan injustificado como salvaje, otros procedimientos execrables por lo inhumanos han venido á demostrar los instintos de los traidores á la patria. Una de las partidas que merodeaban por San José de los Ramos cogió prisioneros á dos individuos, peninsulares ambos, voluntario uno de ellos y paisano el otro. Internados en el monte los dos infelices, empezó para ellos el martirio más horrible que concebir puedan los hombres más salvajes, los más criminales y sanguinarios. Al desgraciado voluntario, sólo por el delito de pertenecer al patriótico instituto y vestir el honroso uniforme de defensor de España, le fueron cortando los dedos de las manos y de los piés, después de haberle arrancado antes las uñas. Mientras unos le cometían tan salvajes crueldades, otros *libertadores* de etiópico color le abofeteaban y golpeaban con crueldad. Los insurrectos, querían obligar á los dos hijos de España á que dieran vivas á Cuba libre: las negativas de éstos y sus *Vivas á España* exasperaban á los verdugos libertadores y redoblaban con fiereza los suplicios. Los dos infelices repetían muchas veces la súplica de que los mataran pronto; pero el martirio seguía lento, pinchando, cortando, mutilando los cuerpos de las dos víctimas. Al fin, desangrados entregaron su alma á Dios aquellos dos mártires que habían ofrecido sus vidas en holocausto á la patria. Los insurgentes dejaron insepultos cadáveres, siendo recogidos y enterrados en San José de los Ramos.

Las avanzadas de las fuerzas invasoras de Máximo Gómez y Maceo unidas, después de haber abandonado la Sigüanea, encontrábanse en campo abierto, en los alrededores de la villa denominada "Las Cruces", el día 14 de Diciembre del noventa y cinco. La circulación de los trenes no había sido interrumpida, pero en aquella demarcación se notaba algo extraordinario y de los grupos rebeldes se veían muchos. El citado día 14 por la tarde, llegó á Cruces el coronel Don Salvador Arizón, coronel de la zona de Cienfuegos, con el objeto de ponerse al frente de una columna y dirigirse á Paez para apoyar á otras columnas que iban á operar á la Sigüanea. Pero los insurrectos ya no estaban en la sierra, se encontraban en el llano de Cruces y sabedores de la combinación, se prepararon para atacar á las fuerzas leales.

En el pueblo de Cruces se enteró el coronel Arizón de que por "Lomas Grandes" había grandes núcleos de fuerzas insurrectas, y dispuso que las fuerzas leales se fraccionaran en tres columnas. La primera al mando del señor Rich, teniente coronel del batallón expedicionario de Canarias, compuesta de unos trescientos hombres: la segunda, compuesta de unos quinientos hombres al mando del teniente coronel de Bailén. Dicha fuerza se encontraba en el ingenio "Teresa" y allí le fué comunicada la combinación: la tercera bajo el mando del mismo coronel Arizón sumaba unos setecientos hombres pertenecientes á fuerzas del batallón de cazadores de Barbastro, dos compañías de San Marcial y veinte caballos del escuadrón de Montesa, mandados por el capitán Amalio Reguero y el primer teniente Eduardo Vico.

A las seis de la mañana del día 15 de Diciembre, salió de Cruces la columna del teniente coronel Rich, y cerca de las ocho la del coronel Arizón, haciéndolo al mismo tiempo desde el ingenio "Teresa" la del teniente coronel de Bailén, con el objeto de ir por tres caminos distintos á caer sobre "Lomas Grandes", en donde se presumía que estaban acampadas las partidas. La fuerza mandada por el coronel Arizón al llegar á legua y media del sitio denominado *Malt tiempo*, y en el punto en que el camino se divide en dos casi paralelos, dividió también la columna, siguiendo cada una la división del camino, y lo hizo con el objeto de reconocer mayor espacio de terreno, y para establecer el contacto con las columnas combinadas. La columna del teniente coronel Rich después de haber atravesado un riachuelo se dividió en dos fracciones, tomando una compañía de Canarias la dirección del ala izquierda, otra compañía de Bailén por el callejón de la derecha y por el camino ordinario iba la impedimenta con una sección de infantería. Los insurgentes en número de siete mil hombres y mandados por los cabecillas Cepero, Roban, Sarduy, Núñez, Cavito Alvarez y otras fuerzas de Las Villas que formaban las avanzadas de Gómez y de Maceo, habían encerrado á la columna en la consabida herradura, y cuando las dos compañías estaban en el centro de ella, los rebeldes rompieron un fuego muy nutrido. Las tropas quedaron sorprendidas: los insurgentes ocultos en los cañaverales habían logrado encerrar dentro de la herradura á los leales en el callejón denominado "El Palenque" barrio de *Malt tiempo*. La columna sufrió durante dos horas el mortífero fuego que le hacían los insurgentes ocultos en las maniguas próximas y desde la boca del citado callejón. Desde el principio del combate ya habían aprovechado los rebeldes las ventajas que les proporcionaba la inmensa superioridad numérica y la sorpresa con que habían caído sobre la columna, dando una terrible carga al machete más de dos mil jinetes, número verdaderamente abrumador contra fuerza tan pequeña.

La compañía del batallón expedicionario del regimiento de Bailén, recién llegado de la Península, que por vez primera salía á operaciones, al verse sorprendida de una manera tan inesperada y momentánea, desconcertóse, no tuvo tiempo por ir desplegada en guerrilla, para formar el cuadro y casi todos los soldados y oficiales perecieron al filo del machete rebelde ó quedaron heridos. La compañía del batallón expedicionario del regimiento de Canarias, que ya estaba acostumbrada á dicha clase de guerra, tan frecuente en sorpresas y en emboscadas, formó al momento el cuadro y logró rechazar las cargas de la caballería insurgente, causando á estos muchísimas bajas, porque los disparos los hacían casi á quema-ropa. El coronel Arizón tuvo noticia de lo que estaba ocurriendo, pues, como á los tres cuartos de hora que llevaba de marcha con la pequeña fracción de su reducida columna, oyó el fuego y suponía que sería la del teniente coronel Rich la que lo estaba sosteniendo, por ser ésta la primera columna que había salido. Acudió inmediatamente al lugar del combate y al llegar al riachuelo notó que venían huyendo los prácticos y algunos acemileros, diciendo que estaban copados y que

los rebeldes en número considerable venfan por el callejón cargando al machete. El capitán del escuadrón de Montesa don Amalio Reguero que mandaba la vanguardia compuesta de ocho ginetes y una sección de infantería vadearon el río, y al mágico grito de *Viva España: y quieto todo el mundo*, logróse contener á los despavoridos acemileros. Formado el cuadro al momento por la sección de infantería mandada por el segundo teniente don Benillo Gómez del Villar, rompióse el fuego por descargas cerradas. El enemigo se retiró del callejón con bastantes pérdidas. Entonces el coronel Arizón logró traspasar las manignas, en donde se hallaban escondidos los rebeldes y organizando las fuerzas se lanzó al galope por la izquierda en dirección al enemigo, rompiendo un fuego muy vivo certero. También ordenó al capitán don Juan O'Donnell que, con unos dos cientos cazadores de Barbastro, tomase unas casas situadas á la derecha para que desde ellas contuviese al enemigo que se corría por ese lado con intención de cargar. Así lo efectuó el mencionado capitán, colocando sus fuerzas en condiciones de poder resistir cualquier ataque de los insurgentes, poniendo á resguardo dentro de la casa la impedimenta é instalando en una de ellas el hospital de sangre. Viendo el capitán O'Donnell asegurada aquella posición, dejó en ella una compañía y con la otra se fué á reforzar el punto donde combatía el coronel Arizón hasta que los insurrectos se pronunciaron en retirada. La columna de Arizón sostuvo con los rebeldes una lucha cuerpo á cuerpo por espacio de dos horas. Terminado el fuego, ordenó el coronel Arizón que se incorporasen los heridos y la impedimenta para continuar la marcha, mientras los capitanes Reguero y O'Donnell practicaban un reconocimiento por la izquierda, siendo nuevamente atacados por los rebeldes, pero fueron rechazados por las certeras descargas de la infantería. El coronel Arizón envió los heridos á Cruces, para que los trasladasen á Santa Clara, dió órdenes para que recogiesen los muertos y los enterrasen en el primer pueblo, ó sea Cruces. La columna se dirigió á Paez, en donde pernoctó.

La acción de *Mallitempo* ha sido una de las más sangrientas de la actual guerra, y no podía suceder de otro modo dadas las especialísimas circunstancias en que efectuó el combate. El sitio elegido de antemano; las confidencias exactísimas del lugar y hora en que habían de sorprender á la fuerza leal en su marcha; el número abrumador de insurrectos, veinticinco de estos contra un soldado español; las avanzadas rebeldes perfectamente parapetadas y emboscadas en el callejón por donde había de pasar la columna; las demás fuerzas insurgentes dispuestas y formando la consabida herradura, pero ocultas entre los cañaverales de manera que la tropa leal no pudiera divisarlos, todas estas circunstancias, repetimos, contribuyeron indudablemente á que los rebeldes se mostraran arrogantes y decididos.

Las pérdidas de las tropas españolas fueron muchísimas y muy sensibles. Resultaron muertos el capitán de Batallón Don Osorio Sánchez Tutor, los segundos tenientes del mismo batallón Don Félix Avalo Aróstegui y Don Diego Mayoral y Monfort y sesenta y cinco soldados,

casi todos ellos macheteados con vandálica cólera. Los heridos ascendieron á treinta, la mayor parte de ellos de machete. Escenas repugnantes por la perversión criminal que revelaban, presenciáronse en dicho encuentro. El médico primero del batallón expedicionario de Canarias señor Don Ramón Soriano y Pinazo fué hecho prisionero por el cabecilla Loreto Cepero. Este, después de haberle obligado á curar los heridos insurgentes, le dió una muerte horrible á machetazos, contándose en el cuerpo de la víctima más de cuarenta tajos inferidos con dicha arma. Por robarle una preciosa sortija que el infeliz facultativo tenía, cortóle de un tajo el dedo anular izquierdo. Loreto Cepero es ciudadano americano. Los senadores de los Estados Unidos de Norte-América no podrán hablar nunca con fundamento de las crueldades de las tropas españolas. El ejército español es valiente, decidido, bizarro, heroico; pero nunca aseino ni tan siquiera vengativo. Sin embargo, de muchos ciudadanos americanos de *ocasión* y de algunos auténticos, podemos asegurar con datos ciertos su miserable y criminal conducta por los hechos que han cometido en esta guerra; hechos que son un baldón, un sarcasmo para la civilización y la humanidad. Traslado á todos los *jíngoes*.

La noche del domingo 15 de Diciembre de 1895 fué de angustia, zozobra é inquietud en la ciudad de Cienfuegos. El tren correo de la Habana y de Santa Clara no pudo llegar á la ciudad del Sur. Los rebeldes habían volado dos puentes y varias alcantarillas de la línea. El tren había descarrilado, inutilizándose la locomotora en un puente que habían cortado los insurrectos y éstos en número considerable estaban apostados á los dos lados de la vía férrea. Los pasajeros sufrieron el consiguiente susto ocasionado por las nutridas descargas de los rebeldes hechas á la fuerza leal que lo custodiaba. Esta desde los vagones blindados defendióse con tesón, logrando ahuyentarlos. Las noticias y resultados del combate, aunque desgraciadamente bastante sensibles, llegaban considerablemente aumentados. El laborantismo era el encargado en la obra de la divulgación pesimista. En el *Liceo* autonomista los *platónicos* independientes estuvieron tocando el piano hasta muy avanzada la noche. No parecía otra cosa aquella insólita alegría sino que la celebración del encuentro de *Multiempo*, considerado por los mansos, como una gran victoria, á pesar de no haber quedado el enemigo dueño del campo.

El general Martínez Campos, como ya anteriormente hemos mencionado, había establecido su cuartel general en la ciudad de Cienfuegos pocos días antes del combate de *Multiempo*. Como la línea militar de Sagua y Las Cruces había sido atravesada por los insurgentes, y ya no podía haber duda alguna de que su intento era el de recorrer la Isla, aparentando ser una formidable invasión lo que en realidad no pasaba de ser una algarada, el General en Jefe, embarcó con su cuartel general aquella misma noche á las doce, en el cañonero *Cuba Española*, y se fué á Batabanó. Una vez hubo desembarcado en este último puerto, al momento reunió cuantas fuerzas pudo y dictó algunas órdenes para que se reconcentraran el mayor número posible de ellas. Al momento se

dirigió á Colón para ver si podría contener el avance de los insurgentes en la línea formada desde Cárdenas á la Ciénaga de Zapata, siguiendo el curso del río Hanábana. Si la línea de Cruces había sido atravesada por los rebeldes, era de urgente é imprescindible necesidad reforzar la del límite occidental de la provincia de Santa Clara, y salvar la región de Matanzas de los estragos de la guerra.

Si numerosas y sensibles fueron las bajas sufridas por las fuerzas españolas en la acción de *Mattiempo*, los insurrectos no pudieron entonar cantos de victoria por los resultados obtenidos en la misma. Cuarenta muertos dejaron en el mismo terreno donde ocurrió el encuentro; en un cañaveral del central llamado *El Hormiguero* fueron hallados al siguiente día diecisiete cadáveres más de los rebeldes. En la casa vivienda del mencionado central los insurgentes curaron á sus heridos, pudiendo afirmar, sin que pueda decirse pecamos de exagerados, que el número de las bajas rebeldes se aproximaba á doscientas. Los insurgentes tomaron el camino de Camarones y amagaron un ataque á la villa de Cartagena. La cuenca del río Damují hallábase amenazada: los pueblos de la misma pasaron cuatro días en la mayor zozobra: las alcantarillas y puentes de la vía-férrea fueron casi todos ellos volados por la dinamita: la ciudad de Cienfuegos no pudo comunicarse ya por tierra con la capital, por estar el telégrafo cortado y la vía férrea interceptada. La quema de los ingenios y el incendio de los cañaverales empieza de nuevo, pero de un modo aterrador. La anarquía con todo el séquito brutal y salvaje de sus repugnantes é inhumanas fechorías entronizóse, adquirió inusitado incremento en la antes venturosa Isla.

El general Martínez Campos, así que hubo llegado á Batabanó, sin pérdida de tiempo dirigióse á San Felipe y luego á Colón. Dió el mencionado rodeo, como ya hemos dicho antes, por ser imposible realizar el viaje ó marcha por tierra, porque los insurgentes habían impedido toda comunicación ferroviaria entre las provincias de Matanzas y de Santa Clara. Situado en Colón, se propuso establecer una barrera de columnas que interceptaran y rechazaran el avance de los revolucionarios á occidente. Con la mayor rapidez acudieron las fuerzas mandadas por los generales Prats, García Navarro, Luque, Aldecoa y Suárez Valdés, con otros refuerzos de las provincias de la Habana y Matanzas. Sin embargo, como no presumía nadie que los rebeldes se hubiesen atrevido á tanto, fué necesario improvisarlo todo en materia de aprovisionamientos y fortificaciones, resultando un lamentable confusión, pudiendo afirmarse que desde este momento empezó á eclipsarse el brillo real ó aparente de la estrella del general Martínez Campos. La opinión española aterrada por tantos desaciertos, empezó á moverse con marcados acentos del más profundo disgusto y señaló con la palabra *fracaso* la campaña del general.

Las noticias recibidas durante el día confirmaban el avance de los revolucionarios, cuyo camino quedaba bien señalado por densísima columna de humo de los cañaverales que eran pasto de las llamas, y durante la noche por el siniestro resplandor del incendio. Después del sangriento

encuentro de *Maltiempo* las fuerzas insurgentes tomaron, como ya hemos dicho anteriormente, la dirección de Camarones, y desde este último puesto se encaminaron á la provincia de Matanzas. En los alrededores del río Hanábana modificó en parte el cabecilla Máximo Gómez el plan de avance, tanto en los puntos por donde había de atravesar, cuanto en lo referente á la forma en que debía efectuarse. La mayor parte de las fuerzas leales perseguidoras habían quedado á la retaguardia de los rebeldes; el general Luque, mandado exclusivamente á la Siguanica para efectuar una hábil y meditada combinación, llegó tarde á la sierra, no pudo batirse con los rebeldes porque ya habían abandonado aquellas escabrosidades, y este incidente fué la causa de que se malograran dichas operaciones. El general Oliver hizo ostensible el profundo disgusto que le había ocasionado la apatía del general Luque, y retrocedió con su columna á la jurisdicción de Remedios.

El Comandante General del 2º Cuerpo de ejército Excmo. Don Sabas Marín y González tenía situado su cuartel general en la capital de la provincia. Conocedor de la guerra y práctico en la de Cuba, mantúvose á la expectativa, hasta que pudo apreciar que el fin de los rebeldes en su avance á las provincias occidentales. Si importante y de urgencia imprescindible se hacía el impedir el avance, no menos urgente, práctico y estratégico era el evitar su retroceso, ya fuese consecuencia de una derrota, ya iniciado por la voluntad de los cabecillas. El territorio de las Villas es más adecuado para batirlos ventajosamente, y dicha probabilidad es tanto más segura, cuanto mayores sean las partidas. El general Marín, comprendiendo todas estas circunstancias; estableció su cuartel general con mucha previsión en Ciego Montero, punto estratégico y apto para dirigir las columnas, caso de que el enemigo hubiera intentado retroceder.

Mientras el grueso de las fuerzas rebeldes, con increíble rapidez y suma audacia, seguía el movimiento de avance hacia las provincias occidentales, convirtiendo en cenizas y escombros los indefensos poblados y las casas-viviendas y bateyes de los ingenios, llevando por guía durante el día las negras y pavorosas columnas del humo, y por la noche el siniestro resplandor del incendio; en las dos provincias orientales no se registran hechos de guerra ni aún escaramuzas tan frecuentes como se repetían en los anteriores meses. La causa de dicha quietud en los rebeldes era natural. La importancia excepcional de la guerra se hallaba en la parte occidental de Cuba con motivo de la *invasión*, y de los sucesos ocurridos en ella. El mismo hecho de haberse trasladado los cabecillas Maceo y Máximo Gómez, jefes revolucionarios, el primero del departamento oriental y el segundo de la provincia de Puerto Príncipe, á las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río; el haber sacado los fuertes contingentes de rebeldes orientales y camagüeyanos los mencionados cabecillas; estas sustracciones de fuerzas, cabecillas y elementos contribuyeron á que permanecieran en la casi inactividad los revolucionarios que quedaron en las dos provincias de Oriente. Por eso, los acontecimientos que se han verificado, tanto en Santiago de Cuba como en

Puerto Príncipe, han revestido un caracter secundario, desnudo de interés. La atención de las operaciones y de la opinión se hallaba fija en el desenlace que tendrían las entonces emprendidas contra Gómez y Maceo, porque en ellas estaba fundado el éxito la de guerra. Sin embargo, merecen narrarse algunos encuentros de cierta importancia, y entre ellos citaremos las operaciones practicadas por el general González Muñoz en la Sierra Maestra, al conducir convoyes á Jiguaní, Guisa, Baire y Santa Rosa; el encuentro que tuvo la guerrilla del temerario Lolo Benítez en Arroyo Blanco; el combate sostenido por la columna de Tovar en *Hoyo de Pipa* con los rebeldes mandados por Pancho Estrada y Montero, en el cual los insurgentes tuvieron muchas bajas, y además las tropas leales les cogieron tres prisioneros con armamento uno de ellos, pertrechos, víveres, caballos, municiones y documentos. Las tropas leales tuvieron once heridos. También fueron atrevidas las operaciones llevadas á cabo por el coronel Tejerizo por los valles de *Guamá* y los riscos llamados los *Manantiales*; pero el hecho mas heróico de todos los realizados durante el mes de Noviembre, es la defensa que hicieron veintiocho soldados de la guerrilla del regimiento de Isabel la Católica, mandados por el teniente don Pedro Aguilar. El choque tuvo lugar cerca del ingenio *Tranquilidad*, en la jurisdicción de Manzanillo. Hallábase la pequeña fuerza española forrajeando el día 29 de Noviembre á la distancia de una media legua hácia el interior del mencionado ingenio, en un lugar llamado el *Caño*, cuando de improviso el enemigo la rodeó completamente, haciendo un mortífero fuego. Los soldados así que llegaron al lugar en donde habían de hacer el forraje, establecieron una avanzada de cuatro hombres en el punto más peligroso. Los rebeldes se cebaron encima, la avanzada se dispersó sin haber disparado un tiro, pero avisaron al grueso de la fuerza para que se aprestara á la defensa. El teniente Aguilar reunió á los soldados, dispuesto á morir antes que rendirse. Los rebeldes avanzaron rápidamente, y cuando estuvieron á corta distancia de los leales intimáronles á rendirse, recibiendo por contestación una descarga cerrada. Entonces empezaron á gritar los rebeldes: *¡al machete que están solos!*; pero aquel puñado de valientes, rodilla en tierra resistía las acometidas. Viendo los rebeldes que los soldados no solamente no se rendían sino que rechazaban todas las cargas intentadas, cargó por el ala izquierda otra fuerza numerosa de caballería, que estaba emboscada en un cañaveral, y en esta sorpresa cayeron heridos el teniente Aguilar, un sargento y un cabo, sin que dicho contratiempo fuera un obstáculo para que cada cual siguiera en su puesto, y formado el cuadro, hicieron frente con valor, rechazando á la caballería rebelde. Se entabló, pues, una lucha personal tremenda y ruda: el enemigo duplicado atacó simultáneamente por dos flancos, y de nuevo volvió á ser rechazado.

El enemigo intentó un nuevo ataque por la restaguardia de los leales. El teniente Aguilar, viendo la superioridad numérica y el grave riesgo que corría de ser copado, buscó ventaja en el propio terreno, formó nuevamente el cuadro á manera triángulo y de esta manera fué des-

plegándose hasta llegar á una cerca de alambre que tenía á la derecha. Tomada esta posición, formó un semicírculo cuyo frente daba al enemigo y la espalda quedaba resguardada por la cerca. No se llevó á efecto dicho movimiento sin que los insurgentes al ver que se les escapaba la presa, se avalanzaran por medio de un movimiento envolvente. Los soldados, en este momento, realizaron actos heroicos, verdaderos prodigios de valor. Un soldado herido de machete en el brazo izquierdo tira con rapidez del suyo, y de un tajo cerebra la cabeza del rebelde agresor; otro herido y tendido en el suelo, vióse acometido por un insurrecto montado que intentaba acabarlo de matar y de un tajo le abrió el pecho al caballo; el asistente del teniente, envuelto por los insurrectos, dió muerte á dos de ellos, cayendo prisionero. En lo más fuerte de la lucha y cuando empezaban á escasear las municiones á los leales, salió rápido de entre las filas un soldado á buscarlas al destacamento del ingenio *Traquilidad*. Pudo regresar ileso y repartirlas entre sus compañeros.

El general González Muñoz, que estaba en Manzanillo, fué avisado de lo que ocurría por un propio que le enviaron del destacamento del ingenio, é inmediatamente organizó una pequeña columna para ir en auxilio de los soldados. Cuando el auxilio llegó al lugar del suceso, los rebeldes ya se habían retirado. Con un *¡viva España!* fueron recibidos los auxiliares por aquel puñado de héroes que durante dos horas se habían resistido, peleando cada uno de ellos contra veinte insurgentes. Cuando el coronel del regimiento de Isabel la Católica, don Ulpiano Sánchez Hechavarría, llegó al punto en donde se encontraba el teniente Aguilar y le preguntó *qué tal*, el oficial se desabrochó la guerrera, y enseñándole la herida que tenía en el pecho, contestóle: "Me han herido aquí, pero no han podido vencerme." Mientras parte de la fuerza que fué en auxilio recogía al soldado muerto, atendía á los heridos y hacía los preparativos para trasladarlos á Manzanillo, la otra se dedicó á la persecución del enemigo y á practicar un minucioso y extenso reconocimiento en el mismo campo de la acción y sus inmediaciones, encontrando cuatro cadáveres de los insurgentes y catorce caballos muertos y cinco heridos, unos y otros con monturas y equipos. Las bajas de las tropas consistieron en un muerto, ocho heridos, tres prisioneros y cuatro dispersos; las de los insurrectos ascendieron, las vistas, á cuatro muertos. Los cuatro soldados dispersos se presentaron en Calicito con sus armas, y los prisioneros fueron desarmados por el enemigo y puestos en libertad. En este encuentro se hizo digno por su bizarro comportamiento el cabo Maillo Dominguez, que tomó el mando en los momentos más críticos y en ocasión de hallarse también herido, sin que el dolor de la herida fuera un obstáculo para continuar y dirigir acertadamente la defensa.

El nuevo general Canella no podía estar ocioso mucho tiempo. Sabedor de la existencia de los rebeldes en la jurisdicción de Guantánamo, y de que en Ramón de las Yaguas tenían establecido sus campamentos los cabecillas José Maceo, Rabí, Periquito Pérez y algunos otros cabecillas de menor importancia, dispuso una combinación de columnas para batirlos. El general Canella se puso al frente de una columna de qui-

nientos cincuenta hombres pertenecientes al regimiento de Simancas y al batallón expedicionario de Luchaua, y la otra de igual número que la anterior y formada por soldados de los mismos cuerpos, estaba mandada por el coronel Baquero. También formaron parte en la combinación, dos guerrillas de la guardia civil y una pieza de artillería. Las posiciones de los insurgentes fueron tomadas una tras otra, pero sosteniendo nutrido fuego; la artillería funcionó con mucha precisión. Los insurgentes resistieron el fuego siete horas y después se dispersaron. Este encuentro fué sangriento: las tropas leales tuvieron diecisiete soldados muertos, cincuenta y tres heridos, además de un capitán, dos tenientes, el médico y el veterinario. Los rebeldes dejaron abandonados en el campo de la acción cuarenta y seis muertos y un gran número de heridos. El propósito ó intención de los rebeldes y al reunióse en *Palmarito*, *Ramón de las Yaguas* y la *Tontina*, era el de impedir la realización de la zafra en la zona de Guantánamo, rica comarca azucarera y una de las mas castigadas por la guerra, pues solo en ella han sido quemadas como unas doscientas mil caballerías de caña, pertenecientes á cinco ingenios y varias colonias.

El cabecilla Rabí estaba con su partida en la jurisdicción de Bayamo. El día 5 de Diciembre intimaron la rendición al jefe del destacamento de *Ventas de Casanova*. El cabecilla, al ver la negativa, presentóse con numerosas fuerzas delante del fuerte, después lo rodeó, atacándole por espacio de seis horas. Los defensores de España contestaban al ataque con mucha serenidad, cuando una detonación mas intensa y el chocar inmediato de una bala rasa en el alero del tejado del fuerte, la cual le ocasionó un gran desperfecto, hizo comprender al destacamento que los rebeldes tenían artillería. Y efectivamente, los rebeldes usaban por vez primera en esta guerra y en la provincia oriental, de una pieza de artillería, dirigida por artilleros yankees. El destacamento se componía de unos sesenta soldados del batallón de Alcántara, número 3, mandados por un capitán.

Los rebeldes seguían empeñados en apoderarse del fuerte á todo trance, y como no bastase para lograr su intento el fuego de fusilería, empezaron el de cañón. Dispararon catorce cañonazos, y algunos proyectiles ocasionaron daño al fuerte. El jefe del destacamento, comprendiendo el peligro que corría la fuerza si continuaban dentro del mismo, ordenó que saliesen los soldados á la trinchera, y desde allí continuaron la defensa dispuestos á no rendirse. Los insurrectos insistían en rendirlo, los soldados en defenderlo, los tiros de cañón continuaban, pero sin ocasionar ningún daño á los soldados. El capitán del destacamento concibió un pensamiento atrevido y lo llevó á cabo, constituyendo una temeraria empresa solo el concebirlo; intentó coger el cañón á los rebeldes. Del sitio donde disparaban los insurrectos la pieza hasta el fuerte hay una larga colina: el capitán comprendió al momento lo favorable de esta circunstancia, puesto que el enemigo, confiando en que los leales no saldrían del fuerte, habían descuidado el colocar centinelas para el caso de una sorpresa. Con veinte soldados hizo una salida, y cayó por sor-

presa á la bayoneta sobre los artilleros yankees, les cogió la limonera y de este modo evitó la continuación del fuego de la pieza.

El día 25 de Diciembre, el coronel Tejeda sostuvo un rudo choque con los insurgentes en el sitio denominado *Los Ciegos*, y al día siguiente se apoderó de las posiciones y campamentos que tenían en San Prudencio. La fuerza española tuvo catorce bajas entre muertos, heridos y contusos, y los insurrectos dejaron abandonados en el campo de la acción nueve muertos.

En la exposición anteriormente hecha en lo referente á los sucesos de guerra ocurridos en la provincia de Santiago de Cuba, obsérvase una relativa quietud fácil de adivinar. Las numerosas fuerzas rebeldes que Maceo sacó de oriente para realizar la correría á occidente, quebrantaron los fueros de los revolucionarios orientales, sus alardes de conquista, sus conatos de guerra ofensiva.

La guerra en la provincia de Puerto Príncipe seguía, durante este tiempo, idéntica manera de ser á la que se hacía en la provincia oriental, esto es, se pelcaba ó luchaba, pero con muy poca intensidad, y los combates eran insignificantes. La artera emboscada constituía el procedimiento de los rebeldes. La causa de este fenómeno en el Camagüey, está en haber tomado Máximo Gómez aquella extensa provincia como lugar de organización, para realizar más tarde sus proyectos de avance, y por la sustracción que hizo de rebeldes camagüeyanos para efectuar la invasión. Cuando el mercenario *generalísimo* se corrió hacia Las Villas, el cabecilla Mayía Rodríguez fué nombrado general insurrecto y jefe supremo de los rebeldes de la provincia de Puerto Príncipe.

Dicha relativa tranquilidad, sin embargo, era perturbada de vez en cuando por alguna salvajada insurgente, tal como la explosión de la dinamita en la vía férrea de Puerto Príncipe á Nuevitas, ó por emboscadas dispuestas de antemano por los *libertadores*, en cuyos choques peleaban, como siempre, veinte insurgentes contra un soldado español. Lo sucedido en el ingenio denominado *Congreso*, cerca de las Minas, es otro episodio sangriento que nos demuestra lo antes afirmado. El 9 de Diciembre salió de las Minas una pequeña columna española, cuyo número de soldados no llegaba á setenta, pertenecientes á la guerrilla del batallón expedicionario de Gerona, infantería del mismo, soldados del provisional de Puerto-Rico número 2, y unos cuantos ingenieros zapadores-minadores, mandados por el capitán Don Higinio Borrego y Vera y los tenientes Don Narciso Ardieta, Don José Aznar y Don Luis Mesa y López. La exigua columna iba en busca de forraje para el ganado, y empezó la operación del forrajeo en un valle cercano al ingenio *Congreso*, el cual estaba rodeado tanto por el norte como por el sur por monte firme, al este por el ferrocarril de Nuevitas y al oeste por la vía del ingenio. El sitio no podía ser más á propósito para el forraje; la yerba es abundantísima; sin embargo, también es muy apto para una emboscada, y los rebeldes aprovecharon dicha ventaja y oportunidad.

Cuando los soldados estaban dedicados al corte de la yerba, fueron sorprendidos por las descargas que los insurgentes les hacían desde el

bosque inmediato. El humo de los disparos revelaba que estaban completamente envueltos, y que el círculo iba estrechándose por momentos. Los soldados contestaron el fuego, pero reconcentrándose y haciendo parapetos con las carretas cargadas de forraje, porque la carga de la caballería rebelde no tardaría en verificarse. En efecto, así sucedió. Inmediatamente el grueso de la caballería enemiga, describiendo un círculo, cargó al machete. Los soldados recibieron la carga con descargas cerradas. Las fuerzas separatistas que atacaban se componían de unos cuatrocientos hombres de caballería, mandados por López Recio Loynaz, Caballero y Oscar Primelles. La fuerza leal hizo una defensa desesperada, heroica, si tenemos en cuenta el reducido número de soldados que la componían. A las primeras descargas cayó muerto de un balazo el teniente Ardieto. El combate duró cerca de una hora, siendo éste cuerpo á cuerpo por la imposibilidad en que estaban ambos combatientes de poder evolucionar y desplegarse, á causa de lo limitado que era el espacio del valle.

Veinticuatro muertos, seis heridos y veintitres prisioneros fueron las bajas hechas á los leales. Los prisioneros fueron puestos en libertad, y desarmados se presentaron al general Serrano Altamira. Otro grupo de soldados disperso refugióse al fuerte del ingenio llamado *Senado* y de allí se fué á Minas. Conservaban todos sus armas y caballos; y el mismo día llegó también al mencionado pueblo, el capitán Borrego, jefe de la columna, acompañado de un sargento y dos guerrilleros que se presentaron con armamento y caballos.

Considerables fueron las pérdidas que tuvieron los insurgentes, enumerándose entre ellas la del cabecilla Oscar Primelles, que gozaba de mucho prestigio en las filas revolucionarias.

CAPÍTULO XVI.

SUMARIO.—*Los rebeldes en la provincia de Matanzas.—El general Martínez Campos llega á Colón.—Movimiento de las columnas.—Avance de los rebeldes.—Combate en el potrero Antilla.—Acción de Arroyo Colmenas.—Los insurrectos en el Roque.—Incendios y destrucción.—Viaje del general Martínez Campos á Jovellanos.—Incendio de las estaciones de Coliseo y Sumidero.—El general Martínez Campos ataca al grueso de las partidas rebeldes en el ingenio Audaz.—Acción de Calimete.—Combate en el central María.—Regreso del general Martínez Campos á la Habana.—Cargos que le hacían al general.—Rumores de dimisión y manifestación de los partidos.—Acción del Estante.—Los rebeldes entran en la provincia de la Habana.*

Después de la sangrienta acción de *Mallimpo*, cuyos pormenores y detalles ya hemos narrado en el anterior capítulo, los insurgentes continuaron su proyectado avance á las provincias occidentales. Máximo Gómez y Maceo signieron en dirección al sur del río Hanábana y cruzaron

la línea por límites de *Arriete* y *Flora*, avanzando por *Amalia*, donde tuvieron otro choque. Una vez en la provincia de Matanzas, los rebeldes se dividieron en tres grandes fracciones; una de ellas avanzó por el sur de la provincia, otra por el centro y la otra por el norte. Desde la *Amalia* fueron en dirección al norte por *Voladoras* y después de explorar los límites por distintos puntos, penetraron por fin por el más corto, esto es, por *Palma Sola*. Cuando más conjeturas se hacían respecto al lugar ó sitio en que se suponía estaba *Máximo Gómez*, al cual la fantasía popular y cierto miedo pueril, en combinación con las interesadas mendacidades laborantes, le atribuyen el don de la ubicuidad, hizo acto de presencia el dominicano cabecilla con una partida de seis mil hombres en el pueblo del *Roque*, sin encontrar ninguna clase de resistencia, por hallarse desguarnecido. En el mencionado pueblo había un fuerte recientemente construido y el cabecilla *Gómez* mandó quemarlo. Los insurgentes se pasearon por el pueblo con la bandera solitaria, tomaron efectos de las tiendas, pagando en algunas, pero en otras se entregaron al más escandaloso pillaje y saqueo.

El general *Martínez Campos* desde *Batabauó* dirigióse por *San Felipe* á *Colón*, y una vez situado en dicha villa, se propuso establecer una barrera de columnas para impedir el avance de *Máximo Gómez*. Con la mayor rapidez acudieron las fuerzas mandadas por los generales *Prats*, *García Navarro*, *Luque*, *Aldecoa*, *Suárez Valdés* y la del coronel *Hernandez* con otros refuerzos de la provincia de *Santa Clara*, *Matanzas* y la *Habana*. Sin embargo, nadie presumía que la audacia de los rebeldes fuese tanta, y por esta imprevisora presunción fué necesario improvisarlo todo en materia de racionamientos y fortificaciones.

En *Colón* se notaba inusitado movimiento. Algunas detonaciones producidas por los disparos de la artillería que se oían, aunque apagadas por estar lejos el sitio de la acción, anunciaban que el grueso de las partidas se aproximaba. En la estación había dispuestas para salir varias locomotoras destinadas al transporte de tropas. Cada tren que llegaba al paradero iba atestado de soldados: la *Asociación de la Cruz Roja* tenía preparadas sus camas en previsión de que pronto habían de ocuparlas los heridos. Las nubes de humo señalaban el itinerario de los insurgentes y por la noche el siniestro resplandor de los incendios. Las líneas telegráficas estaban interrumpidas y no se tenían noticias concretas de los movimientos de los rebeldes. La ansiedad cundía en la villa de *Colón* hasta que por unos despachos recibidos supose que el enemigo estaba cerca de la *Macagua* á tres leguas de *Colón*. La noche del 20 de Diciembre se pasó con bastante intranquilidad, existían en todos los corazones terribles presentimientos, y que no eran infundados se vió el día 25 al amanecer. Las partidas ya estaban á legua y media de *Colón*; nubes de humo y señales de destrucción llegaban hasta la villa que lleva el nombre del Descubridor de América. La columna del general *García Navarro*, que está en la población, toca llamada á la carrera y una vez formadas las compañías, la columna se puso en marcha en dirección al potrero *Antilla*. El general al asomar los invasores tomó el camino del referido potrero, pues, tuvo

una confianza en la que le comunicaban el ataque de los rebeldes al destacamento que había situado en el mismo. Los soldados se defendieron heroicamente; el señor Hornedo, dueño del potrero *Antilla*, y un hijo suyo de catorce años de edad, que resultó herido, estuvieron haciendo fuego. En lo más empeñado del combate llegó, y con mucha oportunidad, la columna del general García Navarro, retirándose los insurgentes al acercarse la guerrilla de la misma. El general estuvo muy cariñoso con los valientes soldados del destacamento; abrazólos á todos y luego continuó la persecución. Siete soldados que se quedaron fuera del fuerte atacado, fueron macheteados de una manera inhumana por los rebeldes.

Casi simultáneamente sostenían otro combate cuatrocientos hombres del batallón expedicionario del regimiento de Asturias, en el punto denominado *Arroyo Colmenas*. La columna estaba mandada por el comandante don Luis Albelda Balboa y llevaba una pieza de artillería de montaña mandada por el teniente Andino. Las fuerzas rebeldes mandadas por el titulado *generalísimo*, sumaban unos cinco mil hombres. Las vanguardias insurrectas al divisar á la de la columna que la constituía la tercera compañía á las órdenes de su primer teniente Don Enrique Alvarez, rompieron un fuego nutridísimo. La vanguardia de la columna contestó con mucho brío y cargando á la bayoneta, hízose dueña de las posiciones ocupadas por los enemigos. Incorporado á la vanguardia el resto de la pequeña columna y en la forma que previene la táctica militar, ordenó el primer jefe el avance, no sin haber dictado antes oportunas medidas para evitar el que los envolviesen. El enemigo se había corrido por un callejón hacía la *Sabana*, amagando un movimiento envolvente. La tropa desde el principio de la acción había formado el cuadro, resistiendo varias cargas de la caballería enemiga, que en número de quinientos ginetes pretendían romperlo; sin embargo, los soldados con mucho orden y precisión los esperaban hasta una distancia de diez metros, y entonces les hacían descargas cerradas á boca de jarro, ocasionándoles numerosas bajas.

La columna efectuó el avance en las condiciones que permitía lo escabroso del terreno, hasta llegar á las orillas del arroyo Colmena. Las avanzadas rebeldes lo atravesaron apresuradamente, y entonces descubrieron los defensores de la legalidad el imponente y elevadísimo número de insurgentes que había, y las magníficas posiciones que ocupaban. Tan apenas cruzó el arroyo la tercera compañía, fuertes núcleos de insurgente caballería dividida en pelotones de quinientos ginetes cada uno, atacaron á la misma, pero los soldados rodilla en tierra y haciendo fuego por descargas cerradas á ocho metros de distancia, contuvieron los empujes de la caballería insurrecta. El capitán don Alfredo Malibrán que mandaba la quinta compañía había pasado el pequeño río Colmena y los rebeldes le atacaron á los gritos de *al machete*. Con *viras á España* y á la bayoneta contestaron á las bravatas del enemigo, uniéndose muy pronto á la tercera compañía, que tan admirablemente supo defenderse sin perder un palmo de terreno. En esta situación emplazóse la pieza de artillería á la orilla del río. El primer disparo de cañón fué muy certe-

ro. Desde el campamento de los leales se oían los lamentos de los heridos, viéndose á otros caer muertos de sus caballos. Al recibir los insurrectos la primera granada, exclamaban: *Patones, no tiréis con eso*. Sin embargo, la pieza no podía funcionar con facilidad por tener al frente las dos compañías que habían cruzado el río, pero el teniente Jiménez suplió dicho inconveniente, tomando con admirable firmeza las medidas de alza y de explosión.

Como era difícil operación el atravesar el río á la artillería é impedimenta, las dos compañías que lo habían cruzado se sostuvieron en la expresada forma durante las dos horas que duró el fuego. El enemigo se retiró al ver que no le era posible vencer á la columna. Terminada la acción, los soldados practicaron un pequeño reconocimiento y encontraron ocho rebeldes muertos, un cabecilla herido llamado José Acosta, armamentos y otros efectos. La columna, después de enterrar á los dos soldados que habían muerto en el campo de la acción, siguió con los heridos á Santo Domingo de la Calzada. El número de éstos ascendía á siete, enumerándose entre ellos el capitán Malibrán y el teniente Coto. El General en Jefe concedió al batallón expedicionario del regimiento de Asturias, la corbata de San Fernando. Digna de encomio ha sido la acción de *Arroyo Colmenas*. Luis A. Balboa, Malibrán, Ramos, Andino y todos en general pelearon como buenos.

Continúan corriéndose los incendios á medida que avanzan los insurgentes. El humo durante el día es muy denso y negro; por la noche las llamas imponentes y aterradoras. El olor á caña quemada y las pavesas llegan hasta los poblados. Oleadas de fuego y de sauge deja en pos de sí la anarquía cubana acaudillada por el infame dominicano Máximo Gómez.

El general Martínez Campos, que estaba en Colón, al contemplar los destrozos que en su movimiento de avance hacían los rebeldes, resolvió salir á operaciones y dió las consiguientes órdenes para el embarque de la gente, y él, con su Estado Mayor y fuerzas de Cuenca y de Navarra, artillería é impedimenta, marchó á Jovellanos con el objeto de batir personalmente al grueso de la invasión; pero los insurrectos se habían fraccionado en tres numerosos grupos, de la siguiente manera: el cabecilla Núñez atravesó la vía férrea en dirección al norte y allí subdividió su gente, esparciéndola entre Cárdenas, Contreras y Cimarrones: Maceo pasó por el norte de Cimarrones y Máximo Gómez por el sur del mismo pueblo, esto es, entre Cimarrones y Jovellanos. Los tres grupos antes mencionados, emprendieron un movimiento convergente sobre Coliseo, y Martínez Campos con su pequeña columna de mil quinientos hombres se fué por ferrocarril á Tosca y desde allí á Coliseo. El general García Navarro operaba por el sur en la zona extendida desde los ingenios *Luisa* y *Atrevido* hasta la *Unión* y *Corral Falso*. Tanto Coliseo como Sumidero fueron incendiados por los rebeldes. La farmacia y el cuartel en donde veinte guerrilleros se defendieron heroicamente, es lo único que atestigua la existencia del primer poblado.

Por mucha que fuese la movilidad de los insurgentes, no pudieron

éstos evitar el choque con las columnas. La misma proximidad de los combatientes lo hizo inevitable. La tarde del 23 de Diciembre tuvo efecto el combate en el ingenio *Audaz*, el cual sólo narraremos como uno de los muchos que han tenido lugar en esta guerra, pero no fué decisivo como la opinión esperaba con ansiedad, así como tampoco impidió el avance de los rebeldes. El general Martínez Campos, como ya hemos referido anteriormente, salió de Colón y llegó á Navajas, lugar en donde estaba la columna del coronel Molina. Incorporada dicha fuerza á la que llevaba el general, dirigióse á Jovellanos, y en esta villa supo que el grueso de las fuerzas insurrectas estaba en Cimarrones, y en dirección á dicho pueblo marchó con su columna pequeña, pero aguerrida. El dominicano, jefe de aquel ejército de incendiarios, sabedor de la proximidad del general, mandó avanzar á los insurgentes, y rehuyó el combate, no obstante, llevar una fuerza mayor de seis mil hombres. Después de marchar y contramarchar intencionadamente para despistar á la columna perseguidora y evitar el choque, al fin ésta le dió alcance. La columna leal llevaba de avanzada y en descubierta veinte caballos de la guerrilla movilizada de Sancti-Spíritus, al mando de su capitán Don Rosendo Espina, que siempre se había distinguido como notable guerrillero y temerario hasta lo inconcebible.

La primera orden que dió el General en Jefe, fué la de no hacer fuego sobre las avanzadas rebeldes, que distraían las fatigas de la marcha, prendiendo fuego á los cañaverales. Esta orden la dió por no ahuyentarlos; pero al mismo tiempo mandaba que la columna avanzara ligeramente en dirección al grueso de la fuerza rebelde, mientras una compañía quedaba como de sostén en el punto en que se había divisado al enemigo. Los ayudantes del general Martínez Campos señores Moreno, duque de la Seo de Urgel y marqués del Baztan circularon dichas órdenes, así como también el jefe de Estado Mayor, señor Ramos y el capitán Primo de Rivera no descansaban y apereibían á toda la fuerza. Como las avanzadas rebeldes no dejaban la destructora operación de prender fuego á los cañaverales, el general con mucho sigilo se dirigió al grueso del enemigo, y formó al desplegarse un ángulo recto por la izquierda, colocando la pieza de artillería en el lado perpendicular al ingenio *Audaz*. La fuerza de infantería desplegada en guerrilla, entró por la izquierda, y ya en esta posición la columna, dispuso el general romper el fuego en toda la línea. Las fuerzas insurrectas, convencidas de su numérica superioridad, creyeron llegada la hora suprema de copar al general y bordearon unas lomas situadas al frente del lugar en que se encontraba situada la fuerza española, pretendiendo realizar un movimiento envolvente. El general Martínez Campos seguía atentamente dicho movimiento de los rebeldes y les dejaba maniobrar, porque sus intenciones era entusiasmarlos y hacerles creer que podrían copar á la columna y aun á él mismo, de manera, que se dejó casi bloquear, y cuando vió que los rebeldes estaban dispuestos á embestir, ordenó entonces romper el fuego en toda la línea y por descargas. Intentaron los insurgentes apoderarse de la impedimenta, pero comprendida la intención por el general Martínez Cam-

pos, mandó colocarla en el centro de la acción y que avanzara la compañía que había quedado de sostén.

En esta disposición, la compañía mencionada, formando tres flancos, rompió el fuego avanzando. El enemigo vióse sorprendido, consideró su plan fracasado y empezó á resentirse con las bajas que sufría, cuando una granada acertadamente dirigida al centro donde los rebeldes llevaban su impedimenta logró romper las filas. La pieza de artillería dispara una y otra vez: se desmoralizan las filas insurgentes y se retiran, marchando una parte de ellas en dirección á Coliseo, otra por el camino que traían, atacando á ambas la columna un buen espacio de tiempo, hasta que viendo el general que se acercaba la noche, mandó tocar alto el fuego y contramarchar. Hubiera querido también el general, evitar el incendio, pero no le fué posible, porque los grupos de los rebeldes dispersos en su rápida huida, iban prendiendo fuego á los cañaverales. El campamento se estableció en el ingenio *Audaz*, y los insurrectos no solamente dejaron de hostilizar á la columna, sino que se alejaron sin verse ya por aquellos alrededores. Las bajas rebeldes calculanse en unas cien entre muertos y heridos, y las de la columna consistieron en doce heridos, dos de ellos muy graves, todos ellos fueron trasladados á Matanzas. Entre los heridos leves, y por cierto el primero que resultó en el combate, figuraba el asistente del General en Jefe.

Después del combate mencionado, inician los insurgentes un falso movimiento, dirigiéndose al suroeste de la provincia de Matanzas. Muchos vieron en dicha evolución el retroceso de los invasores hácia las provincias orientales, pero otros más previsores apreciaron dicho aparente retroceso, como un ardid del *condottiero* de Baní, para despistar á las columnas leales que ya habían logrado ponerse á la vanguardia de los insurgentes, y á las de retaguardia que se hallaban convenientemente distribuidas. El general Martínez Campos apreció, como realmente era, la falsa retirada de los insurrectos en dirección á la provincia de Santa Clara. Por eso, después del combate librado en el ingenio *Audaz*, se fué á la Habana á organizar la defensa de la provincia y de la misma capital de la Isla. Luego no es exacto lo dicho por *El Figaro* de la Habana, en sus *Crónicas de la guerra de Cuba*, al afirmar que el movimiento de los invasores engañó á todo el mundo en lo relativo al propósito real que perseguían. Los invasores no pasaron al otro lado del ferrocarril de Matanzas á la Habana, y esto unido á la contramarcha que iniciaron repentinamente sobre Jagüey Grande, corroboró más la idea de que era un ardid para despistar á las columnas y para ver si podía lograr sin contratiempo pasar la línea militar establecida por el general Martínez Campos desde la *Guanábana* hasta *Unión de Reyes*; pero nunca la idea dominante de que aquella contramarcha fuese una verdadera retirada, y que el avance de los dos cabecillas más prestigiosos de la insurrección hasta el centro de la provincia de Matanzas, se limitara tan sólo á realizar un acto de presencia, para demostrar á los hacendados los estragos del incendio y lo que sufrirían las propiedades, caso de no pagar un cánon á la revolución, ó de no obedecer los mandatos del *titulado gobierno de la re-*

pública cubana. Como ya hemos referido anteriormente, el cabecilla Máximo Gómez concentró sus fuerzas en Jagüey Grande, y después de revistarlas marchó en dirección á Cumanayagua, como, buscando la vuelta á la provincia de Santa Clara. Las columnas de los generales Suárez Valdés, García Navarro y Luque cayeron sobre él, y tuvo lugar la acción de Calimete, en el preciso momento en que el cabecilla dominicano iniciaba su nueva evolución hácia occidente.

La columna mandada por el teniente coronel Perera, compuesta de unos ochocientos hombres, encontró cerca de Calimete la retaguardia de Máximo Gómez, trabándose en seguida el combate el cual fué muy reñido. Como los insurgentes tenían una superioridad numérica abrumadora, intentaron repetidas veces envolver á la fuerza española, cargaron en varias ocasiones, pero los soldados impidieron que realizaran el movimiento envolvente y rechazaron con descargas cerradas, pero muy ciertas, las cargas que pretendía dar la caballería rebelde. Los insurrectos al ver que aumentaba el número de sus bajas, se atrincheraron en el batay del ingenio *Godínez*, y también fueron desalojados como antes lo habían sido de las posiciones préviamente elegidas, más entonces se fraccionaron en dos grupos, conduciendo cada uno de ambos, con carretas y camillas hacia el pueblo de Palmillas, las numerosas bajas que habían tenido. Las de la columna consistieron en dos oficiales, un sargento y quince soldados muertos y un oficial, dos sargentos, cuatro cabos y cuarenta y siete soldados heridos.

En la misma fecha tuvo otro encuentro el general García Navarro en los terrenos del central *María*, jurisdicción de Colón. La caballería insurrecta intentó dar una carga á la vanguardia de la columna, pero el feliz acierto del práctico al disparar su tercerola, cuyo proyectil dejó sin vida al jefe de los ginetes rebeldes, evitó la carga. En el mismo instante llegó el grueso de la columna y la artillería mandada por los oficiales capitán Planas y teniente Litz, los cuales hicieron doce disparos de cañón, siendo dicho número lo suficiente para que emprendieran la fuga, dejando en el campo abandonados cinco muertos. La columna no sufrió baja alguna.

Después de haberse librado el combate en el ingenio *Audaz*, el general Martínez Campos marchó á Limonar en donde pernoctó; desde este poblado signió rumbo á la Guanábana y de allí á la Habana, abrumado por el peso de los acontecimientos, fruto natural de sus inconcebibles planes de campaña. En la capital de la Isla el recibimiento hecho al general en Jefe nó fué entusiasta sino glacial é indiferente. El avance de los revolucionarios á Occidente ejerció bastante presión en el ánimo de los españoles, que veían con grande asombro la marcha abierta de los rebeldes desde los agrestes é intrincados montes de Oriente, hasta los peligrosos llanos de Las Villas y de Matanzas. La palabra *fracaso real* en las disposiciones militares, empezó á tomar cuerpo en el espíritu público ya de suyo impresionable, los recelos y desconfianza en las gestiones del general Martínez Campos aumentaban; y upidos todos los factores mencionados á la natural zozobra del pueblo conocedor de la misión desvas-

tadora de los insurgentes, cuyo paso señalado quedaba primero por una corriente de fuego, por un cánce negro de ruina y desolación, y finalmente, por las guásimas sosteniendo en sus ramas lúgubres cargas de infelices ahoreados, todos estos hechos, casos y procedimientos de los revolucionarios, provocaron con mayor intensidad la alarma, la precipitación, la impopularidad del General en Jefe.

El partido autonomista trabajó con mucha finura y delicadeza, logrando al fin el concurso de los tres partidos legales para organizar y llevar á cabo una manifestación presidida por las juntas directivas de ambos, en obsequio al fracasado general Martínez Campos. El fondo é intención de aquel acto público llamó la atención por lo infundado é inmotivado; pero los señores autonomistas profesan veneración profunda al general, sólo por las promesas de autonomía que con cierta indiscreción brotaron de tan autorizados labios. Por tanto, dicha manifestación tuvo cierto carácter de convencionalismo teatral, nada sério y digno, cuyo fin era halagar al Gobernador General, para que continuase en el mando de la Isla, pues, los rumores de dimisión, como ya hemos mencionado anteriormente, adquirían entonces mayores motivos para darles crédito.

La manifestación, después de haber recorrido las calles de la Habana, en la noche del 27 de Diciembre, y de vitorear al General en Jefe, dirigióse al Palacio del Gobierno. El general Martínez Campos recibió á los representantes de los tres partidos cubanos, y el señor Santos Guzmán pronunció un breve discurso, ofreciéndole la decidida y leal cooperación de los constitucionales, y el general contestóle de la siguiente manera:

“Hondamente me han conmovido, señores, las palabras elocuentísimas que acaba de dirigirme el Sr. Santos Guzmán, no en nombre de un partido, sino como representante de una manifestación solemne en que figurau todos los defensores de la nación española.

“Yo, señores, me felicito en el alma de esta consoladora unión entre los tres partidos, y les ruego que no olviden jamás estos solemnes momentos y que se inspiren en esta misma línea de conducta en lo sucesivo. Yo ruego á todos encarecidamente que, ante el peligro de la patria, peligro que por fortuna no existe sino en apariencia, continúen unidos como ahora, inspirándose en las firmes decisiones del noble pueblo cubano y manteniendo enhiesta la bandera gualda y roja; esa bandera que cobija á los descubridores del Nuevo Mundo; esa bandera que trajo la civilización á esta Isla y á todos los países hispano-americanos.

“Yo, señores, estoy firmemente convencido de la necesidad de que, sin perjuicio de que cada partido siga manteniendo sus aspiraciones políticas respectivas, continúen todos unidos ante la suprema consideración del amor á España, para que sepan aquí y fuera de aquí, que todos estamos en nuestro puesto como un sólo hombre y unidos en el alto pensamiento del amor á la patria.

“Ha dicho el señor Santos Guzmán, con tanta verdad como elocuencia, que las circunstancias actuales son, al parecer, difíciles; y en efecto, señores, son más aparatosas que terribles. Yo no he de negar,

señores, que mi corazón estaba oprimido, mi mente abrumada, afligida mi alma cuando, al recorrer los campos florecientes de la provincia de Matanzas, por delante, por los costados, bajo los piés de mi caballo salían llamas; cuando veía el encono de los esfuerzos del bandolerismo para destruir esa riqueza que ha dado á Cuba el nombre de florón de la corona de España.

” Yo me sentía abrumado de pesar al ver tanta pérdida, tanta devastación, tanta ruina; pero, señores, todavía lo comprendía. Pero cuando entraba en aquellos pobres poblados y veía las casas abrasadas y las familias sin ropa que ponerse, el horror que sentí fué grande y si entonces, si en aquellos momentos yo me hubiera encontrado con un enemigo que me hubiera hecho una resistencia tenaz, señores, me sentía cruel, no hubiera podido dominar la pasión de mi ánimo.

” Yo, señores, he venido á la Habana para reorganizar las operaciones, pero bajo la impresión de que, tal vez, por culpa mía, hubiera merecido ante vosotros. Ya he visto que no, con vivísimo agradecimiento. El recibimiento á mucho me obliga, pero más me obliga aún la solemne manifestación de esta noche, y me obliga más que nada la representación de España; pero ¿á qué no obligará el agradecimiento ante lo que estáis haciendo ahora y al ver que cuando no lo he hecho bien, todavía me apoyáis?

” Os debo hacer una advertencia, señores; yo no he pensado en presentar la dimisión, no. Si por no haber obtenido todos los resultados que deseaba, podía ser mi personalidad un obstáculo, yo me resignaba á que el Gobierno de S. M. me separara; pero, mientras dure la guerra, por cuenta propia, yo no me puedo separar de la isla de Cuba. Yo, mientras me honréis con vuestra confianza ¿cómo he de separarme?

” Ahora lo que os ruego es que, si alguna vez pierdo vuestra confianza, vengáis á decírmelo, porque yo no soy más que un soldado cuyos estímulos de amor propio quedan muy por debajo de los altos intereses de la patria. Os agradezco en el alma lo que habéis hecho y termino diciéndoos que espero y deseo seguir contando con vuestra unión y vuestro apoyo.”—He dicho.

El señor Montoro, en nombre del partido autonomista, y autor de aquella manifestación hecla á remolque, dirigió al general calurosas protestas de adhesión á su personalidad como General en Jefe, á su política y á sus procedimientos. En igual sentido habló el señor Cerra y Dieppa en nombre del reformismo. El general contestóles con estas frases:

“ Debo añadir algo, después de los elocuentes discursos de los señores Montoro y Cerra; y es que si la manifestación hubiera sido exclusivamente de los tres partidos políticos de la Isla, yo no la necesitaba, me bastaba y me sobraba con el recibimiento honrosísimo que me habéis hecho anteayer y que agradeceré mientras viva.

” Pero he comprendido que el objeto principal de esta explosión de sentimientos, en que se confunde con los partidos el pueblo todo de la Habana, es que en la Madre Patria y en el extranjero, no pueda haber duda acerca de lo que la Isla de Cuba quiere. Y como yo comprendo,

” que en el extranjero esta manifestación, en las actuales circunstancias,
” ha de tener un eco inmenso y puede servir de mucho para abrir los ojos
” á los que están engañados respecto de las aspiraciones del pueblo de
” Cuba, y hasta puede servir de mucho esta protesta tan unánime para
” los mismos que se hallan en el campo insurrecto, y tal vez vuelvan ma-
” ñana á ser nuestros hermanos; yo, señores, no puedo menos de mani-
” festar á ustedes, que he acogido con júbilo inmenso la manifestación, y
” que, al contemplar la solemnidad y entusiasmo con que se ha realiza-
” do y al mirar las personalidades que me han honrado viniendo á estos
” salones, señores, os declaro que el día de hoy es para mí quizás el día
” de más felicidad y de mayor júbilo que haya podido nunca sentir ni
” ambicionar.”

Concurrieron á la manifestación representaciones de la Audiencia Territorial, de la Universidad, de la Real Academia de Ciencias, del Instituto de Segunda Enseñanza, de la Diputación Provincial, del Ayuntamiento, del Cuerpo Consular, de las Directivas de los Bancos Español, del Comercio y del Azucarero, de la Sociedad Económica de Amigos del País y de las Empresas ferro-viarias. También asistieron al mencionado acto los Subinspectores de las distintas Armas, los generales Echagüe, Rey y Suero Marcoleta, el Inspector general de Sanidad Militar, señor Fernandez Losada, el Intendente Militar señor Araujo, el Comandante General del Apostadero señor Navarro, con una comisión numerosa de los jefes y oficiales de la Armada; los señores Obispo Iñxemo. é Ilustrísimo Dr. Don Manuel Santander y Frutos y Provisor Dr. Don Antonio Torrás y Serarols; el padre Moreno, capellán de la Capitanía General; comisiones del Ejército, Voluntarios y Clero Castrense; la oficialidad de los Cuerpos de Bomberos; el Intendente y Sub-intendente general de Hacienda y los títulos de Castilla señores marqueses de Balboa y de Davalos, condes de Fernandina y de Romero y el Excmo. Sr. Don Manuel Calvo.

Como se vé, por lo expuesto, no podían ser más satisfactorias semejantes muestras de afecto, y las impresiones del acto daban motivo para augurar una saludable reacción patriótica; pero nada de esa unidad de miras existía en el fondo. El partido autonomista aún no se había depurado y excluido de su agrupación á todos los partidarios de *Cuba libre* que tenía afiliados. Aún seguía publicándose un periódico autonomista tan inconveniente como *La Discusión*, cuyo director, señor Coronado, era de conducta sospechosa, su honradez estaba llena de lunares, la sinceridad del mismo abundante en penumbras y sus sentimientos respecto á España han sido y serán siempre altamente hostiles. Era un separatista manso y poderoso auxiliar de la insurrección, escudado con el título de director de un periódico de la grey autonomista. Con el pretexto de dar á conocer la virtud medicinal de alguna planta ó yerba de la flora cubana, insertaba un artículo en el periódico para que utilizasen dichos cononocimientos en la manigua, pues, ya sab á que allí contaba con muchísimos lectores. Aún más, para demostrar el mayor número de bajas sufridas por los insurgentes, y lo reducidas del ejército, escribía en el

mismo diario la impericia de los rebeldes, diciendo que tiraban muy alto, todo lo cual constituye otra leccioncita. En suma, otros muchos han sido condenados á la pena de muerte en consejo de guerra, no siendo tan culpables como el señor Coronado. Solamente por el delito de estar en connivencia con los cabecillas Máximo Gómez y Antonio Maceo, había suficiente motivo para haber puesto á buen recaudo á tan inconveniente director. El partido reformista no estaba al lado del general Martínez Campos más que en exígua ó casi nula minoría, y aún dichos partidarios de las contemplaciones — el *general*, pertenecían al número de los resellados, porque en materia de puridad patriótica el partido mencionado es bastante ortodoxo y se purificó más en aquellos días de terrible prueba. Sin embargo, en el partido Unión Constitucional existía un núcleo importantísimo contrario á la dirección de la campaña del general Martínez Campos, y con dicho elemento formaba eco también la mayoría de la opinión pública ajena á toda disquisición y sentimiento político, fundándose en que un prestigio militar como el Gobernador General, no había podido contener la insurrección y que ésta ya se encontraba en la provincia de la Habana. Ya veremos cómo el criterio de los últimos se impuso por ser de absoluta necesidad.

El día 29 de Diciembre, y en los momentos en que las partidas insurgentes incendiaban los campos de caña de los ingenios *Dos Hermanos, Caney, Rocío y Guayabo Largo*, la columna del general Suárez Valdés que iba en su persecución, trabó con ellas combate, causándoles numerosas bajas. Al siguiente día pasaron los rebeldes por el pueblo de Cnevitás, y en el ingenio *Sofía* los volvió á encontrar otra vez la columna del general mencionado. Después de ligero tiroteo se dispersaron los rebeldes, y siguieron el camino por el sur de la provincia de Matanzas en busca de la de la Habana, apareciendo sucesivamente por los contornos de Corral Falso, Alfonso XII, Unión de Reyes y Bolondrón. La columna del coronel Galbis operaba á vanguardia de los invasores, y en el sitio denominado el *Estante* tuvo un encuentro que duró una hora; los insurrectos fueron desalojados de sus posiciones con pérdidas de catorce muertos y muchos heridos. Las fuerzas leales tuvieron dos oficiales y cuatro soldados muertos y un oficial y diez soldados heridos. Los rebeldes quemaron en su huida los cañaverales de los ingenios *Conchita, Las Cañas, Tolón, Valladares, Fenix, Benita y Esperanza*, así como el poblado del *Estante* y colonias de sus alrededores, porque su propósito no era el de aceptar batallas ni combates, como tampoco el de tomar ciudades, sino el de evitar la zafra para crear dificultades al país, y como para lograr dicho objeto les era indispensable la permanencia de cierto tiempo en las comarcas azucareras y esto era algo comprometido con una distribución de columnas bien combinadas, optaron por adquirir estabilidad mediante el movimiento continuo sobre el mismo terreno.

Después del encuentro del *Estante*, pasaron los rebeldes á los abruptos montes *Guaramón*, que sirvieron de refugio al bandolero Manuel García, internándose después en los términos de *Los Palos* y de Güines quemando ingenios y cañaverales. Los comprometidos á secundar la in-

surrección en la provincia de Pinar del Río, apenas tuvieron noticia de que las fuerzas invasoras de oriente habían penetrado en la provincia de la Habana, empezaron á moverse y agitarse y sólo esperaban que las partidas llegaran á dicha provincia para lanzarse al campo á defender á *Cuba libre*. El General en Jefe, sabedor de la sorda agitación que se notaba en la provincia de Pinar del Río, antes muy pacífica, y de la aparición de algunas partidas, vióse en la necesidad de declarar en estado de sitio toda la Isla: la provincia de la Habana por estar ya en ella los rebeldes orientales; la de Pinar del Río por los síntomas que se observaban. El bando dictado con este motivo está redactado en los términos siguientes:

“GOBIERNO GENERAL DE LA ISLA DE CUBA.

” Don Arsenio Martínez Campos y Antón, Gobernador y Capitán General de la isla de Cuba y General en Jefe de este ejército.

” Habiendo aparecido partidas armadas en las provincias de la Habana y de Pinar del Río, y llegado el caso á que se refieren los artículos 12 y 13 de la ley de Orden Público de 23 de Abril de 1870, en uso de mis facultades, vengo en decretar lo siguiente:

” Artículo 1º—Quedan declarados en estado de guerra los territorios de las provincias de la Habana y Pinar del Río.

” Artículo 2º—Las autoridades civiles de las citadas provincias continuarán funcionando en los asuntos propios de sus atribuciones, que no se refieran al orden público, reservando, no obstante, á la jurisdicción de Guerra, el conocimiento de todos los asuntos criminales y los demás en que yo considerase conveniente entender.

” Habana 2 de Enero de 1896. — *Arsenio Martínez Campos.*”

Los insurrectos, en su no interrumpido movimiento de avance, llegaron á Pozo Redondo el día 5 de Enero, y quemaron la estación del ferrocarril. La vía quedó interceptada entre este pueblo y el de San Felipe, por haberla cortado los invasores. El avance de éstos se hacía ostensible por las negras columnas de humo que obscurecían el horizonte durante el día, y por el terrible y lúgubre resplandor de las llamas, resplandor mensajero de la destrucción, por la noche. En la provincia de la Habana el destructor afán de quemar y destruir llegó, en los rebeldes, al paroxismo, hasta el criminal delirio. El día 6 de Enero las avanzadas revolucionarias estuvieron cerca de Marianao; la vanguardia de Máximo Gómez mandada por el cabecilla Zayas, hizo acto de presencia en el Caimito, Guayabal, Lloyo Colorado, llevando la destrucción de los bateyes y la quema de los cañaverales en aquellos ingenios, cuyos dueños eran amigos del orden. El ingenio *Valdespino*, propiedad de Don Julián Chavarri fué destruído. El cabecilla Zayas marchó en dirección á Punta Brava, pueblo desguarnecido y allí pernoctó. Los separatistas platónicos al ver la pujanza de los rebeldes, se lanzaron á la insurrección; los comprometidos obraron de la misma manera; las partidas que ya merodeaban por las provincias no invadidas se incorporaron á los invasores; la

gente de pueblos enteros se fué con los revolucionarios sin distinción de peninsulares é insulares, porque todos estaban convencidos de que la funesta política de benevolencia del General en Jefe, daría desastrosos resultados.

Güira de Melena y el Gabriel fueron completamente destruidos por el incendio. El pueblo de Quivicán estaba envuelto en un círculo de fuego la mañana del 4 de Enero. Los revolucionarios, no satisfechos con haber quemado unos cinco millones de arrobas de caña en sus alrededores, incendiaron el paradero del poblado y algunos edificios anexos. También entraron en la población con gran contentamiento de la mayoría de los habitantes, pues, eran partidarios de la revolución, llevándose armas, caballos y municiones. Las líneas férreas fueron cortadas en muchos puntos y grande extensión; los trenes atacados; la comunicación ferroviaria en muchas partes interrumpida completamente; los incendios repitiéndose sin cesar; los enemigos, de hecho, dueños del campo; muchas poblaciones, haciendo causa común con los revolucionarios, porque veían al enemigo, al revolucionario, pujante y decidido; en suma, sería interminable la lista de las calamidades que afligían á la nación española, calamidades que debían traducirse en graves cargos contra el general en Jefe.

La prensa, desde que estalló la guerra, indicó lo conveniente que sería el adoptar como una medida preventiva la requisa de caballos, por cuanto los insurgentes los utilizan para hacer efectivo su constante movilidad y sus proongadas y rápidas marchas. El general Martínez Campos opinaba de distinto modo; sólo la triste realidad de los hechos le hizo despertar del funesto letargo en que se hallaba. Sin disponer de caballos el avance no se hubiera llevado á efecto, y caso de haberlo intentado, el más duro escarmiento ó la terrible derrota hubiera sido el castigo impuesto á su aventurera audacia. El general Martínez Campos, para evitar las rápidas correrías de los rebeldes, realizadas merced á que casi la totalidad iban montados, dictó con fecha 2 de Enero un decreto cuyo contenido es el siguiente:

" Don Arsenio Martínez Campos, Gobernador y Capitán General y general en Jefe del ejército de Isla."

" Teniendo en cuenta las medidas que exigen las necesidades de la guerra; las consideraciones expuestas por la Secretaría del Gobierno General; las observaciones de los jefes militares y la precisión de anteponer el bien común á la conveniencia particular; en uso de las facultades de que estoy investido como Gobernador General y General en Jefe, he tenido á bien decretar lo siguiente:

" Artículo 1º Se procederá á la requisa general en todo el territorio de las provincias de Santa Clara, Matanzas, Habana y Pinar del Río, de todos los caballos que resulten útiles para el servicio de la campaña.

" Artículo 2º El ganado caballar que se requise, se abonará á sus dueños á razón de 34 pesos los de más de seis cuartas y media, 25 los de menos alzada y 15 las yeguas.

" Artículo 3º Para efectuar la requisita, se constituirá en cada zona militar una Junta compuesta del Comandante militar, un Jefe ú oficial del ejército designado por el Gobernador militar de la provincia; el Alcalde; el Síndico del Ayuntamiento; el Jefe, oficial ó tasador de Administración militar que preste servicio en la zona y un Profesor veterinario militar ó del municipio.

" Artículo 4º Los Jefes de columna podrán verificar la requisita en los sitios y casas de campo por donde crucen, dando cuenta á la Junta de la respectiva zona.

" Artículo 5º Los Jefes de columna expedirán, á favor de los dueños del ganado, vales provisionales del que reciban, y las juntas de requisita de las zonas locales expedirán vales definitivos, canjeando también los provisionales, que se harán efectivos por la Administración militar cuando se ordene.

" Artículo 6º Las juntas de requisita entregarán á los Jefes de División, de Brigada y de columna, los caballos y yeguas que se vayan requisando, exigiéndoles recibo para su comprobación.

" Artículo 7º Los Ayuntamientos costearán la manutención de los caballos y yeguas que se requisen, hasta su entrega.

" Artículo 8º La Capitanía General dictará las disposiciones oportunas para la ejecución de este decreto.

" Habana, 2 de Enero de 1896.—*Arsenio Martínez Campos* "

Medida oportunísima, aunque tardía y que, de haber sido dictada al principio de la insurrección ó al menos cuando el avance de los rebeldes á la parte oriental de la provincia de Santa Clara, hubiera ocasionado excelentes resultados; entonces, si bien era oportuna como ya hemos dicho, no fué tan positiva como lo hubiera sido al principio. Pero buen síntoma era el despertar y ver la realidad de los hechos que de una manera interminable y con notoria gravedad se iban desarrollando á las mismas puertas de la capital de la Isla.

CAPITULO XVII.

SUMARIO. - Orden general de la segunda Comandancia. - Acción de Palomino.—Combate en Ceiba del Agua.—Entrada de Maceo en Pinar del Río. Combates en los centrales Mi Rosa y San Agustín.—Entrada de los rebeldes en Wajay. Incendio en Managua. Ataque á Bejucal.—Acentúase la opinión contra el general Martínez Campos.—Descontento general de la opinión genuinamente española y los artículos del Diario de la Marina.—Los autonomistas defienden al general. Los partidos políticos en el Palacio. - Relievo del general Martínez Campos.

El prestigio del general Martínez Campos, la evidente popularidad de que gozaba en la opinión ortodoxa de la isla de Cuba, iba decayendo de un modo visible y precipitado. El eclipse de la feliz estrella que le

había guiado en toda su carrera militar se hallaba próximo: el ocaso de su mando en Cuba se aproximaba. Nadie lo comunicaba á los demás, y sin embargo, todos, absolutamente todos, lo presentían, porque los meses desagradables subsiguientes al avance de los rebeldes, crearon en la opinión un estado moral insoportable, de consecuencias inmediatas y que muy pronto había de estallar. La opinión pública en la Habana no estaba satisfecha de la marcha de las operaciones; motivos para el descontento existían muchísimos. Había, por lo tanto, un malestar extraordinario y los ánimos se llenaban de grandes y justas alarmas ante la idea de que los rebeldes intentasen atacar los suburbios de la capital.

Por el Estado Mayor de la Segunda Comandancia se dictó, en previsión de cualquier intento, la siguiente

“ ORDEN GENERAL EN LA HABANA.

” Declarado el estado de sitio en esta provincia por el Excmo señor Capitán General en Jefe del Ejército, y en previsión de que la proximidad del enemigo ó exageradas noticias expresamente propaladas pueden introducir alarma en esta capital, que por su topografía, fortificación y artillado, así como por la potente guarnición que está dispuesta á defenderla, se halla cubierta de un ataque formal por las partidas insurrectas que cobardemente rehuyen todo encuentro con las tropas; á fin de garantizar la absoluta tranquilidad de los habitantes de la Habana y evitar desórdenes en sus arrabales y poblados inmediatos á que podría dar origen la menor algarada del enemigo, y para repeler también, últimamente, con rapidez y energía cualquier agresión, sofocando todo insoportable movimiento sedicioso interior, he tenido por conveniente resolver lo siguiente:

” 1.ª La señal de alarma será: cinco cañonazos consecutivos disparados desde el castillo del Príncipe, izándose de día la bandera en dicha fortaleza ó un gallardete bajo ella si fuera festivo, y de noche un farol rojo en el asta, cuya última parte repetirán las demás fortalezas, debiendo tenerse en cuenta á fin de evitar falsas alarmas, que mientras no se haga esta señal y á menos de recibir órdenes concretas comunicadas por medio de los Jefes y Oficiales de Estado Mayor y Ayudantes de campo y órdenes, no debe procederse á la formación por los cuerpos, aunque se oyera fuego de fusilería, petardos ni alboroto, limitándose si acaso las tropas á dirigirse á sus cuarteles, y á su domicilio los voluntarios para estar prevenidos y dispuestos, pues ya se ha establecido un servicio de avanzadas para dar tiempo siempre á que las autoridades vayan tomando las medidas necesarias, sin precipitación de ninguna clase.

” 2.ª Una vez hecha la señal, los cuerpos formarán en los sitios que luego se designan, debiendo concurrir á la formación todos los individuos con rapidez, pero sin escándalo, gritos, ni carreras innecesarias é inconvenientes, pues, hacen formar pobre concepto del buen espíritu que debe animar á los institutos armados. Los Jefes de cuerpo y de

" fracción prohibirán en absoluto los toques de corneta por las calles, y
" si por cualquiera circunstancia imprevista se dificultara la concentra-
" ción de un cuerpo y hubiere de acudirse á este medio para llamar á los
" individuos de él, antes de dar la orden para hacerlo, solicitará el Jefe
" respectivo la vénia de mi autoridad, sin cuyo requisito de ningún modo
" se hará uso de las cornetas.

" 3º La vigilancia, precauciones y defensa de Guanabacoa y Maria-
" nao, quedan encomendadas á su Comandante militar y teniente coronel
" de Ingenieros Don Julián Chacel, respectivamente, que asumirán el
" mando de la fuerza armada que allí se encuentra, disponiendo de una
" sección de Artillería de montaña y otra de Ingenieros para las even-
" tualidades del servicio, dándome cuenta por telégrafo y de oficio de toda
" novedad que lo merezca, según su importancia.

" 4º Los puestos de formación de tropas, á quienes se comunican
" también con esta orden instrucciones reservadas respecto á su destino
" una vez que estén formadas, serán los siguientes:

" *Infantería.*—En las fortalezas de Plaza.—Campamento del Prín-
" cipe y Cabaña.—Cuartel de Orden Público.—Idem de Policía Muni-
" cipal.

" *Caballería.*—Cuartel de Dragones.—Idem de Orden Público.—
" Idem de Policía Municipal.

" *Artillería.*—Cuartel de Compostela.—Compañía de Obreros de la
" Maestranza.—Batería Volante.

" *Ingenieros.*—Cuartel de Madera.—Campamento de las Animas.—
" Maestranza.

" *Guardia Civil.*—Cuartel de Belascoaín.

" *Estado Mayor de Voluntarios.*—Comandancia General.

" *Plana Mayor de Voluntarios* —Comandancia General.

" 1º de Cazadores Voluntarios.—Muralla y Aguiar.

" 2º de Cazadores Voluntarios.—Galiano entre San José y Barcelona.

" 3º de Cazadores Voluntarios.—Reina entre Lealtad y Escobar.

" 4º de Cazadores Voluntarios.—Cuba y Obispo.

" 5º de Cazadores Voluntarios.—Prado esquina á Animas.

" 6º de Cazadores Voluntarios.—Monte esquina á Parque India.

" 7º de Cazadores Voluntarios.—Amistad y Reina.

" 1º Ligeros Voluntarios.—Muralla esquina á San Ignacio.

" 2º Ligeros Voluntarios.—Galiano frente á la iglesia de Monserrate.

" *Compañías de Guías del Capitán General.*—Plaza de Armas.

" *Regimiento Caballería Voluntarios* —Monte y Belascoaín.

" *Escuadrón de Húsares Voluntarios.*—Reina y Belascoaín.

" 1º de *Artillería de Voluntarios.*—Prado frente al Círculo Militar.

" 2º de *Artillería de Voluntarios.*—Aguila esquina á Estrella.

" *Regimiento montado de Voluntarios.*—Carlos III, en su cuartel.

" *Batallón de Ingenieros Voluntarios.*—Industria entre Barcelona y
" San José.

" *Bomberos Municipales.* En su cuartel, Obrapia entre Habana y
" Aguiar.

" 5º Los señores Jefes y Oficiales de todas clases, que tienen desti-
" no en la Plaza, acudirán á las dependencias donde sirven, y el personal
" armado de ellas, al mando de los Oficiales necesarios, esperará órdenes.

" 6º La Guardia Municipal, á pié y montada, así como la fuerza de
" Orden Público, después de dejar cubiertos sus respectivos cuarteles,
" patrullarán por las calles de la población, dando aviso de las novedades
" que ocurran al Jefe inmediato, quien proveerá lo que proceda dándome
" cuenta.

" 7º Mientras no se dé orden terminante, no se dificultará la circu-
" lación del público, exigiendo solamente todo comandante de fuerza ó
" individuo armado que los tranvías, rippers, carruajes y ginetes transi-
" ten por calles, plazas y paseos precisamente, y no se molestará tampoco
" al vecindario con voces de *alto* y *quién vive*, limitándose las fuerzas á
" impedir la formación de grupos, que podrán disolver, intimándoles pri-
" meramente á ello con cortesía, y oponiéndose á toda carrera, cierre vio-
" lento de puertas y cualquier acto que pueda producir escándalo ó al-
" boroto.

" El que no obedezca de buen grado, será detenido, y toda agresión
" se repelerá con las armas.

" 8º Todos los señores Jefes y Oficiales é individuos de tropa que
" se mencionan en esta orden se atenderán estrictamente á lo prevenido
" en ella y á las instrucciones reservadas unidas, sin alterar ni variar lo
" dispuesto bajo ningún conrepto, á menos de orden expresa y debida-
" mente comunicada, sin lo cual serán responsables de su culpa conforme
" á ordenanza, esperando del celo y cordura de los institutos armados
" que no darán motivo de censura ni corrección, ya que de su valor, dis-
" ciplina y buena organización debe esperarse que sabrán siempre dejar
" bien puesto el honor de las armas.

" 9º Únicamente al Excmo. Sr. General en Jefe como autoridad
" suprema, si se hallare en esta plaza, compete el comunicar directamen-
" te cuantas órdenes tenga por conveniente, aunque se opongan á estas
" instrucciones, las cuales serán acatadas y obedecidas por todos, no sin
" darme cuenta inmediatamente de ello —*José Arderius y García*.

" Lo que de orden de S. E. se publica en la general de hoy para los
" fines de la ordenanza.—El teniente coronel, Jefe de Estado Mayor,
" *Ramón Domingo*."

A tristes consideraciones inclina la lectura de la Orden general de la Segunda Comandancia. No gozaba de grandes simpatías entre el elemento español el general Arderius, por causas que omitimos el exponerlas, ya que tienen el defecto de ser conjeturales, y unida á la desconfianza de la opinión contábase el recelo que iba apoderándose del ánimo de los habitantes de la Habana, pues veían con ojos asombrados la marcha abierta de los invasores, efectuada desde el extremo oriente al occidente de la Isla, la ineficacia de todos los planes para contenerlos y lo negativo de los resultados. El criterio popular interpretó de un modo poco laudatorio el espíritu y letra de la orden publicada por el general 2º Cabo;

la ansiedad del público iba creciendo al paso que aumentaban las censuras á la malaventurada dirección de la guerra. Se hacía atmósfera en dicho sentido; el estallido no se haría esperar mucho tiempo. El fracaso real en las disposiciones militares ha sido el factor principal que ha dado al espíritu público, de suyo impresionable, motivos de recelo y de tenor. Como era lógico ante la actitud amenazadora de los rebeldes, exaltóse hasta el paroxismo el amor á la patria en los españoles y gran número de vecinos de la Habana, figurando entre ellos propietarios, industriales y comerciantes, concibiendo la plausible idea de formar un nuevo batallón de voluntarios denominado *Urbano*. A la capital de la Isla llegó el eco cercano, inmediato de la guerra, con todos sus horrores, con todas sus consecuencias. En todos los semblantes, aún en los más serenos, notábase la ansiedad y en los pusilánimes los cañonazos de los vapores-correos ó disparados por otra causa justificada, les infundía pánico, porque creían oír los cinco estampidos precursores del ataque á la ciudad. La Habana, ciudad del movimiento, de la actividad y del trabajo, estuvo en aquellos días completamente desconocida; á la animación característica sucedió el más absoluto retrainimiento, la zozobra, la inquietud. La opinión en vista de la innumerable série de ventajas que alcanzaban los rebeldes, comenzó á impacientarse y la desconfianza ya empezaba á ejercer presión en todos los ánimos. El general Martínez Campos estaba apoyado en débil pedestal.

Entre tanto, las partidas insurgentes seguían su continuada marcha á la provincia de Pinar del Río. Sin embargo, como en las provincias en donde habían pasado las fuerzas de Máximo Gómez y de Maceo ya quedaron infestadas por numerosas partidas, porque los separatistas que á manera de ejército de reserva vivían en los pueblos acudieron presurosos á empuñar las armas en aquella algarada considerada por ellos como una marcha triunfal, la persecución de las tropas leales tuvo necesidad de subdividirse, y por esto tuvieron lugar encuentros simultáneos en varias provincias, especialmente en las de Matanzas, Habana y Pinar del Río. El día 8 de Enero encontró el general don Luís Prats y Brandagén á los insurrectos en Palomino. Ya hacía días que la mencionada columna seguía las huellas ó rastro de la partida y la persecución era constante, cuando en el punto indicado divisó á los insurrectos, que desde la costa marchaban en dirección á Guanajay. Roto el fuego, los rebeldes resistieron al principio, y los soldados avanzando siempre, los desalojaron de sus posiciones durante un trayecto de ocho kilómetros por las lomas de Baracoa, Valenciano, Govén, central Lucía y loma de los Mameyes, con fuego constante y repetidos ataques. Envalentonados por su gran superioridad, intentaron muchas veces envolver á la columna, pero los soldados españoles con mucho brío y denuedo, impedían llevar á cabo dichos movimientos. Los insurrectos, en número de dos mil hombres, iban mandados por los cabecillas Maceo, Miró, Zayas y Núñez. Después se retiraron con dirección á Banes y la caballería española continuó la persecución, tiroteándolos á la retaguardia.

Las bajas de la columna consistieron en siete heridos, enumerándose

entre ellos un capitán, siete contusos y once caballos muertos. Los rebeldes dejaron en el campo de la acción ocho muertos.

El día 7 del mismo mes de Enero sostuvo el general García Navarro otro encuentro en Ceiba del Agua con las huestes de Maceo. El primer choque tuvo lugar fuera del pueblo. La columna, perfectamente dispuesta y defendida por unas cercas de piedra, hizo un fuego mortífero sobre los rebeldes y les causó gran número de bajas. Las partidas se reconcentraron luego en el pueblo, y de allí volviéron á desalojar la columna, por más que los insurrectos en este último lugar no hicieron una seria resistencia.

El general de División don Alvaro Suárez Valdés comunicaba desde Guanajay con fecha 10 de Enero lo siguiente :

"Tengo la satisfacción de participar á V. E. que la columna del general García Navarro y coronel Arizón, en operación combinada, que ayer anuncié á V. E., han batido el día 7 á la partida de Maceo entre el ingenio *Regalado* y *Begoña*, entre Guadalupe á Ceiba del Agua. Después de una hora de fuego, lo pusieron en dispersión, echándole de las posiciones que habían tomado en las lomas *Armenteros*, causándoles bastantes bajas.

"Las de la columna de Navarro consisten en dos heridos graves y tres leves.

"Las de la columna Arizón, las desconozco.

"Las partidas van mandadas por Maceo, Miró y Zayas, llevando la dirección de Cabañas, y detrás de ellas marchan Arizón y Navarro.

"Me dicen que Máximo Gómez va por el sur, hácia occidente."

El parte dado por el general García Navarro difiere bastante del anterior, en lo referente al número de bajas que tuvieron los insurgentes. Dice así:

"Mis bajas son cuatro oficiales heridos, dos de ellos gravísimos y veinticinco soldados, seis de ellos muy graves. Las del enemigo son numerosas, pues hoy al venir á este punto, hemos contado veinticinco muertos y gran número de caballos, y los sitiados nos dicen que todo el campo está regado de armas y municiones."

El general Aldecoa iba mientras tanto en persecución del cabecilla dominicano, y el día 11 de Enero lo alcanzó en el ingenio *Mi Rosa*. Iniciado el combate en este ingenio, continuó el fuego, pero siempre avanzando los leales y retirándose los rebeldes hácia el ingenio *San Agustín* y como la brigada del general Aldecoa operaba en combinación con la fuerza mandada por el coronel Galbis, así que este oyó el fuego, acudió inmediatamente al lugar de la acción, atacando el flanco izquierdo de los insurgentes, los cuales huyeron no sin dejar en el campo bastantes bajas.

Los revolucionarios eludían trabar combate con las fuerzas españolas á fuerza de marchas, contramarchas y rodeos. La caballería, muy numerosa por cierto, prestábales un gran servicio para tal sistema de guerra. Sin embargo, repetían los ataques á los poblados cuya guarnición era escasa, siempre que las columnas no estuvieran próximas al pueblo atacado. El Gabriel, Güira de Melena y los actos presencia que

hicieron en el Hoyo Colorado y Punta Brava, son una prueba de lo que afirmamos. En el pueblo de Wajay no cometieron los desmanes de costumbre y se limitaron á recoger armas y caballos. En Managua se presentaron ciento cincuenta insurgentes mandados por Heites y Bazán é intimaron la rendición á la fuerza destacada compuesta de infantería de Marina. El Jefe de la fuerza leal y lo mismo el señor Navarro, capitán de voluntarios de Managua, rechazaron dichas proposiciones, y entonces los rebeldes empezaron á quemar las casas del pueblo, empezando por la calle de San Rafael, desde esta calle propagóse el incendio á otras y en poco tiempo fueron pasto de las llamas entre casas y bohíos más de treinta. Atacada la casa cuartel, fué contestado el fuego por la tropa que allí se alojaba: el fuego duró como una media hora, hasta que los rebeldes se retiraron en dirección al Lucero y San Francisco de Paula.

Pero entre los muchísimos y repetidos ataques á los pueblos por los insurgentes, el más interesante y el que más vivamente impresionó á la opinión fué el de Bejucal, porque al empeño que para apoderarse del pueblo mostraron los revolucionarios, correspondieron los leales defendiéndole heroicamente. El mencionado pueblo consta de unos seis mil habitantes y era una presa codiciada para los secuaces del separatismo. El 13 de Enero fué sorprendido el vecindario por las fuerzas del dominicano y de otros cabecillas, las cuales penetraron por la parte del cementerio. Gómez envió un emisario para intimar la rendición á los sesenta soldados del batallón expedicionario del regimiento de Asturias que guarnecían el pueblo y á los voluntarios del mismo poblado. También había soldados de San Quintín. La cárcel estaba defendida por éstos, dos escoltas, un guardia municipal y el alcalde. En el fortín situado cerca de la estación del ferro-carril había ocho soldados y un cabo. Contestada la intimación del cabecilla venal con una enérgica negativa, empezó el ataque á eso de las doce del día y el incendio de varios edificios, entre ellos debemos enumerar la estación del ferro-carril, el almacén con todas sus existencias, la aguada y varios carros de carga de un tren que se hallaba detenido allí en aquellos momentos, abriendo la válvula lanzaron la locomotora á la ventura por la vía. El fuego duró desde las doce del día hasta las cinco de la tarde. Al frente de la cárcel y en las espilleras, se colocaron ocho voluntarios, dos escoltas, un guardia municipal y el alcalde como ya hemos dicho anteriormente y en el costado derecho de la entrada que forma tres bocas calles, un grupo de soldados de Asturias con su oficial á la cabeza y rodilla en tierra resistieron un horroroso fuego hecho por los insurgentes, desde las tres calles que convergen al punto en donde estaban situados aquellos valientes. En esta posición fué donde recibieron las bajas los leales. El fondo de dicho edificio, atacado por numerosa infantería insurgente, fué defendido por los bravos del batallón de Asturias mandados por los oficiales y el capitán de los mismos señor Serrano.

El costado izquierdo, que es el Ayuntamiento, fué defendido por dieciseis soldados de San Quintín mandados por el teniente don Agustín Alvarez de Toledo, voluntarios de la localidad, guardias municipales y

el celador gubernativo. Perforaron la pared que separa la cárcel de la Casa Consistorial y se pusieron en comunicación interior hasta el costado del mismo, las puertas fueron clavadas y abrieron agujeros en las mismas; de esta manera consiguieron poner en línea de fuego todo el perímetro del edificio. El cuartel de la Guardia Civil estaba defendido por ocho soldados de San Quintín. Los rebeldes intentaron por tres veces consecutivas prender fuego al mismo, pero las certeras descargas de los soldados hicieronles retroceder; sólo consiguieron quemar la casa contigua al cuartel. A los pocos momentos de haberse roto el fuego, acudió á la cárcel el capitán de voluntarios de infantería señor Alonso y el de caballería del mismo patriótico instituto don Pedro Almario y algunos voluntarios que se encontraban en sus casas con las armas en la mano, y todos lucharon de idéntica manera defendiendo sus puestos con tesón, energía y patriotismo. Los rebeldes, al ver que no les era posible apoderarse del pueblo, empresa que antes de realizarla les había parecido tarea fácil, se retiraron á eso de las cinco de la tarde, siguiendo la dirección de Buena-ventura. Las bajas de los leales consistieron en dos soldados muertos y ocho heridos; los rebeldes tuvieron algunas, más no pueden ser precisadas por haberlas retirado. Intentado un nuevo ataque al mismo pueblo el 14 de dicho mes, fueron por segunda vez rechazados, y una hora después llegó la columna del general Linares, que aún los tiroteó en su retirada.

En estos días efectuóse la captura del cabecilla José Loreto Cepero, el asesino del médico del batallón expedicionario del regimiento de Canarias, señor Soriano. Cepero dejó su partida y llegó á la ciudad de Cienfuegos en donde tomó, de incógnito por supuesto, pasaje en el vapor *Gloria* que debía conducirle á Batabanó. Pero el teniente de voluntarios don José Monasterio, que según versiones ya le conocía y desde que estalló la guerra existían entre ambos resentimientos, una especie de duelo á muerte, vigilaba sus pasos y dió cuenta de todo, estando ya á bordo, al teniente coronel Vazquez. El cabecilla, en el vapor encerróse en su camarote; había adoptado el pseudónimo de Lorenzo Dupuy y desfigurado su semblante con una barba postiza. Descubierta el cabecilla al serle arrancada la artificial barba por el señor Monasterio, no tuvo más remedio que rendirse. Incoado el proceso por la jurisdicción de guerra, tuvo que pasar á la jurisdicción ordinaria por ser Cepero ciudadano americano, pasando el asunto al Juez de instrucción de Santa Clara.

La continuidad no interrumpida de tantos sucesos desagradables, empezó á alarmar la opinión y á crear un estado de inmediatas consecuencias. El disgusto contra la gestión del general Martínez Campos, y no contra su personalidad venerable, y digna de respeto, se había acentuado con mucha intensidad; las simpatías que antes gozaba en ciertos elementos genuinamente españoles había desaparecido. Lo que en un principio no era más que impaciencia, adquirió señales evidentes de disgusto, ante el siniestro cuadro de los destructores y cruentos acontecimientos que se desarrollaban casi á las mismas puertas de la capital de la Isla. La mina estaba cargada y la explosión no podía tardar en ve-

rificarse mucho tiempo. La opinión hacía responsable de todo aquel innumerable cúmulo de desgracias al General en Jefe. El sordo rumor que su gestión provocaba en todos los verdaderos españoles, propagóse á los mismos que antes habían sido partidarios entusiastas del general, y *El Diario de la Marina* publicó dos excelentes y patrióticos artículos de fondo, que si bien es verdad eran respetuosísimos no, dejaban de ser suficientemente expresivos, para que nadie abrigase la menor duda acerca de la actitud y pensar del partido reformista, en lo referente al mando y gestión del general Martínez Campos. No dejó de preocuparle al general el cambio tan repentino del reformismo, y como si no fueran suficientes las pruebas de que la mayoría de la opinión no deseaba que continuara en el mando ó gobierno de la Isla, otro nuevo suceso vino á sacarle de dudas en lo referente á lo expuesto. La censura telegráfica en aquellos días tristísimos para todos los buenos españoles, era muy rigurosa, casi inquisitorial, y por lo tanto no era factible enterar al Gobierno de ciertas cosas y detalles, de algunas medidas convenientes que urgía se adoptaran, porque no habrían llegado los despachos á su destino. Una comisión de personas de talla en la política insular, se fué á Cayo Hueso y desde allí expidió varios cablegramas á Madrid, en los cuales de una manera directa y sin rodeos especiosos, se pedía el inmediato relevo del general Martínez Campos. Este, descontento de que la situación se despejara y anhelante por saber si los partidos habían perdido la confianza en sus gestiones, convocó en el Palacio de la Capitanía General á los jefes de los tres partidos legales. Acudieron al llamamiento los señores Marqués de Pinar del Río, Santos Guzmán y Argüelles en representación del partido de *Unión Constitucional*, los señores Rabell y Rivero en la del reformista y los señores Galvez, Montoro y Saladrigas en la del autonomista. El general les interrogó acerca de su actitud con el fin de llevar á la práctica lo que les dijo la noche de la manifestación.

El señor Santos Guzmán, en nombre del partido conservador, le dijo que su partido no estaba conforme con la política del general. Interrogado por éste el señor Rivero, contestóle con evasivas, rodeos y perifrasis que, si bien dejaban comprender dichos circunloquios el pensar de los reformistas, Rivero excesivamente tímido ó demasiado hábil, ni quería disgustar al general Martínez Campos ni desairar al partido, presentándose como el retórico de siempre; sin embargo, el Gobernador General, enemigo de ambigüedades y de situaciones intermedias, le obligó á que manifestara sin disquisiciones de ningún género y con franqueza su opinión. Entonces dijo que se adhería á lo expuesto por el señor Santos Guzmán. Con un *¡acabáramos!* noble y franco le contestó el general. El señor Galvez jefe de los autonomistas, reiteróle la adhesión de su partido. Terminada dicha entrevista, el general transmitió á Madrid el siguiente cablegrama:

“Ayer se acentuó más el movimiento de la opinión en la mayoría del partido constitucional y algo en el reformista; la Junta directiva del partido Unión Constitucional calmó los ánimos y resolvió, en vista del conflicto, influir en Madrid para mi separación; los reformistas han

” publicado artículos respetuosos para mí, pero indudablemente con la misma tendencia. En su vista, he reunido tres personas de cada partido y he tenido una entrevista de exposición de hechos: los conservadores y reformistas, ante la gravedad del conflicto y porque han perdido la fé en mis procedimientos, creen que debo ser relevado; los autonomistas, por el contrario, creen que debo continuar. El Gobierno resolverá.”

Al momento se celebró consejo de Ministros. Antes de reunirse los Consejeros, conferenciaron con el señor Cánovas del Castillo el ministro de la Guerra y el de Estado, y hasta se dijo que el duque pensaba dimitir y algo parecido respecto al ministro de la Guerra. El acuerdo de aceptar la dimisión al general Martínez Campos se tomó por unanimidad, según dijeron los ministros. Tomado el acuerdo, el presidente del Consejo de ministras, á quien correspondía de derecho el cumplimentarlo, redactó el despacho para contestar al del general Martínez Campos. Dice así:

” El Gobierno, apreciando en todo su valor los nobilísimos y patrióticos sentimientos que han inspirado su telegrama del 16, autoriza á V. E. para entregar el gobierno general y el mando del ejército de operaciones de esa Isla al teniente general don Sabas Marín, y regresar á la Península en el vapor ordinario ó en uno extraordinario que se pondrá á disposición de V. E. si le conviene.”

Al telegrama anterior contestó con otro el general Martínez Campos, concebido en estos términos:

” Recibido telegrama en que se expresa que se me autoriza para entregar el mando al general Marín. Debo hacer presente á V. E., con todo respeto y afecto, que al darle cuenta ayer de la reunión con los jefes de los partidos, no pedía autorización para entregar el mando. Exponía hechos y concluía diciendo: *Gobierno resolverá.*”

” Tomo telegrama V. E. como orden; pero conste que ni he hecho dimisión, ni he sentido desfallecimientos, ni por mí me importaban conflictos de ninguna clase, pues siempre les he sabido hacer frente, ni puedo dimitir por voluntad y tampoco por presión de la fuerza ante el enemigo. Constando esto, soy el primero en felicitar al Gobierno de S. M. por su resolución tan acertada y que puede prevenir conflictos que, si á mí no me importan, á España mucho.”

La noche del 17 de Enero de 1896 súpóse en toda la ciudad de la Habana que había sido relevado del Gobierno General el general Martínez Campos. En el acto de la entrega del cargo, pronunció las palabras siguientes:

” Os reúno en estos momentos solemnes en que se halla el enemigo á las puertas de la capital, para hacer entrega del mando, cumpliendo las instrucciones que del Gobierno de S. M. acabo de recibir. Pero antes debo de sincerarme ante vosotros.

” La opinión cree que no deben tenerse contemplaciones con el enemigo; y la opinión en mi concepto lo cree así infundadamente. Voy á explicarme.

" Son éstas cuestiones de conciencia. Yo he cumplido lo que la
" mía honradamente me dictaba, y con ello me he ajustado estrictamen-
" te á los deberes de justicia, que son mi norma. Esto, no obstante,
" quiero disculparme ante vosotros.

" En la pasada guerra civil mandé fusilar traidores á la patria. En
" tonces el enemigo mataba y se ensañaba con nuestros soldados, allí don-
" de los cogía. Ahora es distinto: en esta guerra sucede lo contrario.
" Y conste, señores, que esto no es enaltecer al enemigo, lo que nunca
" haría yo. Digo simplemente la verdad. Los rebeldes no tienen con-
" ciencia, no tienen idea de ella; ajustan sus actos únicamente á la po-
" lítica, á una, á la que escogen. Porque no tienen conciencia, los insur-
" rrectos todo lo incendian, todo lo destruyen, todo lo arrasan, llevando
" la desolación y la ruina al país. Y sobre estas ruinas quieren levantar
" la independencia, pretendiendo construir un edificio sobre un montón de
" escombros.

" Pero he de confesar asimismo que esos rebeldes no atropellan á
" nuestros soldados. He de confesar que nos devuelven á los prisione-
" ros, que nos curan los heridos. He aquí la diferencia entre esta guerra
" y aquélla. Por eso eran menester también procedimientos diferentes
" para combatirla. No obstante todo esto, creyendo yo que no debía
" combatir á los separatistas con una guerra sin cuartel, precisamente
" por los procedimientos que los separatistas han seguido desde que co-
" menzó la insurrección, he fusilado á tres cabezillas filibusteros, á pesar
" mío, porque así lo exigían las circunstancias, y he enviado á presidio,
" condenados á cadena perpétua á varios prisioneros, y he ordenado, en
" fin, que se fusile en el acto á los enemigos de la patria á quienes se en-
" cuentra incendiando los ingenios, los poblados, los ferro-carriles, á quie-
" nes se sorprenda destruyendo la propiedad. ¿Qué más quiere la opi-
" nión?

" Pero es que he caído en desgracia. Es que he tenido, sin duda,
" poco acierto en la dirección de la campaña, y durante mi mando se in-
" ternó el enemigo en la provincia de Matanzas, y después en la de la
" Habana, y por último, en la de Pinar del Río, y ha recorrido toda la
" Isla de oriente á occidente. Yo regresé entonces á la Habana: voso-
" tros sois testigos. En la recepción que entonces hubo aquí, á la que
" concurrieron todos los partidos políticos de la isla de Cuba, no busqué
" populachería, porque ya sabéis que la detesto. Pues bien; entonces
" con la franqueza de que tantas pruebas he dado en mi larga vida, dije:
" *Me he equivocado.* A esta franqueza mía contestó la opinión cubana
" con aquella manifestación, pidiendo que continuara en el mando de las
" fuerzas del ejército de Cuba, solicitando que continuara en el desempe-
" ño de este Gobierno, haciéndome, en fin, unas demostraciones de sim-
" patía y de cariño que no creo merecer.

" A pesar de todo esto, y á espaldas de lo que en público se hacía,
" se dirigían, desde Cuba, cartas á Madrid pidiendo mi relevo. Me de-
" cían á mí que deseaban mi continuación en la Isla; le decían al Go-
" bierno que causaba un gran conflicto la permanencia de mi persona en

” la Isla. Querían, en fin, que dejara el mando, pero diciéndome lo contrario precisamente. Después de todo esto, que llegó con perfecta claridad á mis oídos, me enteré de una reunión de conservadores en la cual acordaron pedir mi relevo. Llamé á los jefes de todos los partidos, les expuse mi situación y telegraficé al Gobierno para que resolviera. Este, con una alta mira patriótica, ha dispuesto que haga entrega del mando. He aquí todo lo sucedido; he ahí breve y sucintamente expuesta la historia de mi relevo.”

Terminada esta peroración, el general Martínez Campos, con la ingenuidad que le es característica, empezó á elogiar á su sucesor el general Marín, elogio, por cierto, muy justo y merecido; y, por último, dirigió al ejército, los voluntarios y los bomberos su alocución de despedida, que dice así:

” El Gobierno de S. M. (q. D. g.) ha dispuesto entregue el mando al dignísimo general don Sabas Marín y Gonzalez. Ejerciendo, á la vez, los cargos de Gobernador General y de General en Jefe, tenía que responder á los dos. No he sido afortunado, á pesar de vuestro valor y sufrimientos, en el segundo; no he acertado en el primero á seguir la política de guerra que la opinión de los partidos de Unión Constitucional y Reformista querían que siguiese y que mi conciencia me impedía seguir. Expuse estas consideraciones al Gobierno, quien, sabiamente y encargado de velar por los altos intereses de la Pátria y comprendiendo la incompatibilidad que entre los partidos y yo existía, se ha inspirado en altas miras de patriotismo.

” Mucho siento separarme de vosotros, que tantas pruebas de afecto me habeis dado; siento más el no haber, por mi doble cargo, compartido con vosotros las fatigas, privaciones y peligros, en la medida que me correspondía como General en Jefe. Si en mí ha habido deficiencias como General en Jefe, vuestro valor, vuestra disciplina, vuestros sufrimientos y el constante anhelo de dar vuestra vida por la pátria ha casi desvanecido aquellas. Orgulloso me siento de haberos mandado, y no necesito encareceros sigáis como hasta aquí á las órdenes de mi querido amigo y compañero el general Marín, que sabrá conducirnos á la victoria y devolver la paz á Cuba y la tranquilidad á la Madre Pátria.

” Habana 17 Enero de 1896.—*Arsenio Martínez Campos y Antón.*”

El general Martínez Campos, como digno soldado, obedeció ciegamente y resignado las órdenes del Gobierno concernientes á su relevo; mas la pasión, siempre mala consejera, se entronizó en su ánimo. De aquí arrancaron ciertas manifestaciones que hizo ante un grupo de periodistas el mismo día que resignó los cargos. Dijo lo siguiente:

” Ahora, que no soy Gobernador General de la Isla, ni General en Jefe del Ejército en operaciones, sino el particular Martínez Campos, no tengo por qué guardar reservas ni atenuarles á ustedes mis opiniones. Me han autorizado á dejar este mando, cuyo desempeño resultará imposible sin someterse al capricho y al imperio de ciertas clases. Me indigna la felonía de los partidos, que después de ofrecerme su apoyo,

" se han conducido conmigo de ese modo. Lo que sucede no hubiera
" ocurrido si se tratase de una provincia peninsular; pero aquí se esti-
" mau sostenes y garantías de la patria, y eso les crea una situación es-
" pecialísima é impone á los demás ciertos miramientos. Debieran tener
" presente que, si no cambian de sistema, se confirmará una vez más el
" apotegma histórico de que España ha perdido el dominio de América
" por culpa de los españoles.

" Bien sabía yo, cuando todos me incitaban á venir, que al hacerlo
" por elevados impulsos de mi ánimo, nada ya podía ganar después de
" lo que sido, exponiéndome en cambio, á perderlo todo."

" No podemos estar conformes con la apreciación que de los españoles
residentes en las posesiones de España en América, hizo el ilustre general
Martínez Campos. La historia de la emancipación de todas nuestras
colonias del continente americano es una muestra, pero muy elocuente,
de que, más daño han ocasionado, más han contribuído á la pérdida total
de ellas, los titulados liberales y amigos de las reformas, que el elemento
conservador. El general Martínez Campos equivocó en Cuba la oportu-
nidad y por esto fracasó. Dió más importancia á la acción política,
canto siniestro de la sirena separatista, que á la acción militar. Merced
á dicho sistema, los insurgentes tuvieron tiempo para organizarse y llevar
á cabo la devastadora correría por toda la Isla. Cuando llegó á la misma,
la insurrección no se encontraba muy pujante, aunque los síntomas re-
velaban que había de alcanzar mayor incremento; sin embargo la en-
contró intransigente. Frente á la intransigencia de la revolución estaba
la del elemento genuinamente español, enemigo de todo acto conciliatorio
y de toda política excesivamente liberal. El general no quiso ó pudo
apreciar lo más conveniente en dichas circunstancias: de aquí resultó
el fracaso.

Momentos antes de embarcarse dirigió al Gobierno Supremo el si-
guiente telegrama:

" Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

" Al poner el pié en el barco en que regreso á la Península, faltaría
" á mi deber si no manifestase á V. E. todo el agradecimiento que debo
" al Gobierno de S. M., y más especialmente á V. E. y á los ministros de
" Guerra y Ultramar por las consideraciones que han tenido, adelantán-
" dose á mis deseos y no perdonando medios para que saliera airoso en
" mi empresa, no sólo para el bien de la Patria, sino también por afecto
" personal hacia mí. Si he fracasado, la responsabilidad es exclusiva-
" mente mía. El Gobierno no ha coartado en lo más mínimo mi acción
" ni en lo militar ni en lo político; yo no he acertado á emplear los me-
" dios y las omnímodas facultades que se me han concedido; ni he sabi-
" do contentar á todos los partidos, aunque creo que no han sido justos;
" ni he impedido que llegue la guerra á provincias que permanecieron
" tranquilas en los diez años de la pasada insurrección.

" Tal vez pueda atenuar mi falta de éxito exponiendo causas extra-
" ñas al Gobierno en absoluto, pero no es este el momento; y después
" de reiterarle la expresión de mi agradecimiento, ruego eleve á S. M. mi

" adhesión más leal, más respetuosa y más agradecida por sus excelsas " bondades hacia mí.—*Arsenio Martínez Campos.*"

En el mismo vapor embarcaron el general 2º Cabo señor Arderíus, el Intendente General de Hacienda señor Cabezas y el señor Calvo Muñoz, secretario del Gobierno General.

CAPITULO XVIII.

SUMARIO.—Operaciones en las provincias de Santiago de Cuba, Puerto Príncipe, Santa Clara, Matanzas y la Habana.—Avance de Maceo á la provincia de Pinar del Río.—Combate de las Taironas.—Nombramiento de los generales Marín y Weyler para los Gobiernos Generales de Puerto-Rico y Cuba.—Toma de posesión del general Marín del Gobierno de Cuba.—Propósitos del mismo.—Fecunda interinidad del general Marín.—El general Marín en campaña.—Combate en el ingenio La Luz.—Ataque de los insurgentes á Candelaria. Acción de San Cristóbal.—Combate de Paso Real de San Diego. — Consideraciones generales.

En la provincia de Santiago de Cuba hubo algunos encuentros que tuvieron cierta importancia. El día 28 de Diciembre las columnas de Rodón y Pedrós, compuestas de unos seiscientos hombres cada una, salieron de Bayamo en persecución del cabecilla Rabí. En *Mana Colmena*, lugar situado entre Ventas de Casanova y Jiguaní, lograron darle alcance, trabándose un reñido combate que duró más de dos horas, pelearo ambos combatientes al arma blanca en muchas ocasiones. Los insurgentes abandonaron el campo, dejando diecisiete muertos. Los de la columna consistieron en ocho muertos y cuarenta y cinco heridos.

En el ingenio *San José*, distante unas dos leguas de Guantánamo, había un destacamento de cuarenta y cinco soldados del batallón de Luchana mandados por un oficial, cuyo objeto era el proteger á los trabajadores de la finca ocupados en el corte de la caña. El día 13 de Enero salieron treinta soldados con ese objeto, al mando del segundo teniente don Victorino Matarranz, y de un sargento. De avanzada iban siete soldados y un cabo. Al llegar al potrero llamado *Jagua*, el cabecilla yankee Magín Wilson, que se hallaba emboscado con los insurgentes de su partida, cayeron sobre los leales, hiriéndolos á todos de machete, excepto al cabo. Atraído por el ruido de la lucha, acudió el resto de la fuerza dirigida por el sargento, y causaron nueve muertos á los rebeldes. Debemos advertir, que segun los laborantes, el Wilson yankee había de realizar en Cuba legendarias hazañas. Por parte de la tropa hubo dos muertos y doce heridos, todos de arma blanca, porque la lucha fué cuerpo á cuerpo, personal.

El general González Muñoz batió en el lugar denominado la *Mota*, jurisdicción de Manzanillo, á las partidas de Rabí y Ríos. El fuego duró dos horas; las posiciones de los rebeldes fueran tomadas por las tropas leales, y como siempre la dispersión señalóse como nota final. En la pro-

vincia de Puerto Príncipe se registraron los siguientes casos. Una bomba de dinamita estalló en el kilómetro 53 de la línea férrea que une á la capital con Nuevitás. En el tren iba una escolta de cuarenta soldados y doscientos cincuenta y cuatro jornaleros que se dedicaban á chapear las maniguas á ambos lados de la vía férrea. De resultas de la explosión, quedó gravemente herido el maquinista y uno de los dos fogoneros, el otro resultó muerto.

Una columnita del regimiento de María Cristina mandada por el teniente coronel Argomany, salió de Puerto Príncipe, á reconocer la zona de Jimaguayú. En *Antón* tenía establecida su capitalidad el titulado *gobierno* insurgente, custodiado por los cabecillas Mayía Rodríguez y Lope Recio. Al aproximarse la columna levantaron el campamento y la capitalidad, dejando una pequeña fuerza que tirotease á la columna. En la vereda *La Aurora* finca *Caridad*, la vanguardia de los leales, mandada por el teniente coronel Mira, vió un grupo de cuatro rebeldes armados. Perseguidos por los soldados, uno de los insurgentes cayó prisionero. La vanguardia continuó la marcha, por haber tenido confidencias de que en dirección al potrero *Méjico* se hallaba el errante *gobierno* insurrecto. La columna encontró en la sierra una avanzada insurgente, cuyo número ascendía á más de cuatrocientos hombres. Cruzados los primeros disparos, la fuerza rebelde emprendió intencionadamente la retirada en dirección al potrero *Méjico*, en donde el grueso de la partida situada en una ceja de monte, y en las próximas alturas, hizo nutrido fuego sobre la columna leal, viéndose precisada ésta á formar el cuadro en su primera línea de combate, hasta que pudo llegar á las alturas y apoderarse de las magníficas posiciones que ocupaban los insurrectos, después de haber dado dos cargas á la bayoneta. La tropa sufrió las bajas siguientes: seis heridos y siete contusos. Los rebeldes dejaron en el campo once muertos y las bajas son desconocidas, porque tuvieron tiempo para retirarlas.

En la provincia de Santa Clara es digno de mención el encuentro habido en el ingenio *Armonía*, sostenido por la columna del teniente coronel don Jaime Jorro, compuesta de dos compañías del batallón expedicionario del regimiento de Zaragoza, otra compañía del de Galicia, sección movilizada del escuadrón de voluntarios de Cifuentes y un oficial y cuatro guardias civiles. Cuando la vanguardia de la columna leal llegó á los linderos del central *Unidad*, tuvo que sostener un vivo tiroteo con las avanzadas insurgentes. Como siempre, los rebeldes se retiraron y la columna continuó su marcha hasta la colonia llamada la *Joaquina* y se dispuso á forragear. Apenas había comenzado dicha operación, cuando los insurrectos que se habían parapetado detrás de unas cercas de piedra y de la casa vivienda de la misma, rompieron nutrido fuego contra los defensores de España. Por espacio de hora y media sufrió la columna un horroroso fuego; pero al fin las posiciones de los rebeldes fueron tomadas y en ellas dejaron abandonados considerable número de muertos y heridos.

El día 14 de Enero salió del pueblo la Esperanza con doscientos

hombres del batallón de cazadores de Cataluña, el comandante de la guardia civil señor Mellado, con el propósito de requisar caballos, según lo decretado por el General en Jefe. Al tratar de reincorporarse á la columna quince voluntarios de caballería que la acompañaban, en el punto llamado *Nombre de Dios*, sorprendiólos una partida insurgente, atacándolos al machete. Tres voluntarios quedaron muertos, dos extrañados y los otros pudieron llegar á la Esperanza, peleando heroicamente.

El coronel Molina, desde Güira, provincia de Matanzas, comunicó con fecha 9 de Enero lo que sigue :

“ El día 7 por la tarde, á la una, encontré en Chaquinet, término de Alfonso XII, la primera avanzada del enemigo, que hizo ligera resistencia, retirándose precipitadamente á incorporarse á la segunda más numerosa, situada á dos kilómetros, en las *Carreras* y parapetándose en una cerca de piedra que fué tomada á la bayoneta después de media hora de fuego.

Continué la marcha por los rastros que dejaban hasta *Sabana de Macurijes*, donde en número considerable opuso mayor resistencia, siendo rechazado con fuego y bayoneta hasta las cinco de la tarde en que, en los montes de *Manjuarí*, ya reconcentrados, defendió el extenso campamento que tenía con enfermos y heridos que internaron en la Ciénaga.

Sostúvose combate hasta la noche, en que fué tomado aquel á la bayoneta y al grito de *¡Viva España!* por los soldados de Cuenca, apoderándose de armas, municiones, víveres, banderas, medicamentos, sobre 120 caballos vivos y monturas; unos cincuenta y seis rebeldes tuvo la partida entre muertos y heridos, pernctando la columna en el campamento.

Las bajas han debido ser considerables, reuniéndose quince muertos hechos en el campamento y algunas armas blancas. Por nuestra parte seis heridos de Cuenca, uno de caballería de Santiago, dos oficiales y varios soldados contusos; 16 caballos muertos y varios heridos. A las siete de la noche llegamos á Güira de Macurijes”.

El mismo coronel Molina participó el 19 que con noticias de que las partidas mandadas por los erbecillas Núñez y Collazo se dirigían hacia Alfonso XII, salió de madrugada con una columna compuesta de fuerzas de Navarra, Cuenca y cuarenta caballos de la guerrilla del batallón de María Cristina y de Matanzas, dirigiéndose á cortarles el paso por Galeón. A la una de la tarde, la vanguardia enemiga tiroteó á los exploradores, avanzando una gruesa partida de 1,500 hombres entre infantería y caballería. El combate duró tres horas; derrotado y perseguido el enemigo por más de una hora, se internó en la Ciénaga de Zapata en donde tenía su impedimenta.

Las bajas causadas al enemigo fueron diez muertos, tres caballos y tres prisioneros con armas, dos de ellos heridos, cogiéndole veinte caballos con monturas, un rifle, cinco tercerolas y varios revólvers y machetes. Por parte de la columna un soldado de Cuenca muerto y heridos graves un teniente y un soldado del mismo batallón; leves dos guerrilleros.

Debemos hacer mención de un hecho de guerra acaecido en la jurisdicción de Jovellanos. El día 8 de Enero regresó á dicha villa el tren con el carro blindado que conducía la reparación del ferrocarril de Cárdenas y Júcaro, y la fuerza que la protegía compuesta de diez individuos de la Guardia civil y siete soldados de infantería de Marina. Manifestaron éstos, que en el lugar conocido por *Morejón*, fué tiroteada la brigada de reparadores por una partida insurrecta, á la que se le contestó el fuego desde la vagoneta blindada, haciéndole dos muertos y seis heridos. De la misma villa de Jovellanos salieron el día 9 de Enero, fuerzas del ejército en número de cincuenta soldados en dirección á Ranchuelo, para auxiliar á la escolta del tren que desde el carro blindado, se estaba batiendo con los insurgentes. Cuando llegó el auxilio ya se habían retirado los rebeldes. El mismo día 9, salieron fuerzas del ingenio *Atravido* llevando á vanguardia la guerrilla mandada por el teniente don Francisco de Paula García y recorrieron las lomas de San Miguel. Al bajar una de ellas, entre *Arco Iris* y *Andrea*, los rebeldes dieron el consabido *alto quién va* y como se contestara: España, al momento sonó una formidable descarga cerrada. Trabado el combate, los insurgentes hicieron poca resistencia, declarándose en retirada; pero aumentada su fuerza en número considerable, por habérseles unido el resto de la partida, cargaron con tanto ímpetu sobre la pequeña columna, que esta se vió obligada á batirse en retirada, toda vez que intentaban envolverla.

Entre tanto la persecución que se hacía á Máximo Gómez en la provincia de la Habana, si no era del todo satisfactoria, continuaba actuándose. Varias columnas en combinación iban en busca del *dominicano*, siendo la del coronel Galbis la que lo batió con más frecuencia en aquellos días, alcanzándole varias veces, una de éstas, entre San Felipe y Pozo Redondo, en donde tuvo una escaramuza. Siguiendo tras él, volvióle á dar alcance en el potrero denominado *San Rafael*. De nuevo le obligó á tomar la defensiva y después de tres horas de fuego se retiró el *generalísimo*. Los rebeldes tuvieron muchas bajas.

El general de división don Alvaro Suárez Valdés batió pocos días antes á Máximo Gómez, en el camino de *Verrda Nueva*. El fuego empezó en el llamado *Cayo Rosa*, generalizándose después en las estancias y palmares que forman el cuartón de *Ariguanabo*. Después de haber resistido una hora los rebeldes el empuje de las tropas, abandonaron precipitadamente las posiciones que ocupaban, al recibir cuatro granadas que les disparó la artillería. En la huida dejaron en el campo cuatro muertos y algunos caballos y armamentos.

El cabecilla Maceo, seguido de sus atezados orientales y de los que se le agregaban en los pueblos y campos por donde pasaba, iba avanzando por la provincia de Pinar del Río, llevando por delante el saqueo, el incendio y el asesinato, y dejando en pos de sí las terribles huellas de la destrucción. Las vegas de Pinar del Río, productoras del mejor tabaco del mundo, fueron totalmente arrasadas por orden del mulato cabecilla. Como es de suponer, al pasar las partidas orientales por el territorio de la provincia de Pinar del Río, se les iban agregando muchísimos

comprometidos de antemano á secundar el movimiento de rebelión; los tímidos y los pusilánimes, unos se entusiasmaron por la causa fermentada y los otros cobraron alientos. Con todos esos nuevos elementos formáronse nuevas partidas que iban á engrosar las fuerzas rebeldes. El abogado de Pinar del Río José Antonio Cañas, Manuel Lazo y otras varias personas conocidas se fueron á la insurrección. Ya dejamos expuesto en otros capítulos lo minada y trabajada que se hallaba la opinión insular en sentido revolucionario, y que éste era el espíritu general del pueblo y el predominante en las seis provincias en que se halla dividida la Isla.

Como las comunicaciones ferroviarias se hallaban en su totalidad interrumpidas, los movimientos de las tropas se hacían difícilmente y los insurgentes continuaban avanzando casi sin interrupción, entrando y saliendo de los pueblos que encontraban desguarnecidos ó cuya guarnición era muy exígua é insuficiente para defender el poblado. Cabañas, Mariel, Bahía Honda, San Diego de Nájera, San Cristobal, Paso Real de San Diego, Palacios, Santa Cruz de los Pinos, San Juan y Martínez, Guane, Consolación del Norte y del Sur, La Palma y otros muchos pueblos de tan infortunada provincia, unos fueron destruidos casi por completo, otros parcialmente incendiados; pero todas las mencionadas poblaciones demostraban con evidentes detalles, el paso de las hordas de Maceo y el sistema de tan anárquica revolución.

En Guane y en Mántua el cabecilla Maceo quiso solemnizar su entrada dándose aires de vencedor y de dominador de la Isla. Después de la *toma de posesión* del pueblo, aunque posesión temporal, procedieron incontinenti al nombramiento de *alcalde y juez municipal*. Maceo adoptó una actitud grave, como poseído de su cargo de *generalísimo in partibus*; estaba cabizbajo y correspondía, quitándose el sombrero, á las exclamaciones de alegría y vítores de sus partidarios. Dos días permaneció en Guane y desde allí se marchó á Mántua, entrando sin resistencia alguna. En este último pueblo se apoderó de los fondos que tenía en su poder el recaudador de contribuciones, y por la noche celebró un baile, obligando la asistencia al mismo á las señoritas y señoras de la población.

Sin embargo, las columnas trabajaban mucho por dar alcance á los orientales de Maceo. La columna del general Luque, se lanzó en persecución del etiópico cabecilla, logrando picarle la retaguardia en muchas ocasiones y trabar combates, gloriosos siempre para las armas españolas, en los cuales los rebeldes sufrieron bajas considerabilísimas. Bacunagüa, Riofío, La Caimana, Guacamaya y San Juan y Martínez son testigos del valor de los soldados españoles, y de las muchas pérdidas que tuvieron los famosos orientales del ejército *libertador*.

Maceo, enterado de que en el pueblo de las Taironas había un pequeño destacamento, intentó coparlo. Una columna compuesta de trescientos cuarenta hombres de Baza y veinte guerrilleros de Isabel la Católica, que iban á proteger un convoy que por la vía marítima había llegado á la *Coloma*, al oír el fuego, fué en auxilio del destacamento, trabándose rudo combate. Cuando estaba más empeñado, acudió en

auxilio de las tropas leales desde Pinar del Río, el teniente coronel San Martín con trescientos hombres más, cuyo acto de presencia en el campo de la acción fué de mucha valía y eficazísimo. Los rebeldes, entonces, dejaron de acometer como lo habían hecho al principio, y eso que el refuerzo era poco numeroso, y emprendieron la retirada, dejando abandonados en el campo treinta muertos y llevándose muchísimos heridos. Por parte de los defensores de la legalidad hubo que lamentar un oficial y tres soldados muertos y veinte heridos. Estos últimos fueron conducidos á Pinar del Río.

En el mismo Consejo de Ministros en que se acordó el relevo del general Martínez Campos, tratóse de nombrarle el sucesor. El Comandante General de Cataluña, general Weyler, fué llamado á Madrid por el jefe del Gobierno para celebrar una conferencia, y apreciar el señor Cánovas el parecer de tan distinguido general respecto á la cuestión de Cuba. En el Consejo discutióse muchísimo la forma que se daría al decreto de relevo, conviniendo en que al cesar el general Martínez Campos en el mando del ejército de Cuba, apareciera en la *Gaceta* el nombramiento del mismo, para la presidencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Para sustituir al general Martínez Campos sonaron los nombres de Weyler y Polavieja; más por razones que desconocemos quedó descartado el nombre del general Polavieja. También sonó el nombre del general Gamir y Maladén, Gobernador General de Puerto-Rico; mas también quedó excluído, entre otras causas, por la verdaderamente sensible de hallarse enfermo del vómito de cuya enfermedad falleció pocos días después. Entonces el Gobierno nombró al general Marín Gobernador General de Puerto-Rico y al general Weyler de la isla de Cuba.

Cuando el general Marín fué llamado á la capital de la Isla para hacerse cargo interinamente del Gobierno General y de General en Jefe del ejército de operaciones, tenía situado su cuartel general en la villa de Colón, punto distante de la Habana más de sesenta leguas. A las seis de la tarde del día 16 de Enero y en tren especial, salió de Colón, compuesto además de la máquina exploradora de un carro de auxilios, otro con una escolta de sesenta hombres, y un coche de primera, en el cual además de S. E. iban sus ayudantes. Cuando el tren llegó á Jovellanos, salieron á recibir y saludar al general las autoridades civiles y militares. Llegaron á Matanzas á las diez de la noche, y allí estuvo á saludarle el gobernador civil señor Porset. El 17 á eso de las cinco de la mañana llegó á la estación de Regla, habiendo realizado tan peligroso viaje y por medio de dos provincias infestadas completamente de enemigos, con toda felicidad, sin el menor contratiempo. Sin embargo, el viaje, en las condiciones que lo verificó el general Marín, constituye por sí solo una prueba manifiesta de su valor y revelaba lo mucho y bueno que para la causa española debíase esperar durante el tiempo de su interinidad.

Posesionado el general Marín de sus elevados cargos, y comprendiendo la gravedad de la situación motivada por el avance de los rebeldes, la poca fortuna de las anteriores operaciones militares y lo abatido que

se hallaba el espíritu público, por los tristes sucesos que se desarrollaban en toda la Isla, hizo las manifestaciones que resumimos á continuación :

Estimó el general que los partidos y ciertos elementos de la opinión no pudieron sustraerse á ciertas exageraciones, al juzgar la conducta del general Martínez Campos. El general relevado, dijo, merece por sus antecedentes, su honrada conducta, por su prestigio, abnegación, elevación de miras y eminentes servicios prestados al país, grandes consideraciones, y así lo expuse al hacerme entrega del mando. Hasta el presente, por suerte, no ha habido que lamentar ningún fracaso : el enemigo huyó ó fué batido siempre.

Confío, repitió, en que, empeñando en ello toda mi buena voluntad, alcanzarán éxito mis gestiones, encaminadas hoy principalmente á lograr cuanto antes la unión definitiva y sincera de todos los buenos españoles, cuyo concurso tanto importa á quien haya de ejercer las funciones que interinamente desempeño. No creo conveniente una política de violencias y mucho menos de crueldades, impropia siempre del carácter nacional y del espíritu del ejército ; pero consagraré especial cuidado á fortificar los medios de vigilancia contra el espionaje del enemigo y la infidencia de los simpatizadores ó agentes de la rebeldía, aunque usando al mismo tiempo del rigor contra los enemigos encubiertos, cuya traición se evidencie.

Tanto en los campos como en las ciudades tendré abiertas siempre las puertas de la clemencia á los que se presenten, acogiénlose á indulto, pues, por este medio se evita la mayor prolongación de la guerra. Sin embargo, por la benevolencia con que han sido tratados nuestros enemigos encubiertos, han hecho que viviéramos en una atmósfera de espías y traidores que llevaban á la insurrección noticia exacta, no sólo del más insignificante movimiento de las columnas, por minutos, sino de nuestros pensamientos y propósitos ; mientras que el enemigo con un salvajismo que nunca será bastante excedido, asesina sin piedad ancianos y hombres indefensos, por el más insignificante servicio prestado á nuestra causa y hasta por la emisión de opiniones favorables á ésta, consiguiendo de este modo imponer el terror á los habitantes de los campos, naturalmente propensos á dejarse influir por él.

E tenderé á otras provincias las medidas que puse en práctica en Las Villas, sobre organización de destacamentos y columnas, y espero lograr, como allí lo conseguí, tener siempre exploradores sobre el enemigo, que permitan conocer á todas horas su fuerza y situación. Por virtud de la requisita que he realizado ya en Las Villas y en Matanzas, cumplimentando la orden del General en Jefe, contaré desde luego con dos mil caballos más para perseguir á los rebeldes. Procuraré el modo de sostener la comunicación férrea y telegráfica ; organizar columnas que persigan al enemigo de más consideración y otras pequeñas que lo lagan á la nube de merodeadores.

Otras manifestaciones de carácter más generalizador hizo el Gobernador General interino, entre ellas la referente al carácter odioso de una insurrección que se enajena las simpatías de toda conciencia honrada,

al tener por sistema el incendio y el asesinato de todo lo que se sospecha que es español ó pueda prestar servicio á las tropas; dichas manifestaciones causaron excelente efecto en la opinión, y unido todo lo narrado á la grande actividad que desplegó desde los primeros momentos en las operaciones, la inquietud se calmó y el abatimiento de ánimo que se había apoderado en los habitantes de los pueblos, trocóse en el más vivo entusiasmo patriótico.

Como las operaciones realizadas en las provincias de la Habana y Pinar del Río, fueron dirigidas casi todas ellas personalmente por el general Marín durante su fructífera interinidad, empezaremos por describir á la ligera la incansable actividad de tan digno general. El propósito del general Marín era levantar el espíritu de los pueblos muy abatido por cierto, casi muerto, desde que los insurgentes invadieron las provincias occidentales, de llevar la confianza en el triunfo de las armas españolas al corazón de los habitantes de los poblados, perdida y no sin causa para ello, desde que Máximo Gómez y Maceo invadieron aquellas provincias, pues, durante el espacio de un mes habían sido los dueños del campo y de los pueblos, y por último, también se propuso y lo consiguió efectivamente, el dar una cumplida satisfacción al espíritu público, que pedía con insistencia se batiese al *generalísimo* Máximo Gómez, ya que hasta entonces según se decía, solamente se había conseguido atacar á su vanguardia, retaguardia ó flancos. Puso también grandísima diligencia en montar el mayor número posible de los desmontados escuadrones para sacarlos á campaña, y logró ver reunidos á los diez días de su interinidad y en la misma provincia de la Habana, cerca de 2,000 caballos mandados por los coroneles Maroto y Ruiz. Si el general don Dionisio Vives hacía brotar los soldados y los barcos como por arte mágico cuando Cuba estaba amenazada de una insurrección, el general Marín montó tan rápidamente los escuadrones desmontados, que también su actividad merece nuestra admiración:

Realizados en la medida de lo posible, los propósitos del general Marín si atendemos á la premura con que se dispusieron, salió personalmente á campaña. El día 30 de Enero salió en tren y llegó al *Rincón*. En la estación de Villanueva tomó el tren; en el *Rincón* revistó la fuerza de caballería, mostrándose muy complacido del espíritu é instrucción de la misma. Desde el *Rincón* marchó á San Antonio de los Baños. En el andén le esperaban las autoridades y la columna del coronel Galbis compuesta de los batallones de Puerto-Rico y Alfonso XIII. Dicha fuerza se incorporó al general Marín. La población se encontraba atrincherada y dispuesta á rechazar al enemigo. El jefe de los voluntarios de San Antonio de los Baños, juró en nombre de las fuerzas, que los rebeldes no entrarán en el pueblo, pero añadió que los enemigos no solamente estaban fuera del pueblo, sinó también dentro. El general Marín contestó inmediatamente estas hermosas palabras: *Si aquí hay enemigos de la Patria, descúbrenseles y serán inmediatamente castigados.*

Puesta en movimiento la columna, al día siguiente, marchó á Quivicán, pasando por Fajardo sin haber sido hostilizada. Llegó al pueblo

que ha sido más visitado por los insurgentes, y el general pudo ver prácticamente lo decaído que se hallaba el espíritu público. Los guajiros contestaban con evasivas *nada habían oído, nada habían visto*. El general Marín pronunció delante de uno de los interrogados la siguiente reprimenda: *Las almas poco generosas, en vez de considerarse obligadas por la benignidad y la templanza, se burlan de quién emplea esa política; y para reducirlas y tenerlas blandos como una piel de Suecia, nada hay como una saludable energía*. Y en verdad que entonces no abundaban en los campos sentimientos generosos hácia la causa de España. Sin embargo, la presencia del general Marín y la columna, hicieron cambiar algo la actitud de los campesinos.

Al amanecer del día primero de Febrero continuó la marcha la fuerza, tomando el rumbo de Güira de Melena. Al pasar por los ingenios *San Agustín* y *Mi Rosa*, enteróse el general de que el día anterior había avanzado en la misma dirección una partida insurrecta mandada por el mismo Máximo Gómez. Entonces se comprendió la razón de haber tomado aquel rumbo, y de que el general Marín y su Estado Mayor estaban muy acertados. En el Gabriel hizo alto la columna para desayunarse y durante el descanso se divisaron en lo alto de una loma ciertas sospechosas parejas. Eran los exploradores enemigos. Perseguidos por los soldados al momento desaparecieron; sin embargo, los campesinos que estaban enterados de todo cuanto ocurría, negaban con el mayor cinismo que hubiesen visto nada. El General en Jefe operaba con su columna en combinación con las de los respectivos generales Aldecoa, Cornell, Canella y Linares, y la del coronel Marón.

En el ingenio *Pedro Díaz* interrogaron á los trabajadores y administrador, si habían visto á los insurgentes y todos respondieron que no habían visto á nadie, ni sabían nada, y sin embargo el enemigo estaba muy cerca; expiaba la marcha de los exploradores leales. La columna en este último punto se dividió en dos; la caballería se dirigió por un camino y explorando á Güira de Melena; la infantería con el cuartel general fué, atravesando los cañaverales y en línea recta, al mismo poblado. Como dos kilómetros llevaría andado la columna, cuando salió un campesino de entre unos espesos platanales y dirigiéndose al cuartel general, dijo que la partida de Máximo Gómez estaba cerca. Se tomaron precauciones, la infantería se desplegó en guerrilla, los dos escuadrones que iban con la fracción de infantería como complemento de la fuerza corrió á ocupar el punto en que se atravesaba el camino; pero al ver que los insurgentes no aparecían por ningún sitio, continuó su camino la fuerza, pero marchando en orden de batalla. El enemigo pudo evadir el combate retirándose precipitadamente antes de poder ser alcanzado. Dos horas después de haber llegado la columna á Güira, convertida por los rebeldes en un montón de escombros, salieron á forrajear dos escuadrones. Apenas entraron en un palmar inmediato, sonaron dos tiros, poco después dos descargas. Sale el resto de la caballería y dos compañías de infantería y unos doscientos rebeldes que había detrás de un cañaveral, huyeron.

Las operaciones del general Marín no eran aisladas, sino hábilmente dirigidas y en combinación con otras columnas. Sobre Güira operaban las columnas del general Cornell y coronel Macón, de manera que cumpliendo lo ordenado por el General en Jefe, llegó Cornell al pueblo de Güira y ya entrada la noche lo hizo la columna de Macón. Al amanecer emprendió de nuevo la marcha el general Marín con su columna en dirección á Alquizar, y á eso de las doce de la mañana entró en el pueblo. Los moradores del poblado recibieron con frialdad á la columna; la casi totalidad de casas estaban cerradas; la poca gente que transitaba por las calles aparentaba indiferencia. Los ayudantes y oficiales obligaron de grado ó por fuerza á la gente á descubrirse, y mandaron abrir todas las puertas. El general Marín mandó comparecer á los concejales, y con gran energía é indignación les dijo: *Lo que pasa aquí es vergonzoso, esto tiene que cambiar radicalmente.* Excusáronse los concejales, como también el alcalde señor Escalada, y poco después se le presentó una comisión de peninsulares; el general volvió á insistir, y dijo: *Estoy avergonzado de lo que ha pasado en este pueblo, y tengan ustedes entendido que puedo compadecer á los cobardes, pero no transigiré con los traidores.* La reacción fué grande, maravillosa, todos se disputaban ya el ser útiles, y el general aprovechóse de tan buenas disposiciones, mandando á ellos mismos para averiguar donde estaba el enemigo. El avance ordenado y simultáneo de las columnas españolas que operaban en combinación, había de dar prontamente buenos resultados. El general Marín supo por los mismos indiferentes de antes, el punto exacto que podía encontrar al enemigo, y el deseo de alcanzarlo era tan grande, que sin dar tiempo para el descanso, tocaron las cornetas llamada y se puso en marcha la columna, saliendo de Alquizar á las dos de la tarde. La caballería al iniciarse el combate en los terrenos del ingenio *La Luz* llevaba el siguiente orden: Escuadrón de Camajuani á la vanguardia; los de Montesa y Pavía en el centro, Pizarro y Sagunto á la izquierda y el del Comercio á la derecha. El enemigo diseminado estaba dispuesto para recibir el ataque de la infantería, pero la caballería avanzó rápidamente, prescindiendo de las fuerzas enemigas que se dejaba atrás, las que á su vez tuvieron que replegarse en huida á los suyos. Pensaban los insurgentes rechazar la carga del escuadrón de Camajuani, pero al ver que por ambos flancos avanzaban nuevas fuerzas de caballería, se dieron á la fuga. Al fraccionarse en grupos para eludir mejor la persecución de la caballería leal y al llegar la infantería víéronse unos dispersos á la izquierda, y el hoy día capitán don Alberto Gonzalez Gelabert, ayudante y sobrino de general Marín, se internó en el monte, separándose como unos dos kilómetros de la vanguardia, acompañado de tres ordenanzas del cuartel general é hizo dos prisioneros. Los insurgentes dejaron en el campo de la acción veinte cadáveres y la columna no tuvo más que cuatro heridos, entre ellos un teniente.

El cabecilla dominicano acababa de sentarse á almorzar, cuando el avisaron la proximidad de la caballería española. Preguntó entonces si la columna del coronel Macón se había movido del ingenio del marqués

de Dávalos, y al contestarle negativamente, replicó: *Entonces es la guerrilla del coronel Galbis; que me traigan el almuerzo.* Al poco rato se le dió noticia de que la caballería aumentaba y contestó de nuevo: *Eso significa que trae una guerrilla más.* Al momento volvió á entrar un ordenanza negro en el comedor del ingenio *La Luz*, y le dijo que la caballería española era numerosísima, y no de guerrillas. Entonces fué cuando el cabecilla dominicano interrumpió el almuerzo para retirarse con unos cuantos ginetes de exploradores y una escolta compuesta de de unos ciento cincuenta hombres de infantería. La tranquilidad de Máximo Gómez revelaba su completa ignorancia del número de caballería leal, y al mismo tiempo que estaba preparado para resistir á las fuerzas españolas, cuyas columnas, excepto las guerrillas, eran de infantería. Esta fué la primera vez que la caballería entraba en fuego como columna, y por cierto que lo hizo obteniendo un éxito completo. Después del encuentro la columna acampó en el ingenio Valmaseda, sin que durante la noche fuera hostilizada por el enemigo.

Así que despuntó el alba, púsose en movimiento la fuerza y por los espesos mangales de la costa regresó á Alquizar, pernoctando en el pueblo la siguiente noche. Al salir de este pueblo tomó la dirección de Artemisa, pero á la media legua de camino, cambió de rumbo y de orden de formación, pasando á la vanguardia la caballería y á eso de las doce del día entró en Ceiba de la Agua. El general Marín y su Estado Mayor salieron en el tren de Ceiba del Agua para Guanajay. La infantería retardó la salida hasta el amanecer del día siguiente, dirigiéndose á Artemisa; la caballería entró por la tarde. Llegó á Guanajay poco después de las cinco de la tarde, y allí se encontraban las columnas de los generales García Navarro, Echagüe y la de Canella. En el paradero de Ceiba tuvo el general Marín noticias del resultado de la acción de Paso Real, acción importantísima que, á la derrota del enemigo, agregaba la apreciación exacta del sitio y dirección del cabecilla Maceo.

El general Marín tuvo noticias el día 6, en Artemisa, de que los rebeldes, mandados por Maceo en persona y en número considerable, iban á atacar á Candelaria. La brigada del general Canella había sido llamada á occidente, pues estaba operando en la jurisdicción de Guantánamo (Santiago de Cuba). El general Marín conferenció con el general Canella, resultando de dicha conferencia que á las nueve y media del mismo día, saliese el último en dirección á Candelaria, con una columna compuesta de soldados del regimiento de Simancas, Zamora, San Quintín, guerrilla de Simancas y la de Cruces, y dos piezas de artillería, sumando entre todas las armas 1,315 hombres. Mandaba la brigada el mismo general Canella y la media brigada el coronel Segura. A las once llegó la fuerza á las Mangas, donde se hizo el primer rancho y después de breve descanso continuóse la marcha.

Unos cinco kilómetros antes de llegar al pueblo de Candelaria, las avanzadas insurgentes empezaron á tirotear á la vanguardia de la columna formada por los guerrilleros de Cruces. El fuego se iba generalizando á medida que la columna avanzaba hacia Candelaria. A la dis-

tancia de unos mil metros del pueblo, ya el fuego se hizo general por ambos flancos, organizándose el ataque con tal intensidad, que los cuadros de la infantería española obligaron al enemigo á replegarse sobre la derecha de la carretera y del pueblo, teniendo á su retaguardia las lomas del *Cuzco*. Los rebeldes dispuestos á la resistencia tenían una guerrilla de tiradores montados, ocupando el frente del pueblo en una longitud de cerea de un kilómetro; á retaguardia de éstos, fuerza de infantería desplegada en guerrilla; más á retaguardia numerosos grupos divididos en fracciones y en su flanco derecho el grueso de la caballería que no bajaría de 2,000 jinetes; por lo tanto, la situación de los insurrectos era magnífica, sus posiciones muy ventajosas y sus deseos de resistir evidentes. El general Canella se dió cuenta al momento del terreno en que había de librarse el combate, é inmediatamente dispuso sus fuerzas de la siguiente manera. El comandante Hernández, con una compañía de Simancas y la guerrilla montada de Cruces, atacó el flanco izquierdo; el teniente coronel Rotger con dos compañías del mismo regimiento y una de Zamora el centro; el general con dos compañías de Simancas y la guerrilla montada del mismo atacó el flanco derecho; el coronel Sagura se hizo cargo de la derecha y centro del ataque, y de reserva quedaron las fuerzas de San Quintín. Roto el fuego por el comandante Hernández y generalizado en toda la línea al momento, la fuerza leal comenzó con tanta decisión y arrojo que, á las dos horas de combate, los rebeldes se declararon en retirada al principio, retirada que acabó en precipitada fuga, siendo perseguidos mientras lo permitió la proximidad de la noche. Los insurgentes tuvieron más de sesenta muertos, los heridos pasaron de doscientos y además cayeron en poder de la columna diecisiete prisioneros. La columna sufrió las siguientes pérdidas: siete muertos y cuarenta y siete heridos. Entre los muertos rebeldes figuraba un ayudante de Maceo, llamado Armando Menocal. Al entrar victoriosa la columna salvadora en Candelaria, fué recibida por el pueblo con entusiastas vítores y aclamaciones; los vivas á España sucedíanse sin cesar.

La situación de los defensores de Candelaria que lo eran los voluntarios de San Cristóbal y los Chapelgorris de la localidad, se vieron en apuradísima situación. Tuvieron que dedicarse no solo á impedir la entrada de los insurgentes, sino también á la defensa interior. Una turba formada por los separatistas mansos del pueblo, intentó auxiliar á los sitiadores, recorriendo las calles del pueblo, vitoreando á Maceo, é incendiando tres ó cuatro casas; pero los voluntarios apagaron muy pronto los ímpetus de los sediciosos con el castigo ejemplar de algunos de ellos. Además las municiones ya escaseaban y tenían necesidad del reposo, después de más de veinticuatro horas de resistencia. Los voluntarios tuvieron tres muertos y diez y siete heridos. Por tres veces se apoderaron los insurrectos de una trinchera formada en una bocacalle; otras tantas fué rescatada por los intrépidos voluntarios. El general Marín con mucha discreción mandó á la brigada de Canella, pues Maceo si hubieran acudido más fuerzas hubiera rehuído el combate y el general quería obligarle á combatir.

Al día siguiente del combate de Candelaria el coronel Segura sostuvo otro muy rudo con las huestes de Maceo en San Cristóbal. Con su columna compuesta de unos seiscientos hombres pertenecientes á la brigada del general Canella, siguió en persecución del enemigo por la carretera de San Cristóbal. A distancia de más de una legua de Candelaria, aparecieron cinco mil insurgentes formando un extenso círculo para envolver á la pequeña columna. El coronel Segura mandó formar el cuadro inmediatamente, pero avanzando. Hubo momentos en que los rebeldes llegaron á menos de veinte metros del cuadro, pero las acertadas y repetidas descargas de los *Maißers* les causaban muchísimas bajas. El trayecto que iba recorriendo la columna, quedó sembrado de cadáveres enemigos, además de un considerable número de heridos. Al llegar los leales cerca de la casilla del ferrocarril de Pozo Hondo, el comandante de Simancas señor Hernández dió una tremenda carga á la bayoneta, logrando apoderarse de ella con grande esfuerzo, porque el enemigo la defendía con tenacidad. En la misma casilla albergaron á los heridos de la columna, y Segura entonces parapetó su fuerza en la carretera, formando una trinchera de unos cincuenta metros cuadrados.

El enemigo estaba decidido á copar á la columna, y al efecto cortó el puente de comunicación con Candelaria y estrechaba cada vez más el cerco. El fuego continuaba empeñadísimo y muy nutrido. Las granadas que disparaba el único cañón de los españoles caían en medio de las filas rebeldes, causándoles muchas bajas é infundiendo el pánico. Sin embargo, la situación era poco halagüeña; el general Marín mandó en su auxilio al coronel Ruiz con tres escuadrones y al coronel Rotger con dos compañías de Simancas y éstos lograron romper el cerco y penetrar en el atrincheramiento por el flanco derecho. Los soldados al ver penetrar en el recinto atrincherado la fuerza que mandaba el coronel Ruiz, prorrumpieron en vítores entusiastas. Acamparon aquella noche en el mismo que se libró la acción, y por la mañana del siguiente día regresaron las fuerzas á Candelaria, sin otra novedad que un ligero tiroteo durante la marcha. Las bajas de la columna han consistido en ocho muertos y treinta y cinco heridos, contándose entre los primeros el capitán de San Quintín señor Benítez, y entre los segundos el capitán Figueras de Zamora. El enemigo dejó en el campo ochenta y seis muertos y el número de heridos se aproxima á trescientos.

El general Canella dirigió la siguiente alocución á los defensores de Candelaria.

" Voluntarios del regimiento de caballería, cazadores de San Cristóbal y compañía de Chapelgorris, en Candelaria á 6 de Febrero de 1896.
" Al acudir con mi columna en la tarde de hoy para levantar el cerco con que el cabecilla Maceo y otros al frente de 4,000 insurrectos asediaba este poblado, y al enterarme de vuestra heroica defensa, veintiseis horas consecutivas, rechazando con heroismo á las masas enemigas, que con tenacidad intentaban apoderarse de vuestras débiles trincheras, yo os admiro con verdadera efusión, os felicito. ¡Así es como se conducen los valientes patriotas! Vuestro ejemplo es elocuente prueba

" de lo que son capaces los que, amando á la patria y el orden, ódian y
" rechazan á sus perturbadores, desnaturalizados hijos de nuestra queri-
" da España. Habeis añadido una página gloriosa á vuestro Instituto,
" que para todos sus batallones deseo.

" Con esta fecha, y con verdadero entusiasmo, doy cuenta al Exce-
" lentísimo Sr. General en Jefe de este ejército de vuestra conducta inimi-
" table, dadas las condiciones de este poblado, cuya defensa hubiera sido
" imposible sin vuestro valor y patriotismo; por eso os admira y abraza
" vuestro general.—*Francisco de Borja Canella.*

El día 7 de Febrero, á las diez y media de la mañana y sin anterior
aviso, se presentó al pueblo de Candelaria el general Marín. A las siete
de la mañana del mismo día tuvo conocimiento de la honrosa defensa
que se hacía por los voluntarios de Candelaria. La entrada del general
Marín y su columna efectuóse en medio de atronadores vítores á Espa-
ña, al Rey, á la Reina Regente, al general Marín, al general Canella, al
ejército y á los voluntarios. Fué un verdadero delirio aquella expansión
de entusiasmo. El trayecto recorrido por S. E. se hallaba cubierto por
los voluntarios, y el general Marín con esa finura en él tan característica,
se detenía ante cada compañía para felicitarla. Una vez en su aloja-
miento, el general Canella presentóle al General en Jefe, á los jefes y
oficiales de voluntarios, y le dijo:

" Se han portado como unos héroes en toda la extensión de la pa-
" labra.

" Sabían que la resistencia, en el caso de resultar infructuosa, les cos-
" taría la vida, y sin embargo han resistido durante veintiseis horas, sin
" dormir ni comer, el ataque del enemigo. Han muerto dos; doce de
" de ellos han sido heridos gravemente; pero su sangre ha impedido el
" objeto de los rebeldes, y sobre todo, ha redimido las faltas que en otras
" partes se han cometido y demostrado que el Instituto de voluntarios es
" acreedor á la consideración y respeto públicos, y que los de Candelaria
" merecen el aplauso de la Patria agradecida."

El general Marín, muy complacido, contestó: " He venido á Cande-
" laria exclusivamente á saludar á los Voluntarios, porque no quería
" abandonar la Isla sin felicitar por mí mismo á quienes han sabido con
" su conducta mostrarse hijos de España y merecedores de llevar las
" armas que la Patria les ha confiado.

" En Candelaria dos voluntarios han escrito una página gloriosa
" para su Instituto y yo, que siempre tuve gran confianza en ellos y que
" constantemente he abogado por la necesidad de mantener esa milicia
" armada, soy el primero en felicitarlos de que en esta campaña, los he-
" chos hayan venido á justificar mis convicciones.

" En nombre de S. M. el Rey (viva el Rey, dijeron todos), concedo
" á todos los Voluntarios que tomaron parte en la defensa de este pueblo,
" la Cruz Roja del Mérito Militar, según la jerarquía respectiva, y soli-
" citaré para Candelaria del Gobierno de S. M. el título de Villa y que á
" dicho título se le haga preceder del dictado de *Valerosa*. Y mandaré
" también que se abra juicio contradictorio para esclarecer si alguno ó

” algunos de los defensores de Candelaria, se han hecho dignos de obtener
” la cruz laureada de San Fernando, porque el relato de algunos de los
” pormenores de la defensa, me hace creer en la posibilidad de la conce-
” sión de esa recompensa, reservada al valor heroico plenamente com-
” probado.”

El Gobierno de S. M. concedió, por cablegrama, al pueblo de Candelaria el título de *Valerosa Villa*.

Pero el hecho de armas más importante que se efectuó durante la fructífera é inolvidable interinidad del general Marín, fué el sangriento y rudo combate sostenido por la columna del general Luque contra numerosas fuerzas insurrectas mandadas por el mismo Maceo en Paso Real de San Diego (Pinar del Río). El general Luque, había salido el día 31 de Enero de Pinar del Río con su columna compuesta de unos mil setecientos hombres y una pieza de artillería, realizando una marcha fatigosa á través de Pilotos, Candelaria de los Baños, Arroyo de Agua y Herradura y persiguiendo constantemente á los rebeldes. Durante los últimos días de tan penosas operaciones, tuvo noticias de que el enemigo estaba en Paso Real y allí se dirigió con la columna para batirle. Cuando ya divisaba la fuerza leal el pueblo, los rebeldes rompieron el fuego contra la vanguardia de la columna; el combate estaba en perspectiva. El tiroteo se hacía por momentos más terrible y la guerrilla española avanzaba también haciendo fuego. La infantería avanzó á paso ligero y todos los soldados estaban animosos de llegar á donde se encontraba el enemigo. Al darse cuenta el general Luque de la situación, ordenó que dos compañías de Alfonso XIII y la artillería fueran á tomar posiciones por la izquierda del pueblo, y él con una escolta y el batallón de San Quintín se dirigía por la derecha y el centro. Al divisar los rebeldes á la tropa, rompieron un fuego nutridísimo sobre ella. La caballería al mando del comandante de la Guardia civil señor Mijares desalojó á las vanguardias insurrectas de sus posiciones en las afueras del pueblo con una brillante carga, y allí se encontraron las fuerzas del general y del coronel Hernández.

El momento era decisivo é imponente; había que tomar el pueblo. Los soldados del batallón de Alfonso XIII se baten ya con denuedo apoyados en las dos primeras casas; los insurrectos mandados por el mismo Maceo y formados en la calle, hacen horroroso fuego, decididos á defenderlo palmo á palmo; pero el general Luque, desenvainando su espada y levantando el brazo, dirígese hacia San Quintín, Galicia, Saboya y Alfonso XIII exclamando con potente voz y en medio de un diluvio de balas: *¡Alíncense! ¡Armar la bayoneta! Soldados, á esa calle voy: caballería ¡á la carga! infantería ¡á la bayoneta! á ver lo que saben hacer los soldados españoles y ¡Viva España!* Mientras tanto, la artillería, al mando del teniente Lirón, hacía diez disparos sobre la infantería rebelde, introduciendo en ella una gran confusión. La columna se aprovechó de esta oportunidad para entrar en el pueblo; la infantería por las aceras y la caballería en columna por el centro, lanzáronse sobre la mo'e enemiga, cargando con tal ardor que obligó á los insurrectos á huir

más allá de la salida del pueblo. En estos momentos fué herido el general Luque en la rodilla izquierda, pero no reveló su herida á nadie hasta que terminó la acción.

Tomado el pueblo, la caballería dió una nueva carga tan atrevida como oportuna. El enemigo se rehizo pronto y bien, atrincherándose perfectamente en unos palmares que hay alrededor del pueblo por la parte de atrás y desde allí empezó á hostilizar á la columna, de manera que iba á empezar la segunda fase de la acción. El general Luque dispuso que la infantería auxiliada por la artillería saliese á batir al enemigo; y el teniente coronel de San Quintín señor Ballesteros y tres compañías desplegaronse en línea de combate, rompiendo nuevamente el fuego. Una compañía de Saboya, otra de Galicia y otra de Alfonso XIII, corriéronse hácia la izquierda, escalonándose y rompiendo también el fuego, y una de Soria y otra de Alfonso XIII, salieron á paso ligero por la primera bocacalle del pueblo, colocándose á la derecha de San Quintín. La acción volvió á empeñarse, pero muy rudamente. El general mandaba el centro; la izquierda el coronel Hernandez de Velasco y el ala derecha el teniente coronel de Alfonso XIII señor Francés. La artillería, convenientemente emplazada, comenzó á disparar granadas las cuales estallaban con mucha precisión entre las filas insurrectas, abriendo brecha terrible entre aquella muralla formada de negros; pero nuevos insurrectos cerraban prontamente los huecos abiertos por la metralla. Los rebeldes tendían á cerrar el semicírculo por el costado izquierdo, y como abrumadora avalancha avanzó la caballería, pero el coronel Hernandez consiguió rechazarla. Entonces apareció de nuevo en la línea enemiga más caballería, más de dos mil jinetes, todos negros que, gritando *al machete*, lanzaron los caballos al galope, como dispuestos á arrollar á los soldados, y no sólo cargaban al ala izquierda, sino también á San Quintín. El movimiento de avance era general; no era posible quitar ni un solo soldado de un sitio para llevarlo á reforzar otro. Los soldados formaron los cuadros y los etiópicos orientales de Maceo tuvieron que retroceder á refugiarse en el palmar, porque los fusiles españoles causaban estragos numeros á los macheteros insurgentes.

Pero no había terminado la acción, ni mucho menos. Los rebeldes que con su fuego habían preparado la carga, sostuvieron la retirada de su derrotada caballería, y al mismo tiempo, extendiendo su línea de fuego por la izquierda y la retaguardia de la columna, intentaron apoderarse de Paso Real por el mismo sitio que entraron las tropas leales. La defensa del pueblo quedó reforzada por una compañía de San Quintín que se mandó á las fuerzas que habían quedado dentro; pues, lo urgente era impedir que el enemigo continuara el movimiento envolvente hasta encerrar á la fuerza en un círculo de fuego.

Entretanto el fuego continuaba muy vivo en toda la línea, y rebuelta ya la caballería rebelde, lánzase de nuevo á la carga, no simultáneamente por todos los lados como la vez primera, sino que amagando cargar por todas partes, envió su núcleo principal sobre el flanco derecho de la columna para envolverla y entrar de nuevo en el pueblo. El coronel

Francés se sostuvo admirablemente y escalonadas sus compañías, rechazaron la carga. Una compañía de San Quintín vióse muy comprometida y formó el cuadro: el capitán, con gran sentido táctico, comprendió que dejaba un claro muy extenso entre los suyos y Alfonso XIII, y estando la caballería enemiga á unos quinientos metros, deshizo el cuadro y dijo: *¡Soldados, á morir matando y viva España!* y entonces escalonó también sus secciones y con un mortífero fuego por descargas, rechazó al enemigo. La extrema izquierda se vió algo apurada. Más de quinientos ginetes enemigos cargaron contra la quinta compañía de Saboya, pero su capitán formó á sus soldados en cuatro filas, dos rodilla en tierra y dos de pié, é hizo un fuego tan certero que, la caballería se vió precisada á retroceder. Así terminó la segunda carga.

La infantería insurrecta, cuando se retiró su caballería rechazada por la columna, arceió de nuevo el fuego; pero lo hacía muy nutrido y los jinetes negros favorecidos por una ondulación del terreno, se ocultaron y una vez reorganizados salieron de improviso, esgrimiendo sus machetes. *¡A formar el cuadro y Viva España!* gritó el general Luque, y el teniente coronel Ballesteros formó con sus compañías dos caras de cuadro; pero hacía falta otra, y la caballería enemiga estaba á unos ochenta metros de distancia. *¡Que venga esa compañía!* exclamó el general y el jinete que fué á llamarla, lo mismo que el caballo, cayeron muertos por el plomo enemigo. La compañía fué á donde se la mandaba así que recibió la orden que llevó el teniente Amado, pero no le fué posible formar la cara del cuadro que faltaba, sin embargo se hizo un semicírculo. En aquel momento sonó un cañonazo; un bote de metralla cayó en medio de la caballería insurgente, enseguida otro y otro, y revueltos cayeron los rebeldes, heridos y sanos, caballos y jinetes. El fuego de los Mausers acabó de completar aquel cuadro de destrucción. Fueron tantas las bajas que experimentaron los insurrectos, que huyeron dispersos en la dirección de los Palacios, no sin haberse batido con verdadero arrojo. En el campo de la acción dejaron abandonados sesenta y siete muertos; retiraron otros tantos, y no es de estrañar, porque se acercaron mucho, en grandes y compactas masas, resultando muy bien aprovechado el fuego de los Mausers. Las bajas de la columna fueron treinta y siete entre muertos y heridos; ninguno de ellos lo fué de arma blanca, figurando entre los primeros el comandante de artillería don José Roig, y entre los segundos el general Luque y el comandante de la guardia civil don Luis López Mijares.

El general Luque dirigió la siguiente alocución á la columna:

“Soldados: Después de cincuenta días de continuas marchas, después de los combates gloriosos de Bacunagua, Riofeo, La Cuimana, Guacamaya y San Juan y Martínez, exigi de vosotros un esfuerzo, un verdadero sacrificio y respondistéis á mi llamamiento, andando treinta y seis horas con pequeños descansos. Parecía ya que las fuerzas físicas no respondían á nuestro animoso espíritu, pero cuando en las inmediaciones de Paso Real oistéis los disparos de nuestros bravos jinetes, cuando vistéis en peligro á ese puñado de valientes que honran el arma

” de caballería, el cansancio desapareció, y en pos de vuestro entusiasmo, ” con valentía sin igual, tomásteis el pueblo á la bayoneta. . . . después ” estuvisteis sublimes. Saboya, Soria, Galicia, Las Navas, San Quintín ” y Alfonso XIII, pequeñas fracciones que en Paso Real representábais ” las gloriosas tradiciones de la infantería española, añadísteis una página ” brillante á la gloriosa historia de esos cuerpos. ¿ Os acordáis ¿ Dos ” mil caballos en compacta masa cargando, al aire los decantados mache- ” tes de los orientales fumosos, y vosotros bravos infantes convertidos en ” muralla de granito, y esa heroica sección de artillería que honra á su ” glorioso cuerpo, rechazándolos con vosotros, carga tras carga, paseán- ” doos después triunfantes, rodeados de la hermosa aureola de la victoria ” por todo el campo del combate para contemplar los estragos de vuestros ” certeros disparos.

” *Soldados:* Estoy satisfecho de vosotros; la página más gloriosa ” de mi pobre historia militar, será la de haber tenido la dicha de man- ” daros. Voy á curarme de la herida que á vuestro lado he recibido; ” pronto volveré, y entre tanto, dejo al frente de la columna á un bizarro ” soldado, al coronel Hernández de Velasco, cuyas dotes de pericia y ” valor os son conocidas y que seguramente sabrá conducir de nuevo á ” la victoria.—*Luque.*”

El general Luque y el comandante de la Guardia civil señor Lopez Mijares subieron á bordo del cañonero *Diego Velázquez* que los condujo á Cienfuegos.

La interinidad del general Marín, al frente del Gobierno de la isla de Cuba y del ejército, será recordada con fruición sempiterna por todos los amantes de la causa de España, como una de las más fecundas en hechos de guerra durante el tiempo transcurrido de campaña. Por eso bajo el punto de vista militar ha tenido gran trascendencia. Con íntima satisfacción hemos expuesto los hechos. Interrumpidas las comunicaciones ferroviarias y las telegráficas desde Las Villas hasta Pinar del Río, el tráfico suspendido, el enemigo dueño de muchos pueblos, puesto que entraban y salían á su antojo; el temor dueño de todos los espíritus el laborantismo arrogante, tal era la situación, cuando se encargó del mando el general Marín. Sin embargo, desde que salió á campaña todo varió de aspecto. Los pueblos que antes servían de aprovisionamiento á los rebeldes, merced á sus hábiles operaciones, ya no estuvieron más en poder del enemigo; el espíritu público tan decaído reaccionó favorablemente, y al temor y al desasosiego sobrevino la confianza y el entusiasmo. Los hechos son datos más elocuentes que las palabras, y los mismos hechos dicen muy alto la mutación radical que se efectuó.

A las cinco de la mañana del día nueve de Febrero, salió el general Marín para la Habana en tren expreso, y como á unos seis kilómetros, después de la estación de Govea, descarriló el tren, y allí sólo con su escolta y en medio de una región infestada de insurrectos, permaneció el general, sin turbaciones ni apuros de ninguna clase, con verdadera serenidad, prueba inequívoca del temple moral y del valor jamás desmentido de tan digno caudillo. La locomotora del tren salió en busca de la

exploradora que había pasado sin novedad, encontrándola en el *Rincón*, en cuyo paradero tomó un coche y regresó al lugar del descarrilamiento, donde estuvo detenido como unos tres cuartos de hora el general con su pequeña escolta. Traslados á un carro blindado siguieron el viaje á *Rincón*, y allí se organizó el tren que los condujo á la *Habana*. Mas de lo que hizo el general *Marín* no pudo hacerse. Cuando embarcó para tomar posesión del gobierno de *Puerto Rico*, el pueblo, la prensa toda sin distinción de matices, todas las clases sociales hicieron una afectuosísima despedida al ilustre general, que con tanto acierto y bizarría se portó, y que tan alto puso el nombre de las armas españolas en *Cuba*, á pesar de haber sido tan breve el período de su gobierno interino.

La primera idea del general *Marín*, además de la primordial de perseguir al enemigo sin descanso, fué el levantar el espíritu público, completamente abatido en las provincias de la *Habana* y de *Pinar del Río*, de cuyos campos se había enseñoreado. Nombró Alcaldes, Corregidores militares en los pueblos, en reemplazo de los que huyeron ó recibieron á *Máximo Gómez*; mandó fuerzas de guarnición á las poblaciones más importantes; estableció un heliógrafo para sustituir las comunicaciones telegráficas que estaban interrumpidas; contrató embarcaciones para que el comercio pudiera atender á sus necesidades y recibiera periódicamente la correspondencia; dió facilidades á las empresas ferro-viarias, para que en el más breve plazo pudieran circular de nuevo los trenes, viéndose el caso grandioso de que unos trenes que salieron de *Cienfuegos*, conduciendo tropas llegaron á la provincia de *Pinar del Río* sin la menor novedad; impidió la unión de *Maceo* á *Máximo Gómez*, poniendo en grave aprieto á los dos generalísimos por la constante persecución que se les hacía y que arreciaba más por momentos, é invitó á los voluntarios á una movilización con el fin de disponer de algunas fuerzas más para conseguir tan laudables propósitos. Mil quinientos salieron á cubrir la línea de la *Habana* á *Batabanó*.

CAPITULO XIX.

SUMARIO.—*Cuestiones internacionales.*—*España y los Estados Unidos.*

Trabajada insistentemente, y por muchos años, la opinión pública de los Estados de la Unión norteamericana, por los laborantes cubanos, lograron al fin inclinar, valiosos aunque ignorantes elementos, en favor de la insurrección. Por eso los simpatizadores de la emancipación de las posesiones españolas de América han ensalzado en todos los tonos y formas el gran adelanto de la mencionada República, sin hacer mención que de aquellos centros universitarios han salido doctores en Derecho y en Medicina en dos y hasta en un año de estudios. Los laborantes de Nueva York y de Washington consiguieron en los meses de Diciembre, de Enero y Febrero que el esfuerzo de sus gestiones resonara en el Senado de los Estados Unidos. Una comisión llamada de Negocios Extranjeros creyó ser de precisión indicar al Senado que esta Cámara propusiera al

Presidente de la República federal, y éste á su vez al Gobierno Español, el reconocimiento de la beligerancia á los insurrectos de Cuba, esto es, beligerantes á las huestes de Máximo Gómez que vendió á España su cuerpo para combatir contra su propia patria; á las hordas del dinamitero Roloff, polaco traidor á su sangre; al cabeçilla mulato, ingrato para la madre que dió la libertad á su raza, y á Laeret, que después de hacer ostentación de sus ideas separatistas fué á Madrid, amparado de la generosa y nobilísima hospitalidad española.

Sin embargo, tales desatinos en los senadores yankees no deben causar la menor extrañeza, pues, los políticos de Norte-América en su gestación, desenvolvimiento y en el ejercicio pleno de sus funciones como personajes públicos, guardan cierta paridad, idéntica similitud con algunos doctores facultativos graduados en aquellas Universidades.

Esos senadores yankees, miembros de la comisión de Negocios Extranjeros, ó para mejor expresarnos, mangoneadores de la referida *comisión*, no son verdaderos representantes de su país, porque si el *sistema* ya está desacreditado en todas partes, en los Estados Unidos de Norteamérica ha llegado á la meta, al colmo. En la *gran República*, como la llaman sus admiradores, sólo se ocupan de asuntos políticos los (políticos) los que no sirven para otra cosa. Los espíritus inquietos que después de tantear muchas profesiones y oficios sin ser capaces ni útiles para aquéllas ni para éstos, los fracasados del comercio, de la industria, de la agricultura y de las artes se acogen á la política, consiguiendo llegar á las Cámaras desprovistos de todos aquellos indispensables antecedentes y requisitos. Están solamente á la expectativa para que el viento de la suerte los lleve á los negocios público-. Sin embargo, esos políticos son los que en el Senado están desatándose en invectivas y calumnias contra España, sin existir el más leve fundamento que justifique tan especial conducta. Dos geniales novelistas de la América sajona, Mark Twain y Bret Harte, describen admirablemente á los políticos de su país. Dice el primero: "Un político norte-americano, es sólo, por ocuparse en tales cosas, sospechoso para cuantos producen y crean en este gran pueblo." Y el segundo añade: "Si queréis un ejemplo de la nulidad, buscadlo en Washington. Allí lo vereis aspirando á honores, queriendo traer á los libres Estados de la Unión alguna librea de las que hacen reír en Picadilly." Creemos innecesarios más argumentos que los expuestos, para demostrar con mayor claridad las condiciones de los aludidos políticos.

Sin embargo, equivocáramonos si creyésemos que ese es el sentir del pueblo americano. Los noticiones sensacionales, las amenazas de guerra, la descortesía é ignorancia de algunos senadores, la malicia y aviesa intención de otros padres concriptos, no influyen directamente en el pueblo americano que trabaja y produce, pero el insulto continuado proferido por muchos senadores desde la Cámara de la representación nacional, la incesante diatriba en la prensa, los consentidos desahogos de ódios contra España hechos públicamente en las calles de las ciudades más populosas de la *Unión*, todos estos factores han logrado formar una

atmósfera de recelo y desconfianza en contra de la nacionalidad española. Por eso, desde que estalló la insurrección cubana, todos fijaron sus miradas en los Estados Unidos y en la actitud que iban adoptar, no obstante, haberse incubada y sido alentada hasta el momento de estallar, y después protegida y alimentada por dicha República sinó oficialmente, por lo menos de una manera oficiosa.

El incidente del *Alliance*, la reclamación injustificada de la indemnización Mora y otras constantes peticiones en sentido de reclamación, atestiguaban en el Gobierno de los Estados Unidos cierta pulcritud en la observancia de los deberes internacionales con los Gobiernos extranjeros para con los ciudadanos ó intereses nacionales de Norte-América, pero una desconsideración cínica y el olvido de las nociones más rudimentarias y elementales de cortesía y de buena fé, siempre que el Gobierno federal tenga que cumplir con esos mismos respecto á los demás; y si á la nación la consideran ó de hecho es debil y el gobierno respectivo no es suficientemente enérgico, las reclamaciones injustas y hasta los abusos los aumentarán hasta llegar á lo inconcebible. Muchas reclamaciones han sido hechas por el gobierno yankee al de España por *supuestas* injusticias ó atropellos fingidos, sufridos por ciudadanos norteamericanos, que casi siempre eran las primeras materias auxiliares de la insurrección, y los segundos activos agentes de la misma, que sólo aguardaban recobrar la libertad para lanzarse de nuevo al campo ó dedicarse á la conspiración. Como es natural, la vituperable conducta de tan especiales ciudadanos confirmaba el temor de que sobreviniesen conflictos y aumentaba la esperanza de los separatistas, pero han podido evitarse los rozamientos merced á la circunspección del gabinete presidido por Cánovas del Castillo, á los excepcionales dotes de éste y la habilidad del Ministro de Estado señor duque de Tetuan. Con prudencia y energía, sin humillaciones ni debilidades han sorteado las circunstancias difíciles, por mas que la prensa nacional adversaria se empeñe en afirmar lo contrario.

Además, en los Estados Unidos de Norte-América existe una opinión siempre dispuesta á prestar sus simpatías á toda insurrección en América cuyo objeto sea atentar á las autoridades ó influencias de las naciones europeas, y en lo referente á Cuba adquiere mayor impulso, se enardece más por los deseos que hay en el Norte para anexionársela; deseos que han dominado en todos los hombres públicos de dicha República, desde su aparición como Estado independiente, y que en la actualidad han llegado al paroxismo. No hace mucho tiempo que con motivo de la celebración del centenario de Jefferson, se publicó por la prensa una carta inédita del mismo y cuyo contenido, en lo referente á Cuba, es el siguiente. Dice así: "Ingenuamente confieso que he mirado siempre á Cuba como la más importante aportación que pudiera hacerse jamás á nuestro sistema de Estados. El influjo que esta isla, con la punta de la Florida, había de darnos sobre el golfo de Méjico y sobre los países " y el istmo adyacente, llenaría la medida de nuestro bienestar político " Pero Jefferson preveía, según el dice, *que sin saxgrientos conflictos*

no podría realizarse el propósito y admitía todas las otras soluciones menos la de *que la isla de Cuba pasase á poder de los ingleses*. Desde los primeros tiempos de la república yankee, desde el primer presidente hasta los que ocupan actualmente la primera magistratura, su punto de vista, su objetivo, en realidad no ha sido otro que el manifestado por Jefferson. Por eso afirmamos que el sentido anexionista es la nota imperante en los Estados Unidos de Norte-América, el *desideratum* de los bernantes y la ilusión, el deseo y la tendencia del pueblo, tanto por el ódio encubierto que allí se profesa á todo lo que sea europeo, cuanto por la continúa propaganda que en dicha república se ha venido haciendo en el mencionado sentido, así como también por la codicia de poseer tan preciado territorio.

Han contribuido al incremento de tan raptora idea los *turgotistas* modernos de todas las nacionalidades y, en especial, los de nuestra España, los cuales con aires y pruritos de filósofos y grandes pensadores, plagian la insostenible é infundada afirmación de Turgot, cuando dijo *que las colonias al llegar á su mayor edad necesariamente deben separarse de la metrópoli*. Sin embargo, la teoría, ó para expresarnos con más exactitud, la conclusión sentada por Turgot, hállase en la actual edad completamente desacreditada. Los hombres de sereno é imparcial juicio han evidenciado y probado lo erróneo que encierra, el sentido común la rechaza como verdad universal é indiscutible; pero aún existen personas vacías de instrucción que la admiten, abrigando la creencia de que al exponerla han descubierto la piedra filosofal en asuntos coloniales. De esa clase de *turgotistas* abunda España é inflieren grave ofensa, sumo daño en lo referente á la sagrada conservación de la integridad del territorio español.

Aunque los juicios, tratándose de una cuestión tan compleja y peligrosa como la opinión dominante en los Estados Unidos de Norteamérica, en lo que se refiere á la guerra de Cuba, han de ser *á fortiori* más lentos, caminar más despacio que los mismos sucesos, no por eso dejan de entrañar cierta gravedad, aumentando ésta siempre en virtud de la atmósfera político-ideal que allí se respira é intoxica los ánimos. La actitud de los elementos revolucionarios que simpatizan con la insurrección cubana, experimentó en los dos últimos meses del año 95 una variación contraria á los indiscutibles derechos de España en Cuba y á sus intereses legítimos radicados en la misma Isla. La excitación pública tomó grandísimo incremento; la prensa bullanguera y la asalariada, los simpatizadores y los laborantes, de común acuerdo, organizaron comités de propaganda para favorecer y auxiliar á la insurrección; los representantes y los senadores eran interrogados sobre la actitud que debían asumir los Estados de la Unión, y en todo el referido movimiento se vislumbraban las tendencias anexionistas como la nota imperante, como el deseo general. Las expediciones que se mandaban á los insurrectos cubanos se organizaban sin dificultades de ninguna clase, y cuando el celo desplegado por el Ministro Plenipotenciario de España las denunciaba los culpables, eran sometidos á un irrisorio proceso del cual salían ab-

sueltos para realizarlas después con mayor suma de facilidades. Como dato probatorio citaremos el número de expediciones que han sido preparadas en los Estados federales del Norte.

1.^o La de Maceo. El vapor filibustero *Adirondac* salió de Nueva-York y fondeó en Puerto Lijón (Costa Rica). Allí se incorporaron los hermanos Maceo y desembarcaron en Cuba, después de muchas peripecias, en una goleta.

2.^o De Nueva-York zarpó otro vapor filibustero á bordo del cual iba Martí. Tuvo una entrevista en Montecristi (Santo Domingo) con Máximo Gómez y este aceptó ponerse al frente de la revolución. De Santo Domingo Martí, Gómez y Borrero se fueron á Jamaica y de esta Isla á la de Cuba en una goleta.

3.^o Roloff, Serafín Sanchez y Mayia Rodríguez salieron de Filadelfia (E. U.) á bordo de los vapores filibusteros *Chil's* y *Woodall*. Desembarcaron en la jurisdicción de Sancti-Spíritus, cerca de Tunas de Zaza.

4.^o Francisco Sanchez Echevarría vino en una expedición filibustera, cuyo alijo y embarque se hizo en la Florida (E. U.) y logró desembarcar en las costas de Baracoa (Santiago de Cuba.)

5.^o De Wilmington salió con otra expedición en el vapor *Horsa* Pancho Carrillo, siendo detenida por las autoridades federales.

6.^o La efectuada por Carlos Céspedes, en el vapor *Laurada*, la cual logró desembarcar en las costas de Santiago de Cuba. Además la primera y segunda capitaneadas por Enrique Collazo: la primera del *Commodore* que también fracasó, y la primera expedición de Calisto García en el *Hawkins*, cuyo vapor naufragó cerca de Long-Island.

Luego los revolucionarios cubanos contaban en la república Norteamericana con valiosos elementos, recursos y simpatías. El *Trust* azucarero celebró un contrato con Martí. Este jefe de la revolución cubana adquirió fuertes sumas con la condición de que los insurgentes se despararasen por toda la Isla, ó al menos, por las provincias más productoras de azúcar para aniquilar la zafra; pues á dicha *sociedad* financiera por miras de especulación, le convenía disminuir la producción para vender mejor las grandes existencias que tenía almacenadas y para encarecer el precio.

La *comisión* de Negocios Extranjeros se vió precisada á tomar en consideración y á deliberar sobre las mociones presentadas por Mr. Call, excéntrico senador floridano, cuya notoriedad la ha adquirido á fuerza de desplantes ridículos. Antes de estallar la insurrección cubana, las mociones de Mr. Call eran más pacíficas, quedaban limitadas á pedir que los Estados Unidos comprasen la isla de Cuba á España, lo mismo que ignominiosamente se hizo con la Florida: después que la guerra estalló, Call modificó su criterio, y sus exabruptos llegaron hasta pedir la beligerancia primero, la intervención después. Era presidente del *comité* de Negocios Extranjeros Mr. John Sherman, actualmente secretario de Estado, y figuraba entre sus miembros el senador por Alabama Mr. Morgan. El actual secretario de Estado de la Federación Norte-

americana, desde la primera insurrección de Cuba, era conocido por su decidida inclinación á una política de entrometida y punible ingerencia en los asuntos cubanos, favorable siempre á cuantos peleasen contra España; Morgan, el senador de las inconveniencias, y uno de los hombres públicos más conocidos por sus ridículas susceptibilidades y extemporáneas arrogancias de patrioterismo, tipo real del *jingoisismo*, era el más resuelto partidario de la independencia de Cuba.

Figuraban también en la famosa Comisión, senadores como Lodge y Cameron, atacados ambos de la más exagerada hispanofobia. Por fin los deseos de tanto senador yankee cubanófilo, adquirió cuerpo y no tardó en llegar al *mons parturiciens*, á formular el dictamen calificado de herético en el orden jurídico internacional y cuyo contenido ó revela mucha ignorancia en los padres conscriptos de Washington, ó muy poca seriedad y sobra de mala fé. El día 29 de Enero presentó, al fin, su tan anunciado y esperado dictamen la comisión, quedándose muy atrás del punto en que debía llegar más tarde en virtud del incremento *jingoc*. He aquí el texto de la *resolución* propuesta á las Cámaras:

“Resuelto; por el Senado con el concurso de la Cámara de Representantes, que la presente lamentable guerra en la isla de Cuba, ha alcanzado proporciones que interesan á todas las potencias civilizadas en el sentido de que debe dirigírsela, si por desgracia ha de durar más tiempo, conforme á los principios y leyes de la guerra, según están reconocidos como obligatorios por todas las naciones cultas que se empeñan en abiertas hostilidades, incluso el trato de los prisioneros de cada ejército, el respeto de los mensajes para el canje de los mismos y otros fines militares, por las treguas y banderas de parlamento, la creación de hospitales dignos de este nombre y el servicio de ambulancias y sanidad á los enfermos y heridos de ambos ejércitos.

“Resuelto así mismo: Que esta manifestación de las miras y opiniones del Congreso se remita al Presidente para que, si estuviere de acuerdo, interponga en forma amistosa los buenos oficios de este Gobierno, á fin de solicitar de España que conceda á los ejércitos con los que está en guerra los derechos de beligerantes, según lo declara el Derecho Internacional.”

Resolución más impropriedad y de ingerencia más inaudita no podía presentarse á las Cámaras de una Nación, que ella misma se adjudica el calificativo de muy civilizada, por más que sea dicha civilización algo problemática. La minoría de la *comisión de Negocios Extranjeros*, dirigida por el extravagante senador Mr. Cameron, formuló *roto* particular, á fin de que se solicitara del Presidente de los Estados federales de Norte América la oficial intervención del mismo, los buenos oficios de los Estados Unidos cerca del Gobierno de España para el reconocimiento de la independencia de la isla de Cuba. No discutiremos el *roto* particular de la minoría; es asunto tan incorrecto é impropio, tan falto de buen sentido como sobrado de ignorancia é injurioso, que basta su enunciación para caer inmediatamente en el más solemne desprecio. No obstante, el *roto* de la mayoría referente á la *beligerancia* causó general indignación

en todas las naciones europeas, pues, solamente la audacia que envolvía dicha ingerencia, el atentado y violación al Derecho Internacional explícitamente contenido en su fondo, llamó la atención de todos los gobiernos y de las personas serias, porque aparecía en abierta pugna con el Derecho de Gentes. La diplomacia, á pesar de sus perjudicialísimos distingos y conveniencias en muchas ocasiones irritantes, condenó la *resolución*; los políticos dignos y de verdadera, real significación y de talla, lamentábanse de que hubieran sido precisamente senadores norteamericanos los firmantes y defensores de tan extraño documento y que se pretendiese imponer al poder ejecutivo de la República. Los *senadores* norteamericanos que no se les había extraviado el juicio en aquellos días; los que deseaban la existencia de las buenas relaciones entre las dos nacionalidades, trabajaron para que no prosperase tan insólita *resolución*; la rechazaban por inconciliable con el respeto que se deben guardar mutuamente las naciones amigas. ¿Y en qué se fundaban? Qué argumentos, pruebas podían aducir que justificaran dicho reconocimiento? Los insurgentes cubanos no tenían puerto alguno para comunicarse con los demás países; no poseían territorio en que su dominio fuera exclusivo, un hecho; el *titulado gobierno republicano* no era más que una farsa, una entidad nominal injurisdiccional; la administración de justicia y todas las demás funciones administrativas eran un mito; en suma, no eran los revolucionarios otra cosa que merodeadores é incendiarios desprovistos totalmente de lo más elemental para ser considerados como beligerantes. No más el pensarlo, tratándose de revolucionarios como los de Cuba, es un hecho monstruoso, innominado que estereotipa y evidencia el poco respeto que les merece el Derecho Internacional á ese pueblo yankee, que tanto blasona de libertad. La Cámara norteamericana compuesta de gentes que no viven más que del grosero materialismo, sin dignidad la mayor parte, que conciben el mundo moral por el número y el cálculo, aprobó la *resolución* de la *beligerancia* por 244 votos contra 27. Solo dicha actitud de la Cámara yankee infringió una grave ofensa á España; revela supina ignorancia, craso error y notorio desconocimiento de las reglas que preceptúa el Derecho Internacional.

En buena doctrina jurídica, no pueden merecer los honores y la consideración de beligerantes los insurrectos cubanos, porque en vez de hacer una guerra regular como lo exigen las más elementales prácticas de humanidad y la misma civilización, sólo se dedican á destruir todos los elementos de riqueza de un pueblo y á incendiar. No merecen ni podrán merecer jamás el título de beligerantes, mesnadas de merodeadores desprovistos de organización y disciplina, que no son dueñas de otro territorio que el terreno que pisan; que no tienen un gobierno fijo sino una parodia; que no inspiran confianza sino terror á los habitantes de los pueblos por donde pasan; que no poseen un solo barco de guerra; no tienen hacienda, ni puerto, ni administración; en suma carecen de todos aquellos elementos que constituyen un Estado. Luego sería una iniquidad si se les reconociera como beligerantes, por más que no deben sorprendernos las inconveniencias de los senadores *jíngoes*, que con sus arro-

gancias pretenden convertir á la República de Washington en un desfacedor de supuestos entuertos.

¿Y en que se fundaban para adoptar semejante actitud? En lo de siempre, aunque ya queda demostrado que es mendaz y calumnioso; en *la novela del tormento y de la crueldad española*. Creíamos asignada á cierta clase de personalidades la exclusiva en empresas de bizarra y patibularia imaginación, pero por lo visto el género cultivase con más amor en Norte América. Nada menos que los intrusos de los Estados Unidos, cazadores despiadados de los verdaderos hijos del país, los *pieles rojas*, los representantes de una Nación que permite rociar con petróleo para despues quemarlo hasta dejarlo convertido en carbón, á un infeliz negro, por el delito de ser de color; los represntantes de Norte América, invocando los deberes de humanidad, deberes hollados y pisoteados por los mismos Estados Unidos en la guerra de secesión, y cuando se apoderaron inicuamente del Estado de Texas, fundándose en el *quia nominor leo*, es el colmo de la audacia. Los senadores antijingoistas estaban inconformes con la opinión de los primeros, y demostraban que la concesión de la beligerancia á los insurrectos recomendada á España, fundada en motivos de humanidad, volveríase fatalmente contra los Estados Unidos, inhumanos hasta lo inconcebible en sus luchas, y además servicia de antecedente y base, para que las demás naciones se creyeran en el caso de reconocer como beligerantes á todos los rebeldes. Con dichas teorías se autorizan implícitamente, quedan legalizadas todas las revoluciones y aún la misma anarquía queda justificada.

Como apoyo para el dictamen se recordaba que durante la guerra de *secesión*, el Gobierno federal concedió á los confederados que caían en poder de las tropas federales el trato de prisioneros, autorizó los canges y admitió parlamentos. Las naciones europeas que reconocieron como beligerantes á los confederados, fundáronse en que éstos poseían, gobierno seriamente constituido y en funciones, puertos y territorios en los cuales ejercitaban sus derechos soberanos.

El dictamen, si bien es cierto que resultaba inofensivo en lo referente al daño material que ocasionara á España en la guerra de Cuba, antes al contrario, lo creíamos ventajoso para despejar nebulosidades, resultaba, no obstante, inmotivado, duro y agresivo por la exposición de motivos, toda repleta de falsos argumentos sobre el régimen establecido en Cuba por España, de calumnias y dieterios. Lo que se vislumbraba con mucho claridad, era el propósito de obligar al Gobierno americano á que interviniese en la cuestión cubana, en la forma que se estimase más adecuada, si es que forma adecuada puede haber en las intromisiones no solicitadas, ni siquiera admitidas.

Empezaron los padres conscriptos de Washington por acudir al socorrido tópico de la *crueldad española* para formular graves acusaciones fundadas en una ficción. El gobierno español vió el caracter evasivo del dictámen de la *Comisión de Negocios Extranjeros* del Senado Norteamericano y desbarató tan burdas falacias. El ministro de Estado dirigió por cable un despacho cifrado al Ministro Plenipotenciario de Espa-

ña en los Estados Unidos, en el cual se le ordenaba informase á mister Olney, Secretario de Estado, de que lo pedido por la *comisión* senatorial era precisamente lo mismo que había estado haciendo el general Martínez Campos en el período de su mando, y que la clemencia del referido general era proverbial no solamente en España, sinó también en el extranjero, en los mismos Estados Unidos. Este despacho desconcertó á los que habían aplaudido el dictámen de la *comisión del Senado*. Nuestro ilustre estadista señor Cánovas del Castillo, y el señor duque de Tetuan estuvieron á la altura de su talento y patriotismo. Triunfaron en toda la línea.

La junta revolucionaria de Nueva-York, las poderosas empresas que ayudan á los revolucionarios, la prensa asalariada y los labrantes no desistieron de sus propósitos por el fracaso recibido. Empezaron á comprar las conciencias de algunos senadores, las columnas de la prensa, la amistad de los políticos, y sólo así se comprende el que la penccionada *Comisión* no tardara mucha tiempo en dar un paso más, impulsada como estaba por el clamor incesante de los asalariados.

El senador Morgan sorprendió el día 5 de Febrero al mismo Senado y á la opinión con un nuevo proyecto de acuerdos ó resoluciones, cuyo contenido dice así:

"Resuelto; por el Senado con el concurso de la Cámara de Representantes, que en opinión del Congreso existe públicamente un estado de guerra entre el gobierno de España y el proclamado y mantenido durante ya algún tiempo con las armas por el pueblo de Cuba, y que los Estados Unidos de América deberían mantener una estricta neutralidad entre los poderes contendientes, y acordar á cada uno de ellos el derecho de beligerantes en los puertos y territorios de los Estados Unidos."

Las resoluciones ó acuerdos de Mr. Morgan fueron aceptados por todos sus compañeros excepto Mr. Camerón que insistió en su voto particular. Los discursos pronunciados por los senadores que simpatizaban con los insurrectos cubanos, fueron violentísimos, descorteses, saturados de odio á España, repletos de groseras invenciones, improprios, ultrajes y dieterios que, solamente por la forma y en la ocasión y lugar en que se oyeron tales exabruptos, merecen llamarse las *Sesiones de la Cámara Sesiones de las injurias*. Call, Camerón, Morgan, Sherman, Cabot, Lodge y otros conscriptos, pasarán á figurar en la historia parlamentaria como modelos, nada envidiables, de incorrección. Las naciones europeas quedaron estupefactas al contemplar tanta audacia, desplantes tan supinos en los padres de la moderna Cartago. La reprobación de tan insólita conducta, fué unánime.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

FÉ DE ERRATAS.

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
7ª	6ª	miran	mira
8ª	17	creenciade	creencia de
9ª	32	dominó	denominó
10	8	concupiscencias ambiciones	concupiscencias y ambiciones
11	23	isosterismo	isoterismo
12	31	desercionen	deserción en
12	41	yo,	y
12	42	misterios,	misterioso
15	2	son juzgados,	son juzgados
15	42	la enseñanza,	la enseñanza
16	1ª	clarividente,	clarividente
23	15	amenizada,	amenazada
23	22	íntimas,	víctimas
25	36	café	cafés
32	30	dificultas	dificultades
33	17	tampoco	Tampoco
45	17	al del	al del
45	44	el detenía	él le detenía
47	30	enrojecer	enrojecer
55	21	inutil.	inútil,
56	12	precausiones	precauciones
57	26	guerrillas	guerrilla
57	32	Velazpuez	Velazquez
58	10	batalla	lucha
61	35	prosodiendo	procediendo
62	7	en esta Isla reciente	reciente en esta Isla
62	22	conciertas	con ciertas
63	12	fuesen	fuesen
66	28	Muchos	Mucho
84	22	axagerar	exagerar

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
76	25	delito ó falsedad	delito de falsedad
85	1	la acción	la acción
91	36	batalla	acción
93	34	batalla	acción
112	27	atacada	atacados
112	45	encargaron	encargó
130	27	redención	rendición
138	7	ciudad	ciudad
141	13	fuerza	fuerza
143	27	monte, bajo	monte bajo,
153	10	atravesarse	atravesar
168	3	pulsó	pulse
172	11	clima	suelo
192	26	iniciaron	inició
201	11	Guajos	Guayos
240	20	cazadores	expedicionario
251	28	tergiverzar	tergiversar
259	46	avanzada	avanzaba
262	25	trocga	trocha
275	44	restaguardia	retaguardia
296	9	concibiendo	concebieron
313	29	expiaba	espiaba
326	33	numeros	numerosos

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Prólogo.....	5
CAPÍTULO I.	
Consideraciones acerca de la paz del Zanjón.—Los partidos cubanos.—Actitud del autonomismo.—Reflexiones acerca del mismo.—Preludios de la guerra actual.....	7
CAPÍTULO II.	
La enseñanza de Cuba en consorcio con el separatismo.—La empleomanía.—Las reformas de Maura.—La conspiración dentro de la Isla.—La conspiración en el exterior.—Mando del general Calleja.—El secuestro del Sr. Fernández de Castro por Manuel García.—El grito de Baire.....	14
CAPÍTULO III.	
Las reformas de Maura no fueron totalmente la causa de la guerra, mas sí ciertas indiscreciones de los gobiernos de Madrid y las inconcebibles de algunos Gobernadores Generales.—Publicación del bando de la Ley de Orden Público.—Actitud de los tres partidos cubanos.—Preparativos militares para combatir la insurrección.—Primeros encuentros con las fuerzas rebeldes.—Llegada de la primera expedición de la Península.—Nombramiento del general Martínez Campos para el Gobierno General de la Isla.....	38
CAPÍTULO IV.	
El general Calleja y la masonería.—Las sociedades masónicas son anti-españolas.—Pruebas históricas.—Un telegrama.—Manifiesto del partido autonomista al pueblo de Cuba.—Incidente del vapor americano <i>Alliance</i> .—Primeras expediciones filibusteras y desembarco	

de los Maceos y Flor Crombet.—Muerte de éste.—Desembarco de Máximo Gómez y de José Martí.—Llegada del general Martínez Campos	61
---	----

CAPÍTULO V.

La opinión española en Cuba á la llegada del general Martínez Campos.—Visita del mismo á la ciudad de Santiago de Cuba.—Orden general del Ejército dada el 16 de Abril.—Llegada del general á la Habana.—Orden del general disponiendo que los voluntarios quintos se incorporen á las filas del ejército.—Hoja clandestina incitándolos á la rebelión.—Acción de Ramón de las Yaguas.—Fusilamiento del teniente Gallego.—Combate de Chapala.—Idem de Jobito.—Idem de Dos Ríos.—Actitud de la prensa.—Incendio del poblado de Cuabitas.—Ataques al Cobre, Esterón y el Cristo.	81
--	----

CAPÍTULO VI.

Expediciones peninsulares llegadas á Cuba hasta último de Junio.—Aparente tranquilidad en el Camagüey.—Crispazos revolucionarios.—Ataque al cuartel de San Miguel de Nuevitas.—Invasión de Máximo Gómez.—Levantamiento del Marqués de Santa Lucía.—Incendio del poblado de Altagracia.—Acción en Ceja Pablo.—El suceso del Mulato.—Rendición de San Jerónimo.—Defensa del Ramblazo.—Otros hechos importantes.—La trocha de Júcaro á Morón.....	102
--	-----

CAPÍTULO VII.

Consideraciones generales acerca de la situación de Las Villas antes de estallar la guerra.—Elementos infecciosos y partidos beligerantes en la política.—Síntomas insurreccionales.—Aparecen las partidas.—Incendios y descarrilamientos.—La zafra en peligro.—Levantamiento de Zayas y Castillo.—Defensa del Provincial.—Encuentro en Bellamota ó los Hondones.—Acción de Vista Hermosa.—Levantamiento de Casallas y su muerte en el ingenio San José.—Levantamiento de Suárez.....	117
---	-----

CAPÍTULO VIII.

Ataque al ingenio Tranquilidad.—Concentración de los rebeldes.—Operación combinada contra el cabecilla Rabí.—Acción del Cacao.—Disposiciones del general Martínez Campos.—Llegada de la nueva expedición.—La guerrilla de Mauzanillo es sorprendida en Cayo Redondo.—Muerte del cabecilla Amador Guerra.—Situación de Bayamo y concentración general de todas las partidas rebeldes de Oriente en dicha jurisdicción.—Acción de Peralejo y muerte del general Excmo. Sr. D. Fidel Alonso de Santocildes.—Muerte del cabecilla Goulet.—Resultados de la acción de Peralejo.....	132
--	-----

CAPÍTULO IX.

La insurrección en Las Villas.—Desembarco de los cabecillas Roloff y Serafín Sánchez.—Combate en el potrero Santa Clara.—Ataque al fuerte Tagnaseo.—Sorpresa en la cual murió el teniente Cobos.—La dinamita y los descarrilamientos de los trenes.—Los voluntarios y bomberos de la Habana salen á campaña.—Los escuadrones del Comercio.—Llegada de la expedición que embarcó en Agosto.—Entusiasta recepción hecha á la misma.—Propagación de la rebeldía á la provincia de Matanzas.—Fusilamiento del cabecilla Mugica 154

CAPÍTULO X.

Estado de la guerra en la provincia de Puerto Príncipe.—Prohibiciones de los insurrectos.—Persecución de las columnas á los insurgentes.—Constitución del titulado gobierno revolucionario.—Combate del Zanjón.—Idem de las Delicias.—Las Villas.—Ataque al ferrocarril de Caibarién á Remedios.—Acción de Jiquibú.—Acción de Las Varas.—Situación de los cuerpos del ejército de la isla de Cuba después de haber llegado la expedición de Septiembre.—Nuevos levantamientos en Matanzas y Pinar del Río 170

CAPÍTULO XI.

Sucesos en el Departamento oriental.—Acción de Sao del Indio.—Combate en los montes del ingenio Unión.—Ataque de un convoy en el río Cauto.—Idem al pueblo de Campechuela.—Acción del Descanso del Muerto.—Otras escaramuzas.—Los conspiradores mansos.—Deportaciones.—Apresamiento de un pailebot. 186

CAPÍTULO XII.

Las Villas.—Ataque al pueblo del Condado.—Combate de la Pailita.—Sorpresa del destacamento del ingenio Cantabria.—Última salida del general Martínez Campos.—Combate de los Guayos.—Acción de Altamisal.—Camagüey: escaramuza en el puerto de la Vigía.—Operaciones en la jurisdicción de Baracoa (Santiago de Cuba).—Consideraciones acerca de la marcha de la guerra. 201

CAPÍTULO XIII.

Actitud de la prensa cubana.—Inconveniencias de los periódicos *La Lucha*, *La Discusión*, *El País*, *El Diario de la Marina* y *La Unión Constitucional*.—Combate de la Hanabanilla.—Avance de los rebeldes.—Acción de Cayo Espino.—Captura y fusilamiento de los cabecillas Acebo y González.—Entrega alevosa del fuerte La Vigía.—Bando ordenando la concentración.—Despedida entusiasta

hecha en la Península á los soldados expedicionarios.—Embarque de los generales Marín, Pando y Pín.—Entusiasta recibimiento á los mismos en la Isla.—Nueva organización del ejército de operaciones..... 218

CAPÍTULO XIV.

Los Tenientes Generales Excmos. Sres. D. Sabas Marín y González y D. Luís M. Pando toman el mando de sus respectivos cuerpos de Ejército.—Actitud del general Marín.—Creación de guerrillas por el mismo.—El mutismo y los hechos del general Marín.—Verdadera organización en Las Villas.—El general Pando en Santiago de Cuba.—Alocución del mismo.—Juicio oral del excabecilla Sangüily.—Sentencia recaída.—Curso imprevisto de los sucesos.—Paso de la trocha de Júcaro á Morón por Máximo Gómez y su retroceso.—Rendición del fuerte Pelayo.—Unión de Máximo Gómez y Maceo.—Toma del campamento.—Una bomba de dinamita.—Pequeños incidentes..... 248

CAPÍTULO XV.

Los rebeldes invaden definitivamente la provincia de Santa Clara.—Aumento de las partidas.—Acción de Iguará.—Avance de Máximo Gómez y Maceo.—Combate de Mabujina.—Continúa el avance.—Itinerario de Quintín Banderas.—Acción de la Ceiba.—Ataque á Santa Clara.—Encuentro en Loma Cruz.—Salvajadas rebeldes.—Acción de Maltiempo y avance de las partidas hácia Camarones.—Disposiciones del general Martínez Campos.—En Oriente: Conducción de convoyes por el general González Muñoz.—Acción de Arroyo Blanco.—Encuentro en Hoyo de Pipa.—Operaciones de la columna Tejerizo.—Combate en el ingenio Tranquilidad.—Encuentros en Ramón de las Yaguas, Palmarito y la Tontina.—Interrupción de la zafra é ingenios incendiados.—Ataque al fuerte de Ventas de Casanova.—Los rebeldes emplean por primera vez la artillería.—En Puerto Príncipe.—Combate-sorpresa en el ingenio Congreso..... 262

CAPÍTULO XVI.

Los rebeldes en la provincia de Matanzas.—El general Martínez Campos llega á Colón.—Movimiento de las columnas.—Avance de los rebeldes.—Combate en el potrero Antilla.—Acción de Arroyo Colmenas.—Los insurrectos en el Roque.—Incendios y destrucción.—Viaje del general Martínez Campos á Jovellanos.—Incendio de las estaciones de Coliseo y Sumidero.—El general Martínez Campos ataca al grueso de las partidas rebeldes en el ingenio Audaz.—Acción de Calimete.—Combate en el central María.—Regreso del general Martínez Campos á la Habana.—Cargos que le hacían al general.—Rumores de dimisión y manifestación de los

partidos.—Acción del Estante.—Los rebeldes entran en la provincia de la Habana..... 279

CAPÍTULO XVII.

Orden general de la segunda Comandancia.—Acción de Palomino.—Combate en Ceiba del Agua.—Entrada de Maceo en Pinar del Río.—Combates en los centrales Mi Rosa y San Agustín.—Entrada de los rebeldes en Wajay.—Incendio en Managua.—Ataque á Bejucal.—Acentúase la opinión contra el general Martínez Campos.—Descontento general de la opinión genuinamente española y los artículos del *Diario de la Marina*.—Los autonomistas defienden al general.—Los partidos políticos en el Palacio.—Relevo del general Martínez Campos..... 292

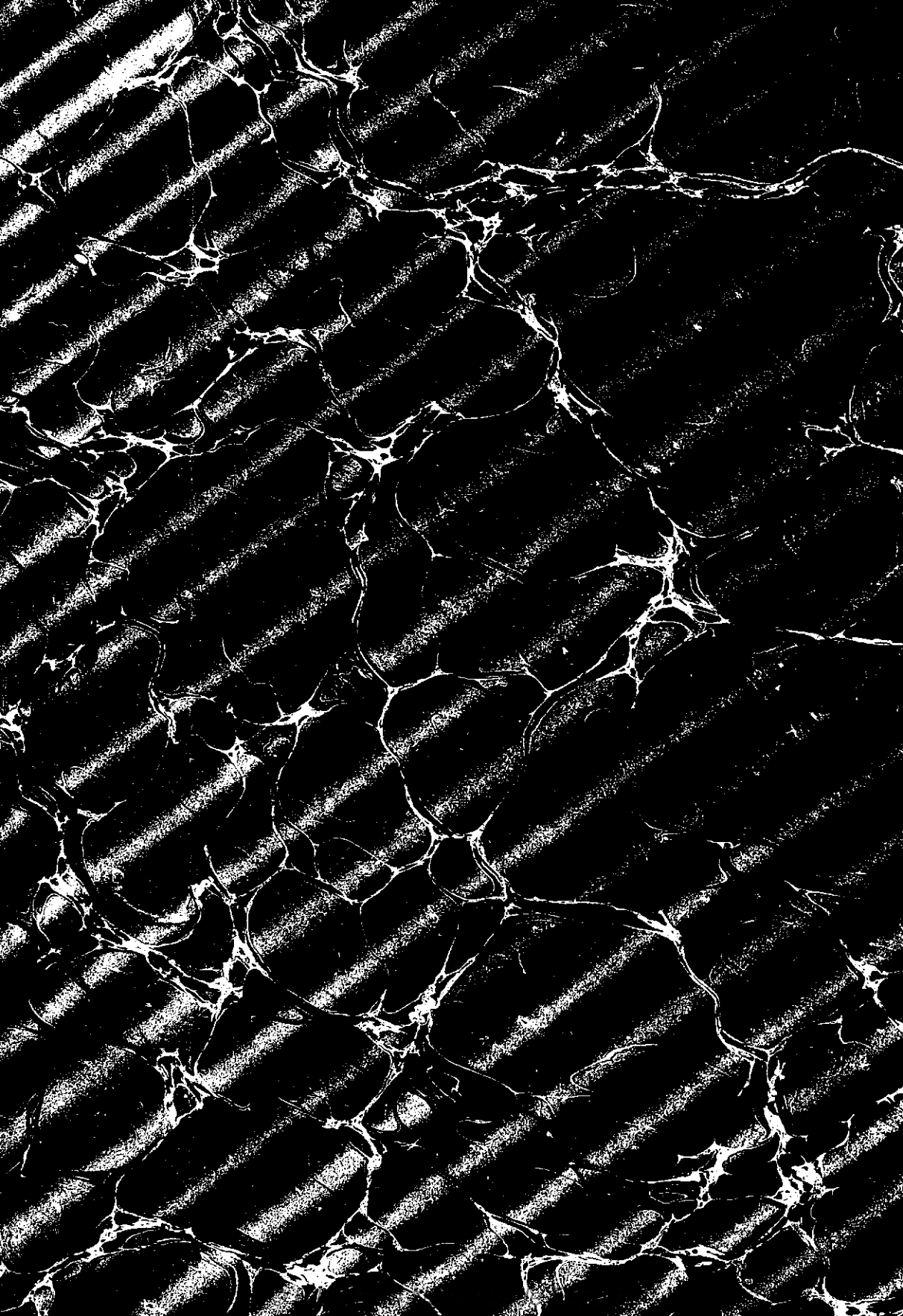
CAPÍTULO XVIII.

Operaciones en las provincias de Santiago de Cuba, Puerto Príncipe Santa Clara, Matanzas y la Habana.—Avance de Maceo á la provincia de Pinar del Río.—Combate de las Taironas.—Nombramiento de los generales Marín y Weyler para los Gobiernos Generales de Puerto-Rico y Cuba.—Toma posesión el general Marín del Gobierno de Cuba.—Propósitos del mismo.—Fecunda interinidad del general Marín.—El general Marín en campaña.—Combate en el ingenio La Luz.—Ataque de los insurgentes á Candelaria.—Acción de San Cristóbal.—Combate de Paso Real de San Diego.—Consideraciones generales..... 305

CAPÍTULO XIX.

Cuestiones internacionales.—España y los Estados Unidos..... 323





BIBLIOTECA
NACIONAL
BN



1001422897